

TIEMPOS MIMÉTICOS

De principios del siglo XX al
inicio de la II Guerra Mundial

Jorge Federico Márquez Muñoz, Coordinador



TIEMPOS MIMÉTICOS

De principios del siglo XX al inicio de la II Guerra Mundial

DIRECTORIO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Luis Agustín Álvarez Icaza Longoria
Secretario Administrativo

Alfredo Sánchez Castañeda
Abogado General

Socorro Venegas
Director General de Publicaciones y Fomento Editorial



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Carola García Calderón
Directora

Patricia Martínez Torreblanca
Secretaria General

Juan Manuel López Ramírez
Secretario Administrativo

Elvira Teresa Blanco Moreno
Jefe del Departamento de Publicaciones



TIEMPOS MIMÉTICOS

De principios del siglo XX al inicio de la II Guerra Mundial

Jorge Federico Márquez Muñoz, coordinador



México, 2022

Esta investigación, arbitrada a "doble ciego" por especialistas en la materia se privilegia con el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Este libro fue financiado con recursos de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, mediante el Proyecto "Interpretación desde la Teoría Mimética de Tiempos Modernos de Paul Johnson" , con número de registro PE303819 del Programa de Apoyo a Proyectos para la Innovación y Mejoramiento de la Enseñanza (papime), coordinado por Jorge Federico Márquez Muñoz .

Tiempos miméticos. Del inicio de siglo XX al inicio de la Segunda Guerra Mundial
Jorge Federico Márquez Muñoz

Primera edición, 2022-09-19

Diseño de portada: Ma. Teresa Camacho Sandoval y Natalia Kiehnle Montejano
Edición: Gabriel García Jolly y Juan Manuel Escamilla González Aragón
Diseño editorial: Juan Antonio García Trejo

Reservados todos los derechos conforme a la ley.

D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Circuito "Maestro Mario de la

Cueva" s/n, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.

Oficina del Abogado General

Dirección General de Asuntos Jurídicos

ISBN: 978-607-30-6513-9

"Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales".

Impreso y hecho en México / Made and printed in Mexico

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
El orden tradicional-sacrificial y el orden de los <i>katéchones</i>	20
CAPÍTULO I	
LAS COSAS OCULTAS DESDE LA FUNDACIÓN DE LA MODERNIDAD	29
1.1 Einstein, Popper y la desmitificación del mecanismo expiatorio	29
1.2 La mentira romántica de Freud y Marx: el mito y la culpa colectiva	39
1.3 El Estado todopoderoso	46
1.4 El titán enfermo	51
1.5 El Estado-monstruo	55
1.6 La autodeterminación y sus fines geopolíticos	57
1.7 El antiguo régimen	61
1.8 Las necesidades de la Modernidad	62
1.9 Las nuevas políticas nacionales: el contraste con la estabilidad de siglo XIX	63
1.10 La venganza se convierte en ciclo de deudas	64
1.11 El revanchismo del Tratado de Versalles	67
1.12 India y Reino Unido, ¿decadencia del Imperio Británico?	71
CAPÍTULO II	
LENIN-MUSSOLINI: DEL DOBLE A LA UNIDAD	75
2.1 El titán	75
2.2 ¿Traidor o traidores?	86
2.3 La liminalidad nunca termina	90
2.4 El cordón sanitario	107
CAPÍTULO III	
¿EL ORIENTE BRUTAL O EL OESTE DÉBIL?	119
3.1 Alemania, responsabilidad y culpabilidad	119
3.2 El Este y el Oeste	124
3.3 Los judíos como chivo expiatorio	129
3.4 Una maquinaria de chivos expiatorios	134
3.5 El voluntarismo de Hitler	139
3.6 Hitler, un demonio capturado	143

CAPÍTULO IV

MENTIRA IMPERIAL Y VERDAD COLONIAL	145
4.1 Un gallo de pelea	145
4.2 El <i>katéchon</i> económico-internacional	148
4.3 El <i>katéchon</i> fallido de la economía francesa y... ¿el nacionalismo al rescate?	149
4.4 El <i>katéchon</i> fallido de la geopolítica anglofrancesa	156
4.5 El colonialismo o la otra geopolítica de contención	157
4.6 Mitos del colonialismo	160
4.7 La realidad histórica del imperialismo	162
4.8 Las consecuencias reales del imperialismo	166
4.9 Los aspectos nefastos del colonialismo	168
4.10 Los <i>katéchones</i> en el orden colonial	171
4.11 ¿Decadencia británica?	177
4.12 Más allá de Paul Johnson: una historia que nos ayuda a comprender la crisis moral de la época	183
4.13 La decadencia moral de Bloomsbury	192
4.14 Decadencia del Imperio Británico	197

CAPÍTULO V

LA RUTA ANTIGUA DEL ORIENTE PERVERSO	201
5.1 Introducción	201
5.2 Teocracia preaxial y... ¿moderna?	204
5.3 El estado de violencia	211
5.4 El titanismo revolucionario en China	223
5.5 La revolución, al borde del sacrificio natural	227
5.6 La envidia temible	229

CAPÍTULO VI

EL SACRIFICIO Y LA ENVIDIA BANALIZAN EL DESEO Y LA VIOLENCIA	241
6.1 La ansiedad estadounidense	244
6.2 La civilización contra la cultura	247
6.3 Un <i>katéchon</i> contraproducente: la ingeniería social estadounidense	250
6.4 La democracia estadounidense	253
6.5 Autocontrol y confianza en la sociedad y el mercado: ¡los mejores presidentes!	256

CAPÍTULO VII

EL PÁNICO DE 1929	275
7.1 La escalada mimética y el desencapsulamiento	281
7.2 Un ganador, un culpable y unos cuantos perdedores	284
7.3 Los chivos expiatorios	286
7.4 El <i>katéchon</i> económico al rescate	293

CAPÍTULO VIII

EL DOBLE VÍNCULO DE HITLER Y STALIN	295
8.1 La conquista de la corte	296
8.2 La destrucción social	299
8.3 Resentimiento en Occidente... alabanzas a la URSS	307
8.4 El ascenso de Hitler	309
8.5 Hitler al poder: liminalidad prolongada	315
8.6 El entusiasmo por Hitler	316
8.7 El gobierno hitleriano: liminalidad y arbitrariedad	321
8.8 Organizaciones para la violencia: ¿ <i>Katéchones</i> o liminales?	324
8.9 Conflicto mimético y sacrificio de las SA	332
8.10 Hitler-Stalin: modelo-obstáculo	335

CAPÍTULO IX

SE DESENCADENAN LOS TITANES EN EUROPA Y ASIA	345
9.1 China: ¿vaca lechera o tumba para los nipones?	358
9.2 Mussolini imita y avanza	362
9.3 La Guerra Civil Española como guerra internacional	366
9.4 La Guerra Civil hace arder los fuegos de la envidia	371

CAPÍTULO X

CUANDO ESTAS COSAS COMENZARON... HITLER AVANZÓ	387
10.1 Los planes del titán sin límites	388
10.2 Miedo, indiferencia y decadencia	390
10.3 El titán británico, en espera	394
10.4 Comienza la agresión	395
10.5 Corazones acorazados: comienza la reacción de la Civilización	400
10.6 La impotente Francia	407
10.7 Gran Bretaña despierta	409

NOTAS	413
--------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	449
---------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Jorge Federico Márquez Muñoz

“Podríamos, echando mano de todos
los recaudos metodológicos
que se imponen, ampliar esa interpretación
mimética a toda la historia humana.”

~René Girard¹

Después de dos décadas de lectura y relectura de *Tiempos modernos* de Paul Johnson, por sugerencia de Lourdes Quintanilla, como parte de mis cursos de historia universal en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y después de más de dos décadas y media de lecturas de teoría mimética (TM), se fueron haciendo cada más evidentes una serie de paralelismos.

Sin embargo, más evidente es el abismo que separa a Paul Johnson de René Girard. El primero, historiador y biógrafo; el segundo, crítico literario, antropólogo, teólogo y filósofo. El inglés, admirado por biógrafos y un amplio público que gusta de la historia de carne y hueso, de la historia hecha por Hombres y no por estructuras; el francés, creador de una teoría que, con el tiempo, ha sido complementada por una enorme escuela de autores de las más diversas disciplinas.

En Paul Johnson apenas se trazan conceptos generales y tampoco es fácil derivar de dónde provienen. Podríamos decir que sus conceptos existen sólo en tanto son actuados por personajes y situaciones concretas, son ideas en acción. Las más importantes son:

1) *Ingeniería Social*, aparentemente derivada de Sir Karl Popper, pero mencionada más bien a partir de las obras y los dichos de los más siniestros líderes del siglo XX. La IS es un cambio brusco a gran escala. Por ejemplo, en poco tiempo, homogeneizar a una población diversa, o bien, modificar un

sistema económico. *IS* contrasta con los cambios graduales (el reformismo) y su contrario (el tradicionalismo).

Precisamente porque la Ingeniería Social busca cambios rápidos y profundos genera momentos *liminales* en los sistemas sociales. La liminalidad se compone de

situaciones y condiciones intermedias que se caracterizan por la dislocación de estructuras establecidas, la inversión de jerarquías y la incertidumbre con respecto a la continuidad de la tradición y los resultados futuros [...]. Lo liminal es un momento de limbo generado ritualmente o bien es un momento antiestructural [...]. La esencia de la liminalidad [...] es su liberación de las limitaciones normales, lo que hace posible la deconstrucción del significado de la vida ordinaria. La liminalidad es un tiempo fuera del tiempo en el que a menudo se permite jugar con los factores de la experiencia sociocultural, desconectar lo que está conectado mundanamente [...].

Lo liminal es caracterizado [...] por el juego libre y la aparición de la novedad. Es este juego libre el que representa el potencial de un sistema y el que modifica el desarrollo posterior del sistema [...]. Lo liminal se caracteriza por la ambigüedad, la apertura, la indeterminación, la indife-renciación, el desorden, las fronteras inestables.²

En *Politics and the Sacred*, Harald Wydra mostró la importancia política de la liminalidad:

Situaciones límite que crean valores, ideas y verdades que trasciendan la inmanencia. Como ha sido mostrado por la antropología social, las situaciones límite son condiciones liminales, en las cuales los individuos y los grupos se encuentran entre la disolución de orden y las aspiraciones de rehacer el orden [...]. Los orígenes políticos están a menudo vinculados a lo sagrado. El sacrificio de antepasados o soldados marca el orden político [...]. La liminalidad ocurre en las guerras civiles, las revoluciones y otras formas de disolución del orden.³

La liminalidad, al estar caracterizada por el cambio repentino en las estructuras que mantienen el orden tradicional, genera un espacio de incertidumbre apto para la violencia no ritualizada. Al respecto, Girard explica las diferencias entre los sacrificios rituales y los espontáneos. Los primeros suceden cuando hay una crisis mimética donde los miembros de la comunidad acuerdan unánimemente que la víctima sacrificial es la culpable de los males.

Cuando ese chivo expiatorio es linchado, el orden regresa a la comunidad y los miembros se imitan positivamente —*i. e.* al respetar las prohibiciones y jerarquías—. De ahí nace la imitación de los rituales que es la rememoración del primer sacrificio: ocurre en un marco reglamentado, es un desorden ordenado, calendarizado y preventivo más que remedial. Por tanto, la violencia que sucede dentro del mismo es “economizada”; al estar ritualizada, es un tipo de violencia que evita un mayor número de muertes.

Por el contrario, el peligro de un momento liminal es precisamente la violencia espontánea, azarosa. El espacio para esa violencia no es la ritualizada porque no sucede en el marco de lo reglamentado y lo acordado por la comunidad; por el contrario, es improvisada y desordenada.

2) El segundo concepto que Johnson utiliza con frecuencia es el de *gnosticismo*. Es la creencia de que todo lo que ocurre en la realidad y es accesible a los sentidos deriva de estructuras ocultas, sólo accesibles a los “iniciados” —*i. e.* los marxistas, los freudianos, los estructuralistas, entre otros—. El gnosticismo no es un método científico. Si recolecta evidencias empíricas, lo hace para confirmar su propia visión de las cosas, no para ponerla a prueba, modificarla ni refutarla. Cuando las evidencias tangibles contradicen la teoría gnóstica, ésta busca una explicación “más allá de lo evidente”, para confirmar su valor.

En la teoría mimética se hace referencia al mecanismo del chivo expiatorio para describir la forma en que una comunidad exterioriza la violencia por medio de la búsqueda de un culpable. El chivo expiatorio funciona porque genera consenso en tanto a su culpabilidad, no porque se castigue al verdadero culpable.

Dicho mecanismo pone de manifiesto la capacidad de los Hombres de desplazar la violencia a una víctima sustituta donde se polariza el conflicto. Es precisamente este reemplazo lo que produce una “falsa ciencia”: encontrar la causa de los males en demonios imaginarios que, por lo general, no son más que personas comunes y corrientes. Más aún, la ciencia, en el sentido moderno, sólo surge cuando esta falsa causalidad ha sido superada o, como dice Girard: “No porque los Hombres hayan inventado la ciencia han dejado de perseguir a las brujas, sino que han inventado la ciencia porque han dejado de perseguirlas”.

En este sentido, el gnosticismo produce esa falsa ciencia: es un conocimiento que, lejos de discutirse, se asume como verdadero. Las críticas que se hacen a sus postulados se resuelven con lo mismo que predicán: por ejemplo, aquel que no *crea* en el psicoanálisis es porque le hace falta pasar por el tratamiento; o quien no concuerda con el marxismo es porque no tiene conciencia de clase.

Lo contrario al gnosticismo es la ciencia, que constantemente pone a discusión sus propias premisas. Además, en tanto la ciencia es por definición una disposición al diálogo, a escuchar los argumentos del otro, está directamente relacionada con la democracia liberal, que sostiene precisamente la importancia de tener una apertura en el debate público. Recordemos que, para la TM, la ciencia deriva de la desmitificación que hacen las religiones axiales de las religiones sacrificiales, es decir, de renunciar a explicar los fenómenos sociales y naturales en términos de culpables, de chivos expiatorios.

3) El tercer concepto clave que encontramos en *Tiempos Modernos* es la *culpa colectiva*. Ésta categoriza a las personas, las juzga por lo que son, por sus relaciones con otros y no por sus actos. La CC considera que la responsabilidad es contagiosa. Según esta noción, un banquero que cometió un fraude, de alguna extraña manera, contamina su ambiente y a las personas a su alrededor —en el trabajo, en la familia, etcétera—; y, por tanto, éstas son también culpables del delito.

El correlato de la culpa colectiva es el *colectivismo*, una ideología crítica del individualismo liberal, al cual caricaturiza para equipararlo al egoísmo. En realidad, como ha demostrado Jean-Pierre Dupuy en *El sacrificio y la envidia*, el individualismo liberal, de Adam Smith a Friedrich Hayek, está en sintonía con la TM, en tanto presenta al individuo como un interindividuo, es decir, como un ser imitativo y social con capacidad lo mismo para colaborar que para competir.

El individualismo egoísta y antisocial al que se refieren los colectivistas —i. e. los marxistas— es, de hecho, cercano a la “individuación” que también critica la TM. Como dice Roberto Farneti, los autores de la TM

creen que la mimesis es la racionalidad inherente de la agencia, que las dinámicas sociales son inherentemente diádicas y que las realidades últimas en el estudio de la sociedad y la política no son ni individuos ni colectivos, sino dobles. La teoría mimética también considera el tipo de individualismo —tanto ontológico como metodológico— apoyado por enfoques tradicionales no miméticos como una forma de *culto* que tiene efectos nefastos en nuestra capacidad para captar la dinámica real en funcionamiento en la política. En palabras de Girard, “cuanto más desesperadamente buscamos adorarnos a nosotros mismos y ser buenos ‘individualistas’, más obligados estamos a adorar a nuestros rivales en un culto que se convierte en odio”.⁴

El individualismo al que se refieren los colectivistas también puede encontrarse en ciertas versiones de la economía científica y de la filosofía radi-

cal. Es un individualismo ampliamente estudiado y criticado por la TM, es una variante de la “mentira romántica”.⁵

Los colectivistas, en tanto se consideran a sí mismos portadores de la justicia, tienen no sólo la libertad, sino incluso la obligación de convertirse en linchadores. El colectivismo refuerza la conciencia colectiva y es un intento de retorno al mito que justifica el sacrificio.

Lo contrario a la *culpa colectiva* es la *responsabilidad individual*, propia de las tradiciones axiales, entre ellas el cristianismo, el Derecho romano, el humanismo, el racionalismo, el liberalismo y el Derecho moderno, que juzgan a las personas por lo que hacen y no por lo que son. Los sistemas totalitarios se construyeron bajo la noción del derecho de la CC, según la cual, los judíos, por serlo, iban a los campos de concentración; los burgueses, al gulag; los terratenientes y los profesionistas, a los centros de reeducación; y los disidentes, a los manicomios.

La característica de la culpa colectiva en la teoría mimética es su capacidad de contagio; es la culpa concebida como contaminación, como miasma. No deriva de los actos del individuo, sino de su propia identidad, o bien, de la identidad de quienes están próximos a él. La culpa colectiva deriva de los mitos y de las ideologías maniqueístas.

Los contrarios de la culpa y la responsabilidad colectivas son la culpa y la responsabilidad individual. Estas últimas derivan de una tradición de axialidad antes que sacrificial; de una noción de autocontrol antes que de control por miedo a elementos exteriores; del Derecho romano y liberal, que juzgan a la gente por lo que hicieron y no por quiénes son, ni tampoco por quién está próximo a ellos. Es decir, una noción que justamente implica que la culpa no se contagia. La responsabilidad individual es propia de las tradiciones que critican el mito.

Estos tres elementos, la CC, la IS y el gnosticismo, conforman lo que Paul Johnson define como *religión moderna*. Es decir, aquella dominada por el titanismo de un puñado de Hombres o incluso de uno solo, que no vacila en utilizar la IS para moldear la visión del mundo mediante un *gnosticismo* que, a su vez, describe el bien y el mal en términos de *culpas* o *inocencias colectivas*.

A propósito de la teoría mimética, cabe un recuento de las formas de la violencia y su contención.

En primer lugar, está la *violencia temible o violencia natural*. Aparece en un mundo sin jerarquías ni diferencias, sin orden estable o, incluso, sin orden alguno; es el momento de indiferenciación de un modo crudo, no ritualizado, sino natural.

La violencia temible es *liminal*. Se envidia a todo el mundo y la muerte está desatada. Peor aún, no encuentra una presa para satisfacerse, sino que

avanza como bola de nieve. Es el estado hobbesiano de naturaleza; el momento del “sacrificio natural”, donde la víctima es elegida al azar y no hay certeza sobre quién será el próximo en morir.⁶ Más aún, la violencia temible produce muchos sacrificios, pero ninguno de éstos es garantía de la creación de un orden. Es el mundo del individualismo salvaje, donde la agresividad no está matizada por el autocontrol,⁷ la vanidad⁸ ni la simpatía envidiosa o empatía.⁹ Ocurre en momentos críticos como epidemias, colapsos estatales o de sistemas multiestatales, guerras de grandes dimensiones y revoluciones profundas.¹⁰ Aquí el tiempo es lineal, biológico, se enfatiza que el ser humano es el ser para la muerte.

Violencia sacra. Para el pensamiento tradicional, preaxial, el orden está basado en diferencias para que los deseos no choquen y se sostiene con la advertencia de la violencia ejemplar mostrada en los rituales sacrificiales. La violencia se concibe ambivalente: mala si desafía el orden, buena si lo instaura o lo refuerza. Al principio, el chivo expiatorio es asociado a la mala violencia y a la envidia; pero, una vez sacrificado y si logra la pacificación esperada, se le asocia con la buena violencia, se le deja de envidiar y se le comienza a admirar. A este proceso se le llama *doblo vínculo*.

El chivo expiatorio es el *phármakos* que es expelido de la comunidad; la víctima que, en el momento de ser inmolada, genera la impresión de que el mal ha sido expulsado de la sociedad. La sociedad tradicional funciona mejor cuando el sacrificio ha sido domesticado; cuando son claras las reglas de quién será inmolado y quiénes salvarán el pellejo; cuando el “sacrificio es un ritual”, más preventivo que correctivo. El correlato del sacrificio ritual es una liminalidad también ritual. Un ejemplo de liminalidad ritual desarrollado por Victor Turner

describe el entronamiento ritual del jefe ndembu, que fue exiliado por primera vez de la aldea en una choza que se llama *kafu* o *kafwi*, un término ndembu derivado de *ku-fwa*, “morir”, es decir, es simbólicamente asesinado (en la liminalidad ndembu, como señala Turner, “abundan las imágenes de la muerte”) [...]. El sujeto ritual se viste de mendigo y es insultado por todos, cada uno expresando resentimiento contra él [...].

Sólo la teoría mimética de Girard puede dar sentido a esta inversión simbólica y por etapas de la estructura de poder en tal ritual [...]: “El surgimiento del parentesco sagrado fue producido por un desarrollo peculiar de los rituales sacrificiales: en todas las instituciones humanas es necesario reproducir una reconciliación del asesinato por medio de nuevas víctimas. La víctima original está dotada de un prestigio aterrador, sobrehumano, porque se la ve como la fuente de todo desorden y orden. Las víctimas

posteriores heredan parte de este prestigio. Hay que mirar a este prestigio como fuente de toda soberanía política y religiosa [...]. Es necesario y suficiente que la víctima aproveche el tiempo transcurrido antes del sacrificio y transforme la veneración en poder real [...] Por tanto, cabría esperar que el intervalo entre la selección de la víctima y el sacrificio se prolongará gradualmente. Esta extensión, a su vez, permitirá a la futura víctima consolidar progresivamente un poder cada vez mayor sobre la comunidad. En algún momento, este poder y la sumisión resultante de la comunidad llegarían a ser lo suficientemente eficaces y extensos como para hacer imposible, si no impensable, un sacrificio real del monarca”. [...]

Lo que Van Gennep o Turner describen como “lo liminal” es, para Girard en particular, *la recreación ritualista de la crisis de indiferenciación*, que escenifica el desorden violento mimético primordial, de donde surgió el orden sagrado. Para que sea eficaz, el ritual sacrificial necesita repetir el evento original en todas sus fases: “la génesis singular de los rituales y prohibiciones de la crisis mimética lo haría [...] explicar la extraña contradicción entre ellos que los antropólogos a menudo han notado: los rituales a menudo prescriben exactamente lo que las prohibiciones prohíben” (Dumouchel) [...].

Debido a que representan y escenifican el desorden primordial y la indiferenciación de la crisis mimética, los rituales entran deliberadamente en ese “*estado liminal*” que requeriría *la transgresión de todo el conjunto de tabúes y prohibiciones, el borrado de todas las posibles diferencias* —es decir, líneas de diferenciación trazada entre humanos y animales, entre géneros, entre diferentes posiciones y funciones sociales, etcétera—. Los rituales dionisiacos y carnavalescos dan fe de este proceso de desdiferenciación. Efectúan una inoculación “farmacológica” u “homeopática” por un momento caótica de transgresión radical: un contagio que opera, sin embargo, dentro de parámetros ritualísticos que ayudan a la comunidad a encontrar una forma de estabilidad estructural entre las fuerzas reguladoras y desreguladoras que constantemente amenazan con destruirlo. Al igual que lo sagrado mismo, esta zona liminal tiene una carga ambivalente, pues también permitiría una redefinición parcial o temporal de la estructura interna de diferenciación dentro del ámbito social y cultural; y esto, a su vez, *puede producir nuevos patrones* que al principio se mantienen dentro del espacio ritualista, pero luego se “desbordan” progresivamente a la esfera “secular” como “escisiones” técnicas, prácticas, sociales o simbólicas [...].

Lo liminal [...] debe considerarse en relación con el papel y la posición de la víctima sacrificial, y en todos los estados liminales —es decir, en todos los eventos rituales— uno debe buscar este punto fijo, para esta convergencia (principio de orden y recomposición). La víctima es [...] la figura liminal por excelencia: pertenece a la comunidad, pero no del todo —ya que hay signos de aptitud victimaria que la distinguen—. La víctima está integrada, pero también es un extraño o un extraño, susceptible de ser marginado; ella es una persona de adentro / afuera.¹¹

Para mantener el orden, las sociedades donde domina la violencia sacra promueven:

- 1) El holismo, en el cual el Todo, la Sociedad, es más importante que las partes, los individuos; donde cada individuo tiene y asume como legítimo su lugar en ese Todo.¹²
- 2) Un encapsulamiento que divide a la sociedad en estancos, que gozan de legitimidad y que moldean los gustos de los individuos —mediante prohibiciones o al generar un sentido de repulsión— para evitar que los de un estanco (casta o estamento) deseen los bienes de los de otro estanco.¹³
- 3) Un aprecio por los bienes espirituales por encima de los bienes terrenales: mientras que los primeros no están sujetos a escasez e incluyen virtudes como la paciencia, la humildad y la sinceridad, los bienes externos son escasos —algunos ejemplos de ellos son el poder y el dinero—.¹⁴
- 4) Los modelos a imitar ocurren en mediaciones externas, que generalmente llevan a la admiración más que a la envidia.¹⁵
- 5) Como, de cualquier manera, el conflicto es común en grupos que implican intensas y numerosas interacciones sociales, este tipo de sociedad promueve otro modo de disuadir el conflicto: el sacrificio ritual.¹⁶

Aquí el tiempo es cíclico, se vive bajo la ilusión de que nada muere en realidad, de que las cosas son tal y como han sido y que volverán a ser como son. Las sociedades dominadas por sacrificios rituales son sociedades calendarizadas.¹⁷

Violencia banalizada. Se produce en espacios sociales que se complejizan, ya sea porque las interacciones se llevan a cabo en un lugar amplio, por el crecimiento de las ciudades y su consecuente forma de organización, por

los mercados o las redes sociales, o bien, por la expansión de los imperios. La violencia se banaliza cuando disminuye la intensidad de las interacciones sociales, y esto ocurre justo cuando se vuelven más frecuentes. En una sociedad compleja hay mayor socialización, con más personas, pero se trata de interacciones más superficiales. Esto deriva de cuatro situaciones:

- 1) La amplitud del espacio que produce grandes vacíos entre persona y persona.¹⁸
- 2) La impersonalidad de las relaciones sociales mediante su institucionalización;¹⁹
- 3) El enfriamiento de la interacción mediante las relaciones mercantiles.²⁰
- 4) La superficialidad de los vínculos sociales derivada de la densidad poblacional o de la amplitud de posibilidades de socialización originada, entre otras cosas, por la expansión de las redes sociales en la *web*.²¹

Todas estas situaciones implican una dosis de indiferencia o distancia social. Lo liminal ya no existe, ni como tal ni ritualizado; las experiencias liminales se sustituyen por experiencias liminoides.

Turner afirma que las experiencias liminales encuentran una ecuación rara y disminuida en las sociedades industriales modernas, donde han sido reemplazadas en gran parte por experiencias “liminoides”, es decir, experiencias que presentan las características de experiencias liminales, pero sólo en modo opcional, ya que no implican la resolución de ninguna crisis, personal o colectiva [...]. El juego, los deportes y las artes son ejemplos típicos [...].

Nuestra modernidad corresponde [...] a la entrada progresiva de la historia en una fase en la que los chivos expiatorios simbólicos y reales son cada vez menos efectivos para conferir autoridad a las estructuras y prácticas sociales que antes contenían la violencia; mientras que, *al mismo tiempo, proyectan a la Humanidad en un eterno “estado liminal” de frenética experimentación y reconfiguración*. Podríamos argumentar que lo que se acelera con la modernidad es, por un lado, la dimensión creativa de la Humanidad y su propensión a buscar superar límites, tabúes y restricciones, apoyándose para ello en capacidades meramente técnicas; y, por el otro, la desintegración y pérdida de las estructuras simbólicas de contención, acentuando la propensión de la humanidad moderna a

quedar atrapada como nunca antes en su propia tendencia autogenerada a los extremos. De ahí la ambivalencia atribuida por Girard a la modernidad: representa para él un “espacio liminal” eterno, en el que aumenta el potencial tanto de la creatividad humana como de la violencia catstrófica y terminal.²²

En un espacio amplio siempre se puede elegir huir antes que pelear; se quiere y se odia a las instituciones, pero generalmente no de la misma forma en que se quiere o se odia al vecino en una aldea; se compite en el mercado, pero no con la vehemencia con que se lucha por el honor en una sociedad tradicional; es difícil odiar a quien no se conoce, a quien nos atiende en una taquilla, a quien vemos por primera y única vez en el transporte público.

Autoviolencia. La violencia dirigida hacia uno mismo, con la finalidad del autocontrol puede implicar ascetismo, simpatía envidiosa o narcisismo capaz de contener el egoísmo. El autosacrificio puede encontrarse lo mismo en las doctrinas que promueven la axialidad,²³ en las teorías del buen comportamiento cortesano o civilizado y en las teorías liberales e ilustradas.²⁴ Se concibe a cada individuo como una potencial amenaza para la sociedad, como un potencial envidioso, pero también, como un potencial agente del orden o, incluso, de la divinidad. En lugar de exteriorizar el mal, el autosacrificio lo busca en cada alma, en cada conciencia; en lugar de luchar contra la violencia mediante rituales y sacrificios, educa a cada individuo para que sea él mismo quien luche contra su propia agresividad y sus propios apetitos. Los recursos de la violencia contra uno mismo promueven la mediación externa y el orden social, pero no mediante el holismo, sino mediante el individualismo espiritual, narcisista o civilizado.²⁵ La lucha contra el mal ocurre en el corazón de cada cual, en el desarrollo de la interioridad y en una noción de distancia frente a la sociedad; todo esto es fundamental para este modo de control de la violencia.

La violencia ideológica está cerca de la violencia sagrada, pero tres rasgos las distinguen:

- 1) Mientras que el sacrificio ritual localiza el mal en categorías de personas (*i. e.* esclavos, reyes, vírgenes, etcétera), la violencia ideológica lo localiza en “grupos organizados de personas”. Dicha organización puede ser, claro está, imaginada por los linchadores (un grupo de judíos organizados para perjudicar a Alemania) o realmente existente (un partido político).²⁶

- 2) La violencia ideológica ocurre en circunstancias diferentes: si la sagrada tiene como marco sociedades con capacidad de generar consenso

en torno a quiénes son los buenos y quiénes, los malos (“cristalización mítica”²⁷), la violencia ideológica tiene como base una sociedad donde dicho consenso no existe y la opinión de la sociedad está dividida, por lo que surgen partidos.

3) La violencia sagrada produce un orden holista y de encapsulamiento, mientras que la ideológica, en su intento por crear un orden de jerarquías fuertes, es decir, un orden holista, construye, en realidad, un “falso holismo”. El orden de la violencia ideológica no se concibe como un orden natural ni sagrado, sino como producto del arbitrio de unos cuantos; con lo cual, de la mano de este tipo de holismo, surge también el “encapsulamiento artificial”, que busca generar una distancia de admiración para alejar las miradas envidiosas, mas, como no posee legitimidad, la distancia que genera provoca odio.

De la violencia ideológica hay dos variedades derivadas de la intensidad con que se ejerce:

1) La *violencia ideológica a secas*, que utiliza una dosis importante de fuerza; es la cotidianidad en los sistemas totalitarios que reducen al máximo a la oposición. Con la manipulación de las leyes, con el imperio de la arbitrariedad, aterroriza a los ciudadanos e impone el orden usando la fuerza. La propaganda misma se basa en amenazas. En este contexto, es fácil que los conflictos y envidias de la vida privada se conviertan en un asunto político.

2) La *violencia ideológica suave*, que utiliza más la persuasión que la fuerza y convence a la población de seguir el orden por su propio bien. El autocontrol es más importante que el control externo y el juego político reduce la violencia a su mínima expresión, volviéndola más simbólica que real. Se considera sano que exista oposición real y que haya rotación en el ejercicio del poder. Además, se compite por el poder de un modo civilizado. En las democracias liberales, la violencia ideológica suele aparecer durante las campañas políticas y en momentos de crisis nacional e internacional. Por lo demás, la mayor parte de la gente suele concentrar sus energías en cuestiones de su vida privada.

La violencia ideológica no localiza chivos expiatorios fáciles de matar, pues es más difícil eliminar a un grupo que matar a una persona. Los ejecutores de esta violencia conciben a sus enemigos como el mal y a sí mismos

como el bien. Cada grupo funciona, en su interior, con patrones similares a los de la envidia sacra, con la diferencia de que el chivo expiatorio no es uno de ellos mismos, sino que siempre está en el exterior. En la democracia, claro está, el mal, es decir, el otro partido, sufre sólo una violencia simbólica.

Cada grupo piensa lo mismo de sus rivales. Por lo tanto, es un tipo de violencia que, cuando escala, es sumamente destructiva y puede conducir a la violencia temible. Sin embargo, en las sociedades donde se alcanza cierta madurez política —sobre todo, por parte de sus élites—, la violencia ideológica cobra un cariz simbólico más que real. La violencia ideológica, en estos casos, implica competencia más que guerra y partidos más que ejércitos. La muerte del enemigo ocurre en el terreno del manejo del presupuesto, no en el biológico. Al igual que con la violencia sacra, aquí el tiempo se concibe como un ciclo.

La violencia ideológica suele surgir sobre un terreno de envidia banalizada. Ahí, los mediadores son más efímeros, el sujeto que desea sustituye rápidamente a sus modelos y, por lo tanto, no puede odiarlos realmente. Sin embargo, esta situación, que en apariencia conlleva directamente a la estabilidad social —sin odios profundos no hay conflictos graves—, implica un peligro: el individuo es más influenciable que nunca y, así como puede estar dominado por la indiferencia durante largos períodos, hace falta sólo una dosis de entusiasmo destructor para que empiece a destruir. Puede rápidamente olvidar sus odios, pero éstos, cuando son manipulados con rapidez hacia una dirección genocida, pueden traer consecuencias desastrosas. Aparece aquí la *violencia ideológica*. Es un intento por volver a poner la violencia hacia uno —en este caso, “un grupo”— en el centro de la sociedad, como en las sociedades sacras, un intento por darle a la violencia nuevamente la gravedad que había perdido al banalizarse.²⁸

El orden tradicional-sacrificial y el orden de los *katéches*

Según la teoría mimética, hay dos modelos sacrificiales: i) el de las comunidades primitivas y arcaicas y ii) el postradicional. Muchos de los rasgos del primer modelo sobreviven en el segundo; la diferencia es que, en el segundo, han perdido su eficacia, parcial o totalmente. Para que el mundo postsacrificial funcione, requiere de la convergencia de varios modelos sacrificiales.

La TM ejemplifica el primer modelo sacrificial, el de las religiones primitivas y arcaicas, con las multitudes miméticamente conformadas respecto a la opinión de que la víctima sacrificial es realmente la culpable de los males de la comunidad. Se trata de colectividades imitativas simples. A esta multitud

asesina, linchadora, se le ve enloquecida, maníaca, endemoniada, perturbada, arrebatada, frenética, persecutoria, intolerante, histérica; rasgos derivados de la exacerbación de la mimesis de los participantes.

Sin embargo, así como la multitud linchadora descarga miméticamente su ira en contra de un chivo expiatorio, lo que se produce tras este sacrificio es un orden de imitaciones benevolentes. Los miembros del grupo se imitan, ahora, al respetar las prohibiciones y las jerarquías y se imitan al elegir modelos no conflictivos; es decir, se copian para evitar la mimesis conflictiva. En todo esto es clave la imitación de los rituales, que es la rememoración del primer sacrificio, el que fundó el cosmos y el orden humano.

La TM enfatiza la diferencia entre sacrificio ritual (simulacro de liminalidad o liminalidad controlada) y espontáneo (liminal). El primero ocurre, en principio, en un marco reglamentado; es un desorden ordenado, circunscrito. Pero todo esto es reversible. El orden se desgasta: hay inundaciones, terremotos, enfermedades, invasores... y también llegan nuevos culpables. La liminalidad controlada puede convertirse en liminalidad natural. Y viceversa.

El rito sacrificial puede también salirse de las manos del clero; al invocar la violencia, ésta puede escaparse del control de los sacerdotes, como un accidente en un laboratorio donde se preparan armas biológicas.

La ruta más común del orden sacrificial tradicional, según la teoría mimética, es: i) desorden mimético violento; ii) imitación para culpar a uno, que comienza el proceso de exteriorización de la violencia; iii) linchamiento de ese "ser exterior, que puede ser un dios o incluso un envidioso paria"; iv) instauración de un orden producto del milagroso sacrificio, que transforma al diabólico culpable asesinado en un santo restaurador del orden; v) manutención del orden mediante imitaciones positivas (*i. e.* prohibiciones, mediadores no conflictivos, intercambios) y rituales violentos que contienen la violencia; vi) desgaste del orden por factores internos o fracaso del orden por nuevos desafíos externos; vii) desorden mimético violento; e viii) imitación para culpar a uno...

Sin embargo, esta ruta puede alterarse. Al momento de culpar a uno, quizás el orden no se restaure; harán falta mayores sacrificios, más violencia e incluso, en ocasiones, veremos la desestructuración del grupo, la desaparición de la tribu.

Mas este orden sacrificial sólo funciona plenamente en sociedades simples, donde la conciencia colectiva es homogénea. En cambio, en las sociedades complejas, donde ha sido desmitificado el mecanismo del chivo expiatorio —ya sea por el efecto de la comparación de distintos mitos o por cobrar conciencia de una condición humana universal o por la despersonalización de las relaciones sociales mediante instituciones que tratan a los personas de

los distintos clanes y tribus con distintas creencias de un modo distante, frío, reglamentado—, éste ya no puede producir un orden duradero.

Una vez revelado que la víctima inmolada no es más que un chivo expiatorio, es decir, una vez que se ha desacreditado la “unanimitad culpabilizadora” que traía consigo una fuerte conciencia colectiva, el mecanismo pierde su eficacia. Sin embargo, no renunciamos a él. La TM utiliza un término para hablar de este uso del mecanismo sacrificial en un contexto en el que ya ha perdido su fortaleza: *katéchon*. Significa lo que contiene la violencia en el doble sentido de la palabra: es el lugar de la violencia y el lugar donde se retiene la violencia dentro de ciertos límites.

El sacrificio bajo la égida del *katéchon* funciona mal, pues ya no existe la unanimidad linchadora y, por lo tanto, la pacificación esperada se convierte en pacificación a medias, en el mejor de los casos, y en escalada conflictiva, en liminalidad, en el peor. El *katéchon* implica que el sacrificio funciona mal, pero no renunciamos a él; también se le llama “la marca de lo sagrado” y no aspira a eliminar la violencia, sino a ejercerla de modo razonable. ¿Qué es lo racionalmente aceptable en términos de sacrificio? Un tipo de sacrificio que evite un mayor número de muertes. Por supuesto, dada la naturaleza de las sociedades plurales, no existen los sacrificios “completamente racionales”, pues el contagio y la solidaridad victimaria nunca es total. Nunca hay acuerdo sobre si una decisión provocó más muertes de las que hubiera evitado y, menos aún, cuando quienes lo evalúan son partidos políticos compitiendo.

La TM plantea el *katéchon* como una forma provisional e ineficiente de pacificación. Lo que aquí proponemos es que los *katéchones* político o económico, vistos de modo aislado, no ofrecen más que provisionales e insuficientes formas de pacificación. Sin embargo, planteamos que, si se comprenden los *katéchones* de una forma más integral, si se unen las piezas, podremos trazar un modelo desde la teoría mimética que nos permita comprender la complejidad del orden postradicional y sus amenazas. Veremos que, si ahí donde falla un modelo de contención de la violencia no vemos aparecer una violencia rampante, es porque ha entrado en acción otro *katéchon*. Pero también a la inversa: donde aparentemente un *katéchon* funciona bien y, de todos modos, encontramos violencia desmedida, es porque se ha sobrepuesto la lógica de otro modelo de contención; éste, fallido.

A continuación, presentamos un cuadro que resume la última parte de *Anatomía de la teoría mimética*, en el cual se aprecian los *katéchones* postradicionales, es decir, las formas en la que las sociedades complejas contienen la violencia.

KATÉCHON O "MARCA DE LO SAGRADO"	KATÉCHON TRIUNFANTE O LIMINALIDAD CONTROLADA	KATÉCHON FALLIDO O LIMINALIDAD	CHIVO EXPIATORIO
<p>Cuando el intento de concentración de la violencia por parte de un orden jurídico-político triunfa, se produce el Estado.</p>	<p>Estado de Derecho, que ofrece certeza jurídica y estabilidad.</p>	<p>Modernidad perversa: Señores de la guerra, Estados embrion o fallidos, frágil orden impuesto por delincuentes.</p>	<p>Opinión de los ciudadanos acerca de las víctimas sacrificadas:</p> <p>* Credibilidad del Estado, noción de justicia y uso razonable de violencia.</p> <p>* Cuestionamiento del Estado: percepción de que se usan chivos expiatorios.</p>
<p>El cristianismo, otras religiones antisacrificiales y la disciplina civilizatoria del autocontrol, que proponen una ética universal, la cual merma las solidaridades tradicionales.</p>	<p>Cuando se impone la ética autosacrificial, contribuye a la pacificación de las relaciones sociales.</p>	<p>Cuando las religiones antisacrificiales o de autosacrificio no son interiorizadas por el individuo, pero ya minaron las solidaridades tradicionales, surge el individualismo egoísta, bárbaro.</p>	<p>Se da una competencia entre partidos, religiones u organizaciones por ser quien "verdaderamente se preocupa por las víctimas".</p> <p>Cada grupo acusa a sus rivales de hipócritas, de lucrar con las víctimas. El chivo expiatorio de cada uno de estos grupos es su competidor.</p>
<p>Incremento de mercados, promueven el ascenso del individualismo, debilitan creencias comunes.</p>	<p>Prosperidad, enfriamiento de pasiones que contribuye a la convivencia y a la conclusión de que es preferible tener socios que enemigos.</p>	<p>Individualismo mercantil o el socialismo cuando son empobrecedores y producen una crisis. La economía se vuelve sinónimo de desesperanza y competencia sin límites.</p>	<p>La indiferencia de los terceros, es decir, respecto a quienes están fuera de la mirada de los competidores pero que sufren como un subproducto de dicha competencia.</p>
<p>El nacionalismo que deslegitima el orden tradicional y coloca a los pueblos en un escenario de comparación, competencia y/o cooperación.</p>	<p>El nacionalismo produce orden cuando:</p> <p>1) promueve una idea del bienestar del pueblo que lo aleja de la violencia;</p> <p>2) reconoce la naturaleza mimética del deseo que lleva a encontrar soluciones realistas a problemas internacionales.</p>	<p>Cuando se convierte en una ideología furiosa que culpa a los enemigos externos de los problemas internos.</p>	<p>Quienes habitan más allá de las fronteras y las minorías al interior de ellas.</p>

KATÉCHON O "MARCA DE LO SAGRADO"	KATÉCHON TRIUNFANTE O LIMINALIDAD CONTROLADA	KATÉCHON FALLIDO O LIMINALIDAD	CHIVO EXPIATORIO
El igualitarismo que cuestiona las jerarquías sociales y propone un espacio homogéneo de justicia.	Ideología de la compasión universal. Empatía que nos lleva a ser considerados con los demás; comprenderlos más que odiarlos.	El igualitarismo como máscara de envidia. Confusión acerca de quiénes somos en la sociedad.	"Los enemigos de la igualdad", quienes son más envidiados que compadecidos, los que lastiman el ego de las mayorías.
Idealismo de la mentira romántica que piensa en la originalidad como un valor supremo y que simula y, a veces, hasta se autoengaña acerca de que la imitación es sólo un aspecto secundario en la conformación de la identidad y de los deseos.	Narcisismo inofensivo si se mantiene en la mente y el ámbito privado. Pacificación en tanto que genera chivos expiatorios sólo en la imaginación y la conversación.	Cuando los titanes no son inofensivos idealistas, sino Hombres de poder capaces de movilizar recursos y personas; cuando pueden transformar radicalmente hábitos y culturas.	Quienes se oponen a los cambios, a la ingeniería social, los "reformistas", los "conformistas". Los otros titanes, debido a que se obstaculizan entre ellos.
La democracia tanto liberal como totalitaria. Ambos gobiernos cuestionan los poderes tradicionales.	La democracia liberal produce grupos enfrentados pero que compiten bajo una normatividad. El totalitarismo organiza una mayoría de acuerdo con el terror que provoca la arbitrariedad en la aplicación de la ley.	Cuando fracasa la democracia electoral, las votaciones dejan de legitimar el poder político y se llega a la violencia, quizás, incluso, a la guerra civil. El totalitarismo pierde su eficacia cuando la élite o los encargados directos de instaurar el terror (las policías secretas, el ejército, los soplones) deciden cambiar de bando; es decir, pierde su fortaleza cuando el terror ya no asusta tanto.	Democracia liberal: cada partido convierte a sus competidores en víctimas sacrificiales simbólicas, prácticamente sin violencia real. El totalitarismo convierte a los disidentes — imaginarios o reales— y a las potencias extranjeras en sus chivos expiatorios. Tiende a utilizar dosis importantes de violencia.

Cuadro elaborado por Valentina Méndez Rizo y Jorge Federico Márquez Muñoz.

Las sociedades complejas viven entre la banalización de la violencia, la violencia ideológica y la violencia del autosacrificio. La violencia banalizada es promovida por aquellos que consideran que el capitalismo puede resolver sus contradicciones por sí mismo y sólo son necesarias algunas adecuaciones menores para mantenerlo; sus promotores inflaman los deseos banales para hacer funcionar el mercado, confían en que la competencia de los individualistas envidiosos regulará a la sociedad y no se convertirá en violencia cruda. En una sociedad liberal, la violencia ideológica suave es el correlato político de la violencia banalizada.

La violencia ideológica a secas es la versión de quienes consideran que las instituciones son incapaces de satisfacer las necesidades del Hombre; sus promotores afirman que es legítimo que el igualitarismo envidioso se manifieste e intente instaurar un nuevo orden; para ello, intentan darle a la envidia, al resentimiento y a la indignación un peso central. No se trata de resacralizar la envidia, sino de gestionarla de una manera prometeica. Es decir, se le devuelve la seriedad que tenía en la Antigüedad, pero, en lugar de ser un asunto de dioses y religiones, lo es de ideologías y políticos.

Las sociedades complejas, mientras más estables, más tiempo viven entre la violencia del autosacrificio y la violencia banalizada. Solamente un grupo de profesionales —i. e. en los partidos políticos, en los sindicatos y en los periódicos— promueve la violencia ideológica —y, en todo caso, en su versión simbólica—. Estos profesionales suelen administrar sus fuerzas para utilizarlas en momentos liminales, como elecciones, guerras o crisis. Buscan que las mayorías durmientes o embotadas —en política lo están en tanto no participan de ella, pues están absortas en sus vidas privadas y sus problemas cotidianos— despierten; y suelen lograrlo por períodos cortos.²⁹

Finalmente, cabe mencionar que las referencias de otros autores a *Tiempos Modernos* son casi tan extensas como la misma obra. Algunas importantes reseñas se escribieron cuando se publicó la primera versión del texto, en 1983. Una de ellas es de gran utilidad para nuestro enfoque: la de Craig A. Lockard. Este autor hace un recuento de lo que considera la mayor debilidad del libro: la falta de equilibrio. Por ejemplo, subestima la pérdida de derechos civiles del golpe pinochetista y se concentra en los beneficios económicos. De tal suerte que el dictador chileno es, simplemente, uno de los héroes de Paul Johnson. Nuestro enfoque corrige, con justicia, tal desequilibrio. Aquí nos preguntamos sobre la estabilidad y la viabilidad de los mecanismos sociales que contienen la violencia y, sobre todo, nos preguntamos sobre cómo es que estos *katéchones* se combinan. Así, en el Chile de Pinochet, el *katéchon* de la prosperidad y el del Estado de derecho funcionaron para banalizar las pasiones y pacificar al país, pero falló el *katéchon* democrático. En nuestro

enfoque se obtiene el equilibrio propio de la “desmitificación” de la TM, según la cual nunca es evidente ni absoluto quién es el culpable de los males.

Otros ejemplos de menciones de *Tiempos Modernos* relevantes están en *La guerra del mundo* de Niall Ferguson y en *Causas Sagradas*, donde Michael Burleigh, escribió:

Este libro no es una historia del cristianismo; ya se han escrito muchas. Tampoco es una historia de los tiempos modernos; Paul Johnson ha escrito una excelente. *Causas sagradas* se sitúa más bien en el espacio intermedio entre ellas, donde cultura, ideas, política y fe religiosa se encuentran en un terreno para el que no consigo encontrar una designación satisfactoria.³⁰

La breve nota de la revista *Foreign Affairs* de 1983 es aún más elogiosa, al considerar a Paul Johnson el nuevo Mencken, no porque compartiera los valores del intelectual de Baltimore, sino porque ambos son extraordinarios polemistas.³¹ Pero sin duda el mayor elogio lo hizo el famoso periodista Richard Stengel, de la revista *Time*, *The New York Times*, *The New Republic*, *Vanity Fair* y *Esquire*, quien además ayudó a Nelson Mandela con la redacción de sus memorias. Describe así a nuestro autor:

Paul Bede Johnson nació en 1928 y estudió en Stonyhurst y en el Magdalen College de Óxford. [...] En 1955 se incorporó a la plantilla de *The New Statesman*. Fue director de este último desde 1965 hasta 1970 [...]. Aparte de su prolífica obra periodística, ha escrito varios libros de contenido histórico, incluyendo *A History of the Modern World from 1917 to the 1980s* (1983) —publicado en Estados Unidos con el título *Modern Times*—, *A History of the Jews* (1987), y *The Birth of the Modern: World Society 1815-30* (1991).

Y, más halagador aún, dice de Paul Johnson: “el magistral hombre de letras anglosajón, el Macaulay moderno, el Carlyle contemporáneo”.³²

Vale la pena, pues, tomar como punto de partida, para la comprensión del siglo XX, a este gran polemista, a este satírico y sabio historiador.

CAPÍTULO I

LAS COSAS OCULTAS DESDE LA FUNDACIÓN DE LA MODERNIDAD

Palmira Arias López, Anadí Belén Ballina Negrete,
Jorge Federico Márquez Muñoz & Valentina Méndez Rizo

1.1 Einstein, Popper y la desmitificación del mecanismo expiatorio

Tiempos Modernos de Paul Johnson comienza sin preámbulos, sin introducción, sin agradecimientos, sin prólogos... Simplemente, abre con el capítulo “Un mundo relativista”. La exposición inicia recordándonos que la cosmología newtoniana y los conceptos de tiempo absoluto de Galileo que habían permanecido 200 años como leyes universales, al inicio del siglo XX, comenzaban a volverse obsoletos. La creación de estas teorías estaba unida a los procesos de la Ilustración europea, la Revolución industrial y la vasta expansión de libertad y conocimiento, características del siglo XIX.

El mundo moderno comenzó el 29 de mayo de 1919, cuando las fotografías de un eclipse solar confirmaron la verdad de una nueva teoría del universo. Para nuestro autor, este fue un momento liminal, aunque parece subestimar la influencia de la filosofía. Aclaremos:

1) En las primeras páginas de *Tiempos Modernos*, la centralidad de la teoría de la relatividad no tiene rival. Dicha teoría cambió no sólo nuestra visión del universo y la física, sino también del mundo social y la política.

2) Sin embargo, la influencia del pensamiento ilustrado comenzó a determinar cierto relativismo en materia de política y de costumbres. En el siglo XIX, los utilitaristas relativizaron la moral con su psicología del placer y el dolor. Más aún, los idealistas alemanes y Nietzsche crearon una visión radical que concebía que los valores de toda una civilización podían modificarse a voluntad de unos cuantos “súperhombres”, “activos voluntariosos” o “bestias rubias”.¹

Por lo tanto, si la relatividad de Einstein tuvo el impacto al que se refiere nuestro autor, fue en buena medida porque el terreno había sido preparado por la filosofía, algo que Johnson parece reconocer páginas más adelante, aunque sólo de un modo implícito. Más aún, el relativismo moral, en la teoría mimética, es una de las posibilidades de toda sociedad compleja, en tanto que compara diferentes visiones sobre el bien y el mal y hay una pérdida sobre el consenso en torno a quién es el culpable, es decir, el chivo expiatorio.²

Las observaciones que hace Einstein sobre el espacio-tiempo y cómo en ciertas circunstancias éste parece alargarse o contraerse son análogos a los efectos de la perspectiva en la pintura de las primeras décadas del siglo XX. Una situación que parece invitar al desorden mimético, a la pérdida de las diferencias, al caos mitológico o, al menos, a la liminalidad ritual. En el arte, lo mismo en la pintura que en la música y el baile, se enfatiza, a principios del siglo XX, que entramos a una nueva era, es decir, al terreno de lo desconocido. Mas cabe preguntarse si, en este nuevo mundo, los viejos métodos de contención del deseo y la violencia han dejado de funcionar. O, si bien, en ese aspecto, todo sigue como antes: ¿siguen funcionando los mismos *ka-téchones* de las sociedades postradicionales?

En 1905, Albert Einstein, con apenas 26 años, publicó un trabajo llamado “Acerca de la electrodinámica de los cuerpos en movimiento”, mejor conocido como la *Teoría especial de la relatividad*. En 1907, publicó que toda la masa tiene energía ($E=mc^2$) y, ocho años después, llegó a Londres la noticia de que había corroborado, con datos de observación empírica, su teoría. Para el físico alemán, la comprobación y el rigor científico eran esenciales; por ello, ideó tres pruebas específicas, de manera que, si alguna de éstas no llegaba a comprobarse en su totalidad, se negaría a aceptar su propia teoría. Incluso escribió: “Si se demostrase que este efecto no existe en la naturaleza, sería necesario abandonar la teoría entera”.

Johnson recurre a Karl Popper para enfatizar el hecho de que Einstein considerara insostenible su teoría si no satisfacía ciertas pruebas, en contraste con la actitud del dogmatismo de Marx y Freud. La teoría mimética, al igual que nuestro autor, tiene como punto de partida una crítica a Freud. En *Mentira romántica y verdad novelesca*, Girard se refiere al complejo de Edipo, al narcisismo, al masoquismo y al sadismo. Encuentra en todas estas categorías la evidencia del deseo mimético al tiempo que cuestiona nociones que subordinan las relaciones interpersonales, es decir, miméticas, a nociones “metafísicas”, como el “inconsciente reprimido” o las “pulsiones”. Se trata de “mentiras románticas” que encubren la naturaleza imitativa del deseo y la identidad.

Al engarzar la TM con *Tiempos Modernos*, encontramos que el problema de la mentira romántica va más allá de las novelas, los academicismos y el psicoanálisis. De hecho, vemos el aspecto más siniestro de la mentira romántica: si se considera que las acciones humanas derivan de una entidad externa dominante, se pierde la noción de la responsabilidad individual; no seríamos más que títeres de esa instancia y no nos quedaría más que someternos a ella. De cualquier manera, Girard era muy cuidadoso con no hacerse ilusiones acerca de la libertad. De hecho, separó las ideas de originalidad y libertad: la libertad no está en no imitar a los demás, sino en poder elegir a quién se imita, en qué momento y de qué forma. La no-originalidad de la libertad no significa, en la TM, sinónimo de irresponsabilidad; siempre hay responsabilidad, pues siempre se puede decidir a quién imitar y cómo.

La mentira romántica nos liberaría de la responsabilidad individual, pero a costa de la libertad. Además, una vez que la Humanidad adquiere conciencia de su individualidad imitativa (interdividualidad), es difícil regresar a la noción preindividual. Los intentos de retorno a una noción donde la responsabilidad y la culpa eran colectivas contradicen tanto a las tradiciones axiales y al Derecho romano como al Derecho liberal. Los intentos de regreso a la preindividualidad sólo ocurren como autoengaño o como estrategia para sobrevivir en una atmósfera totalitaria. Esto es análogo a lo que Louis Dumont encontró una vez que salimos del holismo —donde el Todo vale más que las partes— y entramos al individualismo: todo intento por regresar al holismo se convierte en un “falso holismo”.

Paul Johnson se refiere a la culpa y a la responsabilidad colectivas en diversas ocasiones. Si la responsabilidad es colectiva, cuando esa “colectividad” comete una falta, la culpa también es colectiva. La culpa colectiva, así, es la continuación del mecanismo del chivo expiatorio tradicional, pero sin el consenso que generaba el contagio y la autoridad que le daba lo sagrado en la religión preaxial. A falta de unanimidad religiosa, se utiliza la ideología, que siempre implica dudas, porque la ideología se acompaña de otras más. La ideología que pretende convertirse en única se vuelve religión secular, pero nunca logra convertirse en única. Este intento fracasa y, para imponerse como una pretendida nueva religión, requiere de mucha violencia, intimidación y mentiras.

La culpa colectiva proviene de culpar a los supuestos linchadores y tratarlos a todos como si fueran una misma persona. Esta forma de la culpa opera bajo una concepción muy amplia del linchador. Éste puede no ser realmente un linchador, sino que, simplemente, necesita ser visto como tal por quienes, a su vez, lo asesinarán. Los linchadores de los —supuestos— linchadores toman como punto de partida el victimismo. De acuerdo con los

victimistas, los acusados no tienen que haber cometido ningún crimen para merecer su castigo; se les castiga por su identidad, que supuestamente es malvada. Si no se les prueba ninguna atrocidad, es porque son astutos y ocultan las evidencias; si no han cometido ningún crimen, tampoco importa, pues tarde o temprano lo cometerán. Ésta es la lógica del racismo, del bolchevismo y del fascismo por igual, pero también la de las religiones preaxiales.

Los verdugos (*i. e.* los nazis) de los supuestos linchadores (*i. e.* los judíos), los linchadores de los “linchadores”, son victimistas. Se conciben victimizados por los “linchadores”, aunque para ello tengan que inventar teorías absurdas, de las cuales no importa que no haya evidencia. El que no haya pruebas de la maldad de los supuestos victimarios es tomado como una prueba de que son muy inteligentes, no de que no hayan hecho nada malo.

Los linchados por los victimistas son siempre en plural, pues parte de su supuesto crimen es, justamente, que conspiran. La noción de conspiración deriva directamente de la idea del homicidio colectivo descrito por Girard en *La violencia y lo sagrado*. Los capitalistas, los judíos y las minorías son amenazantes en tanto que tienen el potencial del homicidio colectivo y en tanto que están organizados. Eso decían los bolcheviques y los nazis de sus víctimas. ¡Curiosa acusación de quienes justamente no sólo tienen dicho potencial, sino de quienes pasaron del dicho al hecho!

Girard dice del freudismo y del marxismo que, además de ser teorías cimentadas bajo la mentira romántica, son planteamientos “tan míticos como la mitología misma, precisamente porque no constituyen más que un recurso modernizado a la monstruosidad ritual”.³ Con la monstruosidad ritual se refiere al mecanismo del chivo expiatorio.

Marx, Nietzsche y Freud [...] no hacen más que ofrecernos chivos expiatorios en definitiva equivalentes. Si individualmente cada uno de esos pensadores retrasa la revelación plena, colectivamente no pueden menos de preparar su llegada, la de la víctima omnipresente, que sigue retrasándose debido a unos procedimientos sacrificiales que también se están agotando, ya que son cada vez más transparentes, cada vez menos eficaces y, por tanto, cada vez más temibles en el plano de las consecuencias políticas y sociológicas inmediatas; para restaurar su eficacia, los Hombres siguen sintiendo la tentación de multiplicar las víctimas inocentes, de matar a los enemigos de la nación o de la clase, de aniquilar violentamente lo que queda de la religión o de la familia, a las que se cree culpables de todas las “represiones”, de promulgar el asesinato y la locura como los únicos realmente “liberadores”.⁴

La revelación, en TM, es desmitificación, en tanto muestra que el chivo expiatorio no es más que una víctima, si bien no inocente, al menos, no más culpable que quienes la linchan. Lo que hacen las tradiciones axiales, el Derecho romano y el Derecho moderno es basar la toma de decisiones en pruebas y en la idea de que las responsabilidades son individuales y derivan de actos, no de una cierta identidad. De ahí su poder desmitificador; de ahí su capacidad para denunciar el mecanismo del chivo expiatorio.

Sobre Marx, en la teoría mimética encontramos gran cantidad de comentarios, esencialmente concentrados en dos aspectos:

1) Por un lado, en denunciar su teoría “substancialista” del valor que considera que lo más importante son las relaciones entre “objetos y objetos”, o bien, entre “individuos y objetos” y no la imitación de los deseos;⁵ y la de la libertad radical, que supuestamente superaría la alienación; es decir, que pretende liberar a los Hombres de la influencia de unos sobre otros.⁶ Ambas cosas las denuncia la TM como simples “mentiras románticas”.

2) Por otro, en mostrar la interpretación marxista como un intento por remitificar la Historia y construir un sistema maniqueo que plantea una violencia que terminará con todas las violencias al tiempo que justifica el sacrificio de categorías enteras de personas (*i. e.* los burgueses), condenadas no en tanto que llevan a cabo ciertos actos, sino por quiénes son.⁷

En este segundo punto, al igual que Paul Johnson, la TM recurrió a Karl Popper. Por una parte, es evidente el paralelismo entre la “sociedad abierta” popperiana y la “desmitificación” de la violencia propia de las tradiciones axiales —entre ellas, el cristianismo—, el Derecho, el liberalismo y la democracia, acorde con lo descrito por la teoría mimética. Y, por otra parte, es evidente también que la sociedad cerrada es la sociedad del mito, sacrificial. Mas el paralelismo no termina ahí: Popper y la TM admiten que el paso de una sociedad cerrada a una sociedad abierta es difícil, pues la primera ha generado hábitos mentales e instituciones muy sólidas. Al respecto, el austríaco habla de una “nostalgia por la sociedad cerrada”, que puede llevar a la modernidad y, de hecho, en diversas ocasiones, la ha llevado al totalitarismo.

La TM tiene dos términos para referirse a esta nostalgia por la sociedad cerrada: “la marca de lo sagrado” (Dupuy) y el *katéchon* (Palaver). Se trata del uso del mecanismo del chivo expiatorio ahí donde ya no hay consenso en torno a quién es la fuente absoluta del mal, es decir, de utilizar el sacrificio a pesar de que éste ya no es tan eficaz como solía serlo. Cesáreo Bandera tiene una larga cita de Popper, en la cual esboza el propósito de su obra *La sociedad*

abierta y sus enemigos. La cita que retoma acerca claramente al austríaco con la TM:

Este libro [...] bosqueja algunas de las dificultades arrastradas por nuestra civilización —una civilización que podría tal vez ser descrita como encauzada hacia lo humano y lo razonable, la igualdad y la libertad; una civilización que está todavía en su infancia, por decirlo así, y que continúa creciendo a pesar del hecho de que ha sido tantas veces traicionada por tantos líderes intelectuales de la Humanidad—. Intenta mostrar que esta civilización no se ha recuperado por completo todavía del trauma de su nacimiento, la transición de la sociedad tribal o “sociedad cerrada”, sumisa a fuerzas mágicas, a la “sociedad abierta”, que libera los poderes críticos del Hombre. Quiere mostrar que el choque traumático de esta transición es uno de los factores que ha hecho posible el nacimiento de esos movimientos reaccionarios que han intentado, y todavía intentan, derrocar la civilización y regresar al tribalismo. Y sugiere que lo que hoy día llamamos totalitarismo pertenece a una tradición que es exactamente tan vieja o tan nueva como nuestra civilización misma.⁸

Cabe hacer una aclaración para matizar el mecanismo del *katéchon*. En *Anatomía de la Teoría mimética*, escribimos que los diversos *katéchones* que instauran un orden postradicional —entendida la sociedad tradicional como aquella en la que aún funciona el consenso en torno al culpable y, por lo tanto, donde resulta muy eficaz el mecanismo del chivo expiatorio—, pueden implicar una “economización” o una “racionalización” de la violencia, pese a no contar con la autoridad de lo sagrado. No obstante, también los *katéchones* pueden implicar mucha destrucción, convertirse en “sacrificios estériles” (Dumouchel), que no logran instaurar un orden legítimo y, por lo tanto, requieren de enormes dosis de violencia y miedo para mantenerse. Éste es el caso, por ejemplo, de los totalitarismos y de aquellos espacios en que la autoridad no logra cristalizar en Estado de Derecho. Así, por ejemplo, la democracia estadounidense, como veremos en el capítulo sexto, es un *katéchon*, si bien implica un uso del chivo expiatorio que es compatible con la sociedad abierta y que logra “contener la violencia”, es decir, evitar que se escale. La competencia democrática implica, en este sentido, una violencia de baja intensidad, que funciona como una olla que deja escapar gradualmente el vapor, para no provocar una explosión.

El tipo de *katéchon* que, por el contrario, produce sacrificios demasiado costosos, el que impone una enorme violencia, el que produce una liminalidad muy extendida, o bien, el que simplemente no lleva a ningún orden, es el

katéchon apocalíptico, el cual implica: “paranoia y grandiosidad”; “sentimiento de superioridad moral”; “merecimiento de lo mejor para uno y los suyos y, para los demás, castigos horribles, condenas”; “profecías gloriosas”; “lucha entre el Bien y el Mal en una dimensión cósmica”, según la cual “los conflictos en la tierra tienen una correspondencia con los conflictos en el cielo”; es una guerra donde “el Bien triunfará”, que llevará al “fin de la Historia”; “una solución final a los problemas de la buena sociedad mediante el exterminio de los enemigos”; “la unión entre la profecía y la política”; “violencia y codificación o encubrimiento de la violencia”.⁹

Cabe aclarar que la TM distingue lo apocalíptico del apocalipsis. Éste implica justamente lo contrario, es decir, “revelación”, “desvelar” la violencia, desmitificarla. Así, mientras lo apocalíptico es una nostalgia por la sociedad cerrada, el apocalipsis es una denuncia del fracaso de lo apocalíptico, o sea, de los intentos de utilizar el “gran sacrificio” para lograr el fin de la Historia; la pacificación absoluta. Asimismo, lo apocalíptico intenta eclipsar la claridad del apocalipsis.¹⁰

Vamos uniendo así las piezas de nuestro rompecabezas: el totalitarismo se construye con la nostalgia de la sociedad cerrada, crea un falso holismo —en tanto está montado sobre una sociedad individualista— y un encapsulamiento artificial —en la medida en que gana terreno el igualitarismo—, un *katéchon* apocalíptico que pretende negar el apocalipsis (la desmitificación de la violencia). Así lo expresa Cesáreo Bandera:

No fue un accidente lo que le hizo a Karl Popper ver en el marxismo y en otros movimientos totalitarios una clara vuelta a un pasado tribal. Por otro lado, ningún sacrificador precristiano creyó nunca en la posibilidad de un sacrificio especial, hacia el que todos los anteriores sacrificios habían conducido, que sería el último sacrificio, el que eliminaría el sistema sacrificial mismo. No es difícil ver cómo el texto judeocristiano influyó en Marx. Pero no fue una influencia que abriera sus ojos; al contrario, sólo sirvió para hacer que su ceguera fuera absoluta.¹¹

La crítica popperiana al historicismo, retomada por Cesáreo Bandera, se aproxima mucho a la “mentira romántica” criticada por Girard:

El historicismo [...] nace del temor, pues le acobarda la idea de que somos responsables últimos hasta de los criterios que escogemos. Pero tal intento me parece que representa precisamente lo que se describe normalmente como superstición. Porque da por sentado que podemos cosechar donde no hemos sembrado; trata de persuadirnos de que, si mera-

mente tratamos de seguir el ritmo de la Historia, todo irá, todo tiene que ir, bien [...]. Trata de descargar nuestra responsabilidad sobre la Historia y, por lo tanto, sobre un juego de poderes demoníacos fuera de nuestro alcance [...]. Es una esperanza degradada y una fe envilecida, un intento de reemplazar la esperanza y la fe que brota de nuestro entusiasmo moral y del desprecio al éxito por una certidumbre que emana de una pseudociencia; una pseudociencia de las estrellas, o de la “naturaleza humana”, o del destino histórico [...].

El historicismo [...] no es sólo insostenible racionalmente, está también en conflicto con cualquier religión que enseñe la importancia de la conciencia. Porque esa religión tiene que estar de acuerdo con la actitud racionalista hacia la Historia en su énfasis sobre nuestra responsabilidad suprema por nuestras acciones [...]. Es verdad, necesitamos esperanza; obrar, vivir sin esperanza es superior a nuestras fuerzas. Pero no necesitamos más [...]. No necesitamos certidumbre [...]. El elemento historicista en la religión es un elemento de idolatría, de superstición.¹²

Bandera hace aún más explícita la cercanía de la TM con Popper cuando afirma que “el temor a lo abierto tiene que ser canalizado mediante algún tipo de estructura social” y, justamente, “en nuestra teoría de lo sagrado, ésa es precisamente la función del mecanismo sacrificial, el cerramiento de la comunidad como resultado de la expulsión de la víctima”.¹³

Para cerrar con Popper, regresemos nuevamente al victimismo denunciado por la TM que justifica el sacrificio de unos “supuestos sacrificadores” de los “potenciales linchadores”. Al respecto, Cesáreo Bandera retoma del austríaco el uso que las teorías nostálgicas de la sociedad cerrada hacen de la “teoría de la conspiración”:

Es la opinión de que, pase lo que pase en la sociedad —incluidas cosas por las que la gente, por regla general, siente aversión, tales como la guerra, falta de empleo, pobreza, carestías—, es el resultado del designio directo de algunos individuos o grupos poderosos. Esta opinión está muy extendida, aunque es [...] una especie de superstición un tanto primitiva. Es más vieja que el historicismo —el cual puede decirse que es un derivativo de la teoría la conspiración— [...]. Es el resultado típico de la secularización de las supersticiones religiosas. La creencia en los dioses homéricos cuyas conspiraciones eran responsables de las vicisitudes de la guerra de Troya ha desaparecido. El lugar de los dioses en el Olimpo de Homero es ocupado ahora por los ancianos sabios de Sión, los monopolistas, los capitalistas o los imperialistas.¹⁴

Enfatiza Cesáreo Bandera que el historicismo es un derivado de la teoría de la conspiración y que ésta es la teoría sacrificial por excelencia, “la que da la expresión teórica más ingenua al espíritu sacrificial en busca de una víctima. Detrás de la histeria colectiva de toda muchedumbre linchadora hay siempre una forma u otra de teoría de la conspiración. Es la expulsión de la conspiratoria y maligna víctima lo que crea el interior comunal, el conjunto social más básico”.¹⁵

La teoría de la conspiración busca evadir la complejidad de los fenómenos intersubjetivos, de la interdividualidad, de “la red estrecha de relaciones individuales interdependientes a través de la cual fluye necesariamente la vida social”. Y la busca evadir porque ver las cosas en una dimensión compleja “debilita el principio sagrado; un principio que sólo puede funcionar efectivamente siempre que la identidad de la víctima (individuo o grupo) pueda ser claramente reconocida”.¹⁶

Volvamos a nuestro *Tiempos Modernos*. Einstein despertó un enorme interés en todo el mundo a lo largo de 1919. Puso en movimiento “la ley de la consecuencia involuntaria”. La nueva teoría general de Einstein había modificado los conceptos newtonianos con los que los hombres y mujeres comunes se regían. Para el humano promedio esta nueva teoría —difícil de entender en palabras científicas— se resumía en que no hay movimiento absoluto; de hecho, el movimiento y el tiempo son curvilíneos. Lo que esto significó en el ámbito social Paul Johnson lo explica de esta manera:

1) Fue un “boom” intelectual que se construyó desde una teoría científica y que creó una nueva manera de ver el mundo. Ya no sólo el tiempo y espacio dejaron de ser absolutos, sino que, en general, dejaron de existir absolutos: tanto del bien y del mal, como del saber y del valor, de las creencias, etcétera.

2) En general, la teoría de la relatividad causó mucha inquietud, ya que nada parecía seguro en el movimiento de las esferas: “era como si el globo rotatorio hubiese sido arrancado de su eje y arrojado a la deriva en un universo que ya no respetaba las normas usuales de medición”.¹⁷

Einstein vivió para ver, con pesar, que el relativismo moral se volvía una pandemia social y que su ecuación promovía la guerra nuclear. El efecto de sus descubrimientos sirve como una gran ilustración de la doble influencia de los innovadores científicos sobre la Humanidad:

1) Modifican nuestra percepción del mundo físico y acrecientan nuestro dominio/conocimiento sobre el mismo.

2) Modifican las ideas sociales.

La TM nos ayuda a comprender estos fenómenos. Por una parte, somos seres imitativos, pero, por otra, nos cuesta trabajo imitar para comprender a profundidad ideas complejas. Como vimos en *Anatomía de la Teoría mimética*, dada la arquitectura de nuestras neuronas, solemos usar más la “congruencia general que la congruencia exacta”.¹⁸ Y esto significa que es más común la imitación de las ideas *grosso modo* que los detalles de éstas; en este caso, vemos que la simplificación de la teoría de la relatividad tuvo más impacto que la teoría misma, aun cuando dicha simplificación traicionara a la teoría.

Las consecuencias no deseadas de las creencias y los actos sociales suelen ser más importantes que las intenciones originales; más que modificar la visión del cosmos en materia científica, la teoría de Einstein tuvo sus primeras implicaciones en el ámbito social.¹⁹

La doble influencia, sobre el terreno social y la ciencia, no sólo se encuentra en Einstein. Por ejemplo, el empirismo de Galileo puso las bases para la filosofía natural que sirvió a la revolución científica e industrial. En este caso, la relatividad fue una de las principales influencias formadoras del curso del siglo XX: su función fue cortar los amarres tradicionales de la sociedad en la fe y la moral de la cultura judeocristiana.

El relativismo moral contribuyó a la demolición de las certezas del marco moral occidental. Las doctrinas de la autocontención, de la disciplina, de la responsabilidad individual que limita la influencia del mecanismo del chivo expiatorio, habían comenzado a tener una influencia desde el origen de las religiones axiales. En Occidente, esta influencia se vio magnificada por el cristianismo, sobre todo a partir del Renacimiento, cuando una conciencia cada vez más aguda sobre la Pasión de Cristo contribuyó a desmitificar la idea de que el Mal es una entidad exterior —al individuo, a la sociedad— que podemos expulsar mediante sacrificios.²⁰

La teoría mimética es puntual en sus críticas al relativismo antropológico y al relativismo moral. Respecto al primero, encontramos en *¿Verdad o fe débil?*, el diálogo entre Girard y el filósofo italiano Gianni Vattimo, que

El relativismo actual es el producto del fracaso de la antropología moderna, del intento de resolver los problemas ligados a la diversidad de las culturas humanas. La teoría mimética es un esfuerzo para demostrar que las diferencias culturales, por significativas que sean a un determinado

nivel, no lo son en otro. Existen mil modalidades para codificar y regular la convivencia social (por ejemplo, respecto de las leyes sobre el matrimonio), pero todas estas modalidades tienen como único objetivo prevenir los conflictos y, por lo tanto, transformar a individuos que podrían odiarse en personas que, en cambio, son capaces de amarse recíprocamente. El análisis de estas culturas permite identificar una gran cantidad de obstáculos que se interponen entre individuos potencialmente rivales —obstáculos que varían, porque los problemas que hay que resolver son distintos, pero tienen siempre el mismo objetivo—. [...] Detrás del relativismo existe una unidad del conocimiento [...].

El objetivo principal de mi trabajo ha sido demostrar que esto es verdad en el ámbito más controvertido de todos, el de la antropología moderna. La antropología ha fracasado porque no ha logrado explicar las diversas culturas humanas como un fenómeno unitario, y por esto hoy estamos empantanados en el relativismo.²¹

Y, a propósito del relativismo moral René Girard en *Cuando empiecen a suceder estas cosas*, afirmó: “no hay que olvidar [...] que el mimetismo que protege a las víctimas es infinitamente superior objetivamente, moralmente, a aquel que las mata a golpe de piedras”.²²

1.2 La mentira romántica de Freud y Marx: el mito y la culpa colectiva

La teoría mimética sostiene que el deseo es triangular, en el sentido de que los objetos —abstractos o materiales— sólo nos parecen interesantes cuando alguien más los posee (el mediador, el modelo al que se imita). A partir de esto, lanza una crítica:

Subjetivismos y objetivismos, romanticismos y realismos, individualismos y cientificismos, idealismos y positivismos se oponen en apariencia, pero secretamente coinciden en disimular la presencia del mediador. Todos estos dogmas son la traducción estética o filosófica de visiones del mundo propias de la mediación interna. Todos ellos proceden, más o menos directamente, de esa mentira que es el deseo espontáneo. Todos ellos defienden una misma ilusión de autonomía a la que el Hombre está apasionadamente vinculado.²³

En el caso de Freud, la principal crítica se dirige a la noción de libido, que es su versión de la “mentira romántica”; es decir, de la creencia en un

deseo espontáneo o catético —orientado al objeto—. El apetito sexual, según la TM, es en realidad, sólo uno más de los deseos miméticos.

Freud encubrió el deseo mimético con mentira romántica y utilizó la libido como verdad central, como explicación de las motivaciones y conductas humanas: he aquí el núcleo de su gnosticismo. Remitificó el conflicto y la violencia con la sobrevaloración de la sexualidad e incluso negó tan vehementemente el carácter mimético de la rivalidad que prefería afirmar que su conflicto con Carl Jung derivaba de una atracción homosexual inconsciente.²⁴

Al mismo tiempo que se daba el clímax de la teoría de la relatividad, ocurría algo similar con la recepción pública del freudismo. Por la época en que Eddington comprobó la teoría general de Einstein, Freud ya estaba en sus cincuenta y, para principios de siglo, había completado la mayor parte de su obra. Freud era una figura conocida y controvertida en los círculos médicos y psiquiátricos, pero su éxito masivo comenzó hasta finales de la I Guerra Mundial. Esto sucedió porque los soldados volvían de las trincheras con severos casos de perturbación mental o “trauma de guerra”. Ante este problema Freud había ofrecido durante mucho tiempo un método alternativo a los agresivos tratamientos psiquiátricos de la época: el psicoanálisis. Dejaba atrás las drogas, la presión violenta y los electrochoques.

Sin embargo, a la larga, fue más importante el súbito descubrimiento de las obras e ideas de Freud por los intelectuales y artistas incluso que su relevancia clínica. El clima intelectual de las élites se desenvolvía sobre el trasfondo de las ideas psicoanalíticas; primero, en Viena; más tarde, en el resto de Europa; y, después de algunas décadas, en casi todo el mundo.

El carácter de Freud ante la comprobación científica fue muy parecido al de Marx: ambos volvían sus ideas de carácter global y, así, cuando se reunían pruebas que refutaban sus teorías, simplemente las modificaban para adaptarlas al nuevo material, dificultando la comprobación científica.

Un tema recurrente de *Tiempos modernos* es la estructura mítico-gnóstica del marxismo y el freudismo. La TM ha insistido también en este tema. En este contexto, mitificar significa intentar resolver los conflictos sociales y políticos mediante el mecanismo del chivo expiatorio. Esto conlleva una “exteriorización del mal” que exculpa a los miembros de la comunidad de los problemas más graves al tiempo que encuentra un “culpable” —i. e. de fenómenos naturales adversos, conflictos, frustraciones—. Al eliminar a la víctima expiatoria, se supone, regresará la paz, la armonía, el respeto por la ley, los tabúes, el orden que permite la convivencia. Cuando este mecanismo funciona bien, hablamos de cristalización mítica, la cual ocurre cuando hay consenso —generalmente, por contagio mimético— sobre quién es el culpable, es decir, a quién debemos de linchar.²⁵

No obstante, la teoría mimética nos advierte que este mecanismo, propio de las religiones primitivas y arcaicas, suele funcionar mal allí donde:

- 1) Se contrastan las opiniones sobre qué es el bien y qué el mal y, sobre todo, sobre quién es el bueno y quién es el malo; algo que suele suceder en las sociedades complejas.
- 2) Existen grupos organizados lo suficientemente fuertes para disuadir a sus enemigos de que no pueden ser fácilmente sacrificados, pues hacerlo implicaría un gran daño para ambos grupos.²⁶

Los mitos marxista y freudiano consideran que existe la “responsabilidad colectiva” y, por lo tanto, la culpa colectiva. Para Paul Dumouchel, los genocidios son perpetrados por grupos organizados y se cometen contra personas que, si bien están “aisladas” en cierto sentido, son identificadas como víctimas en función de la categoría social o grupo al que pertenecen. Cuando se concibe que los delitos son colectivos, se rechaza la individualidad de las personas, característica del Estado de Derecho, del liberalismo, del judeo-cristianismo y de las religiones axiales; es decir, se traiciona la noción de la “responsabilidad individual” que desmitifica la noción del mal en tanto que deja de colocarlo como una instancia que se encuentra fuera de la sociedad y del individuo.

La primera Modernidad y el liberalismo asumieron la noción de la “responsabilidad individual”, según la cual el sujeto es responsable de sus actos, la culpa y la responsabilidad no se transmiten de una persona a otra y no existe la contaminación por cercanía. Es decir, en la interdividualidad siempre hay un margen de elección de modelos, de elección imitativa. Sin embargo, en el siglo XX, la responsabilidad individual comenzó a verse superada en ciertos contextos. Surgió en su lugar la antirresponsabilidad personal. La fuerza desmitificadora de las religiones axiales, del Estado de Derecho y del liberalismo se vio desafiada por el poder remitificador del freudismo y del marxismo. Paul Johnson lo explica, a propósito de la literatura, en las siguientes líneas:

El siglo XIX asistió a la culminación de la filosofía de la responsabilidad personal —la idea de que cada uno de nosotros es individualmente responsable de sus actos— que fue la herencia conjunta del judeocristianismo y el mundo clásico [...]. La novela del siglo XIX se interesaba esencialmente por el éxito moral o espiritual del individuo. A la *Recherche* (Proust) y *Ulises* (Joyce) señalaron no sólo la aparición del antihéroe, sino la destrucción del heroísmo individual como elemento básico de la

creación imaginativa, y de una despectiva falta de interés en el equilibrio y los juicios morales. El ejercicio de la voluntad individual dejará de ser el rasgo más interesante de la conducta humana.²⁷

A propósito de Proust y Joyce, cabe mencionar que, paradójicamente, construyeron la noción del antihéroe de manera heroica. Si en su obra eliminaban el titanismo de los antiguos personajes literarios, es porque lo trasladaban a ellos mismos. Buscaban ser los mejores escritores, con un estilo radical de perfección; aparentaban no mirar al mundo ni a los demás; pretendían mirar sólo el firmamento; no hablar con los mortales, sino apenas con los dioses. Pero, como dice el propio Proust a propósito de las vacaciones de los burgueses en Balbec:

Toda esa gente [...] hacían como que no veían a los demás para fingir que no se ocupaban de ellos, pero los miraban a hurtadillas para no tropezarse con los que andaban a derecha e izquierda o venían en dirección contraria, y precisamente por eso se tropezaban, se enredaban unos con otros, pues también ellos habían sido recíproco objeto de la misma atención, secreta y oculta tras el aparente desdén, por parte de los demás paseantes.²⁸

De esa misma forma, Joyce y Proust, que pretendían no envidiarse en nada, pues cada uno pretendía que su superioridad sobre el otro era evidente, en realidad, terminaron chocando. He aquí una escena descrita en *Tiempos Modernos* digna de *Mentira romántica y verdad novelesca*:

Proust y Joyce, los dos grandes precursores y los modificadores del centro de gravedad, no tenían lugar uno para el otro en la *Weltanschauung* que, sin quererlo, compartían. Se conocieron en París el 18 de mayo de 1922, después de la primera noche de Renard de Stravinski, en una recepción ofrecida a Diaghilev y la compañía y a la que asistió Pablo Picasso, compositor y diseñador del propio Diaghilev.

Proust, que ya había insultado a Stravinski, irreflexivamente llevó a Joyce a su casa en un taxi. El irlandés, borracho, le aseguró que no había leído una sílaba de sus obras y Proust, irritado, retribuyó el cumplido, antes de llegar al Ritz, donde le servían la cena a cualquier hora de la noche. Seis meses después había fallecido, pero no antes de que se lo llamase el intérprete literario de Einstein en un ensayo del celebrado matemático Camille Vettard. Joyce lo desechó, en *Finnegans Wake*, con un retruécano: "*Prost bitte*".²⁹

La “responsabilidad individual” se vió desafiada por el gnosticismo de Freud y Marx, según el cual los seres humanos y las sociedades obedecían a leyes ocultas más allá de la voluntad del sujeto.

El marxismo, que ahora por primera vez ocupaba la sede del poder, era otra forma de gnosticismo, que pretendía penetrar más allá del barniz percibido empíricamente de las cosas para llegar a la verdad oculta y más profunda [...]. Marx había dicho: “El esquema definitivo de las relaciones económicas según se lo percibe en la superficie [...] es muy distinto y en realidad lo contrario del esquema esencial interno pero oculto”. En la superficie, parecía que los Hombres ejercían su libre albedrío, adoptaban decisiones y determinaban los hechos. En realidad, para quienes estaban familiarizados con los métodos del materialismo dialéctico, tales individuos, por poderosos que fueran, eran meros juguetes de la corriente, arrojados hacia aquí y hacia allá por los movimientos irresistibles de las fuerzas económicas. La conducta ostensible de los individuos simplemente disimulaba los esquemas de clase de los cuales ellos no tenían en absoluto conciencia y frente a los cuales eran impotentes [...].

En el análisis freudiano, la conciencia personal, que estaba en el centro mismo de la ética judeocristiana y era el motor principal de la realización individualista, se veía desechada como mero recurso de seguridad [...]. El freudismo [...] si tenía una esencia, ésta era la descripción de la culpa. “La tensión entre el áspero súperego y el ego que le está sometido”, escribió Freud en 1920, “recibe en nosotros el nombre de sentimiento de culpa [...]. La civilización se impone al peligroso deseo individual de agresión debilitándolo y desarmándolo, y creando en el propio individuo una entidad que lo vigila, como una guarnición en una ciudad conquistada”. Por consiguiente, los sentimientos de culpa no eran expresión del vicio, sino de la virtud. El súperego o conciencia era el elevadísimo precio que los individuos pagaban para preservar la civilización, y su costo en la forma de sufrimiento aumentaría inexorablemente al compás del progreso de la civilización: “La amenaza externa de infelicidad [...] ha sido trocada por una permanente infelicidad íntima, por la tensión del sentimiento de culpa”. Freud afirmó que se proponía demostrar que los sentimientos de culpa, que no respondían a ninguna forma de la fragilidad humana, eran “el problema más importante del desarrollo de la civilización”. Podía suceder, como los sociólogos ya estaban sugiriéndolo, que la sociedad fuese culpable colectivamente, en cuanto creaba condiciones que hacían inevitable el delito y el vicio. Pero los sentimientos personales de culpa constituían una ilusión que era

necesario rechazar. Ninguno de nosotros era individualmente culpable; todos éramos culpables.³⁰

La culpa colectiva implica que sí existe un contagio de la responsabilidad, que se puede juzgar a los Hombres por lo que son —el grupo o categoría a la que pertenece o en la que se les etiqueta— y no por lo que hacen. Fue así como se linchó a los judíos, a los gitanos, a los burgueses, sólo por serlo; lo que abrió la posibilidad del horror asesino del siglo XX.

El punto de partida del relativismo y del psicoanálisis es opuesto. Para el primero, no hay verdad absoluta; para el segundo, sí la hay, aunque está oculta. Paul Johnson se refiere a este último fenómeno como gnosticismo:

Freud era gnóstico. Creía en la existencia de una estructura oculta del conocimiento que, mediante la aplicación de las técnicas que él estaba ideando, podía ser revelada bajo la superficie de las cosas. El sueño era su punto de partida. Según escribió, el sueño no estaba “construido de distinto modo que el síndrome neurótico. Como éste, puede parecer extraño e insensato, pero, cuando se lo examina mediante una técnica que difiere un poco del método de la asociación libre utilizada en el psicoanálisis, uno pasa de su contenido manifiesto a su contenido oculto, o a sus pensamientos latentes”.

[Freud] Percibió [...] la importancia atribuida al mito por la nueva generación de antropólogos sociales como Sir James Frazer, cuya obra *The Golden Bough* [...] comenzó a aparecer en 1890. El sentido de los sueños, la función del mito; Freud agregó a este poderoso brebaje una porción ubicua de sexo, el cual a su juicio estaba en la raíz de casi todas las formas de conducta humana. La guerra había aflojado las lenguas en relación con el sexo; el período de la posguerra inmediata presencié la aparición de la costumbre de la discusión de temas sexuales en los materiales impresos.³¹

A pesar de las diferencias radicales entre freudismo y relativismo —la versión popularizada de la teoría de Einstein como relativismo moral, cultural y epistémico—, extrañamente comenzó una mezcolanza de ambas tendencias en el ambiente cultural de la época. Relativismo y psicoanálisis influían cada vez más sobre los intelectuales y los artistas. Fue una revolución cuyas raíces se hundían en la preguerra. En 1905, fue proclamada en un discurso público pronunciado por el empresario Serguéi Diaghilev, de los Ballets Rusos:

Presenciamos el más grande momento de coronación de la Historia, en nombre de una cultura nueva y desconocida, que será creada por nosotros y que también nos arrastrará. Por eso, sin miedo ni aprehensión, elevo mi copa en un brindis a los muros ruinosos de los bellos palacios, así como a los nuevos mandamientos de una estética nueva. El único deseo que yo, un sensualista incorregible, puede expresar, es que la futura lucha no dañe las alegrías de la vida, y que la muerte sea tan bella y esclarecedora como la resurrección.³²

En 1913, Stravinski presentó *La consagración de la primavera*; Schönberg, sus *Tres piezas para piano*; y Alban Berg, su *Cuarteto para cuerdas Opus 3*. En la pintura, en París, se llevó a cabo la primera exposición de los fauvistas, Matisse inventó el término *cubismo*. En Italia, los futuristas publicaron su manifiesto; en Berlín, Kurt Hiller fundó su *Neue Club* y el expresionismo ganaba terreno. Las grandes figuras creadoras de la década de 1920 ya habían sido publicadas, exhibidas o representadas antes de 1914 y, en ese sentido, “el Movimiento Moderno fue un fenómeno de la preguerra”.³³

Este movimiento avanzaba en su radical modificación e, incluso, desapego de la realidad. Se daba mayor peso al individuo y, cada vez menor, a la sociedad y al mundo. En un ambiente de competencia feroz, de pérdida de las diferencias, el aparente caos social se llevaba también al terreno estético. Estos creadores, presionados por ser siempre los mejores y los más originales, aparentemente escapaban del mundo social para internarse en su mundo interior. Empero, en realidad, como en la cita arriba mencionada de Proust, la indiferencia hacia sus competidores era pura simulación, la cual, paradójicamente, los llevaba a chocar a unos con otros. Eran titanes que simulaban idealismo, pero que, en el fondo, eran crudos competidores.

Paul Johnson argumenta que el éxito de Freud se debió a que no era un hombre de ciencia, sino un gran artista que comprendía el espíritu de la época. Esto lo podemos notar en su obra, que contenía escaso contenido científico auténtico, pero poseía cualidades literarias, al grado que mereció que se le otorgase el más alto premio literario de la nación, el Premio Goethe.

Freud se interesó en el análisis de la religión, la cual consideró un concepto puramente humano: “el intento de conseguir una forma de protección contra el sufrimiento mediante una reelaboración ilusoria de la realidad es la empresa común de un número considerable de personas. Las religiones [...] tienen que ser clasificadas en el grupo de las ilusiones masivas de este tipo. No necesitamos aclarar que quien participa en una ilusión jamás le asigna este carácter”.³⁴ Es curioso que Freud escribiera estas líneas sin darse cuenta de que él hacía lo mismo con el psicoanálisis: “A principios de la década de

los veinte, muchos intelectuales descubrieron que durante años habían sido freudianos sin saberlo”.³⁵ Freud fue un titán romántico o, en palabras de Paul Johnson, “el psicoanálisis freudiano mostraba la actitud del ideólogo mesiánico en su peor expresión, con una tendencia persistente a considerar a los que discrepaban con él como seres inestables y necesitados de tratamiento. De hecho, es bien sabido que Freud peleaba con cualquier otro científico que refutara su teoría, incluso los que habían sido sus colegas”.³⁶

1.3 El Estado todopoderoso

La fuerza del Estado como hoy la conocemos es producto de la crisis internacional derivada de la I Guerra Mundial, las políticas expansionistas que se implementaron y los tratados secretos que ensombrecieron el escenario geopolítico. Aunque parecía que la conformación del Estado moderno había llegado para reemplazar los peores aspectos de los imperios, las capacidades tecnológicas y organizativas de dicho Estado hicieron posible su mayor injerencia en las relaciones internacionales y respecto al control de sus propios ciudadanos.

Después de las traumáticas guerras napoleónicas, los tratados del Congreso de Viena habían mantenido la paz en Europa hasta 1914 y producido fronteras estables a través de las principales monarquías:

Su objeto consistió en restablecer, en la medida de lo posible, el sistema de las monarquías principales y secundarias de derecho divino que existían antes de la Revolución Francesa, como el único marco en que los Hombres aceptarían las fronteras europeas en cuanto legítimas y duraderas [...].

El sistema funcionó, pues pasaron noventa y nueve años antes de que estallase otra guerra general europea; puede argumentarse que el siglo XIX fue el más estable y productivo en la Historia entera de la Humanidad.³⁷

La estabilidad europea comenzó a ser mermada, desde finales del siglo XIX, por el expansionismo prusiano. Este nuevo actor, por razones militares, aumentó las fuerzas del gobierno. Paul Johnson profundiza en este hecho y en una situación digna de mención para la teoría mimética: por temor a los alemanes, los zares comenzaron a expandir también el aparato estatal. Empezó entonces una rivalidad mimética entre Alemania y Rusia que contribuía

a la consolidación del “Estado monstruo”. Conviene recordar un párrafo de Girard para ver lo que esto implica:

Llega el momento en que el conflicto estalla y en que quien comienza se pone en posición de debilidad. Las diferencias son tan pequeñas entonces al inicio, se agotan tan velozmente que ya no son percibidas como recíprocas, sino como siempre dadas en sentido único. Pensar la guerra como “continuación de la política por otros medios” (Clausewitz) es, entonces, *perder de vista la intuición del duelo*, es negar la noción de agresión y de respuesta frente a la agresión: es olvidar la acción recíproca que acelera y difiere a la vez la escalada a los extremos, que únicamente la difiere para acelerarla mejor. Los Hombres están, por tanto, simultáneamente en el orden y en el desorden, en la guerra y en la paz.³⁸

Además del realismo militar, la ideología moderna también minó la legitimidad del antiguo régimen. Se trató de un desencantamiento por “las viejas reglas” que contribuyó al establecimiento y expansión del Estado. Sin embargo, en ocasiones, la expansión estatal, además de los fines militares arriba mencionados, buscaba imponer la ley liberal. En este sentido, podemos mencionar que el crecimiento del Estado, siempre que vaya en la dirección liberal, también implica el del Estado de Derecho.

Paul Johnson no pasa por alto otra contradicción: “fueron los Estados más cultos los que cometieron los mayores horrores”.³⁹ La guerra se apoderó de Europa, la cual, durante mucho tiempo, había permanecido en paz gracias al equilibrio de poderes, al orden conservador de Metternich.

Al inicio, a los estadistas les pareció que la guerra —aún no dimensionada como I Guerra Mundial— implicaría sólo cosas buenas: únicamente produciría daños controlados, buenos negocios y chivos expiatorios acotados. La visión del enemigo externo volvió a las comunidades más unidas, lo cual también se convirtió en un beneficio político. Se trata del viejo mecanismo de la política en tanto heredera del mecanismo religioso del chivo expiatorio. Wolfgang Palaver destaca al respecto:

Si las fuentes míticas de lo económico se encuentran en *Los trabajos y los días* de Hesíodo, donde un *nómos* divino parece contener la envidia como un sistema autoorganizado, como un orden gobernado por una “mano invisible”, las fuentes míticas de lo político se pueden encontrar en la tragedia de Esquilo, *Euménides*.

Pasar a Esquilo significa salir del campo y entrar en la *pólis*, donde el funcionamiento del orden político amansa las rivalidades internas. Las raíces de lo político que influyeron significativamente en la historia del mundo occidental y que son más claramente visibles en la obra de Schmitt se pueden encontrar en *Euménides*.

Como Hesíodo, Esquilo menciona un *eris* benigno que debería florecer en la ciudad. La violencia mortal entre dioses y entre seres humanos debe dar paso a relaciones amistosas. Atenea establece una nueva relación entre la vengativa Erinias que caza a Orestes y ella misma. A partir de entonces, una benevolente emulación entre ella y las Furias (Manías), que se han convertido en buenas diosas (Euménides), debería sustituir a la venganza destructiva: “Nuestra rivalidad (*eris*) en hacer el bien es victoriosa para siempre” [...].

Esquilo describe la superación de un sistema violento de enemistad de sangre por un sistema legal menos violento. Las Erinias vengativas y violentas se transforman en las Euménides mansas y fecundas, por lo que parece que la violencia ha desaparecido de la ciudad. Pero esto es sólo superficialmente cierto. La violencia abierta, en el sentido de venganza, se ha transformado en una forma de violencia estructural que ayuda a crear la paz dentro de la ciudad, pero que puede usarse contra enemigos extranjeros y alborotadores internos en cualquier momento [...].

Euménides prometió que el amor común y el odio unánime vencerán la guerra civil: “Que devuelvan [los ciudadanos] gozo por gozo con un espíritu de amor común, y que aborrezcan con una sola mente; porque ésta es la cura de muchos males en el mundo”. La guerra civil debe de ser superada por la enemistad con el mundo exterior. Atenea recomienda las relaciones amigo-enemigo/externo como un antídoto para la guerra civil interna: “no habrá batallas de pájaros dentro de la casa”.

Según Girard, *Euménides* representa lo político como un vástago del mecanismo del chivo expiatorio. Lo que originalmente se le reprochó al chivo expiatorio ahora se canaliza fuera de la ciudad [...].

Euménides describe el cambio de un mundo arcaico, gobernado por un sistema de enemistades sangrientas todavía cercano al origen de la cultura en un asesinato fundacional, a un mundo en el que un orden político establecido restringe la violencia interna. Los dioses más antiguos, las erinias vengativas, representan el primer tipo de orden; Atenea, la segunda. Donde Atenea explica las futuras tareas de las Euménides y de sí misma, son ellas quienes deben expulsar a los alborotadores internos, mientras que ella debe lograr el éxito en las guerras extranjeras [...].

Hasta cierto punto, un orden político ayuda a separar la cultura humana de sus raíces religiosas inmediatas. Los dioses pueden retirarse al cielo y confiar a los Hombres la responsabilidad del mundo [...]. Este orden político [...] se caracteriza, en menor grado, por el frenesí sagrado del mecanismo del chivo expiatorio [...].

Las Erinias pueden transformarse en Euménides tan pronto como el político se constituye como el orden social. El orden político cumple el papel de Némesis típico de una etapa más primitiva del desarrollo religioso. Sin embargo, estructuralmente, tanto la teología económica como la teología política se basan en modos sociales de deseo mimético para mantener a raya la mimesis envidiosa.⁴⁰

Asimismo, Paul Johnson nota la paradoja de la I Guerra Mundial, que buscaba barrer con todos los males del antiguo régimen pero en realidad tuvo el efecto de “aumentar, en proporciones enormes, la magnitud y, por lo tanto, la capacidad destructiva y la propensión a oprimir por parte del Estado”.⁴¹ La capacidad con la que ahora contaban los Estados se reflejaba en su crecimiento económico. La guerra, siendo la principal actividad nacional, mantenía a toda la población ocupada. Así, estas entidades políticas se volvieron una máquina de poder en la que participaba cada segmento de la población.

Los Estados buscaban apoderarse de todos los ámbitos de la vida pública. Los gobiernos debían de administrar no sólo el dinero, sino también el impulso social para la guerra. La política guiaba la fuerza hacia el enemigo externo, pero, lejos de ser una violencia controlada y ritualizada, se trataba de una rivalidad que determinaba el camino hacia la destrucción mutua. Cabe mencionar que, antes de la guerra, el promedio general de actividad económica del Estado en las principales potencias implicadas era de 7.5% del PNB. Después de la guerra, superaba el 50%

La competencia que llevó a la Gran Guerra y que comenzó a través de la fuerte imitación entre Estados europeos no concluyó con la paz. En los acuerdos de París se buscó instaurar un orden político-jurídico en Europa, Medio Oriente y África, basado en la demonización de Alemania y los antiguos imperios. Todo esto estuvo determinado por la nueva política titánica. En realidad, el principio de autodeterminación no fue el criterio real del nuevo mapa, aunque eso se publicitara.

Las fronteras se fueron modificando en el marco de la diplomacia del resentimiento. El espionaje se volvió una forma común de intervención política. El mimetismo y la intriga encontraron en los avances tecnológicos nuevas formas de hacer daño; la desconfianza multiplicó la fortaleza del Estado:

Cuando comenzó la guerra, cada país beligerante estudió ansioso a sus competidores y aliados, buscando aspectos de la administración e intervención estatal en la economía de guerra que pudieran ser imitados. Los sectores capitalistas, calmados por las enormes ganancias y sin duda inspirados también por el patriotismo, no formularon objeciones. El resultado fue una expansión cualitativa y cuantitativa del papel del Estado que nunca se revirtió del todo; aunque los arreglos en tiempos de guerra fueron, a veces, abandonados al llegar la paz, prácticamente en todos los casos se los fue adoptando otra vez, en general de manera permanente.⁴²

¡La ansiedad competitiva, la imitación frenética! ¿No podrían estas líneas de Paul Johnson estar insertas también en *Clausewitz en los extremos*?

Aun décadas antes de la guerra, Alemania y Rusia comenzaron a imitarse en casi todos los ámbitos. Sin embargo, había una escalada mimética que terminaría por establecer una nueva dimensión del Estado y sus capacidades destructivas y de control. Algo que, como señala Girard, había comenzado siglos antes con la rivalidad franco-germana. No era muy novedoso que estos países se estudiaran a tal punto de querer obtener de forma total la fuerza del otro. Es algo que ya se había visto en la relación misma entre Clausewitz y Napoleón:

Tan pronto como sobreviniese la humillación del Tratado de Versalles, la *respuesta* dada por Alemania a Francia aniquilará a Europa. [...] Péguy [...] tenía lucidez respecto de los presupuestos teóricos de muchos alemanes; también la tenía a propósito de cierto tipo de cultura militar —pues Clemenceau, *dreyfusard* sincero, no era Ludendorff: preciso es decirlo—. Sin embargo, *en el orden de los hechos*, ese tampoco era un combate superado. Cuando piensa su duelo, Péguy se comporta como filósofo y como escritor. Desearía poder resistirse contra la guerra “moderna” que asciende, como en la época del *affaire* Dreyfuss en completo desdén por lo político. Pero, a su vez, queda capturado en el nudo franco-alemán, en sus “pliegues” y sus “meandros” [...]. Y la muerte impedirá a Péguy ver cómo en Verdún se enfrentan dos enemigos, uno tan brutal como el otro: la ley de escalada a los extremos disuelve todos los códigos, todos los rituales guerreros. Habrá entonces contaminación mimética entre una y otra “raza de la guerra”: es algo innegable”.⁴³

1.4 El titán enfermo

Para Paul Johnson, las consecuencias del estatismo se ejemplifican también en ciertos personajes. Tal es el caso de Woodrow Wilson. Además del intervencionismo en la economía y en materia de control de la población, así como en la expansión militar, el titanismo wilsoniano también tuvo enormes consecuencias en materia geopolítica.

El presidente estadounidense cruzó el Atlántico rumbo a París, en un intento de influir en el orden posterior a la I Guerra Mundial. Se pensaba a sí mismo moralmente superior a sus iguales europeos. La incapacidad de comprender los límites y la soberbia de Wilson dejó a Europa sin el fiel de la balanza en que se había convertido Estados Unidos. La intervención directa de éste en las negociaciones de París le quitó el halo de superioridad que hacía falta para la negociación de una paz justa. Perdió la distancia que lo santificaba para ingresar al círculo de las rivalidades miméticas de Versalles.

Mas la falta de entendimiento de los otros no fue una característica única en el presidente estadounidense; de hecho, fue una constante entre los líderes que negociaron los acuerdos de París y Versalles. Desde la teoría mimética, Jean-Michel Oughourlain afirma, ante la pregunta de si los líderes son responsables de los actos de su nación y las naciones de los de su líder:

Sí, pero generalmente no en el mismo momento. Es por eso que Sloterdijk analiza el comportamiento de las naciones en situaciones de posguerra cuando, después de la “escalada a los extremos”, el retorno a la calma permite reflexionar. Él escribe: “después de las batallas, una cultura tiene la oportunidad de reevaluar y posiblemente revisar sus actitudes normativas básicas, también se podría decir su gramática moral, a la luz de los resultados del combate. Los puntos de referencia para este examen se llaman afirmación en el caso de la victoria y metanoia en el caso de la derrota” [...]. En ambos casos, la grandeza de un político se mide por sus reacciones, y la lección que se debe aprender es que esta grandeza tiene los mismos rasgos para el líder, la nación y el individuo. De hecho, en el caso de una victoria, el ganador debe a toda costa evitar los abusos de poder, para no sucumbir a lo que los griegos llamaron arrogancia [*hýbris*]. La sabiduría política consiste en consolidar la paz al permitir que el enemigo derrotado salve la cara y se esfuerza por borrar el resentimiento al abstenerse de humillarlo o mostrar desprecio por él. De la misma manera, una persona que acaba de recibir una gran promoción o ha ganado mucho dinero debe, en cierto sentido, pedir perdón por su éxito al adoptar un perfil bajo y enfatizar los logros de aquellos a los que ha sido

llamado a liderar. En cuanto a los vencidos, han de analizar con lucidez las razones de su derrota y sacar las conclusiones que se derivan de ello. Para evitar el resentimiento estéril, deben someterse a lo que Sloterdijk llama una *metanoia*, es decir, llegar a un acuerdo y aprender de la derrota mientras reevalúan los valores de la nación y adoptar hábitos nuevos y más viables. De la misma manera, una falla individual debe conducir a una transformación, una nueva forma de aprendizaje, para evitar sucumbir a una neurosis o depresión.⁴⁴

La ambición de Wilson y el engrandecimiento de su intervención no resolvieron la falta de metanoia de los franceses y el resentimiento derivado de lo que los alemanes llamaron el *Diktat* de Versalles, es decir, los acuerdos de paz. Éstos eran un *katéchon* demasiado frágil; solamente creaban un encapsulamiento artificial. Y, como ya mencionamos, éste, para sobrevivir, requiere de una dosis importante de brutalidad o, al menos, de amenaza de violencia.

La elección de Alemania como chivo expiatorio fue una mala decisión. Se trataba de una nación no solamente demasiado poderosa, sino, también, una con gran voluntad de venganza. Wilson, de haberse mantenido a distancia, habría podido evitar esta mala elección.

Aunque la relación entre Gran Bretaña y Estados Unidos parece ser hoy una de las más estrechas, en aquel entonces el presidente Wilson dudó sobre el lugar que debía tomar su nación en los acuerdos de paz. ¿Más progermana?, ¿más probritánica?, ¿más profrancesa? Desgraciadamente, eligió imitar a aquellos cuyo resentimiento los llevó a tomar la peor decisión: intentar aplastar a Alemania. El llamado de Keynes de colocar el realismo por encima de la venganza fue inútil. Aunque no era creyente del equilibrio de poderes, sabía que el resentimiento provocado por el empobrecimiento de los alemanes sería el causante de un efecto dominó que no podría controlarse: aquel que en ese momento no tenía nombre, pero que pronto tomaría la forma de Adolf Hitler.

Después de tomar una decisión desastrosa sobre el lugar que ocuparían los alemanes, Wilson regresó a su país a decidir el futuro de Europa. La Liga de las Naciones, un pacto que era en principio absolutamente realista, quedó en las manos de un titán. Pero el titán falló. Paul Johnson comienza su narración sobre los desatinos del presidente estadounidense con la situación en la Cámara Alta. Hacia septiembre de 1919, Henry Cabot Lodge, el líder de los republicanos del Senado, denominados los “*Strong Reservationists*”,

habían definido claramente su posición: ratificarían el tratado, excepto la Liga; e incluso aceptarían la afiliación estadounidense a la Liga, si el Congreso se reservaba el derecho de evaluar cada crisis que implicase el

uso de fuerzas estadounidenses [...]. En esta coyuntura, los defectos de carácter y de criterio, e incluso el deterioro de la salud mental de Wilson adquirieron una importancia decisiva. En noviembre de 1918, había perdido las elecciones celebradas en mitad del período y, con ellas, el control del Congreso, incluido el Senado.⁴⁵

Paul Johnson continúa la narración sobre el papel del titán equívoco, Wilson, con su desatino de asistir a la Conferencia de Paz: la derrota electoral en la Cámara Baja en las elecciones de 1918 “era otra buena razón para abstenerse de concurrir personalmente a París; en su lugar, podía enviar una delegación bipartidista; o, si concurría, llevar consigo a Lodge y otros republicanos. En su lugar, decidió ir solo”.⁴⁶

Una vez más, vemos cómo una rivalidad mimética mal manejada, la de Wilson con Lodge, hizo que el primero tomara una pésima decisión. Por otra parte, Johnson enfatiza que los desaciertos de Wilson derivaban, en parte, de su idealismo democratizador y también de su salud:

Cuando llevó a la guerra a Estados Unidos, había expresado en su alocución al Congreso, el 2 de abril de 1917: “Es necesario asegurar la democracia en el mundo” [...]. No está muy claro de qué modo Wilson, el ultrademócrata, llegó a creerse el beneficiario de la *volonté générale* de Rousseau, un concepto que pronto sería vorazmente aprovechado por la nueva generación de dictadores europeos. Quizá debe verse la causa en su condición física. En abril de 1919, sufrió su primer ataque, cuando estaba en París. Se ocultó el hecho. Más aún, parece que el deterioro de su salud confirmó la creencia de Wilson en el acierto de su propio curso y su decisión de evitar concesiones a sus críticos republicanos. En septiembre de 1919, traspasó el problema de la Liga del Congreso al país y, en tres semanas, recorrió casi trece mil kilómetros en ferrocarril. El esfuerzo culminó en un segundo ataque sufrido en el tren, el 25 de septiembre. De nuevo se encubrió el asunto. El 10 de octubre sobrevino un tercer ataque, de extrema gravedad, que le dejó paralizado todo el lado izquierdo [...].

Su médico, el almirante Gary Grayson, reconoció unos meses más tarde: “Su enfermedad física es permanente; desde el punto de vista mental está debilitándose poco a poco, y no puede recuperarse”. Pero Grayson se negó a declarar incompetente al presidente [...]. El secretario privado, Joseph Tumulty, conspiró con el propio Wilson y con su esposa Edith para convertir a ésta en el presidente, una función que ella cumplió durante diecisiete meses.

A lo largo de este extraño episodio de la historia estadounidense, mientras circulaban rumores en el sentido de que Wilson estaba afectado de sífilis terciaria y era un prisionero que aullaba y renegaba en un cuarto cerrado por barrotes, la señora Wilson, que había pasado sólo dos años en el colegio, redactaba órdenes a los ministros del gabinete con su letra enorme e infantil (“El presidente dice...”), y los despedía y designaba, y falsificaba la firma de Wilson en los decretos. Ella, tanto como el propio Wilson, fue la responsable del despido del secretario de Estado, Lansing —“odio a Lansing”, declaró la dama— y de la designación en su lugar de Bainbridge Colby, un abogado desconcertado y totalmente sin experiencia. Wilson podía concentrar la atención cinco o diez minutos seguidos. E incluso tuvo astucia suficiente para engañar a su principal crítico del Congreso, el senador Albert Fall, que se había quejado: “¡Tenemos el gobierno de las enaguas! ¡La señora Wilson es el presidente!”. Convocado a la Casa Blanca, Fall encontró a Wilson, que lucía una larga barba blanca, pero al parecer se mostraba vivaz —Fall estuvo con él sólo dos minutos—. Cuando Fall dijo: “Nosotros, señor presidente, todos oramos por usted”, Wilson replicó: “¿En qué sentido, senador?”, y se interpretó esto como prueba de que mantenía su espíritu agudo.

De esta manera, en una instancia crucial, Estados Unidos estaba gobernado, como sería el caso de Alemania en 1932-1933, por un titán enfermo y mentalmente disminuido, un hombre que se encontraba en el umbral de la eternidad. Si se hubiese declarado incapaz a Wilson, poca duda cabe de que un tratado corregido habría merecido la aprobación del Senado.⁴⁷

La consecuencia directa la describe así Paul Johnson: “en las circunstancias dadas, con la pertinacia de los enfermos o los seniles, Wilson insistió en que el Senado debía aceptar todo lo que él reclamaba, o nada: ‘O ingresamos sin temor en la Liga [...] aceptando la responsabilidad y sin temer el papel del liderazgo que ahora representamos [...] o debemos retirarnos con la mayor elegancia posible del gran concierto de potencias que salvó al mundo’”.⁴⁸

Las secuelas de esta falta de voluntad del titán americano apenas comenzaban e inyectaron valor a Hitler y a Lenin, lo que después llevó a la II Guerra Mundial. “Gran Bretaña y Francia quedaron con una Liga cuya conformación no deseaban, y el hombre que le había conferido esa forma se veía desautorizado por su propio país; de modo que tuvieron que soportar la peor de todas las situaciones posibles”.⁴⁹

Wilson, a diferencia de otros titanes, al inicio fue humilde. Su arrogancia se consolidó por las circunstancias que se presentaron en el plano interna-

cional y que le hicieron tener una mala reacción cuando intentó encubrir su inseguridad. Al llegar a la presidencia anunció que no tenía capacidades para manejar la política exterior, incluso subrayó que sería realmente una desgracia que durante su mandato tuviera que atender un asunto de ese tipo. En 1913, unas semanas antes de asumir el cargo, dijo a sus amigos: “Sería una ironía del destino que mi gobierno tuviese que ocuparse principalmente de los problemas exteriores”.⁵⁰

La sabiduría del presidente al admitir su poco conocimiento en los asuntos exteriores se reflejó al inicio de la intervención estadounidense en la guerra. La creación de un órgano colegiado, conformado por intelectuales y especialistas, que trabajaban arduamente día y noche en encontrar soluciones para la intervención en el panorama internacional, prometía una postura pacífica por parte de Estados Unidos, además de un tratado que traería estabilidad al mundo.

Sin embargo, después del ataque de los submarinos alemanes a los barcos estadounidenses, la distancia con el panorama internacional se disolvió en el espíritu de Wilson dejando en su lugar una personalidad titánica. El presidente cayó súbitamente presa de la *hýbris* y convirtió a los alemanes en su doble mimético. Además, el mandatario sentía admiración por el bélico Clemenceau. El presidente francés fue un modelo para Wilson, principalmente en las negociaciones en Versalles. Así, el criterio de resentimiento del galo contra los alemanes se sumó a la postura del estadounidense. Lo cual determinó el futuro de Europa durante las siguientes décadas. Ni la enfermedad ni la demencia frenaron a Wilson para tomar decisiones. La humildad que al principio caracterizó al presidente se desvaneció, y las consecuencias las pagó el mundo.

1.5 El Estado-monstruo

Aunque al inicio el engrandecimiento de diversos Estados fue con propósitos bélicos, la economía y la política llegaron a depender tanto del control estatal que éste ya nunca se redujo. Al respecto, John Dewey comentó: “no importa cuántos entes especiales de control público se debiliten al desaparecer la tensión de la guerra, el movimiento jamás retrocederá”.⁵¹

En ese momento, se pensó que el orden legal y el liberalismo sólo eran posibles resguardados por un Estado poderoso; sin embargo,

las nuevas leyes restrictivas, como por ejemplo la nueva Ley de Espionaje (1917) y la de Sedición (1918), a menudo fueron aplicadas de una mane-

ra despiadada: el socialista Eugene Debs fue condenado a diez años por un discurso antibélico y un hombre que se opuso al servicio militar recibió una condena de cuarenta años. En todos los Estados beligerantes y no sólo en Rusia, el año culminante de 1917 demostró que la propiedad y la libertad privadas tendían a mantenerse o a caer juntas.⁵²

La siguiente cita, que parece sacada de *Clausewitz en los extremos*, es de *Tiempos Modernos* y explica el modo en qué la escalada mimética lleva a consecuencias no deseadas: “La guerra puso de manifiesto tanto la impresionante rapidez con que el Estado moderno podía expandirse como el insaciable apetito que desarrolló en consecuencia, tanto por referencia a la destrucción de sus enemigos como al ejercicio de un poder despótico sobre sus propios ciudadanos”.⁵³

Desde la teoría mimética, es evidente la entrada en escena del mecanismo de la “fascinación por los dobles”, que conlleva a la “indiferencia y utilización de los terceros”.⁵⁴ Para los competidores, una vez que el conflicto rebasa cierto umbral de intensidad, todo lo que ocurre alrededor deja de tener importancia. Paul Dumouchel llamó a este fenómeno “indiferencia por los terceros”. La primera dimensión de ésta es que se instrumentaliza a los terceros al tiempo que se monstrifica al rival. Lo paradójico del caso es que los monstruosos rivales son en realidad un espejo el uno del otro. Pero hay un segundo momento, en el cual la monstrificación llega a tal punto que esos instrumentos son devastados, no por crueldad, sino por indiferencia. La lucha entre dobles miméticos exige cada vez más recursos y se pierde incluso la racionalidad económica.⁵⁵

La geopolítica modificó la lógica doméstica. Más aún, las rivalidades internacionales modificaron el dinamismo político de un modo perdurable. A propósito, Girard escribe:

En ello, Clausewitz comprende muy bien *que las guerras modernas son tan violentas únicamente porque son “recíprocas”*: la movilización involucra a cada vez más gente, hasta volverse “total”, como escribió Ernst Jünger del conflicto de 1914. Por ello, la historia no tardará en dar la razón a Clausewitz. Cuando dijo “dar respuesta” a las humillaciones del tratado de Versalles y a la ocupación de Renania, Hitler pudo movilizar a todo un pueblo; a su vez, debido a que “dar respuesta” a la invasión alemana Stalin obtiene una victoria decisiva contra Hitler [...]. El primado de la defensiva es, en cierta manera, la aparición —en el conflicto— del principio de reciprocidad como una polaridad diferida, en el sentido de que la victoria no es inmediata, sino que *más tarde* será total. Quien, organi-

zando la defensa, cree dominar la violencia es de hecho dominado por la violencia.⁵⁶

1.6 La autodeterminación y sus fines geopolíticos

La competencia mimética entre las nuevas naciones surgidas de la Paz de París y el titanismo de los líderes construyeron un mundo donde la fuerza propia avanzaba sin ningún contrapeso. Al no mirar a los “otros”, la negociación se volvió innecesaria. Los constantes tratados secretos no daban espacio para que la fuerza de los otros fuera tomada en cuenta. Europa había caído en manos de titanes que promovían la agitación y desdeñaban el orden.

Esto no significaba que el equilibrio de poder hubiera desaparecido. En realidad, las naciones se habían conformado gracias a la competencia mimética. Por ello, la carta de los Catorce Puntos tenía como punto de partida desarmar las redes secretas que promovían la guerra y minaban los pactos de paz. Sin embargo, el titán americano se enfrascó en la competencia mimética y perdió la neutralidad.

La noción de exteriorización del mal conllevó a la creación mítica de un territorio de pureza. Las jóvenes naciones que dejaban el antiguo mundo, el de la preguerra, pronto tuvieron conductas imperialistas. De nuevo, la política de expansión fue determinante para el continente, pero esta vez la visión étnica de la democracia promovía la exterminación de chivos expiatorios colectivos, de categorías enteras de personas.

Lenin, a diferencia de Wilson, siempre consideró la agitación como elemento fundamental para crear un mundo perfecto. Llama la atención, como rasgo moderno, la cadena histórica de la *hybris* de la voluntad. Marx, al heredar la “especulación titánica” de los filósofos alemanes,

la intensifica aún más: en vez de interpretar el mundo, pretende cambiarlo mediante una alianza de la filosofía y el proletariado. Y de ahí el revolucionario profesional, Lenin, que, por su parte, da un paso más allá [...]. Llega entonces Hitler, que rechaza la ideología de los bolcheviques, recoge el instrumento de poder que éstos han forjado y combina el modelo del partido con una ideología completamente distinta.⁵⁷

Lo que crece aquí es la pretensión, por parte de la voluntad de ciertos Hombres, de hacer la Historia y, en la práctica, del poder de manipular los acontecimientos históricos.

Para Dumont, el totalitarismo es un pseudoholismo, una enfermedad de la sociedad moderna que resulta de la tentativa, en una sociedad en la que el individualismo está profundamente arraigado y es predominante, de subordinar a los Hombres a la primacía de la sociedad como totalidad. La violencia del movimiento totalitario tiene su origen en esta contradicción.

Sin embargo, un extraño episodio narrado por Johnson muestra cómo fue el totalitarismo soviético el que promovió la autodeterminación de los pueblos. Claro está, se trataba de una falsa promoción, pues en realidad no se buscaba democracia para los oprimidos, sino, simplemente, criticar y debilitar el imperialismo. ¡Pero sólo el de los enemigos! El episodio es el siguiente:

Lenin y sus bolcheviques asumieron el control de Rusia el 25 de octubre de 1917, e inmediatamente tomaron posesión de los archivos diplomáticos zaristas. Entregaron copias de los tratados secretos a los corresponsales extranjeros y, el 12 de diciembre, el *Manchester Guardian* comenzó a publicarlos. Este paso estuvo acompañado por una vigorosa propaganda bolchevique destinada a fomentar las revoluciones comunistas en Europa mediante la promesa de la autodeterminación a todos los pueblos.⁵⁸

A partir de entonces, la autodeterminación de los pueblos prometía tanto un aparente beneficio para las poblaciones explotadas como una agitación resentida que destruía a los “enemigos del pueblo”. Dicha doctrina encontró, además, una vía de expansión en la visión étnica de la democracia que promovía un nacionalismo peligroso. Esta promoción, a los ojos del bolchevique, era necesaria para la “liberación de los pueblos”. Gran Bretaña y Francia, al inicio, parecían no tener interés en “liberar” a las naciones que durante mucho tiempo habían dominado. Sin embargo, “en vista del derrumbe del régimen zarista y la negativa de los Habsburgo a firmar una paz por separado, Gran Bretaña y Francia comenzaron a alentar el nacionalismo y a convertir la autodeterminación en uno de los fines de la guerra”.⁵⁹

Al igual que los bolcheviques, las élites de Francia y Gran Bretaña pensaban, claro está, en la autodeterminación como forma de dismantelar los imperios de los demás, no los suyos. De cualquier manera, a mediano plazo, la contradicción se hizo evidente y millones de ciudadanos de las democracias liberales hicieron parte de su agenda el dismantelamiento de sus propios imperios.

En buena medida la geopolítica de la autodeterminación se moldeó como un efecto del leninismo. El resto de Europa no tuvo otra opción que utilizar el mismo camino planteado por el titán ruso. El espacio de los enemigos se expandió por todo Europa. Gran Bretaña y Francia realmente le

temían a Rusia, mientras que los estados artificialmente contruidos durante la Paz de París, a partir del temor titánico, eran parte del sacrificio necesario para restablecer el equilibrio de poderes. Sin embargo, como describe el historiador escocés y admirador de Paul Johnson, Niall Ferguson:

aplicar la autodeterminación al mapa de Europa no fue nada fácil, especialmente en vista de la heterogeneidad étnica de Europa Central y Oriental. Por un lado, había al menos nueve millones y medio de alemanes fuera de las fronteras del Reich posterior a 1919, alrededor del 13% de la población total de habla alemana de Europa. La adopción de la “autodeterminación” como principio rector de la paz era peligrosa porque no podía aplicarse a Alemania sin engrandecerla mucho más allá del territorio del Reich anterior a 1919. Desde el principio tenía que haber inconsistencia, si no hipocresía: no *Anschluss* de la grupa Austria al Reich; pero plebiscita para determinar el destino del norte de Schleswig, el este de la Alta Silesia, Eupen-Malmédy y, más tarde, el Sarre. Además de Istria, parte de Dalmacia y las islas del Dodecaneso —agregado en 1923—, Italia adquirió Tirol del Sur, que incluía a numerosos alemanes. Francia recuperó Alsacia y Lorena, perdidas en 1871, a pesar del hecho de que el mapa de Alsacia-Lorena utilizado por el experto estadounidense Charles Homer Haskins mostraba la “gran mayoría de distritos con al menos un 75% de hablantes de alemán”. También hubo otras excepciones. Varios millones de húngaros se encontraron fuera de la grupa de Hungría. La creación de lo que se convirtió en Yugoslavia fue una negación de la autodeterminación, ya que agrupaba a serbios, croatas, eslovenos, musulmanes bosnios, albaneses kosovares y húngaros de Vojvodina. Y no se plantearon objeciones serias cuando Turquía —en violación del Tratado de Sèvres— se separó brevemente de Armenia independiente con Rusia. Esto era “autodeterminación” en el sentido británico: una apariencia victoriana para cualquier frontera que se adaptara a las grandes potencias. Como James Headlam-Morley, subdirector del Departamento de Inteligencia Política del Ministerio de Asuntos Exteriores, señaló sardónicamente: “La autodeterminación es bastante *demodé*”. Él y sus inteligentes colegas “determinan para ellos [las nacionalidades] lo que deberían desear [...]”. Hubo, es cierto, intentos serios de escribir “derechos de las minorías” en los diversos tratados de paz, comenzando con Polonia. Pero aquí, nuevamente, el cinismo británico y el interés propio desempeñaron un papel no constructivo. Reveladoramente, Headlam-Morley era tan escéptico de los derechos de las minorías como lo era de la autodeterminación. Como señaló en su *Memorándum de la*

Conferencia de Paz de París: alguna cláusula general que otorgue a la Liga de las Naciones el derecho a proteger a las minorías en todos los países que son miembros [...] le otorgaría el derecho a proteger a los chinos en Liverpool, a los católicos romanos en Francia, los franceses en Canadá, aparte de los problemas más serios, como los irlandeses [...]. Incluso si la negación de tal derecho en otros lugares pudiera conducir a la injusticia y la opresión, eso era mejor que permitirlo todo. Lo que significa la negación de la soberanía de todos los estados del mundo. Si la Liga no iba a actuar para proteger los derechos de las minorías, ¿quién lo haría? El primer ministro griego, Venizelos, señaló el camino a seguir cuando buscó, con connivencia italiana, tomar territorio turco habitado por los turcos. La guerra que siguió terminó en victoria para los turcos bajo el liderazgo de Kemal en agosto de 1922; su consecuencia más tangible fue la “repatriación” de 1.2 millones de griegos y medio millón de turcos. Transferencias de población similares ocurrieron con diversos grados de compulsión en toda Europa central y oriental. Tres cuartos de millón de hablantes de alemán habían abandonado los “territorios perdidos” para el Reich en 1925. Entre 1919 y 1924, 200,000 húngaros abandonaron la Rumania ampliada; 80,000 dejaron Yugoslavia. Unos 270,000 búlgaros dejaron sus hogares en Grecia, Yugoslavia, Turquía y Rumania. Esto fue sólo el comienzo del sangriento proceso de conflicto étnico y transferencias forzosas de población que culminarían en los horrores de la década de 1940.⁶⁰

Después de la guerra, las rivalidades —ahora ya no entre imperios, sino entre naciones— mantuvieron su intensidad. En ese sentido, el *katéchon* de las relaciones internacionales tampoco ofreció mucha estabilidad. Recordemos que la TM distingue el espacio de los enemigos respecto al espacio adversarial. En éste, a pesar de la fuerte competencia, predominan las reglas; mientras que, en el de los enemigos, las reglas son borradas por la fuerza ilimitada: aquí se le teme realmente al enemigo.⁶¹ La multiplicación de espacios de enemigos produjo rivalidades ruinosas que duraron incluso hasta después del final de la I Guerra.

La Paz de París trazó fronteras artificiales y creó naciones inestables. Los nuevos *katéchones* eran estados con órdenes jurídicos débiles; sin embargo, eran muy poderosos en otros aspectos: por sus capacidades de movilización —nacionalista— y de organización —económica y militar—. Esto los volvía sumamente peligrosos para la paz internacional.

1.7 El antiguo régimen

El antiguo régimen se componía de una mezcla de tradición y una lenta modernización. A inicios del siglo XX, había una sensación de pesimismo extendida entre los jóvenes de diversas naciones europeas. Éstos consideraban que el liberalismo sólo llevaba a cambios graduales, cuyos progresos implicaban una incómoda noción de responsabilidad personal.

De acuerdo con nuestro autor, entre amplios sectores de la sociedad europea se romantizó la idea de que los jóvenes conformaban la izquierda. Sin embargo, mientras más cerca estaba 1914, más claramente se notaba la propensión de aquéllos a la derecha y a la guerra. Su gusto por la guerra derivaba de dos razones: consideraban que iba a acelerar el progreso y asumían la guerra como un símbolo de la vida misma. “Quien no lucha está muerto”, exclamaban jóvenes poetas como el poeta-soldado Julian Grenfell.

Algunos intelectuales, como Max Weber y Arthur Moeller, coincidían en que el poder debía de estar controlado por las nuevas generaciones. No obstante, cuando la I Guerra Mundial se prolongó y los desilusionados jóvenes comenzaron a sentir enojo en vista de que el deseado cambio no había llegado, comenzó la búsqueda de culpables. Con ayuda de las declaraciones de los intelectuales, intentaron hacer de los viejos un chivo expiatorio. De esta manera, el fracaso se adjudicaba a las anticuadas reformas y maneras de ver el mundo, de personajes como Winston Churchill y otros conservadores.

Acorde con la TM, los chivos expiatorios funcionan cuando logran una doble transferencia, esto es, cuando se genera un carácter dual de la víctima inmolada: primero, sobre el que se focaliza la ira y, después, una vez linchado y cuando la catarsis ha devuelto la tranquilidad, la víctima se convierte en un bien. El chivo expiatorio pasa de demonio a santo.⁶² La razón por la cual no se concretó el papel de los viejos como chivo expiatorio total fue porque no fueron vistos por todos como los verdaderos culpables del caos, y su papel no se logró mitificar. No vimos después de la guerra linchamientos físicos de políticos maduros. No había consenso sobre la demonización de la “vieja pandilla”. Precisamente Churchill, en lugar de sufrir los fuegos de la hoguera, tuvo una carrera política ascendente.

Sin embargo, aun sin la condena de los viejos políticos, sí podemos advertir un efecto perverso: entre quienes culpaban al antiguo régimen de todos los males surgían los nacionalismos agresivos, los fascismos y los socialismos radicales.

1.8 Las necesidades de la Modernidad

Durante la I Guerra Mundial, los Estados expandieron sus capacidades recaudatorias, su aparato represivo y su maquinaria bélica. Mas, una vez concluida la contienda, no volvieron a su tamaño previo. Derivado de la Paz de París, tenemos el fin de los imperios centrales. La desestructuración del antiguo orden significó la desaparición súbita de algunos de los mecanismos tradicionales de contención de la violencia. Ahora bien, recordemos que, según la TM, los *katéchones* surgen como una forma de pacificación en respuesta a la desestructuración del orden tradicional.⁶³

Sin embargo, en el orden posterior a 1918, los *katéchones* generados para un nuevo Estado y para las relaciones internacionales no lograron satisfacer las necesidades de la Modernidad en apogeo: un capitalismo fuerte, la interiorización de las responsabilidades individuales y la competencia democrática y civilizada por el poder y el Estado de Derecho. Por ello, el período de entreguerras se caracterizó por su inestabilidad —claro está, en algunos países, más dramática que en otros—.

El fin de los imperios en Europa central resaltó la necesidad de un proceso de reorganización. Si bien el antiguo régimen y sus sociedades multi-étnicas funcionaba porque su elemento unificador eran las monarquías, el nuevo orden buscaba apoyarse en el irredentismo y el nacionalismo. El irredentismo es un término que nació en el *Risorgimento* italiano y que significa la adhesión de un grupo étnico entero a un mismo Estado. Es un nacionalismo que busca la pureza de la raza, que niega el derecho de los otros pueblos a existir al interior de ciertas fronteras. Esto, sin importar que esos territorios hayan sido ocupados durante largos períodos por esas naciones.

En apariencia, el nacionalismo irredento podía solucionar el problema que surgió con la disolución de los imperios. Éstos habían contenido pueblos heterogéneos y eran multiconfesionales. El fin de los imperios Habsburgo, Romanov y Otomano dejaba a gran cantidad de pueblos “en libertad para su autodeterminación”, pero también los dejaba a merced de conflictos con otros pueblos. Se había producido liminalidad y el reacomodo de fronteras no dejaba satisfechos a todos. Peor aún, las potencias, durante la Paz de París, tampoco se propusieron crear un mapa coherente que respetara el irredentismo. Éste, de haberse concretado, pudo haberse convertido en un *katéchon* estable. Sin embargo, la mezcla de las razas y las naciones que en realidad existía convirtieron el proyecto nacionalista-irredentista en una fuente de conflictos.

El caos provocado por la desestructuración del orden llevó al igualitarismo envidioso y al deslinde de las responsabilidades individuales, carac-

terísticos del período de entreguerras. Paradójicamente, los enemigos de la igualdad no eran los que proponían el irredentismo, sino los que se oponían a él. Sin saberlo, los “defensores” de la igualdad estaban generando más minorías y, por ende, un ambiente caótico que necesitaba culpables para reestablecerse.

Paul Johnson no enfatiza suficiente el caso en el que se logró, en mayor medida, la homogenización nacionalista-irredentista: Turquía. Claro está, fue una estabilidad que se pagó con sangre, pues la matanza de los armenios no tuvo parangón en Europa.

1.9 Las nuevas políticas nacionales: el contraste con la estabilidad de siglo XIX

La nueva política nacional estadounidense de Wilson colocó los criterios políticos y jurídicos por encima de los criterios económicos. Sin embargo, la pobreza, la crisis, la marginación y el hambre eran, en realidad, los problemas más urgentes a resolver después de la I Guerra Mundial. De haberse puesto el énfasis en ellos, quizás se habría alcanzado la estabilidad social y política necesaria para evitar el colapso posterior.

Esta decisión tiene de trasfondo una actitud titánica. Según Paul Johnson, se podía optar por dos caminos: dejar que el capitalismo volviera a reconstruir la economía mundial o que los estados ganadores de la guerra intentaran controlar dicha economía. Wilson, actor clave en la construcción de los Acuerdos de París, se decidió por la segunda opción, es decir, subordinar la economía a la política.

En la Conferencia de paz de 1918, el mandatario estadounidense se contagió de los pésimos modales de los alemanes y del odio que irradiaba Clemenceau. El presidente se convirtió en un imitador inconsciente de los europeos. A diferencia de los franceses, los británicos demostraban condescendencia hacia los alemanes, con el propósito de calmar las tensiones que habían implicado los acuerdos de paz sin negociación. Lloyd George, en contraste con Clemenceau, previó que nada bueno podía resultar del resentimiento germánico.

Para Wilson era más atractivo imitar el odio francés que la compasión británica. Encontró en Clemenceau un doble mimético con el que, poco a poco, se desdibujó la línea entre imitador y mediador, de manera que terminó encarnando él mismo, paradójicamente, el odio hacia Alemania. Ni los franceses ni Wilson calcularon que el resentimiento alemán podía incentivar otro conflicto armado, como tampoco previeron que las relaciones anglo-francesas se envenenarían rápidamente. El odio hacia los alemanes no podía

concretar la figura de chivo expiatorio, puesto que no eran demonizados por todos (*i. e.* los británicos) y, por otro lado, porque los alemanes no estaban dispuestos a aceptar la culpa que los vencedores querían imponerles.

El titanismo no es grave cuando viene de personajes irrelevantes, pero puede tener consecuencias calamitosas cuando se ejerce por estadistas, capaces de movilizar recursos y personas. Wilson utilizó como chivos expiatorios a aquellos que se oponían al cambio, por ejemplo, los alemanes que no reaccionaban bien a la paz por *Diktat*. De cualquier manera, el presidente estadounidense logró castigar a los germanos y convertirlos en víctimas propiciatorias con el castigo derivado de la cláusula de culpabilidad, que implicaba reparaciones económicas, sobre todo pagadas a los franceses, por la guerra.

1.10 La venganza se convierte en ciclo de deudas

Al final de la I Guerra, la mayoría de los países europeos estaba endeudada. Los deudores mayores sumaban en total una deuda de 11,800 millones de dólares. Gran Bretaña debía 4,660 millones. Sin embargo, para saldar su deuda exigían recibir los 6,500 millones que les debían Francia, Italia y Rusia. Y, a su vez, para que éstos pudieran pagar a Gran Bretaña o a Estados Unidos, debían cobrarle a Alemania. En suma, para que Estados Unidos recibiera su dinero, Alemania debía pagarles a todos los países. Lo cual, claro está, arruinó a los germanos.

La guerra había comenzado con una serie de alianzas producto de la diplomacia secreta, una práctica común del siglo XIX. Henry Kissinger ha descrito que, dado lo enredado de estas alianzas, es muy difícil determinar quién fue el responsable, en última instancia, de la guerra. Este autor llega a la conclusión de que se trató más bien de una responsabilidad compartida, producto, en todo caso, de un sistema nefasto de negociaciones internacionales. Más que la culpa individual de un actor se trató de un evento desencadenado por una “maquinaria infernal”.⁶⁴

La responsabilidad que se le adjudicaba a Alemania era una falacia, pero difícil de desmentir, puesto que a los germanos casi todo el mundo les había asignado el papel de chivo expiatorio. La economía falló por establecer una deuda que, a los ojos de los alemanes, era injusta. Si bien Estados Unidos se justificaba con argumentos económicos, en realidad, estaban cobrando un precio político. En el periodo de entreguerras, la economía estaba subordinada a la política y la política estaba cargada de resentimiento.

La TM sugiere que, cuando hay abundancia, los conflictos tienden a inhibirse o, por lo menos, a banalizarse. En medio de tantos objetos inter-

cambiables, los deseos se dispersan. La envidia, por ejemplo, se resuelve de dos formas: mediante una implosión que polariza la violencia hacia un chivo expiatorio o mediante una explosión que disgrega la presión del deseo sobre diversos objetos equivalentes.⁶⁵ En otras palabras,

la economía [moderna] sirve como un aspersor que canaliza el sobre flujo de energías miméticas y previene que el reservorio de antagonismos explote de manera destructiva [...]. En el universo de las mercancías, la imitación del deseo del Otro no necesariamente provoca una competencia frontal. El conflicto directo se puede evitar mediante un movimiento lateral. Resulta suficiente, para que el Sujeto supere los tormentos de la envidia, obtener el equivalente del objeto poseído o deseado por el Otro. Cuando los objetos se convierten en mercancías, se vuelven conmensurables.⁶⁶

Las prácticas ejercidas por Estados Unidos y su insistencia por cobrar la deuda a Alemania estaba provocando la idea de una economía de venganza. Si los esfuerzos no estaban concentrados en generar riqueza, sino en quitar riqueza a los demás, la economía estaba condenada a ser un juego de suma cero donde todos salían perdiendo. Más aún, donde se percibía la riqueza como un bien limitado, donde dominaba la noción-de-lo-limitado-del-bien. Esta noción se caracteriza por la idea de que “las cosas deseables existen en cantidades finitas e insuficientes para llenar aun las necesidades mínimas de los habitantes. No hay una manera de aumentar las disponibilidades que existen de esos bienes. Lo bueno, como la tierra, se ve como algo inherente en la naturaleza; que está allí para dividirse y volver a dividirse y, si es necesario, para transmitirse, pero no para aumentarse”.⁶⁷

Durante el período de entreguerras, la percepción, sobre todo de los franceses, era que la abundancia no podía existir a menos que Alemania asumiera el costo total de la guerra. En este sentido, la economía se asoció al “poder distributivo”, donde el universo es cerrado y, para que uno gane, otro debe de perder.

De haber prevalecido las nociones liberales, la economía posterior a la I Guerra Mundial se habría ligado a la visión de un “poder colectivo”, donde el poder se ejerce frente a un tercero (*i. e.* sobre la naturaleza o la innovación) y no necesariamente se le tiene que quitar un bien a algún actor, puesto que el universo es abierto. La sociedad abierta implica una noción de producción de riqueza, de movilidad de la riqueza: la idea de que todos, de alguna manera, se benefician del progreso. Lo cual no implica que no haya desigualdades; sin embargo, pese a esto, todos encuentran cierto grado de mejora.

La noción de “producción de riqueza” propia del pensamiento liberal fue relegada por la noción de lo limitado del bien. Si el dinero se concibe de esta forma, no se incentiva la emulación, sino la envidia. “La diferencia moral entre envidia y emulación consiste en sus contrastantes actitudes hacia los bienes del otro. Mientras la emulación nos impulsa a obtener los bienes por nosotros mismos, la envidia nos lleva a evitar que los demás los posean”.⁶⁸ Pero todo es reversible. De haberse superado la visión resentida de la paz, la envidia se habría convertido en emulación: “descubrir la raíz común de la emulación y la envidia en el deseo mimético explica por qué todas las teorías que separan radicalmente la mala envidia de la buena emulación caen en la trampa de un cierto platonismo que borra la afinidad esencial”.⁶⁹

El conflicto desatado por la idea de lo limitado del bien era lo que subyacía a la noción de la culpabilidad alemana y su deber de pagar por la guerra. Esta concepción llevó a una escalada mimética entre los actores políticos implicados en las negociaciones de la Paz de París. Esta política no llevó al individualismo mercantil, sino a un ciclo de deudas basado en el resentimiento político; la economía se convirtió en sinónimo de desesperanza y no de abundancia. Paul Johnson considera que quien mejor comprendió el error de este planteamiento fue John Maynard Keynes,

decano de Cambridge, un funcionario civil en tiempo de guerra y un representante del Tesoro en la conferencia [de Paz]. No le interesaban la seguridad militar, las fronteras ni los movimientos de la población, cuya importancia intrínseca y emocional subestimó de manera trágica. En cambio, poseía una profunda comprensión de los aspectos económicos de la estabilidad europea, un aspecto ignorado por la mayoría de los delegados. A su entender, una paz duradera dependería de la rapidez con que el acuerdo permitiera que se restablecieran el comercio y la manufactura, y creciese el empleo. En este sentido, el tratado debía de ser un instrumento dinámico, no una forma de venganza. En 1916, en un memorándum dirigido al Tesoro, sostuvo la tesis de que la indemnización de 1871, impuesta por Alemania a Francia, había perjudicado a los dos países y era la principal causa de la gran crisis económica de la década de 1870, que había afectado al mundo entero. Creía que no debía de hablarse de reparaciones o que, en todo caso, la pena máxima impuesta a Alemania debía de ser de 2,000 millones de libras esterlinas: “Si se quiere *ordeñar* a Alemania”, sostuvo en un trabajo preparatorio para la conferencia, “ante todo es necesario abstenerse de arruinarla”. Con respecto a las deudas de guerra en que todos los Aliados estaban entrapados —y que presuntamente pagarían con lo que arrancaran a Alemania—, Keynes consideraba

que era una actitud razonable de Gran Bretaña el hecho de anularlas. Esa generosidad alentaría a los estadounidenses a hacer lo mismo por Gran Bretaña y, como Gran Bretaña recibiría en papel las sumas pagadas por los países continentales y ella tendría que pagar a Estados Unidos en dinero real, la anulación general de las deudas la beneficiaría.⁷⁰

Vemos la agudeza de Keynes: se debe de recurrir al mimetismo positivo, no a la imitación negativa. El perdón como estrategia económica y renunciar, por prudencia, a convertir a los vencidos en chivos expiatorios. Metanoia y afirmación positivas.

1.11 El revanchismo del Tratado de Versalles

En 1916, se acabó la ilusión, mantenida por casi todos los gobiernos europeos de que la guerra sería corta y les serviría para legitimarse ante sus ciudadanos. Con el aumento de las pérdidas,

se acentuó la desesperación, los estados beligerantes cobraron un sesgo cada vez más totalitario [...]. En Alemania, el fin del gobierno civil llegó el 9 de enero de 1917, cuando Bethmann-Hollweg se vio obligado a aceptar la exigencia de la guerra submarina irrestricta. Perdió del todo el poder en julio, y dejó al general Ludendorff y a los almirantes a cargo del Estado-monstruo. El episodio señaló el verdadero fin de la monarquía constitucional, pues el káiser renunció a la prerrogativa de designar y despedir al canciller, debido a la presión de los militares. Incluso cuando todavía era canciller, Bethmann-Hollweg descubrió que su teléfono estaba intervenido [...]. Pero la intervención de los teléfonos era legal, de acuerdo con la legislación del *estado de sitio*, que autorizaba a los comandantes militares de área a censurar o clausurar los diarios [...].

Asimismo, se permitió a Ludendorff arrear a 400,000 trabajadores belgas hacia Alemania, un episodio que anticipó los métodos soviéticos y nazis de utilización del trabajo esclavo. Durante los últimos dieciocho meses de hostilidades, la élite alemana practicó con fervor lo que se denominó sin rodeos *socialismo de guerra*, en un desesperado intento por movilizar hasta el último gramo de esfuerzo productivo a favor de la victoria.⁷¹

Erich Ludendorff, el general realmente a cargo del país en los últimos años de la guerra, solicitó a su gobierno un armisticio de manera urgente,

el cual fue firmado en Compiègne, el 11 de noviembre de 1918, por un gobierno títere conformado por civiles. Había dos motivos que impulsaron a Ludendorff a pedirlo: conseguir que los partidos democráticos cargaran con la responsabilidad de entregar las conquistas territoriales de Alemania y el que los Catorce Puntos de Wilson parecían garantizar que Alemania no sería castigada.

Alemania no estaba en riesgo y, además, Ludendorff lograría evadir la humillación de firmar la paz. El Ejército se deslindaba de las futuras negociaciones del armisticio que llevarían a firmar el Tratado de Versalles seis meses después. Pero, sobre todo, los militares se desembarazaron de la humillación de la derrota. La comisión encargada de negociar la paz se enfrentó a diversos enredos. Por un lado, estaba la postura del parlamento y, por otro, la del Ejército. Peor aún, quienes conformaban la comitiva de paz eran civiles sin muchas habilidades para negociar ni, menos aún, para enfrentar a personajes de la talla de Lloyd George, Clemenceau y Wilson. Para el gobierno alemán, el Tratado de Versalles fue considerado un *Diktat* que se impuso por la fuerza. De hecho, los negociadores germanos fueron sorprendidos por sus pares; el pueblo alemán tampoco fue consultado.

Paul Johnson plantea que los intelectuales de la época consideraban que el Tratado de Versalles había sido un fracaso total. Sin embargo, nuestro autor nos hace ver que ellos eran parte del problema. Habían promovido el nacionalismo étnico y la autodeterminación de los pueblos sin caer en cuenta de que “la autodeterminación nacional era un principio contradictorio, pues la liberación de los pueblos y minorías sencillamente creaba más minorías”.⁷²

Desde la TM, la situación implicó un “encapsulamiento artificial”. Recordemos, en primer lugar, que el concepto de encapsulamiento es la división de la sociedad en grupos, estancos, castas, órdenes o clases, o bien, entre naciones. Entre estos subgrupos no hay comparaciones ni se echan miradas de menosprecio. Las barreras funcionan porque nadie sabe que son los Hombres quienes las han impuesto. Cada uno está en su sitio en una organización del mundo jerarquizada y diferenciada. A los ojos del igualitarista moderno, dichas barreras son arbitrarias, pero, para la mayoría de los pueblos, se viven como el orden natural de las cosas. Mas el encapsulamiento artificial es una noción que se refiere a la creación de estancos, jerarquías y diferencias, sin la legitimidad propia del encapsulamiento. Esta carencia se debe a dos razones:

- 1) Las reglas no se conciben como necesarias, es decir, derivadas de la naturaleza o de lo sagrado, sino como impuestos por ciertos Hombres.

2) Dichas reglas no cuentan con la legitimidad que les da la duración: en tanto que son novedosas, no han mostrado ni su utilidad ni su viabilidad; por el contrario, se conciben como nocivas.

El encapsulamiento artificial produce jerarquías y distinciones sociales que ofenden a buena parte de la sociedad y, por lo tanto, requieren del uso de la fuerza o de la amenaza de la fuerza para subsistir.

Los movimientos nacionalistas europeos liderados por académicos y escritores argumentaban que “el derecho a la autodeterminación nacional era un principio moral básico”,⁷³ pues las diferencias culturales entre los pueblos habían sido sometidas a los intereses económicos que los obligaban a convivir.

El principio de autodeterminación pretendía desestructurar los mecanismos tradicionales propios de las monarquías imperiales. En este caso, el *katéchon* que surgió para pacificar fue el igualitarismo, que cuestiona las jerarquías sociales al tiempo que provoca un sentimiento de justicia. No obstante, el llamado a la igualdad a veces produce consecuencias negativas; más aún, cuando el revanchismo étnico prevenía cualquier igualdad real entre grupos mayoritarios y minorías. Así, en lugar del igualitarismo, tenemos el encapsulamiento artificial.⁷⁴ Un alemán en Hungría no podía aspirar a tener un escaño público y, más adelante, incluso no podría aspirar a una educación en su propio idioma, además de sufrir discriminación cotidiana en muchos ámbitos.

Al generarse nuevas naciones étnicas, surgió el problema de la delimitación geográfica, provocado por bolsas de minorías en territorios que ahora les eran hostiles, dada la nueva ola etnonacionalista. Es complejo implantar un sistema igualitario que no termine por discriminar a las minorías sin producir a la vez una expectativa de igualitarismo homogeneizador entre las mayorías. Polonia, que fue una de las naciones beneficiarias del Tratado de Versalles, ejemplifica el problema de las naciones étnicas:

De sus 27 millones de habitantes, un tercio estaba formado por minorías: ucranianos occidentales (rutenos), bielorrusos, alemanes, lituanos, todos en áreas concentradas, más tres millones de judíos. Los judíos tendían a hacer causa común con los alemanes y los ucranianos, tenían un bloque de treinta y tantos diputados en el parlamento y eran la mayoría en ciertas ciudades orientales, con un monopolio virtual del comercio.⁷⁵

Si bien su población estaba conformada en gran medida por minorías, Polonia no llevaba a cabo las reformas que garantizaban sus derechos —algo

que los polacos habían firmado en Versalles—. Nuestro autor explica que la situación se fue agravando debido a la dictadura militar.

A gran escala —y a la par de la autodeterminación en todo el continente—, se avecinaba el cuestionamiento al imperialismo. Como sugiere Johnson, si éste ya no era defendible en Europa, faltaba poco tiempo para que no lo fuera tampoco en las colonias de ultramar. La controversia en torno al imperialismo conformó un momento liminal en el siglo XX. De acuerdo con Harald Wydra:

las situaciones límite son condiciones liminales, en las cuales los individuos y los grupos colectivos están en el medio de la disolución del orden y las aspiraciones de rehacer el orden [...]. Es dentro de estas situaciones límite que las sociedades políticas identifican fuentes de orden, vida y un sentido de comunidad, lo cual trasciende el tejido institucional de la política [...]. La liminalidad ocurre en revoluciones, guerras civiles u otras formas de disolución del orden. Tales experiencias liminales son internamente creativas. Combinan los dos aspectos principales de la experiencia, el carácter “objetivo” de un evento mayor y repentino, y la perspectiva “subjetiva” de cómo este evento fue vivido por los individuos que experimentaron los cambios [...]. La función de ordenamiento de la sociedad política es proporcionar un “escudo contra el terror”, es decir, de las consecuencias siempre incalculables de las interacciones humanas [...]. Sin embargo, en contextos sociales complejos, las situaciones de crisis son contagiosas y la reparación podría fallar, volviendo a la crisis.⁷⁶

Era sabido que se atravesaba por tiempos de cambio, pero no había claridad hacia dónde conducirían. No se sabía qué podía suceder al dismantelar los imperios, aunque algunas pocas mentes visionarias, como la de Joseph Conrad, ya intuían lo que se avecinaba. Conrad fue un agudo observador del mecanismo del chivo expiatorio y, sobre todo, de la falta de legitimidad de dicho mecanismo en un contexto de desmitificación; vio con claridad las dificultades del sacrificio en la modernidad.⁷⁷

El Tratado de Versalles tuvo graves implicaciones. Entre otras, el fortalecimiento de nacionalismos irreconciliables que se habían gestado durante el siglo XIX o, como sugiere nuestro autor:

Versalles había levantado la tapa del caldero hirviente y ruidoso, y el hedor del brebaje se difundió por Europa entera, hasta que primero Hitler y después Stalin volvieron a tapar el caldero apelando a la fuerza. Sin duda, cuando sucedió esto, los hombres y las mujeres de más edad

recordaron con añoranza los llevaderos imperios dinásticos que habían perdido. Por supuesto, en 1919, la idea de un monarca que gobernaba una reunión de pueblos europeos heterogéneos por derecho divino y de acuerdo con la costumbre antigua, ya parecía absurda.⁷⁸

1.12 India y Reino Unido, ¿decadencia del Imperio Británico?

En el período de entreguerras, personajes como Woodrow Wilson y Vladímir Lenin desprestigiaban el imperialismo: el primero, en nombre de la democracia, y el segundo, en busca de las revoluciones socialistas. La figura del imperio se convirtió en un chivo expiatorio que nada tenía que ver con encontrar una solución a los problemas políticos y económicos.

En 1876, la reina Victoria de Inglaterra fue proclamada Emperatriz de la India. Como explica Paul Johnson, en el subcontinente, la cadena de mandos era autocrática: pasaba del encargado del distrito, al comisionado provincial, al gobernador, al general y al virrey. Este principio se mantuvo durante el mandato de *Lord Morley*, hasta la llegada de su subsecretario, Edwin Montagu.

En tiempos desesperados de guerra, cuando las bajas de soldados iban en aumento, los “imperios democráticos” hicieron promesas de independencia a sus propios pueblos sometidos, de manera que sus ejércitos se componían cada vez más de personas pertenecientes a colonias. De la India, los británicos reclutaron a 1'440,437 soldados, por lo que necesitaban otorgar una recompensa a los indios, aunque de índole política más que económica.

Los líderes británicos no prestaban atención a la discusión en torno a la autodeterminación, pues todos los esfuerzos estaban concentrados en la guerra. Por esta razón, como explica nuestro autor, Lloyd George no esperaba que Edwin Montagu, subsecretario encargado de los asuntos en India, les prometiera a los indios la independencia. Y, sin embargo, eso fue justo lo que sucedió.

Mientras Montagu redactaba una declaración de las intenciones de Gran Bretaña con respecto a la India para la posguerra, el gabinete británico se ocupaba del frente ruso y las incursiones aéreas de Alemania en Gran Bretaña. Así, mientras unos eran partidarios de dismantelar el Imperio, otros, como *Lord Curzon*, sostenían que gobernar la India hacía del Imperio Británico una potencia; de lo contrario, sería más bien un país de tercera clase.

La autodeterminación comenzaba a expandirse más allá del continente europeo. Las tensiones al interior del Imperio eran notorias: de un lado se encontraba Montagu, quien había seguido las ideas de la autodeterminación y

estaba dispuesto a llevarlas a la India; y, por otro, estaba el grupo que apoyaba el imperialismo, conformado por personajes como Curzon, Milner y Smuts.

Si bien los levantamientos en Irak, Afganistán y Egipto no estaban relacionados entre sí, es cierto que delataban la difusión del nacionalismo que ya se esparcía fuera de las fronteras europeas. Y, si el Imperio Británico pretendía apaciguar los diversos focos de descontento, la India era un elemento central.

Cuando Montagu viajó a la India para consultar la opinión del país, no se refería a la población en general, sino a la “nación política”: personajes como Mahatma Gandhi y Annie Besant, educados en Inglaterra y que podían hablar el mismo lenguaje que la clase política británica. Al principio, eran una minoría, pero ganaban adeptos con campañas que avivaban el resentimiento. Montagu deseaba gestar las bases de la independencia india desde la nación política, aunque terminó incentivando que la población de la India, en general, deseara derechos propios.

En la India había sólo 77 mil soldados británicos, debido a las presiones de la guerra. Fue en este contexto que ocurrió el incidente de Amristar, perteneciente al Punjab, donde

había un centenar de policías desarmados y setenta y cinco reservistas armados. Eso hubiera bastado para mantener el orden, pero la dirección de la policía se mostró pusilánime. Parte de la fuerza no fue utilizada en absoluto [...]. La turba se descontroló. Fueron atacados dos bancos, y sus gerentes y un ayudante, muertos a golpes; un electricista y un guardia ferroviario británicos resultaron asesinados y una maestra misionera fue dejada por muerta. Se ordenó la intervención del general Dyer, comandante de la brigada militar más próxima, y, tres días después, abrió fuego sobre una turba en un espacio cerrado llamado Jalianwala Bagh. El mismo día, un poco antes, había ordenado que se recorriese la ciudad al toque del tambor para advertir a las turbas que se dispararía sobre ellas. El mismo mes se impartieron en la provincia treinta y seis órdenes de abrir fuego. En el caso de Dyer, los fusilazos duraron diez minutos porque la orden de suspender el fuego no pudo oírse a causa del ruido [...]. El error cometido por Dyer, que estaba acostumbrado a la guerra de fronteras, fue permitir que sus cincuenta hombres cargasen los rifles, así como entregarles cargadores de repuesto. En consecuencia, se dispararon 1,650 balas y 379 personas fueron asesinadas. Dyer agravó su error ordenando la flagelación de seis hombres y decretando que todos los nativos que pasaran por el lugar donde habían atacado a la misionera se arrastraran por el suelo.

Los nacionalistas indios protestaron con vigor y Montagu ordenó una investigación, bajo la dirección de un juez británico, *Lord Hunter*. Ese fue el primer error. Cuando Dyer fue interrogado por los investigadores de Lahore, se vio silenciado por las constantes exclamaciones hostiles de los indostanos; el juez no reprimió estas manifestaciones ni las entendió y, por su parte, Dyer dijo algunas estupideces. Hunter censuró la conducta del militar; en consecuencia, Dyer fue expulsado del ejército. Éste fue el segundo error. Enfureció a la comunidad británica y al Ejército, que consideró que no se había ofrecido a Dyer un juicio justo con representación legal. El resultado tampoco apaciguó a los nacionalistas, porque el castigo era demasiado leve para un acto al que consideraban una masacre.⁷⁹

La tensión entre ambas facciones desató la escalada violenta que perduró hasta llegar a la independencia de India, posterior a la II Guerra Mundial. Recordemos que, para este momento, la nación política había comenzado a contagiarse de nacionalismo a diversas capas de la población.

No obstante, no se debe pensar que en los años posteriores a la I Guerra el Imperio Británico era percibido con debilidad; ni siquiera se preveía su desintegración. Por el contrario, seguía siendo el imperio más poderoso de la tierra. Tenía la Armada más importante, con 1,354 barcos de guerra y 3,727 auxiliares. En realidad, la decadencia del Imperio Británico apenas empezaba a dibujarse, para lo cual su relación con India fue central.

Después de 1920, el antiguo orden se había desmantelado. A pesar de los diversos *katéches* que surgieron, la pacificación que provocaron fue claramente temporal. Johnson sugiere que la historia moderna es el proceso de superación del vacío generado por el desplome de un régimen. El vacío condujo a la pérdida de legitimidad de las diferencias y al intento de instaurar un nuevo orden, es decir, a un momento de liminalidad. Se tenían que implementar nuevas jerarquías y métodos de gobierno y, a través de éstas, encontrar nuevas formas de pacificación. Aunque claro está que no se encontraron medios suficientemente robustos en los siguientes 20 años. Por el contrario, el mal cálculo en la política de los años previos y posteriores a la I Guerra ocasionaron otra gran guerra.

Una de las implicaciones más relevantes de esta transición es el paso de los sacerdotes a los políticos totalitarios, los profetas modernos. Este cambio implicó una nueva forma de generar falsos mesías que buscaban el control de la humanidad, en respuesta a: 1) el vacío generado por el caos, y 2) a la aparente incapacidad de gobernar de los entonces mandatarios. Y estos titanes, como sugiere Johnson, no tardaron en llegar.

CAPÍTULO II

LENIN-MUSSOLINI: DEL DOBLE A LA UNIDAD

Palmira Arias López

2.1 El titán

El modo en que Lenin ascendió al poder es una historia trágica de lo que la voluntad puede desatar. Las consecuencias y la forma en la que el mundo se contagió después del desastre del régimen leninista aún hoy resultan dramáticas.

Paul Johnson describe, en el capítulo 2 de *Tiempos Modernos*, la creación del sistema político establecido por Vladímir Lenin y el partido bolchevique. La personalidad de este titán se combinó con los modelos que seleccionó para llevar a cabo sus objetivos despóticos. Un régimen de terror, sostenido por una red de soplones, policías, militares, fanáticos y oportunistas que ahogaba cualquier oposición dentro y fuera del partido; una jerarquía partidista en la que todo se limitaba a las decisiones del gran intérprete marxista ascendido a profeta, mientras la economía se encontraba en brutal declive.

Vladímir Ílich Uliánov nació en 1870, en Simbirsk, a orillas del Volga, hijo de un inspector de escuelas primarias. Según Johnson, los Hombres que realizan las revoluciones políticas parecen dividirse en dos grupos: el clerical y el romántico. Lenin pertenecía a la primera categoría. Antes de iniciar su camino revolucionario, Vladímir adquirió el seudónimo literario de Lenin, en 1901. El cambio de nombre fue quizás su iniciación en aras de convertirse en el despiadado personaje que la historia conoció.

Lenin, afirma Johnson, veía a los Hombres con los que trataba como receptáculos de sus ideas. Tenía una personalidad arrogante con la que había logrado oponerse a los planes de su madre, que deseaba que se dedicara a la agricultura. Ejerció como abogado algunas semanas y, posteriormente, jamás tuvo un empleo. A partir de ese momento, se dedicó completamente a la

política e incluso su labor como periodista se subordinó a su vida política. Estaba “decidido a aprovechar las oportunidades políticas y a adaptar el *programa marxista* a la realidad rusa [...]. Introdujo la categoría de *revolucionario profesional*, cuya orientación haría que la teoría científica de la Historia de Marx fuera políticamente viable”.¹

Los planes políticos y económicos de Lenin son producto de su carácter. Para el líder, las pequeñas causas no valían: “Cuando tenía veintidós años, disuadió a varios amigos de la idea de recolectar dinero para las víctimas del hambre, con el argumento de que el hambre cumple una función progresista, que lograría que los campesinos reflexionen acerca de los hechos fundamentales de la sociedad capitalista”.²

Las ideas que trascienden a la realidad de una forma espiritual fueron el estandarte de los bolcheviques impulsados por Lenin. Harald Wydra, desde la TM, considera que el hecho de basar un gobierno en un idealismo según el cual la realidad debe de ser totalmente modificada tenía claros precedentes: “Las ideologías revolucionarias modernas se inspiraron en símbolos e intenciones de herejías medievales como el Gnosticismo, que basaba la conciencia política en expectativas mesiánicas. El mesianismo revolucionario del comunismo bolchevique encontró un suelo fecundo en las ideas mesiánicas en Rusia, donde el símbolo de la Tercera Roma se convirtió en un programa nacional de salvación”.³

Tal carga religiosa fue personificada por el mismo Lenin. De acuerdo con Johnson, su política era hierática; consideraba que el poder era sagrado y tenía connotaciones divinas. El poder demótico, es decir, que surgiera de la sociedad, era, para él, impensable:

No hay Hombre que personifique mejor que Lenin la sustitución del impulso religioso por la voluntad de poder. En una etapa anterior, sin duda, habría sido un líder religioso. Krúpskaia atestigua su ascetismo y nos dice que renunció a todas las cosas que le interesaban (el patinaje, la lectura del latín, el ajedrez, incluso la música) para concentrarse exclusivamente en el trabajo político. [...] Los Hombres a quienes temía y odiaba realmente y a los que después persiguió eran los santos.⁴

En tanto la sociedad deja de ser una entidad autogenerada (Dupuy *dixit*), es decir, moderna-liberal, se concibe como una entidad trascendente. La diferencia, desde la TM, es crucial: la primera es capaz de “desvelar” el mecanismo del chivo expiatorio; la segunda lo mitifica. Claro está, cuando se trata de una sociedad compleja, como la rusa de finales del XIX y principios del XX, es siempre una mitificación parcial, pues la diversidad de opiniones

sobre el bien y mal no permite homogeneidad de juicio sobre el culpable. En ese sentido, el intento leninista de producir un nuevo orden, basado en el holismo, conducía solamente a un falso holismo.

Lenin concebía que su propia misión y la del partido bolchevique era modificar no sólo las relaciones político-económicas de Rusia, sino transformar al individuo:

En términos de política de identidad, el comunismo bolchevique dio lugar a una teocracia del partido de vanguardia, combinada con la defensa dogmática de la ortodoxia comunista y una religión civil del marxismo-leninismo, que apuntaba a la ingeniería social a gran escala hacia una redivinización de la sociedad. Aunque los bolcheviques lideraron una batalla despiadada contra la religión y el clero, utilizaron prácticas que no sólo estaban inspiradas [...] en las prácticas tradicionales de la religión ortodoxa, sino que a veces incluso eran idénticas a ellas. Las técnicas bolcheviques de poder estaban impregnadas de prácticas cristianas ortodoxas, técnicas de autoformación como el autosacrificio y la transformación de un *télos* de la santidad cristiana en adoración e identificación de héroes.⁵

La nueva religión fue constituida a través de nuevos métodos de sugestión, en la cual, al igual que en las religiones sacrificiales, destacaba la tajante división entre el bien y el mal. Los bolcheviques buscaban, mediante la propaganda, probar que sus lineamientos políticos eran en realidad “la marcha inexorable de la historia proyectada por el marxismo-leninismo a través del cultivo del imaginario simbólico del héroe colectivo de la Historia mundial, el proletariado. Utilizando un simbolismo similar al de la pintura religiosa, los artistas [...] representaron a los trabajadores y campesinos con el color rojo, en oposición al negro como el color del mal”.⁶

Los símbolos de poder de la revolución tenían la intención de convertir a los individuos al absoluto sometimiento al partido. Más aún, no se trataba sólo de someterlos a un gran poder, sino de “absorberlos”, de convertirlos en parte de una unidad superior.

Lenin fue la personificación del resurgimiento de los principios religiosos. Enfatizó la abnegación total, el desapego de lo mundano y la renuncia a la propiedad. Esta distancia con la realidad fue producto del origen religioso que proponía como nuevo orden. Mas la religión estaba en sus manos, lo cual lo convertía en un titán, que lo único que profesaba era una “religión moderna”.

Según Wydra, existe un segundo elemento en el que podemos notar los motivos de la personalidad titánica de Lenin: la forma en la que veía la historia. Dice aquél:

La idea misma de un significado de la Historia como singular colectivo es un resultado del siglo XVIII [...]. Mientras que hasta el siglo XVII las historias eran siempre historias de algo, de repente, en el siglo XVIII, apareció el término *Historia* [...] como un colectivo singular que se refiere al conjunto de la Historia como si fuera un “algo”. Esta nueva formulación peculiar, “significado de la Historia”, puede considerarse como la base de todo pensamiento posterior sobre el significado de la Historia. En palabras de Hegel, “una vez que se ha revolucionado el reino de la imaginación, la realidad no se sostiene”.⁷

Lenin, al combinar los elementos religiosos con una visión de la Historia como un proceso inexorable, consiguió una doctrina soteriológica cautivadora para millones de personas:

Esta fusión de programas de salvación explica en gran medida por qué una ideología atea tuvo éxito en un país profundamente religioso y ortodoxo. La fascinación de toda la vida de Lenin por el mesianismo revolucionario de los demócratas de la década de 1860 como Chernishevski, Písarev y Tkachov, se refleja en su adhesión al Catecismo Revolucionario de 1871, que enfatizaba la total abnegación del verdadero revolucionario, la renuncia al apego mundano, a la moralidad y a la propiedad.⁸

Lenin tenía grandes planes para la Humanidad, mas, para llevarlos a cabo, debía de polarizarse la sociedad y agigantar el resentimiento: “El tipo de lenguaje usado por Lenin, con sus metáforas de la jungla y la granja, y su negativa brutal a realizar el más mínimo esfuerzo de comprensión humana, recuerda el *odium theologicum* que envenenó las disputas cristianas acerca de la Trinidad durante los siglos VI y VII o de la Eucaristía durante el siglo XVII”.⁹

La distancia de Lenin con la realidad era reflejada constantemente en sus decisiones políticas: “No hacía esfuerzos para informarse directamente de las opiniones y las condiciones de las masas. La idea de extraer muestras de opinión de un electorado consultando casa por casa le parecía un anatema: *anticientífico*. Nunca visitaba una fábrica o ponía el pie en una granja”.¹⁰

En la visión gnóstica de Lenin, la voluntad era la materia prima para modificar la realidad. La realidad vista como un modelo modificable en ma-

nos de ciertos individuos fue posible gracias a la mitificación de la historia. La forma en la que conocemos la historia actualmente como la periodización espaciotemporal de los hechos está muy lejos de la visión bolchevique. Para los seguidores de Lenin, la historia tenía un don en sí misma: la de castigar y engrandecer; además, ciertos “grandes humanos” podían construirla. Se daba, así, un papel central al dinamismo del chivo expiatorio al tiempo que legitimaba a los linchadores.

Los bolcheviques pensaron que Rusia resolvería la crisis de la Modernidad mediante un programa de profunda ingeniería social, que quedaba en manos de “grandes intelectuales”. El marxismo había sido ya una respuesta a la crisis de la Modernidad europea y el bolchevismo fue, según Wydra, una respuesta intelectual que desafiaba el zarismo desde esa corriente “exógena”: “el socialismo, escribió Lenin, citando a Karl Kautsky, era el producto de un conocimiento científico profundo. El vehículo de ésta [ciencia] no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: el socialismo contemporáneo nació en las cabezas de miembros individuales de esta clase”.¹¹

La intelectualidad bolchevique se constituyó en medio de contradicciones: por un lado, el atraso de la sociedad rusa y, por el otro, la admiración, pero también el resentimiento, a la sociedad europea. Como escribió Girard:

Dostoievski estaba profundamente resentido por la servil imitación de todo lo occidental que dominaba la Rusia de su tiempo. Sus inclinaciones reaccionarias se vieron reforzadas por la presunción de Occidente, que ya se jactaba de su gran “avance” sobre el resto de la Humanidad, que entonces se llamó “progreso”. Occidente era casi tan vulgar como lo es hoy, confundiendo su prosperidad material con una superioridad moral y espiritual que no poseía.

En su sátira de Occidente y de una Rusia occidentalizada, Dostoievski puede ser hilarantemente divertido, pero también puede ser excesivo e injusto. Si hubiera sido occidental y politólogo, esta falla en su pensamiento podría haber sido fatal, pero era ruso, y su parcialidad, cuando influye en su trabajo, no es difícil de detectar.¹²

Wydra enfatiza el “doble vínculo” en la relación entre Occidente y Rusia. Por un lado, está la autopercepción de los rusos como un pueblo “atrasado”, situación que se “originó en los préstamos de tecnología avanzada en los siglos XVI y XVII, cuando un estado emergente se abrió camino para salir de la subordinación a las potencias vecinas. Esta sensación de atraso reforzó las comparaciones odiosas y el impulso de corregir la insuficiencia social imitando a Occidente y superándolo”.¹³

Lenin y el movimiento bolchevique veían a Europa como una sociedad modelo y, al mismo tiempo, inalcanzable. Esto provocaba una relación de doble vínculo: admiración-envidia. El bolchevismo mostraba una clara atracción mimética por el progreso europeo. En ese sentido, el partido bolchevique buscaba ser un reflejo de los sentimientos de la clase obrera:

Bakunin, Kropotkin y Tolstói estaban unidos por el hechizo de la civilización europea. Atraídos por “Occidente” y aspirando a igualarlo, estaban al mismo tiempo resentidos y dominados por un sentimiento de inferioridad. La intelectualidad como “clase transformadora” vivía en una tierra de nadie entre dos extremos: por un lado, su propia sociedad atrasada, de la que aspiraba emanciparse, pero de la que se había alienado cada vez más, carente de reconocimiento por sus esfuerzos; por el otro, la “sociedad modelo”, de la que deriva sus expectativas pero que nunca la aceptará como un socio igualitario.¹⁴

La clase intelectual bolchevique era políticamente muy activa, pero su forma de concebir la política era especial: buscaba la pureza y transformar al degradado ser humano; quería cambiar la realidad, no comprenderla ni pactar con ella. Su misión, a diferencia de la clase intelectual europea, era la transformación de su país:

Lenin [...] escribió a fines de 1897 que la vida del revolucionario exigía el más alto grado de resistencia y abnegación, dedicando todas sus facultades a la monotonía, trabajo estrictamente regulado, a menudo sin resultados. Su mesianismo político inculcó en muchos un ardor revolucionario extraordinario; la promesa embriagadora de una nueva libertad que oscurecía pasiones como el odio y el espíritu bolchevique de la guerra civil.¹⁵

Los intelectuales bolcheviques dedicaron muy poco tiempo a sus estudios porque consideraban que su principal tarea era reconstruir al Hombre, que debía tomar diferentes aptitudes físicas y espirituales. De hecho, la actitud antirreligiosa del leninismo provenía más de una política para eliminar a la competencia que de un rechazo a la religión en sí: “la batalla contra la religión ortodoxa institucionalizada fue fundamental para los bolcheviques en su intento de conquistar la sociedad mediante la ingeniería del alma humana”.¹⁶

El Hombre mismo como materia prima del régimen no debía de tener singularidad, sino formar parte de un conjunto, perder su individualidad

y conformar un ser colectivo que pensara y actuara de una forma única, un ente articulado en el que no hubiera disenso. En términos marxistas, a eso se le llama *dictadura del proletariado*. Como sabemos, según la TM, la esfera donde el disenso es inaceptable en este tipo de sociedades es acerca de quién es la víctima propiciatoria. “El comunismo”, a su vez, “afirmó representar una clase que, una vez en el poder, aboliría cualquier división existente en la sociedad y eventualmente haría obsoleto al Estado. La proyección bolchevique del Uno unificador reivindicaba la indivisibilidad del pueblo en su realidad social del partido como revelación de la verdad histórica”.¹⁷

La articulación de una sociedad entera en Uno fue dirigida por el partido, dominado a su vez por Lenin. Su personalidad religiosa, junto con su política incendiaria, había logrado establecer a esta organización como un ente divino: “En palabras de Trotski, ‘ninguno de nosotros quiere ni puede tener razón contra el partido. En última instancia, el partido siempre tiene la razón [...]. Uno puede tener razón sólo con el partido y a través del partido, porque la Historia no ha creado ningún otro camino para la realización de la propia rectitud’”.¹⁸

Mas la divinización del bolchevismo no tenía la legitimidad del tiempo. Por tanto, instaurar un nuevo régimen requería de una gran dosis de violencia. Se buscaba derrocar el régimen tradicional e incluso el republicano, pero se trataba de una misión difícil. En lugar de instaurar un orden, se estableció una larga liminalidad.

El objetivo de eliminar por completo el régimen zarista, incluyendo sus ventajas económicas, fue predominantemente influencia de los modelos mímicos de Lenin. La influencia religiosa del líder bolchevique se acompañaba de una gran admiración hacia personajes violentos, como Dmitri Písarev, quien escribió: “¡Romper, golpear todo, golpear y destruir! ¡Todo lo que se rompe es basura y no tiene derecho a la vida! Lo que sobrevive es bueno”. De manera similar, la teoría de la revolución permanente de Trotski insiste en la necesidad de “crear estados de excepción artificialmente para mantener un estado de confusión permanente”.¹⁹

Para Lenin, la destrucción implicaba el nacimiento de algo nuevo, una nueva cosmogonía, un nuevo génesis. La liminalidad, proceso de confusión que surge cuando un ciclo acaba y comienza otro, tiende a ser un período violento. El orden de las diferencias que genera distancias simbólicas y físicas para que exista cierta paz se destruye para dar paso a uno distinto. Sin embargo, dado que no es claro qué orden se generará, los individuos se sienten confundidos y desean lo de los otros sin límite alguno.

Este momento liminal fue iniciado por la revolución bolchevique, en 1917. Lenin suponía que el “terror” era “necesario” para instaurar el cambio. Más aún, buscó conferir legitimidad al terror. Sin embargo, dado que el objetivo era una transformación del alma y la instauración de un modelo de arbitrariedad por su ambigüedad política, el momento de confusión se extendió, convirtiéndose la liminalidad misma en la esencia del régimen bolchevique. En este sentido, Robespierre, el otro gran modelo de Lenin, cobró suma relevancia, y, con él, su famoso *dictum*: “El atributo del gobierno popular en la revolución es simultáneamente la virtud y el terror; la virtud sin la cual el terror es fatal, el terror sin el cual la virtud es impotente. El terror no es más que la justicia, pronta, severa, inflexible; por lo tanto, es una emanación de la virtud”.²⁰

La revolución implicó que la violencia, que estaba concentrada hacia los enemigos exteriores por la I Guerra Mundial, se concentrara hacia los enemigos interiores; es decir, los republicanos y el Ejército zarista, que aún mantenía cierto poder: “esta psicología del terror revolucionario convirtió la *purga permanente* en un *instrumento de poder complejo y dinámico*, una técnica inherente de gobierno específica del totalitarismo soviético. El aspecto realista de la destrucción violenta en la lógica de la guerra continua promovió la lógica del sacrificio”.²¹

La forma de hacer esto fue reorientar las miradas hacia un nuevo culpable: ya no los alemanes, sino quienes los habían llevado y mantenido en la guerra, es decir, los zaristas y los republicanos. Para eliminar o, al menos, someter a estos dos grupos, se necesitaba una gran dosis de violencia. Violencia acompañada, claro está, de una ideología sobre el bien y el mal. Muchos millones de rusos se encontraban en medio de una gran confusión, dada la liminalidad que había llegado para quedarse:

La naturaleza hipnótica de la cismogénesis convertiría fenómenos claramente paradójicos y sin sentido en “necesidades” y “funciones” indispensables, en hechos sociales con urgencia normativa. Mientras que entre 1917 y 1938 decenas de millones de ciudadanos soviéticos sufrieron muertes prematuras, también decenas de millones dentro y fuera de Rusia permanecieron bajo el hechizo del comunismo, que era visto — por los propios bolcheviques y sus seguidores— como la esperanza para la Humanidad.²²

La envidia ideológica que pronto se apoderó de la mayoría de la sociedad fue incentivada desde la élite política. La violencia no sólo se ejerció de parte del gobierno hacia su propia población, fue una guerra civil, basada en el

resentimiento. El gobierno tenía la intención de conducir a los nuevos humanos a una pureza cuasi divina. Como Vasili Grossmann describe en *Vida y Destino*: “los regímenes comunistas prepararon a las poblaciones para el asesinato en masa a través de frenéticas campañas para despertar sentimientos de verdadero odio y repulsión”.²³

La ambigüedad que caracteriza a los momentos liminales y la gran voluntad de ejercer el terror por parte de los bolcheviques forjaron una violencia inútil, un sacrificio estéril, incapaz de construir un orden estable:

El simbolismo de la dictadura del proletariado ilustra [...] cómo los bolcheviques buscaron la redención mediante la destrucción. Después del fracaso de la Comuna de París en 1871, Marx llegó a la conclusión de que, si bien todas las revoluciones anteriores sólo perfeccionaron la maquinaria estatal, ahora estaba claro que necesitaba ser aplastada, rota y aniquilada. Lenin elogió la extrema valentía de Marx cuando insistió en que, durante un período de transición entre la sociedad capitalista y la comunista, la clase revolucionaria tendría que limpiar el escenario de enemigos [...]. De acuerdo con la declaración del Catecismo Revolucionario de Necháiev de que los revolucionarios sólo conocen la ciencia de la destrucción.²⁴

Lenin admiraba de Marx su voluntad para usar la fuerza. Sin embargo, el ruso no era un verdadero marxista; era un hereje de esta teoría. No sólo creó un comunismo nietzscheano más que marxista, sino que también incentivó la creación del fascismo:

Cuando Lenin insistía en que era necesario llevar desde fuera la “conciencia” al proletariado, que la tarea estaba a cargo de los “elementos de la vanguardia” y que la revolución debía de ser promovida, antes de alcanzar el estado de madurez, por los “combatientes de vanguardia”, de hecho, estaba contradiciendo toda la base “científica” de la teoría marxista. Rosa Luxemburg atacó la idea por elitista y antimarxista y afirmó que ésta conduciría, de manera inevitable, al “ultracentralismo militar”.²⁵

Recordemos que la violencia es ambivalente: positiva, si trae consigo un sistema de diferencias que disminuyan el conflicto; y negativa, si no economiza la violencia, si es impotente, es un sacrificio estéril.

Johnson demuestra que, a pesar del autoritarismo que existía en la sociedad tradicional zarista, fue hasta Lenin que la violencia y el terror se dispararon exponencialmente: “la Rusia de los tiempos de guerra durante los últimos

años de los zares fue, en ciertos aspectos, más liberal que Gran Bretaña y Francia, sometidas a las normas de guerra”.²⁶

Para limpiar el escenario de enemigos, Lenin utilizó las herramientas zaristas, acompañadas de una maquinaria de terror que tomaría el nombre de Cheka, una policía dedicada a la persecución de sus enemigos, reales e imaginarios. El propio Lenin afirmó: “en principio nunca hemos renunciado al terror y no podemos renunciar a él [...] Preguntaremos al Hombre: ¿cuál es su posición frente a la revolución?, ¿la apoya o la combate? Si la combate, lo pondremos contra la pared”.²⁷

Tal nivel de violencia tenía como objetivo la reforma del alma de los individuos, pero no produjo un cambio en las almas, sino un falso holismo cimentado en un falso entusiasmo, que pronto resultó en una patología proveniente del esfuerzo soviético por regresar al mito, expresado en la sociedad y el partido como Uno:

La “mente cautiva” de Czesław Miłosz, el *Homo sovieticus* de Aleksandr Zinóviev o la vivencia de una mentira ritual de Václav Havel expresan cómo las presiones desde arriba y la necesidad de llevar una vida privada produjeron “dobles pensadores”. Como dijo uno de los reformadores de Gorbachov: “Gorbachov, yo, todos nosotros, éramos dos pensadores, teníamos que equilibrar la verdad y la propaganda en nuestras mentes todo el tiempo”. Dado que los acusados compartían la visión del mundo de los acusadores, ellos justificaron “racionalmente” su propio sacrificio por haber violado la fe correcta [...]. Si morían sin arrepentirse, todo el sentido de la vida se perdería.²⁸

El falso holismo producía duplicidad en la mente, duplicidad del individuo, duplicidad del discurso: por temor, el individuo común pretendía estar en armonía con el Todo, pero, en realidad, lo detestaba. Orlando Figes, experto en la Revolución Rusa y la Unión Soviética, describió el régimen bolchevique como aquel en el cual sólo se podía hablar con la verdad mediante “susurros”, mientras que en público se debía de ser complaciente con el régimen. Los soviéticos se volvieron expertos en la simulación.²⁹

Pronto, la desconfianza que tenía Lenin de los obreros para hacer su propia revolución se extendió a todos los ámbitos. Cualquier símbolo, por pequeño que fuera, de traición a la Revolución era motivo de encarcelamiento y asesinato. Se justificaban los peores castigos y sacrificios por el bien del régimen. Aun los trabajos forzados y la esclavitud eran “necesarios”, dada la connotación sagrada del movimiento.

La figura del chivo expiatorio se encontraba en cada uno de los que cuestionaban a Lenin. El camarada resbalaba fácilmente y se convertía en enemigo. Muchas veces, sin siquiera darse cuenta. Desde luego, oponerse a Lenin era oponerse al Todo, a la “marcha de la Historia”, al Bien: “La negación de Lenin de las divisiones entre el Estado y la sociedad y los signos de división social interna iban acompañados de la afirmación de una división fundamental entre el Pueblo-como-Uno y el ‘Otro’. Este Otro fue proyectado como representante de fuerzas contrarrevolucionarias como el orden zarista, los kulaks o la burguesía, pero cada vez más también como la oposición intrapartidista”.³⁰

Dado que, en realidad, el Pueblo-como-Uno tenía poca legitimidad y necesitaba demasiada fuerza para mantenerse consolidado, el Otro imaginario lo dotaba de identidad. El enemigo lo mantenía permanentemente unido por el miedo. Sin embargo, cuando ese Otro dejó de ser externo y se encontró en personas emocional y socialmente cercanas, fue necesario usar mucha más fuerza.

Este orden basado en el terror creó un nuevo *katéchon*. Los miembros del partido, los representantes del Pueblo-como-Uno, se reconocieron a sí mismos como víctimas de la persecución de enemigos internos y externos. Esto los autorizó a la crueldad en contra de sus supuestos perseguidores. La paranoia de Lenin y de los integrantes del partido comenzó como una estrategia política para instaurar el nuevo régimen, pero pronto se convirtió en un programa de acción:

Como dijo Czesław Miłosz, “El enemigo, en una forma potencial, siempre estará ahí; el único amigo será el Hombre que acepte la doctrina al cien por cien. Si acepta sólo el 99%, necesariamente tendrá que ser considerado un enemigo, porque de ese 1% restante puede surgir una nueva iglesia” [...]. Sin embargo, en la realidad social, los miembros del Partido Comunista estaban obligados a practicar rituales de autoconfesión, limpieza y purga [...]. Los juicios-espectáculo rusos durante el Gran Terror entre 1936 y 1938 giraron en torno a actos performativos por parte de las víctimas, que confesaron cómo habían traicionado al partido y al pueblo. Tanto a nivel nacional como internacional, la confesión pública de sus pecados contra el partido fortaleció el símbolo de la verdad sagrada de la historia.³¹

Orlando Figes ha encontrado testimonios de que esta lógica de 100% de lealtad era una exigencia ya en la época de la Revolución. Ha mostrado que

se pedía al individuo lealtad al partido por encima de la lealtad a su pareja, a su familia y a sus amigos.

2.2 ¿Traidor o traidores?

Hacia finales de 1918, Lenin afirmó que lo único que podría haber destruido su dictadura era la intervención extranjera. ¿Cómo es que esta posibilidad se desvaneció a pesar de la intervención de las potencias? La respuesta fue la gran capacidad del titán rojo de valerse de las oportunidades históricas, pero también gracias a la gran maquinaria de movilización mimética que logró consolidar.

La maquinaria bélica de Lenin estaba basada en uno de sus principales mediadores: el general Ludendorff. Lejos de aterrorizarle su violencia, al bolchevique le parecía fascinante. La salida de Rusia de la guerra permitiría a Alemania aumentar su ímpetu imperial. Paul Johnson enfatiza esta intención con palabras del almirante Paul von Hintze: “Los bolcheviques son la mejor arma para mantener el caos en Rusia, lo que permite que Alemania se apodere del mayor número posible de provincias del eximperio ruso y gobierne el resto mediante controles económicos”.³²

Según la visión militar alemana que se había conformado durante el brutal control en las colonias africanas, los “Otros” debían de ser exterminados. A pesar de que Rusia no tenía las mismas características que África, principalmente por su cercanía geográfica y cultural, el desprecio era similar. Se despreciaba a los “pueblos inferiores”, en parte, porque no eran capaces de retaliación, lo cual los convertía en chivos expiatorios ideales. No existe el miedo a una represalia, ni tampoco se tiene un sentido de igualdad; siempre estamos tentados a tratar a quienes nos son muy lejanos de un modo indiferente, o bien, a demonizarlos. Así:

La propaganda bolchevique radicalizó a los campesinos en una atmósfera de creciente polarización social. Este “bolchevismo de trincheras” identificó a los enemigos de los bolcheviques como “enemigos de clase” y fue crucial para la creciente popularidad del bolchevismo entre los campesinos-soldados. La racionalización de la identidad en la Guerra Civil Rusa simplificó radicalmente las jerarquías sociales previas a la crisis, barrió el Estado, la clase y la etnia y dejó una dura confrontación entre blancos y rojos, haciendo así la neutralidad imposible.³³

Para Ludendorff, los rusos eran muy similares en barbarie a los africanos; sin embargo, los necesitaba. En un caso como éste, la indiferencia también puede ser de utilidad, pues permite convertir a los otros en “terceros como instrumentos”: “estamos ante la siguiente situación: una competencia entre dobles miméticos que, para derrotar a sus enemigos, utilizan —muchas veces, brutalmente— a las poblaciones no involucradas en el conflicto. Tal es el caso, por ejemplo, de civiles que sirven de escudos humanos o como fuente de recursos para ser explotados sin ningún miramiento”.³⁴

Para que los rusos fueran útiles a los alemanes, Ludendorff necesitaba a un líder que pudiera manipularlos; ese fue Lenin. Johnson comenta que el gran titán fue utilizado como un “bacilo de tifoidea” cuya misión era agitar a la población rusa y, con ello, sacarla de la guerra. Para ello, los alemanes debían de regresar al infeccioso Lenin a su país desde su exilio en Suiza. Así fue como regresó viajando a través de Alemania por invitación del general Ludendorff, quien “le garantizó el derecho de paso con la condición de que en el camino no conversara con los sindicalistas alemanes”.³⁵ Lenin era una fuente de contagio mimético; llevaba el caos.

El líder bolchevique imitó de Ludendorff el desprecio por la sociedad rusa. La distancia que siempre mantuvo con su propia población, así como el desenfrenado uso de la violencia, eran parte de la inspiración que le provocaba su modelo germano. La distancia que Lenin impuso desde el inicio entre su sociedad y él le ayudó a ejercer un terror absoluto sobre ella. El gran Estado militar de su modelo pronto fue también el de la Rusia bolchevique, con la diferencia de que el titán rojo no despreció los vínculos con los militares zaristas. Esto le proporcionó ventajas importantes e, incluso, hizo de esta nación la primera en experimentar la “guerra indiferenciada”, es decir, que asesinaba lo mismo a militares que a civiles, a culpables que a inocentes, a amigos que a enemigos. Era la guerra liminal que buscaba instaurar un poder hipercentralizado mediante el terror: “Lenin y Stalin pretenderán dictar un sentido a la Historia y realizar ese sentido gracias a medios estrictamente militares. Debería decir: político-militares; ¡pero lo político tiene tan poca cabida aquí!”.³⁶

La guerra indiferenciada surge en este contexto. Dado que los “Otros” son tan lejanos y, por lo tanto, tan indiferentes, las guerras modernas están basadas en la pérdida de los límites. Sin embargo, para Lenin, este grupo no estaba lejos, como los africanos para los alemanes. La distancia no sólo no existía en términos topográficos, tampoco en términos sociales. ¿Qué lo llevó a ser tan cruel con su propia población? En la mentalidad leninista, los “otros” que son los más grandes enemigos ya no se encuentran en el exterior, sino en el interior del Estado. Mas, dado que se encuentran mucho más cerca

de los “amigos”, son mucho más peligrosos y han de ser eliminados a toda costa. Son unos enemigos que, por habitar en el espacio pacificado, son más temibles; son traidores que se aprovechan de la cercanía física, aunque emocional y mentalmente, son en realidad muy distantes. El traidor es considerado enemigo letal; es tan malvado y abusivo que merece los peores castigos. La razón se nubla cuando se habla de él. Se trata, jurídicamente, de una figura que no merece que se le respeten sus derechos. A quien se le acusa de traidor no merece un juicio justo. En ese sentido, el acusado de traidor puede no ser más que un chivo expiatorio: “Los traidores, como las víctimas de los sacrificios propiamente dichos, vienen de más cerca, de casa; de hecho, de demasiado cerca, porque son literalmente parte de la comunidad, razón por la cual, a diferencia de las víctimas de los sacrificios, no nos protegen de nuestra violencia”.³⁷

A pesar del desprecio que Lenin sentía por los occidentales, éstos sí se encontraban organizados y era muy probable que, en caso de que éste quisiera atacarlos, responderían eficazmente. Al menos, eso creía. La violencia que pudo ejercer sobre ellos fue únicamente ideológica, propagandística, simbólica.

Mientras que Trotski quería avanzar sobre Europa y lograr la “revolución internacional”, Lenin sabía que Occidente lo derrotaría. Ésta es la razón por la cual siempre temió su intervención. Tenía claro que su propia población era la más vulnerable y la más desorganizada y que sobre ella podía descargar su furia titánica. Esto no impidió que la élite se encontrara en una relación mimética con la sociedad europea:

En la raíz de la contienda entre Rusia y Occidente no hay dos civilizaciones completamente diferentes, sino el deseo psicológico de Rusia por la supremacía sobre el modelo europeo [...]. Mientras que el absolutismo occidental declaró la legitimidad del poder (terrenal), el absolutismo oriental declaró la “verdad” mística del poder, lo que obligó a sus súbditos a aceptar este marco. Para competir con Occidente, entonces en expansión económica, el absolutismo ruso tuvo que renunciar a su “economía mundial” separada y abrir una ventana a Europa, un proceso iniciado principalmente por Pedro I. El estado ruso nunca asumió una existencia independiente de la persona del monarca como sucedió en Francia o Gran Bretaña. Sin embargo, el proceso de europeización asoció el derecho divino de legitimidad del emperador con el estado secular, vinculando así el patrón de desarrollo tradicional ruso con “cualidades europeas”, como el progreso económico y tecnológico y la expansión y fortalecimiento del Estado.³⁸

La mimesis de Rusia con Occidente implicó, asimismo, una carrera armamentística. Sin embargo, dicho poder fue usado para instaurar el régimen bolchevique en contra de la propia población rusa. Para René Girard, el cambio entre la guerra tradicional y la guerra indiferenciada se da porque la segunda tiene la característica de utilizar una gran herramienta de destrucción. Mientras que, para la guerra tradicional, el exterminio conlleva un gran esfuerzo, la maquinaria occidental lo vuelve mucho más simple.

Lenin se valió de esta maquinaria, en parte, gracias a que logró absorber los elementos modernos del Ejército zarista para su causa. La guerra civil que desencadenó el titán ruso y que pronto sería imitada por toda Europa fue gracias a la distancia con los suyos: “Esta vez la guerra deberá de estar al servicio de la lucha de clases: la guerra civil será el reemplazo de las guerras nacionales [...]. Muy pronto la guerra civil se vuelve europea, luego mundial”.³⁹

La ingeniería social había comenzado formalmente con un individuo que despreciaba lo terrenal pero que tenía grandes planes para ello. De ahí la ambigüedad de su objetivo: terrenal y celestial a la vez; ideal y material por igual. Una paradoja que Wydra recoge de una anécdota soviética: “El comunismo ya es visible en el horizonte, dice Nikita Jrúshchov en un discurso. Un miembro del grupo en la audiencia le pregunta: ‘¿Qué es un horizonte?’. ‘Búsquelo en el diccionario’, dice Nikita [...]. Al mirarlo en su casa, el compañero curioso lee: ‘*Horizonte*, una línea imaginaria que separa el cielo de la tierra que retrocede cuando te acercas a él’”.⁴⁰

El régimen bolchevique no buscaba resolver hambrunas ni transformar las condiciones sociales que existían en Rusia. Su fin era instaurar “el cielo en la tierra”, y para ello necesitaba de un gran chivo expiatorio y una gran maquinaria de fuerza. De acuerdo con Paul Johnson: “en lugar de engañar al proletariado, hablándole de la posibilidad de eliminar todas las causas del derramamiento de sangre, deseamos prepararlo y acostumbrarlo a la guerra para el día que sobrevenga el *más grande de todos los baños de sangre*, cuando las dos clases hostiles choquen en el encuentro definitivo”.⁴¹

Pese a la brutalidad de Lenin, la mayoría de los líderes occidentales no cobró conciencia de la amenaza que significaba, sino hasta que fue demasiado tarde. Sólo Churchill trató de advertir a Occidente del peligro que representaba el titán rojo; sólo él sabía que lo único que podía frenarlo era una intervención apresurada. Sin embargo, no logró influir en los tomadores de decisiones: “en determinado momento, Winston Churchill abrigó la esperanza de convencer al Consejo de los Diez en París para que declarase formalmente la guerra al régimen bolchevique”.⁴²

2.3 La liminalidad nunca termina

Existen tres motivos por los que Lenin y sus decisiones resultaron ser tan novicias. La primera es de índole mimética. Mientras que el resto de los bolcheviques competía por bienes materiales o poder terrenal, el titán se encontraba por encima de todos. La competencia terrenal para él no era importante. Como hemos visto, Lenin buscaba la pureza del Hombre; sus competidores, como menciona Johnson, no eran ni sus camaradas ni los sacerdotes eran los mismos santos. Este elemento le dio una gran ventaja. A pesar de que tenía modelos terrenales, siempre aspiró a la divinidad, al grado de equipararse con Cristo, lo que provocaba en él una gran indiferencia por la realidad. No le importaba sacrificar a toda Rusia, no tenía contacto con su pueblo y se encontraba, según él, por encima del deseo mundano.

El segundo elemento que determinó la política totalitaria leninista fue la gran voluntad por ejercer el poder. Lenin era un hereje de la teoría marxista: “Lenin estaba muy lejos de ser un marxista ortodoxo [...] y dejó completamente de lado la esencia misma de la ideología de Marx, el determinismo histórico de la revolución. En el fondo, Lenin no era un determinista, sino un voluntarista”.⁴³

La voluntad de Lenin iba acompañada de una gran impaciencia: eso lo alejaba más de la teoría. Johnson hace alusión al temor de Lenin de permanecer en su época: “Temía encontrarse en la dificultad prevista por Engels cuando escribió: ‘Lo peor que puede sucederle al jefe de un partido extremista es verse obligado a asumir el gobierno en una época en que el gobierno aún no está maduro para el dominio de la clase a la que él representa’”.⁴⁴

Para Johnson, existe un tercer elemento por el cual Lenin logró ascender al poder, a saber, el entendimiento de su propia época: “Del mismo modo en que los teólogos, cuando disputaban, creían que estaban tratando asuntos que, por triviales que pudieran parecer a los no iniciados, de hecho, determinarían si innumerables millones de almas se quemarían o no en el infierno por toda la eternidad, así Lenin sabía que la gran división de aguas de la civilización estaba cerca, que en esa coyuntura el destino futuro de la Humanidad sería decidido por la Historia y que él mismo representaría el papel del profeta”.⁴⁵

Estos tres elementos catapultaron a Lenin al poder, pero, a la vez, contagiaron a otros voluntaristas de tomar el poder a través de la ingeniería social acompañada de simbolismos.

Como vimos en el apartado anterior, Lenin buscaba mitificar el régimen bolchevique. Los chivos expiatorios dejaron de ser meros caprichos del líder para convertirse en verdaderos culpables. La búsqueda del control total sobre

las masas se convirtió en una fórmula para otros dictadores, de manera que “Dicha dirección revolucionaria se ocuparía de la psicología de las clases y de las técnicas de movilización de masas; mediante el empleo del mito y la invocación simbólica, elevarían la conciencia del proletariado”.⁴⁶

Dicha ideología fue retomada por Benito Mussolini. En Italia, la voz totalitaria del líder bolchevique resonaba como un instrumento de gobierno. Durante sus años de exilio, Lenin observó los avances del italiano con admiración y envidia dada la rapidez para instaurar el socialismo en Isola, Forlì. A pesar de que Lenin siempre sintió superioridad en la relación, Johnson encuentra grandes similitudes entre ambos ingenieros sociales:

En su condición de herejes marxistas y activistas revolucionarios violentos, Lenin y Mussolini tenían en común seis características principales: ambos se oponían totalmente a los parlamentos burgueses y a todo lo que significara “reformismo”; para ambos el partido era un organismo muy centralizado, rigurosamente jerárquico y ferozmente disciplinado, destinado a promover los objetivos socialistas; ambos deseaban un liderazgo de revolucionarios profesionales; ninguno de los dos tenía confianza en la capacidad del proletariado para organizarse por sí mismo; ambos creían que la conciencia revolucionaria podía ser insuflada desde afuera en las masas, por la acción de una élite revolucionaria autodesignada; por último, los dos creían que, en la lucha inminente entre las clases, la violencia organizada sería el árbitro definitivo.⁴⁷

Lo que los diferenciaba tenía que ver con su personalidad. Mientras que Mussolini poseía humanidad, vanidad y un fuerte deseo de ser amado, Lenin mostraba indiferencia por la sociedad y por quienes lo rodeaban:

En cierto modo, esto era una debilidad, pues nunca supo lo que la gente haría realmente; por eso los hechos lo sorprendieron a cada momento, antes de alcanzar el poder y después. Pero también era su fuerza. La confianza absoluta en sí mismo y su voluntad de dominio ni por un momento se vieron debilitadas por cálculos tácticos acerca del modo en que probablemente reaccionaría la gente. Más aún, perseguía el poder en un país en el que, por tradición, las personas no importaban; no eran más que el suelo que pisaba el gobernante.⁴⁸

Gracias a las condiciones en las que se encontraba y a su gran voluntad de modificar el curso de la vida de millones de personas, Lenin fue el primer ejemplar de una nueva especie: el organizador profesional de la políti-

ca totalitaria. Para instaurar “el cielo en la tierra” comenzó preparando una sociedad en la que, según los principios marxistas, no podía concretarse una revolución, ya que “Rusia era un país semiindustrializado, donde la burguesía resultaba débil y el proletariado, pequeño, y donde las condiciones objetivas de la revolución no estaban maduras ni mucho menos”.⁴⁹

Para responder a dichas contradicciones y ascender como profeta, Lenin escribió *¿Qué hacer?* Hacia 1902, a propósito de una nueva doctrina, en la que adaptaba la realidad rusa a la teoría marxista. El bolchevique no buscaba atender los problemas de su presente, sino constituir su proyecto como una necesidad histórica. El experto en historia del totalitarismo, así como del marxismo, Raymond Aron —Althusser *dixit*—, encuentra en la teoría leninista un gran esfuerzo por exaltar lo que en TM conocemos como violencia ideológica:

Una distinción completamente nueva entre una revolución promovida por una madura *organización de trabajadores* en los países capitalistas avanzados como Alemania y Gran Bretaña y una *organización de revolucionarios*, adaptada a las condiciones rusas. La primera era profesional, amplia, pública; en resumen, un partido proletario de masas. La segunda era muy distinta. Una organización de revolucionarios debe incluir, primero y principalmente, a las personas cuya ocupación es la actividad revolucionaria [...]. Resulta inevitable que esta organización no posea una estructura muy amplia y que sus actividades se realicen en el mayor secreto posible. Por eso mismo, la organización tenía que desechar el principio democrático que exigía la publicidad amplia y la elección para todos los cargos.⁵⁰

Según Aron, Lenin tuvo varios momentos en los que cambió de opinión sobre el marxismo, aunque siempre coincidió con su esencia profética. Al principio, Lenin concordaba con la Segunda Internacional en que era el papel de los intelectuales llevar a cabo la revolución:

Puesto que las masas obreras son incapaces de elaborar por sí mismas una ideología independiente en el curso de su movimiento, se trata de escoger únicamente entre la ideología burguesa y la ideología socialista. No existen términos medios —dado que la Humanidad no ha forjado una tercera ideología; por lo demás, en una sociedad desgarrada por los antagonismos de clases no podría existir una ideología fuera y por encima de las clases— [...]. Debido a que el movimiento obrero espontáneo es el sindicalismo y éste es la servidumbre ideológica de los obreros a la

burguesía, la tarea que nos corresponde a los socialdemócratas consiste en combatir la espontaneidad, apartar al movimiento obrero de esta aspiración espontánea que posee el sindicalismo de refugiarse bajo el ala de la burguesía y de atraerlos, por el contrario, hacia la socialdemocracia revolucionaria.⁵¹

En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito a principios de la Gran Guerra, Lenin introdujo la noción de *aristocracia obrera*, misma “que recibía de la burguesía el dinero de Judas”, como una postura en contra del revisionismo que implicó el repudio total de Lenin hacia los partidos socialdemócratas, que no querían romper totalmente con el capitalismo. El titán rojo se concebía, junto con sus seguidores, como los únicos que encarnaban al proletariado mundial y al socialismo.

Además de pensarse como un elemento esencial para la Historia, Lenin se autodesignó profeta. Dado que ni Marx ni Engels concebían posible una revolución en Rusia, Lenin consideró necesario agregar “al esquema del devenir histórico” la coyuntura como factor necesario para consolidar la revolución rusa. Posteriormente, en *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin postuló que toda desviación metafísica implicaba una desviación política:

La socialdemocracia alemana, si bien inspirada en profundidad por el ateísmo de Marx, no impuso la ortodoxia filosófica y toleró a los kantianos, hegelianos y positivistas. Lenin, antes de acceder al poder, no podía imponer la ortodoxia, pero excomulgó por escrito, antes de excluir, si se presentaba la ocasión, de los desviacionistas. El sistema de pensamiento cimentó por adelantado el sistema práctico de la disciplina total.⁵²

Los desviacionistas son intolerables ante quienes pretenden reestablecer el mito, ante quienes cuestionan la selección de los “culpables”; ellos mismos se convierten, ante dicha desviación, en “culpables”. Este último libro es el fundamento de la violencia ideológica que estaba próxima a ejercerse en el régimen bolchevique y expone una lógica del chivo expiatorio en la que se intenta silenciar a aquellos que tienen diferentes opiniones.

En *El Estado y la revolución*, Lenin explica la concepción del Estado en función de la cual el partido bolchevique, en julio de 1917, se propone actuar, principalmente con el fin de derrocar al gobierno provisional de Kérenski. La democracia comunista convierte al Estado en “una organización destinada a asegurar el ejercicio sistemático de la violencia de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra”.⁵³

La preparación de Lenin para llevar a cabo la revolución no fue sólo de índole teórica. Durante los veinte años previos a la revolución, se fue apropiando de la corriente socialdemócrata en Rusia. Primero, creó su propia facción, los bolcheviques, y los separó de los mencheviques. A partir de este momento, Lenin convirtió al partido en una extensión de sus decisiones; con el tiempo, lo tornó una estructura asesina.

Como sabemos, Lenin consideraba que la forma de instaurar un régimen nuevo era destruir el anterior. Eso hizo con el partido de oposición, con los vínculos sociales y con la individualidad de los rusos. Sometía cada espacio, fuera público o intelectual, al que llegaba: “Poco después de que Lenin se incorporó a *Iskra*, ésta dejó de ser una familia de miembros unidos por lazos amistosos para convertirse en una dictadura personal”.⁵⁴

Sin embargo, como parte de la pureza religiosa que buscaba implantar, Lenin no sentía rencor. Todo aquel que se sometiera a sus ideas evitaba su furia. Fue el caso de Trotski, quien, poco después de someterse, jamás volvió a enfrentarse a él: “el otro bolchevique que tenía claras ideas propias era Trotski. En mayo llegó a Petrogrado desde Estados Unidos. Comprendió de inmediato que Lenin era el único hombre [...]. Durante el período siguiente, estos dos hombres pudieron dirigir a un núcleo de unos 20,000 partidarios en una nación de más de 160 millones de habitantes”.⁵⁵ Recordemos que el carácter de santo está relacionado con el manejo del deseo. Quienes lo rodeaban se enganchaban en relaciones miméticas con él, pero, dado que tenía un sentimiento de superioridad, él no envidiaba a nadie. Y buscaba que tampoco lo envidiaran a él. No quería competir ni que compitieran con él; quería ser admirado.

Lenin había intentado ascender al poder en varios momentos y en todos había fracasado. La razón por la que esta vez tuvo éxito fue producto de la situación internacional. Los alemanes buscaban una Rusia fuera de la guerra y la república democrática de Kérenski no les ofrecía esa seguridad. El bolchevique también comprendió su momento, y redactó un conjunto de tesis para explicar por qué era necesario oponerse a la guerra.

No sólo los alemanes se sentían favorecidos con esa promesa, los mismos campesinos anhelaban la salida de la guerra. La habilidad estratégica de Lenin, a partir de este momento, es producto de la relación mimética con uno de sus modelos iniciales: su hermano Sasha, asesinado por el régimen zarista tras intentar matar al zar con una bomba. Vladímir sabía que la organización y la estrategia harían la diferencia.

En gran parte, la estrategia de Lenin se centró en las debilidades del gobierno republicano. Para ese momento, éste no se encontraba estable a causa la Gran Guerra, en la que continuaba peleando contra Alemania. La

situación de Kérenski empeoró cuando decidió no salirse de la guerra. Esto otorgó ventajas a Lenin. Ambos líderes se habían enfrascado en una relación mimética. Provenientes de la misma ciudad, los dos consideraban fundamental un cambio de régimen. Sin embargo, las aspiraciones de Lenin iban más allá de un sistema político.

Los campesinos no estaban seguros de que el régimen bolchevique fuera mejor que la República, pero no podían soportar más tiempo la guerra con el ejército blanco. “La guerra incorporó al ejército a millones de campesinos y [...] reclamó a los que quedaban en las zonas rurales más alimentos para los ejércitos que habían crecido y para las fábricas que producían material bélico y que se habían extendido [...]. Los disturbios agrarios se agravaron y, hasta diciembre de 1916, se registraron 557 estallidos”.⁵⁶

La guerra había llevado a que los soldados, que eran campesinos en su mayoría, se resistieran a atacar a los obreros, principalmente cuando se les ordenó reprimir una manifestación en Petrogrado:

Alrededor de 66,000 hombres desafiaron a sus oficiales y, como estaban armados, el régimen se derrumbó. De modo que la primera etapa de la revolución fue obra de campesinos. La Revolución Rusa de 1917, tanto en su fase de febrero como en la de octubre, fue realizada por los campesinos, cuyo número había pasado de 56 millones en 1867 a 103.2 millones hacia 1913. Muchos de los 25 millones de habitantes de las grandes ciudades eran miembros de familias campesinas numerosas, que trabajaban en la ciudad pero tenían su base en las aldeas. Esta relación facilitó la transmisión de ideas.⁵⁷

El orden que se había derrumbado provocó la desorganización rural. La liminalidad se extendió tanto que el Estado y cualquier otro *katéchon* sólo producían violencia estéril. Los campesinos sin tierras se apoderaron de grandes latifundios y los dividieron. Esta circunstancia también favoreció directamente a Lenin, quien, “hacia fines de 1917, contaba con alrededor de 2,400 trabajadores rurales en 203 centros”.⁵⁸

Durante los primeros meses de la Revolución, la tensión entre la ciudad y el campo creció, debido a que los campesinos ahora sufrían más:

Hacia mediados de 1915, casi dos millones de campesinos obtuvieron el título que acreditaba la propiedad individual y otros 1.7 millones se retiraron voluntariamente de las comunas. De modo que, durante la década que precedió a la guerra, la productividad agrícola rusa creció deprisa,

los campesinos pudieron tener mejor educación y, por primera vez, invirtieron en tecnología.⁵⁹

Los sóviets, organizaciones celulares de los trabajadores nacidas alrededor de 1905, fueron fundamentales para el golpe de Estado leninista. Eran comités obreros que pronto fueron una herramienta de propaganda y control en manos del titán para llevar a cabo la revolución. Al inicio, Lenin no encontraba un símil de ellos en las obras de Marx, pero lo usó para combatir el impulso democrático proveniente de la sociedad.

A pesar de que nunca obtuvo el apoyo de una mayoría representativa, Lenin contaba con el apoyo de ciertos sóviets clave, así como la fuerte tensión entre el campo y la ciudad le ayudaba. Los campesinos dejaron de enviar comida y granos a los centros urbanos. Kérenski dejó de recibir el 70% de los productos que se destinaban para el mercado interno y el 40% que se usaba con fines de exportación. El 25 de marzo 1917, “por primera vez en la historia de la Rusia moderna, la mayor parte de la cosecha se quedó en las granjas. Kérenski recibió menos de la sexta parte”.⁶⁰

La efímera república democrática rusa fue desbaratada por el titanismo de Lenin y su “élite de vanguardia”. Ambos se sentían como peces en el agua en medio de la liminalidad provocada por la guerra. Es irónico que para los obreros no se tratara de una revolución en el sentido destructor en el que Lenin la concebía; para ellos, se trataba reformas laborales propias de una República:

De un total de más de cien peticiones presentadas por obreros industriales a las autoridades centrales en marzo de 1917, casi ninguna mencionaba el socialismo. Aproximadamente el 51% reclamaba una jornada de trabajo más corta; el 18%, salarios más elevados; el 15%, mejores condiciones de trabajo; y el 12%, la concesión de derechos a los comités obreros. Ésta fue la única ocasión, desde ese momento hasta hoy, en que los obreros fabriles rusos pudieron decir lo que deseaban realmente, y lo que deseaban era mejorar su suerte, no volver al mundo del revés.⁶¹

Lenin encontraba en los sóviets un sistema político, “no una república parlamentaria, sino una república de los sóviets de diputados de los trabajadores, los campesinos pobres y los campesinos que abarcaría todo el país desde la base hasta la cúspide”.⁶² Trotski se apropió del sóviet más importante, el de Petrogrado. Lenin comenzó una campaña para la rápida transferencia de todo el poder estatal en manos de los sóviets, pero afloró de nuevo la desconfianza, y decidió manipular la representación de éstos. Lo cual se

reflejó a principios de 1917, cuando se reunió el primer Congreso Panruso de los Sóviets: “Las ciudades contaban con una representación absurdamente excesiva. Los socialistas revolucionarios, que hablaban en nombre de los campesinos, tenían 285 delegados. Los mencheviques, que representaban a los obreros organizados, tenían 248. Varios grupos menores totalizaban 150 y había 45 sin identificación política. Los bolcheviques tenían 105 delegados”.⁶³

A pesar de su repulsión por la democracia, Lenin la usó como bandera. Aprovechó su exilio para observar las debilidades del régimen democrático. El general zarista Kornílov, en septiembre de 1917, trató de dar un golpe de Estado. El orden se estaba derrumbando y el único que se favorecía era Lenin. El caos “permitió crear una atmósfera de miedo en la que pudo convencer a la gente de que era necesario quebrantar la ley para *preservar* la nueva república”.⁶⁴

Kérenski se encontraba debilitado, la sociedad rusa se había vuelto en su contra y la política exterior estaba en crisis. Tanto la escasez de alimento como el intento de los zaristas de retomar el poder generaron las condiciones para que el partido bolchevique tuviera un mayor impulso. Las tropas se desmovilizaban por propia iniciativa e invadían las ciudades, donde no había alimentos para ellas. Allí se incorporaron a los sóviets o formaron nuevos, y pronto comenzaron a elegir representantes bolcheviques que prometían el fin inmediato de la guerra y la distribución de todas las propiedades entre los campesinos.⁶⁵

Lenin comenzó los preparativos para la “revolución”. La dirección de ésta estuvo a cargo de un órgano que hasta ese momento no se había gestado, el politburó. Éste es uno de los elementos más característicos de lo que se conoce como leninismo, dado el interés de Lenin en que el partido estuviera fuertemente centralizado. Los preparativos militares, asumidos como el mayor fundamento revolucionario, estuvieron a cargo de un comité especializado dirigido por Trotski. El 24 de octubre demostró su fuerza: las tropas tomaron los lugares claves de la ciudad, y el gobierno embrionario establecido por Lenin pronto logró sitiar el Congreso. Muchos de los integrantes del gobierno provisional huyeron.

El Congreso, al principio, asumió la toma del poder del Savokaron, el gobierno de obreros y campesinos, y aprobó dos decretos: “uno que declaraba la paz [y] otro que abolía las propiedades latifundistas”. Mas la legalidad le interesaba muy poco a Lenin y el 25 de octubre lo dejó en claro:

siguió un prolongado debate, que culminó en una votación después de medianoche; el resultado no favoreció a los bolcheviques y a sus aliados,

que perdieron la votación por 237 contra 138. En este punto, los bolcheviques se retiraron, y los siguieron una hora después sus aliados, los socialistas revolucionarios de izquierda. A las cinco de la madrugada del 6 de enero, en cumplimiento de instrucciones enviadas directamente por Lenin, el marinero a cargo de la guardia dijo a la Asamblea que debía suspenderse la reunión “porque la guardia estaba cansada”. Se aplazó la sesión por doce horas, pero el cuerpo nunca volvió a reunirse, pues, más avanzado el mismo día, después de un discurso de Lenin, el Comité Ejecutivo Central disolvió formalmente la Asamblea y apostó una guardia en la puerta para informar a los diputados que debían regresar a sus hogares. Una manifestación desarmada en favor del Parlamento fue dispersada y varios miembros de la turba resultaron muertos.⁶⁶

El *katéchon* de la democracia había sido eliminado completamente. Inició primer gobierno totalitario con un golpe de Estado. “El modo en que Lenin asumió el poder nada tuvo de legal. Pero tampoco fue un alzamiento revolucionario. Fue un golpe al viejo estilo o, como los alemanes lo denominarían poco después, un *Putsch*. La cosa nada tuvo de marxista”.⁶⁷

En cuanto llegó Lenin al poder, la libertad se vio totalmente reducida para dar paso al mito bolchevique. La violencia ideológica cobró profunda relevancia de inmediato, las intenciones de Lenin para reformar el alma necesitaban reducir el pensamiento libre:

En efecto, durante la república, la prensa había llegado a ser tan libre como en Francia o en Gran Bretaña. Dos días después de asumir el poder, Lenin liquidó esta libertad con un decreto acerca de la prensa. Como parte de “ciertas medidas temporarias y extraordinarias”, los diarios que llamasen a “ofrecer resistencia franca o a insubordinarse contra el gobierno de obreros y campesinos” o que difundiesen “la sedición mediante deformaciones comprobadamente calumniosas de los hechos” serían suspendidos y sus directores, sometidos a proceso. Al día siguiente, el gobierno había clausurado diez periódicos de Petrogrado; diez más fueron cerrados a la semana siguiente.⁶⁸

Como sabemos, la violencia ideológica al tratar de instaurar una versión mítica —única— de la política necesita establecer un falso holismo, dado que la pluralidad social existente obstaculiza un sistema donde se valora más al todo que a las partes. Lenin buscó purgar del pueblo ruso al nuevo chivo expiatorio: la burguesía. Pero también aprovechó para dotar al Estado de un poder nunca visto:

a la ocupación física se le asignó rápidamente una infraestructura de decretos-leyes. El 10 de noviembre: abolición de la Tabla de Jerarquías de Pedro el Grande; 22 de noviembre: autorización para allanar domicilios y confiscación de los abrigos de piel; 11 de diciembre: todas las escuelas son retiradas del control de la Iglesia y pasan a poder del Estado; 14 de diciembre: monopolio oficial de toda la actividad bancaria y toda la industria sometida al “control obrero”; 16 de diciembre: son abolidos todos los rangos militares; 21 de diciembre: nuevo código de leyes aplicable a los “tribunales revolucionarios”; 24 de diciembre: nacionalización inmediata de todas las fábricas; 29 de diciembre: suspensión de todos los pagos de intereses y dividendos.⁶⁹

Johnson menciona que, junto con la ambigüedad y el terror, los bolcheviques se apropiaron de la estructura física del poder con un método corporativista. Posterior a la toma del poder, se celebraron elecciones en todas las fábricas, al estilo bolchevique:

En todos los casos fueron designados comisarios, hombres vestidos con chaquetas negras de cuero negro, poseedores de atribuciones ilimitadas y una voluntad de hierro, armados con medios intimidatorios y revólveres, que se afeitaban rara vez y dormían menos. Conocían a la escogida de la estirpe burguesa, al tendedor común de artículos oficiales baratos, y les hablaban sin la más mínima compasión [...]. Éstas fueron las personas que reorganizaron todo de acuerdo con el plan, y así llegaron a hacerse bolcheviques una compañía tras otra.⁷⁰

El falso holismo se instauró como una forma de control ejercido mediante el terror, pero también por la distancia que se generó entre el partido y la sociedad rusa. Como ya hemos dicho anteriormente, Lenin tenía poca empatía por la gente, lo cual se transmitía a su partido:

El aislamiento de los gobernantes soviéticos detrás de los muros del Kremlin significó que para “la mayoría de la gente son sólo nombres, y nombres con una cualidad ligeramente mítica”. El comunismo no era un mito debido al contenido mítico inherente en su ideología o a una irracionalidad endémica. Más bien, fue abiertamente racional en su alto modernismo autocrático, su represión sistemática y el adoctrinamiento de las mentes individuales. Sin embargo, se basó en el absurdo de dos maneras. Fue absurdo intentar resolver problemas como la organización federal de las nacionalidades, la pobreza o el atraso económico por

los viejos métodos del estado absolutista. Era tanto más absurdo porque afirmaba que esta vieja y obsoleta técnica de gobierno representaba el futuro.⁷¹

La liminalidad que había generado la revolución continuó y se fue agravando en tanto que los bolcheviques pronunciaban decretos e imponían el terror: “Como diría más tarde el novelista Iliá Ehrenburg: ‘Todas las mañanas los habitantes estudiaban atentamente los nuevos decretos, todavía húmedos y arrugados, pegados sobre las paredes: necesitaban saber lo que estaba permitido y lo que se prohibía’”.⁷²

Lenin hacía promesas al tiempo que ejercía una enorme violencia. Todo esto desorganizaba tanto las instituciones del Estado como las tradiciones:

Los comunistas pretendían desarraigar a la gente atacando sistemáticamente los cimientos mismos de los vínculos interpersonales, los puntos de referencia culturales y la sociabilidad. Su objetivo era transformar la naturaleza humana dejando a las personas “solos en la tierra”. La guerra civil latente entre el gobierno y el pueblo parecía ser la única forma en que una secta clandestina de forasteros podía permanecer en el poder. Conscientes de la significativa desproporción entre el carácter ilimitado de las promesas revolucionarias y los escasos medios disponibles, un rasgo central de la psicología de los líderes bolcheviques los llevó a mantener deliberadamente a la sociedad en un estado permanente de confusión.⁷³

Wydra menciona que la violencia ejercida por el régimen bolchevique implicó su internacionalización, pues la creación constante de chivos expiatorios fue cada vez más necesaria:

El “terror rojo” [...] fue una medida profiláctica diseñada para ahogar cualquier pensamiento de resistencia a la dictadura. Esta destrucción “profiláctica” de las fuerzas de la oposición también estuvo en el corazón de la empresa de colectivización a gran escala entre 1928 y 1932. Mediante un ataque despiadado contra los líderes campesinos potenciales como los “kulaks”, rompiendo los lazos laterales entre y dentro de las aldeas. Al interrumpir con éxito el repertorio de contención de los campesinos, el partido bolchevique impidió que ocurriera cualquier tipo de rebelión a gran escala como la de 1921 [...]. Con la noción de “kulak”, un estrato social que había desaparecido durante la revolución, se convirtió ahora en un marcador simbólico del enemigo.⁷⁴

El Estado totalitario moderno se gestó en estos términos. La pureza del alma que buscaba el titán estuvo acompañada de una maquinaria de violencia que la ejecutaba:

Recordemos que, en los totalitarismos, los niveles de violencia permitidos hacia los chivos expiatorios suelen ser elevados debido a que el poder no cambia de partido y la élite se siente segura de que no sufrirá venganzas. Además de que puede ejercer violencia todo el tiempo hacia los chivos expiatorios, éstos ocupan una categoría demasiado amplia: todos aquellos que se oponen a los cambios y a la ingeniería social del titán.⁷⁵

Al principio, los designados para esta tarea eran, comenta Johnson, los “hombres de chaquetas de cuero negro”, jóvenes que estaban dispuestos a matar en nombre del régimen, a menudo cosacos, dirigidos por Trotski. Posteriormente, Lenin comprendió que necesitaba refinar la maquinaria del terror, además de que ya no estaba dispuesto a depender de su camarada — que siempre había sido, para él, inferior—:

Lenin redactó la totalidad de los decretos fundamentales y Dzierżyński fue siempre su criatura. [...] Lenin infundió personalmente a la Cheka el espíritu de terror y, desde enero de 1918 en adelante, exhortó constantemente a desechar las dudas y los sentimientos humanitarios de otros bolcheviques, e incluso de muchos miembros del Sovnarkom. Cuando, por razones de seguridad, Lenin trasladó el gobierno de Petrogrado a Moscú y puso el Sovnarkom tras las murallas del Kremlin, indujo a Dzierżyński a organizar su propia estructura al margen del Sovnarkom. Fue ocupado el edificio de una gran compañía de seguros que se levantaba en la plaza Lubianka; allí se construyó una “prisión interna” destinada a los sospechosos políticos. A partir de ese momento, la Cheka fue un departamento oficial independiente subordinado directamente a Lenin.⁷⁶

Lenin tenía la intención de eliminar por completo todo aquello que representara para él una “desviación del alma”. La sociedad se modificó radicalmente, se valoraron más los soplones y los resentidos. Aquellos que alguna vez habían sido amigos se hacían acusaciones mutuas, muchas veces, falsas. La disposición del líder soviético de ejercer violencia y castigar pronto superó a la del régimen zarista: “Durante los ochenta años que precedieron a 1917, el número de personas ejecutadas en el Imperio Ruso representó un promedio de sólo diecisiete por año, y la principal parte correspondió a las

primeras etapas de este período. La república abolió [...] la pena de muerte, aunque Kérenski la restableció en el frente en septiembre de 1917”.⁷⁷

La guerra civil se extendió por todo el territorio y los matones alemanes fueron sustituidos por los fanáticos bolcheviques, muchas veces indistinguibles para la población civil; la crisis de las diferencias provocó el caos. La mayor parte de las muertes provocadas por los bolcheviques durante el primer período fueron obra de los marineros, que asesinaron a dos exministros, el 7 de enero de 1918, y realizaron una masacre de tres días en Sebastopol durante el mes siguiente; o bien, fueron matanzas campesinas indiscriminadas en regiones rurales alejadas.

La policía secreta fue conformada por Feliks Dzierżyński, “un fanático polaco que estaba a cargo de la seguridad del Smolni”. Más tarde, “la sección de Dzierżyński [...] se convirtió en la Comisión Extraordinaria Panrusa (Cheka), encargada de combatir la contrarrevolución y el sabotaje”. Lenin había destruido completamente el Estado de Derecho, un *katéchon* que da certeza a los individuos y establece límites al propio gobierno frente a la sociedad. El decreto de creación de la Cheka fue publicado en *Pravda* el 18 de diciembre de 1927,

de modo que la fuerza de seguridad de Lenin fue, desde el comienzo y por el resto de su vida, una policía secreta en el verdadero sentido de la palabra, ya que no se reconocía oficialmente su existencia [...]. Este decreto señaló el fin del imperio del Derecho en el nuevo Estado de Lenin, que entonces tenía pocas semanas de existencia. Se superpuso parcialmente con el sistema de la Cheka. Durante el régimen zarista, la Ojrana podía arrestar, pero después debía entregar al detenido a los tribunales, que lo juzgaban públicamente, como a todo el mundo, y los castigos eran aplicados por las autoridades civiles comunes.⁷⁸

¿Pero quiénes conformaban la Cheka? Al inicio, comenta Johnson, eran sádicos que se encontraban en las calles, muchos de los cuales habían perpetrado asesinatos. También había individuos con problemas mentales y, en general, resentidos dispuestos a ejercer dosis enormes de violencia.

La policía secreta del zar, la Ojrana, había contado con 15,000 miembros, lo cual la convertía en el organismo más numeroso de su tipo en el viejo mundo. En cambio, tres años después de su creación, la Cheka tenía una fuerza de 250,000 agentes. Se trataba de que una gran parte de la población fuera parte de este órgano, con el fin de instaurar una narrativa única y, en cierta forma, regresar al mito, eliminando la responsabilidad individual. La voluntad de violencia se contagiaba entre los integrantes de la población.

Este vínculo entre la sociedad y los propulsores de la violencia generó altos niveles de terror, una sociedad que cada vez se encontraba más influenciada por el contagio. Wydra comenta al respecto:

Parece bastante plausible que los bolcheviques, aunque promovieron activamente el terror, fueron influenciados considerablemente por las masas agitadas. Las coaliciones fortuitas entre los bolcheviques y grupos sociales importantes, como el campesinado o los trabajadores, reflejaban las contradicciones entre la doctrina marxista-leninista y las consecuencias prácticas de un golpe de Estado. Conscientes de su estatus como movimiento sectario, los bolcheviques utilizaron técnicas para incitar a las masas, pero, simultáneamente, también fueron influenciados por la psicología de masas de la incipiente política de masas. En muchos sentidos, los líderes del partido fueron empujados por las mismas multitudes agitadas, a las que trataron de contener con torpeza y desesperación. Además, el clima de guerra civil justificó el terror, que fue aceptado por las distintas facciones como los comunistas de izquierda, los centralistas democráticos y la oposición obrera como fundamental para su supervivencia. Tras el asalto a las aldeas, los bolcheviques se volvieron contra la Iglesia para apoderarse de sus riquezas y satisfacer las necesidades políticas y económicas del régimen. Según Feliks Dzierżyński, el terror de la Cheka sólo canalizó y estructuró el odio acumulado por las clases revolucionarias proletarias, a lo largo de los siglos, contra sus opresores.⁷⁹

La teoría de Dzierżyński sobre el motivo de la violencia exculpaba a los bolcheviques de la brutalidad desatada. Sin embargo, cabe preguntarse: si siempre estuvieron dispuestos los campesinos y los obreros a cortar el cuello a sus vecinos y sus amos, ¿por qué fue hasta que los comunistas tomaron el poder que se pasó a la acción sangrienta?

Recordemos que la TM enfatiza que la instauración del mito en las sociedades modernas no sólo requiere de la demonización completa del chivo expiatorio, sino que, también por el terror que conlleva, rompe por completo la axialidad y promueve la culpa colectiva. En este punto, la identidad es más importante que los actos propios. A esto se refiere Paul Johnson de manera explícita, en un párrafo que bien pudiera haberse encontrado en *Barren Sacrifice* de Paul Dumouchel: “La característica más inquietante y, desde el punto de vista histórico, la más importante del terror leninista, no fue la cantidad de víctimas, sino el principio aplicado a su selección. A los pocos meses de ocupar el poder, Lenin había abandonado el concepto de la culpa individual y, por lo tanto, la totalidad de la ética judeocristiana de la responsabilidad

personal”.⁸⁰ Al respecto, conviene recordar lo que esto implica según la teoría mimética: “El cristianismo o la ética judeocristiana elige el autosacrificio antes que el sacrificio de los demás. Para evitar los chivos expiatorios, se enfatiza la responsabilidad individual de la violencia; además, invita a una ética universal, a hacer el bien incluso a los desconocidos”.⁸¹

La instauración del criterio de culpa colectiva en lugar del de responsabilidad individual acaba con la axialidad y restaura la narrativa contada, exclusivamente, desde el punto de vista de los linchadores. Lo cuales, curiosamente, no dejan de verse a sí mismos ¡como las víctimas! Desde el comienzo, la Cheka se encargó de ejecutar a los “enemigos del Estado”. A pocos meses de su instauración, la policía secreta era “un Estado dentro del Estado”.⁸² En palabras de Chamberlain, el primer historiador de la revolución, testigo ocular de los asesinatos cometidos, Johnson menciona que, a finales de 1920, la Cheka había aplicado unas 50,000 sentencias de muerte. Junto con los homicidios, “se organizaron campamentos para albergar y vigilar a los burgueses de ambos sexos, se asignó a la Cheka al programa de trabajo forzado, sus campamentos comenzaron a proliferar en las afueras de las ciudades y también en las zonas rurales [...] fue el núcleo de lo que habría de convertirse en el gigantesco archipiélago Gulag”.⁸³

La Cheka fue la herramienta de control más importante para Lenin, el resultado de la revolución bolchevique y la anulación de cualquier otro *katéchon*. Esto conllevó a la eliminación de una clase y la persecución de inocentes. Así se consolidó el primer genocidio de los totalitarismos. El más importante funcionario de la Cheka, Martin Latsis, menciona sus atribuciones:

La Comisión Extraordinaria no es una comisión investigadora ni un tribunal. Es un órgano de lucha, que actúa en la primera línea de una guerra civil. No juzga al enemigo, lo golpea [...]. No estamos haciendo la guerra contra los individuos. Estamos exterminando a la burguesía como clase. No buscamos pruebas ni testigos para revelar hechos o palabras contra el poder soviético. La primera pregunta que formulamos es: ¿a qué clase pertenece?, ¿cuáles son sus orígenes, su crianza, su educación o profesión? Estas preguntas definen el destino del acusado. Tal es la esencia del terror rojo.⁸⁴

Ante la ausencia de la ética judeocristiana, nos encontramos con la extrema violencia hacia los chivos expiatorios que no trae consigo la instauración de un orden, sino pura liminalidad. A partir del 10 de noviembre de 1917, el Partido Bolchevique comandado por Lenin comenzó la destrucción

de la ley, sustituyéndola por el terror. Se desató la violencia ideológica y, en ocasiones incluso, la violencia temible.

Los primeros en padecer la barbarie fueron los burgueses, que como categoría debían de ser eliminados. Los bolcheviques modificaron los estatutos para allanar casas y confiscar abrigos de piel. En los días subsecuentes, el Estado se había expandido como nunca. A su cargo estaban las escuelas y los bancos. Como forma de destruir totalmente cualquier certeza jurídica, el 22 de diciembre, el régimen bolchevique instauró un nuevo código de leyes aplicable sólo en tribunales revolucionarios.

El nuevo intento de imponer un orden político-jurídico estaba en manos de la gran policía secreta, la Cheka. Se pensó que Lenin sólo necesitaría a los “hombres de chaquetas negras” de Trotski para derrocar la República de Kérenski. Mas, cuando llegó al poder, necesitó de la misma cantidad de terror. Dado que los bolcheviques habían eliminado las leyes, la violencia era lo única que podía mantener la percepción de que existía un sistema de diferencias.

La Cheka estaba basada en un comité de ocho miembros bajo la dirección de Feliks Dzierżyński. Muchos de sus integrantes eran fanáticos que estaban dispuestos a delatar a sus vecinos, familiares e incluso amigos. Muchos otros, claro está, eran personas comunes que resentían lo que veían como éxitos de sus vecinos y que vieron la oportunidad de sublimar su violencia; es decir, de elevar sus conflictos privados a la categoría de “servicio a la nación”.

El intento de Lenin por generar un mito donde regresara la unanimidad linchadora eliminó cualquier posibilidad de economizar la violencia y el sacrificio. La mimesis conflictiva escaló y,

hacia agosto de 1918, [Lenin] telegrafaba al sóviet de Nizhni-Nóvgorod: “Es necesario que realicen los mayores esfuerzos, que formen una *troika* de dictadores [...], que apliquen instantáneamente el terror masivo, que fusilen y trasladen a centenares de prostitutas que embriagan a los soldados, los exoficiales, etcétera. No debe perderse un minuto” [...]. Después, el furioso titán bolchevique propuso matar a los ociosos y a los corruptos [...]. El periódico del ejército proclamó: “Sin compasión, sin perdonar a nadie, mataremos a nuestros enemigos por decenas y centenares, incluso por millares, y que se ahoguen en su propia sangre [...], que fluya la sangre de los burgueses”.⁸⁵

La visión incendiaria de Lenin impidió que se estabilizara el orden. Constantemente, los antagonismos que presentaba el partido destruían cualquier posibilidad de certeza jurídica y, por lo tanto, de pacificación social.

Todo ello, claro está, incentivado por la propaganda bolchevique, “que radicalizó a los campesinos en una atmósfera de creciente polarización social. Este *bolchevismo de trinchera* identificó a los enemigos de los bolcheviques como *enemigos de clase* y fue crucial para la creciente popularidad del bolchevismo entre los campesinos-soldados”.⁸⁶

Para 1920, la Cheka había realizado 50,000 ejecuciones contra todos aquellos que representaban a la “contrarrevolución”. Recordemos que, en el sacrificio ritual, en el que impera el mito, el mal se localiza en categorías de personas. Sin embargo, en el Derecho romano y moderno, el orden político está basado en los actos de las personas, no en la familia ni el linaje del que provengan; tampoco, en ninguna marca física ni la clase social. La violencia ideológica, por el contrario, localiza el sacrificio en “grupos organizados de personas”; dicha organización puede ser, claro está, imaginada por los linchadores o realmente existente.

De acuerdo con la TM, a pesar de que uno de los *katéchones* falle, es posible que otros entren para suplir su falla y logren contener la violencia y fundar un orden. Sin embargo, el último *katéchon* que hubiera podido actuar como red de salvación fue destruido con la misma brutalidad que los anteriores. La economía, en vez de fomentar la envidia banalizada, favoreció la venganza y se sostuvo en el ímpetu de eliminación de los enemigos de la revolución. Lenin estableció una economía de socialismo de guerra. En 1919, las libretas de trabajo imponían rutinas a la población y ponían todos los recursos de subsistencia en manos del gobierno. Al mismo tiempo, se establecieron campamentos de trabajo para los indisciplinados:

la transformación de las estructuras políticas y económicas, como los experimentos del comunismo de guerra, la nacionalización de los medios de producción, la abolición del comercio privado, la eliminación del dinero y la introducción del trabajo forzoso, hicieron de la economía rusa una farsa. En comparación con 1913, la producción industrial a gran escala en 1920 y 1921 había disminuido en un 82%, mientras que la productividad de los trabajadores había disminuido en un 74% y la producción de cereales, en un 40%. La pérdida demográfica de los centros urbanos debida a la escasez de alimentos fue enorme, ya que Petrogrado perdió el 70% de su población y Moscú, más del 50%. Los salarios reales de los trabajadores disminuyeron a un tercio del nivel de 1913-14. Las expectativas incumplidas fueron evidentes en la falta de reestructuración de la economía. Más que un programa económico, el comunismo de guerra justificó las desastrosas consecuencias de la experimentación económica por las supuestas exigencias de la guerra civil y la interven-

ción extranjera. El comunismo de guerra [...] puede considerarse no sólo como una respuesta a la guerra civil, sino también como un medio particular de construir la sociedad comunista haciendo y continuando la guerra civil.⁸⁷

Posteriormente, el régimen se apropió de las tierras de los campesinos con suma brutalidad. En 1918, Lenin confiscó la producción y organizó a los campesinos pobres para que atacaran a los kulaks, que en general eran simples granjeros, pero a quienes se les acusaba de ser terratenientes.

En la primavera de 1921, la industria ya no producía nada, las ciudades no tenían alimento y Lenin se enfrentaba a la misma situación que Kérenski. A pesar de que los campesinos no aceptaban la nueva política económica basada en el truque, para el nuevo gobierno los mercados y la producción al margen de la supervisión gubernamental debían eliminarse. En el invierno de 1921, tres millones de personas murieron por falta de alimento. El desastre causado por el intento titánico de establecer un nuevo orden se había vuelto tan nocivo que Rusia pasó de exportar alimentos a importarlos.

2.4 El cordón sanitario

Hacia fines de enero de 1918, después de unas doce semanas de ejercicio del poder, Lenin había afirmado tan sólidamente su dictadura que sólo la intervención exterior podía haberla destruido. Los alemanes se encontraban en condiciones de llevar cabo dicha intervención, pero pensaban que el desastre de Lenin les convenía. Para el líder bolchevique, Alemania representaba el más grande peligro. Por ello, era importante respetar el acuerdo con los germanos de no intervenir en la guerra. Por el contrario, Lenin no veía a Occidente como una amenaza, puesto que las democracias liberales no habían llegado a un consenso sobre si lo ocurrido en Rusia ameritaba una intervención o no. Fue hasta 1918 que Churchill convenció al Consejo de los Diez en París de la amenaza que representaba el demonio rojo. Reino Unido declaró la guerra formalmente al régimen bolchevique. Poco después, ya “había 180,000 soldados aliados en territorio ruso —británicos, franceses, estadounidenses, japoneses, italianos y griegos—, además de contingentes serbios y checos, más de 300,000 rusos de distintas fuerzas antibolcheviques apoyadas por el dinero, las armas y los consejeros técnicos de los aliados”.⁸⁸

A quien más preocupaba el experimento totalitario era a Churchill. Los aliados consideraban que sus intereses no se verían afectados por el titán rojo. A pesar de las repetidas advertencias, Wilson consideró que sus tropas no es-

taban haciendo nada provechoso en Rusia; incluso consideraba que no sabían el objetivo del combate. Por otra parte, “los franceses estaban más interesados en convertir en un gran Estado a su nuevo aliado, Polonia. Lloyd George afirmaba con referencia a la opinión pública de su país: ‘El mejor modo de difundir el bolchevismo era tratar de reprimirlo. El envío de soldados para derrocar a tiros el bolchevismo provocaría el bolchevismo aquí’”.⁸⁹ Con el ataque a Rusia, los comunistas en los países democráticos ganarían la partida del “victimismo” y, con ello, la simpatía de gran parte del electorado. El victimismo es, como destaca Girard, el rasgo definitorio de la civilización Occidental:

Nunca una sociedad se ha preocupado tanto por las víctimas como la nuestra. Y, aunque sólo se trata de una gran comedia, el fenómeno carece de precedentes [...]. Analícense los testimonios antiguos, pregúntese a derecha e izquierda, invéstiguese en todos los rincones del Planeta: en ninguna parte se encontrará nada que ni remotamente se asemeje a esta moderna preocupación por las víctimas [...].

Ninguna sociedad anterior, oímos decir frecuentemente, ha sido tan indiferente hacia los pobres como la nuestra. Pero ¿cómo puede ser esto creíble cuando la idea de justicia social, por muy imperfecta que haya resultado su realización, no se encuentra en ninguna de esas sociedades? Es una invención relativamente reciente [...]. En el pasado, incluso en las sociedades más miserables, no faltaban los ricos y los poderosos, que, en cambio, mostraban respecto a las víctimas que los rodeaban la más completa indiferencia. Parece que nuestra sociedad fuera objeto de una conminación lanzada sólo contra ella. Las generaciones que nos precedieron inmediatamente ya la oían, pero no de forma tan ensordecedora. Cuanto más se retrocede en el tiempo, más se debilita esa conminación. Y todo parece indicar que en el futuro su exigencia será cada vez mayor [...].

Simulamos creer que todo lo que hoy se nos exige se ha exigido antes de todas las sociedades, cuando, en realidad, somos los primeros a los que se les hacen semejantes exigencias [...]. Las sociedades que nos precedieron compartían tan poco nuestra preocupación, que ni siquiera se reprochaban su indiferencia [...].

El humanismo y el humanitarismo inician su desarrollo en tierra cristiana [...] Un contrasentido fácil de explicar. La preocupación por las víctimas se ha convertido en el paradójico objetivo de las rivalidades miméticas, de las pujas competidoras [...]. Aunque haya víctimas en general, las más interesantes son siempre las que nos permiten condenar a nuestros vecinos. Quienes, a su vez, actúan del mismo modo con noso-

tros y se acuerdan, sobre todo, de aquellas víctimas de las que nos hacen responsables.⁹⁰

Los gobernantes de las democracias consideraron que escalar e incluso continuar el ataque contra los bolcheviques no haría sino ganarle votantes a los comunistas de casa. Se pensó que, si no atacaban a Lenin, el contagio comunista no llegaría a sus naciones. A esto hay que agregar también el desprecio que los liberales sentían por la Rusia zarista, justo la que intentaba retomar el poder. La mimesis de la Rusia bolchevique respecto a Europa y el enorme deseo de dominarla era, para este grupo de diplomáticos, un asunto irrelevante:

En representación de los franceses, el mariscal Foch contemplaba la posibilidad de unir a estos nuevos estados democráticos en un cordón sanitario, que aislase al bolchevismo de la Europa civilizada [...]. A diferencia de Churchill, la mayor parte de la opinión occidental entendía que los bolcheviques se oponían al expansionismo y que estaban dispuestos a aceptar una Rusia débil, imbuida de espíritu internacional. Para estos sectores, los comandantes antibolcheviques, el almirante Kolchak y el general Denikin, eran los representantes del imperialismo zarista, las antiguas y temidas imágenes del “oso”, la “fuerza rusa arrolladora”, y cosas por el estilo. Kolchak se negó tenazmente a ofrecer a los aliados las seguridades que ellos deseaban acerca de la confirmación de la independencia de Finlandia y los Estados bálticos, después de que él hubiese derrocado a Lenin. Ni siquiera estaba dispuesto a prometer que permitiría la realización de elecciones democráticas en la misma Rusia. Denikin se mostraba intensamente antipolaco y se oponía ardientemente a conceder la libertad a los ucranianos, al Cáucaso y a otras naciones pequeñas. Al parecer, deseaba restablecer el imperio zarista en toda su plenitud y, lo que es peor, con toda su ferocidad tradicional.⁹¹

El cordón sanitario que dividía a la Rusia bolchevique de Occidente no fue capaz de destruir la relación mimética entre Alemania y Rusia. Más aún, la adoración de Lenin a Ludendorff también resultó en la violación al Tratado de Versalles. Los alemanes continuaron con el desarrollo armamentístico gracias a la ayuda de los bolcheviques. A cambio del secreto, Alemania le otorgó a Lenin municiones y conocimientos armamentísticos.

Pronto, aquellas naciones que eran controladas por los bolcheviques se convirtieron en “repúblicas proletarias”, mientras que aquellas en las que la propaganda bolchevique no hacía efecto eran llamadas “repúblicas burgue-

sas”. La expansión del bolchevismo cambiaba la geopolítica. El encargado clave de esta misión era el exseminarista georgiano Iósif Dzhughashvili, alias “Stalin”, a quien Lenin designó jefe del Comisariato del Pueblo de las Nacionalidades (*Narkomnats*). El cordón sanitario de Occidente se fue desvaneciendo conforme los bolcheviques seguían avanzando, utilizando la autoterminación para agitar a los pueblos e inducirlos a convertirse en “repúblicas proletarias” —y, muy pronto, también esclavas—.

Lenin pensaba que ganaría más adeptos con el contagio revolucionario incentivado por Stalin y por los conflictos étnicos, que había logrado ligar a la lucha de clases. Sin embargo, el ímpetu revolucionario se detuvo en Europa, pues los europeos reconocieron la brutalidad de las acciones titánicas del carnicero de Simbirsk.

En Alemania, el movimiento autodenominado leninista, liderado por Kurt Eisner, derrocó al gobierno bávaro. Sin embargo, el gobierno socialdemócrata, dirigido por Gustav Noske, no cometió los errores que había cometido Kérenski. A diferencia de éste, no vaciló en recurrir al Ejército, especialmente a los llamados *Freikorps*, milicias conformadas por exoficiales y suboficiales. Los espartaquistas (comunistas-leninistas) no aprendieron de Rusia de la misma forma que los socialdemócratas. Esta diferencia mimética dotó de ventaja al gobierno que buscaba erradicar a los comunistas, principalmente, porque los espartaquistas seguían sin saber ganar el gobierno sin el uso de la fuerza. Al igual que Lenin, no sabían ganar elecciones, no sabían generar certeza; únicamente, sabían establecerse a través de la liminalidad y el terror. Esta vez, sin embargo, el aprendizaje mimético del gobierno en turno no les permitió a los comunistas tomar el poder:

Rosa Luxemburg y su camarada Karl Liebknecht fueron asesinados por los exoficiales encargados de llevarlos a la cárcel. También Eisner fue asesinado el 21 de febrero. Sus partidarios consiguieron ganar sólo tres bancas en las elecciones bávaras. Pese a ello, fundaron una república comunista el 7 de abril; duró menos de un mes y fue destruida fácilmente por los *Freikorps*. Sucedió lo mismo en Halle, Hamburgo, Bremen, Leipzig, Turingia y Brunswick. Los comunistas no podían ganar elecciones ni ejercer con éxito la violencia.⁹²

Johnson explica que, en Europa Central y Oriental, posterior a 1919, el esfuerzo de las “élites de vanguardia” en diferentes países dejó de apelar a la clase social. Las protestas contra el frágil orden democrático-liberal impuesto por los aliados se hacían ahora en nombre de la “nación” y la “raza”. En cierto

modo, seguían siendo marxistas y leninistas, pero ahora el Mal se situaban en otro lugar: en los extranjeros, en las otras naciones, en las minorías. Así:

En Austria, uno de los principales perdedores, el principal movimiento en contra del orden se denominaba *Heimwehr* (Defensa de la Patria). En Hungría, el más perjudicado de los grandes perdedores, el humor nacional no había mejorado después de la experiencia de una república comunista putativa, fundada en marzo de 1919, por Béla Kun, discípulo de Lenin. En agosto se desplomó en medio de fuego y sangre, y el espíritu de su sucesor fue cada vez más el de Julius Gömbös, un líder antisemita que se autodenominaba nacionalsocialista y clamaba apasionadamente a favor de la justicia, la venganza y una purga de “elementos extraños”. En Turquía, que había perdido su imperio árabe y estaba perdiendo también su litoral occidental, Mustafa Kemal, que pronto sería “*Atatürk*”, también proponía el nacionalsocialismo y ya estaba demostrando que un arreglo acordado en París no podía aplicarse en el terreno. También Italia, pese a que se había beneficiado mucho, tenía quejas contra Versalles: no había recibido la costa dálmata. El 11 de septiembre, el poeta y héroe de guerra Gabriele D’Annunzio encabezó una fuerza heterogénea de desertores del ejército y entró en el puerto de Fiume. Era una bravata impúdica, pero Gran Bretaña y Francia, custodios del enclave, retrocedieron —todo un presagio ominoso—. También D’Annunzio era nacionalsocialista.⁹³

En Italia, Mussolini se sentía traicionado por Lenin. Su prematura retirada de la guerra puso en peligro las conquistas prometidas a Italia. Sin embargo, la relación mimética entre Lenin y Mussolini prevaleció. Lo anterior, a pesar de que el pragmatismo de Mussolini y su resentimiento con el ruso lo llevó a modificar ciertos elementos de la ideología bolchevique. En principio, aprendió del error de Lenin respecto al manejo de la economía. El ítalo, por el contrario, hizo acuerdos y fomentó una relación positiva con los capitalistas.

De cualquier manera, Mussolini siempre se mostró seducido y mimetizado por Lenin y el bolchevismo. Lo que mejor explica, según la TM, el éxito político de Mussolini fue su habilidad para reconocer y utilizar modelos miméticos. Recordemos que, cuando no somos conscientes de dichos modelos, solemos ser usados por ellos en lugar de nosotros utilizarlos. “Mussolini, con gran inteligencia política y táctica, transfirió elementos de su pasado socialista al movimiento fascista bajo su liderazgo y los vinculó con intuicio-

nes futuristas e imprudentes provenientes de la experiencia de d'Annunzio en Fiume".⁹⁴

El italiano confirmó la base nacionalista de la política italiana y usó las fascas romanas como símbolo de identidad nacional. Encontró en dos de sus modelos el componente activo de lo que sería el fascismo italiano y

Fundó un nuevo partido. Su programa incluía el apoderamiento parcial del capital financiero, el control del resto de la economía mediante consejos económicos corporativos, la confiscación de las tierras de la Iglesia y la reforma agraria, así como la abolición de la monarquía y el Senado. Al compilar esta lista, Mussolini citó a menudo a Kurt Eisner como modelo. Los pelotones de combate de Eisner, a su vez imitación de los "hombres de chaqueta de cuero negro" de Lenin, fueron la inspiración de los *Fasci di Combattimento* de Mussolini.⁹⁵

Mussolini imitaba a Lenin en su voluntad a ejercer terror. Según menciona Johnson, consideraba que: "no hay vida sin derramamiento de sangre".⁹⁶ Como voluntaristas, ambos consideraban que la teoría marxista era una plataforma que podía ser modificada si las circunstancias así lo requerían. Y, al igual que el bolchevique, el italiano era impaciente:

Parafraseando a Marx, se comprometía a "hacer historia, no a soportarla". Otra de sus citas favoritas era "*Vivre, ce n'est pas calculer, c'est agir*". Su vocabulario era muy semejante al de Lenin y abundaba en imágenes militares y en verbos enérgicos y violentos. Como Lenin, ardía en deseos de conseguir que la historia se moviese de prisa, *de velocizzare d'Italia*, como decían los futuristas del tipo de Marinetti. En efecto, irradiaba impaciencia y consultaba furioso su reloj, y la emprendía colérico contra los factores del retardo.⁹⁷

Por la ilusión de siempre ser amado, Mussolini alimentó a la ideología marxista con drama y con la teoría psicoanalista de Freud, a diferencia de Lenin, que buscó en la religión y la ascética el elemento central de su política radical con el fin de reafirmar su carácter de santón. Sin embargo, ambos buscaban la mitificación de su propio régimen y, en su visión titánica, ambos se consideraban elegidos por la Historia:

Si el fascismo aspiraba al éxito, tenía que invocar la poesía, el drama y el misterio. Los marxistas italianos siempre se habían quejado, en relación con este aspecto, del propio Marx: éste no entendía bien a los seres hu-

manos. No hacía caso de la fuerza del mito ni, sobre todo, del mito nacional. Ahora que Freud había demostrado —y científicamente— el poder de las fuerzas sombrías y ocultas que impulsan a los individuos, ¿no era hora de analizar su influjo sobre el Hombre-masa? D’Annunzio escribía acerca de “las terribles energías, el sentido del poder, el instinto de lucha y dominio, la abundancia de fuerzas productivas y fructificadoras, es decir, todas las virtudes del Hombre dionisiaco, el vencedor, el destructor, el creador”. En Italia no escaseaban los mitos poéticos. Estaban el mito nacionalista del siglo XIX —el mito de Garibaldi y Mazzini—, todavía enormemente poderoso; el mito de la *Realpolitik* de Maquiavelo —otro de los autores favoritos de Mussolini—; y el mito aún anterior de Roma y su imperio, que esperaba se lo arrancase de su prolongado sueño y se lo movilizara con nuevas legiones. Como culminación de todo esto, debía considerarse el nuevo mito futurista, que inspiró a Mussolini la visión de una Italia socialista, no muy distinta de la Rusia electrificada de Lenin, en la cual “la vida llegará a ser más intensa y frenética, regida por el ritmo de la máquina”.⁹⁸

Y, claro está, cuando hablamos del mito, también nos referimos a la dimensión sacrificial de las religiones preaxiales. Como explica la TM: “Mussolini se basa en la idea de un líder refundador visto como garante supremo de un orden sacrificial reconstituido, con claros indicios de la necesidad de utilizar el concepto de movimiento, que tuvo su origen en el socialismo, en formaciones paramilitares”.⁹⁹

A pesar de que sentía apego por el terror, Mussolini pocas veces lo ejecutaba por sí mismo, aunque, poco a poco, por las circunstancias, se volvió más bélico. En 1921, un grupo de jóvenes marxistas le dieron, a Mussolini, el impulso belicista que tanto necesitaba. El Partido Comunista Italiano ocupó las fábricas y comenzó el terror rojo que provocó a la burguesía y dio a Mussolini campo abierto para utilizar la fuerza:

Las “escuadras de acción” fascistas se formaron principalmente con exsoldados, pero reclutaban constantemente estudiantes y desertores de las aulas. Estaban mucho mejor disciplinadas, eran más sistemáticas que los socialistas y coordinaban telefónicamente sus esfuerzos. A menudo contaban con el apoyo pasivo —e incluso activo— de las autoridades locales y los *carabinieri*, que allanaban una casa del *popolo* socialista, y después enviaban la señal a las escuadras, que la incendiaban.¹⁰⁰

A diferencia de la revolución bolchevique, que otorgaba a una clase social un papel redentor, y a su antagonica, el de chivo expiatorio, en Italia, el fascismo podía ser retomado por todos los estratos sociales. Igual de importante para el triunfo de Mussolini fue el hecho de que los comunistas no contaran con un liderazgo decidido. El jefe del movimiento fue Gramsci, un ideólogo enfermo e inseguro. Nunca fue un competidor fuerte, aunque coincidía con Mussolini en cuanto al “marxismo, Sorel, el sindicalismo, el rechazo del determinismo histórico, la importancia del voluntarismo, la necesidad de impulsar hacia adelante a la Historia asignando un papel de primer plano a la lucha, la violencia y el mito, más el pragmatismo maquiavélico”.¹⁰¹

Pronto, la violencia ideológica se apoderó de toda Italia. La clase media, componente fundamental para su ejecución, esparció el terror. Mussolini no encontró un *katéchon* para detener los horrores que sus mismos reclutas cometían. La Italia fascista se sostenía con peleas callejeras. “*Il Duce*” se sentía aterrizado, pero permitió la escalada mimética, pues consideraba, igual que Lenin, que la confusión lo favorecería.

Ninguno de los *katéchones* resultó ser útil ante el *Duce*: la policía entregó poco a poco el poder a las fuerzas paramilitares, la violencia dejó de estar en manos del Estado y pasó a los líderes de fascistas de los condados que buscaban librar batallas locales. En cuanto a la democracia, los parlamentaristas tampoco lograron conformar una muralla ni ponerse de acuerdo. El liderazgo de Giolitti no fue suficiente para confrontar la ilegalidad fascista.

Además, la Iglesia, que en Italia tenía una enorme fuerza, hubiera podido resistir al fascismo y liderar el orden constitucional, pero apostó por desmovilizar a los partidos sobre los que tenía influencia. Los comunistas, oposición de por sí bastante inestable, tampoco lograron generar resistencia a Mussolini, dado que consideraban que las leyes de la Historia conllevarían a una revolución marxista a través del fascismo.

Junto con las divisiones parlamentarias, la democracia no fungió como *katéchon* a causa de la corrupción gubernamental, a su vez, alimentada por el fracaso de uno de los diques de la violencia más importantes: la economía. Sentencia Johnson: “Italia no era un país feliz ni estaba bien gobernada. Padecía de una terrible pobreza, de la más elevada tasa de natalidad en Europa y, después de Alemania, de uno de los más elevados índices de inflación. El *risorgimento* había decepcionado, en lugar de traer la tierra prometida. La guerra y sus victorias habían dividido a Italia en lugar de unificarla”.¹⁰²

Ante la ausencia de todos los *katéchones*, Mussolini se convirtió en un dique en sí mismo. Johnson menciona al respecto: “No se identificaba personalmente a Mussolini con la violencia. Por lo contrario, a los ojos de muchos parecía el hombre indicado para contenerla”.¹⁰³ Mussolini fue, según For-

nari, una de las “figuras del Anticristo totalitario”, un *katéchon*. El vanidoso Mussolini era también un pragmático que lo mismo seducía a liberales como Benedetto Croce que negociaba con las esferas profundas del Estado:

Ahora mantenía contacto secreto con el palacio, el Vaticano, el Ejército, la policía y las grandes empresas. Y todos deseaban saber: ¿qué quería? Lo dijo en Udine, en el último de una serie de discursos importantes difundidos a todo el país: “Nuestro programa es sencillo: Queremos gobernar a Italia”. Gobernaría a Italia como nunca se lo había hecho desde los tiempos romanos: con firmeza, equidad, justicia, honestidad y, sobre todo, eficiencia.¹⁰⁴

Mussolini comenzó su Marcha sobre Roma. Amenazó con tomar el poder por la fuerza. El gobierno cedió. La nobleza, que en Italia no había sido nunca un símbolo nacional, se rindió ante los fascistas. El Ejército, sin motivación alguna, permitió la entrada de las camisas negras a la ciudad. En esas circunstancias, el *Duce* se rehusó a negociar con los gobernantes. Ahora quería todo el gobierno y se sabía indispensable para establecer cualquier tipo de orden:

Cuando el general Cittadini, edecán del rey, le telefoneó a Milán y le ofreció el poder parcial en un nuevo ministerio, Mussolini se limitó a cortar la comunicación. Al día siguiente, 29 de octubre, consintió graciosamente en formar su propio gobierno, si se confirmaba por telegrama la invitación telefónica. A su debido tiempo llegó el cable, y esa noche se dirigió ceremoniosamente a la estación de Milán, ataviado con su camisa negra, para abordar el tren nocturno que debía llevarlo a Roma. *Lady Sybil Graham*, esposa del embajador británico, viajaba en el mismo tren. Vio a Mussolini, rodeado por funcionarios, que consultaba impaciente su reloj y se volvía irritado hacia el jefe de la estación. “Quiero que el tren salga exactamente de acuerdo con el horario”, dijo. “En adelante, todo debe funcionar a la perfección”. Así nacieron el régimen y su leyenda.¹⁰⁵

Al igual que Lenin, Mussolini estaba experimentando con la fórmula del totalitarismo. Sin embargo, al conocer los errores del modelo del bolchevique, pudo instaurar un *katéchon* estable. Johnson ahonda en el aprendizaje mimético del italiano. Por un lado, estaba su deseo constante de ser amado, lo cual le ayudó a no cometer los mismos errores que el titán ruso: no disolvió al parlamento, legalizó de inmediato las camisas negras y permitió la existencia de los opositores.

Sin embargo, con el asesinato de Giacomo Matteotti, atribuido a Mussolini, se alejó de los liberales y los socialistas. En 1925, el *Duce* se amparó totalmente en sus extremistas y declaró el Estado fascista; la crítica y la oposición fueron erradicadas por completo.

El *Duce*, al igual que Lenin, se sorprendía de sus logros y acoplaba la teoría a su voluntarismo. El fascismo nunca quedó muy claro en la mente de Mussolini: por un lado, ofrecía la síntesis del totalitarismo: “Nada fuera del Estado”; por otro, su pragmatismo lo llevó a la negociación con esferas alejadas de éste. De alguna forma, nos encontramos con el englobamiento del contrario: Mussolini era el Estado y a la vez aquello que no era. De forma que:

se vanagloriaba: “Controlamos las fuerzas políticas, controlamos las fuerzas morales, controlamos las fuerzas económicas. Por lo tanto, estamos en el centro del Estado fascista corporativo”. Pero se trataba de un Estado construido con palabras más que con hechos. Después de todo, si la definición totalitaria de Mussolini representaba la realidad, ¿cómo podía llegar a un acuerdo con la Iglesia, que ciertamente estaba “fuera del Estado”, e incluso firmar un concordato con el Vaticano, algo que ninguno de sus predecesores parlamentarios había conseguido? Cierta vez definió el fascismo como “una democracia organizada, concentrada y autoritaria sobre una base nacional”. Sí, pero ¿qué perseguía esa concentración de autoridad?¹⁰⁶

La escalada mimética entre las dos fórmulas o experimentos totalitarios se extendió por toda Europa. El fascismo se tradujo en un movimiento anticomunista, lo que ocasionó una respuesta en el sentido contrario. Los liberales, cada vez más dudosos de su refugio detrás del cordón sanitario, observaron en el *Duce* un sistema menos peligroso que el fundado en Rusia:

Ya en 1923, el régimen campesino búlgaro de Aleksandr Stamboliski, que practicaba el “comunismo agrario”, fue derrocado por un *Putsch* fascista. El Comintern, la nueva organización internacional creada por el gobierno soviético, con el fin de difundir y coordinar las actividades comunistas, llamó a los “trabajadores del mundo” a protestar contra “la victoriosa camarilla fascista búlgara”, y, así, por primera vez, reconoció que el fascismo era un fenómeno internacional.¹⁰⁷

Tanto el fascismo como el bolchevismo eran doctrinas desatadas por la violencia ideológica. Los titanes de ambos bandos iniciaron una escalada en los extremos; los dos veían en sus pueblos y en Europa un terreno para esta-

blecer sus propias ingenierías sociales. Lenin buscaba completar su ciclo en el mundo, inaugurar “el cielo en la tierra” para convencerse de su papel profético, mientras que Mussolini deseaba ser amado, respetado y necesitado. Ambos cambiaron la vida de millones de personas con fines puramente egoístas.

“Los tiempos modernos”, comenta Johnson, “están caracterizados por experimentos totalizantes, acompañados de grandes medios de difusión que incentivan la violencia ideológica”. Este gran cambio en la comunicación coincidía con la teoría cuántica generada en 1920, basada en el Principio de Mach:

Era como si el desarrollo de la radio, el sistema telefónico internacional, los diarios de circulación masiva y los viajes rápidos estuvieran originando una concepción nueva de un totalismo social y político que correspondía a las nuevas percepciones científicas del universo y la materia. De acuerdo con el Principio de Mach, formulado en un primer momento a comienzos del siglo y después reformulado como parte de la cosmología de Einstein, sucede no sólo que el universo como un todo influye sobre los hechos terrestres locales, sino que los hechos locales influyen, aunque sea en mínima medida, sobre el conjunto del universo. La mecánica cuántica, desarrollada durante la década de 1920, indicó que el mismo principio se aplicaba al plano de las microcantidades. No existían unidades independientes, que florecieran al margen del resto del universo. El “espléndido aislamiento” ya no era una política que los Estados pudiesen aplicar, como incluso Estados Unidos lo había reconocido implícitamente en 1917.¹⁰⁸

El cordón sanitario dejó de ser viable ante el contagio totalizante en Europa. Occidente ya no fue más refugio del titanismo de Lenin. Ahora se encontraba directamente amenazado:

Las consecuencias del totalismo político global eran terribles al mismo tiempo que promisorias. La metáfora de la enfermedad era apropiada. La peste negra de mediados del siglo XIV había emigrado en el curso de más de cincuenta años y nunca había llegado a ciertas regiones. El virus de la influenza de 1918 había recorrido el mundo en algunas semanas y penetrado casi por doquier. El virus de la fuerza, el terror y el totalitarismo podía llegar a ser igualmente ubicuo y veloz. Estaba firmemente arraigado en Rusia. Y ahora en Italia.¹⁰⁹

Ambas “utopías despóticas” representaron el cambio en la vida de millones de personas. En Italia, se fundó un orden que a la larga tuvo consecuen-

cias desastrosas, pero que en ese momento ofrecía una opción ante la larga liminalidad rusa:

Mussolini no podía o no quería conjurar una nueva civilización fascista a partir de sus nebulosas fórmulas verbales. Pero lo que se sentía inclinado a hacer —y de lo que se creía capaz— era de la realización de grandes proyectos de construcción. Atacó la malaria, que entonces era el grave azote que debilitaba a Italia central y meridional. El drenado de las Marismas Pontinas fue una realización práctica considerable, así como un símbolo de la energía fascista. Mussolini alentó a Balbo, que era un hábil piloto, a organizar una gran industria aeronáutica, que conquistó muchos premios internacionales. Otro caudillo fascista, el financista veneciano Giuseppe Volpi, creó un espectacular cinturón industrial en Mughera y Mestre, en tierra firme. En su carácter de ministro de finanzas también revaluó la lira, que se convirtió en una moneda relativamente fuerte. Los servicios ferroviarios, postales y telefónicos mejoraron considerablemente. No hubo huelgas. La corrupción persistió, quizá se acentuó, pero fue menos ostensible y llamó menos la atención. En Sicilia, la Mafía no fue destruida, pero se la obligó a pasar a una verdadera clandestinidad. Sobre todo, no hubo más violencia en las calles. Algunos de estos resultados fueron ficticios y otros, a la larga, perjudiciales, pero en conjunto parecieron impresionantes a los ojos de los extranjeros, de los turistas y de muchos italianos.¹¹⁰

CAPÍTULO III

¿EL ORIENTE BRUTAL O EL OESTE DÉBIL?

Jorge Federico Márquez Muñoz

3.1 Alemania, responsabilidad y culpabilidad

El tercer capítulo de *Tiempos Modernos*, “Esperando a Hitler”, comienza con dramatismo: el 10 de noviembre se anuncia la caída del imperio Hohenzollern y Alemania se convierte en una frágil república, dominada por el resentimiento que, años después, lejos de ofrecer un *katéchon* estable, es capturada por Hitler.

Este capítulo narra la historia de Alemania durante los años de la República de Weimar como una incansable búsqueda de responsables por la cadena de desastres: ¿a quién culpamos por el inicio de la I Guerra Mundial?; ¿a quién, por el modo en que se impuso el armisticio?; ¿a quién por el *Diktat* de Versalles?; ¿a quién, por las condiciones de la paz y sus consecuencias para la sociedad, la economía y el sistema político alemán?

Paul Johnson muestra cómo, ante todos estos malestares, nadie quería asumir su responsabilidad, mientras que quienes realmente la tenían lograron desplazarla hacia actores sin poder, simples chivos expiatorios. El gobierno imperial y militar que provocó la guerra culpó a las potencias extranjeras de haberla comenzado; ese mismo gobierno culpó a un débil e improvisado gobierno civil de haber impuesto el armisticio; los militares y los nacionalistas culparon a los socialistas y a los políticos de centro de las malas condiciones económicas y sociales de la paz; los mandatarios culparon al parlamento de los fracasos del gobierno. Siempre lo mismo: actores fuertes que fracasan responsabilizan a actores débiles. Siempre el mismo resultado: las mayorías creen en la propaganda de los poderosos y las minorías débiles pagan, en unas ocasiones simbólicamente, en otras económica y políticamente, y en otras más, con su propia sangre.

Paul Johnson comienza la historia de esta procesión de sucedáneos expiatorios con el resentimiento que produjo el modo en que le fueron impuestas las condiciones de paz a los alemanes. En primer lugar, éstos no eran más débiles que la mayor parte de sus enemigos en el momento del armisticio. El primero de marzo de 1918, Ludendorff había tomado Kiev y demás regiones otrora zaristas. El tratado de Brest-Litovsk y los sustanciales avances en su colonización económica de Asia Central hacían pensar a los germanos que pronto ganarían la guerra.

En segundo lugar, los alemanes concebían a Rusia como su principal enemigo, no a Europa Occidental y, menos aún, a Estados Unidos. La guerra estaba compuesta de dos diadas: Alemania-Rusia y Alemania-Occidente. Para los germanos, la primera era mucho más importante que la segunda; la primera obligaba a una escalada frenética, mientras que la segunda, a cierta dosis de civilidad.

En tercer lugar, si bien los alemanes comenzaron a sufrir algunas derrotas en el frente occidental, lograron al menos hacer retiradas relativamente ordenadas, lo cual dejaba su Ejército en buenas condiciones.

Bajo estas circunstancias, los alemanes aceptaron la propuesta ofrecida por el presidente Wilson, a quien consideraban un hombre confiable, con quien pensaron que podrían negociar una paz justa. Lo que se encontraron en lugar de eso fue un trato humillante: 1) se les obligó a devolver sus avances en el Este; y 2) se les declaró culpables de la guerra. Por lo que se les sometió a pagar indemnizaciones onerosas.

¿Cómo se había metido Alemania en semejante problema? ¿Por qué había llegado a considerar que era buena idea tal acumulación de enemigos? ¿Por qué pensaba que merecía un trato más justo?

Johnson se remonta a la segunda mitad del siglo XIX, cuando surge el Estado alemán y comienza su acelerada industrialización. El primer problema que Alemania enfrentó, una vez unificada, es el crecimiento de su proletariado. La élite no estaba dispuesta a compartir el poder con los líderes obreros, como en cierta forma estaban ya haciendo las democracias occidentales. Otto von Bismarck, por el contrario, ideó un método para evitar las reformas democráticas y contener a las masas, es decir, inventó su propio *katéchon*: 1) en lugar de asientos en el parlamento para los obreros que les hubieran permitido negociar las reformas sociales para los de su clase, el canciller alemán creó la seguridad social, como una concesión hecha desde arriba. Surgió así el paternalismo que generó una enorme dependencia de la gente respecto al Estado; 2) en lugar de alentar unas relaciones internacionales para el “dulce comercio” y la prosperidad ricardiana, Bismarck las concibió como una oportunidad para fortalecer la unidad interior. Lo hizo al propagar la idea de

que Alemania estaba siempre amenazada por sus enemigos externos; se creó así una mentalidad de estado de sitio que concebía la riqueza bajo la noción de lo-limitado-del-bien —como un juego de suma cero— y que dejaba sus miradas sometidas a la violencia ideológica.

Sin embargo, Bismarck estaba consciente de que “el estado de sitio” no era más que una herramienta política, no la realidad. A pesar de ello, sus sucesores sí lo creyeron. Ya en 1911 las élites germanas se preparaban para una “guerra defensiva”; una política que a la vez fortalecía la cohesión interna en medio de las tensiones sociales propias de la industrialización acelerada. Esta “mentalidad de cerco” hacía sentir víctimas a los alemanes y justificaba, así, que se volvieran agresores. Esto se veía perfectamente reflejado en lo dicho por el propio canciller del Imperio, Bethmann-Hollweg, quien, de acuerdo con la descripción de su secretario, Riezler, afirmaba que:

Gran Bretaña no podía aceptar el predominio total de Alemania en Europa. Por lo tanto, era necesario derrotar a Gran Bretaña —lo mismo que a Francia y a Rusia—, y ello significaba que Alemania representaría el papel de una superpotencia mundial. Como dijo Riezler, haciéndose eco de los pensamientos de Bethmann-Hollweg: “El trágico error de Inglaterra consiste en que nos obliga a agrupar toda nuestra fuerza, a aprovechar todas nuestras posibilidades, nos empuja a abordar los problemas mundiales, crea en nosotros -contra nuestra voluntad- el deseo de llegar al dominio del mundo”.¹

Ante la situación militar, cada vez más crítica, el 17 de enero de 1918, Ludendorff y los almirantes quedaron a cargo del Imperio. La primera decisión del nuevo gobierno fue la guerra submarina irrestricta, que mandaba atacar a los barcos no militares que se dirigían a los puertos enemigos. Fue una decisión que escalaba la violencia a un punto inimaginable, pues se trataba de atacar a embarcaciones desarmadas y matar a miles de civiles.

Estados Unidos, Francia, Reino Unido y sus aliados recordaron esta cruel decisión militar cuando elaboraron las condiciones de paz que pusieron fin a la I Guerra Mundial. Para los alemanes, dichas condiciones fueron terribles. Debían de pagar reparaciones por la guerra y asumir la responsabilidad del inicio y destrucción de la conflagración. Pero los nacionalistas germanos se habían encargado de hacer creer a su pueblo que la causa de la guerra eran el expansionismo ruso y la rivalidad comercial británica:

Incluso en el caso de los socialistas alemanes, los únicos que reconocieron la culpabilidad de Alemania en la guerra fueron Kurt Eisner, que fue

asesinado en 1919; Karl Kautsky, a quien se encomendó la tarea de ordenar los documentos diplomáticos de la preguerra; y Eduard David, que había visto los documentos fundamentales cuando era subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, inmediatamente después de la caída de la monarquía. Pero ninguno de los documentos realmente reveladores fue publicado o llegó a ser accesible. Los historiadores alemanes [...] traicionaron a su profesión y se autoengañaron. Un aspecto que tiene la misma importancia fue el hecho de que los principales protagonistas de la tragedia mintieron u ocultaron los hechos. Bethmann-Hollweg podría haber dicho la verdad acerca de los orígenes de la guerra y el papel de los militares en la derrota. No lo hizo [...]. Tanto Tirpitz como Ludendorff lo atacaron agriamente en sus memorias. Mas la versión del propio Bethmann-Hollweg dice muy poco: temía ahondar las divisiones ya muy considerables de la sociedad alemana.²

La propaganda de los nacionalistas en contra de lo que llamaron el *Diktat* de Versalles aumentó el sentimiento de injusticia entre los germanos. Empero, la guerra submarina irrestricta había fortalecido moralmente a sus enemigos y provocado la ira de los estadounidenses. Ludendorff

comprendió que la partida había terminado, y estaba decidido a conservar intacto el Ejército mientras aún había tiempo, e insistió en un armisticio. Su sucesor, el general Wilhelm Groener, ordenó al káiser que se retirase y le informó que el Ejército regresaba ordenadamente a casa, “pero no al mando de Su Majestad, porque ya no apoya a Su Majestad”. Y precisamente el Ejército, después de que ayudó a desencadenar la guerra y a elevar las apuestas y garantizar que la derrota fuese desastrosa, esquivó sus responsabilidades y devolvió la autoridad a los civiles. Se les dejó la tarea y la vergüenza de concertar el armisticio y firmar la paz, mientras los generales preparaban su propia absolución con la teoría de la “puñalada por la espalda”.³

Los militares alimentaron la versión de que, durante las conferencias paz, habían sido traicionados por el gobierno civil. No era verdad: ellos mismos habían tomado la decisión del armisticio. Alemania había militarizado su élite, sus empresas, sus universidades, sus sindicatos, etcétera. Culpar a un “gobierno civil” de la vergonzosa derrota era muy conveniente para crear un chivo expiatorio; el método perfecto para exteriorizar el mal. A esta confusión e hipocresía contribuyó el hecho de que las potencias vencedoras no llevaron a cabo juicios en contra de los militares. Ni siquiera pidieron la

extradición en contra de aquellos que claramente habían infringido la Convención de la Haya. Por su parte, los tribunales alemanes los dejaron en libertad y “les aplicaron sentencias ridículamente leves y después se les permitió huir y retornar como héroes a sus hogares”.⁴ Los nacionalistas montaron con éxito una gran campaña publicitaria culpando del armisticio y, más aún, de los injustos términos de la paz, a los socialistas y a los políticos de centro. Éstos, en realidad, nunca tuvieron el poder. De todos modos, ambos grupos llevaron el estigma de Versalles una vez fundada la nueva república.

Gracias a la Paz de París, la democracia fue instaurada por primera vez en Alemania. Al inicio tenía mucho apoyo y, en principio, parecía difícil que los demócratas terminaran convirtiéndose en débiles chivos expiatorios:

Por primera vez, los alemanes tenían la posibilidad de autogobernarse. Todos los individuos mayores de veinte años, varones o mujeres, gozaban del derecho a voto. [...] Las elecciones para todos los organismos públicos se ajustaron a la norma del voto igual, secreto y directo [...]. Se abolió la censura. Se garantizó el derecho de reunión. Los empleadores reconocieron los sindicatos. Se declaró obligatoria la jornada de ocho horas. Cuando, en enero de 1919, se celebraron las primeras elecciones, tres cuartas partes de los votantes (el 80% del padrón) apoyaron la creación de la república.

Se redactó la nueva constitución de Weimar bajo la guía del gran sociólogo Max Weber. Por primera vez, se asignó al parlamento la soberanía total en el área de las finanzas. Este documento incluía, presuntamente, los mejores aspectos de la constitución estadounidense.⁵

El presidente era elegido por un período de siete años, pero no era el jefe del gobierno. Esa función correspondía al canciller, una figura partidista que rendía cuentas al parlamento. Mas éste se encontraba habitualmente bloqueado en el marco de un sistema multipartidista que dificultaba la formación de mayorías. Para desbloquear la situación, el presidente tenía la prerrogativa de utilizar el artículo 48º. constitucional, que le otorgaba poderes extraordinarios y le permitía ejercer el poder sin tomar en cuenta al parlamento. Este artículo fue utilizado una y otra vez a partir de 1923, ¿como método de gobierno!

Para colmo, ante la parálisis parlamentaria, los partidos y el parlamento mismo comenzaron a perder popularidad y, en cambio, comenzó a ganarla la figura presidencial, con sus poderes extraordinarios. Los alemanes apreciaban la unidad por encima de la división, ya que consideraban que aquella era la clave para hacer de Alemania una nación “honorable”. Fue así como los

presidentes comenzaron a gobernar libremente sin tener que esperar por el desprestigiado parlamento. Incluso Friedrich Ebert, el presidente demócrata-socialista, prefirió este método para ejercer el poder. Más tarde,

la situación empeoró mucho más cuando fue reemplazado por el mariscal de campo Hindenburg [...]. Aunque Ludendorff había dirigido la guerra, Hindenburg fue el señor de la guerra nominal y el héroe público. En 1916, se construyó una enorme imagen de madera de su persona para simbolizar la decisión alemana de vencer. La persona que compraba un bono de guerra tenía el derecho de remachar un clavo en el coloso. [...] Se insertaron unos 100,000 clavos en la imagen. Inmediatamente después de la guerra, la estructura fue desarmada y el material utilizado como leña, como si se hubiera deseado simbolizar la desaparición de los militares y el reinado de los civiles. Ellos, Weimar y, sobre todo, el parlamento, fueron identificados con el tratado, la vergüenza y todas las dificultades de la posguerra [...]. Cuando el titán de madera retornó con el cargo de presidente, personificó no sólo el heroísmo de la época de guerra y la unidad alemana, sino el contraprinzipio antirrepublicano incrustado en la propia Constitución de Weimar. Y precisamente durante el régimen de Hindenburg se utilizó la prerrogativa presidencial para designar y despedir cancilleres y disolver el Reichstag, lo que determinó, durante los últimos años, la suspensión virtual del gobierno parlamentario.⁶

¡Hindenburg como chivo expiatorio de la república! Era un mal chivo expiatorio, porque los militares eran demasiado fuertes. Pronto cambiarían los roles en el altar sacrificial: los militares con el cuchillo y los republicanos haciendo de corderos. Por ahora, enfatizamos que fue gracias al artículo 48° que Hitler acumuló los poderes que le permitieron formar el totalitarismo alemán.

3.2 El Este y el Oeste

Alemania se encontraba dividida entre dos ideologías: la de los Hombres del Este y la de los Hombres del Oeste. De esta dicotomía surgió una rivalidad mimética, una escalada en los extremos. Si bien existían diferencias entre unos y otros, ambos solían olvidar lo que los unía: la germanidad misma, lo que les había permitido ser la etnia dominante tanto en Alemania como en el Imperio Habsburgo. La TM explica así esta división:

Reconozco las dos tendencias en dos conceptos opuestos, *Kültur* y *Zivilisation*, que han jugado un papel importante en la filosofía y en el historicismo alemán en particular y tienen sus equivalentes exactos en otras culturas europeas, en Francia e Italia, por ejemplo [...]. *Kültur* se opone a las fuerzas del caos, pero al precio de la violencia, y la *Zivilisation* coloniza las fuerzas del caos y las transforma en un medio de revelación (es decir, antisacrificial). [...]. El totalitarismo de Hitler y Stalin [...] es [...] un esfuerzo ineficaz para volver al orden sacrificial.⁷

La mentalidad antisacrificial busca instaurar un orden basado en el autocontrol que niega la exteriorización de la violencia. Según la TM, ésta es justamente la ética que pregona Cristo. Mas todo ello implica un riesgo: en un contexto que ha desmitificado el sacrificio sigue siendo tentador utilizar el mecanismo del chivo expiatorio. A esto es a lo que hemos llamado *katéchon*. Hemos visto que hay siete *katéchones*, es decir, siete formas de contención de la violencia mediante una violencia menor que, si bien no cuentan con la legitimidad del sacrificio en un contexto mítico, al menos, buscan evitar una hecatombe.

En TM, *katéchon* se asocia al Anticristo, del mismo modo que, cuando en el contexto de una cosmovisión individualista e igualitarista, se intenta instaurar el holismo y lo único que se logra es un falso holismo; o bien, cuando se busca instaurar un encapsulamiento y sólo se logra imponer un encapsulamiento artificial. El *katéchon* impone el sacrificio en un contexto antisacrificial.

Sin embargo, tal y como veremos más adelante, hay diferencias importantes entre las formas de los falsos holismos. No es lo mismo el falso holismo de la competencia de partidos democráticos que el de la violenta lucha de fascistas y comunistas en las calles de Múnich. De hecho, es más probable que esta segunda opción fracase como *katéchon*. Asimismo, aun cuando hablamos de anticristos, hay matices. El *katéchon* democrático implica menos muertos y dolor que el totalitario; el liberal, que el comunista; el de la cooperación internacional, que el del conflicto. Quien intenta convertir el totalitarismo, el comunismo y el conflicto en *katéchon* es probable que termine causando una extensa y larga liminalidad.

Los Hombres del Oeste tenían desventajas frente a sus pares del Este. Los primeros eran demasiado refinados para luchar en el terreno en el cual los segundos planteaban la batalla. Los del Oeste eran Hombres de ideas, civilizados, cercanos a Occidente, tenían vínculos con Reino Unido, Francia, Estados Unidos; sabían hacer negocios, eran profesionistas; disfrutaban la alta cultura, la ópera, el arte. Los del Este eran Hombres de acción, dispuestos a

ejercer enormes dosis de violencia para controlar y amenazar a la población y a sus rivales.

La agenda de los culturalistas estaba dominada por la ansiedad bélica, por el odio en contra de la democracia, contra los gobernantes de la República de Weimar, es decir, los alemanes que dieron la “puñalada por la espalda”, los traidores pro-Occidente que, desde Wall Street y la City, chupaban la sangre —el dinero— a los inocentes alemanes con las “reparaciones de guerra”. Sin embargo, en los años veinte, Weimar se asentó. Florecieron la civilización, las artes, la pintura, el teatro. Se hablaba de Alemania como el país más educado del mundo —ya en el siglo XVIII la mitad de su población estaba alfabetizada—. Las universidades de Múnich, Berlín, Hamburgo, Gotinga, Marburgo, Friburgo, Heidelberg y Fráncfort tenían fama mundial. En cuanto a la intelectualidad y el arte,

Berlín, con sus 4 millones de habitantes, ocupaba el primer lugar. Pero, a diferencia de París, no absorbió todas las energías intelectuales y artísticas de la nación. Si bien Berlín tenía su Alexanderplatz y su Kurfürstendamm, había muchos otros imanes culturales: el Bruehl, de Dresde; el Jungfernstieg de Hamburgo; la Schweidnitzterstraße de Breslau, o la Kaiserstraße de Fráncfort. El centro de la experimentación en arquitectura, la famosa Bauhaus, estaba en Weimar y, más tarde, se trasladó a Dessau. El más importante centro de estudios de arte, el Instituto Warburg, estaba en Hamburgo. Dresde tenía una de las mejores galerías de arte del mundo, así como una de las principales casas de ópera europeas, dirigida por Fritz Busch [...]. Múnich tenía una veintena de teatros, así como otra gran galería; era el hogar de *Simplicissimus*, la principal revista satírica, y de Thomas Mann [...]. El *Frankfurter Zeitung* era el mejor diario de Alemania y Fráncfort era uno de los grandes centros teatrales y operísticos —lo mismo que Múnich—; y otras ciudades, por ejemplo, Núremberg, Darmstadt, Leipzig y Düsseldorf, asistieron a las primeras representaciones de algunas de las obras teatrales más importantes de los años veinte.⁸

Si bien este fenómeno tenía un impulso social natural entre los germanos, también encontraba terreno fértil en la República de Weimar. El gobierno apoyaba a los profesores, los artistas y los museos. Además:

Los principales museos alemanes comenzaron a comprar esculturas y cuadros modernos, del mismo modo que las casas de ópera patrocinaron la atonalidad. Otto Dix fue designado profesor de arte de Berlín;

Klee, en Düsseldorf; Kokoschka, en Dresde. También representó un papel importante en la tarea de lograr que se aceptara el modernismo, la labor de los teóricos y los historiadores del arte como Carl Einstein, W. R. Worringer y Max Dvořák, que situaron la abstracción y el expresionismo en el contexto de la tradición artística europea. Así, Berlín rivalizó con París e incluso la superó en cuanto centro de exposición de la pintura moderna [...]. El *Neue Sachlichkeit* o Nuevo Realismo, que en 1923 desplazó al expresionismo moribundo, concitó más interés que los movimientos de París.⁹

Johnson continúa ejemplificando la potencia del arte, la educación y la intelectualidad germana hasta que arriba al teatro. Este fenómeno se convierte en tema bisagra para llegar a los comunistas. Éstos también eran Hombres del Oeste, pero tenían una característica especial: sí estaban dispuestos a luchar en las calles en contra de los nacionalistas. En el teatro encontramos gran número de artistas revolucionarios: Bertolt Brecht, uno de los más célebres, sintetizaba el gusto por la violencia y el gangsterismo estadounidense envuelto de comunismo. En *Tambores en la noche*, el guión político estaba claro: los buenos alemanes, los pobres, que habían luchado en la I Guerra Mundial, regresaban a casa, desposeídos, derrotados y resentidos. Mientras tanto, un grupo de abusivos capitalistas se había enriquecido con la guerra y, para colmo, ¡se habían quedado con las novias de los veteranos! No había más qué hacer: unirse a los revolucionarios, como el propio Brecht había hecho años antes durante el movimiento espartaquista. Las artes escénicas, los ritmos, los colores, la música del modernismo, al servicio de la revolución.

El teatro se convertía en una arena política más entre el Este y el Oeste. La derecha, los nacionalistas, se quejaban del izquierdismo de las artes. Pero las técnicas teatrales, poco después, serían absorbidas también por los nacionalistas. Alemania no tenía rival en su capacidad para unir las artes visuales y la ópera en cuanto especialización en materia de escenografías teatrales, y, por eso mismo, dominaba también la cinematografía de la época.

Los Hombres del Este llamaban al teatro cultura-bolchevique; una manifestación de la desgracia que implicaba el triunfo del modernismo sobre el tradicionalismo. Las leyes de Weimar respetaban las libertades y había una ley contra la censura. Esto permitió que en el teatro no sólo se representaran libremente las ideas políticas, por radicales que fueran, sino también la revolución sexual. Todo ello abonaba, entre la derecha, a pensar el teatro como decadencia.

La libertad pronto se convirtió en libertinaje. Sobre todo, los intelectuales de izquierda aprovecharon la laxitud de la nueva república para hacer

escándalo y ridiculizar la moral. Para ellos era una revancha: habían sido sofocados durante décadas por los militares, las iglesias, la corte y la academia. Era el momento burlarse del Ejército, de la religión, de las universidades y del gobierno. Había que completar el ciclo de la envidia:

Para comprender la relación entre el mecanismo del chivo expiatorio y la envidia es necesaria una breve explicación. Recordemos la famosa tesis de Girard respecto al “ciclo de la violencia”: i) Dada la naturaleza imitativa del ser humano, en el seno de las sociedades suele haber conflictos. Los Hombres quieren lo que los demás tienen y, sin embargo, al final del día logran convivir. ii) Lo hacen gracias a que han expulsado la violencia, la han “externalizado”, polarizándola hacia una víctima sacrificial; en lugar de luchar todos contra todos, la comunidad lucha contra uno. El grupo, para salvarse, inmola a uno de sus miembros.

Ahora, pensemos en esa tesis concentrándonos en la envidia. Recordemos la doble definición del concepto: sentirse mal por el bien ajeno y sentirse bien por el mal del otro. El chivo expiatorio contribuye a completar no sólo el ciclo de la violencia, sino también el de la envidia: i) el Hombre desea lo que el otro posee y no siempre lo obtiene. Si el objeto no le obsesiona demasiado, lo sustituirá por otro, pero, si no es así, se sentirá desdichado, envidioso —en el primer sentido—; y ii) exigirá una compensación, es decir, querrá ver arruinado al poseedor del bien —o, al menos, a alguien que lo sustituya—, y sólo así estará satisfecho: gozará con el sufrimiento del otro, o sea, volverá a sentir envidia —en el segundo sentido—. Estamos, pues, ante el ciclo de la envidia.¹⁰

El rencor de los Hombres del Oeste de izquierda provocaba, a la vez, el rencor de los Hombres del Este. Éstos, de por sí paranoides, veían, en cada burla de lo que querían, una confirmación de su teoría del complot: Occidente se había infiltrado en Alemania. Desde ahí fue fácil instaurar la imagen —falsa, claro está— de que los judíos controlaban Weimar. El siguiente paso fue culpar a los judíos de todo. Según las teorías nacionalistas, los semitas no sólo controlaban el republicanismo germano, sino también el bolchevismo alemán. ¡Eran los capitalistas y los comunistas al mismo tiempo! Ya en la introducción hemos hablado, a propósito de Popper, de cómo la teoría de la conspiración es en realidad una continuación del mecanismo sacrificial.

3.3 Los judíos como chivo expiatorio

Si bien los judíos habían destacado al inicio entre los bolcheviques, hacia 1925 ya habían perdido toda su fuerza, al punto que, ese año, la URSS era antisemita. También en Alemania los judíos habían sido importantes, pero, igualmente, hacia mediados de los veinte, ya habían sido desplazados. También jugaron un papel activo en la fundación de la República de Weimar, pero pronto desaparecieron de la escena política. Tampoco ocupaban un lugar relevante entre los financieros e industriales alemanes ni tenían relevancia en las finanzas estatales. Más aún, los grandes capitales se encontraban representados en la política por Alfred Hugenberg y el Partido Popular, ambos antisemitas.

En la cultura fue donde los judíos tuvieron mayor incidencia. Muchos de ellos eran exitosos directores cinematográficos, dramaturgos, directores de casas editoriales, actores; también tenían papel relevante en las galerías, como novelistas, músicos, cantantes, etcétera. Los Hombres del Este aprovecharon esta notoriedad de los judíos en la cultura para crear el mito de que lo dominaban todo. Sin embargo, sólo eran importantes en la cultura, no la dominaban. Explica Girard, acerca de la preparación ritual de la víctima a la que se inmolará:

La víctima debe pertenecer [y] a un tiempo estar adentro y estar afuera [...]; siempre será deficiente, bien en el plano de la exterioridad, bien en el plano de la interioridad; nunca en los dos planos a la vez. El objetivo buscado siempre es el mismo: hacer a la víctima plenamente sacrificable. La preparación sacrificial en sentido amplio se presentará, por consiguiente, bajo dos formas muy diferentes; la primera intentará hacer a la víctima más extranjera, es decir, a impregnar de sagrado una víctima demasiado integrada a la comunidad; la segunda, por el contrario, se esforzará en integrar más a una víctima que es demasiado extranjera.

El rey sagrado ilustra el primer tipo de preparación. El hecho de ser elegido como rey no basta para hacer del futuro sacrificado el doble monstruoso que debe reencarnar. Para eliminar el exceso de humanidad que posee, para alejarle de la comunidad, se le obliga a cometer el incesto y absorber lo sagrado maléfico bajo todas las formas concebibles. Al término de la preparación, el rey posee a un tiempo la interioridad y la exterioridad que le convierten en el monstruo sagrado definido anteriormente.

Para obtener un resultado análogo, cuando la víctima peca por exceso ya no de interioridad sino de exterioridad, habrá que recurrir a un

método inverso. El sacrificio del ganado mayor en los dinka [...]. Nunca entre los dinka se sacrifica un animal inmediatamente después de haberlo apartado del rebaño. Se le elige de antemano, se le aísla de sus compañeros, se le aloja en un lugar especial cercano a las habitaciones humanas [...]. El ronزال que sirve para atarle está reservado a los animales sacrificiales. [...] Se pronuncian sobre él unas invocaciones que le aproximan a la comunidad, que le integran más estrechamente a ésta [...].

Está claro, en suma, que la intimidad, pese a todo tan notable, que existe, incluso en tiempos normales, entre los dinka y su ganado no parece todavía suficiente como para permitir el sacrificio. Hay que reforzar la identificación entre el Hombre y el animal para hacer desempeñar a este último el papel del expulsado original, para hacerle capaz de atraer hacia él las hostilidades recíprocas, para que todos los miembros de la comunidad, en suma, puedan ver en él, antes de su metamorfosis final en “cosa muy santa”, el digno objeto de su resentimiento.¹¹

Históricamente, Alemania antes no había sido muy propensa al antisemitismo. Rusia era el país de los pogromos. Entre los germanos, el odio a los judíos había comenzado

durante las décadas de 1870 y 1880, en momentos en que la corriente determinista de la filosofía social estaba utilizando el principio darwinista de la selección natural para formular *leyes* que explicaran las transformaciones colosales provocadas por la industrialización, el ascenso de las megalópolis y la alienación de enormes masas proletarias desarraigadas. El cristianismo se satisfacía con un solo destinatario del odio para explicar el mal: Satán. Pero las religiones seculares modernas necesitaban demonios humanos, y en realidad categorías enteras de demonios. Para que fuera plausible, el enemigo debía de estar formado por una clase entera o una raza [...].

La invención por Marx de la *burguesía* fue la más integral de estas teorías del odio, y ha continuado aportando el fundamento de todos los movimientos revolucionarios paranoicos, fuesen fascistas-nacionalistas o comunistas-internacionalistas. El antisemitismo teórico moderno fue un derivado del marxismo e implicó la selección —por razones de conveniencia, nacional, política o económica— de cierto sector de la burguesía como blanco del ataque.¹²

Cabe aquí la comparación entre las sociedades míticas que contrastan con el cristianismo, pero también, claro está, con las otras tradiciones axiales,

con las del Derecho romano y las del Derecho liberal, que enfatizan la noción de la culpa individual, la responsabilidad de cada cual y que descartan la idea de que el mal es algo sobre- o infrahumano, algo que viene de afuera y es demoníaco. Éste es uno de los temas clave de la TM. El pensamiento mítico se encuentra lo mismo en las sociedades primitivas que en las civilizaciones arcaicas e, incluso, en las sociedades modernas. Aunque, claro está, el mito funciona peor donde se le cuestiona, ahí donde las historias se contrastan unas con otras, donde los grupos se culpan unos a los otros. Así, en la Grecia de las tragedias, cuando la sociedad comenzaba a organizarse en partidos, ya no era fácil llegar al consenso sobre quién o quiénes eran los culpables.

Matar a uno o a unos cuantos chivos expiatorios es sencillo; enfrentarse a un grupo organizado, con capacidad de producir daños a sus competidores, amerita nuevas reglas. Cuando los “malos” son muchos y están organizados, el esfuerzo por lincharlos puede desembocar en una guerra civil. De ahí la necesidad de otra forma de actuar: competir por el poder y repartirlo en lugar de conseguirlo por la fuerza; los partidos limitan la agresividad de sus militantes, se mata sólo simbólicamente a los enemigos, no en el terreno de la realidad.¹³

La política partidista, la democracia, está a mitad de camino entre la tradición mítica y la posmítica: no renuncia al mecanismo del chivo expiatorio, pero lo civiliza; implica demonización de los otros para exculparnos a nosotros mismos, pero promueve la autocontención. Los límites no se imponen por razones humanitarias ni por admitir nuestra propia dosis de culpa, sino por motivos estratégicos: violentar a los enemigos abre la puerta a una violencia, a una retaliación demasiado costosa.

Lo novedoso de las religiones seculares modernas —o totalitarias— descritas por Paul Johnson, no es tanto que utilicen la culpa colectiva, sino el hecho de que ésta regresara con tanta fuerza en un contexto donde no se cuenta con los límites de la democracia —que no permite desatar la violencia en contra de los enemigos por temor a una retaliación— ni con los de las tradiciones que enfatizan la responsabilidad y la culpa individuales (el liberalismo, el derecho y las religiones axiales).

Paul Johnson afirma que la nación alemana moderna estaba construida de dos elementos: el militarismo prusiano y el romanticismo germano, el cual

destacó la importancia del *Volk*, su mitología y asentamiento natural en el paisaje alemán y, sobre todo, en los bosques sombríos y misteriosos. El movimiento alemán del *Volk* databa de los tiempos napoleónicos y, ya en 1817, estaba quemando libros *extraños* y *extranjeros*, que corrompían

la cultura del *Volk*. Más aún, Marx extrajo del movimiento del *Volk* su concepto de la *alienación* en el capitalismo industrial. Un *Volk* tenía un alma, que provenía de su hábitat natural. Como escribió Otto Gemlin, autor de novelas históricas, en un artículo publicado en *Die Tat*, órgano del movimiento romántico *Volk*: “La campiña es el paisaje peculiar de cada pueblo y cada raza. Si se destruye el paisaje o el *Volk* se separa de él, el alma muere”. Los judíos no eran un *Volk* porque habían perdido el alma: carecían de *arraigo*. Este contraste fue desarrollado [...] por un profesor bávaro de antigüedades, Wilhelm Heinrich Riehl, en una serie de volúmenes titulados *Lugares y pueblos*, publicados durante las décadas de 1850 y 1860. La verdadera base del *Volk* era el campesino. Por supuesto, podía haber obreros, pero debían de ser *artesanos*, organizados en corporaciones locales. En cambio, el proletariado era una creación de los judíos. Como no tenían paisaje propio, destruían el ajeno, y lograban que millones de personas se desarraigaran y apiñaran en las grandes ciudades, lo más parecido que se les ofrecía a un *paisaje* propio. “El dominio de la gran ciudad”, escribió Riehl, “será el equivalente del dominio del proletariado”; más aún, las grandes ciudades se estrecharán las manos a través del mundo, y formarán un *burgués mundial* y un *proletariado mundial* que conspirarán para destruir todo lo que tenía alma, lo que era *natural* y, sobre todo, el paisaje alemán y su campesinado.¹⁴

¡Judíos, universalismo y ciudad —una tríada que destierra el pensamiento mítico—! Por una parte, los judíos, con su religión axial y su énfasis en la culpa y la responsabilidad individual.¹⁵ Por otra, el universalismo, que implica tanto formas sociales como mentales que eliminan la noción del afuera y del adentro, que hay puros —con alma— e impuros —sin ella—, que se debe sacrificar a unos para salvar a otros. La TM ha estudiado el universalismo como fuente de desmitificación, es decir, de debilitamiento del mecanismo del chivo expiatorio.¹⁶ Asimismo, ha concebido a la ciudad como un espacio complejo, con su acumulado de personas, grupos y opiniones, que debilitan los intentos por generar consenso en torno al origen del mal, del chivo expiatorio.¹⁷

El *Volk* alemán, que crea una buena identidad colectiva en contraste con la crueldad judía, era un tema de las novelas campesinas que Hitler solía leer. El antisemitismo era parte de un gran movimiento cultural de “regreso al campo” que se expresaba también en los teatros al aire libre, en los paseos por la montaña, en las sectas de nudistas, en los ritos *Volk*; hacia finales del siglo XIX, este movimiento había invadido los colegios y las universidades.

Paul Johnson reseña brevemente a los héroes del antisemitismo-de-regreso-al-campo: Theodor Fritsch, con su ciudad jardín libre de judíos; Eugen Diederichs, editor de una importante revista antisemita llamada *El Valle* y quien acuñó el término “nuevo romanticismo”, que comenzó como una crítica al “expresionismo”, ¡arte judío!; o Julius Langbehn, historiador del arte que decía que los judíos asimilados eran la peste. En esta galería del horror no puede faltar el retrato de Houston Stewart Chamberlain, quien subrayó la barbarie o factor gótico como elemento de la “autodefensa alemana contra la decadencia judía, así como de la *pureza* y el idealismo del panteón nórdico”. En 1927, Hitler lo visitó en su lecho de muerte y le besó la mano. Chamberlain “había dicho que Dios florecía en la raza alemana y el demonio, en la judía, los extremos polares del Bien y el Mal”.¹⁸

El romanticismo alemán enfatizó los valores teutónicos, poseedores del heroísmo y la voluntad necesarios para destruir a los judíos. La religión secular alemana basada en el antisemitismo influía también en los marxistas, pese a la vieja advertencia de Lenin: “el antisemitismo es el socialismo de los tontos”. Marxismo y antisemitismo no eran incompatibles en Alemania: “Algunos de los teóricos alemanes del racismo eran marxistas, como Ludwig Woltmann, quien transformó la lucha de clases marxista en lucha mundial de razas y preconizó el despertar de las masas mediante la oratoria y la propaganda con el fin de movilizar a los alemanes y llevarlos a realizar las conquistas necesarias para garantizar su supervivencia y proliferación como raza”.¹⁹ Las advertencias de la mitología antisemita alemana parecían convertirse en realidad con el Tratado de Versalles, el cual,

insufló nueva vida a la controversia al empujar hacia Alemania a gran número de judíos provenientes de Rusia, Polonia y los territorios entregados por Alemania. El asunto se convirtió en un *problema* urgente que reclamaba *soluciones* [...]. Hubo propuestas referidas a la doble imposición aplicada a los judíos: el aislamiento o el *apartheid*; el regreso al sistema del *ghetto*; las leyes especiales, que debían contemplar el ahorcamiento de los judíos que las violasen; la prohibición absoluta de la unión matrimonial de alemanes arios con judíos [...].

Los reclamos a favor del exterminio de los judíos llegaron a ser frecuentes y populares y los folletos antisemitas se difundieron en millones de ejemplares. Hubo muchos incidentes violentos, pero, cuando en 1919, la policía bávara solicitó que se le aconsejara acerca del modo de afrontar el antisemitismo, Berlín replicó que la cosa no tenía remedio, porque “arraiga en la diferencia racial que separa a la tribu israelita de nuestro *Volk*”.²⁰

Los judíos intentaron solucionar la discriminación mediante la asimilación: algunos se volvieron germano-nacionalistas; otros se hicieron sionistas. Sin embargo, tanto el esfuerzo por ser “más aceptados” como el esfuerzo por “separarse radicalmente” de la nación alemana producían el mismo resultado: más antisemitismo. Los sacrificadores siempre encontraban los rituales adecuados para alejar a quienes ya estaban muy cerca (los asimilados) y para acercar a los que ya estaban muy lejos (los sionistas). Siempre se les llevaba al mismo territorio: el de la distancia precisa de las víctimas a inmolar.

3.4 Una maquinaria de chivos expiatorios

En Europa, se asociaba al bolchevismo con los judíos, entre otras cosas, debido a la importancia de Trotski y de algunos otros líderes revolucionarios. También, porque había líderes entre los espartaquistas de Berlín y los comunistas de Múnich que eran judíos. Dada la violencia de los movimientos de izquierda radical y, sobre todo, dado el ejemplo de horror impuesto en Rusia por los comunistas, para los alemanes, pero no solamente para ellos, el antisemitismo era una ideología defensiva: en su búsqueda por protegerse del monstruoso bolchevismo, ¡había que comenzar la caza de judíos!

Hitler aprovechó el ambiente político para manipular el miedo, sobre todo en Múnich. Exageraba los alcances del “terror rojo” y fortalecía el nacionalsocialismo como medida protectora. Las estructuras del gobierno alemán eran enormes, pues se habían construido sobre la base del militarismo y el estado de bienestar. Era un estado paternalista que “otorgaba” seguridad social; ésta no era una conquista democrática ni parlamentaria, sino una dádiva del generoso Estado-monstruo. Durante la República de Weimar, el Estado siguió creciendo. Tanto la burocracia como la seguridad social, los cuerpos de vigilancia y de justicia e incluso lo militar, aunque de manera clandestina, aumentaron su tamaño con gran velocidad en los años treinta. Los industriales y los socialdemócratas consideraron que el camino adecuado tanto para Alemania como para sus propios intereses era el aumento de los poderes del Estado. Sin embargo, la gigantesca maquinaria estatal, una vez en manos de Hitler, fue la base del totalitarismo.

Paul Johnson recurre nuevamente a la noción de la religión secular para describir cómo funcionaba el Estado alemán: era una maquinaria creadora de chivos expiatorios en donde nadie, al interior del grupo, parecía tener responsabilidad de los problemas; donde todos los males podían exteriorizarse fácilmente. Los burócratas decían que sólo recibían órdenes y obedecían las reglas, sin autonomía moral. Temían desobedecer los mandatos del parla-

mento, pero éste también era débil e irresponsable. Así, todo terminaba descansando en la figura del canciller, que gobernaba mediante el artículo 48º constitucional. En 1921, se usó este artículo por primera vez para reprimir protestas públicas.

No importaba si gobernaban los liberales, los centristas o los socialistas, nadie contribuía a mejorar la situación y el poder se seguía acumulando en los cancilleres. En 1919, los comunistas alemanes organizaron un golpe de Estado. Gobernaban entonces los socialdemócratas. Se mostraron temerosos de usar el ejército, pues temían que éste se amotinara. En su lugar, el gobierno recurrió a los *Freikorps* —formados, mayoritariamente, de veteranos de guerra desempleados—, reconociendo así la legitimidad de los grupos paramilitares. Los *Freikorps* habían sido utilizados desde el final de la guerra para reprimir a los polacos en el Este de Alemania.

La normalización del uso de los paramilitares provocó que se multiplicaran. Uno de esos grupos fue el de los nazis. Ya en 1920 estaban legalizados y tanto el gobierno como los industriales los usaron para contener el alzamiento de la izquierda. El éxito represor de los *Freikorps* dio confianza a grupos de la derecha radical al punto de que condujeron a un *Putsch* militar que comenzó en marzo de 1920, “bajo la dirección de Wolfgang Kapp, un viejo amigo de Tirpitz y cofundador, con él, en 1917, del Partido de la Patria”. La mitad del Ejército “apoyó a Kapp, pero los políticos derechistas y los funcionarios civiles se negaron a unir fuerzas con él, y, cuatro días después, Kapp huyó a Suecia”.²¹

La extrema izquierda respondió con más violencia y, en lugar de apostar por fortalecer a la república, organizó el Ejército Rojo en el Ruhr, con más de 50,000 trabajadores. Fue “la única vez en la historia de Weimar que los marxistas pudieron reunir en el terreno una fuerza militar importante”.²² En abril de 1920, el Ejército arrebató el Ruhr a los marxistas tras una batalla brutal. Para llevar más allá la escalada en los extremos al mando de los militares, fue relevado el general Walther Reinhardt, un republicano, y sustituido por un *Junker* reaccionario, el general Hans von Seeckt. Se dedicó a violentar el Tratado de Versalles, hizo crecer el Ejército y fortaleció la “conexión rusa”, es decir, la instalación de plantas industriales para producir, secretamente, armamento en la URSS, en alianza, claro está, con los bolcheviques. Von Seeckt también expulsó a los republicanos del Ejército e hizo de él una institución partidista y antirrepublicana. Las fuerzas armadas dejaron de obedecer a la República y se sumaron a los Hombres del Este.

En junio de 1920, los socialdemócratas perdieron las elecciones. Fue el fin de coalición que había fundado Weimar; peor aún, fue el fin del Estado de Derecho. La política se radicalizó y el golpe de Kapp ni siquiera fue juzgado

en los tribunales. Los jueces, derivado del terror rojo, comenzaron a justificar la violencia de la derecha. Se instauró así un *katéchon* que funcionó un par de décadas, hasta que los chivos expiatorios fueron tan numerosos —con la guerra mundial— que ya no fue viable.

Los jueces alemanes se consideraban parte de la lucha del Este contra el Oeste, en cierta medida, porque la educación en las universidades estaba politizada, donde se hablaba sin cesar del “compromiso”. Dice Paul Johnson que la tragedia de la Alemania moderna es una lección acerca de los peligros de permitir que la vida académica se politice y que los profesores proclamen su “compromiso”, es decir, que traicionen la verdad de mala fe, que conciben que, por una causa política, se justifica mentir:

Las universidades y, sobre todo, el profesorado, estaban abrumadoramente del lado de la *Kültur* [...]. Heinrich von Treitschke se había referido a la cita de Alemania con el destino y advertido a los judíos que no debían de cruzarse en el camino de la “joven nación” [...]. Los historiadores contemporáneos, como Erich Marcks, Georg von Below y Dietrich Schäfer, todavía celebraban las realizaciones de Bismarck (los aniversarios de Sedán y de la fundación del imperio aún eran fiestas públicas en las universidades) y las lecciones que extraían de la Gran Guerra se centraban en la “falta de implacabilidad de Alemania”. Estos conceptos aportaban un respaldo académico al mito de “la puñalada por la espalda” [...]. En lugar de alentar el escepticismo y la autocrítica, los profesores proclamaban el “renacimiento espiritual” y se dedicaban a vender panaceas.²³

Las soluciones mágicas, míticas, siempre son más cómodas que las soluciones que implican responsabilidad, esfuerzo, aceptación de que los cambios, para ser estables y funcionales, han de ser graduales. En la tónica del mito progermano, el libro más leído en la década de los veinte fue *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler,

un absurdo y pedante maestro de escuela. Concibió su libro en 1911, como una advertencia contra el exceso de optimismo alemán. Lo escribió durante la guerra, cuando preveía el triunfo de las armas alemanas. El primer volumen apareció en 1918 y, en ese momento, la derrota le confirió una importancia y una actualidad sorprendentes [...]. La esencia de la obra era el darwinismo social. Spengler definía ocho culturas históricas y sostenía que podían aplicárseles las “leyes de la morfología”. La última, la cultura de Occidente, ya estaba mostrando signos de de-

cadencia, entre ellos, la democracia, la plutocracia y la tecnología, y ello indicaba que la “civilización” estaba imponiéndose a la “cultura”. Este razonamiento parecía explicar las razones por las cuales Alemania había sido derrotada. También pronosticaba una era futura signada por la guerra cruel, en la cual surgirían nuevos césares y donde los demócratas y los humanitarios iban a ser remplazados por nuevas élites de héroes duros como el acero, que fijarían la atención no en los beneficios personales, sino en el servicio a la comunidad. Spengler siguió, en 1920, con un ensayo sensacional, *Prusianismo y socialismo*, que proponía el socialismo nacional, sin clases, y en el cual la nación entera trabajaba unida bajo la batuta de un director. Era [...] el argumento que Mussolini comenzaba a desplegar en Italia.²⁴

La mitología spengleriana se complementaba con la obra de otros dos intelectuales del Este: Carl Schmitt y Arthur Moeller van den Bruck. El primero,

el principal filósofo legal de Alemania [...] subrayó constantemente el argumento de que el orden podría restablecerse sólo cuando se diese preferencia al Estado en perjuicio de la búsqueda de una “libertad” ilusoria [...]. No sería posible asegurar la existencia del Reich mientras no se reestructurase a Weimar como un Estado autoritario, centrado en el principio que se expresaba en el artículo 48°. Esta idea fue reformulada en una perspectiva histórica por el historiador de la cultura Arthur Moeller van den Bruck, en una obra brillante publicada en 1923. El primer Reich, el imperio medieval, había formado a Europa. La segunda creación, la de Bismarck, era artificial, porque había aceptado la corrupción del liberalismo: ésa era, naturalmente, la razón por la cual se había derrumbado cuando tuvo que afrontar la prueba. Weimar no era más que un interludio del caos. Ahora, los alemanes tenían otra oportunidad: si depuraban a la sociedad del liberalismo y el capitalismo, podrían construir el tercer y definitivo Estado, que englobaría todos los valores de Alemania y perduraría mil años. Tituló *El Tercer Reich* a este notable ejercicio de profecía histórica.²⁵

Vale la pena hacer una escala a propósito de Carl Schmitt, un autor estudiado en diversos ensayos por Wolfgang Palaver. De su texto “*Vox Populi, Vox Dei*”, comentaremos algunos fragmentos. “La democracia siempre estuvo en peligro de convertirse en un sistema *panteísta* que destruya al individuo”, dice Palaver.²⁶ La pérdida de individualidad coloca al individuo en el espacio del mito, de la sociedad sacrificial, con lo que:

El ejemplo más poderoso para demostrar la tentación panteísta de la democracia es el infame erudito del Derecho alemán, Carl Schmitt. Él entendió el peligro del panteísmo democrático y, claramente, se distanció de él en sus primeros escritos. Su *Teoría Política* de 1922 sigue las advertencias de Donoso Cortés, Kierkegaard y Tocqueville. Se queja de la desaparición de la “trascendencia de Dios *vis-à-vis* el mundo” y ve el siglo XIX como cada vez más gobernado por “concepciones de inmanencia” [...]. Según Schmitt, las “concepciones de trascendencia” han sido reemplazadas por un “panteísmo de inmanencia”. Para él, la identificación de la voz del pueblo con la voz de Dios es una clara señal de esta inmanencia panteísta. Considera la “tesis democrática de la identidad del gobernante y los gobernados o la noción democrática de legitimidad del *pouvoir constituant* del pueblo” como ejemplos típicos de tales concepciones de inmanencia. De acuerdo con esta teología política, se distancia de representantes clave de la tentación panteísta: de Rousseau y su *volonté générale*, del constituyente de *pouvoir* de Sieyès y de la filosofía de la inmanencia de Hegel.²⁷

Schmitt también rechazó la tentación panteísta en sus escritos posteriores a la II Guerra Mundial. Criticó la fórmula *Deus sive natura* de Spinoza, es decir, la identificación de Dios y naturaleza, en tanto ésta llevaba a conceptos inhumanos de democracia:

Esta fuerte crítica del panteísmo político parece sugerir que Schmitt, a lo largo de su vida, se mantuvo alejado de la tentación panteísta. Sin embargo, no es cierto. Ya en 1923, podemos ver esto leyendo la conclusión de su libro *Catolicismo romano y forma política*. Schmitt no fue ya capaz de resistir el tirón de la democracia panteísta [...]. Al sentirse amenazado por la disolución de lo político en una completa anarquía o en el dominio de la economía y la tecnología, recomendó que la Iglesia se pusiera del lado de Mazzini, uno de los padres fundadores de la democracia italiana, quienes claramente apoyaban un concepto panteísta de la democracia. Al vivir en democracia, Schmitt pensó que tenía que cambiar de bando [...].

Su libro de 1928, *Teoría de la Constitución*, muestra su aceptación de un concepto panteísta de democracia. Junto con Mazzini —según Schmitt, equivalente europeo de Jefferson—, estuvo destinado a comprender la democracia como la identificación de la voz del pueblo con la voz del Dios: “Rechazando cualquier otra autoridad gobernante, extranjera y nacional, que en el nombre de Dios tiene la intención de imponer

su voluntad al pueblo. La clara implicación es el rechazo de todas las influencias y efectos políticos que no se originen en la homogeneidad sustancial de las propias personas”.²⁸

Al colocarse junto a Mazzini, Schmitt ingresó al club de los panteístas, “comenzó a identificarse a sí mismo con Rousseau, Sieyès y Hegel”. Es notorio que el giro de Schmitt hacia el panteísmo democrático ilustra la lógica del chivo expiatorio de esta tentación política:

Haciendo hincapié en que la democracia debe basarse en gente sustancialmente homogénea, llegó a la conclusión de que, por lo tanto, la democracia también se veía obligada a eliminar sus elementos heterogéneos: “La democracia requiere [...] primero homogeneidad y segundo, si surge la necesidad, la eliminación o erradicación de la heterogeneidad” [...]. La alineación de Schmitt con este concepto panteísta de la democracia le obligó a apoyar a Hitler después de la llegada del nacionalsocialismo al poder en Alemania. También contribuyó a su participación en la persecución de los judíos. El surgimiento del nacionalsocialismo durante la República de Weimar es un claro ejemplo de la tentación panteísta de la democracia.²⁹

De regreso a Johnson. En el marco intelectual y académico del “compromiso”, los estudiantes eran espoleados por los Hombres del Este. Apreciaban el igualitarismo por encima de la libertad y eran incluso más antisemitas que los trabajadores, la burguesía y la derecha. Eran muy participativos en cuestiones políticas; muchos de ellos se organizaban en grupos de extremistas violentos y sólo un grupo se mostraba más entusiasta y eficaz a la hora de destruir y lanzar golpes: los exmilitares, resentidos y desempleados por el achicamiento del Ejército, producto de la Paz de París.

En contraste con toda esta energía, los Hombres del Oeste no tenían voluntad para defender la República de Weimar. La izquierda tampoco la defendió. Más aún, estaba dividida. Los leninistas consideraban fascistas a los socialdemócratas al tiempo que eran incapaces de distinguir a la derecha conservadora, respetuosa de la ley, de los fascistas.

3.5 El voluntarismo de Hitler

La destrucción de la república contribuyó al avance de Hitler, quien era irreligioso y no creía en ninguna ética, aunque sí en el determinismo bioló-

gico; la raza y no la clase era, según él, el verdadero principio revolucionario. Su padre había sido un burócrata menor y aprendió de él la obsesión por la política.

Adolf era poco vanidoso, en este aspecto, similar a Lenin. Otro elemento que compartían era su devoción por la “teozoología”, la teoría racista de Jörg Lanz von Liebenfels. Este oscuro exmonje fue, ni más ni menos, quien inspiró la idea de la “solución final” del problema judío, como programa de depuración y exterminio racional, en aras de “extirpar al Hombre-animal y propagar al Hombre nuevo y superior, y proponía la lucha de razas librada hasta el mango del cuchillo de la castración”.³⁰ La teozoología derivó, en el caso de Lenin, en una política sobre la conveniencia de eliminar a la burguesía, y, en el del germano, en el antisemitismo.

En cambio, Hitler era muy distinto a Lenin en cuanto a su sensibilidad romántica. Lenin rechazaba la música, pero en Alemania la música es política. Hitler era un admirador de Wagner. *Parsifal* se convirtió en el modelo mismo de los espectáculos del nacionalsocialismo. Hitler jugaba con las luces, usaba la penumbra artificial de las iglesias góticas y los efectos del Cine de Fritz Lang como trasfondo para su propaganda.

Hitler era un pretendido pintor que concebía la política como imágenes visuales. Aunque su ingeniería social era tan burda y asesina como la de Lenin y la de Stalin, se pensaba a sí mismo como un arquitecto de la política. Con maquetas planificaba la Berlín del Tercer Reich, una ciudad futurista, con enormes obras e, incluso, con jardines babilónicos. Su titanismo no tenía límites.

El éxito de Hitler debió mucho a la sensibilidad que el pueblo alemán tenía por la cultura. El estilo crudo del poder de Lenin no habría atraído a los germanos. Hitler no buscaba conquistar la mente de los alemanes, algo por demás difícil debido al nivel educativo del pueblo germano. Hitler lo que quería era dominar sus corazones. Para ello utilizó la mitología de los Hombres del Este combinada con la oleada de espiritualismo pagano muy de moda en esa época. Los discursos de Hitler eran incendiarios contra la democracia parlamentaria y el liberalismo. Mas Adolf sabía que necesitaba disfrazarse de demócrata para seducir a los alemanes:

Elizabeth, hermana de Nietzsche, a quién Hitler visitó en Weimar, afirmó que la había impresionado más como un líder espiritual que como un jefe político. Pero su estilo no era el de un teólogo, sino más bien el de un predicador revivalista; el periodista estadounidense H. R. Knickerbocker lo comparó con “Billy Sunday”. Un observador escribió por esa época: [...] “Hitler nunca pronuncia discursos políticos, los suyos son

discursos filosóficos”. [...] En lugar de delinear un programa y formular promesas, reclamaba un compromiso. A sus ojos la política era la movilización de las voluntades. El oyente rendía su voluntad al líder, que se la devolvía reforzada. Como él mismo dijo: “La voluntad, el anhelo y también el poder de miles se concentran en cada individuo. El Hombre que se incorpora a ese mitin dudando y vacilando lo abandona íntimamente reforzado: se ha convertido en un eslabón de la comunidad.”³¹

La educación política de Hitler comenzó en Viena, antes de 1914, cuando aprendió el socialismo y el antisemitismo. De Karl Lueger, alcalde socialcristiano de Viena, observó los beneficios del Estado de bienestar. Aprendió que las masas renuncian a su libertad si se les da seguridad. De Ludendorff retomó la idea de

educación política de las tropas. Las adoctrinó en el concepto de una gran expansión hacia el Este, un paso que, según lo demostró el tratado de Brest-Litovsk, era posible. Hitler se convirtió en entusiasta defensor de esta idea, la amplió y la adaptó de manera que incluyese en su realización la “solución final del problema judío”. De esta manera, se convirtió en el factor individual más importante de su programa de acción, el eje alrededor del cual giraba todo el resto. El plan de Ludendorff de un ejército politizado fue una de las muchas ideas adoptadas con entusiasmo por Lenin, que designó comisarios políticos hasta el nivel del batallón. A su vez, el Ejército alemán readaptó la idea después de sofocar los levantamientos rojos de principios de 1919. El Departamento Político del distrito militar de Múnich nombró a Hitler como uno de sus primeros “oficiales de instrucción política”, después del aplastamiento del *sóviet* de Múnich. Ernst Röhm fue uno de sus colegas. Estos dos hombres aprovecharon cabalmente los sinceros temores que los rojos inspiraban en Múnich, y así convirtieron a la ciudad en la capital del extremismo alemán.³²

El mimetismo político-militar de Ludendorff/Lenin lleva a la simetría mimética de Lenin-Ludendorff/Hitler y ésta, más tarde, a la de Lenin-Ludendorff-Hitler/Stalin. Si Hitler sintetiza a Lenin y Ludendorff, Stalin, a la vez, sintetiza a los tres.

Girard vio con claridad la peligrosidad de la rivalidad de dos líderes belicistas. La competencia entre dos individuos comunes sólo lleva a problemas comunes. Empero, así como Clausewitz y Napoleón no eran personas comunes, tampoco Hitler y Lenin. Todos ellos eran líderes imitados, admirados y odiados, capaces de movilizar enormes recursos económicos, humanos

y militares.³³ La rivalidad, aunada a todos estos recursos, produce “envidia ideológica”. Recordemos que

la envidia banalizada florece ahí donde los mediadores son más efímeros, donde el sujeto que desea sustituye rápidamente a sus modelos, no puede odiarlos realmente. Sin embargo, esta situación, que en apariencia conlleva directamente a la estabilidad social —sin odios profundos no hay conflictos graves—, implica un peligro: el individuo es más influenciable que nunca y, así como puede estar dominado por la indiferencia durante largos períodos, hace falta sólo una dosis de entusiasmo destructor para que empiece a destruir. Aunque pueda rápidamente olvidar sus odios, éstos, cuando son manipulados con rapidez hacia una dirección genocida, pueden traer consecuencias desastrosas. Aparece aquí la “envidia ideológica” [...].

La envidia ideológica es un intento por volver a poner la envidia en el centro de la política, por darle nuevamente la gravedad que había perdido al banalizarse [...].

La Modernidad es una lucha entre la banalización de la envidia y la envidia ideológica. La primera es promovida por aquellos que consideran que el orden —social, político y económico— puede resolver sus contradicciones por sí mismo y sólo son necesarias algunas adecuaciones menores para mantenerlo; sus promotores inflaman los deseos banales para hacer funcionar el mercado, confían en que la competencia de los individualistas envidiosos regulará la sociedad y en que el igualitarismo envidioso no cobrará fuerza. La segunda es la versión de quienes consideran que las instituciones son incapaces de satisfacer las necesidades del Hombre; sus promotores afirman se debe intentar instaurar un nuevo orden; para ello, intentan darle a la envidia un peso central. No se trata de resacralizar la envidia, sino de manejarla de una manera prometeica. Es decir, se le devuelve la seriedad que tenía en la Antigüedad, pero, en lugar de ser un asunto de dioses y religiones, lo es de ideologías y revolucionarios, Hombres que creen poder cambiar el mundo.³⁴

En 1919, un Ejército politizado aplastó el terror rojo. Hitler aprovechó el momento para convertir Múnich en su laboratorio de extremismo. En septiembre, se apoderó del Partido Obrero Alemán y, en abril de 1920, salió del Ejército para comenzar su carrera política. Comenzó con peroratas contra la Paz de Versalles, la creación de la Gran Alemania, la expansión hacia el Este y la maldad de los judíos, que, según él, habían de perder la ciudadanía y sus bienes. El programa de Hitler incluía un ambicioso plan para que el Es-

tado tomara las riendas de la economía; incluía la confiscación de las ganancias de guerra, la abolición de los ingresos obtenidos por cualquier actividad diferente al trabajo, la expropiación de la tierra, la intervención del gobierno en los *trusts* y la participación estatal en los beneficios de la industria. No era un defensor de los burgueses ni del capitalismo; usaba el término *nacionalista* como intercambiable por *socialista*.

Los nazis tomaron sus adeptos de descontentos de todas las clases sociales, menos de los campesinos. El 34% de sus seguidores era trabajadores, 31% provenía de la baja clase media, el 6% era funcionarios de baja jerarquía, 11% era empleados y 13% era pequeños comerciantes y tenderos.

Hitler era leninista en tanto que creía en la fuerza, la disciplina y la centralización como métodos de gobierno. También tenía algo de Mussolini. La marcha sobre Roma lo alentó a intentar un golpe de Estado en Múnich, en 1923.

Si bien las finanzas públicas nunca habían sido demasiado sólidas en Alemania, aquel año se derrumbó la moneda. Desde Bismarck, la hacienda pública dependía de préstamos y botines de guerra, pero, ahora, la inflación derivaba del pago de las reparaciones de guerra y las temerarias políticas del ministro de finanzas respaldadas por el Reichsbank. Además, muchos capitalistas especulaban contra el “marco republicano”. Finalmente, el derrumbe advino seguido de la ocupación francesa del Ruhr. La población paró de trabajar, el gobierno aceptó la responsabilidad de pagar los salarios mientras la hiperinflación y los intereses se disparaban. Los mayores perdedores de la crisis fueron los pequeños ahorradores, los tenedores de bonos y los asalariados. En cambio, el gobierno y los terratenientes —que pagaban sus deudas con papel sin valor y se hicieron dueños absolutos del capital fijo— fueron los ganadores.

Los nacionalistas aprovecharon la ignorancia de las masas para decir que los judíos eran los beneficiarios de la crisis. Así, ante una situación compleja, había una respuesta sencilla y, sobre todo, había “culpables” a quienes linchar.

3.6 Hitler, un demonio capturado

El 13 de agosto de 1923, August Gustav Stresemann, el único político con popularidad en la República de Weimar, formó una coalición que incluía desde los socialdemócratas hasta la derecha respetable. Sin embargo, su gobierno sólo duró cien días. La caída se precipitó por la violencia callejera de los comunistas. Se declaró estado de emergencia y se puso el poder en manos del ministro de defensa.

Hitler pensó que era el mejor momento para tomar Múnich y, el 8 de noviembre, capturó el gobierno local y formó un gobierno dictatorial. Él mismo era el jefe político, mientras que nada menos que Ludendorff ostentaba el militar. Comenzaron, entonces, su marcha sobre la ciudad, con tan sólo tres mil hombres. La policía los interceptó, les disparó e hizo prisionero a Hitler.

Hitler, en la cárcel de Landsberg, fue mimado por sus presidiarios. No usaba el uniforme de preso, recibía regalos y visitas, entre las que se contaban gran cantidad de admiradoras. El criterio de justicia de los Hombres del Este había permeado. Pasó solamente unos meses arrestado, que aprovechó para escribir *Mi Lucha*.

Cuando salió de prisión, se encontró con una desagradable sorpresa: la crisis económica comenzaba a ser domada por un banquero respetable, encargado de las finanzas de Weimar, Hjalmar Schacht, nuevo presidente del Reichsbank. Logró estabilizar la moneda al tiempo que la economía mundial y la alemana mejoraban. Fueron cinco años de expansión.

Hitler aprendió una lección: si quería tomar el poder no podía conseguirlo como Lenin, sino que debía de intentarlo por medios democráticos.

CAPÍTULO IV

MENTIRA IMPERIAL Y VERDAD COLONIAL

Jorge Federico Márquez Muñoz

4.1 Un gallo de pelea

“La decadencia de la legitimidad”, capítulo 4 de *Tiempos Modernos*, es un apartado sobre tres fenómenos de principios de los años veinte:

- 1) las relaciones internacionales, especialmente la rivalidad entre Francia y Reino Unido;
- 2) la situación económica, política y demográfica de ambas naciones; y
- 3) la naturaleza de sus imperios.

El inicio del capítulo parece una escena de rivalidad mimética sacada de una novela, a la *Mensonge Romantique*:

El 22 de septiembre de 1922, hubo una impresionante escena en el Hôtel de Matignon de París, entre el primer ministro francés Raymond Poincaré y Lord Curzon, ministro de relaciones exteriores de Gran Bretaña. Tres días antes, los franceses habían retirado sus tropas de Chanak, de manera que el minúsculo contingente británico quedó expuesto a recibir todo el impacto de la furia de los nacionalistas de Atatürk, con lo cual la humillación era inevitable. Curzon había ido a París para protestar.

Los dos hombres se odiaban. Poincaré era el portavoz de los *rentiers* franceses, un abogado de cualidades típicas en su estilo: agudo, prudente, laborioso, que se complacía en recordar el consejo de Guizot a los franceses: “*Enrichissez-vous!*”. Lo llamaban *l’avocat de France*; había

heredado el nacionalismo de Thiers, cuya biografía estaba escribiendo. Se enorgullecía de su propia incorruptibilidad; insistía en escribir por propia mano todas sus cartas y, cuando enviaba un mensajero oficial por asuntos privados, lo pagaba de su propio peculio. También Curzon escribía sus propias cartas —por millares— y trabajaba hasta bien entrada la noche, imposibilitado de dormir a causa de una lesión en la espalda que había recibido en la infancia. También él tendía a la frugalidad, examinaba muy atentamente las cuentas domésticas de *Lady Curzon*, vigilaba a los criados y no se privaba de explicar a una criada cómo debía sacudir el polvo de los muebles o a un lacayo cómo tenía que servir el té. Pero Poincaré manifestaba todo su desprecio aristocrático por la vulgaridad de la clase media, así como por la volátil capacidad de emoción francesa. En el curso de la discusión, Poincaré “perdió totalmente los estribos” y “durante un cuarto de hora gritó y renegó a pleno pulmón”. *Lord Hardinge*, que era el embajador británico, tuvo que llevar a otra habitación al conmovido Curzon y lo acomodó en un sofá escarlata. Le temblaban violentamente las manos. “Charley”, dijo, “no puedo soportar a ese horrible hombrecito”.¹

La rivalidad de Poincaré con Curzon es apenas el inicio de una abultada agenda de conflictos internacionales del “Abogado de Francia”, quien deja de ser un envidioso de novela para convertirse en uno de esos titanes de *Clausewitz en los extremos*:

El fiero y pequeño abogado, que ejerció el poder —con una interrupción— hasta 1929, fue la figura dominante de la política del Occidente europeo durante la mayor parte de los años veinte y, a los ojos de muchos —incluso algunos británicos y estadounidenses— encarnó una agresividad francesa que representaba, para la estabilidad europea y mundial, una amenaza más grave que todo lo que podía originarse en Alemania.²

El “gallo de pelea” francés encontró diversos modelos miméticos con los cuales competir. Con el gobierno británico difería en que éste consideraba imposible el renacimiento militar de Alemania y, por lo tanto, pensaba que los germanos no eran motivo de preocupación; mientras los franceses, por el contrario, veían inminente el rearme germano.

Esto no siempre fue así. De hecho, hacia el final de la guerra, dominaban voces como la del brigadier general J. H. Morgan, quien afirmaba que Alemania continuaba siendo tan peligrosa como en la preguerra. Sin embargo, en tanto Poincaré molestaba a los británicos, éstos fueron adoptando cada

vez más el punto de vista de los “apaciguadores”. Johnson nos recuerda que el primero de ellos fue precisamente Lord d’Abernon, embajador británico en Alemania, apasionado progermano que presumía ser un político abstemio de altas miras.

Mientras el conflicto alejaba a franceses y británicos, los germanos continuaban el rearme clandestino —¡aunque cada vez más descarado!— mediante *holdings* alemanes lo mismo en Turquía, Finlandia, Róterdam y Suecia que en Barcelona, Bilbao y Cádiz. Vemos así que en muchos países seguía existiendo un clima progermano o, quizás, simplemente, hostil a los anglofranceses.

Si bien el odio a británicos y franceses y, sobre todo, a sus políticas imperialistas, comenzaba a dar sus primeros frutos podridos en Europa y Asia, la alianza más importante de los alemanes fue con los soviéticos, que cristalizó en la pequeña y bella ciudad de Rapallo, al norte de Italia. El 16 de abril de 1922, bajo el inocente nombre de Tratado de Amistad y Cooperación, los cancilleres Gueorgui Chicherin y Walter Rathenau firmaron un documento, cuyas cláusulas secretas consistían en “ampliar los acuerdos de fabricación conjunta de armas en Rusia, e incluso lograr que en este país se entrenaran pilotos y tripulaciones de tanques. El acuerdo representaba, asimismo, un mensaje siniestro para Polonia, el aliado oriental de Francia, y apuntaba a un pacto germano-soviético contra Polonia, el cual, finalmente, adoptó la forma del pacto nazi-soviético de agosto de 1939”.³

Unos meses más tarde, Poincaré dio un mensaje claro a los alemanes, quienes se negaban a pagar los gastos de “reparación” por la I Guerra Mundial, impuestos en los acuerdos de París. El 11 de enero de 1923, invadió el Ruhr. Mostró así que no necesitaba a los británicos para usar la fuerza. Poincaré recurrió al argumento de que contaba con un gran país, no de 40, sino de 100 millones de habitantes, pues había que contar a los colonizados africanos y asiáticos como parte de la gran nación francesa. Pero el mensaje de fuerza no era suficiente, la rivalidad mimética siempre nos lleva más allá de lo meramente práctico: “El hecho de que los alemanes odiasen particularmente a los árabes y negros que vestían el uniforme francés era, para los franceses, una razón más que los inducía a enviarlos a Alemania. La política dura de Francia aportó resultados inmediatos el 26 de septiembre de 1923, cuando el gobierno alemán capituló [...] frente a las exigencias de Poincaré”.⁴

No obstante, Alemania no era tan débil para que el ciclo mimético concluyera ahí. Por el contrario, el resentimiento acumulado hizo que los germanos aceleraran su renacimiento militar. Johnson concluye esta sección del capítulo con la siguiente reflexión: “Más tarde o más temprano volvería a manifestarse la superioridad alemana en número, fuerza industrial, organi-

zación y espíritu nacional. El único interrogante era si lo haría con ánimo generoso u hostil”.⁵

4.2 El *katéchon* económico-internacional

Ni la economía ni la demografía francesa correspondían a la fuerza que Poincaré imaginaba para Francia. No, su país no era comparable al de Napoleón o al de Luis XIV. Y los galos eran conscientes de su debilidad; quizás, justo por eso habían elegido un presidente bravucón. Sin embargo, ya en los años treinta, con el “Abogado de Francia” en el retiro, los franceses ya ni siquiera conservaban ese escudo de autoestima que les había brindado su pendenciero mandatario. Entre los franceses se agravó el sentimiento de debilidad, cuyo centro era el declive demográfico:

En los corazones franceses estaba grabada la idea de que todavía en 1800 eran la raza más numerosa de Europa, con la única excepción de Rusia. A partir de ese momento, habían sufrido una alarmante declinación relativa [...]. Se vieron superados por los austríacos en 1860, por los alemanes en 1870, por los británicos en 1900 y por los italianos en 1933, de manera que Francia vino a ocupar el quinto lugar en Europa. Entre 1800, año en que contaba con 28 millones de habitantes, y 1940, la población francesa aumentó sólo en un 50%, mientras la de Alemania se cuadruplicó y la de Gran Bretaña se triplicó [...].

La Gran Guerra, que —según Francia veía las cosas— Alemania había impuesto a Francia con el propósito de destruirla totalmente como gran potencia, había agravado en forma trágica la debilidad demográfica de Francia. Murieron 1'400,000 hombres; el 17.6% del Ejército y el 10.5% de toda la población masculina activa. Incluso después de la recuperación de Alsacia y Lorena, la población francesa había descendido de 39.6 millones a 39.12 millones. En cambio, la de Gran Bretaña había aumentado 2.5 millones durante los años de la guerra. Alrededor de 1.1 millón de franceses se habían convertido en mutilados de guerra [...]. Los alemanes habían masacrado a 673,000 campesinos y herido gravemente a medio millón más, ocupado diez *départements* poblados por 6.5 millones, convertido en refugiados a la cuarta parte de estos habitantes, destruido las casas campesinas, sacrificado las cabezas de ganado y retirado la maquinaria al evacuar el territorio. Además, convirtieron a los franceses en trabajadores esclavos en las fábricas del “socialismo de guerra” de Ludendorff, donde los índices de mortalidad eran casi tan

elevados como el 10% anual que alcanzaron con los nazis durante la II Guerra Mundial.⁶

Sin población suficiente para reactivar la economía, los galos pensaron que los alemanes debían trabajar por ellos. ¡Era lo justo después de lo sufrido por la guerra! Sin embargo, los pagos de los alemanes, lejos de contribuir a mejorar la economía francesa, la empeoraron, pues el dinero recibido originó una inflación progresiva, menos espectacular que la alemana, pero que duró por muchos años.

La crisis económica, a la vez, alentó a los franceses a tener menos hijos. La mayoría de las familias comenzó a procrear solamente uno. Para 1936, Francia tenía la población más vieja del mundo: 147 de cada mil habitantes tenía más de sesenta años, mientras en Gran Bretaña la proporción era 129 por cada mil; 119, en Alemania; 91, en Estados Unidos; y 74, en Japón.

La transferencia de dinero no fue el único intento de Francia de hacer pagar a los alemanes por la guerra e intentar, así, resolver su debilidad económica. Otra medida fue la apropiación de Alsacia y Lorena, región poseedora de un gran cordón industrial. No obstante, de nueva cuenta, el chivo expiatorio germano, lejos de resolver los problemas franceses, produjo el efecto contrario. Por una parte, la economía de Alsacia y Lorena estaba integrada a la alemana y, al separarla para unirla a la francesa, se convulsionó. Se convirtió en una carga y no en un alivio para los galos. Además, en Alsacia, una región católica, el clero, predominantemente alemán, se irritó con el dominio francés y su intento por convertir la educación en una empresa laica. Y, finalmente, la población de ambas provincias vio cómo caía su nivel de vida y culpó por ello, no sin razón, a los franceses.

Encima, la economía de Francia tenía dos enormes desventajas frente a la de Alemania: su sistema de seguridad social y su mercado. La economía francesa no pudo salir a flote mediante la explotación y colonización de los alemanes. Alemania era una nación demasiado poderosa y articulada y, por ende, no hacía bien su papel de chivo expiatorio. En lugar de ello, regresaba, como muchas veces en la historia, la escalada franco-germana.

4.3 El *katéchon* fallido de la economía francesa y... ¿el nacionalismo al rescate?

Paul Johnson comienza entonces una descripción de la debilidad económica de Francia. Narra el intervencionismo estatal que agravaba la situación: los controles sobre los alquileres, “aplicados en 1914 y mantenidos después,

destruyeron el mercado de la vivienda”.⁷ El número de unidades de vivienda para alquilar era prácticamente el mismo antes de la guerra que en 1939. Los siguientes elementos que ilustran las deficiencias de la economía francesa son la agricultura y la industria:

A semejanza de Italia, Francia era un país parcialmente industrializado, y su ritmo de progreso en la preguerra no se mantuvo del todo durante los años veinte, y menos aún durante los años treinta. En este período, la producción industrial nunca retornó a los niveles de 1929 [...]. Hacia mediados de los años treinta, el 68% de los automóviles vendidos en Francia eran vehículos de segunda mano y todavía circulaban 1'352,000 coches de caballos en las calles, exactamente tantos como en 1891.⁸

El problema de la pobre industrialización francesa radicaba en la escasa inversión y la ineficacia estatal. El Estado se mostró como un “mediocre sustituto de la inversión privada”. Pese a ello, fue “el principal empleador, incluso antes de 1914, y la guerra infundió nuevo ímpetu al sector estatal”. En lugar de incentivar a las empresas para fortalecer el mercado, el “Estado compró acciones en los ferrocarriles, la navegación, la electricidad, el petróleo y el gas con el fin de mantener el funcionamiento de las empresas y conservar los empleos, pero se disponía de poco dinero para la inversión”.⁹

Además, la escasez de capitales y la mala inversión estatal de los existentes provocaba una rivalidad interna entre los empresarios franceses “que dedicaban gran parte de su tiempo a disputar unos con otros”.¹⁰ Así, el *katéchon* económico, lejos de contribuir a la pacificación, se convirtió en una fuente de conflicto:

Ernest Mercier, líder de las industrias de la electricidad y el petróleo, libró una dura guerra contra François de Wendel, el gran empresario del hierro y el acero. En el caso de los hombres inteligentes que ocupaban peldaños inferiores de la escala, la ausencia de oportunidades resultaba todavía más grave —las mujeres no las tenían en absoluto—. Entre las dos guerras, los sueldos reales de los ingenieros en Francia perdieron un tercio de su valor.¹¹

Las rivalidades miméticas al interior no permitían ver lo que realmente importaba para los mercados y el éxito en el capitalismo. La educación superior del tipo técnico era inapropiada,

jaqueada por las riñas de carácter sectario y la falta de fondos. La mayor parte del dinero iba a manos de las famosas pero anticuadas *Grandes écoles*, de París. El presidente Édouard Herriot afirmó que la Polytechnique era la única facultad de teología que no ha sido abolida. Y, aunque se fundó un Centre National de la Recherche Technique, se le asignó poco presupuesto [...]. En 1927, Francia gastó menos en educación que en la alimentación de los soldados de la caballería.¹²

Ante una economía que no ofrecía pacificación mediante la abundancia, los franceses buscaron otro método de contención de la violencia: unas relaciones internacionales agresivas, con un chivo expiatorio —Alemania— que resolvería las carencias económicas. Este *katéchon* sustituto también falló. Así es que había que buscar otro elemento de unidad, algo capaz de convertir el mal en un fenómeno externo. Llegamos así a una tercera red de contención de la violencia: el nacionalismo.

En el terreno ideológico, la rivalidad no era entre civilización y cultura en Francia, como sí lo era en Alemania. Los galos tenían consenso respecto a la civilización: consideraban que ellos mismos la habían inventado —afirmaban haber acuñado la palabra en 1776—. En tanto defensores de la civilización, los franceses estaban de acuerdo en que debían de odiar a los ingleses. Las razones:

sentían envidia, antipatía y desprecio frente a los anglosajones. El mejor novelista joven de Francia, François Mauriac, escribió en 1937: “No comprendo y no entiendo a los ingleses, salvo cuando están muertos” [...]. Por extraño que parezca, consideraban más aceptables a los alemanes. Durante los años treinta, los novelistas jóvenes como André Malraux y Camus leían a Nietzsche y los filósofos jóvenes se sentían atraídos por Sartre y Heidegger. Pero el modelo oficial de Francia era Descartes, cuya metodología dominaba las clases escolares de filosofía, el aspecto más sorprendente del sistema educacional francés. Esa estructura estaba orientada hacia la producción de un liderato nacional de elevada inteligencia. Y, en efecto, producía intelectuales; lo cual, ciertamente, no es lo mismo.¹³

Pero, más allá de la admiración filosófica de Alemania, la desconfianza hacia los ingleses y el racionalismo de Descartes, no había muchos más consensos en la ideología. Los intelectuales, figuras admiradas y exitosas en Francia como en ningún otro lugar del mundo, se encontraban divididos. La

primera división importante no tenía qué ver con sus ideas en sí, sino con el papel social y político que debían jugar.

“Alain”, pseudónimo de Émile-Auguste Chartier, admirado maestro de Simone Weil y Raymond Aron, pacifista tras la I Guerra Mundial —donde sufrió la trituración de uno de sus pies—, abogaba por el “compromiso”. Los intelectuales habían de inmiscuirse e influir en la política. Por el contrario, Julien Benda, a la postre un comunista comprometido, en aquel entonces proponía una “actitud distante” frente a la política.

Los intelectuales no lograban ponerse de acuerdo sobre qué camino seguir. Así comenzaba la debilidad del *katéchon* de la ideología. No había consenso ni siquiera entre ellos sobre la exteriorización del mal, no había cristalización mítica sobre la víctima propiciatoria y, por lo tanto, ésta funcionaba mal. Resume Paul Johnson el motivo: “los intelectuales franceses se odiaban demasiado”.¹⁴

El rol del intelectual era apenas el primero de los temas conflictivos; ser de izquierda o de derecha, el segundo. El caso Dreyfus comenzó identificando a la figura del intelectual con la izquierda: el aliado burgués de la clase obrera, de los marginales, como había dicho algunas décadas atrás Marx. De hecho, Dreyfus estaba marcado como víctima propiciatoria: un judío acusado falsamente de traición. Sin embargo, el *affaire* duró tanto tiempo que surgieron también los intelectuales de derecha. Pidieron un alto al fuego en 1914, al igual que los intelectuales de izquierda. En 1918, cobraron gran relevancia política y llevaron al poder a la derecha política. Dominaron en la Cámara Baja y el Senado constantemente, casi por completo entre 1918 y 1938. Además, eran las figuras centrales en los salones y los bulevares.

De cualquier modo, los intelectuales de derecha no borraron a sus contrarios en distintas materias culturales. Si la derecha defendía la educación confesional y metafísica, estaban también los secularistas. Todos estos grupos de intelectuales no necesariamente se identificaban con la izquierda, pero les unía el anticlericalismo. La consecuencia de este conflicto fue una “batalla agria y destructiva” que “dividió cruelmente el sistema educacional, las empresas, los gobiernos locales, la sociedad”.¹⁵ De nueva cuenta el mimetismo negativo.

Los anticlericales enseñaban las ideas republicanas y el positivismo. Su ejército de ideólogos lo conformaban miles de jóvenes maestros de escuelas estatales, de nivel básico, muchos de ellos formados en la francmasonería, lo cual los volvía adeptos a las teorías de la conspiración, es decir, a creer en el mecanismo del chivo expiatorio. Sus competidores, los católicos, tenían sus propias escuelas. Cada versión de la educación era tan distinta que incluso se enseñaba con otros libros, sobre todo la historia. Las narrativas diferían tanto

que se hacía imposible construir mitos nacionales capaces de crear chivos expiatorios útiles.

Los católicos habían formado una red para influir y participar en política más extensa y eficiente que los secularistas. Además de que las escuelas católicas se multiplicaron enormemente en el período entreguerras, contaban con asociaciones de exalumnos militantes. La consecuencia de esta bifurcación de las escuelas produjo dos tipos de franceses, que en el afán de diferenciarse crearon, cada uno: “sus propios héroes —y villanos— en el campo de la historia, distintos vocabularios políticos, diferentes premisas fundamentales acerca de la política y, no menos importante, dos visiones por completo distintas de Francia”.¹⁶

La siguiente gran división entre los intelectuales tenía que ver con dos visiones encontradas del nacionalismo. Los secularistas no sólo eran anticlericales, sino también antimonárquicos. De hecho, habían creado el término *patria* en el siglo XVIII para afirmar su lealtad al país y no a ningún rey ni dios. Entre sus ídolos estaban el primer ministro Léon Gambetta y Georges Clemenceau. Mas estos anticlericales y antimonárquicos tenían una debilidad elemental para la época: eran pacifistas y derrotistas en un ambiente dominado por las amenazas alemana y bolchevique. Y eran así, en buena medida, porque desconfiaban del Ejército, en ese entonces, dominado por los católicos.

La derecha tampoco ofrecía una visión del nacionalismo adecuada para hacer frente a las amenazas internacionales. Venía de una tradición antiilustrada y, posteriormente, antirrevolucionaria. Su héroe era Joseph de Maistre. Los miembros de la derecha eran católicos, monárquicos, místicos, románticos e irracionalistas. Esto los alejaba de una alianza estratégica con los británicos y los estadounidenses, a quienes despreciaban. Por lo tanto, solos debían de enfrentar a los alemanes, pues no contaban siquiera con el apoyo de los secularistas.

De todos modos, la derecha francesa parecía tener algunos puntos de encuentro con los alemanes: eran antisemitas y antiliberales. Empero, estos sentimientos se vivían en Francia de un modo contradictorio, no como en Alemania, donde había una línea ascendente muy clara. Por el contrario, los franceses eran un pueblo abierto, tolerante, el país que más extranjeros recibía:

Entre 1889 y 1940, casi 2'300,000 extranjeros obtuvieron la ciudadanía francesa y había otros 2'613,000 residentes extranjeros en 1931, cifra que aumentó rápidamente cuando llegaron los refugiados que huían de Stalin, Hitler, Mussolini y la guerra civil española. Los franceses no eran

racistas en el sentido alemán de la palabra, pues cierto cosmopolitismo era el corolario de su sentimiento de propiedad respecto de la civilización. Pero eran muy susceptibles a las teorías raciales estrafalarias.¹⁷

París era la capital de la razón y, al mismo tiempo, de la astrología, la medicina alternativa y las religiones pseudocientíficas. Esto explica el éxito de *Action Française*, el periódico de los ultranacionalistas. Fue fundado en 1899 por un grupo de intelectuales que se reunían

en el Café Flore del Boulevard Saint-Germain —el mismo que, en 1944, sería “liberado” por los existencialistas—, que floreció gracias al talento de Charles Maurras. Este escritor difundió la idea de una conspiración múltiple: “*Quatre états confédérés: juifs, protestantes, francs-maçons, métèques*” (extranjeros). Esta posición no era muy distinta de la línea oficial del Vaticano durante el caso Dreyfus, aunque remplazaba a los “ateos” por los “extranjeros”.¹⁸

Aunque tanto Maurras como *Action Française* eran ateos, sus opiniones hacían eco de las ideas del papa Pío X. Es más, los católicos se sentían a gusto con estos ateos. El movimiento nacionalista era respetable para las clases media y alta. Muchos escritores importantes simpatizaban con *Action Française* y sus ideas nacionalistas. Entre ellos, “Jacques Bainville, el principal historiador popular de Francia, de cuya *Histoire de France* (1924) se vendieron más de 300,000 ejemplares y cuyas obras *Napoléon* (1931) y *La Troisième République* también fueron *best-sellers*”.¹⁹

Los republicanos y los izquierdistas, derrotistas y pacifistas, desconfiados de su propio Ejército, eran incapaces de apoyar y, menos aún, de iniciar, una estrategia antigermana y antibolchevique. Los nacionalistas tampoco estaban preparados para semejante misión. El momento para dar un golpe nacionalista ocurrió el 6 de febrero de 1934, cuando explotó el escándalo de Alexandre Stavisky, defraudador financiero, judío ucraniano que se enriquecía ilegalmente en medio de la gran crisis económica que afectaba a los franceses. Para colmo, no recibió ningún castigo, pues con sus estafas beneficiaba a un grupo de políticos. Comenzaron los disturbios en París en contra de un gobierno que se negaba a condenar a Stavisky y, sin duda,

cierto tipo de estado protofascista habría nacido el 6 de febrero de 1934, si Maurras hubiese dado la señal para la acción. No obstante, en ese momento, el escritor tenía sesenta y seis años, estaba muy sordo y por

temperamento era un sedentario hilvanador de palabras: dedicó el día crítico a escribir un editorial [...].

No hubo un centro alrededor del cual pudiera concentrarse un movimiento fascista unificado. En cambio, existía una proliferación de grupos, cada uno con una ideología un tanto distinta y diferentes grados de tolerancia frente a la violencia. Ofrecían la imagen refleja del despreciado *régime des partis* en la Cámara de Diputados. Las facciones borbónicas como *Les Camelots du roi* disputaban el terreno a las *Jeunesses patriotes* de carácter bonapartista, a los *Étudiants d'action française* ateos y a los grupos fascistas “puros”, como el *Parti Populaire Français*, *Le Faisceau* y las *Phalanges universitaires*, más otros movimientos más tradicionales, como la *Croix de feu*. Los aventureros de tipo nazi, muchos de los cuales después florecerían durante el régimen de Vichy, merodeaban alrededor de estos brotes incipientes y dinámicos, buscando la mejor acomodación. Se necesitó una catástrofe externa para llevarlos al poder.²⁰

¡Maurras, el titán inofensivo, un parlanchín que no actúa! Gracias a eso, los franceses lograron, al menos por un tiempo, librarse de un golpe fascista.

La Tercera República estaba atomizada por movimientos político-intelectuales. Los opositores al régimen no eran tantos ni tan voluntariosos como los enemigos de Weimar en Alemania. Mas los defensores de la República tampoco estaban dispuestos a movilizarse para formar un frente poderoso en defensa de la unidad francesa. Eran muchos los franceses que siguieron a Maurras en su desconfianza de la república, de la democracia, de las finanzas y de Versalles. Eran muchos los que creían que todo lo anterior era producto de una conspiración anglojudía y judeogermana.

Por otro lado, la derecha francesa no era contraria a los avances del fascismo en Alemania e Italia. Peor aún,

ambas vertientes del nacionalismo francés, la jacobina y la antirrepublicana, tenían reservas acerca de los sacrificios que estaban dispuestas a hacer. No se trataba de “mi patria, en el acierto o el error” ni de “mi país, de izquierda o de derecha”, sino de determinar a qué país se aludía (¿al mío o al de ellos?). La división interior de Francia ya era evidente a principios de los años veinte, y el decaimiento de la voluntad que aquélla originó pronto gravitó sobre la política real.²¹

4.4 El *katéchon* fallido de la geopolítica anglofrancesa

Poincaré pensó la defensa de Francia mediante un cerco a Alemania. En el Este, Francia se encargó de fortalecer con armamento y entrenamiento a Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. En el Oeste, el Ejército galo mismo se haría cargo de mantener encapsulados a los germanos. De esto se trató la invasión del Ruhr. Sin embargo, esta acción sacó a flote que británicos y estadounidenses preferían que la economía alemana comenzara a recuperarse. Para los primeros, Alemania era un socio comercial muy importante; para los segundos, era importante mantener la capacidad de pago de los préstamos que la Banca les había otorgado, justamente, para pagar las reparaciones de guerra a los franceses.

Los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos repudiaron la invasión al Ruhr y avanzaron en ese sentido con los Acuerdos de Locarno, en 1925. Éstos negaban a Francia el derecho de contener a Alemania mediante la fuerza y se limitaban a desmilitarizar el Rin. Y, aunque se autorizaba el derecho a Gran Bretaña y a Francia a intervenir mediante la fuerza si Alemania intentaba restablecer su soberanía sobre la región,

este derecho era mera apariencia. A pesar de que, durante la Conferencia Imperial de 1926, [Sir Austen] Chamberlain se vanaglorió de que “la verdadera defensa de nuestro país... ya no es el Canal... sino el Rin”, los jefes del Estado Mayor británico señalaron, en privado, que no poseían los medios militares necesarios para respaldar la garantía. Dos años después, el jefe del Estado Mayor General del Imperio redactó un memorándum destinado al gabinete, donde señalaba que la fuerza total de Alemania, incluidas las reservas, no era El ejército de 100,000 hombres autorizado por Versalles, sino una fuerza de 2 millones. El Ministerio de Guerra francés realizaba el mismo cálculo. En 1928, Poincaré había abandonado el concepto “dinámico” de una frontera estratégica sobre el Rin y había revertido hacia una política puramente defensiva: los expertos ya estaban trabajando en el proyecto que la conocería con el nombre de Línea Maginot.²²

Así, la contención de la agresividad alemana ya no consistiría más en poner un cerco a los alemanes, sino en encerrarse para evitar la invasión. El *katéchon* dejó de ser ofensivo para convertirse en defensivo, lo cual alentó a los alemanes a continuar con sus planes expansionistas.

4.5 El colonialismo o la otra geopolítica de contención

Si para los franceses la alianza con los británicos en aras de detener a los alemanes había fracasado; si el intento de fortalecer la economía mediante las reparaciones de guerra y la invasión del Ruhr habían traído más problemas que beneficios; si la unidad de la nación francesa tampoco podía encontrarse en una ideología común... aún quedaba un *katéchon* más para contener a los alemanes: el colonialismo. Sin embargo, para que fuera viable, hacían falta dos cosas: que las colonias contaran con cierto grado de desarrollo para ser realmente útiles en el momento de una guerra y para contribuir a la economía francesa y que les fueran otorgados mayores derechos a sus habitantes. Sin estos dos prerequisites era muy difícil que “la nación de 100 millones de franceses” que Poincaré presumía se convirtiera realmente en una gran nación.

En cuanto a la primera dificultad, la escasez de dinero para invertir en las colonias, cabe destacar que, en el reparto imperial posterior a la guerra, Francia no logró posiciones ricas en Medio Oriente:

Francia obtuvo únicamente Líbano, donde era la protectora tradicional de la comunidad cristiana maronita, y Siria occidental, donde no había petróleo, pero sí muchos y feroces nacionalistas árabes [...]. En Siria, el mandato fue un fracaso total y provocó una rebelión de gran magnitud, sofocada a costa de enormes gastos militares, que culminó en 1925, cuando el Alto Comisionado francés bombardeó Damasco con artillería pesada [...]. Francia nunca obtuvo de esa región un solo franco de beneficio [...].

Las colonias negras de Francia en África habían sido adquiridas después de 1870 por razones de prestigio, no económicas, para mantener ocupado al Ejército y pintar de azul el mapa. Una ley de 1900 establecía que cada colonia debía solventar su propio mantenimiento. Se organizaron federaciones en África occidental (1904) y ecuatorial (1910), pero [...] si se quería que tuvieran cierto sentido económico, era necesario vincularlas con los territorios franceses de África del Norte. En 1923, el Quai d'Orsay y los ministerios de guerra y colonias acordaron que la construcción de un ferrocarril a través del Sahara era absolutamente “indispensable”. Mas no había dinero.²³

Ahora veamos lo lejano que estaban los galos de alcanzar —pues ni siquiera lo concebían— el segundo prerequisite de unidad. En lugar de otorgar derechos graduales a los nativos de Asia y África, se fortalecía el siste-

ma discriminatorio. Francia estableció en Indochina un régimen opresivo, donde abundaban, como castigo contra los opositores, los juicios sumarios. Indochina tenía uno de los peores sistemas de trabajo forzado del mundo y su sistema de gravámenes aplicados a los nativos incluía la antigua *gabelle* o impuesto sobre la sal y la *corvée* o trabajo sin paga en los dominios del terrateniente.

En los Tratados de París, el vietnamita Hồ Chí Minh se había presentado para pedir derechos políticos y económicos a los franceses, no autodeterminación. No consiguió nada. En buena medida, porque los metropolitanos consideraban que no debían de intervenir contra los designios de los funcionarios franceses *in situ* —que eran más de 5,000— y de los colonos.

Ni siquiera en Argelia, que recibía mayor atención y recursos económicos que ninguna otra colonia francesa, el gobierno metropolitano estaba dispuesto a otorgar derechos a los locales en contra de la voluntad de los colonos, que solían ser profundamente racistas, crueles y explotadores. Los colonos franceses tenían representantes en el parlamento de París, lo cual les otorgaba una voz que los colonizados no tenían; por lo general, el resto de los parlamentarios no tenían interés en contradecir a sus paisanos de ultramar.

La relación de los colonos con los nativos ilustra a la perfección el “encapsulamiento artificial”. Recordemos que este concepto va de la mano del de falso holismo:

Al igual que el holismo tradicional, el falso instaaura jerarquías, busca alejar las miradas de envidia ante ciertos objetos; si bien la falta de legitimidad es una diferencia fundamental respecto al encapsulamiento original: mientras este último es más un fenómeno cultural que físico, su versión artificial tiene que recurrir al encierro de las riquezas, la construcción de fortalezas y a los carruajes cerrados. El encapsulamiento artificial tiende a generar la rabia de las clases bajas, no su reconocimiento; por ello, hace falta una mayor dosis de brutalidad para mantener el orden en este tipo de sociedades: el orden temible, el poder sin autoridad.²⁴

Este concepto, a la vez, explica el motivo de “la decadencia de la legitimidad”. Era un sistema fincado sobre una desigualdad ofensiva; unas jerarquías que no eran concebidas como elementos de la naturaleza ni mucho menos del orden divino. La de las colonias era una desigualdad aún más agravante, en tanto que estaba construida sobre un modelo político y social que se pretendía igualitario: “En Marruecos, un agricultor francés podía gozar del mismo nivel de vida que alcanzaba su contraparte en el Medio Oeste estadounidense. Todos los europeos que vivían en esa región gozaban

de ingresos reales una tercera parte superiores a los de Francia y ocho veces superiores a los de los musulmanes”.²⁵

El mariscal Louis-Hubert Lyautey, con varias décadas de experiencia colonizando regiones de África, gobernaba el protectorado de Marruecos por medio de los caídos, cadís o alcaides. Éstos compraban los cargos de inspector de impuestos y de juez. Para hacerlo, se endeudaban y, para pagar los intereses, exprimían a la población árabe:

El más importante de los caídos, el notorio El Glawi, Pashá de Murrakesh, administraba un imperio montañoso y desértico —donde proliferaban las pandillas y los monopolios— e incluso el control de las 27,000 prostitutas de Marrakesh, que atendían las “necesidades” de todo el Sahara occidental. En el aspecto que importaba más, la educación, se realizaron escasos progresos. Había excesivo número de funcionarios franceses: la cifra se elevaba a 15,000, el triple de los que revistaban en el gobierno de la India, y todos estaban ansiosos de perpetuar sus cargos y, si era posible, convertirlos en hereditarios. De este modo, en 1940, sólo el 3% de los marroquíes asistía a la escuela. Incluso, hacia 1958, sólo 1,500 individuos recibieron educación secundaria. En 1952, había solamente veinticinco médicos marroquíes, de los cuales catorce pertenecían a la comunidad judía.²⁶

Johnson pone un especial énfasis en el racismo de los colonos franceses, que contrasta con la apertura de los metropolitanos. En París eran especialmente bien recibidos los “*evolués*”, es decir, los africanos y asiáticos europeizados, asimilados. René Maran, escritor negro de la Guyana Francesa, ganó el Premio Goncourt. Su novela de 1921, *Batouala*, aportaba la visión que tenía el negro del colonialismo. Pese a los laureles, el libro se prohibió en los territorios africanos de Francia. Algunos de los negros que fueron a estudiar a París llegaron a dominar el francés y la ciencia moderna,

pero, una vez que llegaban a París, tendían a quedarse allí. Durante la década de 1930, Léopold Sédar Senghor, después presidente de Senegal, se sintió tan cómodo en los círculos católicos de derecha que se convirtió en monárquico. Al parecer, no tenía futuro en África. En 1936, sólo 2,000 negros habían obtenido la ciudadanía francesa. Salvo los veteranos de guerra y los empleados oficiales, la gran mayoría de los africanos negros estaba sometida al *indigénat* (es decir, la ley especial que colocaba a los colonizados por debajo de los colonos), justicia sumaria, multas colectivas y, sobre todo, el trabajo forzado. Félix Houphouët-Boigny, después presidente de Costa de Marfil, describió a las cuadrillas de tra-

bajo como “esqueletos cubiertos de llagas”. Antonelli, gobernador del África Ecuatorial Francesa, reconoció que la construcción del ferrocarril Congo-Océano, en 1926, “requeriría 10,000 muertes”; en realidad, fue mayor el número de los que murieron durante su construcción. Los africanos negros votaban con los pies, y huían a las colonias británicas próximas para evitar las redadas.²⁷

En 1933, el primer ministro francés, Albert Sarraut, expuso que la I Guerra Mundial había provocado que asiáticos, africanos y otras “razas” perdieran el respeto por los europeos. También, muchos europeos lo perdieron respecto a sí mismos, pero no tanto como para ceder la igualdad jurídica a los africanos:

Maurice Viollette, un liberal que fue gobernador general de Argelia y, más tarde, como diputado, uno de los patrocinadores de la reforma, previno a la Cámara: “Cuando los musulmanes protestan, ustedes se indignan. Cuando aprueban, ustedes sospechan. Cuando callan, ustedes temen. Señores, estos Hombres no tienen una nación política. No reclaman siquiera su nación religiosa. Todo lo que piden es que se los acepte en la vuestra. Si ustedes se niegan, cuídense, no sea que pronto creen una para ellos mismos”. La reforma fue rechazada.²⁸

A principios de los treinta, Albert Sarraut veía con horror el comunismo que comenzaba a difundirse en África. Llamó incluso a hacer frente común con los alemanes y los italianos para la defensa de las colonias. Sin embargo, mientras los conflictos en Europa se agravaban, los franceses volvieron a la idea de la I Guerra Mundial: ¡había una Francia de 110 millones de habitantes para enfrentar a los alemanes! Ya en 1939, Georges Mandel, ministro de colonias y quien fuera secretario de Clemenceau, presumía haber reclutado a dos millones de árabes y negros para el ejército galo.

El colonialismo era un *katéchon* que parecía resolver la crisis demográfica de los franceses, al mismo tiempo que producía conflictos con los colonos y los colonizados. Se llenaba un hueco, pero se abría otro.

4.6 Mitos del colonialismo

Paul Johnson hace una exposición sobre diferentes teorías del colonialismo que tienen no sólo importancia académica, sino también política. Su relevancia no deriva de su veracidad, sino del hecho de que mucha gente las cre-

yó y las utilizó para explicar su propia realidad. Otros quizás no las creyeron, pero les pareció conveniente simular que las creían.

Entre las teorías descritas están las del londinense Eduard Gibbon Wakefield, quien llegó a ser primer ministro de Nueva Zelanda y la de Cecil Rhodes, magnate de los diamantes y fundador de Rhodesia, en las actuales Zambia y Zimbabwe. Para estos autores, la falta de espacio en Europa producía desocupados que amenazaban el orden social. Más aún, en la búsqueda de tierras, había una tendencia natural a hacer la guerra. El imperialismo, por ende, era una alternativa al conflicto entre europeos.

El militar y economista Robert Torrens, en 1835, “fue el primero que formuló la opinión de que en las colonias debían de verse, sobre todo, como un lugar adecuado para la inversión de capital”. La noción de excedente de capital como motivo para la colonización fue retomada por John Stuart Mill. Por su parte, Joseph Chamberlain, secretario de estado para las colonias —y padre de los también políticos *Sir Austen* y *Sir Neville Chamberlain*—, afirmaba que las colonias existían para suministrar mercados a las exportaciones. El primer ministro francés Jules Ferry, el economista galo Paul Leroy-Beaulieu y el teórico alemán Gustav von Schmoller compartían este punto de vista. Johnson concluye:

a juicio de todos estos escritores y profesionales de la colonización, el proceso era consciente y sistemático y, sobre todo, racional. La mayoría creía que el proceso era benévolo y beneficiaba a todos los implicados, incluidos los pueblos nativos. Más aún, *Lord Lugard*, el creador del África Occidental Británica, creía que Europa no sólo tenía cierto interés, sino que además respondía a un mandato moral cuando ponía sus recursos financieros al alcance del mundo entero.²⁹

Donde más se detiene nuestro autor es en el texto de J. A. Hobson, intelectual, profesor y periodista del *Manchester Guardian*, quien ejerció enorme influencia lo mismo sobre *Lord Keynes* y los teóricos de la socialdemocracia que sobre Lenin. Su teoría la concibió envuelto de ira:

durante la década de 1890, lo irritó tanto la “rebatña” por África, los episodios en que mediante la fuerza se arrancaron concesiones a China y, sobre todo, los acontecimientos que llevaron a la Guerra de los Bóer, que escribió un áspero libro, *Imperialism* (1902), en el cual se exponía el proceso como un acto coordinado e intencional de perversidad, protagonizado por el “capital financiero”, a menudo judío. El imperialismo era la consecuencia directa del subconsumo y la necesidad de exportar

capital para obtener mayores ganancias. En dos capítulos fundamentales, “Los parásitos” y “La fuente económica del imperialismo”, expuso su teoría de la conspiración en términos sumamente moralistas y emotivos y sostuvo que las únicas personas que se beneficiaban con los imperios eran “los capitalistas financieros”: los nativos sufrían, las naciones colonizadoras como un todo sufrían.³⁰

Hobson definió el imperialismo como “el empleo de la maquinaria oficial por los intereses privados, principalmente capitalistas, para obtener ventajas económicas fuera del país”. El libro fue especialmente atractivo para los marxistas. Los austromarxistas Bauer y Rudolf Hilferding afirmaron, en 1910, “que el imperialismo determinaba que la guerra fuese absolutamente inevitable”. En 1916, Lenin reprodujo estas ideas en *El imperialismo: etapa superior del capitalismo*.

La teoría marxista-imperialista ganó gran aceptación en vastos públicos, no por su verosimilitud, sino porque ofrecía ventajas psicológicas a millones de personas. Como el marxismo tradicional, esta teoría producía una visión simplificada de la realidad, maniquea y exculpadora. ¿Qué mejor que responsabilizar a los demás de nuestras propias desgracias? ¿Qué mejor que disfrazar nuestra envidia de justa indignación? En fin, era una teoría que ofrecía las ventajas del mito. Todo esto provocó el enojo de Paul Johnson: “El proceso en virtud del cual esta teoría grosera e inverosímil se convirtió en el saber convencional de la mayor parte del mundo durante el medio siglo que siguió al Tratado de Versalles representa uno de los procesos fundamentales de los tiempos modernos”.³¹

La teoría de la conspiración, la teoría que exagera los poderes de unos cuantos para hacer el mal y que nos exculpa de nuestras propias responsabilidades, se sostiene en el mecanismo del chivo expiatorio. Cuando dicha teoría funciona bien, es un mito y, cuando funciona a medias, es una ideología, un *katéchon*.

4.7 La realidad histórica del imperialismo

Para nuestro autor, el imperialismo no es un derivado del capitalismo, puesto que, “si se crean los imperios a causa del exceso de ahorro y el subconsumo, si representan la etapa final del capitalismo, ¿cómo se explican los imperios de la Antigüedad?”. Y, específicamente sobre la explicación conspirativa del imperialismo, Paul Johnson anota:

La teoría de la conspiración exige la existencia de un pequeño número de personas muy inteligentes que formulan una apreciación sumamente racional y coordinan sus esfuerzos. En realidad, el número de inversores, solamente en Francia y Gran Bretaña, era muy elevado, y su conducta emocional, inconsecuente, mal informada y prejuiciosa. La City de Londres era incapaz de planear nada, mucho menos una conspiración de alcance mundial; perseguía sencillamente lo que imaginaba —a menudo erróneamente— eran sus intereses de corto plazo, sobre una base de iniciativas día por día. La característica más consecuente de los inversores europeos durante el período colonial fue la ignorancia, basada en la pereza [...]. Si los inversores no respondían a acuerdos ni concertaciones —mucho menos a un propósito conspirativo—, los administradores coloniales no poseían una visión mucho más clara.³²

La génesis y la lógica misma de las instituciones imperiales confirma que la colonización no era producto de un plan coordinado, mucho menos de una conspiración:

el sistema —si así puede llamárselo— se organizó lentamente: incluso los franceses no contaron con un Ministerio de Colonias hasta 1894; Alemania, hasta 1906; Italia creó el suyo en 1907; Bélgica, en 1910; Portugal, en 1911. Su “período clásico” entre las guerras ya era una suerte de crepúsculo. Su existencia fue demasiado breve para producir resultados con arreglo a su propia lógica.³³

Nuestro autor se zambulle en el océano real del imperialismo y se encuentra con los pedazos de un rompecabezas que no se puede armar coherentemente, porque las piezas no encajan en ninguna generalidad. Jules Ferry fue quien más se aproximó a la verdad cuando describió la rebatiña imperial como una “inmensa carrera hacia lo desconocido”.

En India, los británicos buscaban producir “imitaciones de europeos” mediante la instauración de un sistema educativo. Los sistemas del mandato dual de *Lord Lugard* en África Oriental y el del francés *Lyautey*, en Marruecos, buscaban al mismo tiempo fines tan dispares como el altruismo con los nativos, ventajas militares, estratégicas y de emigración. Además, entraban en juego también el prestigio nacional, la defensa de los intereses de los colonizadores y mejoras en la economía nacional. Más aún,

muchos territorios coloniales desde el punto de vista legal no eran en absoluto colonias, sino protectorados o mandatos, territorios en fidei-

comiso, federaciones de reinos y principados o casi soberanías, como Egipto y los estados del Golfo Pérsico —incluso la propia Persia—. Había una veintena de diferentes prototipos. Ciertas colonias, en especial en África occidental, contenían dos o más entidades legales por completo distintas, que representaban capas arqueológicas sucesivas de la penetración occidental. En tales circunstancias, perseguir una política colonial consecuente, con propósitos claros de largo alcance, era imposible.³⁴

En ocasiones, los motivos eran notoriamente coyunturales. Los oficiales navales franceses tomaron Argelia, Indochina y África Occidental por iniciativa propia. El gobierno galo estuvo de acuerdo, pues “podía considerarse al Imperio Francés un gigantesco sistema de actividad, que venía a tranquilizar a los oficiales militares. Estaba destinado a ofrecerles algo que hacer”.³⁵ Así, se usaba el imperialismo como un *katéchon* que exteriorizaba la amenaza de ingobernabilidad y violencia.

Johnson agrega otros elementos del incoherente rompecabezas imperial: “¿Por qué en América Latina la fase de la inversión capitalista siguió más que precedió o acompañó al colonialismo español? ¿Por qué en esa dilatada área los capitalistas apoyaron a los libertadores políticos?”.³⁶ Finalmente y contra todo sueño del buen salvaje y la explicación simplista del marxismo-leninismo que permita la comodidad del victimismo, nuestro autor agrega:

Además, algunos de los países “explotados” o colonizados eran, a su vez, imperios residuales. China fue la creación de una serie completa de dinastías imperiales [...]. India fue el producto del imperialismo mogol. Turquía se había expandido a partir de la Anatolia otomana. Egipto era una antigua potencia imperial que, después de separarse de Turquía, intentaba volver a agruparse con Sudán. Existían media docena de imperios nativos al sur del Sahara, dirigidos por grupos y movimientos como los ashanti, los fulani, los bornu, los Al-Haji Umar, los futa toro. Etiopía era un imperio que competía con los imperios europeos en el Cuerno de África, antes de que en 1935 sucumbiese a uno de ellos. Birmania era una suerte de imperio. Persia, como China, era un sobreviviente imperial de la Antigüedad. El propio colonialismo creó imperios de este tipo anómalo. El Congo (más tarde, Zaire) fue el resultado de la Conferencia de Berlín, en 1884-1885, y sobrevivió a la descolonización sin el beneficio de ninguno de los factores que, de acuerdo con la teoría, eran creadores de imperios. Lo mismo cabe decir de Indonesia, un producto del espíritu de orden de los holandeses, formado con veintenas de territorios muy distintos. La teoría de la conspiración no aclaraba ninguno de estos casos.³⁷

El punto más importante de la crítica a las teorías de la conspiración del imperialismo, a la teoría marxista-hobsiana-leninista, es que la mayoría de las colonias no aportaba rendimientos elevados a la supuesta inversión de capital excedente. En parte, porque “nunca existió nada semejante al capital excedente. Siempre fue difícil hallar capital de inversión; afirmación válida sobre todo en las colonias”.³⁸ Destacan la actitud siempre imperialista de alemanes e italianos, que mostraban enorme interés en la posesión de colonias, pero también se mostraban renuentes a invertir en ellas.

Paul Johnson ilustra la falta de interés de los capitalistas por invertir en sus imperios con el hecho de que los gobiernos ahí debían convertirse en intervencionistas. En las colonias, generalmente, se tenía

que mantener un sector público más amplio que en la metrópoli. Así, Gran Bretaña promovió la modernización y la expansión de la agricultura, administró los servicios de salud pública en todas las colonias de la Corona y también administró los ferrocarriles estatales en todos los territorios africanos que se extendían al sur del Sahara —excepto Rhodesia y Nyasalandia—. Todo esto apunta a la escasez, no al exceso de capital. El gobierno procedió así a causa de un sentido del deber, no impulsado por su propio deseo; estas actividades venían a acrecentar las deudas.³⁹

Más aún, los trópicos no produjeron grandes beneficios. Incluso, fue más frecuente que los negocios internacionales florecieran ahí después de la era colonial:

Se conocen unos pocos casos en que se obtuvieron grandes éxitos. En África Occidental, Lever Brothers realizó enormes inversiones en el campo de las comunicaciones, los servicios sociales y las plantaciones, las cuales, hacia la década de 1950, empleaban a unos 40,000 africanos: la compañía poseía 350,000 hectáreas y explotaba activamente 60,000. Hubo también elevadas inversiones y, a veces, se obtuvieron grandes ganancias [...] en Malasia, que, gracias al caucho y el estaño, fue probablemente la colonia más rica entre las guerras.⁴⁰

Durante esta época imperial, fue muy claro que “el capital no marchó en pos de la bandera. Los británicos solían invertir su capital tanto en los estados latinoamericanos independientes como en las colonias de la Corona”. Los franceses, por su parte, invertían más en Rusia que en África o Asia. Los británicos hicieron enormes inversiones en Malasia, Java y Sumatra en lugar de “en sus innumerables territorios africanos”.⁴¹

Los éxitos, además, rara vez estaban asegurados. Así, en “Argentina, que atrajo más dinero británico que otro cualquiera de los territorios en proceso de desarrollo, enseñó a todos los inversionistas una terrible lección durante su crisis financiera de 1890-1891”.⁴² Holandeses, belgas y británicos tendieron más a desarrollar una política de libre comercio, mientras que los españoles, italianos, portugueses y estadounidenses fueron más proteccionistas.

4.8 Las consecuencias reales del imperialismo

La teoría marxista y sus derivados han afirmado que las metrópolis imperiales condenaron al atraso a sus colonias, incluso después de haber dejado de tutelarlas. Más aún, se trata de teorías que afirman que esto ocurrió intencionalmente. Todo esto es parte de una mitología que simplifica la realidad y produce maniqueísmos. Nuestro autor matiza al respecto:

Los gobiernos coloniales hicieron poco para promover la industria, pero tampoco la limitaron intencionadamente. En general, existían pocos incentivos para invertir, escasez de mano de obra especializada y carencia de buenos mercados locales: tales eran los principales obstáculos. Cuando las condiciones eran apropiadas, como en el Congo belga, se desarrolló la industria entre las dos guerras, aunque el dinero provino principalmente no de la propia Bélgica, sino de fuentes extranjeras y de filiales de propiedad extranjera —otro golpe asestado a la teoría de la conspiración—. Dakar, en el África Occidental Francesa, fue un foco de crecimiento precisamente por las mismas razones.⁴³

Decir que el imperialismo por sí mismo buscaba limitar el desarrollo de los colonizados es también una simplificación. A veces, el imperialismo se instauraba para establecer medidas proteccionistas; a veces, para impulsar el libre comercio. Solía contribuir con infraestructura y con condiciones preferentes de comercio y, en muchas ocasiones, esto produjo industrias modernas en las colonias, las cuales beneficiaron, sobre todo, a las élites locales, no a las metrópolis. Por ejemplo:

El virrey *Lord Curzon* persuadió a J. N. Tata, el magnate parsi del algodón, de la conveniencia de crear una industria india del hierro y el acero, y con ese fin Gran Bretaña fijó barreras aduaneras de carácter protector. En 1945, India producía 1.15 millones de toneladas anuales y los productores prácticamente monopolizaban el mercado. También en las áreas del algo-

dón y el yute, donde prevalecían condiciones atractivas para la industria, los indios podían producir ellos mismos el capital y, en efecto lo crearon, mientras que los británicos aportaron la protección. Cuando llegó la independencia, India poseía un amplio sector industrial y las firmas indias controlaban el 83% de la banca, el 60% de las exportaciones y las importaciones, y suministraba el 60% de los bienes de consumo.⁴⁴

La mitología marxista también suele culpar al imperialismo de la pobreza de las colonias. Sin embargo, un estudio de las condiciones de vida de las poblaciones locales antes del imperialismo muestra que éstas eran pobres de antemano:

El proceso implicaba, por lo común, pasar de la agricultura de subsistencia a la producción en gran escala para la exportación. Esta supuesta “deformación” de las economías coloniales para servir a los fines de la madre patria o a los mercados mundiales constituye la base de la acusación de que estos territorios, sencillamente, fueron “explotados”. Se arguye que las colonias llegaron a ser más pobres que antes, que se procedió a la destrucción de sus economías “naturales” y que esos países ingresaron en una fase de la enfermedad denominada “subdesarrollo” [...].

Los jefes independientes no sólo eran imperialistas en pequeña escala, sino que mostraban una actitud excepcionalmente adquisitiva. Pasaban a la agricultura comercial siempre que podían encontrar mercado. De hecho, no había alternativa tan pronto el aumento de la población convertía a la agricultura de subsistencia en un callejón sin salida.⁴⁵

Los principales obstáculos de las colonias y excolonias para alcanzar niveles de desarrollo similares a los europeos no derivan del imperialismo, sino de la falta de interés de los inversionistas, de la carencia de capitales propios, de la escasez de mano de obra calificada, de la debilidad de los mercados y de las deficiencias de la infraestructura que encarecen los productos y servicios. Así:

El análisis de los precios de exportación del café, el cacao, el maní, el algodón, el aceite de palma, el arroz, la goma arábiga, los granos y el kapok en los territorios del África Occidental Francesa, durante la última fase del dominio colonial (1953), demuestra que los beneficios eran reducidos y estaban determinados sobre todo por el sistema de transporte. El argumento de que las economías avanzadas organizaron el deterioro progresivo de los términos del intercambio para deprimir los precios de los artículos primarios no concuerda con la prueba estadística y es, simplemente, otro aspecto de la teoría de la conspiración.⁴⁶

4.9 Los aspectos nefastos del colonialismo

Claro que el colonialismo tuvo aspectos nefastos, pero no los que afirman los marxistas. En el período entreguerras, destacaron el trabajo forzado y la mala distribución de las tierras con un criterio racial, situaciones que, a la par, agravaron los conflictos étnicos. En cuanto al trabajo forzado, tuvo el siguiente origen:

podía conseguirse que la tierra africana fuese productiva y que se elevase por sobre el nivel de la agricultura de subsistencia solamente si se disponía de un caudal adecuado de fuerza de trabajo, que se desempeñara en jornadas regulares, según el estilo europeo. En el África precolonial, la respuesta había sido la esclavitud. Las potencias coloniales más progresistas, Gran Bretaña y, en menor medida, Francia, estaban decididas a abolirla. Los británicos preferían empujar a los africanos hacia el mercado de trabajo apelando a los impuestos, o bien, importando fuerza de trabajo contratada [...]. Como poseían un imperio mundial en el cual tanto la fuerza de trabajo como las mercancías podían desplazarse libremente, indujeron a los indios a trabajar en Birmania, Malasia, el Pacífico, Ceylán y África meridional, central y oriental e incluso en América Central y del Sur; y a los chinos, a trabajar en Asia suroriental, el Pacífico, África del Sur y Australia. También promovieron grandes desplazamientos interiores en África, del mismo modo que los holandeses en Indonesia indujeron a los javaneses a trabajar en otras islas. El resultado fue la creación de un elevado número de problemas raciales y comunales insolubles —o, en el caso de Indonesia, el imperialismo javanés—, que todavía perduran. Los holandeses también adoptaron el llamado “sistema de cultivos”, que obligó a los habitantes a producir por el hecho de exigirles el pago en especie, en un marco en que el Estado era el principal propietario de plantaciones y el principal agente. El sistema de cultivos fue adoptado por Leopoldo II, el creador del Congo belga, y se convirtió allí en la base de la economía; en este caso, los belgas presionaron también sobre los jefes locales con el propósito de que éstos suministraran “voluntarios” que quedaban atados por contratos muy prolongados. Los franceses y los portugueses se atuvieron en general a las *corvées* (trabajo forzado) sin paga como sustituto de los impuestos. Los peores ejemplos de opresión se manifestaron en el África portuguesa y el Congo. En general, se había corregido esa situación hacia 1914, después de las denuncias de algunos periodistas británicos y de los funcionarios consulares. Mas ciertas for-

mas del trabajo forzado se prolongaron hasta fines de la década de 1940, si bien a pequeña escala.⁴⁷

Es decir, el problema de las colonias y excolonias no tenía qué ver con el capitalismo ni con el exceso de capital de los inversionistas, sino con la falta de instauración justamente del capitalismo y de inversión. Peor aún,

hasta un período relativamente reciente, la mayoría de los africanos se mantenía completamente al margen de la economía salarial. Todavía durante la década de 1950, de un total de 170 millones de africanos que habitaban al sur del Sahara, sólo 8 millones trabajaban por un salario en cierto momento del año. Donde los salarios eran altos, los africanos trabajaban con buena voluntad: las minas de oro de Rand jamás tropezaron con dificultades para conseguir fuerza de trabajo, desde sus orígenes hasta el momento actual. En otros lugares se repetía la misma historia de siempre: escaso rendimiento, reducida inversión, baja productividad y salarios bajos. Ninguno de los que trabajó en África, blanco o negro, se adhirió jamás a las fantasías acerca del capital excedente. Esas ideas existían únicamente en Hampstead y en los cafés de la Margen Izquierda.⁴⁸

En cuanto a la mala distribución de las tierras en el sur de África, cabe mencionar que se usaron los procedimientos de ingeniería social aplicados en las colonias británicas de América durante el siglo XVIII, que implicó el genocidio de los indios norteamericanos. Así fue como los colonos aplicaron políticas que minaban el individualismo desmitificador de la ética judeocristiana:

En África del Sur, hacia 1931, alrededor de 1.8 millones de europeos tenían “reservas” de 440,000 millas cuadradas; en cambio, 6 millones de africanos poseían sólo 34,000 millas cuadradas. En Rhodesia meridional, la Ley de Distribución de la Tierra de 1930 otorgó a los europeos, que ya poseían 15 millones de hectáreas, el derecho de comprar otros 17 millones de hectáreas de tierras de la Corona; en cambio, los africanos, que poseían reservas de 103 millones de hectáreas, tuvieron acceso a sólo 3.5 millones más. En Rhodesia septentrional, los blancos ya tenían la posesión exclusiva de 4.5 millones de hectáreas.⁴⁹

Esta división de las tierras no tenía una justificación clara. Por el contrario, los imperialistas sostenían en el discurso lo contrario a lo que hacían:

En Kenia, esta deformación intencional del mercado libre de tierras fue particularmente vergonzosa, pues, en 1923, el duque de Devonshire, en su carácter de secretario de las colonias, había formulado la Declaración de Devonshire: “Ante todo, Kenia es un territorio africano [...] los intereses de los africanos deben prevalecer”. A pesar de esta afirmación, en un ejercicio intencionado de ingeniería social, se expulsó de las Mesetas Blancas a sus habitantes kikuyu para dejar sitio a los agricultores blancos. Durante la década de 1930, había en Kenia 53,000 millas cuadradas de reservas africanas, 16,700 reservadas para los europeos y 99,000 millas de tierras de la Corona, y el gobierno podía distribuir éstas de acuerdo con criterios políticos arbitrarios. El sistema era indefendible.⁵⁰

Todo esto agravaba a los africanos y producía un encapsulamiento artificial, una jerarquización sin legitimidad. ¿Qué motivó estos aspectos nefastos del imperialismo? Cuando los colonos presionaban a favor de la ingeniería social de la distribución de las tierras sobre la base de diferencias raciales,

estaban formulando una tosca respuesta a lo que para ellos era un hecho abrumador: el desarrollo desigual de las sociedades humanas [...]. Los imperios capitalistas europeos arquetípicos, que ya estaban claramente delimitados durante los años 1870-1945, fueron una serie de intentos, carentes de coordinación y espasmódicos, a menudo contradictorios, de resolver el problema representado por la existencia de sociedades avanzadas y atrasadas en un mundo que tendía a contraerse y donde los contactos eran inevitables, entre otras cosas, porque las poblaciones estaban creciendo casi por doquier, y también las expectativas.⁵¹

La ingeniería social, impulsada por los colonos y apoyada por importantes políticos de las metrópolis como Ferry, Lugard, Sarraut, Lugard o Lyuately, implicaba un optimismo injustificado en el sentido de que podía acelerarse el proceso de modernización. Peor aún, “sus sucesores en el papel de gobernantes independientes alentaron exactamente las mismas ilusiones: Sukarno, Nasser, Nkrumah, Nehru [...]. Empero, la mayoría de los países pobres ocupaban la misma posición, comparados con los ricos, durante la década de 1980 que durante la de 1870, cuando comenzó la gran era del colonialismo”.⁵²

4.10 Los *katéchones* en el orden colonial

Vale la pena aquí un apunte de teoría mimética, a propósito de los *katéchones* de las sociedades postradicionales. Es evidente que los países europeos colonizadores de los siglos XIX y XX son sociedades modernas. Sin embargo, lo que no es tan evidente es el estadio de las sociedades colonizadas. Vayamos punto por punto.

El *primer elemento* de desestructuración del orden tradicional y la instauración del postradicional es el intento de imponer un orden político-jurídico que concentra o busca concentrar en sus propias instituciones la violencia; se trata de un espacio en el cual la política intenta adquirir autonomía frente a lo sagrado, pero nunca logra desembarazarse del todo de los rastros de su origen religioso.

Las comunidades primitivas, las ciudades y los imperios africanos, los imperios asiáticos y los latinoamericanos precolombinos estaban muy lejos de conseguir el monopolio político-jurídico de la violencia.⁵³ Con excepción de China, dicho monopolio no se lograba más que en núcleos territoriales reducidos al interior de los imperios. Ni siquiera los más implacables aspiraban a dicho monopolio; preferían gobernar mediante alianzas con los líderes de las organizaciones sociales preexistentes.⁵⁴ Como dice Dumouchel:

En las sociedades feudales y arcaicas, nadie determina la división entre la violencia buena y la mala por cuenta propia. Socialmente, la división entre violencia legítima e ilegítima resulta de la interacción de las muchas obligaciones de solidaridad y hostilidad que reúnen a los individuos en grupos opuestos: familias, clanes, tribus, señores y vasallos, nobles y campesinos. El Estado moderno borra estas divisiones y asegura que una autoridad moral no centralizada para diferenciar entre violencia buena y mala sea reemplazada por el monopolio de la violencia legítima.⁵⁵

El *segundo elemento* es “la instauración de las religiones antisacrificiales, que proponen una ética universal que debilita las solidaridades tradicionales y que coloca, en el lugar del mecanismo del chivo expiatorio —que externaliza la violencia—, la autodisciplina, la responsabilidad de uno mismo en el control de su propia agresividad.”⁵⁶

En este caso, podemos hablar del avance de las religiones axiales en África, las cuales, precisamente, minan las solidaridades tradicionales y sustituyen la visión mítica del bien y el mal por una versión de la responsabilidad individual. En algunas regiones de África, así como en enormes extensiones de Asia y América Latina, hubo claros avances del Islam y el cristianismo;

además, en Asia, destacan las tradiciones axiales locales, como el hinduismo, el budismo y el confucianismo. En este aspecto, una parte importante del mundo colonizado durante el siglo XIX es claramente postradicional, donde grandes capas de la población creían ya más en el autosacrificio que en el sacrificio, en la responsabilidad personal que en la grupal, en la culpa individual que en la culpa colectiva. Sin embargo, como apuntó Dumouchel, la ética universal que sustituye a la ética tribal, más que un compromiso con la Humanidad entera, suele implicar indiferencia a lo tribal, pero también a las obligaciones universalmente planteadas:

La caridad y el perdón han sido los principales agentes del cambio de comportamiento que, en Occidente, ha reducido gradualmente la efectividad de la violencia en el retorno espontáneo a la paz. La caridad, por ejemplo, en la parábola del buen samaritano, es la recomendación de que no debemos reservar nuestra ayuda para aquellos con quienes estamos relacionados por obligaciones recíprocas. Deberíamos de extenderla a todos. Esta recomendación no es una negación de las obligaciones tradicionales, sino llevarlas al extremo [...]. Sin embargo, esto, inevitablemente, debilita esas obligaciones, porque no divide a los agentes en grupos opuestos: aquellos con respecto a quienes tenemos deberes y aquellos con respecto a quienes no los tenemos. La caridad recomienda dar prioridad a aquellos que lo necesitan sobre aquellos con quienes estamos vinculados por obligaciones exclusivas [...].

El perdón transforma en transgresión el deber de la venganza, es decir, la rechaza [...]. Transforma la obligación de vengarse en un pecado [...], en una “debilidad” [...]. El perdón socava la venganza [...]. La caridad y el perdón, tomados como formas de comportamiento modelo, han destruido, poco a poco, las obligaciones tradicionales de solidaridad y violencia. Las han desarmado y reducido su capacidad de estructurar comunidades en grupos distintos [...]. La caridad y el perdón son suficientes para romper la unanimidad contra la víctima porque ponen el cuidado del otro por encima de cualquier obligación de cometer violencia [...]. La caridad y el perdón liberan a las personas de sus obligaciones tradicionales. Les dan una justificación moral que las autoriza a no cumplir con esos deberes. [...] Estas virtudes son ambiguas porque las obligaciones tradicionales a menudo contradicen los intereses de los individuos. Si fuera posible, cada uno las abandonaría, no como un todo y en todas las circunstancias, porque a veces son útiles, sino de vez en cuando, cuando sea conveniente y seguro. La caridad y el perdón proporcionan a los agentes un “ideal” que les permite resistirse a sus obligaciones sin

tener culpa. Proporcionan una excusa que hace posible renunciar a las obligaciones de solidaridad cuando van en contra del interés propio.⁵⁷

El *tercer elemento* que desestructura el orden tradicional es “el incremento del papel de los mercados, que promueven el ascenso del individualismo, y, con ello, debilitan las creencias comunes, la conciencia colectiva, las normas otrora compartidas”. Cuando ocurre exitosamente, “el individualismo mercantil se impone, produce abundancia, intercambios civilizados y dispersión de los deseos; todo esto atenúa y atomiza los conflictos. El egoísmo del *Homo œconomicus* nos convence de que es preferible tener socios que enemigos”.⁵⁸

Como describe Paul Johnson, la instauración del orden mercantil ocurrió de manera defectuosa en las colonias. En parte, porque los colonizados no contaban con instituciones ni tradiciones de mercado poderosas y, en parte, porque ni los políticos ni los capitalistas de las metrópolis tenían recursos suficientes ni interés para fortalecer dichos mercados e instituciones.

El problema con el capitalismo en las colonias no es que empobreciera a las poblaciones colonizadas, pues ya eran bastante pobres antes de ello; la cuestión es que produjo una revolución de las expectativas y, por ende, nuevas formas de odio.

El *cuarto katéchon* es el nacionalismo, “que deslegitima el orden tradicional y coloca en un escenario de comparación y competencia a los pueblos”. Este orden puede ser beneficioso en tanto que es capaz de producir “miramientos kantianos y liberales, es decir, que promueve una idea del bienestar del pueblo, por lo que el Estado no va a la guerra a menos que sea sumamente necesario; pero, sobre todo, el nacionalismo, que implica introspección y reconocimiento de la naturaleza mimética del deseo y, con ello, encuentra soluciones realistas a los problemas internacionales”.⁵⁹

En este caso, dado que las colonias no son soberanas por definición, tendrían poco margen para decidir cómo comportarse; aquí tampoco se les puede juzgar de prudentes o imprudentes. De hecho, los colonizados son una especie de subpueblo, carne de cañón para las batallas, las minas y las tareas que implican sacrificio.

El *quinto elemento* es “el igualitarismo que cuestiona las jerarquías sociales y propone un espacio homogéneo de justicia y bienestar”.⁶⁰ Nada más lejano a la realidad colonial. Dumouchel encuentra que, justamente a propósito del imperialismo y las colonias, el espacio se divide en tres:

Esta división triple refleja la existencia de dos tipos de relaciones de amistad/enemistad: adversarial y hostil. Las relaciones adversariales oponen a grupos “iguales” en conflictos en los que la violencia está sujeta a reglas.

La hostilidad es una relación de violencia desenfrenada que autoriza el exterminio de “Otros” que son demasiado diferentes. La hipótesis del sacrificio de René Girard sugiere una explicación para esta duplicación de las relaciones enemigas. En contraste con los enfrentamientos medidos y ritualizados entre adversarios, la violencia exterminadora de la hostilidad se asemeja a lo que destruye a la víctima del sacrificio [...].

En las relaciones internacionales, podemos ver una estructura que es bastante similar [...]. En el centro, un primer círculo está delimitado por la tierra de la nación. Es el dominio de la ley donde los conflictos se resuelven sin recurrir a la violencia abierta. Está rodeado por un segundo círculo, definido por la alianza de naciones, que es el ámbito de la relación política de “amigos-enemigos” como Schmitt lo ve. Las colonias y la *terra nullius* forman un tercer círculo, donde las relaciones de hostilidad son completamente diferentes y donde poblaciones enteras pueden ser exterminadas libremente.⁶¹

Los colonizadores comprenden pronto que no son iguales a los habitantes de la metrópolis. He aquí el primer agravio: los nativos reciben un trato inferior de los colonizadores; son los discriminados de los discriminados. Sin embargo, la colonización va de la mano de dos agravios adicionales: el pretexto ideológico y la instauración del encapsulamiento artificial. El pretexto ideológico: se coloniza a poblaciones enteras para civilizarlas, es decir, para igualarlas con los blancos. Sin embargo, ni en el trato cotidiano ni en las instituciones se generan realmente las condiciones para la igualdad. Como vimos, lo que sucede es lo contrario: se crean barreras, pero son artificiales y sólo producen un falso holismo.

El *sexto* elemento que desestabiliza el orden tradicional e intenta instaurar un nuevo orden es:

el rechazo de la “sabiduría” que solía mostrar los límites humanos, el conocimiento de las situaciones peligrosas y la mejor manera de no empeorar los conflictos. Este rechazo tiene un nombre en la teoría mimética: el idealismo de la mentira romántica o idealismo radical, que considera que los Hombres modernos, especialmente algunos con una visión titánica de su propio quehacer en el mundo, tienen el derecho o incluso la obligación de desafiar los límites de la moral, la condición humana, el medio ambiente, la sociedad y el orden internacional; muchas veces, causando un grave daño, pero ¡en la búsqueda de hacer un gran bien!⁶²

El titanismo puede contribuir al orden siempre que se mantenga como una cuestión abstracta, un sueño por mejorar el mundo capaz de producir catarsis en la imaginación. A propósito de este efecto, “el titanismo idealista formula soluciones radicales, castigos a quienes los merecen, cambios institucionales [...]. Si todo esto ocurre en las cabezas o las lenguas de los intelectuales alejados del poder, produce una pacificación, en tanto que genera chivos expiatorios sólo en la imaginación y el diálogo”.⁶³

Acerca del colonialismo europeo, vemos en Dumouchel el paso del idealismo bienhechor a la actividad concreta, que encarna las ideas con dolor, sangre y muerte:

En consecuencia, aunque, según [Hegel], la esclavitud es injusta por definición [...] [el propio Hegel] considera que donde, como en África, no hay un estado racional, “la esclavitud sigue siendo necesaria: porque es un momento en la transición hacia una etapa superior de desarrollo” [...]. Lo que está en juego es la justificación de la violencia —y la explotación— basada en la falta de racionalidad. La justificación opone a los europeos como grupo contra “Otros” que tienen un acceso limitado a la razón, como se indica claramente en la estructura de las *Lecciones sobre la filosofía de la Historia mundial*. La violencia es, en este caso, el Otro de la razón, pero esto no la convierte en lo que no es la razón. En este contexto, la violencia no se ve como un medio irracional para resolver conflictos. Es todo lo contrario: en las colonias, como en el estado de naturaleza, en ausencia de un titular del monopolio de la violencia legítima, la violencia reaparece como la única forma razonable de resolver conflictos con otros que no son razonables. Su falta de razón justifica el recurso a la violencia en nuestro trato con ellos: “¡Los nativos sólo entienden con la vara!”.⁶⁴

El modo en que las palabras del idealista Hegel aterrizaron en la Historia fue la ingeniería social aplicada sobre los nativos. A propósito del modelo político del colonialismo, Paul Johnson nota la siguiente paradoja: los países más democráticos impusieron, en sus colonias, un sistema totalitario. Como dice Dumouchel, lo anterior, debido a que concibieron el mundo en tres espacios diferentes.

África y Asia fueron colonizadas por los europeos cuando éstos habían desarrollado ya el capitalismo, el Estado-nación y los métodos modernos de hacer la guerra. El imperialismo fue instaurado en parte para resolver los problemas de las metrópolis de toda índole: demográficos, económicos, militares, políticos, sociales, geopolíticos, ideológicos, entre otros. Sin embargo,

nunca se trató de una empresa del todo coherente. El imperialismo tenía muchos fines y estaba compuesto de variados puntos vista, capacidades y voluntades muy distintas.

También, como ya lo mencionamos, el imperialismo de entreguerras no resolvía los problemas de los imperios. Por si esto fuera poco, tampoco resolvió los problemas mismos de las colonias. Implicó, tanto para los imperialistas como para los colonizados, una serie de *katéchones* muy violentos. En las colonias se trató de malos *katéchones* en tanto que no lograron instaurar:

- 1) Un estado de Derecho, pues entre las poblaciones locales no tenía legitimidad un sistema que prometía igualdad y liberación, pero en los hechos instauraba desigualdad y, en ocasiones, trabajo forzado e incluso esclavitud.
- 2) El monopolio de la violencia en el Estado, dado que no existía la densidad institucional para hacerlo. Las colonias funcionaban, en muchas ocasiones, sobre la base de formas de organización previas que implicaba el reconocimiento de hombres fuertes locales. En ocasiones, también funcionaban tolerando organizaciones alternativas al orden estatal.
- 3) La moral judeocristiana o axial. Se creó una combinación de elementos persistentes de códigos preaxiales, códigos axiales y, lo más grave, religiones modernas. Éstas justificaron la clasificación de las personas como miembros de un grupo y no a partir de sus actos individuales, como es el caso de las clasificaciones raciales pseudocientíficas.
- 4) La prosperidad propia del capitalismo en tanto que no había suficiente inversión, mano de obra calificada, mercados fuertes ni infraestructura competitiva.
- 5) Relaciones internacionales sanas de cooperación y no de conflicto. En principio, porque dichas relaciones se subordinaban a los designios de la metrópolis y, así, se desperdiciaba la situación geográfica concreta de los colonos.
- 6) Un sistema democrático para la consecución del poder, pues no se reconocían ni la independencia de las colonias ni los derechos políticos de los colonizados.

4.11 ¿Decadencia británica?

Paul Johnson concluye las páginas sobre el imperialismo de entreguerras con una reflexión sobre cómo los británicos perdieron la voluntad de tener un imperio. Para ejemplificar esto, habla del desinterés de la élite británica de seguir financiando a los gobiernos coloniales. El periodista

Malcom Muggeridge, que estuvo en Simla a principios de la década de 1920, observó que sólo el virrey y dos funcionarios más tenían automóvil y que las calles eran tan empujadas que todos los culíes de los *rickschaws* morían jóvenes, de ataques cardíacos. Mientras miraba a un hombre adiposo a quien llevaban por la calle, oyó decir a alguien: “Miren, ahí va un hombre arrastrando a otro, ¡y dicen que hay Dios!” [...]. Leo Amery, el más ambicioso de los secretarios de las colonias entre las guerras, vio frustrado su plan de organizar una sección especial de los Dominios porque el Tesoro no estuvo dispuesto a gastar 800 libras suplementarias al año en sueldos.⁶⁵

En los años veinte y treinta, el gobierno del Reino Unido estaba manejado por hombres que dudaban de la legitimidad de su propia autoridad. Eran una generación influida por el decadentismo del grupo Bloomsbury. Había algunos elementos, más allá de la ideología, para el pesimismo: las pérdidas en la I Guerra Mundial, la mala situación de la economía agrícola, las riñas entre industriales, el envejecimiento de la planta productiva, la debilidad de las exportaciones, la molestia de los trabajadores, las consecuentes huelgas y el desempleo. El *katéchon* capitalista fallaba en crear abundancia para atomizar a la población, para producir los “pequeños goces” tocquevillianos, el gozo por la vida privada y llevar la envidia al terreno de las rivalidades entre particulares; en fin, para banalizar la envidia.

En cuanto a las pérdidas durante la Gran Guerra, cabe mencionar que éstas habían “conmovido la confianza de la clase gobernante británica. Las pérdidas del Reino Unido no fueron enormes: 702,410 muertos. Podían compararse con las de Italia, que renació con vitalidad durante los años veinte. Aunque, por supuesto, la población italiana aún continuaba elevándose velozmente”.⁶⁶

Por otra parte, estaba la crisis del viejo sistema de propiedad nobiliaria de la tierra, en decadencia desde el siglo XIX, cuando las importaciones de productos agrícolas ganaron terreno a los de Gran Bretaña. Mas el golpe que desorganizó por completo el sistema de producción del campo ocurrió poco antes del inicio de la guerra, el cual buscaba

proteger a los arrendatarios de los terratenientes. Lloyd George, que odiaba a la aristocracia terrateniente, completó el sistema con su Ley de Agricultura (1920), que incorporó la estabilidad de los arrendamientos; y otra ley, en 1923, que destruyó los acuerdos que restringían los arrendamientos y legalizó la “libertad de cultivos”. El resultado fue la división de millares de propiedades, grandes y pequeñas. “Inglaterra está cambiando de manos”, publicó *The Times*, el 19 de mayo de 1920. “A partir de 1910”, afirmó H. J. Massingham, “una legislación vengativa, demagógica y puramente urbana ha paralizado [al terrateniente]” [...]. En febrero de 1922, la *Quarterly Circular*, de la Asociación Central de Terratenientes, calculaba que todos los años cambiaban de manos 350,000 hectáreas de tierras agrícolas. El año precedente, una sola firma de rematadores había realizado transacciones de tierras cuya superficie era igual a la de un condado inglés común [...]. Es difícil exagerar el efecto de esta descomposición ubicua y no tratada del corazón del antiguo sistema de explotación de la tierra en Inglaterra.⁶⁷

Sobre la situación económica, no está claro si el regreso del Reino Unido al patrón oro, en 1925, ayudó o perjudicó a la economía de la Isla. A propósito de esa decisión, se desató una rivalidad mimética entre Keynes y Churchill. El primero retomó una idea que era lugar común en la época: la debilidad en la productividad —que a la vez llevaba elevados índices de desocupación— era el resultado del error del segundo, quien había tomado la decisión, mientras fue Ministro de Hacienda, de regresar al patrón oro:

Keynes argumentó con energía contra esta actitud y afirmó que era una forma de “mercantilismo contemporáneo”. Los británicos estaban “atán-dose al oro”. Churchill replicó que estaban “atándose a la realidad”, lo cual era cierto: la realidad de la anticuada economía industrial británica [...].

Los efectos de la iniciativa se equilibraron: precios más elevados de la exportación, materias primas y alimentos importados más baratos. Como dijo Churchill, era esencialmente una actitud política destinada a restablecer el prestigio financiero de Gran Bretaña al nivel de la pre-guerra.⁶⁸

En pocas palabras, nuestro autor no atribuye a esa decisión el debilitamiento de la economía británica, pero tampoco le encuentra virtudes. La crisis profunda de Gran Bretaña se relacionaba con otros factores: “la debilidad fundamental de las tradicionales industrias exportadoras de Gran Bretaña —el carbón, el algodón y los textiles, los astilleros y la ingeniería—, todas las

cuales tenían equipos antiguos, antiguas animosidades y prácticas laborales anticuadas, que al combinarse determinaban una productividad inferior”.⁶⁹

Tampoco la huelga general de 1926 trajo efectos profundos. Duró poco, porque el primer ministro, Stanley Baldwin, maniobró rápidamente. Consiguió que los líderes del transporte, de los ferrocarriles y de los mineros comenzaran la huelga al final del invierno. El efecto de la huelga no fue tan duro. El gobierno y los empresarios tuvieron mayor margen de negociación y los sindicatos aceptaron las condiciones de regreso al trabajo.

La debilidad de la economía británica, empero, seguía ahí y “ni el retorno al patrón oro ni el fracaso de la huelga general determinaron el más mínimo efecto en las cifras de la desocupación”.⁷⁰ Éstas se mantuvieron en “una inquietante meseta, incluso antes del fin del auge de los años veinte. Entre 1921 y 1929, los porcentajes alcanzaron los siguientes niveles: 17; 14.3; 11.7; 10.3; 11.3; 12.5; 9.7; 10.8; 10.4”.⁷¹

Donde más enfatiza Paul Johnson la crisis británica es en el *sentimiento decadentista* de la élite, la cual contagió, desde luego, a los votantes. Este decadentismo implicó una exagerada autoflagelación. La élite británica se convirtió a sí misma en su propia víctima propiciatoria. La culpa les invadió hasta los poros. El *katéchon* de la autocontención se convirtió en el centro de la cultura.

En la teoría mimética, esto podría interpretarse como un triunfo del cristianismo y la autocontención que desmitifica la noción del mal como elemento exterior. Sin embargo, en política, no suele ser conveniente transformarse uno mismo en su propio chivo expiatorio. Los británicos se lamentaban sobre sus propios errores, se colocaban en la inacción y la claudicación, pero, mientras esto ocurría, los alemanes convertían el hitlerismo en una peligrosa religión ante la cual los franceses reaccionaban con agresividad para ocultar su propio miedo.

El decadentismo pesimista comenzaba en las universidades y derivaba de la exageración de las pérdidas de la I Guerra Mundial. Más todavía,

se creía generalmente que el alumnado de Óxford y Cambridge, así como de las escuelas públicas, se había visto afectado de manera especial —por la guerra—. En el frente occidental fueron muertos 37,452 oficiales británicos; 2,438 muertos, heridos o desaparecidos el primer día (1 de julio de 1916) de la batalla del Somme. De aquí partió el mito de la “generación perdida”, algunos de cuyos miembros masacrados, por ejemplo, Raymond Asquith, Julian Grenfell y Rupert Brooke —muchos en realidad inadaptados o fracasados—, fueron presentados como irremplazables.⁷²

El mito de la generación perdida era, sobre todo, literario. Poetas como Wilfred Owen, Edmund Blunden, Siegfried Sassoon, Robert Graves, Isaac Rosenberg, Robert Nichols o Wilfred Gibson se obsesionaron con la muerte y la futilidad de la existencia. En los años veinte, surgieron obras como *Journey's End* de R. C. Sherriff; *Undertones of War* de Edmund Blunden; *Memoirs of a Fox-Hunting Man* de Siegfried Sassoon; y *Death of a Hero* de Richard Aldington. Se trataba de una literatura antiheroica que subrayaba el elevado costo de la defensa de la grandeza nacional.

Si la autoflagelación inmovilizadora de los británicos había comenzado en la universidad, se le podía seguir el rastro por las iglesias. La anglicana y la católica apoyaron sin mucho entusiasmo el patriotismo de la I Guerra Mundial. Ambas perdieron “terreno en un momento supremo, y tenían una inquieta conciencia del hecho”. Después de la guerra, la religión comenzó a comprometerse con el pacifismo y a convertirse en crítica del Estado y el capitalismo. Todo esto provocaba rivalidades miméticas absurdas que desviaban la atención de los problemas reales:

Durante los años veinte, sus espíritus más vivaces concibieron un nuevo evangelismo de paz y “compasión”. Algunos incursionaron profundamente en la izquierda. Conrad Noel, vicario de la espectacular iglesia [...] de Thaxted, en Essex, rehusó enarbolar la *Union Jack* en el lugar, con el argumento de que era “un emblema del Imperio Británico, con toda la cruel explotación que el mismo representaba”. Desplegó la bandera roja y, al hacerlo, apeló a la autoridad bíblica: “Él dio la misma sangre a todas las naciones”. Todos los domingos llegaban pandillas de alumnos derechistas de Cambridge con el fin de arrancar la bandera, y tropezaban con la resistencia de los “Corderos de Lansbury”, una fuerza de ex-policias radicales despedidos en 1919 por hacer huelga. Esta batalla de las banderas conmocionó al régimen oficial, y fue una chocante y nueva forma de entretenimiento.⁷³

El personaje más importante en este terreno fue William Temple, obispo de Mánchester desde 1920 y, después, arzobispo de York y Canterbury. Era

el clérigo cristiano más influyente en Gran Bretaña entre las dos guerras. Fue el primer clérigo anglosajón que se inclinó por una política progresista como sustituto de un evangelio del dogma y, por consiguiente, fue parte de ese enorme movimiento que, como Nietzsche había previsto, estaba transformando la energía religiosa en utopismo secular. Temple era una figura jovial [...], que tenía apetito no sólo de hidratos de carbo-

no, sino de martirio social. En 1918, se incorporó al Partido Laborista y anunció la novedad. Durante los años veinte, fundó COPEC, la Conferencia acerca de la Política, la Economía y la Ciudadanía Cristianas, prototipo de muchos organismos semejantes desde entonces hasta hoy.⁷⁴

Temple se convirtió en consejero de agitadores. Promovió la huelga de 1926 que no se tradujo más que en hambre para los mineros y sus familias. De todos modos, “imperturbable, continuó sirviendo a la causa progresista”. Para Paul Johnson, el cristianismo de Temple no hacía más que llevar al altar las ideas de la izquierda:

La filosofía de Temple implicaba la creencia, tan característica del siglo XX, de que la moral cristiana se reflejaba en la persecución de “soluciones” económicas seculares. El concepto cristiano de culpa, que se manifestaba en la inquietud de los dignatarios anglicanos, cómodos y bien aumentados, reforzó intensamente el sentido de obligación que las clases poseedoras y las naciones más ricas comenzaban a alimentar en relación con los carenciados de su propio país y del exterior. La economía no se refería a la creación de riqueza, sino al deber y la virtud. Naturalmente, Temple encontró entusiastas aliados en el sector agnóstico del espectro progresista. Keynes le escribió una carta notable, que negaba enérgicamente que la economía fuese una ciencia neutral desde el punto de vista moral: “la economía, denominada más propiamente *economía política*, es un aspecto de la ética”. Eso era lo que el prelado deseaba oír y lo que el *Fellow* de King’s [College] ansiaba enseñar.⁷⁵

De Keynes, Paul Johnson salta a la distinción entre las universidades Óxford y Cambridge. El economista era, claro está, un producto de la segunda. La primera enviaba a gran cantidad de sus egresados al parlamento y al gobierno y aún enseñaba lecciones de nacionalismo y el orgullo del deber británico con las colonias. Una actitud que se veía reflejada en el director mismo del Balliol College de Óxford, Benjamin Jowett, para quien “la función de Gran Bretaña en el mundo consistía en impartir la justicia civilizada, aplicada, si tal cosa era necesaria, del modo más firme posible”. Una concepción que se condensaba en el marqués George Curzon. Egresado de Óxford, virrey de la India y Ministro de Asuntos Exteriores, reflejaba una época que tendía a eclipsarse por el espíritu de Cambridge y de Bloomsbury.

Lord Curzon usaba un corsé de metal bajo la ropa para paliar el dolor de una lesión que se provocó practicando equitación en su juventud. Esto le daba una apariencia de arrogancia, que se completaba con sus creencias y

personalidad. Así lo describe nuestro autor: “un hombre puntilloso, ingenioso, cortés e inmensamente culto, pero inflexible en la defensa de los intereses británicos, a los que equiparaba con la moral propiamente dicha. ‘El gobierno británico’, escribió en una minuta dirigida a su gabinete en 1923, ‘nunca falta a su palabra y nunca es infiel a sus colegas o a sus aliados, nunca comete actos bajos ni mezquinos [...] ésta es la verdadera base de la autoridad moral que el Imperio Británico ha ejercido durante mucho tiempo’”.⁷⁶ Curzon falleció en 1925, en un momento en el cual el espíritu de la época parecía estar más en Cambridge que en Óxford:

Mientras Óxford enviaba a sus estrellas al parlamento, donde se convertían en ministros y actuaban en la escena pública, Cambridge formaba grupos privados y actuaba mediante la influencia y la sugerencia. En 1820, se había formado una Sociedad Literaria de doce miembros, llamada Los Apóstoles, que difundió las precoces heterodoxias de Coleridge y Wordsworth. Sus reclutas, seleccionados colectivamente y elegidos en secreto —jamás se admitió siquiera la mera existencia de la sociedad—, poseían gran calibre, pero eran profesores y críticos más que grandes creadores [...]. La imagen que los Apóstoles tenían del mundo era tímida, retraída, no agresiva y agnóstica, implicaba una aguda crítica de las pretensiones y los planes grandiosos, era humanitaria y, sobre todo, estaba más interesada en las obligaciones personales que en los deberes públicos. Cultivaba la introspección y reverenciaba la amistad. Exhibía un tono homosexual, aunque no siempre incurría en la práctica correspondiente.⁷⁷

En el círculo de Curzon estaba el general Richard Strachey, un conservador imperialista que, por extraño que parezca, se casó con la francesa Marie Silvestre, activista sufragista. Uno de sus hijos, James, fue un importante psicoanalista inglés y el traductor de Freud. Otro más, Lytton, se convirtió en la figura central de los Apóstoles del Trinity College. Estuvo muy influido por su madre, agnóstica, feminista, maestra de escuela republicana y librepensadora. En 1900, fundó la Sociedad de Medianoche, que después se llamó Grupo Bloomsbury, junto con el importante teórico del arte, Clive Bell, y Leonard Woolf, esposo de Virginia Woolf.

4.12 Más allá de Paul Johnson: una historia que nos ayuda a comprender la crisis moral de la época

Al momento del ingreso de Lytton en el Grupo Bloomsbury, la figura más importante era G. E. Moore, uno de los pensadores centrales en el libro de Alasdair MacIntyre sobre la historia de la ética, uno de los prototipos del emotivismo. Vale aquí un paréntesis, de la mano de MacIntyre, para explicar las implicaciones de dicha concepción.

El autor de *Tras la virtud* esquematizó en tres etapas la historia de la moral. Veamos en qué forma coinciden también con la teoría mimética.

La *primera etapa*, donde se plantea una moral dura, corresponde al momento en el cual la ética ofrecía un sentido a la vida del Hombre. Ahí, la valoración y, más concretamente, la teoría y la práctica de la moral, incorporaban normas impersonales que eran concebidas como auténticamente objetivas. La estructura triple de la ética en este momento parte del siguiente esquema:

- i) diagnóstico, “la naturaleza humana tal como es”;
- ii) objetivo, la “naturaleza humana tal como podría ser si se realizara su *télos*”; y
- iii) el método para lograr el objetivo: los “preceptos de la ética racional como medios para la transición de i a ii”.

En esta primera etapa, hay una subdivisión: la de la moral comunitaria y la de la moral universal.

- a) La *moral comunitaria* deriva del orden sacrificial, que implica una visión no individualizada de la responsabilidad, sino grupal, según la cual las culpas son contagiosas y transmisibles, ya sea mediante la sangre, la brujería o la proximidad. Según la teoría mimética, en este tipo de comunidades las narrativas explicativas implican “cristalización mítica”, misma que exterioriza el mal y el bien; es el mundo en el cual el mecanismo sacrificial funciona de mejor manera. Mientras las comunidades están envueltas en la neblina mítica, existe un consenso mimético sobre la culpabilidad de a quién se debe inmolar.

En este caso, el momento 1a) es, en la teoría mimética, el de las sociedades tradicionales, primitivas y monárquicas tradicionales. Aquí, el orden se establece mediante el ciclo, que a continuación describimos, siempre consi-

derando que se trata de un ciclo y que, de acuerdo con cada narración, puede comenzar en cualquiera de los puntos siguientes:

i) desorden mimético violento; ii) imitación para culpar a uno, que comienza el proceso de exteriorización o autoexteriorización de la violencia; iii) linchamiento de ese “ser exterior, que puede ser un dios o incluso un envidioso paria”; iv) instauración de un orden producto del milagroso sacrificio, que transforma al diabólico culpable asesinado en un santo restaurador del orden; v) manutención del orden mediante imitaciones positivas (*i. e.* prohibiciones, mediadores no conflictivos, intercambios y rituales violentos que contienen la violencia); vi) desgaste del orden por factores internos o fracaso del orden por nuevos desafíos externos; vii) desorden mimético violento; viii) imitación para culpar a uno...⁷⁸

b) La *moral universal*, por el contrario, implica un compromiso con toda la humanidad, no con el clan, la tribu ni ningún otro grupo específico. Esta moral nos dice que tenemos deberes en tanto seres humanos y se manifiesta en una serie de tablas de vicios y virtudes, pecados y bienes cardinales; en fin, en tablas de buenas y malas conductas y actitudes. En la TM, el mal aquí no se concibe como algo ajeno a los individuos; la culpa ya no es más una mancha contagiosa, sino el producto de ciertos actos.

Paul Dumouchel, en *The Barren Sacrifice*, discute estas dos éticas. La segunda debilita los compromisos morales, pues, en nombre de la Humanidad, es posible desprenderse de los deberes inmediatos, mientras que las obligaciones con la raza humana son muy abstractas y hay pocos mecanismos que contribuyan a que sean cumplidos. Ya que hay una obligación con toda la Humanidad, se supera la visión sacrificial, al menos, respecto a los sacrificios humanos.⁷⁹ En lugar de luchar contra el mal exteriorizándolo —con un chivo expiatorio—, se propone el autosacrificio, que evita la violencia hacia los demás. Esta ética surge en las sociedades complejas, en las sociedades compuestas de varias comunidades con puntos de vista diferentes, en los imperios, y se expresa en las religiones axiales.⁸⁰

En la obra de René Girard, esta ética aparece tanto en las tragedias griegas como en la tradición judeocristiana. Lo que la caracteriza es que se trata de narraciones contadas desde el punto de vista de las víctimas del linchamiento. Aquí, el consenso en torno a quiénes son los buenos y quiénes, los malos, se ha perdido.

MacIntyre hace un análisis similar al de Girard a propósito de las tragedias. Su punto de partida es la existencia, en un mismo espacio, de diferentes códigos éticos que, en ocasiones, se contradicen. Los personajes enfrentan la tragedia porque no pueden decidir hacer un bien sin, al mismo tiempo, hacer un mal. Es decir, se ajustan a una moral, pero traicionan otra. Hay un marco de incoherencia. En este sentido, al igual que con Girard, las tragedias tienen un efecto desmitificador, pues destruyen la noción de que la raya que distingue al bien del mal sea nítida.

Para Girard, la solución a este dilema se encuentra en las nociones del autosacrificio y la asunción de la propia responsabilidad de nuestros actos; mientras que, según MacIntyre, dicha solución está expresada en el pensamiento de Aristóteles, los estoicos, Agustín, Abelardo y Tomás de Aquino.

La *segunda* etapa de la moral es la *moral blanda*. Aquí, se producen intentos fallidos de mantener la objetividad e impersonalidad de los juicios morales. En el esquema de MacIntyre, este momento es producto de la crisis del cristianismo al final de la Edad Media, de los encontrados puntos de vista surgidos del Renacimiento y la Reforma y de la diversidad del pensamiento moderno.

En la teoría mimética, el hilo conductor de esta crisis son las consecuencias desmitificadoras del cristianismo y, en general, de las teorías antisacrificiales. Así lo expresan dos importantes obras: *El Juego Sagrado* de Cesáreo Bandera y *The Barren Sacrifice* de Paul Dumouchel. Mas hay otros elementos de la crisis: “La desacralización de la monarquía y las jerarquías tradicionales en el intento por instaurar un orden jurídico-político igualitario”;⁸¹ y “la desacralización de la economía de reciprocidades y de redistribución y el intento por instaurar una economía fría, con los mismos principios igualitarios que el sistema jurídico-político moderno”.⁸²

Así, los tres mecanismos que provocan la crisis de la moral blanda son: el cristianismo desmitificador, la economía de mercado y el orden jurídico-político igualitario.

El efecto de todo esto es el dominio de la “mediación interna”, de la pérdida de distancia entre los individuos, el igualitarismo que sustituye a las jerarquías, el individualismo que acaba con el holismo. Todo esto incentiva el mimetismo conflictivo. Tal y como escribieron Dumouchel y Dupuy, en 1979, cabe preguntarse: ¿qué da a la sociedad moderna la capacidad no sólo de resistir, sino de alimentar y exacerbar, el fenómeno de la mimesis conflictiva?

El orden tradicional, fundado en diferencias jerárquicas que permitían la existencia de lo social es sustituido por un nuevo orden, donde dominan la indiferencia, el enfriamiento de los vínculos sociales, el interés y el cálculo y

un tipo de egoísmo, que en realidad es mimético y que se gratifica al hacer el bien a los demás en tanto que éstos influyen también en su estado de ánimo.⁸³

Regresemos a MacIntyre. En el siglo XVII, la conjunción del rechazo laico de las teologías protestante y católica y el rechazo científico y filosófico del aristotelismo eliminó cualquier acuerdo sobre la noción del “Hombre como podría ser si realizara su *télos*”. Dado que toda la ética, teórica y práctica, consiste en capacitar al Hombre para pasarlo del estadio presente a su verdadero fin, eliminar cualquier noción de naturaleza humana esencial y, con ello, el abandono de cualquier noción de *télos*, deja como residuo un esquema moral compuesto por dos elementos remanentes cuya relación se vuelve completamente oscura.

MacIntyre relata los intentos de la filosofía occidental, en el período de la Ilustración y hasta mediados del siglo XIX, por construir una ética individualista que escaparía a cualquier tradición, pues se consideraba que toda tradición es irracional y atávica. La razón, los deseos, las pasiones o la elección del sujeto son ahora los criterios morales. No obstante, la instauración de esta nueva ética, según el escocés, estaba condenada a fracasar, pues, una vez que se desconoce la posibilidad de un marco objetivo por encima de los individuos, éstos ya no pueden ponerse de acuerdo sobre qué debería de ser el Hombre si desplegara su naturaleza.

Los argumentos para erigir una nueva ética o ética ilustrada están condicionados por dos fuerzas: por un lado, el triunfo del individualismo se vuelve inminente y, con él, la imposibilidad de instaurar criterios incuestionables, objetivos. Y, por otra parte, la moral tradicional aún lanza su sombra por encima de la época: en los intentos de Kant, Kierkegaard y Hume por construir una ética, hay rasgos de San Agustín, de Lutero, de Calvino.

Es una época de transición, ya que *aún no se ha llegado al culmen del individualismo, el triunfo del emotivismo; por otra parte, tampoco se ha renunciado a buscar criterios objetivos para determinar qué es el bien.*

En un mundo de racionalidad secular, la religión no pudo proveer ya el trasfondo compartido y fundamento para el discurso moral y la acción. El fracaso de la filosofía de proveer lo que la religión ya no podía abastecer fue causa de que la filosofía perdiera su papel central y se convirtiera en un asunto marginal, estrechamente académico.

Las argumentaciones de Kierkegaard, Kant, Diderot, Hume, Smith y similares fracasaron porque compartían ciertas características que derivaban de un trasfondo histórico común. Poseían un grado sorprendente de acuerdo en cuanto al contenido y carácter de los preceptos que constituyen la moral auténtica. El matrimonio y la familia eran incuestionables para Diderot y para Kierkegaard. El cumplimiento de las promesas y la justicia eran tan

inviolables para Hume como para Kant. ¿De dónde sacaban estas creencias compartidas? De su pasado cristiano, comparado con el cual las divergencias entre un Kant y un Kierkegaard, de trasfondo luterano, un Hume presbiteriano y un Didot católico influido por el jansenismo, son relativamente insignificantes.

Todos estos filósofos promovían una ética, si bien rechazaban cualquier visión teleológica de la naturaleza humana, el esquema aristotélico o cualquier visión del Hombre como poseedor de una esencia que defina su verdadero fin. Entender esto es comprender por qué fracasaron en su proyecto de encontrar una base para la moral.

La secularización ilustrada de la moral había cuestionado el estatus de los juicios morales como señales de la ley divina. Incluso Kant, que todavía entendía los juicios morales como expresión de una ley universal, aunque sea una ley que cada agente racional conforma por sí mismo, no trata los juicios morales como señales de lo que la ley requiere o manda, sino como imperativos por derecho propio. Y los imperativos no son susceptibles de verdad o falsedad.

Lo que MacIntyre describió como pérdida de estructura y contenido tradicional de la moral fue percibido por muchos como la consecución de su propia autonomía del yo. El yo se liberaba de las formas de organización social desfasadas que lo habían aprisionado, simultáneamente, por medio de la creencia en un mundo ordenado teísta y teleológico y por medio de aquellas estructuras jerárquicas que pretendían legitimarse a sí mismas como parte de ese mundo ordenado.

En la teoría mimética, esta “liberación del yo” es en realidad una ilusión: la “mentira romántica” descrita lo mismo en las grandes obras filosóficas y psicológicas de la modernidad que en las novelas; en teorías marxistas lo mismo que en teorías liberales.⁸⁴

La mentira romántica es una máquina de mitos modernos, mitos débiles porque no producen consenso. Paradójicamente, los filósofos radicales modernos buscan a toda costa construir consenso, desean tener la razón, que su sistema filosófico sea el último. Mas, como demuestra Gardner, la búsqueda por hacer un sistema original es, en realidad, producto de la competencia desenfrenada de grandes egos:

el pensamiento continental posterior a Kant está plagado de rivalidades intestinas. Una cierta vanidad que es peculiarmente moderna ha funcionado de manera seductora en los filósofos y lleva fácilmente una máscara ideológica. Para decirlo con crudeza desde Fichte o Hegel hasta Heidegger —y después—: la cultura intelectual a menudo presenta la apariencia

de una contienda por la divinidad mortal, un prestigio casi sobrehumano. Esta pasión o algo parecido, al menos, parece impulsar sus logros más creativos: una búsqueda de reconocimiento, como genio, gran filósofo, incluso como liberador o salvador de la historia o la cultura. Es como si los filósofos envidiaran el prestigio de sus rivales, los grandes artistas, compositores y poetas modernos, creadores del mundo, según la estética romántica.

No es simplemente lo que la rivalidad puede revelar sobre los filósofos, sino lo que los filósofos revelan sobre la rivalidad. La capacidad de rivalidad está profundamente arraigada en la naturaleza humana, pero innegablemente aumentada por las condiciones de la vida moderna.

El tipo de rivalidad que delata su presencia en la filosofía, como en todos los demás caminos modernos de la vida, muestra el impacto de la igualdad en las relaciones humanas, un hecho que no pasó desapercibido en el pensamiento y la literatura de los primeros tiempos modernos.⁸⁵

Más allá de si consideramos este momento decisivo de cambio como pérdida o liberación, como transición hacia la autonomía o hacia la anomia, conviene destacar sus consecuencias políticas y sociales. Los cambios abstractos en los conceptos morales toman cuerpo en hechos concretos: los Medici, Enrique VIII y Thomas Cromwell, Federico el Grande y Napoleón, Walpole y Wilberforce, Jefferson y Robespierre... expresan con sus acciones los cambios conceptuales que al nivel de la teoría filosófica son expresados por Maquiavelo y Hobbes, Diderot y Condorcet, Hume, Adam Smith y Kant; hasta llegar a los utilitaristas.

La teoría mimética ha comenzado a contar esta historia, aunque no de un modo integrado. Hace falta unir las piezas. La historia de la filosofía moderna clásica en términos del triunfo de la mentira romántica ha sido elaborada por Stephen Gardner y Paolo Diego Bubbio; la de la filosofía política, por Wolfgang Palaver, Paul Dumouchel y Harald Wydra; la del pensamiento económico, por Jean-Pierre Dupuy, Paul Dumouchel y André Orleán.

La teoría mimética también ha hecho la narración histórica de la articulación de este pensamiento con la realidad. Las piezas de este rompecabezas incompleto están, entre otros, en las obras de René Girard, Harald Wydra y quien esto escribe. Este esfuerzo da cuenta de los intentos por moralizar la modernidad mediante una remitificación; es decir, por la construcción de lo que Paul Johnson llama las religiones modernas. Lo mismo los liberales que los marxistas, los nacionalistas que los globalizadores, los proteccionistas que los librecambistas, han intentado desmitificar a sus rivales y mitificar sus propias versiones de la realidad, o sea, de convertir en absolutas sus respuestas

sobre el origen y método de instaurar el bien y luchar contra el mal. En todos los casos, con el mismo resultado: la creación de mitos débiles —ideologías—, en tanto que no generan consenso y no producen un acuerdo sobre quién es el culpable —de la pobreza, de la guerra o del cambio climático—.

La moral débil de MacIntyre es el correlato de los mitos débiles en la teoría mimética. El intento de los partidos políticos de exteriorizar la violencia en sus rivales, mediante una cristalización mítica —o ideológica—, es tan insuficiente como los intentos de la filosofía ilustrada por establecer criterios morales objetivos ¡mediante el subjetivismo!

Hay una importante diferencia en las concepciones del fracaso de la moral según MacIntyre y el fracaso mitificador de la teoría mimética. Para ésta, la mitificación débil no es un fracaso total; por el contrario, produce *katéchones* capaces de contener ciertas dimensiones de la violencia, los cuales sólo triunfan temporal y parcialmente, aunque sus derrotas también suelen ser solamente temporales y parciales.

A la *tercera etapa*, el cénit de la *decadencia de la moral*, MacIntyre la denomina época del “*emotivismo*”. Aquí quedan incluidos lo mismo John Stuart Mill que Friedrich Nietzsche, Thomas Jefferson que Søren Kierkegaard, Jean Paul Sartre que Max Weber. De acuerdo con el emotivismo, “esto es bueno” significaría “yo apruebo esto, hazlo tú también”.⁸⁶ La cuestión que unifica a esta tradición es la condición de aquellos que se representan el mundo social sólo como un foro para las voluntades individuales, cada una dotada de su propio conjunto de actitudes y preferencias y que creen que este mundo es, en última instancia, un campo de batalla de todos contra todos, donde cada uno se propone lograr, exclusivamente, su propia satisfacción. Esta teoría es aplicable a la cultura moderna, pero la mayoría nuestros contemporáneos la toman como caso universal. De hecho, “una de las tesis centrales del emotivismo es que no hay ni puede haber ninguna justificación racional válida para postular la existencia de normas morales impersonales y objetivas y que, en efecto, no hay tales normas”.⁸⁷ Es decir, que toman sus tesis como una realidad inmutable.

Al igual que Durkheim, MacIntyre piensa que los mecanismos culturales funcionan mejor cuando desconocemos que son simplemente creaciones sociales, cuando los cubrimos con una máscara naturalista o sagrada. Y en ello se basa la influencia del emotivismo, pues “el poder filosófico no reconocido del emotivismo es indicio de su poder cultural”.⁸⁸

Cuando el emotivismo fue proclamado finalmente como tesis completamente general acerca de la naturaleza del lenguaje moral, no se hizo sino generalizar lo que cada facción de la revuelta cultural del mundo

moderno ya había dicho de sus respectivos predecesores morales. Desenmascarar los motivos desconocidos de la voluntad y el deseo arbitrarios que sostienen las máscaras morales de la Modernidad es en sí mismo una de las más características actividades modernas.

Corresponde a Freud el mérito de descubrir que desenmascarar la arbitrariedad de los demás siempre puede ser una defensa contra descubrirla en nosotros.⁸⁹

Para comprender el momento emotivista, lo más relevante es el análisis de MacIntyre sobre Nietzsche. Comienza con una crítica sobre su interpretación de las sociedades aristocráticas: “a los personajes de las sociedades tradicionales, comúnmente, no les cabe duda de que la realidad es tal como se la representan”. Debido a esta pretensión, se hace “difícil admitir el tardío retrato que de sus aristocráticos habitantes nos sirve Nietzsche. Los poetas de la *Iliada* y los escritores de las sagas pretendían implícitamente una objetividad para su punto de vista, completamente incompatible con el perspectivismo nietzscheano”. Cabe preguntarse,

si los poetas y escritores de sagas fracasaron en ser protonietzscheanos, ¿qué hay de los personajes que retratan? Está claro, una vez más, que Nietzsche tuvo que mitologizar un pasado distante para propugnar su visión. Lo que Nietzsche retrata es la autoafirmación aristocrática; lo que Homero y las sagas muestran son formas de afirmación apropiadas y exigidas por cierto papel. El yo llega a ser lo que es en las sociedades heroicas sólo a través de su papel; es una creación social, no individual. De aquí que, cuando Nietzsche proyecta sobre el pasado arcaico su propio individualismo del siglo XIX, revela que lo que parecía una investigación histórica es en realidad una imaginativa construcción literaria. El filósofo reemplaza las ficciones del individualismo de la Ilustración, que tanto despreciaba, por un conjunto de ficciones individualistas de su cosecha.⁹⁰

El mérito de Nietzsche fue entender no sólo que lo que se creían apelaciones a la objetividad eran en realidad expresiones de la voluntad subjetiva. También es cierto que el autor de *La genealogía de la moral* generalizó ilegítimamente el estado del juicio moral en su tiempo, aplicándolo a la naturaleza moral como tal:

El sujeto moral autónomo, racional y racionalmente justificado, del siglo XVIII, es una ficción; entonces, resuelve Nietzsche, reemplacemos la ra-

zón y convirtámonos a nosotros mismos en sujetos morales autónomos por medio de algún acto de voluntad gigantesco y heroico cuya calidad pueda recordarnos la arrogancia aristocrática arcaica que precedió al supuesto desastre de la moral de esclavos y por cuya eficacia pueda ser profético precursor de una nueva era. El problema estriba en cómo construir con absoluta originalidad, cómo inventar una nueva tabla de lo que es bueno y norma.⁹¹

MacIntyre recapitula el fracaso moderno por instaurar una moral fuerte e incluso el fracaso de la moral débil, en las siguientes líneas:

El proyecto ilustrado de descubrir nuevos fundamentos racionales y seculares para la moral tuvo que acometerse a causa de que la tradición moral aristotélica fue repudiada durante los siglos XV al XVI. Y porque fracasó este proyecto y porque las opiniones avanzadas por sus protagonistas no pudieron sostenerse frente a la crítica racionalista, fue por lo que Nietzsche y sus sucesores emotivistas pudieron montar su crítica contra toda la moral anterior. De ahí que la posible defensa de la posición del prusiano, en último término, va a dar a la respuesta a la siguiente pregunta: en primer lugar, ¿fue correcto rechazar a Aristóteles? Si la postura de Aristóteles en ética y política o alguna parecida pudiera sostenerse, quedaría inutilizado todo el empeño de Nietzsche.⁹²

Claro está, la respuesta a esta pregunta es negativa y no existe un filósofo más importante en la actualidad que Nietzsche. *Tras la virtud* dedica gran cantidad de páginas a las consecuencias de vivir en un mundo moralmente nietzscheano o emotivista: el desacuerdo moral permanente, la relativización del bien y el mal, el nihilismo.

Para la teoría mimética⁹³ y para Paul Johnson, el triunfo de Nietzsche es sólo parcial y tiene como trasfondo el relativismo moral. Siguiendo el argumento de Girard y Johnson, lo que MacIntyre habría descubierto es exclusivamente el desenvolvimiento y decadencia de uno de los mecanismos que ordenan a la sociedad: el *katéchon* de la moral universal, de la autoconcentración. Más aún, el triunfo del emotivismo también es solamente parcial. Una enorme cantidad de los miembros de la sociedad y —más importante para nuestra historia del siglo XX— una parte relevante de la élite mundial nunca creyeron en el relativismo moral.

Esto no significa que las consecuencias del emotivismo hayan sido menores. Por el contrario, como hemos visto en los ensayos anteriores, durante el siglo XX, Lenin, Stalin, Hitler y otros líderes estuvieron inspirados en la

creencia nietzscheana de que podían cambiar radicalmente el mundo, de que no había límites para su voluntad y de que el bien y el mal eran simples gustos personales.

4.13 La decadencia moral de Bloomsbury

El apartado de Paul Johnson sobre el grupo Bloomsbury explica su filosofía, el ambiente social que permitió que sus ideas ganaran aceptación entre un público amplio, las redes que contribuyeron a la expansión de sus ideas, la organización y naturaleza misma del grupo.

Respecto a la filosofía, cabe retomar la narración de *Tiempos modernos* donde la dejamos antes de nuestro paréntesis histórico-filosófico. En 1903, G. E. Moore, catedrático del Trinity College, filósofo de Los Apóstoles, publicó *Principia Ethica*, apenas unos meses después de que Strachey fuera aceptado como miembro del grupo. Esto es lo que enfatiza Johnson del libro:

Los dos últimos capítulos, “La ética en relación con la conducta” y “El ideal”, eran por implicación un ataque frontal a la doctrina judeocristiana de la responsabilidad personal con subordinación a un código moral absoluto y al concepto del deber público, sustituido por una forma no responsable de hedonismo fundado en las relaciones personales. “Las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar”, escribió Moore, “son ciertos estados de conciencia que pueden describirse toscamente como los placeres de la relación humana y el goce de los objetos personales. Es probable que nadie que se haya formulado la pregunta dudaría jamás de que el afecto personal y la apreciación de lo que es hermoso en el Arte y la Naturaleza son en sí mismos buenos”.⁹⁴

Strachey se convirtió en el propagandista del libro. Después de leerlo, escribió a “su colega apóstol Keynes acerca de la tarea de presentar el moorismo al mundo”. Strachey resumía el *Principia* con dos nociones. La primera: debía anteponerse la amistad sobre “el odioso deber victoriano”, sobre las otras formas de lealtad, las convencionales, incluso la lealtad a la familia y la patria. Más específicamente, para él se trataba de la defensa de un tipo “muy especial de amistad”. En esa época, Keynes y Strachey “competían por el afecto de algunos apuestos jóvenes”. La doctrina de Moore era ideal para un grupo de admiradores mutuos, un grupo cerrado, apolítico y quietista.

La segunda noción del mooreismo, tal y como lo describía Strachey, giraba en torno a la “verdad entera”, que siempre llevaba algo de demoníaca. En realidad, esta verdad entera era una licencia para el relativismo moral.

Producto de este ambiente, en el cual el odio a Inglaterra era más importante que la verdad, pues al fin y al cabo ésta se encontraba atrapada por la voluntad de poder, dos apóstoles escribieron importantes obras: *A Passage to India* (1924) y *The International Anarchy 1904-14* (1926). La primera, de E. M. Forster, y la segunda, de Goldsworthy Lowes Dickinson, inventor del término “Liga de las Naciones”. Ambas obras enfatizaban la inferioridad moral de los británicos, ya fuera frente a sus colonizados o frente a las otras potencias europeas, especialmente, Alemania.

El libro más importante de esta filosofía fue *Eminent Victorians*, del propio Strachey, en el cual ridiculizaba y menospreciaba al historiador, traductor de Tucídides, pedagogo y humanista, Thomas Arnold; a la mujer que inspiró a Henri Dunant para crear la Cruz Roja, Florence Nightingale; al cardenal y arzobispo católico de Westminster, Henry Manning; y al general Charles Georges Gordon, célebre por su papel en las guerras de Crimea y del Sudán. Strachey escribió esta obra mientras miles y miles de sus compatriotas morían en “el infierno de barro”, Passchendaele, en Bélgica, y se publicó en diciembre 1917. El libro gozó de aclamación inmediata.

En cuanto al *clima propicio*, cabe mencionar que estas ideas decadentistas eran, en parte, el correlato de “las golpeadas filas de la antigua nobleza rural, como las hectáreas baldías, como las filas de desocupados”.⁹⁵

El segundo elemento contextual que dio fuerza a las ideas de los Bloomsbury fue la I Guerra Mundial. Algunos de los miembros del grupo pertenecían a la Fraternidad del No Reclutamiento y al Consejo Nacional Contra el Reclutamiento. Derivado de su negativa a presentarse al servicio militar, Strachey

realizó una aparición sensacional ante un tribunal en el municipio de Hampstead, en marzo de 1916, fortificado con alimentos vitamínicos especiales y prácticas de gimnasia sueca y acompañado por sus tres hermanas, que lo adoraban. “Dígame, señor Strachey”, preguntó el presidente, “¿qué haría usted si viese a un soldado alemán intentando violar a su hermana?”. “Trataría de interponerme entre ellos”. El chiste provocó considerable regocijo, y la voz aguda y quebradiza fue imitada por todos; nadie había asombrado así a una sala del tribunal desde los tiempos de Oscar Wilde. A decir verdad, en definitiva, Strachey no se atuvo a sus principios pacifistas y consiguió la exención gracias a varios “fajos de certificados médicos” y a un inventario de síntomas.⁹⁶

Cyril Connolly dijo de *Eminent Victorians*: “es el primer libro de los años veinte [...] exhibía un acento de ridículo que toda la generación fatigada de la guerra deseaba escuchar [...]. A los ojos de los jóvenes de la posguerra parecía la luz encendida al extremo de un túnel”. Más aún, *Eminent* se publicó

cuando la última ofensiva de Ludendorff perforaba al 5º. ejército británico; nuevas ediciones salieron al mercado mucho después de que los alemanes iniciaron su retirada definitiva. Esta obra en concreto fue mucho más destructiva de los antiguos valores británicos que una legión entera de enemigos [...]. Como expresó más tarde Roy Harrod, biógrafo de Keynes: “La veneración que sus jóvenes admiradores concedían [a Strachey] era casi igual a la que se ofrece a un santo”.⁹⁷

En cuanto a *las redes* que contribuyeron a la expansión de las ideas Bloomsbury, cabe mencionar que los Apóstoles tenían acceso a las grandes figuras de Cambridge, como Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. Asimismo, “los Apóstoles —o sus relaciones— ocupaban cargos estratégicos: el tío de Strachey controlaba *The Spectator*; Leonard Woolf, las páginas literarias de *The Nation*; Desmond MacCarthy —y, después, Raymond Mortimer—, las de *The New Statesman*. Contaban con varias editoriales amigas”.⁹⁸

Respecto a *la organización y naturaleza del grupo*, lo más importante es el liderazgo de Strachey, que duró prácticamente hasta finales de los treinta y se caracterizó por: 1) una aparente debilidad del líder, 2) acompañada, en las sombras, de un mandato implacable. Las características generales del grupo fueron: la poca productividad de casi todos sus miembros, que era el modo en que traducían la languidez aparente de su jefe, la aparente falta de compromiso en política y su influencia subrepticia.

Sobre el liderazgo de Strachey, cabe mencionar que, de los Apóstoles de Cambridge, aprendió la importancia de poseer “la capacidad no sólo para excluir, sino también para que todos vean que uno excluye. Perfeccionó el arte del rechazo y la actitud inabordable; un mandarín de Bloomsbury podía matar con una mirada o un tono de voz. Dentro de su círculo mágico, el exclusivismo se convirtió en una suerte de sistema de apoyo mutuo. Él y Woolf lo denominaban ‘el Método’”.⁹⁹

Respecto a las apariencias, aunque Lytton parecía un ser ultraterreno, en realidad, tenían “un compromiso total con el mundo de la moda”. Habría sido un personaje ideal para *Mentira romántica y verdad novelesca*. Digno de ser un personaje de Proust, un esnob que aparenta distancia hacia los otros, pero que, en realidad, los observa con cuidado, los juzga; la mirada de los otros parece no importarle, si bien los mira de reojo para verlos y para verse en

ella; un ser mimético que rechaza a toda costa que lo es: la mentira romántica encarnada.

Cuando Keynes dijo que para Strachey la política no era más que “el sustituto más o menos adecuado del *bridge*”, enfatizaba tanto su personalidad competitiva como el hecho de que buscaba frivolar su espíritu competitivo, al estilo de los cortesanos del siglo XVII, que evitaban admitir las derrotas al no aceptar que estaban compitiendo. Esto les daba una sensación de superioridad, de ser inalcanzables.

En este sentido, Keynes, también miembro destacado del grupo, no era distinto. Él tampoco “buscó nunca los cargos oficiales. Actuaban entre bambalinas o mediante la letra impresa, e intentaban crear atmósferas intelectuales más que plasmar determinada política”.¹⁰⁰

Respecto a la languidez del grupo, es frecuente ver a Strachey en fotografías en “posición supina, comatoso, en una silla baja extendida”; y confesó a su hermano: “todos somos físicamente demasiado débiles para servir de algo”. Los miembros del círculo mimetizaron el cansancio de Lytton:

La anunciada obra importante de MacCarthy nunca cristalizó: hubo volúmenes de fragmentos, pero no un libro original. Raymond Mortimer se ajustó exactamente al mismo esquema. Forster, llamado “el Taupe”, fue otro escritor de bajo voltaje: sólo cinco novelas —además de su ficción homosexual, *Maurice*, publicada en forma póstuma—. Lo designaron *fellow* de King’s [College], en 1946, pero después no escribió nada y llevó una existencia de topo durante un cuarto de siglo, reapareciendo sólo para acumular títulos honoríficos.

Otro miembro del grupo, el filósofo J. E. McTaggart, podía trabajar sólo dos o tres horas diarias y consagraba el resto del tiempo a devorar novelitas [...]. “Caminaba con un paso extraño, como de cangrejo, manteniendo la espalda contra la pared”.¹⁰¹

Lowes Dickinson expresaba la debilidad y el cansancio de Strachey así: “figura letárgica revestida con el gorro del mandarín chino”. Virginia Woolf escribió de él: “¡Qué fino hilo de aire deja escapar Goldie entre los dientes!”. Paul Johnson nos lleva de la esterilidad literaria del grupo Bloomsbury a su esterilidad biológica. Pocos miembros del grupo “se casaron, e incluso los que no eran adictos a lo que se denominaba la ‘sodomía superior’, carecían del impulso reproductor. El círculo se sintió agraviado cuando Keynes, por razones todavía no bien aclaradas, se casó con la dinámica bailarina rusa Lidia Lopujova”.¹⁰²

Finalmente, el filósofo Moore, después de sus *Principia*, no volvió a escribir nada relevante:

Todo lo que siguió fue una versión popular, una recopilación de ensayos, una serie de notas de las conferencias... y, después, silencio durante cuarenta años. “Temo que no tengo nada que decir”, escribió a Woolf, “que valga la pena decir; o, si lo tengo, no atino a expresarlo”. Coronó un trabajo apostólico con esta característica máxima de Bloomsbury: “Entre todos los buenos hábitos que debemos de formar, ciertamente no debemos descuidar el hábito de la indecisión”.¹⁰³

Como veremos más adelante, la indecisión, la debilidad, convertida en “apaciguamiento” en la política exterior británica, tuvo la nefasta consecuencia de envalentonar a Hitler y a Stalin.

Paul Johnson *concluye* su reflexión sobre el decadentismo de los Apóstoles y del Bloomsbury con una reflexión acerca de Bertrand Russell. Lo volvemos a encontrar en *Tiempos Modernos*, después de su viaje a Moscú en 1920 y de sus opiniones sobre China de 1922. Allí aparece como el único de los Apóstoles de Cambridge de esa generación, “la única figura completamente vital, dotada de una exuberante capacidad creadora” y que, “en realidad, nunca formó parte del Grupo de Bloomsbury”. De él nos dice Johnson:

Aunque compartió el pacifismo, el deísmo, el antimperialismo y los conceptos progresistas generales de este núcleo, despreciaba su pesado que-dantismo; a su vez, el grupo lo rechazaba. Opinaba que Strachey había pervertido los *Principia* de Moore para justificar la homosexualidad. En todo caso, creía que era un ensayo de calidad inferior. Preguntó al filósofo: “Moore, usted no simpatiza conmigo, ¿verdad?”. Después de prolongada y concienzuda reflexión, Moore contestó: “No”. Fue notable el hecho de que Russell, a diferencia de Strachey, combatió concretamente a favor del pacifismo durante la Gran Guerra y por su actitud fue a parar a la cárcel. En la prisión de Brixton, leyó *Eminent Victorians*, y rió “tan ruidosamente que el carcelero se acercó a mi celda y me dijo que debía recordar que la prisión era un lugar de castigo”. Pero su juicio ponderado fue que la obra era superficial y que estaba “imbuida del sentimentalismo propio de un estirado colegio de niñas”.¹⁰⁴

Russell también contrastó en otras cosas con el círculo Bloomsbury. Quizás la que más llama la atención fue su apetito por las mujeres. Se casó cuatro veces, tuvo tres hijos y su vida siempre estuvo llena de aventuras románticas.

No solamente en este terreno su fertilidad contrasta con los Bloomsbury, también en el trabajo no podía ser más diferente a ellos: publicó cincuenta y seis libros de gran variedad de temas y poseía una “incurable ansia de la experiencia activa”.¹⁰⁵

El último contraste que Paul Johnson hace de Russell frente a los Bloomsbury es la actitud ante el bolchevismo. Mientras Strachey, siempre despreciando lo inglés, celebraba la “sensatez de Lenin” de haber pactado una paz por separado con Alemania; Russell fue a Rusia en 1920,

conoció a Lenin, y afirmó que el régimen era “una burocracia cerrada y tiránica, con un sistema de espionaje más complicado y terrible que el del zar, y una aristocracia que exhibía la misma insolencia e idéntica insensibilidad”. Un año después estaba en China. Después de pasar revista al caos administrativo y político total que allí reinaba, escribió a un amigo: “Imagínese... Lytton enviado a gobernar el Imperio y tendrá una idea del modo en que China ha sido gobernada durante 2,000 años”.¹⁰⁶

4.14 Decadencia del Imperio Británico

Para el Foreign Office, *Lord Russell* era un personaje peligroso, digno de ser espiado. A los oficiales imperiales les parecían subversivos sus comentarios de política exterior. Sin embargo, a nadie le interesó espiar a los Apóstoles,

que ya estaban produciendo extremistas como Nathaniel Wedd, *fellow* de King's [College] y mentor de E. M. Forster [...]. Durante los años treinta, los Apóstoles producirían, por lo menos, tres agentes soviéticos: Guy Burgess, Anthony Blunt y Leo Long. Mas, en el marco de la inocencia contemporánea, fue Russell —digno de Óxford por su franqueza— quien fascinó a Whitehall. Incluso trataron de espiar sus conversaciones [...] y, en cierto momento, se contempló la posibilidad de invocar la ley de poderes de guerra —aún vigente— para lograr que lo arrestasen y deportasen de Shànghài.¹⁰⁷

El capítulo “La decadencia de la legitimidad” concluye con una reflexión sobre cómo, envuelto de un sentimiento de debilidad, el Imperio Británico se puso en manos de Estados Unidos, al menos, en materia de tratados militares. Lo cual, como veremos, produjo la sensación, entre los japoneses, de estar acorralados, lo que, a su vez, los llevó al fascismo. Pero vayamos por partes.

Los planificadores británicos estaban preocupados por el rápido declive de la fuerza de la Marina Real. En 1918, todavía la Armada británica tenía un poder abrumador; era el eje del Imperio. Ya en el siglo XIX se había instalado “la norma del doble poder”, que significaba “contar una armada igual o superior a la de otras dos potencias cualesquiera combinadas. En definitiva, se había comprobado que esa meta era inalcanzable, pero Gran Bretaña se había esforzado por compensar el posible incumplimiento de la norma del doble poder apelando a los arreglos diplomáticos”.¹⁰⁸

Sin embargo, en 1902, comenzó una nueva fase, la del “espléndido aislamiento” y se firmó una alianza con Japón que permitía a los británicos concentrar sus fuerzas navales en aguas europeas. La Armada japonesa, por otra parte, fue concebida bajo la égida de consejeros británicos. “Para Gran Bretaña, que poseía inmensos intereses y posesiones en Asia y medios limitados para protegerlos, Japón era un aliado importante [...]. W. M. Hughes, primer ministro australiano, opinaba que, si Japón hubiese “decidido luchar del lado de Alemania, ciertamente habríamos sido derrotados”.¹⁰⁹

La entrada de Estados Unidos al escenario geopolítico global complicó todo. Entre Japón y Gran Bretaña la cooperación era sustancialmente más importante que el conflicto, pero en la relación de los nipones con los estadounidenses había muchas asperezas. La más importante derivaba de la intensa migración de japoneses hacia California y la xenofobia antinipona. En 1906, se interrumpió la emigración masiva y los japoneses encontraron en China su nuevo destino. En 1915, intentaron convertirla en protectorado japonés. Los estadounidenses se opusieron, ya que se consideraban los verdaderos protectores del gigante asiático. En Versalles, ante la petición de la delegación japonesa de que se condenara el racismo en el Pacto de la Liga, el presidente Wilson se negó. ¿La necesidad de chivos expiatorios en casa, desde los nipones hasta los negros y los indios, hacían inviable para Wilson atender esta petición?

La política naval de Estados Unidos priorizó el Pacífico y planteó a Gran Bretaña una pregunta claramente sacrificial, donde, simplemente, le hacía elegir a quién se prefería como enemigo, si a ellos o a los japoneses. ¿No habría podido el *katéchon* más eficaz de las relaciones internacionales, la cooperación, presentar la situación de otra manera? En concreto, los estadounidenses preguntaron a los británicos:

¿A quiénes desean como amigos? ¿A nosotros o a los japoneses? [...]. Para Gran Bretaña, el dilema era grave. Estados Unidos representaba un aliado inseguro [...]. Por supuesto, había vínculos de sangre. Mas incluso, hacia 1900, la proporción de estadounidenses blancos de stirpe

anglosajona había descendido a un tercio: los germanoestadounidenses, con 18'400,000 individuos de un total de 67 millones, eran casi igualmente numerosos. La decisión original de Estados Unidos de construir una gran armada oceánica parecía dirigida contra Gran Bretaña más que contra otra potencia cualquiera [...]. Todavía en 1931, Estados Unidos tenía un plan de guerra dirigido contra el Imperio Británico, el Plan Rojo Básico de la Marina [...], fechado el 15 de febrero de 1931. Por otra parte, en ambos lados del Atlántico, había una red entera de instituciones que unían a las dos naciones y una identidad de opiniones y de intereses que representaban el hecho fundamental de la política exterior de ambas.¹¹⁰

La elección para los británicos, aliarse con Japón o con Estados Unidos, no era sencilla. En 1922, cuando debía renovarse el Tratado anglojaponés, Lord Curzon, Lloyd George, el Foreign Office y los jefes del Estado Mayor, al igual que los franceses, los holandeses, los australianos y neozelandeses, opinaban que lo mejor era firmarlo, aunque con esto se excluyera a los estadounidenses. Por el contrario, Jan Smuts, de África del Sur, se oponía “por razones raciales”, al igual que Mackenzie King, de Canadá,

un liberal que dependía del voto antibritánico de Quebec y que recibía el asesoramiento del anglófobo O. D. Skelton, jefe permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores de Canadá [...]. Esto inclinó la balanza. En lugar de renovar el tratado, se aceptó la propuesta estadounidense de convocar a una conferencia en Washington, con el propósito de limitar las armadas. Hughes, de Australia, se sintió agraviado: “¿Proponen remplazar la alianza anglojaponesa y el poder abrumador de la Armada británica con una conferencia en Washington destinada a limitar las marinas de guerra?” [...]. En la Conferencia de 1922, los estadounidenses propusieron un “feriado” naval, la reducción masiva del tonelaje, la eliminación de las naves capitales superiores a 35,000 toneladas —lo cual significaba la eliminación de las *dreadnoughts* británicos— y una relación de 5-5-3 en las naves capitales para Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón.¹¹¹

Los japoneses odiaron la propuesta y se victimizaron ante lo que consideraron una conspiración anglosajona. La Conferencia de Washington era una extensión, en la región del Pacífico, de la política del apaciguamiento. Si los estadounidenses comenzaron el conflicto, así fuera latente, los japoneses lo escalaron aún más:

Japón reclamó y obtuvo concesiones que agravaron la situación. Insistió en que Gran Bretaña y Estados Unidos se abstuvieran de construir bases navales importantes al norte de Singapur o al oeste de Hawái. En la práctica, de este modo se impedía que la flota estadounidense acudiese prontamente en apoyo de las posesiones británicas, francesas u holandesas que se vieran atacadas. Pero lo que es todavía más importante, el hecho de que Japón considerase que necesitaba obtener tales concesiones simbolizaba, por lo que se refería a Gran Bretaña, que aquél pasaba de la condición de amigo activo a la de posible enemigo.¹¹²

Si bien no es claro que Churchill terminara rendido ante la mentalidad decadentista de la élite británica, al menos, en estos años adoptó el punto de vista de los apaciguadores en cuanto a los asuntos de Oriente. A partir de 1919, primero como Ministro de Guerra y, después, de Hacienda, abogó por reducir los gastos navales. Australia, Nueva Zelanda y Canadá adoptaron políticas aún más restrictivas en la materia.

En esta época, “la construcción de una base naval moderna en Singapur se había postergado cinco años, respondiendo a las exhortaciones de Churchill”.¹¹³ Después, también recuerda Johnson que “el 15 de diciembre de 1924, Churchill escribió una carta notable al primer ministro, donde rechazó por completo la posibilidad de que Japón representara una amenaza. En una página tras otra utilizó todos los recursos de la estadística y la retórica para convencer a Baldwin —que por carácter ya era bastante pacífico y complaciente— de la absoluta imposibilidad de una guerra con Japón”.¹¹⁴

CAPÍTULO V

LA RUTA ANTIGUA DEL ORIENTE PERVERSO

Jorge Federico Márquez Muñoz*

5.1 Introducción

Paul Johnson comienza el capítulo quinto con una referencia sobre el poder de Japón en los años veinte: su economía “crecía más velozmente que la del resto de las naciones, su población aumentaba al ritmo de un millón por año y su gobernante era un rey-dios que estaba loco”.¹ Si el titanismo es de por sí un peligro, como hemos constatado, imaginemos ahora lo que implica un titán demente!

Herbert Plutschow, profesor emérito del Departamento de Lenguas y Culturas Asiáticas de UCLA, para la revista de teoría mimética, *Anthropoetics*, elaboró un texto acerca de la importancia política del chivo expiatorio en el Japón antiguo. En las primeras líneas de dicho ensayo encontramos:

El propósito de este artículo es llamar la atención sobre la presencia en Japón de un discurso victimario y un mecanismo de chivo expiatorio que, más allá de la religión, ayudó a dar forma a la política, la literatura y las artes japonesas. Este discurso victorioso [...] ha tenido tanta influencia en la cultura japonesa premoderna, que se convirtió en una ideología nacional. Una comprensión profunda de la cultura japonesa sin darse cuenta de la importancia religiosa, política y cultural de esta ideología sería, en el mejor de los casos, incompleta y superficial [...].

La evidencia histórica de un discurso victimario en Japón es tan antigua como la historiografía y la literatura escrita. Porciones enteras de historias como el *Nihon Kiryaku*, el *Fusō Ryakuki* y el *Gukanshō* se ba-

*Agradezco la participación, en el apartado 5.6. de Valentina Méndez Rizo.

saron en la ideología del chivo expiatorio. Todo un género de literatura japonesa, los cuentos de los héroes que fracasan, incluidos grandes clásicos como el *Heike Monogatari* y numerosas obras dramáticas y pictóricas como el *Kitano Tenjin Engi Emaki*, un tesoro nacional, se basan en él. Al patrocinar instituciones religiosas y obras literarias y artísticas en torno a chivos expiatorios, los líderes políticos han fundado su legitimidad en esta ideología.²

Los elementos esenciales del mecanismo victimario en la política japonesa son:

1) Comienza con personas que murieron prematuramente, en circunstancias no naturales. Estas incluyen: ejecución, exilio, muerte durante el viaje (*kykaushi*), suicidio, muerte por rencor, celos o cualquier otra emoción fuerte, muerte en el campo de batalla, muerte por calamidades naturales como epidemias, inundaciones, terremotos, incendios y hambre [...].

2) Muchas religiones del este asiático (chino, coreano y japonés) se basan en un paralelismo de mundos reales y sobrenaturales. El mundo real está destinado a reflejar uno sobrenatural. Se creía que también existía una réplica exacta del gobierno chino, con todas sus oficinas y funcionarios en el otro mundo. Basado en este paralelismo, los japoneses creían que una víctima retomaría su cargo, poder o aquello a lo que se sentía con derecho y le fue quitado injustamente, en el mundo de los muertos. [...] [Dichas víctimas] pueden exigir venganza y perpetrar el mal [...]. De ahí el nombre de *deidades vengativas* que algunos estudiosos les han dado.

3) Cuanto más poderosa fue la víctima en vida, más se teme. Si un emperador, un príncipe imperial o cualquier otro alto funcionario del gobierno es víctima, ese espíritu puede vengarse en proporción al poder que ejercía cuando estaba vivo. Por ello, dichas víctimas eran, para los japoneses, la razón de ser de todos los desastres naturales, trastornos sociales y políticos, epidemias, fenómenos naturales inusuales (eclipses, nevadas en verano, etcétera) [...].

4) Al igual que los dioses ancestrales y de la naturaleza (*kami*, en japonés), las víctimas políticas fueron deificadas y sujetas a adoración desde los niveles más bajos de la sociedad hasta los más altos [...].

5) Una vez que estos espíritus victoriosos son apaciguados por los esfuerzos de aquellos que no estuvieron directamente involucrados en su muerte o por líderes posteriores, se convierten en buenas deidades dispuestas a proteger a la comunidad [...].

6) En muchos festivales japoneses, estos espíritus actúan como víctimas y chivos expiatorios, pero sin ser víctimas indefensas, sino con el potencial de causar daño a la comunidad. Y, además, cuando son deidades apaciguadas, se convierten en chivos expiatorios que, al absorber los pecados de la comunidad, ayudan a prevenir los daños que potencialmente cometen. Tal es, de hecho, la ambivalencia de prácticamente todas las deidades japonesas [...].

7) Los japoneses han utilizado a sus víctimas para explicar las fuerzas naturales incontrolables y el destino humano. El miedo a los espíritus malignos tiende a frenar la violencia ilimitada. Uno puede matar a un enemigo, pero luego tiene que adorarlo.³

En este sistema juega un papel muy importante la monarquía. Como vimos en *Anatomía de la Teoría mimética*, el monarca es quien logra trasladar su carácter de víctima propiciatoria a otro ser humano o, incluso, a otro ser no-humano. El monarca es divinizado no en tanto sacrificado, sino en tanto sacrificador; junto con el monarca, aparece *el mito político*. Es decir, que la santificación del verdugo más que la del sacrificado es la esencia no sólo de la política japonesa, sino también de su religión y sociedad. El monarca es, por excelencia, el Gran Sacrificador, quien:

- 1) derrota a sus rivales;
- 2) apacigua a los poderosos derrotados mediante sacrificios;
- 3) resuelve o, al menos, atenúa las calamidades sociales y naturales al convencer, con sacrificios, a las divinidades vengativas de parar su destrucción;
- 4) mantiene el orden cósmico y social al llevar a cabo rituales sacrificiales que recuerdan lo terrible que sería el caos.

Por si la relación entre política y el mecanismo victimario en Japón no quedara suficientemente clara, Plutschow afirma:

que tal sistema religioso sea el pilar del sistema político no es una sorpresa. Aquellos que tienen el poder político, social y económico para construir santuarios para —apaciguar— a las víctimas —poderosas— y ofrecerles adoración, creen que pueden controlarlas, así como a los desastres naturales y humanos que supuestamente causan. De ahí el hecho de que [...] el culto a las víctimas políticas ha sido prerrogativa de las personas y familias poderosas.⁴

Dice Plutschow que, en el Japón tradicional, “se creía que las calamidades naturales tenían una causa humana. Antes de la ciencia moderna, esto permitía a los líderes políticos y religiosos identificar la causa de las calamidades naturales y dirigir sus esfuerzos aplacadores a una entidad humana identificable”. Sin embargo, en Japón, la modernidad nunca ha sustituido por completo a lo tradicional. Como dice Morris Berman, en la modernidad nipona, “las tradiciones sobreviven ocultas, digamos: el substrato arcaico que no desaparece”, donde encontramos “modernismo arcaico”; donde es común “usar la forma tradicional para expresar contenidos contemporáneos”.⁵ Seguiremos, entonces, viendo rasgos importantes de la religión sacrificial en el Japón moderno.

5.2 Teocracia preaxial y... ¿moderna?

Después de una difícil relación diplomática, comercial y, sobre todo, militar, con Occidente, establecida a partir del siglo XVI, pero intensificada desde la segunda mitad del XIX, la élite japonesa comprendió que tendría que occidentalizarse, al menos, parcialmente. Esto implicaba un programa de centralización política que, a la vez, permitiera recaudar suficientes fondos y coordinar a enormes cantidades de hombres con la finalidad de conformar un Ejército capaz de enfrentar a los de las potencias occidentales.

Este cometido se logró durante el reinado del emperador Meiji. Sin embargo, es dudoso que esto se debiera a él. Los verdaderos arquitectos de este logro fueron los oligarcas, políticos, intelectuales y generales del Ejército imperial.⁶ De hecho, Paul Johnson hace una descripción que deja en claro que el emperador Meiji era realmente incapaz de grandes empresas. Peor aún, hizo de sus limitaciones una herencia:

El viejo emperador Meiji, en cuyo reinado Japón había ingresado en el mundo moderno, elegía cuidadosamente a sus mujeres teniendo en cuenta tanto la belleza como la salud, y cada noche dejaba caer un pa-

ñuelo frente a la que debía compartir su lecho por esa vez. Pero la mayoría de los hijos engendrados de este modo fueron, pese a todo, seres enfermizos, y nunca se permitió a los médicos que tocasen sus divinas personas. Su heredero Yoshihito, que teóricamente reinó hasta 1926, sin duda era un individuo desequilibrado. Aunque el nombre que adoptó —es decir, Taisho— significaba “Gran Virtud”, oscilaba entre accesos de cólera —durante los cuales flagelaba a los miembros de su entorno con un látigo de montar— y espasmos de terror, provocados por el miedo de que lo asesinaran.⁷

¡Flagelar a sus sirvientes! ¡El Gran Sacrificador convertido en un pobre diablo que, para tranquilizarse, recurre a la vulgaridad de patear al perro! Taisho admiraba al káiser Guillermo II, pero no era más que una mala copia del prusiano que “se caía del caballo en los desfiles y, cuando inspeccionaba a sus soldados, a veces, los golpeaba y, otras, los abrazaba”. A finales de 1926, fue destituido, tras hacer un ridículo papel en su comparecencia ante la Dieta: “enrolló el texto de su discurso y, usándolo como un telescopio, se dedicó a mirar fijamente a los parlamentarios que inclinaban la cabeza y le hacían reverencias”.⁸

Taisho fue sustituido por su hijo Hirohito, de veinticinco años y quien era conocido como Showa, “Paz Esclarecida”. Era un joven tímido, interesado más en la biología marina que en gobernar, una tarea que le parecía peligrosa; también temía todo el tiempo ser asesinado.

El desarrollo paralelo de la monarquía japonesa y la modernización de Japón tenía por basamento lo peor de Occidente: el relativismo moral y el totalitarismo. Si estos dos fenómenos pudieron arraigarse en el corazón de la cultura nipona, se debió a la naturaleza misma de la cultura tradicional japonesa, que margina la axialidad y, por lo tanto, también la desmitificación del chivo expiatorio.

En cuanto a la axialidad, recordemos, en primer lugar, su paralelismo con las religiones reveladas de la teoría mimética, es decir, aquellas que ya no creen en el chivo expiatorio, que no buscan exteriorizar el mal, sino que hacen que cada individuo lidie con él. La revelación implica descubrir que el chivo expiatorio no es el verdadero culpable de las calamidades y que se trata, solamente, de un mecanismo social. También implica que el orden social no se basa en una violencia ejemplar ni catártica, sino en el autocontrol, en la conciencia de que el origen de la violencia es el propio ser humano. La axialidad y/o revelación son un *katéchon*.

La axialidad es un tipo de religión o civilización cuyas características tienen dos denominadores comunes: 1) movimiento para distanciarse o

desunirse respecto a los puntos de vista, las normas y comportamientos de sociedades concretas; 2) reclamo de universalidad de ciertas normas o comportamientos, vistos como superiores a las normas y comportamientos socialmente enraizados. Como dice Jan Assman:

La axialidad implica siempre una ruptura revolucionaria, una intervención vertical del espíritu en la línea horizontal de la evolución natural y cultural [...].

Las civilizaciones con un título para calificarse como axiales han de mostrar: 1) formas significativas de emancipación de la tradición y de la incrustación primaria del mundo y 2) una tendencia pronunciada a formular ideas o normas con una pretensión de validez universal. Deberían de poder producir un canon de textos que consagran estas ideas y normas, así como instituciones de aprendizaje y exégesis que mantengan vivo su impacto normativo y formativo hasta hoy. Una civilización dada llega a la etapa de axialidad si se cumplen estas condiciones. Sería deseable distinguir, dentro o debajo de las dos categorías generales de distanciamiento y universalidad, un cierto número de características axiales tales como reflexividad, individualidad, interioridad (hombre interior), progreso en la abstracción e intelectualidad, teoría, crítica de la tradición, diferenciación, conceptos o visiones trascendentales, etcétera, y llegar a un consenso sobre su definición.⁹

Lo contrario a la religión, civilización o ética axial es la ética incrustada, es decir, arraigada en la comunidad de tal manera que no se puede cuestionar; hay consenso sobre quién o qué es el agente del mal; hay consenso sobre cómo tratarlo —sacrificarlo—; hay consenso sobre las prohibiciones y las reglas a seguir; hay consenso sobre los rituales para mantener el orden. El consenso, como ya hemos dicho antes, deriva del contagio mimético, no de la preservación de ciertas reglas trascendentales. A este tipo de religión preaxial Girard le llama primitiva o arcaica.

Al estar inserta en la historia, hay circunstancias que pueden incluso llevar a una civilización axial a su reversibilidad, a la *desaxialización*. De hecho, algunos *katéchones* suelen *desaxializar* a las sociedades y los individuos; por ejemplo, cuando en política se utilizan chivos expiatorios, estamos frente a un factor de desaxialización. El paralelismo de la desaxialización de Assman lo encontramos en la TM en interrupción de “la compasión por las víctimas” mostrada por el nazismo; una especie de “desrevelación” o “neopaganismo”.¹⁰

Cuando Girard comenzó a revelar el mecanismo del chivo expiatorio, notó con cierta curiosidad que en Japón ciertos académicos habían com-

prendido, desde el inicio, de un modo muy profundo, su teoría, mientras que en Occidente sólo ganó terreno lentamente. En sus conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha, encontramos:

—¿Y qué reacción tuvieron los antropólogos [occidentales al ser publicado por primera vez *La violencia y lo sagrado*]?

—O el más absoluto silencio o críticas negativas [...]; aunque una reacción muy positiva fue la del japonés Masao Yamaguchi, que ya había concentrado en torno al mecanismo expiatorio a las más variadas instituciones del Japón. La monarquía imperial, el teatro, las marionetas... todo está basado en un mecanismo victimario que es el mecanismo genético de la realeza.¹¹

Ya a finales de los setenta, en *Las cosas ocultas desde la fundación del mundo*, Girard se había referido a este autor:

En un ensayo interesante y hasta deslumbrante, un etnólogo japonés, Masao Yamaguchi, ha recogido las grandes instituciones rituales japonesas, el emperador, las geishas, el teatro, las marionetas, etcétera, dentro del capítulo que él también llama del *chivo expiatorio*. En ciertas formas de teatro itinerante, el héroe principal, el que representa desde luego el papel de chivo expiatorio, está tan *manchado* al final de la representación, que tiene que salir de la comunidad sin entrar en contacto con nadie. En este teatro sorprenden ciertas formas intermedias entre las expulsiones rituales y el arte dramático que, si los críticos literarios se dignasen reparar en ellas, podrían iluminarnos sobre el sentido de nuestro propio teatro, sobre su relación con el ritual, sobre la famosa *kátharsis* aristotélica.¹²

La comprensión que del significado del chivo expiatorio tuvo Yamaguchi es especialmente interesante si se toma en cuenta la dificultad, incluso lingüística, de expresar dicho fenómeno. El dr. Shinnick afirmó, en el COV&R llevado a cabo en el Boston College en el año 2000: “Recuerdo haber escuchado que cuando *El Chivo Expiatorio* fue traducido al japonés hubo algunas dificultades con el hecho de que no hay una palabra o concepto para el chivo expiatorio en ese idioma”.¹³

Morris Berman, en *Belleza neurótica*, puso especial énfasis en la escasa axialidad de la cultura y sociedad japonesa.¹⁴ Más aún, incluso una doctrina típicamente axial vemos cómo se convierte, en Japón, en filosofía preaxial. En la revista *Contagion*, encontramos las siguientes líneas en un artículo de Christopher Ives: “Examinaré la perpetración budista y las justificaciones de

la violencia, con un enfoque particular en Japón, argumentando que, históricamente, el deseo de los budistas por la seguridad institucional ha prevalecido sobre el rechazo total de la violencia”.¹⁵ El orden social en Japón es tan importante que incluso puede desaxializar al budismo.

Algunas claves de cómo es que los *katéchones* estatal, económico, político y político-internacional desaxializaron el budismo los encontramos en estas notas:

En Japón, a medida que las instituciones budistas se hicieron más ricas a través de propiedades exentas de impuestos y políticamente más influyentes en los siglos X al XIII, los templos se militarizaron, y los monjes guerreros (*sōhei*) lucharon junto con laicos alineados por los intereses del templo o la secta [...].

En el período Camacari (1185-1333), poco después de la importación del zen de China, los dictadores guerreros Manumit y Hobo protegieron a los fundadores zen en Japón de las sectas establecidas, especialmente el budismo Tendai, con sus monjes guerreros en el monte Hiei. Fue en este momento que el Zen estableció su larga conexión con la clase samurái, la esgrima y, por extensión, la guerra [...].

La conexión entre el budismo y la violencia se extendió más allá del dominio feudal del samurái a la era moderna. Desde el período Meiji (1868-1912) hasta el final de la II Guerra Mundial, el budismo ayudó a la construcción de la nación y al imperialismo expansionista de Japón [...]. El modo imperial budista [...] alentó a los japoneses laicos a luchar en la guerra, a hacer sacrificios en el frente interno y a comprar bonos de guerra; a participar con limosnas patrióticas mendigando; a donar fondos para la construcción de aviones de combate; a formar grupos patrióticos; a ejecutar programas de capacitación para oficiales; a cantar *sutras* y realizar ceremonias para promover la victoria japonesa; a ayudar a las familias de los soldados muertos en el extranjero; a servir como capellanes militares; y a hacer propaganda en colonias y territorios ocupados, particularmente ayudando a los funcionarios coloniales en sus esfuerzos por pacificar (*senbu*) esas áreas y convertir a los asiáticos colonizados en sujetos imperiales. Al mismo tiempo, D. T. Suzuki y otras figuras budistas prominentes escribieron, dieron conferencias y predicaron ampliamente sobre la legitimidad budista del imperialismo japonés, el sistema de emperadores y la guerra en Asia.¹⁶

A lo largo de su historia, el budismo se acomodó a las instituciones políticas, confirmando, no criticando ni tomando distancia de ellas:

Cuando el poder secular se hizo fuerte, las órdenes budistas tuvieron que comprometerse con él. Las órdenes budistas llegaron a rezar por la victoria del Estado y la prosperidad de la familia gobernante [...].

Desde la introducción del budismo en Japón en el siglo VI, las instituciones budistas [...] han florecido en estrecha simbiosis institucional con los poderes gobernantes.

Con el *Sutra de la sabiduría de los reyes benevolentes* y el *Sutra de los soberanos reyes de la luz dorada* como *sutras* protectores del reino, el budismo japonés siempre se centró en la casa imperial. La oración budista siempre estuvo dirigida a la protección del país y a la prosperidad de su gente. Esta postura es una faceta de la larga historia del budismo de estado (*kokka Bukkyo*) y el budismo para la protección del reino (*gokoku Bukkyo*). A cambio del apoyo budista, el gobierno patrocinó y, según fuera necesario, protegió instituciones budistas particulares. Esta simbiosis es transmitida por una expresión del siglo XIX, *goho-gokoku*, “proteger el Dharma es proteger el Estado” [...].

Al acomodar la situación sociopolítica para garantizar la supervivencia institucional en Japón y otros países, las instituciones budistas han hecho compromisos, subordinando los valores budistas centrales como *ahimsa* (la no violencia) a la protección de la religión. [...] La institucionalización de la *Sangha* (comunidad) estaba típicamente vinculada al control estatal, de modo que, en lugar de llevar la ética de la no violencia al Estado, la *Sangha* fue llamada cada vez más a racionalizar la violencia y la injusticia. Habiéndose colocado en esta posición, los budistas generalmente han optado por violar su creencia en la no violencia, esperando que los resultados de su propio uso de la violencia para resistir la agresión u opresión sean preferibles a la sumisión pasiva de la violencia de los demás.¹⁷

Paul Johnson no se refiere a la poca axialidad, a la cultura mítica ni a la religión sacrificial de la civilización japonesa, pero roza el tema al referirse a la enorme distancia de Japón frente a Occidente:

Al principio de los tiempos modernos, Japón era un país muy remoto, en ciertos aspectos más próximo a la sociedad del antiguo Egipto que a la de la Europa posrenacentista. Se creía que el emperador o *Tenno* era *ara-hito-gami*, es decir, “humano, una persona del presente viviente que gobierna sobre el país y su pueblo y que al mismo tiempo es un dios”. El primer *Tenno* había comenzado su reinado en 660 a. C., por la época de

la vigésimoquinta dinastía egipcia, y la estirpe había continuado, apelando a la adopción, durante dos milenios y medio [...].

Durante el siglo XVI, Francisco Xavier, el apóstol de las Indias, había creído que los japoneses a quienes conocía eran conversos cristianos ideales a causa de su tenacidad y entereza. Mas las disputas internas de los misioneros habían llevado a Japón a rechazar el cristianismo. En el segundo cuarto del siglo XVII, Japón clausuró sus puertas al intruso europeo. De ningún modo llegó a asimilar los conceptos de responsabilidad moral individual.¹⁸

El aislamiento de Japón dejó de ser posible en la década de 1850, cuando la expansión de Occidente, respaldada por la tecnología, la economía y los modos de organización de la Modernidad, permitieron a los estadounidenses alcanzar el archipiélago en condiciones militares ventajosas. Derivado de las vergonzosas condiciones impuestas por el comodoro Perry a Japón, la élite nipona llegó a la siguiente conclusión: para defenderse de Occidente era necesario occidentalizarse. Comenzó, así, una revolución desde arriba, denominada Restauración Meiji. Triunfó el 3 de enero de 1868, con la abolición del Shogunato y la instauración de un Estado centralizado: justo el primer *katéchon*, que a la vez llevaría a los *katéchones* tercero y cuarto, el económico y el militar. Se trataba de convertir a Japón en un *fukoku-kyohei*, “un país rico, con un Ejército fuerte”.

La imitación colectiva propuesta por la élite nipona implicaba fuertes tensiones. Un *double bind*: quería ser como Occidente, pero al mismo tiempo no quería ser como Occidente; quería igualarse a los imperios occidentales, pero también superarlos; quería ser igual a ellos, pero humillarlos:

Los japoneses siempre fueron propensos a la asimilación imitativa, pero en un plano meramente utilitario que, desde un punto de vista cultural, era superficial. De su vecina China, un país poseedor de notable capacidad innovadora, Japón había tomado el ceremonial, la música, los clásicos confucianos, los proverbios taoístas, las formas budistas de especulación, la pintura Sung, la versificación china y la preparación del calendario. De Occidente, Japón pasó ahora a incorporar la tecnología, la medicina, los métodos administrativos y comerciales, más el atuendo que creía apropiado para abordar estas nuevas prácticas. Pero en general rechazó la estructura social y el marco ético de la civilización china; y, aunque Japón exhibió una voracidad pragmática en la absorción de los medios occidentales, demostró escaso interés en los fines: los ideales de la Antigüedad clásica o el humanismo renacentista influyeron poco [...].

Los japoneses siempre habían sido individuos inclinados a lo moderno, “modernos desde la prehistoria”. Incorporaron las baratijas y los artefactos, los elementos técnicos y el oropel [...]. Mas su matriz cultural se mantuvo inmutable: las creaciones culturales japonesas más características no tienen antecedentes chinos. Asimismo, las importaciones de Occidente realizadas a partir de mediados del siglo XIX dejaron intacta la gramática social de Japón.¹⁹

5.3 El estado de violencia

La modernización demoliberal de Japón estuvo tensionada por dos fuerzas: la tradición y la modernidad-totalitaria. Paul Johnson encuentra esta tensión en tres diadas de contradicciones:

- 1) Ante la igualdad y la libertad propios del Estado de Derecho, aparecían las jerarquías y las rivalidades, tomadas como obligaciones de honor, propias de las sociedades guerreras.
- 2) Frente a la democracia de ciudadanos, estaba la realidad de las relaciones sociales feudales, las sociedades secretas y el titanismo totalitario.
- 3) El pragmatismo y humanismo de las relaciones internacionales de la diplomacia y el comercio chocaba con el militarismo expansionista.

Paul Johnson analiza los tres puntos con detalle. En cuanto al primero, cabe mencionar que el *katéchon* estatal fue deficiente no por falta de centralismo, sino por la fuerza del sistema teocrático-monárquico, ya que:

La ley no era soberana. ¿Cómo podía serlo en una teocracia? Mas, por otra parte, ¿Japón era una teocracia? [...] La cuestión se mantuvo en la ambigüedad, lo mismo que muchas otras cuestiones legales y constitucionales en Japón, hasta 1946, en que el emperador anunció públicamente que él no era un dios. Había algo impreciso e improvisado en relación con el sistema total del orden en Japón. Por ejemplo, el honor era más importante que la jerarquía. A veces, era propio no hacer caso de la ley —en la forma que adoptaba— y desobedecer al superior. Aunque nadie podía saber a qué atenerse hasta que llegaba la ocasión; entonces, se formaba un consenso, y la conciencia colectiva juzgaba. De ahí que las minorías activistas, sobre todo en las fuerzas armadas, a menudo pu-

dieron desafiar a sus comandantes e incluso al emperador, y merecer el respaldo de la opinión pública.²⁰

El basamento ideológico de la teocracia lo ofrecieron el *shintó* y el *bushido*, dos cultos con fines claramente políticos que apuntalaban el mando del emperador. Paul Johnson nos advierte sobre la naturaleza de ambos:

Los japoneses observaron que la conducta europea, por atroz que fuese, siempre se veía justificada internamente por referencia a cierto conjunto de creencias. Por lo tanto, para fortalecerse en un mundo duro y competitivo, reestructuraron sus propias ideologías, en concordancia con lo que percibían como los principios europeos de utilidad. De hecho, esto implicaba crear una religión oficial y una moral gobernante, es decir, el *shintó* y el *bushido*. Hasta aquí, en las cuestiones religiosas, los japoneses habían tenido una actitud sincrética: tomaban elementos de los cultos importados y los utilizaban para fines específicos (budismo, taoísmo, confucionismo e incluso cristianismo), sin atender a su lógica o su consecuencia. Es cierto que el *shintó* ya fue mencionado por primera vez en los anales japoneses durante el reinado de Yomei Tenno (585-587 d. C.). Significaba “el dios” en un sentido pagano y se remontaba a los ancestrales dioses-sol y diosas-sol, el culto primitivo de los antepasados y la idea de los gobernantes divinos. En este sentido, era una doctrina mucho menos depurada que el budismo y las restantes religiones imperiales de Oriente y fue sólo uno de los muchos elementos de la cultura religiosa japonesa. Era específica y totalmente japonesa y, por lo tanto, podía confluir con las aspiraciones nacionales. De modo que, con la Revolución Meiji, se adoptó la decisión consciente de convertirlo en religión oficial. En 1875, se lo separó oficialmente del budismo y se lo codificó. En 1900, los santuarios *shintó* fueron puestos bajo la guardia del Ministerio de Interior. Se estableció el culto regular del emperador, sobre todo, en las fuerzas armadas y, a partir de la década de 1920, se enseñó en todas las escuelas un código nacional de ética, el *kokumin dotolat*. Con cada victoria militar o cada avance imperial del Japón (un ejemplo apropiado es la derrota de Rusia en 1904-1905), se afirmó y desarrolló la religión oficial. Resulta significativo que el proceso culminase en 1941, cuando Japón entró en la II Guerra Mundial y organizó ceremonias religiosas tanto privadas como populares y públicas para la nación entera. En resumen, el *shintó* pasó de la condición de culto primitivo, anticuado y minoritario, a la de respaldo de un modesto Estado fascista.²¹

Mientras el *shinto* era el pegamento para adherir a las masas al emperador, el *bushido* era la religión de los encargados de mantener el orden. Los seguidores de este culto eran el equivalente a las milicias de Mussolini y Hitler, es decir, se encargaban de la intimidación callejera. Eran tropas hechizas con algunos veteranos de guerra, siempre listos para pelear por el emperador y la nación, sobre todo, contra los disidentes, ya fueran comunistas, liberales o cristianos. La estructura de los grupos del *bushido* era jerárquica y sus miembros eran feroces competidores, la mayoría de ellos jóvenes. En su interior, predominaba la mediación externa hacia los líderes y la interna, aunque bien reglamentada, hacia los iguales; al exterior, había pura envidia y violencia comúnmente poco o mal regulada, al punto de que, frecuentemente, implicaba gran número de muertos.

En principio, el *shinto* parece crear una visión holista de la realidad y, para contener los conflictos, utiliza el encapsulamiento. “En los primeros años del siglo, un profesor samurái, el doctor Inazo Nitobe, afirmó que bushido significaba ‘contentarse con la posición que uno ocupa en la vida, aceptar el estado natal irreversible y cultivarse en el marco de dicho lugar asignado, ser fiel al jefe de la familia, enaltecer a nuestros antepasados, entrenarse en las artes militares mediante el cultivo y la disciplina del cuerpo y la mente’”.²²

Sin embargo, no se trata de holismo en realidad, sino de falso holismo, pues le hace falta la legitimidad del tiempo y las creencias sólidas. El falso holismo es una doctrina superficial, claramente manipulada por razones políticas. Su modo de control de la violencia, lejos de implicar que el encapsulamiento en estancos es aceptado de un modo natural, siempre requiere, para ser aceptable, de la amenaza de violencia. En ese sentido, es un encapsulamiento artificial. Así lo argumenta Paul Johnson:

Hasta el siglo XX hubo pocas referencias, del género que fuese, al *bushido*. Algunos dudaban de su existencia misma [...]. Hall Chamberlain: “Como institución o código de normas el *bushido* jamás existió. Las reseñas acerca de él han sido inventadas totalmente, sobre todo, para el consumo extranjero [...]. Se desconocía el *bushido* hasta hace aproximadamente una década”. Es posible que haya sido una serie de ejercicios religiosos, accesibles para muy pocos. Sea como fuere, durante la década de 1920, se popularizó en tanto que código del honor militar, identificado con el nacionalismo y el militarismo extremos y se convirtió en la justificación de las prácticas más grotescas: primero, el asesinato de individuos y, después, la crueldad infligida en forma masiva, hasta llegar a la masacre. Los “caballeros del *bushido*” formaban la dirección militante del sintoísmo totalitario, el equivalente, en el marco oriental, de las “élites de

vanguardia” de Lenin y Mussolini, los camisas negras, los camisas pardas y los chekistas europeos. Representaban la fuerza moral rectora del país [...] [y] la totalidad de los instintos morales de la raza japonesa”. Un concepto, superficialmente moralista, de hecho, por completo relativista, que era peligrosamente afín a lo que Lenin denominó “la conciencia revolucionaria” y Hitler, la “moralidad superior del partido”.²³

Los caballeros del *bushido*, en cierta forma, sustituyeron a los samuráis, quienes, desde 1876, habían sido dispersados y perdido sus estipendios, para, finalmente, un año más tarde, ser derrotados en la última revuelta feudal de Japón. Estorbaban a la centralización del poder y, más aún, su moral obstaculizaba el relativismo totalitario, a la hipocresía moral del siglo XX.

Respecto a la segunda díada de contradicciones, la que se refiere a la debilidad democrática, destacan dos elementos: la democracia de ciudadanos ante las relaciones sociales feudales y las sociedades secretas; y el titanismo totalitario.

Como enfatiza Morris Berman, la principal virtud de la cultura japonesa es su capacidad imitativa. Empero, Japón imita para mejorar, para competir con los demás, no para ser realmente como ellos. Desde el último tercio del siglo XIX, ya era evidente que la ventaja del aislamiento de Japón, que otrora le había permitido evitar invasiones e imposiciones de los extranjeros, había ya desaparecido. Así como en la Antigüedad a los nipones les pareció lógico imitar a China, entre 1870 y 1925, les pareció lógico imitar a Gran Bretaña, la mayor potencia marítima de la época. Los japoneses formaron partidos políticos como en Occidente, comenzaron a circular diarios e incluso, “en 1884, nació una nueva nobleza de estilo británico, con su lote de barones, vizcondes y marqueses, y, al año siguiente, se instauró el sistema del gabinete”.²⁴

Sin embargo, todo esto era un artificio. Paul Johnson cita las cifras de la baja participación en las elecciones de 1890, 1918 y 1925. Que la democracia apenas suponía una capa superficial del cuerpo político japonés se ve también con claridad en el desarrollo de las instituciones represivas: se creó un gobierno civil, pero, en 1894, se legisló que el Ejército, la Armada y el emperador no se encontraban subordinados a dicho gobierno; se creó la prensa, pero, en 1875, se dictó una ley que la restringía severamente; se crearon partidos, pero, en 1880, se les impuso supervisión policial; se creó una Dieta, pero, en la Constitución de 1889, se creó un contrapeso aristocrático, “el *Genro*, un grupo de exprimeros ministros y estadistas que asesoraban directamente al *Tenno*”.²⁵

Para explicar todas estas resistencias a la democracia, Paul Johnson se remite al débil concepto de ciudadanía de los japoneses. En primer lugar, porque no contaban con una idea de ciudad al estilo occidental. En realidad, sus ciudades no eran más que acumulación de comunidades rurales, sin lugares comunes, sin asambleas, sin vida propiamente pública, sin un sentido de ciudadanía unificador. El feudalismo, el verdadero sistema político japonés milenario, logró adaptarse a la revolución Meiji. Específicamente, sobrevivió de este Japón tradicional la centralidad del clan, el *baixu*, una verdadera estructura holista. Este “feudalismo bastardo”, el *oaybun-kobun* o “relación padre-hijo”, se extendía a otros vínculos y dominaban todas las instituciones, aun las más amplias, del gobierno. La sociedad se dividía y organizaba en “facciones permanentes”, *habatsu*, que se encontraban lo mismo en las escuelas de pintura que en los partidos políticos y las empresas. Dice Johnson:

Ozaki Yukio, el más duradero de los políticos japoneses, que participó en la primera elección general de 1890 y alcanzó a ocupar una banca en la primera Dieta que siguió a 1945, escribió, hacia 1918, que, en Japón, “los partidos políticos, que deberían fundarse y disolverse únicamente sobre la base de principios y opiniones políticas, son, en realidad, cuestiones vinculadas con las conexiones y los sentimientos personales, de modo que las relaciones entre el jefe y los miembros del partido son análogas a las que había entre un señor feudal y sus vasallos”. Los partidos de masas de la izquierda, basados en intereses económicos universales, tal vez modificaron este esquema, pero la ley de Preservación de la Paz de 1925, el mismo año en que se sancionó el sufragio masculino en Japón, otorgó a la policía un poder tan formidable para combatir a la subversión marxista que, de hecho, inhibió el desarrollo de estas corrientes. Hasta después del 45 ningún partido de izquierda obtuvo nunca más de 500,000 votos.²⁶

La democracia era entonces una práctica débil y sus partidos eran “mafias legales” que compraban votos. Los principales, ambos ilegalmente financiados, eran el Seiyūkai, pagado por los capitales del ferrocarril manchuriano, y el Kenseikai, pagado por Mitsubishi. Sus mayores figuras hedían: los primeros ministros Takashi Hara, Gonnohyōe Yamamoto o Giichi Tanaka eran señalados por incontables actos de corrupción. El gobierno era una institución corrupta, vinculada a los prostíbulos, la especulación de la tierra y la venta de títulos de nobleza. Los ciudadanos y el Estado de Derecho eran, simplemente, inexistentes. En cambio, al Ejército la población en general lo admiraba.

Aunque los integrantes de la Dieta eran elegidos por métodos democráticos, de hecho, prevalecía el criterio del feudalismo bastardo. Las sociedades secretas, con sus brazos paramilitares, usaban la amenaza física en las calles para lograr sus objetivos, no el razonamiento parlamentario. Los hombres de la Genyōsha eran samuráis desempleados y conformaban una parte esencial de la política. Ya en 1881 ejercían presión sobre los ciudadanos para definir su voto, manipulaban a los políticos e, incluso, mataban a algunos de ellos. Estaban organizados como élites de vanguardia, como camisas negras italianas y como camisas pardas alemanas.

El peso de las sociedades secretas entre 1914 y 1918, definitivamente, hizo que el Parlamento ya no cumpliera con su finalidad *katéchonica*: pacificar la competencia política.

Una de las más importantes y temibles de estas sociedades secretas fue la Kokuryūkai o Sociedad del Dragón Negro, “prototipo de muchas sectas ultranacionalistas violentas”.²⁷ Otra más, fundada en 1919, fue la Dai Nihon Kokusuikai, la Sociedad de la Esencia Nacional del Japón, que utilizaba conceptos de las formas imbuidas de fascismo del *shintō* y el *bushido* [...] e incluía entre sus miembros a tres futuros primeros ministros y a varios generales”.²⁸ Otras más eran simples pandillas de malhechores. La Yūzonsha, fundada por Ikki Kita, “proponía un plan nacionalsocialista de nacionalización de la industria y de división de las grandes propiedades, con el fin de preparar a Japón para ‘el liderato de Asia’; Japón debía realizar su expansión a costa de Gran Bretaña (‘la millonaria’) y de Rusia (‘la gran terrateniente’), y así se colocaría a la cabeza del ‘proletariado de las naciones’”.²⁹

Otras importantes sociedades secretas fueron los nacionalistas agrarios, que buscan terminar con la industria; y la Ketsumedian, dirigida por Nishino Inoue, dedicada al asesinato de industriales y financieros. En general, las sociedades secretas usaban la violencia como expresión política, lo cual conformaba la esencia del sistema japonés:

si bien el concepto de la rebelión feudal se extinguió durante la década de 1870, el asesinato fue su continuación apelando a otros medios. Quizá los samuráis ya no podían imponer su voluntad como antes, pero algunos grupos de estos hombres se reservaban el derecho de manifestar sus objeciones políticas, no a través de la urna, que les parecía indigna, sino mediante la espada y la daga y, después de que se popularizó, durante los años de la década de 1920, de la metralleta Thomson. En realidad, el samurái siempre había utilizado a *culies*-gángsters para aterrorizar a sus campesinos. Ahora, sus *kais* o pandillas modernizadas alquilaban sus servicios a los *gumbatsu* o a los *zaibatsu*, para permitirles imponer su volun-

tad a los ministros. Aún más inquietante era el hecho de que, en 1894, los *kais* trabajaban en coordinación con el Kenpeitai, la Policía Especial de Defensa de la Seguridad del Estado. Estos hombres se subordinaban directamente al Cuartel General Imperial, no al gobierno; podían retener detenidas a las personas durante 121 días sin acusación formal u orden de arresto y estaban autorizados a utilizar la tortura para arrancar confesiones. A menudo, el Kenpeitai practicaba arrestos después de denuncias secretas presentadas por el *kais* [...].

El *kais* representó muchos papeles en la sociedad japonesa: a veces, defendió la seguridad del Estado y, otras, aportó pandillas protectoras, por ejemplo, a la nueva industria cinematográfica, donde las sangrientas batallas entre pandillas, libradas con pesadas espadas, fueron una suerte de contrapunto oriental a episodios como la masacre del día de San Valentín en la Chicago contemporánea.³⁰

En el feudalismo bastardo y las sociedades secretas, vemos una mentalidad mítica, donde hay un consenso sobre “quién es el culpable”. Es el correlato perfecto para la ideología más general japonesa, compuesta por el *shinto* y el *bushido*: una sociedad donde el honor justificaba las peores atrocidades, donde la Humanidad en sí misma tenía poca relevancia, donde el mecanismo del chivo expiatorio funcionaba tal y como lo hacía en las sociedades preaxiales. Este ejemplo nos lleva directamente al corazón del asunto:

Mitsuru Tōyama, el más notorio jefe de pandillas, fundador del Dragón Negro, representó un papel extrañamente ambivalente en la sociedad japonesa. Nacido en 1855, tenía los modales afectados de un caballero y de un señor de *bushido*. De acuerdo con Hugh Byas, corresponsal de *The New York Times*, parecía “uno de los hermanos Cheeryble; exudaba benignidad y destacaba mucho el hecho de que su credo no le permitía matar ni un mosquito”. Matar a políticos era otro asunto. No sólo organizó asesinatos, sino que protegió a otros asesinos conocidos en su casa, donde la policía no se atrevía a entrar. Entre ellos estuvo Rash Beban Bose, buscado por los británicos por el intento de asesinato del virrey *Lord Hardinge*, en 1912. Cuando al fin falleció, con más de noventa años, cargado de años y maldad, el *Tokyo Times* publicó un suplemento especial en su honor. Esta actitud fue característica de la tolerancia japonesa frente a las tonalidades más flagrantes y perversas, siempre que invocaran el honor. Las propias víctimas ayudaban a perpetuar el sistema. De esta manera, el gran estadista liberal Yukio Ozaki, aunque amenazado constantemente de muerte, compuso un poema que contenía estos

versos derrotistas: “Loados sean los hombres que puedan atentar contra mi vida / Si su motivo es morir por la patria”.³¹

Las víctimas mismas estaban de acuerdo en su propio sacrificio, pues les parecía legítimo. Es pertinente el análisis de las tragedias griegas de *La violencia y lo sagrado*, *El misterio de nuestro mundo* y *La ruta antigua de los hombres perversos*. En estas obras, René Girard enfatiza el hecho de que los linchados, lejos de compartir el punto de vista de sus perpetradores, cuestionan el hecho de que se les haya elegido como víctimas propiciatorias. Esto nos lleva a preguntarnos qué tanto, entonces, se trataba de un orden tradicional y qué tanto, de un orden postradicional. De ser el primer caso, no estaríamos aquí frente a un falso holismo, sino frente a uno verdadero. En Occidente, es muy claro que el totalitarismo implicaba tratar de pasar por alto siglos de axialidad, de discurso de las víctimas y de preocupación por las víctimas, de Derecho romano y liberalismo, de individualismo y derechos humanos. También es evidente que ignorar estas tradiciones tenía un costo psicológico muy elevado, que producía contradicciones profundas. En ese sentido, el encapsulamiento sólo se lograba con una gran dosis de violencia y amenaza de violencia. Para millones de personas, lejos de ser un orden legítimo, era un orden temido.

Mas, en Japón, las sociedades secretas estaban normalizadas. En la política también. Sin embargo, cabe dudar de que esta normalización implicara realmente aceptación plena. Existen normalidades incómodas, molestas. En este caso, la normalidad basaba su fuerza en la violencia y sus espectáculos; de ahí la importancia del asesinato político. ¿Por qué era tan importante si el orden estaba normalizado?

Cabe cuestionarnos: si se tiene que usar tanta fuerza y usar la intimidación para mantener el orden, ¿no es porque no es legítimo? La TM nos ofrece otra explicación: ¿no es, justamente, según vimos con Herbert Plutschow, el asesinato político la verdadera tradición japonesa?, ¿no es, precisamente, el terror el basamento de la sociedad nipona tradicional?

De cualquier manera, el *bushido*, el *shintó* y las sociedades secretas pueden ser también vistas como el intento de crear un orden postradicional. Una de las diferencias más notables entre la violencia perpetrada en las primeras décadas del siglo XX y la violencia del sistema feudal tradicional era la magnitud. Mientras que la segunda solía permanecer a un nivel local o máximo regional, la segunda implicaba prácticamente a todo el país; la primera se ejercía por mafiosos locales y la segunda, por hombres que habían logrado la centralización del poder y tenían en sus manos un enorme aparato estatal.

Por lo tanto, las consecuencias de la violencia de las sociedades secretas post-tradicionales —¡que encarnaban una tradición!— eran titánicas.

Paul Johnson enfatiza dos consecuencias de este uso de la violencia: que la gente y, sobre todo, los políticos, vivían atemorizados; todos se sentían amenazados, pues sabían que en cualquier momento podían ser asesinados. Esta sensación la compartía incluso el Emperador, y con razón: Hirohito sufrió un intento de asesinato en 1923. La segunda consecuencia de la permisibilidad de la violencia era que inhibía todo intento por reformar este sistema.

Paul Johnson nos habla de cómo, por imitación, el titanismo totalitario entró en la vida japonesa durante el siglo XX:

La ausencia de líneas divisorias absolutas entre el bien y el mal, la legalidad y la ilegalidad, la ley y el desorden, determinó que Japón fuese especialmente vulnerable al relativismo originado en Occidente después de la I Guerra Mundial. Pero esa debilidad se remontaba a un período anterior. Cuando, en 1868, Japón se volvió hacia Europa en busca de una orientación pragmática, deseaba descubrir normas de comportamiento internacional tanto como tecnología. ¿Qué halló? La *Realpolitik* de Bismarck. Después, vino la rebatiña por África, la carrera armamentista, la ferocidad de la máquina bélica de Ludendorff y el culto al poder a través de la violencia, que culminó en el *Putsch* triunfante de Lenin.³²

3) Finalmente, *en cuanto al imperialismo expansionista que deteriora el pragmatismo de las relaciones internacionales cooperativas y productivas*, cabe mencionar que deriva, involuntariamente, del intento de dos *katéchones*: en la búsqueda de cohesión interior se abusa del mecanismo del enemigo externo; peor aún, se elige mal al chivo expiatorio, pues se escoge a enemigos demasiado poderosos y con voluntad de actuar, como Gran Bretaña y Estados Unidos. Por otra parte, también el *katéchon* del titanismo militarista fracasó: lejos de traer paz, llamó al caos.

El militarismo japonés era un intento por resolver los problemas internos mediante lo externo, entre otras cosas, mediante el uso de cabezas de turco. La política exterior japonesa comenzó a ser agresiva y competitiva desde la I Guerra Mundial, cuando los nipones sintieron una enorme confianza en sí mismos:

Durante el reinado de *Tenno* y su corte, los *gambatsu* o jefes militares y los *zaibatsu* o empresarios trabajaron en estrecha armonía, de acuerdo con el programa de “un país rico, un Ejército fuerte”. En el lapso representado por dos generaciones, se formaron enormes grupos industriales (Mitsui, Mitsubishi, Yasuda, Sumitomo), todos estrechamente relacionados con el gobierno Meiji y las fuerzas armadas mediante contratos y subsidios.

La guerra de 1914-1918, que privó a Japón de sus tradicionales proveedores europeos y le abrió nuevos mercados, aceleró su avance hacia la autosuficiencia y la madurez industrial.³³

Paul Johnson muestra cómo fue que, en el período de la guerra, el tonelaje de los buques de vapor japoneses aumentó considerablemente, al igual que la producción en casi todos sus rubros, lo mismo que el comercio exterior, sobre todo, las exportaciones. Además, en el plano demográfico, Japón también había crecido de un modo impresionante: de 30 millones de habitantes en 1870, llegó a 60 millones hacia 1930.

La reforma de 1924 fue decisiva para la militarización, pues permitió el ingreso de los pobres de las zonas rurales, muy deterioradas en los años veinte, y de jóvenes en la miseria, al Ejército. De inmediato se notó que el resentimiento y la violencia se habían convertido en los rasgos más importantes de una milicia cada vez más pendenciera. Por si esto fuera poco, también se hacía evidente la falta de respeto a la autoridad y la idea de que, para mantener el orden, era necesario usar la fuerza. En el Ejército, primero, y en la sociedad, después, el fascismo se hizo popular ante la idea de que el Estado de Derecho funcionaba mal. Entre los militares, lo que se deseaba era “la dictadura militar con un gobierno imperial de carácter nominal. Para ellos, la palabra clave era *kokutai* o ‘política nacional’; el político que fuese culpable de la más mínima deslealtad al *kokutai* podía darse por muerto”.³⁴

El resultado no se hizo esperar: “el gobierno de los partidos civiles gradualmente se derrumbó y las elecciones llegaron a carecer de sentido”. Desde 1927, varios ministros fueron obligados a dimitir. En 1930, el primer ministro Osachi Hamaguchi intentó reducir las fuerzas armadas y, de inmediato, fue asesinado. Su sucesor renunció y el siguiente, Tsuyoshi Inukai, fue asesinado, en 1932. Sus verdugos querían matarlo junto a Charles Chaplin, quien estaba de visita en Tokio. La idea de semejante intento la explicó el jefe naval durante su juicio: “Chaplin es una figura popular en Estados Unidos y el mimado de la clase capitalista. Creíamos que, si lo matábamos, podíamos provocar una guerra con Estados Unidos”.³⁵ Los asesinos, capturados y en la cárcel, recibieron más de 100 mil cartas de apoyo, que, al igual que su abogado, argüían que habían usado el asesinato como “un método de autodefensa por su honor”. Más temibles aún fueron otras muestras de apoyo: nueve jóvenes enviaron su dedo meñique en un jarro con alcohol.

El militarismo expansionista era cada vez más popular. Por contagio, los militares cada día confiaban más en sí mismos, en que tenían la razón. Su política exterior era brutal, pero la consideraban justificada. No creían en el

Derecho internacional, pues lo concebían como una simple emanación de la hipocresía de Occidente. ¿No eran acaso las potencias europeas imperiales?

Ya en 1894, Japón había intentado la expansión como método para resolver sus problemas económicos. Invadió Corea, Formosa y Port Arthur. Los nipones devolvieron esta última posesión por exigencia de Rusia, Alemania y Francia. No obstante, duplicaron su Ejército y desarrollaron aún más su industria bélica, hasta que, en 1904, lograron total autonomía en este rubro. Poco después invadieron de nueva cuenta Port Arthur y derrotaron a los rusos en la batalla naval de Tushima. Al mismo tiempo, convirtieron a Manchuria en su colonia económica y se adueñaron de la isla Sajalín, otrora territorio de Rusia.

Los japoneses vieron una nueva oportunidad para ampliar su imperio en 1914. Ingresaron al conflicto con la finalidad de apoderarse de puertos en manos de Alemania y China. El Tratado de Versalles les aportó Shāndōng y algunas islas en el Pacífico. Los acuerdos de paz confirmaron a los japoneses su estatus imperial.

El imperialismo japonés se ejercía en nombre del ¡antiimperialismo! El expansionismo hacía de Occidente y Japón eran entidades semejantes, pero se trataba de un mimetismo de mala fe, de un mimetismo negado por las dos partes.

El imperialismo japonés encarnaba la contradicción de nacer desde la revolución Meiji, un movimiento antiimperialista. Por ello, para los nipones era necesario enmascarar sus propósitos. Cuando se apoderó de Corea, Japón dijo hacerlo para evitar que fuera invadida por potencias occidentales. Tras la invasión, creó una Liga del Asia Oriental para establecer lazos comerciales, diplomáticos y militares, con fines defensivos frente a Europa.

Poco después, los nipones buscaron influir en la Liga sobre China, pero ésta decidió no cooperar. Para los chinos, Japón era “una soberanía menor y un depredador feroz, en ciertos sentidos más temible, porque estaba más próximo, que cualquiera de las potencias europeas”.³⁶ Ya durante la II Guerra Mundial, en 1941, crearon una Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental para cubrir la dura realidad de que sus supuestos aliados eran en realidad satélites coloniales.

Mas, antes de desatar su agresivo imperialismo, los japoneses buscaron una alianza con Gran Bretaña, la principal potencia marítima del período entreguerras. Los británicos habían mantenido una alianza con los nipones. No obstante, en 1921, con el Tratado Naval de Washington, Estados Unidos y Canadá obligaron al Reino Unido a mantener una alianza exclusiva con ellos y, así, romper sus compromisos con Japón. En febrero de 1922, el Tratado de las Nueve Potencias, firmado también por Bélgica, Italia, Holanda

y Portugal, ofrecía integridad a China, en abierto desafío a las pretensiones expansionistas niponas. El resultado de estos tratados

fue colocar a Japón en el papel de depredador potencial y apartarlo del círculo encantado de las potencias “prósperas” respetables. La influencia de Gran Bretaña se disipó y Estados Unidos, que asumió el papel de protector de China, se convirtió en el enemigo irreconciliable de Japón. En lo interno, la consecuencia fue desplazar el poder en Japón, arrebtándolo al Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyos amigos extranjeros lo habían dejado caer, para favorecer a los militares más jóvenes, imbuidos del celo fanático de marchar solos, una actitud que, de todos modos, estaba implícita en el *shintō* totalitario.³⁷

El *katéchon* de las relaciones internacionales falló ante unas relaciones internacionales violentas que privilegiaban la amenaza militar sobre la cooperación comercial y migratoria. Por si esto fuera poco, el imperialismo japonés también se vio acicateado por el hambre. Desde 1868, la población crecía demasiado a prisa y superaba por mucho a la capacidad de producir alimentos. Para paliar esta situación, los japoneses comenzaron a importar arroz. Sin embargo, era necesario tener dinero para pagarlo. Y, como las potencias occidentales vivían un período proteccionista, los nipones podían exportar pocas cosas. Así, las importaciones de comida tampoco podían resolver el problema.

Los japoneses buscaron, simultáneamente, otra solución con la emigración, pero también en esto eran proteccionistas las potencias occidentales, en especial, Estados Unidos. Por cuestiones más racistas que económicas, desde 1894, los estadounidenses limitaron la cuota de inmigrantes japoneses. En Australia había leyes similares.

Los japoneses planteaban la economía como un problema de suma cero, como una economía precapitalista, según la cual la única forma de solventar la escasez es arrebatando la riqueza a alguien más. Se preguntaba Sadao Araki, gurú del *Kōdōha*, el “modo imperial”, jefe de los grupos de jóvenes oficiales del Ejército:

¿Por qué Japón, que tenía que alimentar a bastante más de 60 millones de bocas, debía de contentarse con 368,480 kilómetros cuadrados —gran parte de ellos estériles—? Australia y Canadá, con 6.5 millones de habitantes cada una, tenían 7'770,000 y 9'065,000 kilómetros cuadrados, respectivamente. Estados Unidos tenía 7'770,000 kilómetros cuadrados; Francia, un imperio colonial de 9'842,000 kilómetros cuadrados; Gran

Bretaña —aun sin los dominios o India—, 5'670,000 kilómetros cuadrados; Bélgica, 2'230,000 kilómetros cuadrados; Portugal, 2'072,000 kilómetros cuadrados. Araki señalaba que, además de sus enormes territorios metropolitanos, Estados Unidos tenía el de las colonias. ¿Dónde estaba la justicia natural de estas enormes discrepancias? No era que los japoneses fuesen codiciosos. Vivían de pescado y arroz, y no mucho de las dos cosas. Mostraban una ingeniosa economía en el empleo de todos los materiales. Hacia mediados de los años veinte, estaban próximos a los límites de sus recursos y, una década más tarde, ya habían superado ese límite. Detrás del atavismo romántico de las pandillas militares, de sus posturas y sus jactancias criminales, se delineaba un enorme y muy auténtico sentimiento de agravio nacional.³⁸

Sin embargo, Japón, no atacó a Occidente, sino a China, porque le pareció más fácil de derrotar.

5.4 El titanismo revolucionario en China

Paul Johnson dedica menos páginas a la monarquía tradicional china que a la teocracia japonesa. Para referirnos brevemente a la naturaleza de esta monarquía, regresemos a la TM, específicamente, a un par de artículos de Herbert Plutschow.

En China, durante los periodos de la cultura Xia (2205-1766 a. C.) y de las dinastías Shāng (1766-1122 a. C.) y Zhōu (1122-256 a. C.), se dio el surgimiento del Estado agrícola en las planicies del Río Amarillo, donde se impuso un orden holista-sacrificial, en cuyo centro estaban los reyes apoyados por los terratenientes convertidos en señores de la guerra. Era un sistema cuasi feudal donde la pertenencia al clan tenía un enorme peso.

El orden descansaba en los ritos sacrificiales y la guerra, dos actividades ejecutadas por el monarca. Mas los sacrificios no sólo eran una cuestión relacionada con la unidad del Estado, también servían para resolver asuntos cotidianos: purificaciones, inauguraciones o para augurar el buen inicio de un ciclo. También se les practicaba como medio preventivo para evitar la brujería de un vecino envidioso o para agradecer a los ancestros una buena cosecha.

En el caso de las grandes cuestiones, como pedir que comenzaran las lluvias o lograr el fin de una guerra, hacía falta un evento mayor, un ritual teatralizado, en el cual, ante miles de miradas, se sacrificaba a un ser humano. Por ejemplo, para apaciguar al Río Ho, “que exigía casarse cada año con una

virgen”, se arrojaba a una mujer desde una altura muy elevada. La mayor parte de las veces las víctimas propiciatorias eran individuos “marcados”, lo suficientemente distantes para poder “exteriorizar” la violencia; por ejemplo, miembros de la tribu pastoril Jiāng, esclavos, prisioneros de guerra, mujeres, niños y jorobados. Pero, si la ocasión era crítica y el favor a los dioses era de gran relevancia, se sacrificaba a un príncipe.

La decisión de si debía o no hacerse un sacrificio, así como el tipo, momento y lugar del mismo, se tomaba de acuerdo con la lectura de oráculos. En principio, ésta era una tarea llevada a cabo por chamanes particulares, pero, gradualmente y como un testimonio y causa a la vez del poderío del Estado, esta actividad se fue reservando al emperador y su burocracia sacerdotal.³⁹

El orden era, pues, holista. El englobamiento del contrario lo caracterizaba el emperador mismo, la estructura seguida era jerárquica, se buscaba mantener los deseos dominados por mediadores externos y se incentivaba la búsqueda de bienes internos. Todo ello sucedía así porque se tomaba como modelo ético al emperador mismo, cuya vida de entrega a los ritos y plena de sacrificios lo llevaba a ser el más virtuoso de los hombres, el que hacía las leyes justas y mantenía el orden del universo. Los súbditos, inspirados en dicho modelo ético, contribuían al orden al obedecer.

Hasta aquí no vemos grandes diferencias con el modelo japonés ni, en general, con el modelo de las monarquías arcaicas. Sin embargo, a partir del siglo X a. C., el sacrificio humano comenzó a ser reprobado por algunos filósofos y cortesanos; siglos más tarde, el confucianismo, el taoísmo y, después, el budismo se convirtieron en los más feroces críticos de los rituales sangrientos. La inmolación de prisioneros y esclavos continuó al menos hasta el siglo V a. C., pero la tendencia dominante fue la de ofrecer sustitutos: en lugar de humanos, se entregaban animales y, luego, herramientas, uñas, cabello, ropa, figurillas de arcilla, comida y, finalmente, incienso y palabras.

La humanización de los sacrificios, además de indicar una mayor sensibilidad compasiva, es también la muestra de un conflicto político: al no poder controlar por completo las inmolaciones realizadas por los chamanes particulares, algunos emperadores asumieron el punto de vista taoísta contra los sacrificios. Los brujos independientes eran constantemente acusados de generar desorden y ellos mismos se convirtieron en chivos expiatorios, pues se les acusó de la decadencia de los Zhōu, la última dinastía sacrificial en China.

Vemos así, al menos, dos *katéchones* del orden postradicional: el intento por establecer un Estado más allá de los rituales sacrificiales y el surgimiento de cierto grado de axialidad, es decir, de una mentalidad antisacrificial.

Desde los Qín hasta los Qīng —derrocados en 1912—, las víctimas propiciatorias fueron reemplazadas por muñecos; más aún, la mayoría de los ritos sacrificiales fue sustituida por “ritos morales”, enlistados por los grandes filósofos chinos: Kōngfuzī (551-489 a. C.), Mòzī (480-390), Mèngzī (382-300 a. C.), Zhuāngzī (365-280 a. C.) y Hán Fēizi (280-233 a. C.). Tales ritos morales suponían la persecución de algunos bienes internos: respeto, humildad, amor, reverencia y frugalidad.

La humanización de los rituales no es sólo un avance moral, sino también una estrategia unificadora del Estado. Después de la caída de los Zhōu, comenzó una guerra entre reinos rivales que tuvo consecuencias atomizadoras. La violencia fue condenada por los filósofos a causa de ser contraria al orden; afirmaban que era necesario un regreso a la vida virtuosa y compasiva de los Shāng y de los Zhōu. Sin embargo, estos filósofos morales, que, muchas veces, se convirtieron también en cortesanos, ocultaban —o, al menos, pasaban por alto— que tales dinastías habían practicado rituales sangrientos.⁴⁰

Los filósofos-cortesanos eran promotores de una ética de obediencia al orden y de la reciprocidad de deberes y responsabilidades entre gobernantes y súbditos. Para que esto fuera posible, según Xún Zī, había que enseñar a la gente común cortesía y humildad y hacerla capaz de autocontrolar sus instintos y deseos; todo ello, poniendo como ejemplo la conducta del emperador. Para dicho fin, el Estado debía proveer educación al pueblo.

Los filósofos-cortesanos consideraban, así, que el control por la fuerza era nocivo para el orden y, por ende, que lo mejor era gobernar mediante modelos edificadores. La élite debía de ser moralmente ejemplar.

Hán Fēizi, consejero de la dinastía Qín, fundó la escuela legalista en el marco de una China unificada, que codificó la moral y la convirtió en objeto de veneración. Estas reglas, de inspiración confuciana, dan más valor a la virtud que al rito. En el siglo III a. C., se impusieron las mismas leyes y la misma moneda en todo el imperio. El intento por centralizar el poder había comenzado por la religión, en aras de abarcar más aspectos. Para que las cosas ocurrieran como estaban dispuestas desde el centro, se eliminaba prácticamente todo margen de interpretación de la ley: el delito y la pena tenían el mismo nombre. Con ello, la identidad misma de los habitantes de China se hizo más homogénea. Asimismo, los Qín debilitaron a la familia extensa e indivisa y fomentaron la familia nuclear, que era más indefensa ante las imposiciones del centro.

El encapsulamiento estaba codificado y dividía las clases sociales; no es extraño que haya sido también en el siglo III a. C. cuando los emperadores y señores locales comenzaron a construir murallas, que fijaban el perímetro

entre los campos de regadío y las tierras de pastoreo, dividiendo los valles fluviales de la estepa.

Sin embargo, el encapsulamiento mediante las murallas —la unión de ellas conformaría la Gran Muralla— no era el único método defensivo. Curiosamente, la otra fórmula contribuía, de hecho, al desencapsulamiento entre los pueblos: la sinización de los pastores y semibárbaros vecinos del imperio, que servían como amortiguadores ante los embates de los nómadas a caballo.

Atenuar el ánimo sacrificial y guerrero de los pueblos periféricos mediante la sinización llevó a buenos resultados. El siguiente paso en contra del modelo sacrificial fue el desarrollo de la burocracia, derivada de la corte, pero ahora especializada y regionalizada. Como parte de esto, los Táng (618-907) hicieron una distinción clara entre burócratas y cortesanos; con los Sòng (960-1279), se fortalecieron los elementos de lo que podríamos llamar una organización moderna:

la racionalización de las maneras de contratación mediante la generalización de los concursos, cuya función era acentuar la independencia de la administración respecto de la aristocracia militar; la multiplicación del número de funcionarios que aseguraron su supremacía en la corte y se independizaron del propio emperador; el notable aumento de sus recursos y de sus salarios personales.⁴¹

De cualquier modo, la base del sistema seguía siendo tradicional: la monarquía, que convivía con diversos *katéchones* como el comercio, la moral axial y la racionalización burocrática. Mas, en el siglo XIX, el imperialismo europeo comenzó la desestructuración definitiva de la monarquía milenaria y la China imperial no estaba en condiciones reales de competir con las potencias occidentales. Paul Johnson llega, así, a esta conclusión:

El sistema imperial de gobierno, que había durado 3,000 años, podía ser considerado de dos modos. Representaba el principio de unidad, que no podía ser sustituido fácilmente en un dilatado país que tenía pocos centros naturales de unidad, pues su pueblo hablaba muchos idiomas distintos —aunque, gracias al servicio civil imperial, los hombres educados compartían una escritura común de ideogramas—. También podía considerárselo como el principio de la debilidad que hacía posible la penetración extranjera. Incapaz de reformarse o de modernizarse, había permitido que sucediese lo que la clase gobernante japonesa había impedido con éxito.⁴²

Desde finales del siglo XIX, pero sobre todo a principios del siglo XX, los revolucionarios comenzaron a aprovechar los fracasos del Imperio Chino, especialmente, el hambre y las derrotas militares. Sūn Yixiān, quien, al igual que Lenin, había pasado largos períodos de su vida exiliado, fundó la Xīn-gzhōnghuì, que, también como Lenin, consideraba que la revolución debía de ejecutarse desde arriba, porque la sociedad era incapaz de realizarla. Paul Johnson encuentra en el azar el origen de muchas cosas de gran relevancia:

En 1896, el personal de la Legación Imperial China en Londres lo secuestró. Proyectaban embarcarlo de regreso como un lunático en un buque fletado especialmente, para, una vez en Běijīng, torturarlo hasta la muerte, es decir, que le habrían aplicado el castigo que se reservaba a quienes conspiraban contra el Trono del Dragón. Mas, desde su encierro en el último piso de la Legación, en la esquina de Portland Place y la calle Wymouth, Sūn había arrojado monedas de media corona envueltas en papeles con mensajes escritos. Uno fue recogido por un criado negro, que lo llevó a la policía; y, poco después, el primer ministro británico, *Lord Salisbury*, consiguió liberarlo. Más tarde, Sūn regresó a China. En el mismo momento en que Lenin estaba promoviendo su teoría de la “élite de vanguardia”, para justificar la actitud de los intelectuales de la clase media que impulsaban a la revolución a un proletariado en general inexistente y mientras los mentores de Mussolini realizaban experimentos con el “sindicalismo revolucionario”, Sūn fundaba una sociedad secreta [...]. Estaba basada, en parte, en modelos europeos y, en parte, en modelos japoneses; su propósito, como el de Lenin, era derrocar mediante la fuerza a la autocracia imperial.⁴³

Aquí comienza un alud de problemas originados por el titanismo optimista que considera que las revoluciones resolverán los grandes problemas de la sociedad, la economía, la política, la justicia, etcétera.

5.5 La revolución, al borde del sacrificio natural

Paul Dumouchel habla de la economía sacrificial o racionalización del sacrificio como una noción moderna según la cual la violencia es legítima cuando la mayor parte de la gente considera que los sacrificios hechos evitan sacrificios mayores; es decir, en tanto que el número de sacrificados como los criterios de su selección sean aceptables para la mayoría. En la China de la primera mitad del siglo XX, no encontramos nada que se parezca a

dicha racionalización. Al desvanecerse el sacrificio tradicional propio de la monarquía china, no surgieron en su lugar una serie de *katéchones* eficaces. Surgió, en cambio, una violencia cuyos chivos expiatorios no pacificaban. Y no lo eran, pues tenían gran capacidad de retaliación: no se trataba de chivos expiatorios débiles.

Así, la revolución en China, lejos de llevar a un orden que resolviera los problemas, comenzó una violencia que ya no obedecía a ciclos ni podía encauzarse mediante rituales.

Primer acto: entre 1904 y 1908, Xīngzhōnghuì, la sociedad secreta de Sūn Yixiān, toma el control de algunas regiones del país. Se aprovechó de la deses-peración causada por la hambruna, así como de la debilidad de la monarquía, que, a la muerte de la emperatriz viuda Cíxî, vio en el trono a Pùyí, un niño de dos años. El 29 de diciembre de 1911, Sūn fundó la República de Nánjīng y se proclamó presidente. A mediados de febrero de 1912, la última monarquía china, la manchú, abdicó. “Así se vio destruido el principio de la legitimidad, y dejó un vacío, que podía llenarse únicamente apelando a la fuerza”.⁴⁴

Segundo Acto: en 1910, un campesino de una aldea de Húnán, de diecisiete años, escuchó la noticia de la muerte de la emperatriz, decidió unirse a los revolucionarios y pensó, desde entonces y hasta el final de su vida, que el orden sólo podía lograrse mediante el uso de la violencia, para lo cual era necesario contar con un ejército. Máo, al igual que Lenin o Mussolini, no creía en la democracia ni en el Estado de Derecho, sino en la fuerza.

Tercer acto. Sūn dejó de creer que la revolución traería un orden que se sostendría por su justicia y asumió lo mismo que Máo: el orden sería impuesto a la fuerza o no sería. Empero, como no se consideraba apto para dicho método, traspasó el poder “al último comandante de las tropas imperiales, el general Yuán Shikǎi. Éste, casi seguramente, se habría autodesignado emperador y fundado una nueva dinastía, tal como habían hecho en China muchos hombres fuertes, pero falleció, en 1916, y se perdió la causa de la monarquía”.⁴⁵

La pretensión inicial de Sūn era que el derrocamiento de la monarquía llevaría al establecimiento de una república justa, próspera y respetable, capaz de unir a los chinos frente a las amenazas extranjeras: una nación con la fuerza para reestablecer las posesiones perdidas a partir de 1840. Pero la realidad fue muy distinta: “en Mongolia Exterior, el Hutuku de Urga se declaró independiente y firmó un tratado secreto con Rusia (1912), un realineamiento que nunca fue modificado. En 1916, cinco provincias más habían optado por el gobierno propio. Japón invadió Manchuria y el Norte, así como muchas regiones costeras. Las restantes grandes potencias fijaron sus *esferas de influencia* en reuniones de las cuales se excluyó a China”.⁴⁶

Los problemas de la república de Sūn comenzaban con su incapacidad financiera. De hecho, los únicos ingresos con los que contaba eran las “antiguas Aduanas Marítimas Imperiales, organizadas por el irlandés sir Robert Hart y administradas por europeos, principalmente británicos, que controlaban las costas y los ríos navegables, mantenían las boyas, los faros y las cartas de navegación, y recaudaban los derechos. El resto del sistema impositivo oficial naufragaba en la corrupción”.⁴⁷

El siguiente problema de Sūn derivaba de su dependencia militar de los terratenientes. Peor aún, por dos motivos, éstos no estaban dispuestos a cooperar con la República: ya no tenían un lugar en la corte, pues ya no había corte; y la república les retiró sus antiguos privilegios.

Sin dinero, no podía haber un Ejército unificado ni leal al Estado. Ante el caos provocado por la desaparición de las viejas instituciones monárquicas, los terratenientes armaron sus propios ejércitos. Mas, lejos de armarse para defender la república, buscaban sólo sus propios beneficios. Surgió, así, un “feudalismo bastardo”, como en Japón. De nueva cuenta, cabe preguntarse si este feudalismo era un orden holista o sólo un falso holismo.

Paul Johnson habla del colapso del confucianismo, una doctrina con una dosis importante de axialidad que giraba en torno a la monarquía. En su lugar, ganaron terreno el taoísmo, el budismo y el cristianismo, pero todos como cultos privados, que nada hacían por regular la vida pública. La religión perdió su influencia en la regulación de la sociedad. En su lugar, la contención la haría la autoridad militar local: “Cuando afrontaron el estado de disolución descrito de un modo tan gráfico por Hobbes, eligieron el *Leviatán*, en la forma del señor de la guerra. Por desgracia, no había un solo monstruo, sino muchos: hacia 1920 existían cuatro principales señores de la guerra y veintenas de figuras menores”.⁴⁸

En lugar de una república, la revolución iniciada por Sūn trajo el ascenso de los señores de la guerra, que sustituían a los viejos terratenientes; en lugar de prosperidad, el hambre; en lugar de la justicia, las pandillas que imponían un orden efímero por la fuerza. En fin, la revolución trajo una liminalidad inestable, no el Estado de Derecho. No había quien pudiera concentrar suficiente fuerza para imponer el monopolio de la violencia.

5.6 La envidia temible

En 1921, Sūn no era más que un titán fallido. No tenía un buen ejército ni dinero para financiarlo. A pesar de ello, fue reelegido presidente y generalísimo. Su titanismo hacía que todo pareciera fácil en el papel, como cuando

escribió *Planes para la construcción del dominio*, donde hablaba de tres fases: 1) lucha contra el antiguo sistema; 2) gobierno que educa; y 3) auténtico gobierno democrático.

Ese mismo año, su organización se rebautizó como Zhōngguó Guómíndǎng (KMT) o Partido del Pueblo. Sus pilares eran tres principios: libertad nacional, gobierno democrático, economía socialista. Sin embargo, una vez en el gobierno, Sūn admitía que la realidad era más compleja y que “las naciones bien organizadas cuentan los votos que extraen de las urnas. Las naciones mal organizadas cuentan los cadáveres que yacen en los campos de batalla”.⁴⁹

Peor aún, el dr. Sūn se enfrentaba cotidianamente al entorno que él mismo había contribuido a formar, un entorno tan hostil que le hacía atravesar a diario el pantano de la fragilidad de su propia posición y de su propia existencia. La guerra había alcanzado tales dimensiones que el sacrificio ritual había sido sustituido por el sacrificio natural. En la desesperación por sobrevivir en este contexto, se recurría a cualquier cosa, incluso, a hacer pactos con el diablo:

Encerrado en Guǎngzhōu, el doctor Sūn necesitaba la protección de una guardia de seiscientos hombres. A veces no podía pagarles. Entonces se amotinaban e incursionaban en el Tesoro, para comprobar si encontraban algo. Cuando Sūn y otros jefes civiles y militares se desplazaban, lo hacían en grandes Packard estadounidenses, con sus matones armados sobre los guardafangos de los coches. A veces, Sūn se veía obligado a buscar refugio en lugares secretos y usar extraños disfraces. Cierta vez huyó a Hong-Kong en una cañonera británica. Y, en efecto, le habría agradado mucho contar con la ayuda británica en la condición de potencia protectora —al margen de la independencia de China—, pero *Lord Curzon* vetó el plan. Entonces, Sūn se volvió hacia Estados Unidos y exhortó a Jacob Gould Schurman, ministro estadounidense en Guǎngzhōu, a promover una intervención estadounidense por cinco años, con el derecho de ocupar todos los empalmes ferroviarios y las capitales de provincia y de ejercer su autoridad sobre el Ejército, la política, los servicios sanitarios, el control de las inundaciones, así como el derecho de designar a los principales expertos administrativos. Esta propuesta también fue rechazada [...]. Desconcertado, en 1923, Sūn se volvió hacia el gobierno soviético.⁵⁰

Stalin respondió, en octubre de 1923, con el envío de Mijaíl Borodín, alias “Berg” y “Grisenberg”, para reorganizar el KMT y hacerlo leninista.

También había que hacerlo militarista y, para ello, el Zar Rojo mandó a “Galen” o “El general Blücher” y muchos otros “asesores”. “Fue el primer caso de una nueva forma soviética de imperialismo político”.⁵¹ Los soviéticos vendían las armas y proveían a los profesores y asesores. “Galen” instaló una academia militar en Huángpǔ, a cuyo frente quedó el cuñado de Sūn, Jiǎng Jièshí, un ambicioso contador. Él y Sūn estaban casados con unas hermanas, que a la vez eran hermanas de Sòng Zīwén, un banquero con ideas izquierdistas. Stalin exigió, además, a cambio de su ayuda, que el KMT se fusionara con el recién creado Partido Comunista Chino.

A diferencia del profesor Sūn, Jiǎng Jièshí era muy realista. Desde el principio estuvo dispuesto a convertirse en un señor de la guerra, a organizar un ejército basado en disciplina y castigos brutales para los desertores. Surgieron “cortes marciales sumarísimas y los fusilamientos masivos”.⁵² Desde la academia militar formó a quinientos oficiales, que eran, a la vez, el ejército de élite del KMT. En 1925, Jiǎng se convirtió en Generalísimo y Jefe del Estado Mayor.

El nombramiento de Jiǎng derivó directamente de la muerte de Sūn, en marzo de 1925. Murió lamentándose de que su partido estaba dominado por comunistas, quienes contaba con más de 600,000 afiliados. Este giro alejó por completo al KMT de Occidente.

En manos de Jiǎng, el KMT acumuló mayor poder, pero su dominio pleno se limitaba a Guǎngzhōu. Por otra parte, los comunistas estaban divididos, en tanto que algunos creían que la revolución debía de ser impulsada por una base pequeña de proletarios chinos de Shànghǎi y sus alrededores, mientras que otros consideraban que la base habían de ser los campesinos. En este segundo bando estaba Máo.

No obstante, el asunto principal es que ni los comunistas ni los nacionalistas de Jiǎng lograban controlar porciones significativas de China. Sostener la alianza entre ellos propuesta por Stalin era una buena idea. Por otra parte, las doctrinas no tenían sentido ante las circunstancias caóticas. Por el contrario, comunistas y nacionalistas se habían vuelto simples oportunistas. Jiǎng y el comunista Zhōu Ēnlái, jefe del departamento político del Partido Comunista, colaboraban en Huángpǔ al punto que “no había diferencia entre el adoctrinamiento político del KMT y del Partido Comunista”.⁵³

En Jiǎng encontramos la explotación del odio a los extranjeros como método de unificación nacional. Además, pese a ser él mismo un señor de la guerra, Jiǎng afirmaba que éstos no eran más que un cáncer para China. Extranjeros y señores de la guerra se convirtieron en los enemigos, los chivos expiatorios del KMT, una idea que Máo adoptó como la mejor forma de ganarse a los campesinos. Paul Johnson destaca el mimetismo entre Jiǎng y Máo:

Máo Zé Dōng, [...] miembro del buró de Shànghǎi del KMT, [...] se le designó director del Instituto de Instrucción del Movimiento Campesino, que mostraba una preferencia abrumadora por la disciplina militar (128 horas de un total de 380 horas de clase). Sus opiniones y las de Jiǎng estaban muy próximas por esta época. En cierto sentido, se sentía mucho más cómodo en el KMT, que destacaba el nacionalismo, que en el Partido Comunista, con su dogmatismo orientado hacia las ciudades. Colaboró con el KMT mucho más tiempo que otro cualquiera de los comunistas destacados, lo cual dignificó que, después de asumir el poder, a fines de la década de 1940, fue necesario que se “perdiera” un año de su vida (1925-1926) en las biografías oficiales.⁵⁴

Hacia 1925, la debilidad de los *katéchones*, la incapacidad de cualquiera de los señores de la guerra por instaurar un orden, mostraba un panorama sombrío: Jiǎng controlaba la China meridional; Sun Chuánfāng, Shànghǎi y cinco provincias, desde Nánjīng hasta algunas regiones del bajo Cháng Jiāng; Wu Peifu, Húběi y Hénán; Yan Xishan, Shānxī; Zhāng Zuólín, Mukden y tres provincias manchurianas; Zhang Zongchang, Shāndōng; Sūn Yuè, Běijīng y Tiānjīn; entre otras figuras menores.

Sin embargo, el mimetismo positivo entre el KMT y los comunistas se terminaría en 1926. El KMT avanzaba, gracias a las victorias del general Féng Yùxiáng, que conquistó Běijīng con su ejército de 300,000 soldados. Jiǎng tenía la oportunidad de unificar China de una manera pacífica, para lo cual, más que expulsar a los capitalistas de su territorio, necesitaba aliarse con ellos. Esto llevó a la ruptura definitiva con el Partido Comunista. Un año más tarde, en 1927, Jiǎng mismo había conseguido importantes victorias en el norte de China. También conquistó Shànghǎi, donde reprimió a los proletarios, un acto que los banqueros y la burguesía local aplaudieron. La reacción de Stalin no se hizo esperar:

decidió ahora modificar su política. Poco antes había expulsado a Trotski y, de acuerdo con su costumbre, adoptó las propuestas de sus antagonistas vencidos. Se ordenó al Partido Comunista chino que rompiera con el KMT y tomara el poder por la fuerza. Fue la única vez que Stalin siguió la línea revolucionaria de Trotski, y el resultado fue un desastre. Los cuadros comunistas se alzaron en Guǎngzhōu, pero los ciudadanos no los siguieron; en los combates que sobrevivieron, muchos habitantes de la ciudad fueron masacrados y una décima parte de la ciudad resultó incendiada. El KMT atacó con toda su fuerza, el 14 de diciembre de 1927; los comunistas cedieron y fueron perseguidos por las calles por

los propios cantoneses. La mayor parte del personal del consulado soviético fue asesinada. Borodín regresó asqueado a Moscú y dijo a Stalin: “La próxima vez que los chinos griten ‘¡Viva la Revolución Mundial!’, envíeles a la OGPU”. Stalin no dijo nada. A su debido tiempo, ordenó liquidar a Borodín.⁵⁵

Jiǎng y Máo se separaron. El primero basó su campaña en los militares; el segundo, en los campesinos. La escalada mimética y la ruptura definitiva entre el KMT y el PCC dio paso a una guerra civil. Ambos bandos buscaban unificar el país y terminar con la era de los señores de la guerra. Lograron lo contrario.

El panorama era catastrófico. La fragmentación de poder trajo en consecuencia que no se lograra implantar un Estado de Derecho y, por tanto, que no existiera el legítimo monopolio de la violencia. En realidad, lejos de eso, la población china poco identificaba las diferencias entre los soldados del gobierno, los ejércitos de los señores de la guerra y los bandidos: la crisis de las diferencias.

La escalada en la violencia se debía a que la lucha no sólo era del gobierno contra los señores de la guerra, sino entre estos últimos también. Mientras más pueblos resultaban destruidos por la catástrofe, más habitantes desposeídos se unían a uno u otro bando; las facciones se dividían cada vez más, aunque aun así resistían a los intentos del gobierno por desmantelarlas. Tan segmentada se encontraba China que, “en la Conferencia Económica Nacional del 30 de junio de 1928, Sòng Zīwén, cuñado de Jiǎng, y ahora ministro de Finanzas, dijo que, mientras, en 1911, durante la monarquía, China tenía un ejército de 400,000 hombres, más o menos bajo una sola dirección, hacia 1928 tenía ochenta y cuatro ejércitos, dieciocho divisiones independientes, con un total de más de 2 millones de hombres”.⁵⁶

El antiguo régimen chino se desmanteló sin antes poder instaurar mecanismos modernos que fueran capaces de contener la envidia y la violencia. Como hemos relatado, China buscaba transitar al mundo moderno, pero el orden tradicional no ofrecía una guía para hacerlo. De manera que, al no existir las condiciones para la envidia banalizada, la violencia escaló en una sangrienta guerra y se instauró un orden hasta que uno de los grupos logró adquirir el poder, también basado en la violencia.

Por esto, al acabar la monarquía, la envidia sacra del antiguo régimen había sido sustituida por la envidia temible. Este tipo de envidia surge en un mundo que cuestiona los mecanismos tradicionales de la gestión de la violencia, “pero que aún no ha construido mecanismos sólidos para sustituir a la civilización que pretende destronar”. Es, por tanto, un tipo de envidia que

se manifiesta al término de un régimen basado en jerarquías preestablecidas y en rituales de contención de la violencia. “La envidia premoderna es tan destructiva como la sacralizada; peor aún, es un demonio sin el contrapeso de Dios”.⁵⁷

En China, con el colapso de las jerarquías monárquicas y del confucianismo, tanto el poder político como la religión perdieron su poder regulador de la sociedad. Ahora, la contención se adjudicaba a la fuerza —las autoridades militares locales, por ejemplo—, de forma que emergió el fenómeno de desencapsulamiento, donde se desacralizan las jerarquías y las distancias sociales. Dominaba la envidia temible, el poder sin autoridad.

Jiǎng, con apoyo de los capitalistas reorganizó el partido KMT. Para 1929, tenía 172,769 oficiales y soldados y 201,321 civiles. Contaba con el apoyo de más empresarios y menos campesinos. Mientras, Máo buscaba llevar el nacionalismo a los extremos para construir un ejército fuerte. La lucha entre Máo y Jiǎng ponía de manifiesto la fragmentación que China sufrió al acabar la monarquía. El mimetismo entre ambos líderes continuó, como relata Johnson:

La moraleja que Máo extrajo del cambio de política de Jiǎng no fue ideológica, sino práctica. Para suscitar cierta impresión política en China, un hombre tenía que contar con un ejército. De modo que él se convertiría en señor de la guerra por cuenta propia. Su personalidad se adaptaba muy bien a este propósito. [...]. A semejanza de Hitler, [Máo] era ante todo un nacionalista, que confiaba en la cultura nacional. Del filósofo Yán Fù extrajo la idea de que el “culturalismo”, la búsqueda del “modo chino”, era el medio de movilizar al pueblo y convertirlo en una fuerza irresistible. Leyó y usó el marxismo-leninismo, pero su concepción fundamental estaba más cerca del axioma de su profesor de ética en Běijīng, es decir, Yáng Chāngjì, cuya hija fue la segunda esposa de Máo: “Cada país tiene su propio espíritu nacional, del mismo modo que cada individuo tiene su propia personalidad [...]. Un país es un todo orgánico. No es como una máquina, que puede ser desarmada y armada nuevamente. Si se lo desarma, perece”.⁵⁸

La evolución de Máo Zé Dōng se gestó en dos ejes. Primero, aún después de la abrupta ruptura con Jiǎng Jièshí, había características que eran atractivas de imitarle: retomar la idea de que los extranjeros y señores de la guerra eran los enemigos como estrategia para ganarse a los campesinos. Segundo, que la construcción de un ejército fuerte era primordial, sin importar la procedencia de quiénes lo conformaran.

Además de un ejército fuerte, Máo necesitaba del recurso de la envidia ideológica para volver a poner la envidia en el centro de la política y, así, construir chivos expiatorios. Es importante aclarar que el discurso propagandístico del régimen maoísta evolucionó conforme Máo también lo hacía. En otras palabras, se fue acrecentando con el paso del tiempo, con la rigidez del gobierno y con el ascenso autoritario.

“La envidia ideológica surge [...] donde la envidia temible ha sustituido a la envidia sacra y las expectativas van en aumento, pero los medios para satisfacerlas, no”.⁵⁹ Durante la guerra civil china, vemos cómo la violencia va en ascenso al mismo tiempo que las necesidades de la población. Con una narrativa de envidia ideológica, a lo largo de dos décadas, Máo logró concentrar el poder.

El inicio del ejército de Máo comenzó después de la ruptura con el KMT, en 1927, cuando la dirección comunista y soviética le ordenó que organizara un levantamiento armado de los campesinos de Húnán. Era su oportunidad para convertirse en señor de la guerra. “Durante el período siguiente, Máo se convirtió rápidamente en una fuerza independiente en la política china. La revuelta fracasó, pero Máo preservó el núcleo de una fuerza y lo llevó a las montañas de Jǐnggāngshān, en la frontera de Húnún y Jiāngxī. Era un contingente pequeño pero suficiente; en adelante, él nunca dejó de contar con sus propias tropas”.⁶⁰

De esta manera, Máo, al igual que Jiǎng, se convirtió en un señor de la guerra con ejército propio, aunque en un inicio conformado en su mayor parte de lo que él consideraba los “cinco elementos desclasados”: desertores, bandidos, ladrones, mendigos y prostitutas. Aun así, necesitaba movilizar a los campesinos para conformar un ejército sólido, y para lograrlo requería: 1) del discurso patriótico y 2) de armas y adiestramiento para los campesinos.

Mediante la envidia ideológica, Máo pudo focalizar la envidia sobre quienes eran, según decía, los responsables del daño que se había hecho a China y, así, consolidar chivos expiatorios. En primer lugar, los enemigos del exterior: aquellas potencias que despreciaban la cultura china y que causaban el resentimiento del pueblo —de aquí cobró mayor densidad el discurso patriótico—. En segundo, los enemigos del interior: los que se oponían al régimen comunista y, supuestamente, eran los culpables de la miseria que los campesinos habían vivido en las últimas décadas: terratenientes, pequeños burgueses, propietarios.

Al inicio, el ejército comunista fluctuaba entre 3,000 y 20,000 hombres. Como cualquier otro señor de la guerra, Máo era un líder cruel que no dudaba al momento de ejercer la fuerza. Sabía que, en medio de una guerra civil, sólo el miedo a una violencia mayor podía mantener la disciplina:

“En diciembre de 1930, ordenó el fusilamiento de 2,000 a 3,000 oficiales y soldados de su ejército por pertenecer a la AB (Liga Antibolchevique), una organización clandestina del KMT que operaba en el seno de las fuerzas comunistas. Cinco meses antes, la esposa y la hermana menor de Máo habían sido ejecutadas por el KMT y había otras muertes que vengar; Jiǎng había asesinado a millares de comunistas en 1927-1928”.⁶¹

Vemos aquí una escalada mimética donde las distancias tienen gran importancia: por una parte, la cercanía —el fusilamiento de traidores y familiares— y, por otra, la lejanía —la externalización del Mal—. Se sacrifica a quienes, estando cerca, están lejos, en realidad. Ambos bandos actúan de manera similar: fusilan a los “enemigos de adentro”, por ser amigos de los enemigos de afuera. Todo esto, en la búsqueda del restablecimiento de un orden al interior de cada ejército, de establecer diferencias e instaurar la pureza.⁶²

A pesar de los pocos seguidores con los que contaba en un inicio, Máo era un hombre optimista y no dudaba de que podía movilizar a los campesinos y edificar una nación, a diferencia de los mandatarios anteriores, como Sūn Yixiǎn, quien consideraba que

China se encontraba en peor situación que una colonia común y corriente: “Estamos aplastados por el poder económico de las grandes potencias con más intensidad que si fuéramos una mera colonia. China no es la colonia de una nación, sino de todas, y no somos los esclavos de un país, sino de todos. Creo que debería de llamársenos una ‘hipocolonia’”. Ésta era también la opinión de Stalin. Empero, Máo pensaba que la multiplicidad de explotadores de China era una ventaja, porque podía enfrentarse a una potencia contra otra; no creía en la teoría leninista del colonialismo. Sostenía, en cambio, que “la desunión de las potencias imperialistas originaba la desunión de los grupos gobernantes de China”, de manera que no podía existir un “poder estatal unificado”.⁶³

Desde luego que el optimismo de Máo no se contraponía con el resentimiento hacia Occidente. Fue ese rencor el que le facilitó la exteriorización de la violencia por medio de la construcción de chivos expiatorios, de manera que el discurso nacionalista cada vez cobraba más fuerza:

En el pensamiento de Máo, cierta forma del patriotismo extremista era el resorte principal. Nunca necesitó realizar la traslación del internacionalismo al patriotismo que practicó Mussolini en 1914; como Atatürk, fue nacionalista *ab initio*. Y su nacionalismo cultural se originó no tanto en el sentimiento de la opresión como en la conciencia ofendida de una

superioridad a la que no se reconocía. ¿Cómo era posible que China, la madre de la cultura, fuese tratada por los advenedizos europeos como un niño desobediente, una metáfora empleada con frecuencia por la prensa occidental durante los años veinte?⁶⁴

No obstante, el propósito de integrar a los campesinos al ejército carecía de sentido sin armas y sin generar unión entre ellos. Además, necesitaban un propósito y una idea de heroísmo militar, por lo cual Máo buscaba imitar a los grandes conquistadores del pasado, como Genghis Khan:

Parte del nacionalismo romántico de Máo, tan semejante al de Hitler, consistió en que exploró el pasado en busca de ejemplos, sobre todo, de los que atribuían la misma importancia que él a la fuerza y el vigor físico. Su primer artículo expresaba: “Nuestra nación necesita fuerza. No se ha alentado el espíritu militar [...]. Si nuestros cuerpos no son fuertes, sentiremos miedo tan pronto veamos a los soldados enemigos; ¿cómo podremos, entonces, alcanzar nuestras metas y lograr que nos respeten?”. “El objetivo esencial de la educación física”, agregó, “es el heroísmo militar”. Las virtudes marciales eran absolutamente fundamentales para su socialismo nacional.⁶⁵

Máo y sus seguidores no incurrieron en los mismos actos que los bandidos o que los señores de la guerra independientes. No se dedicaban a saquear, secuestrar ni a destruir aldeas: habían logrado “moralizar su violencia”, lo que sumó a sus filas a otros tantos seguidores. Lo que sí hacían era quemar y asesinar a sus enemigos, un acto no mal visto por sus seguidores ni por gran parte del campesinado, que simpatizaba con su causa, porque los inmolados eran un chivo expiatorio bien construido, eran los enemigos de los campesinos:

Máo y otros señores comunistas de la guerra, que, durante los años 1929-1930, controlaban unos 30 millones de personas en cinco provincias, en general, no secuestraban ni saqueaban y eliminaron el juego, la prostitución y el cultivo de la amapola productora de opio. Pero maltrataban y asesinaban a miembros de las clases medias, destruían los documentos oficiales y los títulos de propiedad y quemaban las iglesias, los templos y otros lugares del culto, además de matar a los sacerdotes y misioneros.⁶⁶

El asunto era que todos los bandos —nacionalistas, comunistas y señores de la guerra— buscaban la reforma radical, naturalmente, de modo titánico: todos querían decidir el destino de China. Lo opuesto a las reformas liberales,

donde la decisión la toma los abstractos mecanismos del mercado y la democracia, que requieren negociaciones y procedimientos lentos. Aquí, instaurar la reforma radical —para cualquiera de los bandos— significaba tomar el poder, agrandarlo y retenerlo.

El conflicto entre Jiǎng y Máo y sus intentos por instaurar un orden causaron un enorme desastre, una liminalidad que parecía no tener fin y que a la vez excitó

el instinto predatorio de Japón. También los japoneses promovieron la reforma radical [...]. Puerto Arturo, los puertos de Shāndōng y otras regiones ocupadas por Japón eran oasis de paz y prosperidad. Los oficiales jóvenes de esta fuerza, denominada Guāndōngjūn o “ejército de Kwantung”, observaban con disgusto y horror la tortura interminable de China. A principios de 1928, dos de ellos, el teniente coronel Kanji Ishihara y el coronel Seishirō Itagaki, decidieron obligar a intervenir a su propio y renuente gobierno. Su razonamiento consistía en que, si bien los capitalistas japoneses y los señores de la guerra chinos podían beneficiarse con la anarquía reinante, ésta nada aportaba al pueblo chino, que necesitaba orden, ni al pueblo japonés, que necesitaba espacio. Manchuria sería liberada de sus señores feudales de la guerra y de sus burgueses capitalistas y convertida en una colonia proletaria de Japón.⁶⁷

Si bien Máo imitó las intenciones de Jiǎng de 1) convertir a los extranjeros y señores de la guerra en chivos expiatorios y 2) la construcción de un ejército fuerte, fue mucho más hábil en despertar el interés de los campesinos por medio de un discurso patriótico. Mientras Máo se acercaba más al pueblo, Jiǎng se alejaba.

La gota que derramó el vaso fue la intervención japonesa de 1937, donde nacionalistas y comunistas se aliaron para luchar contra Japón. No obstante, los comunistas tenían ventaja respecto a mostrarse patrióticos, pues llevaban años cultivando ese discurso, mientras que los nacionalistas eran percibidos como corruptos y aliados de los estadounidenses. La intervención japonesa contribuyó al ascenso de Máo, pues hizo evidente la pertinencia del nacionalismo.

La invasión japonesa también implicó una nueva dimensión destructiva. Una guerra civil que, a la vez, se convirtió en una guerra internacional y una guerra entre hermanos-enemigos que, al mismo tiempo, contaban con las armas más mortíferas; en ella, se planificaban las batallas con el odio caliente de quienes están cerca y se ejecutaban con la frialdad de la guerra moderna.

El capítulo 5 de *Tiempos Modernos* termina con la triste conclusión de una revolución que, en la búsqueda de hacer el bien, destruyó mucho: “La tragedia de China entre las guerras ilustra el principio de que, cuando la legitimidad cede el lugar a la fuerza y los absolutos morales, al relativismo, se cierne una gran sombra, y ya no es posible distinguir a los ángeles de los demonios [...]. El esfuerzo bienintencionado del doctor Sūn de crear una utopía moderna había derivado en una pesadilla”.⁶⁸

CAPÍTULO VI

EL SACRIFICIO Y LA ENVIDIA BANALIZAN EL DESEO Y LA VIOLENCIA

Jorge Federico Márquez Muñoz

Paul Johnson explica la situación europea de entreguerras del siguiente modo:

1) El desmantelamiento de los imperios Habsburgo, otomano y alemán alentó el nacionalismo furioso y resentido. Los *katéchones* económico, diplomático, de Estado de Derecho liberal, democrático y de autocontrol fallaron uno a uno. Comenzó, entonces, una frenética carrera por encontrar chivos expiatorios, lo cual llevó a una serie de políticas inhumanas con las minorías —i. e. los germanos en Polonia, los serbios en Hungría, etcétera—.

2) Como estos chivos expiatorios eran minorías en un país y, a menudo, mayoría en otro, buscaban la protección de su etnia, es decir, ayuda extranjera. Lo cual no hacía sino escalar aún más los problemas.

3) En Rusia, la brutalidad de la guerra, el hambre y el dolor, combinados con el cansancio postbélico de las potencias occidentales, permitió la llegada al poder de un nuevo titán, un estilo político que tomó de Alemania el ludendorffismo —el socialismo de guerra—, más cerca de Nietzsche que de Marx: Lenin.

4) Una vez instaurada la URSS, el bolchevismo comenzó a exportarse a otros países. Al igual que en Rusia, los ejércitos de toda Europa estaban cansados y molestos; también había hambre y falta de confianza en la política.

5) De tal suerte que, hacia finales de la segunda década del siglo XX, las calles de casi todas las ciudades importantes de Europa se habían convertido en campos de batalla de comunistas contra nacionalistas —los cuales, en algunas ocasiones, mutarían hacia el fascismo—.

6) Mas no en todos los países los nacionalismos de la posguerra eran tan rabiosos. Entre los franceses y los británicos, aunque también había crisis, ésta, al menos, tenía un sentido épico: gracias a tantos sacrificios, se había derrotado al mal en la I Guerra Mundial. En ambos casos, la democracia sobrevivió y ni se reprimió con furia a los comunistas ni se permitió el crecimiento de los grupos fascistas. Ni la derecha ni la izquierda eran, ahí, tan radicales; además, el gobierno hizo su trabajo y el Estado de Derecho se impuso.

7) Si bien Francia y el Reino Unido lograron preservar los *katéchones* de la democracia, del autocontrol y, en el mediano plazo, de la prosperidad, fuera de sus territorios sostuvieron políticas que provocaron y envalentonaron a las potencias totalitarias. El decadentismo de los británicos fortaleció el apaciguamiento y, en su búsqueda de no provocar la furia de los alemanes, dieron la señal a Hitler de que podría rearmarse sin el castigo de la sociedad internacional. Peor aún, el decadentismo británico se combinó con la política agresiva de los franceses, provocando la ira de los germanos y el alejamiento de aquéllos. La agresividad gala no derivaba de un plan expansionista; era apenas una máscara que escondía el temor a una Alemania rearmada que buscaría revancha, después de las medidas impuestas por la Paz de Versalles.

8) La escalada mimética entre titanes fue eficaz en Rusia, Alemania e Italia. Así como Lenin imitó a Ludendorff, Mussolini imitó a Lenin —aunque evitando algunos de sus más graves errores, como el intento de dismantelar el capitalismo— y Hitler, a su vez, imitó a Mussolini, a Lenin y, posteriormente, a Stalin.

9) En Rusia, se impuso el socialismo y se destruyó a la república y al capitalismo al mismo tiempo, lo cual provocó carestía, hambruna, represión y migraciones masivas; en Italia, se abolió la democracia, pero no el capitalismo; y, en Alemania, Hitler usó la democracia para llegar al poder y mantuvo el capitalismo. En los tres países se impusieron sistemas totalitarios, pero muy distintos.

10) Paul Johnson se detiene en Alemania. Ahí explica cómo los comunistas y los nacionalistas escalaron su conflicto hasta llevar a Hitler al poder. Los

“Hombres del Oeste” fueron hechos a un lado, pues se habían quedado con el poder al terminar la guerra, sin encontrar fórmulas ni para mantener un sistema político estable ni para sortear la crisis económica. Así, todo lo que estos hombres representaban —la civilización, el intelectualismo, el cosmopolitismo, el libre comercio y la democracia— fue despreciado tanto por los comunistas como por los “Hombres del Este”, es decir, los nacionalistas, los representantes de la cultura.

11) El ascenso de Hitler se explica porque “la cultura” parecía tener mejores respuestas para salir de la crisis económica y política y porque no temía hacerle frente a los comunistas, mientras que los “Hombres del Oeste” no estaban dispuestos a llevar los diferendos a la lucha en las calles.

En “La última arcadia”, el capítulo 6 de *Tiempos Modernos*, Paul Johnson explica por qué en Estados Unidos no ocurrió lo mismo que en Alemania:

1) En primer lugar, establece que, al igual que en Alemania, había una gran distancia entre los “Hombres de la Costa Este” —representantes de la civilización— y los de “Medio Oeste” —los Hombres de la cultura—.

2) Ahí vemos ya una primera diferencia: los representantes de la civilización aquí no eran ni decadentistas ni tampoco ineficaces. Por el contrario, mostraron gran voluntad e inteligencia para estar siempre sobrerrepresentados en la política, lo cual los hizo un baluarte del liberalismo.

3) La segunda diferencia: el comunismo nunca dejó de ser una fuerza minoritaria en Estados Unidos. Lo anterior, derivado de sus problemas de identidad y organizacionales, pero también debido a que el *katéchon* de la prosperidad capitalista alejaba a los trabajadores de dicha opción.

4) La debilidad del comunismo obstaculizó la radicalización de la mayoría de los Hombres de la Cultura. El conflicto no escaló a los niveles que lo hizo en muchos países europeos. Los representantes de la Costa Este tuvieron la capacidad de atemperar la escalada en los extremos.

5) Sin embargo, la derecha racista también provocó daños, si no tan grandes como en Europa, sí importantes. El más grave fue la política xenófoba que se materializó en la absurda prohibición del alcohol, que a la larga no hizo sino fortalecer al crimen organizado.

6.1 La ansiedad estadounidense

“La última arcadia” comienza describiendo la situación de Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX. En ocasiones, aparecen similitudes inquietantes con esa Alemania que estaba viendo ascender a Hitler: problemas raciales, intolerancia, crisis económica y los consecuentes chivos expiatorios de la pérdida del orden.

Hacia finales de los años veinte, Estados Unidos era ya un microcosmos del planeta. La inmigración de pueblos tan lejanos como el japonés y el multiculturalismo despertaban ansiedad a millones de estadounidenses. En ese contexto, cabía buscar respuestas a las siguientes preguntas:

¿Qué era un estadounidense? ¿Cuál era la meta de Estados Unidos? Muchos, quizá la mayoría de los estadounidenses, creían, casi como respondiendo a sus propios Jefferson, que su país era la última Arcadia. Un refugio inocente y casi utópico que permitía huir de la acumulación de locuras y la perversidad del mundo corrupto que se extendía más allá de sus costas bañadas por los océanos. Mas ¿cómo podían preservar esta Arcadia? Este propósito exigía en sí mismo una política exterior de carácter global. ¿Y cómo crear al auténtico arcadiano? Este aspecto obligaba a una política racial. Y las dos cuestiones estaban relacionadas de manera inextricable [...].

El concepto de la fusión de razas en Estados Unidos era tan antiguo como John Hector St. John de Crèvecoeur y Thomas Jefferson. Se lo teatralizó con resultados sensacionales en *The Meltingpot*, la pieza de Israel Zangwill que fue el gran éxito de Nueva York hacia 1908. La nueva industria cinematográfica, que desde sus comienzos fue el epítome del multirracismo, estaba obsesionada por la idea, y lo mismo puede decirse de muchas de sus primeras obras épicas, por ejemplo, *El nacimiento de una nación* (1915) e *Intolerancia* (1916).¹

¿Orgullo o inquietud por la mezcolanza? La pureza sacrificial tenía sus defensores; por fortuna, no tantos ni con tanto fanatismo como en Europa. De todos modos, tenían capacidad de hacer daño y de producir “culpables” en el imaginario de millones de ciudadanos.

En 1915, William Simmons, un ministro georgiano, fundó el Ku Klux Klan, que buscaba controlar a los grupos minoritarios que trasgredían el orden moral y político. Madison Grant publicó su teoría de la “raza superior” en *The Passing of the Great Race*, una obra pseudocientífica que se convirtió en un *bestseller* y según la cual, Estados Unidos había logrado grandeza por

las supuestas ventajas morales e intelectuales de los blancos. No obstante, la inmigración sin controles estaba llevando a un crisol racial que, tristemente, tendía a convertir a Estados Unidos, en una especie de México, ese país donde “la absorción de la sangre de los conquistadores españoles originales por la población india nativa había producido una mezcla degenerada, ahora consagrada a la tarea de demostrar su incapacidad para el gobierno propio”.² Las virtudes de las razas superiores eran sumamente inestables y desaparecían fácilmente cuando se mezclaban con individuos comunes o primitivos. Así, “la cruce de un blanco con un negro es un negro y la cruce de una cualquiera de las tres razas europeas con un judío es un judío”.³

A principios del siglo XX, la sociedad estadounidense continuaba siendo sumamente jerárquica. Uno de los *katéchones* más importantes para mantener un orden de diferencias era el prejuicio racial. La política hacía eco de este marco que daba peso a las supuestas diferencias étnicas:

En las campañas políticas, casi todos aceptaban la existencia de jerarquías raciales, aunque había variaciones importantes según el carácter de los votantes locales. De esta manera, el senador Henry Cabot Lodge, en privado partidario sin reservas de la supremacía anglosajona, en sus campañas siempre utilizaba una expresión prudente, “gente de habla inglesa”. Will Hays, organizador de la campaña a favor de Warren Harding, resumía la estirpe del candidato con la afirmación de que poseía “la mejor sangre de pioneros, anglosajona, alemana, irlandoescocesa y holandesa”.⁴

El ingreso de Estados Unidos a la Gran Guerra no hizo sino acentuar la “xenofobia patriótica”. La campaña contra las razas inferiores era también una campaña contra el inconformismo. El presidente Wilson firmó la Ley de Espionaje (1917) y la Ley de Sedición (1918). Cualquier expresión que pudiera considerarse ofensiva contra la bandera, el uniforme, el gobierno o los símbolos del patriotismo se castigaba severamente. Derivado de esta ley se castigó incluso a quienes criticaban a la Cruz Roja o al YMCA.

En este contexto, el Klan, bajo el liderazgo de un dentista de Dallas, Hiram Wesley Evans, “llegó a tener 4 millones de miembros en el Este y el Medio Oeste. Evans, que decía ser el hombre más vulgar de Estados Unidos, aseguraba que el Klan hablaba en nombre de ‘la gran masa de estadounidenses del antiguo linaje de los pioneros, de la llamada raza nórdica, que con todos sus defectos ha dado al mundo casi la totalidad de la civilización moderna’”.⁵

Durante la guerra, surgió una gran cantidad de grupos patrióticos, como la National Security League y la National Civil Federation, que promovían el nacionalismo. Ofrecían orden y certeza en un mundo en guerra y ofrecían

claridad supuesta sobre el bien y el mal, o sea, chivos expiatorios. En 1919, su objetivo era la *norteamericanización*.

Peor aún, con la enfermedad del presidente Wilson, el gobierno quedó semiparalizado y no se tomaron medidas para contener la crisis de los veinte; no había políticas ni para contener los problemas económicos ni la furia racista. Encima, el país quedó, por un breve lapso, en manos del fiscal general Mitchel Palmer, quien había

conquistado una impopularidad considerable durante la guerra en su condición de Supervisor de la Propiedad Extranjera. En la primavera de 1919, casi pereció a causa de la bomba que pusieron los anarquistas frente a su casa. Después, encabezó una campaña nacional contra los subversivos y agitadores extranjeros. El 4 de noviembre de 1919, presentó al Congreso un informe titulado: “Cómo el Departamento de Justicia descubrió más de 60,000 agitadores organizados de la doctrina de Trotski en Estados Unidos [...] información confidencial que ahora permite al gobierno limpiar a la nación de esa roña extranjera” [...].

El día de Año Nuevo de 1920, [...] los agentes del Departamento de Justicia detuvieron a más de 6,000 extranjeros, la mayoría de los cuales fue deportada. En la “alarma roja” que siguió, cinco miembros de la Asamblea Estatal de Nueva York fueron expulsados, acusados de socialismo, y un representante fue expulsado dos veces de la Cámara, en tanto que dos italianos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, anarquistas que habían evadido el servicio militar, fueron sentenciados a muerte por el asesinato de un pagador de Massachusetts, en un juicio signado por el prejuicio, que se prolongó hasta 1927.⁶

Una consecuencia duradera de esta furia fue la Ley de Cuotas de 1921, la cual limitó la inmigración al 3% del número de cada nacionalidad residente en Estados Unidos, considerando como base el censo de 1910. En 1924, las restricciones se hicieron más severas, con la ley Johnson, que redujo el porcentaje a 2% respecto al censo de 1890. La nueva ley, además, prohibía por completo el ingreso de los japoneses, al tiempo que los mexicanos y los canadienses quedaban exentos. Después de estas dos naciones, los más beneficiados eran los habitantes de Europa septentrional y occidental. Finalmente, en 1929, una nueva disposición puso fin a la inmigración masiva.

6.2 La civilización contra la cultura

Paul Johnson recurre al mismo esquema que utilizó en su análisis de Alemania: la sociedad estaba dividida entre la civilización y la cultura. Sin embargo, la analogía tiene una importante diferencia: en Estados Unidos, para los defensores de la civilización, la cultura no era claramente negativa, sino que tenía un papel ambiguo. Por lo anterior, el chivo expiatorio siempre tuvo menor importancia en el control de la violencia; por lo regular, se trataba de víctimas propiciatorias más en el terreno simbólico que en el material. El *katéchon* estadounidense siguió siendo, esencialmente, el Estado de Derecho, el mercado y la autocontención —ya fuera por motivos axiales, protestantes, vanidosos o ciudadanos—.

Vayamos por partes. Entre los críticos de la nueva xenofobia estaban los más destacados intelectuales de la época: Walter Lippman denunció las políticas represivas que atendían al pánico y nublaban la razón; H. L. Menck-en, el influyente periodista y publicista de origen alemán, era famoso por sus mordaces críticas a Palmer, al tiempo que acusaba al Departamento de Justicia

de mantener un “sistema de espionaje absolutamente sin precedentes en la historia estadounidense y no igualado con frecuencia en la de Rusia, Austria e Italia. En cumplimiento de una actividad rutinaria ha perseguido a hombres y mujeres violando cínicamente sus derechos constitucionales, invadió el santuario del domicilio, fabricó pruebas contra los inocentes, pobló el país de *agents provocateurs*, opuso a un vecino contra otro, colmó la prensa de mentiras y promovió las peores bellaquerías de los individuos más arteros y maliciosos”.⁷

Para el sociólogo Horace Kellen, de la New School for Social Research, la norteamericanización era una forma radical de la corriente anticatólica del movimiento protestante fundamentalista Know-Nothing de la década de 1850, mezclada con “expresiones inocentes de patriotismo doméstico como las novelas de la señora Gertrude Alherton y el *Saturday Evening Post*”. Desde luego, lo peligroso era lo primero, que se expresaba “en la ley de 1924, la caza de brujas del fiscal general (el cuáquero Palmer), la campaña antijudía de inspiración zarista del fabricante de automóviles Ford (de la congregación bautista), las malignas mascaradas colectivas del Ku Klux Klan”.⁸

La mezcla de formas culturales brutales e inocentes de la norteamericanización descrita por Horace Kellen es el punto de partida de la problematización de la dualidad cultura-civilización. Para Johnson,

en todo caso, Estados Unidos era una civilización religiosa de tipo protestante, y la xenofobia de un Palmer era nada más que la expresión extrema y deformada de todo lo que la ética estadounidense tenía de más valioso. En adelante, los *highbrows* estadounidenses [...] tuvieron que afrontar el dilema de que, al atacar la deformación, corrían el riesgo de dañar la realidad del “norteamericanismo”, que se originaba en la democracia de Jefferson; y, si se perdía eso, la cultura estadounidense no era más que una forma expatriada de Europa.⁹

Más claramente del lado de la civilización estaban los intelectuales de la Costa Este. Habían hecho, hacia la primavera de 1920, de *The Education of Henry James*, la autobiografía póstuma del autor, el libro más leído. En cierta forma, estaba en la línea del decadentismo de *Eminent Victorians* de Strachey, pues “Rechazaba el concepto de una cultura nacional —sobre todo, si se la imponía mediante una represión brutal— a favor de lo que Adams llamaba la *multiversidad*, aunque el autor destacaba con ánimo pesimista que en los nacientes Estados Unidos los más educados eran también los más impotentes”.¹⁰

Esta autoflagelación no estaba justificada. Los intelectuales de la Costa Este eran sumamente activos y poderosos: “Durante los sesenta años siguientes ejercerían sobre la política estadounidense —y mundial— una influencia que no guardaba ninguna proporción con su número y su valor intrínseco”.¹¹ Estos intelectuales adoptaban como forma crítica contra el crisol existente la “mentira romántica”, es decir, la búsqueda de una autenticidad más allá de la imitación, o bien, “una actitud ambivalente frente a Estados Unidos”. Así,

en la primavera de 1917, Van Wyck Brooks escribió, en *Seven Arts*, el periódico que él mismo había ayudado a fundar, un artículo titulado “*Towards a National Culture*”, donde sostenía que, hasta ese momento, Estados Unidos había tomado “lo mejor” de otras culturas: ahora, debía de crear la suya propia mediante la experiencia elemental de la vida, el único modo de producir cultura auténtica. Al realizar la experiencia de sus propios dramas, a través de lo que él denominaba “la cultura del industrialismo”, Estados Unidos “cesaría de ser un pueblo ciego, egoísta y desordenado; nos convertiremos en un pueblo luminoso, que mora en la luz y la comparte”. Apoyaba la opinión de su amigo Randolph Bourne, en el sentido de que toda la teoría del “crisol” resultaba inválida, pues convertía a los inmigrantes en imitaciones de los anglosajones y afirmaba que Estados Unidos no debía de exhibir un nacionalismo europeo estrecho, sino abrazar “el ideal más arriesgado” del cosmopolitismo, para convertirse en “la primera nación internacional”.¹²

La intelectualidad de la Costa Este rechazaba que Estados Unidos debiera algo a la pureza de la sangre: “D. H. Lawrence observó [...] que Estados Unidos no era o no era todavía ‘una patria de la sangre’. Jung lo dijo de otro modo, pues afirmó que los estadounidenses aún no se sentían ‘cómodos en su inconsciente’”.¹³

No obstante, a diferencia de lo ocurrido en Alemania, en Estados Unidos, los defensores de la civilización albergaban dudas. En el caso del varias veces candidato presidencial William Jennings Bryan, por ejemplo, esas dudas fueron, sin duda, positivas. Este gran personaje encarnaba la síntesis de cultura y civilización y, al menos en su caso, no cabe cuestionarse que esto era una ventaja:

sin el Medio Oeste, ¿qué era Estados Unidos? Una mera faja costera, como tantos de los estados hispánicos del litoral de América del Sur. La figura que concitó el odio de los intelectuales de la Costa Este durante los años veinte fue William Jennings Bryan, el demócrata de Illinois que había denunciado el poder del dinero —“ustedes no deben crucificar a la Humanidad sobre una cruz de oro”, dijo alguna vez—, se había opuesto al imperialismo, renunciado en 1915 al cargo de secretario de Estado como protesta contra la tendencia a entrar en la guerra y en su ancianidad libró una lucha desesperada de retaguardia contra la evolución darwiniana durante el proceso Scopes, ventilado en 1925. En esencia, los propósitos de Bryan eran democráticos y progresistas; luchó por el sufragio femenino, el impuesto federal a los réditos y la creación de un banco de la reserva, por la elección del Senado mediante el voto popular, la publicidad de las contribuciones a las campañas políticas, la liberación de Filipinas y la representación del movimiento obrero en el gabinete. Sus valores eran populares o, para usar el nuevo término de tono despectivo, “populistas”; Bryan hablaba el idioma del antintelectualismo. Los diarios personales de su esposa atestiguan la amargura que la pareja sentía a causa del modo en que la obra de Bryan era deformada o totalmente ignorada en la “prensa del Este”. En el proceso Scopes, Bryan no intentaba prohibir la enseñanza de la evolución, sino impedir que las escuelas debilitaran las enseñanzas religiosas: afirmaba que debía de enseñarse la evolución no como un hecho, sino como una teoría, y que los padres y los contribuyentes habían de ser consultados acerca de lo que se hacía en las escuelas, en tanto que los maestros debían de atenerse a la ley del país. Entendía su propia actitud como una forma de resistencia contra la dictadura agresiva de una élite escolástica autodesignada, que reclamaba el monopolio del saber auténtico.¹⁴

El filósofo John Dewey escribió, en 1922, un elogio y crítica al mismo tiempo a Bryan. En cierta forma, mostraba la ambigüedad, típicamente estadounidense, entre la preferencia por la cultura o la civilización. En el texto, publicado en *The New Republic*, Dewey afirmó que no se podía calificar a Bryan como un oscurantista, ya que era imposible negar que se trataba de “una típica figura democrática”. Por su puesto, era mediocre, pero “la democracia por su naturaleza misma premia la mediocridad”.¹⁵

Bryan se regocijaba de esta mediocridad de la que hablaba Dewey; más aún, para él, los “mejores y más esenciales estadounidenses” eran los pobladores del Medio Oeste, quienes acudían a las iglesias evangélicas y conformaban la “columna vertebral del interés social filantrópico, de la reforma social mediante la acción política, del pacifismo, de la educación popular”. Para Bryan, estos ciudadanos englobaban y expresaban “el espíritu de cordial buena voluntad hacia las clases que se encuentran en situación económica desventajosa y hacia otras naciones”. Eran los portadores de una “filosofía social activa y el progresismo político”. Los inspiraba la búsqueda de “mejores oportunidades para sus propios hijos” y el “trato justo y la más cabal equiparación de oportunidades para todos”. Producto de esta filosofía eran Abraham Lincoln y Franklin Roosevelt, “en su ataque contra las malas corporaciones y las acumulaciones de riqueza”.¹⁶

6.3 Un *katéchon* contraproducente: la ingeniería social estadounidense

Mas los aspectos positivos de los que hablaba Bryan acerca de la cultura estadounidense también se mezclaban con cierta ansiedad por la pureza racial y moral. Este lado oscuro de la cultura se materializó en la Ley Volstead, que prohibía el alcohol, a la vez vinculado con la impureza de los extranjeros y la mala conducta:

Bryan había recibido una gran copa de la amistad, de plata, en homenaje a sus prodigiosos esfuerzos a favor de la ratificación de la Decimotava Enmienda de la Constitución, la enmienda de la prohibición [del alcohol] que legalizó la ley Volstead y convirtió a Estados Unidos en un país “seco”. La ley entró en vigencia el mismo mes, enero de 1920, en que Mitchell Palmer se arrojó sobre los anarquistas extranjeros; los dos hechos estuvieron estrechamente relacionados. La prohibición, con sus matices represivos, fue parte del intento de “norteamericanizar” a Estados Unidos: los reformadores proclamaban francamente que estaba

dirigida, sobre todo, contra los “notorios hábitos alcohólicos de los trabajadores inmigrantes”.¹⁷

La norteamericanización como una forma de pureza; la prohibición como un medio para la norteamericanización. Cabe preguntarse por qué esto no llevó al totalitarismo. Responde Johnson: porque se trató de ingeniería social débilmente aplicada, ya que no existía una convicción totalitaria entre los estadounidenses, que estaban más habituados a que los problemas se resuelven con otros *katéchones*:

- 1) Los mercados, con una competencia fría y calculadora que produce abundancia y banaliza la violencia y la envidia.
- 2) La autocontención de las pasiones, contenida en la ética puritana del esfuerzo y el diferimiento del placer.
- 3) El igualitarismo empático y la simpatía envidiosa.
- 4) Y, sobre todo, una noción antititánica del poder, es decir, la idea de que la salud de la democracia consiste en una división estricta del poder y poner límites a los poderosos.

Justamente, este último punto es el que se buscaba violentar con la prohibición. Sin embargo, los encargados de hacerla cumplir lo hacían con mucho desgano y los presidentes nunca asignaron un presupuesto importante para tal función. La división de poderes y los límites legales hacían su trabajo, pero también lo hacían la tradición de autocontención y la confianza en los mercados.

El desánimo con el que el gobierno buscaba imponer la Ley Volstead le daba ventaja a los gánsters, quienes podían movilizar más recursos físicos y financieros que los agentes del orden. Además, en general, estaban mejor organizados. Paul Johnson resalta la imposibilidad de aplicar tan absurda ley:

El general Smedley Butler, del Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos, a cargo de la policía de Filadelfia, en el marco de una administración nueva y “limpia”, en 1924, se vio forzado a renunciar al intento menos de dos años después. Según dijo, la tarea era “pura pérdida de tiempo”. Los políticos de los dos partidos prestaban escasa ayuda a las autoridades. Durante la Convención Demócrata de 1920, en San Fran-

cisco, bebieron alegremente el whisky de excelente calidad suministrado gratuitamente por el alcalde [...].

En áreas enormes y durante la mayor parte del tiempo, se desafiaba generalmente a la ley. “Incluso en los más remotos distritos rurales”, afirmó Mencken, “no hay absolutamente un lugar en que un hombre que desee beber alcohol no pueda conseguirlo”.¹⁸

Por otra parte, si el intento de la ley era norteamericanizar a los inmigrantes, en realidad, tuvo el efecto inverso:

Lejos de inducir a las minorías extranjeras a someterse al conformismo anglosajón, les permitió consolidarse. En Nueva York, el tráfico ilegal de licores era la mitad judío, un cuarto italiano y un octavo polaco e irlandés. En Chicago, era mitad italiano y mitad irlandés. Los italianos eran especialmente eficaces en la distribución ordenada y barata de licores, pues aprovechaban la experiencia de organización no sólo de las sociedades secretas sicilianas, sardas y napolitanas, sino el “elitismo vanguardista” del sindicalismo revolucionario. La prohibición ofrecía oportunidades sin par de subvertir a la sociedad, sobre todo en Chicago, durante la corrupta alcaldía de “Big Bill” Thompson. John Torrio, que dirigió el tráfico en gran escala en Chicago durante los años 1920-1924, se retiró a Italia, en 1925, con una fortuna de 30 millones de dólares. Practicaba el principio del control total: se sobornaba en diferente grado a todos los funcionarios y se manipulaban todas las elecciones. [...] Evitaba la violencia y prefería la diplomacia; de ese modo aseguraba los acuerdos entre los gánsters acerca de la distribución ordenada de los territorios. Su lugarteniente y sucesor, Al Capone, poseía menos capacidad política y, por lo tanto, alcanzó menos éxito. Los operadores irlandeses tendían a pensar en las soluciones inmediatas y a apelar a los métodos violentos. Cuando sobrevenía esta situación, estallaba la guerra entre las pandillas, el público se indignaba y las autoridades tenían que intervenir [...].

En general, los traficantes de licor operaban con la aprobación del público, por lo menos en las ciudades. La mayoría de los hombres —pero no las mujeres— de los centros urbanos coincidía con el punto de vista de Mencken, en el sentido de que la prohibición era la obra de “los ignorantes patanes de los estados ganaderos, que miraban con malos ojos el hecho de que ellos tenían que consumir malos licores de maíz mientras los elegantes de la ciudad bebían buenos vinos y whiskys”.¹⁹

Y, como el público cuenta mucho en la democracia, el gobierno tampoco podía imponer la ley usando una fuerza excesiva. Los políticos no estaban dispuestos a pagar el costo electoral de los excesos de brutalidad.

Por otra parte, la prohibición dejaba en claro que la línea de ruptura entre cultura y civilización podía quizás no ser tanto un problema de identidades como un conflicto mimético. Escribió el propio Mencken: “la Prohibición tenía escasa justificación desde el punto de vista filosófico, salvo la envidia del patán rural por el Hombre de la ciudad, que lo pasa mucho mejor en este mundo”.²⁰

Paul Johnson enumera los efectos de la prohibición: 1) aumentó el negocio del licor —pues la transgresión siempre tiene su atractivo, animando el deseo—; 2) otorgó un gran negocio al crimen organizado y, con ello, los criminales consiguieron un capital originario para mantenerse organizados; 3) reforzó las identidades étnicas de las minorías en tanto que se les persiguió y se les victimizó, es decir, que creó un tipo de violencia ideológica que, lejos de norteamericanizarlas, las hizo más italianas, polacas, irlandesas, etcétera. En conclusión:

la Prohibición fue una forma torpe e insegura de ingeniería social, destinada a obtener, por vía de la ley, la homogeneidad de una comunidad heterogénea. Por supuesto, no implicó la enorme crueldad de la ingeniería social de Lenin en Rusia o de la débil imitación de Mussolini en Italia [...]. La tragedia consistió en que era totalmente innecesaria. El sistema empresarial de mercado de Estados Unidos era en sí mismo de una homogeneidad eficaz, que unía a los grupos étnicos y raciales y resolvía sus diferencias sin atender al color o a los orígenes nacionales [...].

Mitchell Palmer se equivocó al creer que los extranjeros que eran parte de la masa aportaban formas extremistas de la política. Por el contrario, estaban huyendo de los sistemas cerrados para abrazar un sistema libre. Estaban votando con los pies a favor de la economía empresarial.²¹

6.4 La democracia estadounidense

Los aspectos positivos de los siete *katéches* han dominado mayoritariamente la historia de Estados Unidos. Claro está, no sin algunas tensiones con sus aspectos negativos y, por supuesto, no sin chivos expiatorios —siempre bien cubiertos por la ideología dominante, es decir, bajo la égida de una narración mítica creíble para grandes porciones de la población—.²²

Aun así, la prosperidad económica que banaliza la competencia, la envidia y la violencia; el sentimiento de igualdad que conlleva a la empatía; el Estado de Derecho que implica instituciones que favorecen el orden y generan un sentido de la justicia y la responsabilidad individual; el autocontrol motivado por la civilización, la religión o la estética y que suele reforzar los *katéchones* anteriores; son todos ellos mecanismos que, en la historia de Estados Unidos, han estado acompañados por la democracia liberal.

Allí, la democracia ha funcionado bastante bien en términos de contención del conflicto entre las élites y de canalización de la competencia y agresividad entre los grupos mayoritarios; es decir, ha sido un *katéchon* eficiente: “Girard concibe las bondades de la ideología democrática, cuando ésta se refiere a un sentido de comunidad y ciudadanía responsable, lo cual conforma la virtud cívica. Sin estos principios de adherencia, se debilitan la confianza y el respeto mutuo necesarios para mantener la justicia, la equidad y el Estado de Derecho”.²³

El experimento democrático estadounidense analizado por De Tocqueville, es potencialmente disruptivo, en tanto implica que la “mediación interna” está en el corazón de la dinámica social, en contraste con el orden jerárquico del antiguo régimen. Sin embargo, el arte democrático de gobernar y los hábitos que difunde, son una fuerza compensatoria al desorden potencial del igualitarismo.

Jean Pierre Dupuy, por otra parte, compara la votación democrática con un carnaval, que sirve como “válvula de seguridad del mimetismo”, donde “las diferencias se borran” en el marco de un ritual; aparece cierta indiferenciación y violencia simbólica controlada; es una representación del desorden liminal.²⁴

El ritual del sufragio implica una liminalidad según la cual el poder es un “lugar vacío”, que sólo es ocupado temporalmente por el ganador de la elección, pero que, en realidad, no pertenece a nadie —o nada más al pueblo, en tanto abstracción—. El poder no pertenece esencialmente a nadie, pues el representante electo apenas está ahí para cumplir y hacer cumplir la ley y para ejercer algunas responsabilidades en el marco del orden jurídico; más aún, el político en el poder sólo está ahí de paso y puede, en caso de traicionar sus funciones, ser incluso destituido antes de cumplir el período para el que fue votado. La noción democrática del “poder vacío” implica la “circulación del poder”, la “alternancia”, la “competencia real entre partidos”. Atribuir esencialmente a alguien el poder traiciona esta noción y acaba con la democracia.²⁵

Finalmente, recordemos que las democracias, en tanto que suponen la existencia de partidos —es decir, diferentes opiniones sobre los asuntos

públicos—, no genera mitos, sino ideologías. Y éstas no generan consenso; únicamente, son capaces de producir “chivos expiatorios débiles”, que sólo pueden ser sometidos a sacrificios “simbólicos” —*i. e.* tras una derrota electoral quedan al margen del manejo del presupuesto—.

El chivo expiatorio débil implica que, al interior de un grupo —un partido, sindicato, etcétera—, se produzcan narrativas que culpan a los otros grupos, convirtiéndolos en el Mal. Sin embargo, el Mal aquí no es absoluto, porque los demás partidos tienen capacidad de retaliación. El chivo expiatorio perfecto es justamente aquel que no puede responder a las agresiones de sus enemigos; en ese sentido es que Girard lo denomina “víctima expiatoria”.

A diferencia del mito, producto de un contagio que produce consenso, la ideología de un grupo contrasta con las opiniones de los otros grupos, que suelen ser iguales pero en sentido inverso: es decir, el mal para un grupo es el bien para el otro y viceversa.

Para que esto funcione, claro está, hay un punto de partida común entre todos los grupos: dado que un grupo puede hacer bastante daño al otro, todos están de acuerdo en generar una nomocracia, es decir, la regulación de la lucha por el poder y una limitación a quienes lo ejercen, lo cual evita que aplasten a sus competidores.

Regresemos al texto de Paul Johnson. En “La última arcadia”, nuestro autor comenta una ironía: justo en el momento en que el fiscal Palmer temía que las minorías se volvieran extremistas e intentaran instaurar el comunismo en Estados Unidos, la izquierda estadounidense había comenzado un largo período de decadencia:

hasta la década de 1920, había razones para pensar que, más tarde o más temprano, una izquierda estadounidense acabaría por representar un papel importante en la escena política. Durante los años anteriores a 1914, el Partido Socialista tenía alrededor de 125,000 afiliados, que incluían a los líderes de los mineros, los trabajadores cerveceros, los carpinteros y los metalúrgicos. Elegía a más de 1,000 funcionarios públicos, incluidos los alcaldes de ciudades importantes y dos representantes en el Congreso; en 1912, su candidato, Eugene Debs, recibió el 6% del voto popular. Después, se registró una declinación constante [...]. La derrota del propio Partido Socialista fue atribuida, por un lado, a su incapacidad para decidir si era un partido político de masas, un grupo de presión, una secta revolucionaria o nada más una fuerza educativa y, por otro, al intento de ser simultáneamente las cuatro cosas [...].

El Partido Comunista tampoco consiguió ser una nueva expresión del radicalismo estadounidense, y se convirtió en mero apéndice es-

tadounidense de la política soviética. Su momento culminante estuvo representado por la cifra de 1'150,000 votos que ayudó a reunir para Henry Wallace, el candidato progresista, en 1948. Durante los treinta años siguientes, la declinación continuó. Por ejemplo, durante la elección de 1976, los socialistas y cinco partidos radicales más presentaron candidatos; ninguno llegó a los 100,000 votos de un total de 80 millones; sumados, no representaron ni el 0.25% del total. A principios de los años ochenta, Estados Unidos era la única nación industrializada y democrática donde no existía un solo socialista independiente o representante laborista que ocupase un cargo electivo [...]. Esta pauta se originó en la política de los años veinte.²⁶

En contraste, el Partido Republicano dominaba la escena política en los años veinte. Era el partido de Abraham Lincoln, del antiesclavismo, de la libre empresa, del capitalismo progresivo, de Theodore Roosevelt y del antisocialismo:

De 1920 a 1932, los republicanos controlaron la Casa Blanca y el Senado y, excepto durante los años 1930-1932, también la Cámara de Representantes. En 1920, Warren Harding obtuvo el 60.2% de los votos, la más holgada mayoría popular registrada hasta ese momento (16'152,000 contra 9'147,000) y se impuso en todos los estados fuera del Sur. Los republicanos dominaban en la Cámara de Representantes a razón de 303 contra 131 y obtuvieron diez curules del Senado, de modo que alcanzaron una mayoría de veintidós escaños. En 1924, Calvin Coolidge obtuvo 15'016,000 votos contra sólo 13,860,000 de su rival demócrata, John W. Davis. En 1928, Herbert Hoover ganó por 21'391,000 votos contra 15'016,000 de Al Smith y obtuvo una abrumadora mayoría en el colegio electoral, es decir, 444 votos contra 87; se impuso en todos los estados norteros salvo dos y en cinco del "sólido Sur". Los socialistas recibieron menos de 300,000 votos y los comunistas, menos de 50,000.²⁷

6.5 Autocontrol y confianza en la sociedad y el mercado: ¡los mejores presidentes!

En 1921, Warren Harding se convirtió en presidente. Para él, la política era un asunto secundario. Se caracterizaba por su antiheroísmo: es decir, tenía una visión completamente contraria al titanismo; no creía en la ingeniería social; confiaba en el pueblo y en el andamiaje institucional establecido. De

hecho, no creía en la política ni tampoco en que la gente creyera en ella. Tampoco veía conveniente que el gobierno se inmiscuyera en la vida cotidiana de los ciudadanos; prácticamente, llamaba a la organización de la sociedad por sí misma y a la organización de la economía, por las empresas nada más:

Provenía de Ohio, el foco político de los republicanos, la región que desde 1865 ya había producido seis de los diez presidentes estadounidenses. Se había elevado desde la pobreza para fundar un periódico de pueblo, el *Marion Star*, y, después, había llegado a ser director de un banco, una compañía telefónica, una firma maderera y una sociedad de construcciones. Era un individuo decente y un personaje típico de los pueblos chicos [...]. En mayo de 1920, dijo a una multitud que lo vivaba en Boston: “Ahora, Estados Unidos necesita no heroísmo, sino curación; no panaceas, sino normalidad; no revolución, sino restauración; [...] no cirugía, sino serenidad”. Harding creía que la sociedad estadounidense, que no tenía igual en el mundo, era el producto de la voluntariedad y que solamente el gobierno podía echarla a perder. Cierta vez observó que, si lograba instalar un Club Rotario en todas las ciudades y todos los pueblos, “podríamos descansar tranquilos, seguros de que nuestros ideales de libertad y civilización progresarían” [...]. Harding creía que esta supremacía cultural se manifestaría de manera inevitable si el gobierno permitía el movimiento de los engranajes de la libre empresa.²⁸

Por eso, su gabinete estaba formado por directivos de corporaciones y empresarios, entre quienes destacaban “un fabricante de automóviles, dos banqueros, un director de hotel, el director de un periódico rural, un abogado penalista en Derecho internacional, un ranchero, un ingeniero y sólo dos políticos profesionales”.²⁹

Económicamente, los resultados de su gobierno fueron muy buenos. En 1921, ya había sacado a su país de la crisis heredada por la administración anterior. En lo político, su mandato también fue un gran progreso. Se recuperaron las libertades que se habían estrechado durante el período de la I Guerra Mundial e

insistió en liberar, con motivo de la Nochebuena de 1921, al líder socialista Eugene Debs, encarcelado por Wilson: “Deseo que comparta con su esposa la cena navideña”, dijo. El mismo día liberó a otros veintitrés detenidos políticos, conmutó las sentencias de muerte aplicadas a varios miembros de los “Wobblies” (Trabajadores Industriales del Mundo) y,

antes de finalizar su presidencia, prácticamente había dejado en libertad a casi todos los detenidos por causas políticas. Depositó su confianza en la prensa.³⁰

Sin embargo, Harding cometió algunos errores que se magnificaron y pasaron a la historia más que sus méritos:

Harding cometió dos errores: la designación del airoso senador Fall, que, en definitiva, según se vio, era un canalla; y la creencia de que Harry Daugherty, el director de su campaña en Ohio, a quien había nombrado fiscal general, lo protegería y defendería de los vendedores de influencias que acudían en bandadas de su estado natal.

El resultado fue una serie de golpes que se sucedieron [...] desde principios de 1923. En febrero, Harding descubrió que Charles Forbes, director del Buró de Veteranos, había estado vendiendo suministros médicos del gobierno a precios de liquidación: lo llamó a la Casa Blanca, lo sacudió “como un perro a una rata” y le gritó: “Bastardo traidor”. Forbes huyó a Europa [...].

El 4 de marzo, Albert Fall renunció. Más tarde, se comprobó que había recibido [...] 400,000 dólares a cambio del otorgamiento de concesiones favorables en los yacimientos petrolíferos oficiales de Elk Ellis, en California, y de Salt Creek (Teapot Dome), en Wyoming [...]. Fall fue detenido [...] en 1929, aunque sus concesiones después beneficiaron a Estados Unidos, pues llevaron a la construcción de oleoductos esenciales y a la organización de instalaciones en Pearl Harbor.

La partida de Fall derivó en un desastre [...]. Charles Cramer, consejero del Buró de Veteranos, se suicidó pocos días después.

[...] El 29 de mayo, Harding se decidió a recibir a un compinche de Daugherty, Jess Smith, que con otros nativos de Ohio había estado vendiendo los favores oficiales, con sede en la llamada “casita verde de la calle K número 1625”. La “Pandilla de Ohio”, como muy pronto llegó a denominarse al grupo, nada tenía que ver con Harding y nunca se comprobó legalmente que ni siquiera Daugherty participase de sus ganancias.

Pero después de que Harding enrostró sus delitos a Smith, el 29 de mayo, el desgraciado se suicidó —al día siguiente—, y este segundo suicidio tuvo un efecto [...] sobre la moral del presidente [...]. Harding dijo: “Puedo enfrenar muy bien a mis enemigos, pero mis condenados amigos, mis malditos amigos, son los que me quitan el sueño”.

Si hubiese tenido tiempo, Harding, sin duda, habría conseguido estabilizar la situación y refutar los rumores de culpabilidad por asociación [...] Mas el mes siguiente [...] falleció de una hemorragia cerebral.³¹

La admiración que Johnson siente por Harding sólo rivaliza con la que siente por Coolidge, quien, antes de llegar a la primera magistratura, había sido vicepresidente:

Si Harding amaba a Estados Unidos en tanto que Arcadia, Coolidge fue el mejor dotado para preservar su carácter de tal. Provenía de las austeras colinas de Vermont, del linaje puritano original de Nueva Inglaterra, y había nacido en el piso alto de la tienda de su padre. No hubo hombres públicos que aplicasen a los tiempos modernos más integralmente que Coolidge los principios fundamentales del norteamericanismo: trabajo esforzado, frugalidad, libertad de conciencia, libertad respecto del gobierno, respeto por la cultura seria [...]. Era áspero, de rasgos acentuados, “amamantado con vinagre” [...], un “hombrecito menudo y distante, que graznaba por la nariz cuando hablaba [...]; no palmeaba la espalda de nadie, no apretaba el hombro de nadie, no estrechaba la mano de nadie” [...].

Siempre ahorrraba [...]. Administraba la Casa Blanca atendiendo a los más pequeños detalles [...], examinaba todas las cuentas [...]. Depositaba su sueldo y, hacia 1928, había invertido 250,000 dólares. Se acostaba a las diez.³²

Al igual que Harding, Coolidge odiaba la ingeniería social. Afirmaba que el gobierno debía de hacer lo menos posible y evitar desbordarse, “pero también insistía en que, cuando el gobierno actuase, debía de ser absolutamente decisivo”. Así,

Estructuró la creencia general de que la función del gobierno consiste [...] en crear una atmósfera en que la agricultura, la manufactura y el comercio puedan aprovechar las oportunidades ofrecidas por Dios y la naturaleza. En la culminación de su campaña por la presidencia, en 1924, visitó su casa una delegación de los más renombrados hombres de negocios estadounidenses, encabezados por Henry Ford, Harvey Firestone y Thomas Edison. Este último, que en su condición de inventor mundialmente famoso era el vocero, dijo a la gente que se había reunido afuera: “Estados Unidos tiene suerte de contar con Calvin Coolidge”. Venció holgadamente en ésta y en otras justas electorales.³³

Coolidge encarnaba los valores axiales, el autocontrol. Dice Johnson que era el prototipo del arcadiano estadounidense, que contrastaba con el activismo estridente que se vivía en Europa. En lugar de acción política, Coolidge valoraba la piedad religiosa y afirmaba que: “toda la actividad —sobre todo, la oficial— que no estuviera dictada por la necesidad apremiante, probablemente originaría resultados indeseables y, en todo, casi imprevistos”.³⁴ Se enfocaba en el autocontrol y no en el control sobre los demás; afirmó en su autobiografía que lo más importante era siempre no hacer nada que el otro pueda hacer por sí mismo. No sólo se distanció de las grandes decisiones del gobierno, sino también de toda corrupción: “nueve décimas partes de los que visitan al presidente en la Casa Blanca ‘quieren algo que no deberían tener. Si uno guarda absoluto silencio, se quedan sin palabras después de tres o cuatro minutos’”.³⁵ Era inteligente y estaba bien informado, aunque le gustaba “fngir ingenuidad”. Tenía buena relación con los periodistas y, el 2 de agosto de 1927, convocó a treinta de ellos, a quienes les otorgó un pedazo de papel que decía: “No seré candidato a presidente en 1928”. Su despedida de la Casa Blanca fue característica: “Tal vez uno de los más importantes logros de mí gobierno”, dijo secamente a la prensa, “ha sido ocuparme de mis propios asuntos”.³⁶

Tanto Harding como Coolidge creían en la libre empresa. Ambos contribuyeron a la prosperidad de los años veinte. Creían que la función del gobierno consistía en propiciar un clima moral para los negocios, contrario a los privilegios. El resultado: prosperidad general. Sin embargo, a los intelectuales parecía molestarles esta época y no tardaron en condenarla:

Cuando concluyó la década y la prosperidad desapareció totalmente durante un período, esos años fueron vistos de manera retrospectiva, sobre todo por los escritores y los intelectuales, como un momento groseramente materialista, febril y filisteo, al mismo tiempo que insustancial y efímero, sin el mérito de una sola realización humana sólida [...]. “La Nueva Generación había madurado”, escribió Scott Fitzgerald en 1931, “y descubrió que todos los dioses habían muerto; se habían afrontado todas las guerras, y que todas las convicciones del Hombre flaqueaban; solamente sabían que Estados Unidos estaba viviendo la principal y más vulgar francachela de la Historia”. Para Edmund Wilson, los años veinte fueron una suerte de aberración de la seriedad fundamental de la conciencia estadounidense: “Los fuegos artificiales de los años veinte tuvieron el carácter de una fiesta de borrachos”. En *The Epic of America*, publicada en 1931, James Truslow Adams resumió el tema: “Después de

haber renunciado al idealismo a favor de la prosperidad, los Hombres prácticos nos llevaron a la bancarrota en ambos frentes”.³⁷

Lo propio de los intelectuales de izquierda fue quejarse y menospreciar los logros de lo existente:

La década comenzó con *This Side of Paradise* (1918) de Francis Scott Fitzgerald y concluyó con *Farewell to Arms* (1929) de Ernest Hemingway, un autor que se convertiría en el más influyente escritor de novelística en inglés entre las dos guerras. Entre las obras publicadas en este período cabe mencionar *Main Street* (1929) de Sinclair Lewis, *Three Soldiers* (1921) de John Dos Passos, *An American Tragedy* (1926) de Theodore Dreiser, *Soldier's Pay* (1926) de William Faulkner, *Boston* (1928) de Upton Sinclair y *Look Homeward, Angel* (1929) de Thomas Wolfe. La aparición de esta constelación de novelas y de dramaturgos como Eugene O'Neill y Thornton Wilder fue la prueba, como señaló Lionel Trilling, de que “la vida en Estados Unidos ha adquirido cada vez mayor densidad desde el siglo XIX”, para suscitar no tanto la “observación social” que James reclamaba de una novela, como una “intensa conciencia social”, de manera que “nuestra definición actual de lo que es un libro serio nos ofrece una imagen de la sociedad, con el fin de que la consideremos y condenemos”.³⁸

¿Qué les molestaba de los veinte a estos intelectuales que se decían preocupados por la gente? La prosperidad estaba muy extendida en toda la sociedad. Había beneficios para todos. Millones de trabajadores pudieron, por primera vez, tener seguros, casa propia, automóvil. Una parte importante de la clase media podía incluso viajar en avión. Los lujos se habían convertido en necesidad. La prosperidad parecía disolver las clases sociales; los artefactos eléctricos, el radio y el Cine estaban al alcance de todos. Comenzó un profundo proceso de norteamericanización de los jóvenes, que buscaban liberarse de sus padres y tomaban por modelos a las estrellas del celuloide. Las “*blondies*” se sentía liberadas por los electrodomésticos; podían trabajar afuera del hogar y muchas de ellas se dedicaban a la filantropía; había más tiempo para los hijos y el consumo y para embellecerse y socializar con las amigas. El progreso al interior de las familias hacía que se disfrutara cada vez más la vida privada. El “estado de satisfacción” hacía a la izquierda y a los sindicatos perder fuerza. Los trabajadores estaban aburguesados y preferían la envidia banalizada que la envidia ideológica. Fue una época en la que la mayoría de los estadounidenses prefería los “pequeños goces” de la vida privada sobre los

titánicos problemas de la vida pública. Culturalistas y comunistas, aunque existían y promovían su visión de la envidia ideológica, no lograban arraigar en una sociedad dominada por la prosperidad.

Sobre una sociedad de este tipo, la TM tiene tres versiones.

La *primera* es la de Paul Dumouchel y Jean Pierre Dupuy, que enfatiza la dispersión del deseo y, por lo tanto, la banalización del conflicto, que es llevado a niveles poco dañinos para los competidores y su sociedad, pero que sacrifica a los terceros, es decir, a quienes no entran a la competencia.

El punto de partida de este argumento es la pregunta: ¿qué da a la sociedad moderna la capacidad no sólo de resistir, sino también de alimentar y exacerbar el fenómeno de la mimesis conflictiva? La economía, en cuyo corazón yace la exterioridad de los terceros:

Esta configuración es contemporánea al debilitamiento generalizado del sistema de prohibiciones y obligaciones de solidaridad [...]. Una vez que los lazos de solidaridad [...] se han marchitado, la intensificación de las rivalidades miméticas deja de polarizarse en contra de una sola víctima sacrificial para superar la crisis. La gente está más fascinada que nunca por sus dobles, a los que envidian, pero estas rivalidades no abruma el total del espacio social. Los terceros están demasiado atrapados en sus propias fascinaciones y, por ello, son capaces de sentirse externos a las rivalidades de los otros. En éstas, ellos no tienen que tomar partido y pueden ver con claridad la verdad de la violencia, es decir, su reciprocidad. Nada, más que su odio, divide a un rival de otro. Al menos, ellos ven esta verdad donde otros están afectados aun si son incapaces de verla en ellos mismos.

La gente se mantiene como un tercero, un agente externo ante los conflictos de los demás. Debido a que todos evaden sus obligaciones de solidaridad, pues están demasiado distraídos con sus fascinaciones privadas, nadie pone atención a los perdedores producidos por los antagonismos de los otros. El orden económico es la construcción social de la indiferencia por la infelicidad de los demás. En este mundo no es la relación entre rivales la que está marcada por la mayor violencia, sino la relación de cada uno de ellos con los otros, es decir, la relación con los terceros. Es la negación de los terceros para apoyar a los perdedores —mucho más que los golpes que reciben de los ganadores— lo que sanciona su derrota y la transforma en una sentencia de muerte social y a veces incluso física.³⁹

Vemos así la rivalidad exacerbada entre los dobles y, por otro lado, la indiferencia, que evita la rivalidad endémica. Como en el mundo moderno lo sagrado pierde su valor redentor, la exteriorización de los terceros adquiere un papel relevante. Al no poder sacralizar ni a los objetos ni a las personas, al no poder construir chivos expiatorios, las sociedades capitalistas recurren a un nuevo mecanismo social: la indiferencia. Y el cultivo de la indiferencia lleva también al de la banalización de las pasiones.

Además de la competencia causada por la fascinación de los dobles y la indiferencia hacia los terceros, Dupuy describe un mecanismo adicional del mundo moderno para contener la envidia:

La economía [moderna] es ciertamente el lugar de la guerra de todos contra todos, quizás el campo de batalla más violento que jamás haya existido; no obstante, también sirve como un aspersor que canaliza el sobreflujo de energías miméticas y previene que el reservorio de antagonismos explote de manera destructiva [...]. En el universo de las mercancías, la imitación del deseo del Otro no necesariamente provoca una competencia frontal. El conflicto directo se puede evitar mediante un movimiento lateral. Resulta suficiente para que el Sujeto supere los tormentos de la envidia, obtener el equivalente del objeto poseído o deseado por el Otro. Cuando los objetos se convierten en mercancías, se vuelven conmensurables.⁴⁰

La envidia por las mercancías es la envidia banalizada; endémica, pero menos funesta que la sacralizada. Según Dumouchel, la envidia se resuelve de dos formas: mediante una implosión que polariza la violencia hacia un chivo expiatorio y mediante una explosión que disgrega la presión del deseo sobre diversos objetos equivalentes. El primero es el método comúnmente adoptado por las tradiciones que aceptan el sacrificio y el segundo es el método practicado por las sociedades modernas; una vez más, la envidia prohibida se distingue de la envidia superflua, promovida.

Por otro lado, la *segunda* versión de la sociedad liberal-consumista-próspera la ofrece Otto von Busch, concentrándose en el fenómeno de la moda. Para el profesor de la Escuela Parsons de Diseño, “la moda es un fenómeno mimético”, descrito, en la época de Coolidge y Harding, por Thorstein Veblen. Al igual que G. Simmel y G. Tarde por la misma época, Veblen enfatizó en la “teoría del goteo”, que no es otra cosa que una forma de imitación entre clases sociales, es decir, la copia de patrones de modales y gustos que las clases bajas hacen de las altas. Lo cual produce sociedades envidiosas-admiradoras. La aportación de Von Busch es que ninguno de estos autores

notó el costo social y psicológico de la moda, es decir, que “la rivalidad, la exclusión y la intimidación juegan un papel en la demarcación entre lo de moda y lo pasado de moda; tampoco notaron que la distinción entre lo que está adentro y lo que está fuera es la creación de un chivo expiatorio social y espacial, el que está afuera. Con la moda se trata de una forma estética de chivo expiatorio”.⁴¹

Sin embargo, el propio Von Busch no deja de notar que esta forma de exclusión social produce chivos expiatorios suaves, es decir, que no es un método sangriento, aunque no por ello por completo indoloro. El chivo expiatorio es suave puesto que el deseo también se banaliza. Una ventaja que ofrece la sociedad moderna es que no ata definitivamente a las personas al mismo grupo, sino que les otorga la libertad de migrar a otros grupos; una libertad que deriva de la de cambiar fácilmente el modelo a imitar.⁴²

La *tercera* versión de la TM respecto a la sociedad liberal-consumista-próspera es la de Stephen L. Gardner, quien describe la sociedad próspera y democrática de los años veinte en Estados Unidos. Aquí, el sacrificio puede realizar una función similar de diferentes maneras, como sucede en el marco de el *Gran Gatsby*, una novela “moderna, democrática y consumista”, donde

el sacrificio no opera simplemente a manera de un mecanismo mítico como el que describe Girard en las comunidades primitivas [...]. En la novela se evidencia un nuevo orden, uno en el que la utilidad social se acelera mediante el sacrificio voluntario y los mecanismos colectivos operan por medio de la libertad, no contra ella. Supongamos que los sacrificios rituales fueran voluntarios y se dejaran a la iniciativa de la “víctima”. Ésta es la economía moral de la Era del Jazz; los mitos románticos de la libertad proporcionan su base “económica”, sus pasiones impulsoras. En la democracia moderna, los mitos que unifican a la sociedad son menos religiosos y comunitarios y más “estéticos” e individualistas. La cuestión del sacrificio es como la pasión romántica, destructiva para el individuo que se olvida de sí mismo y rentable para la prosperidad social. La armonía social que antes se lograba mediante el sacrificio colectivo ahora se facilita mediante la autoinmolación voluntaria.⁴³

Aunque hay violencia en el drama de los personajes de la novela, dicha violencia no tiene importancia para la vida pública; la agresión principal es la que cometen estos narcisistas personajes sobre sí mismos. Más aún, la competencia, la envidia de los personajes, lejos de producir una indiferenciación caótica, producen una “economía moral de la democracia”, en la cual la violencia de la pasión no es reprimida ni canalizada, sino “intensificada

y aprovechada”. Es la envidia banalizada, en tanto que no genera vínculos destructivos, pero puede destruir a sus propios personajes. Aquí la envidia no está estructurada jerárquicamente, sino que está democráticamente emancipada. La envidia no frena la imaginación del individuo, juega con ella. Los dobles miméticos se fascinan, generan un conflicto, que aquí es un mecanismo social indispensable; más que un peligro para la sociedad, es fundamental para su prosperidad, a lo Mandeville:

Fitzgerald vio que el capitalismo mismo es una revuelta contra el capitalismo como lo son el marxismo o el anarcosindicalismo. Y, seguramente, una más rentable. Los celos y el resentimiento son los genios de sus mayores logros. La “guerra de clases” fermenta la violencia de las pasiones que tiene un elenco más personal que colectivo. Esta violencia no se limita a antagonizar; también motiva e inspira. Además, la violencia de las relaciones interpersonales es absorbida por individuos cuya pérdida no afecta los ciclos progresivos del conjunto. En todo caso, los prepara. El nivel de violencia en la democracia estadounidense puede ser similar a una guerra civil de bajo nivel, pero insaciable. Aun así, lejos de debilitar a las instituciones, las vigoriza.⁴⁴

El conflicto de la competencia liberal, mercantil, canalizado de un modo positivo, fortalece el orden y contiene una violencia mayor; es un *katéchon* capaz de absorber incluso las actividades criminales:

La democracia se propaga a través de los conflictos que genera [...]. Incluso la criminalidad juega su papel lubricante, absorbiendo el excedente de la pasión democrática, a medida que los deseos y ambiciones se expanden más rápido de lo que el sistema puede satisfacer. Lejos de socavarlo, le proporciona una válvula de escape. La criminalidad desahoga el antagonismo de clase en el nivel políticamente inofensivo del individualismo. En Europa, la guerra de clases del siglo pasado [el siglo XX] provocó una revolución, un genocidio, una guerra mundial o una parálisis social. Los europeos prefirieron cometer delitos colectivamente, mientras que los estadounidenses favorecieron la “empresa criminal”.⁴⁵

Los crímenes y fraudes de Gatsby son manifestaciones del sueño americano. Nuestro antihéroe lleva al extremo la tradición estadounidense de “superación personal”, al inventarse como una persona completamente ficticia:

La originalidad de Fitzgerald [...] consiste en su discernimiento de lo romántico en el consumidor, el criminal en el sueño americano llevado a su extremo lógico. Esto está [...] encarnado en el dinero, montones, montones de él: un poder social tan potente que incluso parece tener la magia de borrar los crímenes por los que se adquiere: se autovalora. Si no hay justicia, al menos, hay una lógica en que Nick convierta a Gatsby en un “dios” romántico. Su pasión impulsa el sistema como un todo, la liberación del deseo de todo orden natural. Ésa es la fantasía de la libertad radical.⁴⁶

El dinero se multiplica, abunda y es un equivalente general, banaliza la envidia y el conflicto; mas otorga una sensación de libertad radical que suele conllevar justamente al conformismo. Sin obstáculo que superar, sin nada que trasgredir, el deseo pierde vigor.

Otra ventaja *katéchonica* del sueño americano tal como se describe en el *Gran Gatsby*, es que brinda, mediante el consumismo, la sensación de la desaparición de las diferencias de clase. No es que se eliminen realmente las diferencias, sino que, como sentencia De Tocqueville, avanza “el sentimiento de igualdad”. Gardner lo dice de esta manera:

Los efectos cosméticos del consumismo brindan los medios para anular las diferencias de clase. La esencia de la mercancía se encarna en la celebridad, el demócrata como aristócrata, cuyos anales históricos (las revistas de celebridades) consume en volúmenes. En la celebridad, el poder divino de la mercancía desciende a la tierra para salvar a la Humanidad demostrando su potencia mágica para transfigurar el propio ser.

Gatsby [...] es el “aristócrata” de este anhelo divino (ser imitado, admirado); deseo metafísico que supera todos los límites de la biología, la sociedad, la moral, la historia. Myrtle alteró su apariencia con la ayuda de cosas y experimentó la transformación milagrosa de su ser interior, mientras se elevaba en igualdad con Tom. Gatsby, por el contrario, se inventó a sí mismo de la nada, imaginándose a sí mismo en el ser. Él mismo se convierte en una mercancía, que intentó vender a Daisy y sus clientes.⁴⁷

La movilidad democrática —así sea solamente como una sensación— no sólo satisface el deseo de igualdad, sino, al mismo tiempo, el narcisismo: queremos la movilidad no para ser iguales, también, para ser más que los demás —aristócratas—.

Otra ventaja *katéchonica* del sueño americano tiene que ver con un titanismo social y políticamente inofensivo, porque: 1) ocurre en la imaginación; o bien, 2) porque produce daños socialmente irrelevantes, dado que se quedan en el ámbito privado; 3) cuando trasciende, no lo hace con aspiraciones políticas, sino en el sentido de adquirir fama, bajo las reglas mismas del sistema. Continúa Gardner:

La “grandeza” de Gatsby radica en su extraordinaria voluntad de negar la realidad. Es el desafío del Hombre democrático a las “condiciones”, como nacer de unos padres y no de otros [...]. Por igualdad de condiciones se entiende la ilegitimidad de todas las condiciones y límites, y de la naturaleza misma. Su pasión es tan absurda como la de Myrtle, pero en una escala mayor. Myrtle es asesinada por la imprudencia de otra persona. Gatsby asegura su propia destrucción y así exculpa el despiadado mecanismo que lo atropella, impulsado por la pasión de la que el propio Gatsby es la instancia suprema. De ahí el refrán común: “Lo que salva a Gatsby ...”. Lo que realmente se salva es el derecho del deseo, la ilimitación de la voluntad democrática. En verdad, lo que supuestamente “salva” a Gatsby es lo que lo destruye.

La verdad eficaz de la libertad absoluta es ficción. La conmovedora tragedia de Fitzgerald nos ayuda a comprender su nihilismo. Su conmovedora honestidad y su sensación de fatalidad son mucho mejores que cualquiera de los personajes de su libro.⁴⁸

La ilimitación del deseo democrático es también su banalización. Lo que permite que la competencia no sea feroz, pues el deseo tiene muchos objetos sobre los cuales posarse. El deseo se banaliza en cuanto hay abundancia de mediadores, en tanto que se puede cambiar de mediador y de objetos deseados si éstos implican demasiados problemas, es decir, un conflicto muy costoso.

En el *Gran Gatsby*, no sólo vemos lo políticamente inofensivo de un deseo desatado pero banalizado. En esta obra vemos también la banalización del mecanismo del chivo expiatorio, que se queda también en el ámbito de lo privado. En el mundo del individualismo estadounidense, es difícil ser pirómano, es difícil influir muy profundamente en los demás. Éste es el tema, desde la TM, del crítico literario Thomas Cousineu. Gatsby mismo es una figura del chivo expiatorio. Muere en lugar de Daisy Buchanan, es el sustituto a través del cual Nick experimenta aventuras románticas indirectamente mientras evita sus consecuencias potencialmente letales:

La novela en sí está repleta de detalles que sugieren que Nick, lejos de ser el observador moral distante que le gustaría que viéramos en él, está tan impulsado —aunque furtivamente— por sus pasiones como Gatsby. Esto está claramente implícito en el famoso pasaje donde Nick, respondiendo a la descripción de Gatsby al caminar con Daisy en una noche de verano en Louisville, encuentra dentro de sí mismo una emoción reflejada [...].

El sueño de Nick Carraway, de mantener su posición de superioridad moral transfiriendo la responsabilidad de los deseos y acciones que comprometerían la inviolabilidad de su propia imagen, tiene un éxito total. En este sentido, Nick demuestra ser un digno descendiente del fundador de su familia, un tío abuelo que, como ingenuamente nos informa, “envió un sustituto a la Guerra Civil”.⁴⁹

Que Gatsby es un ser impuro, una víctima propiciatoria, es notable en su propio funeral. Casi todos los invitados que aprovecharon su hospitalidad en el verano estuvieron ausentes. Nick se solidariza con esta víctima inmolada y comienza “a tener un sentimiento de desafío, de solidaridad desdeñosa con Gatsby y contra todos ellos”. Explica Cousineau:

Fitzgerald está tan apegado a esta imagen de un individuo aislado, cuya elevación a los ojos del grupo no excluye en modo alguno que se convierta en objeto de su agresión, que recurrirá constantemente a epítetos que vinculan a Gatsby: “un hijo de Dios” [...]. Fitzgerald caracteriza repetidamente a Gatsby y organiza los episodios que conducen en última instancia a su muerte para implicar paralelismos bastante precisos con el relato evangélico de la pasión y muerte de Cristo.⁵⁰

Más aún, en la descripción de la muerte de Gatsby vemos los signos de un ritual sacrificial:

sus bañadores, la finalidad y pasividad de sus movimientos, la estación apropiadamente otoñal, su muerte en el agua y la lenta y simbólica mezcla de su sangre con el movimiento del estanque para describir dentro de un grupo giratorio de hojas muertas un delgado círculo rojo en su superficie con fuertes matices de una clase primitiva de disposición sacrificial para la muerte que, combinada con el factor inmediato de la infertilidad natural y el declive, se hace eco de algo de la vieja respuesta animista a la aflicción y la inquietud, la mutilación ceremoniosa de la vida por la salvación espiritual y la renovación a través del misterio reintegrativo de la muerte y la transfiguración.⁵¹

Mas, al igual que el sacrificio de Cristo, que implica un fracaso al no haber consenso ni mitificación sobre su maldad ni culpabilidad, el sacrificio de Gatsby sólo aspira a convertirse en un *katéchon*, uno, por cierto, que únicamente implica el ámbito privado. “Fitzgerald usa estas alusiones sacrificiales a la manera de Yeats y Eliot y Joyce para alquimizar la anarquía de la vida moderna en una unidad y permanencia. El esfuerzo en sí debe necesariamente fallar porque los estadounidenses modernos carecen de *hábitos morales* de sus antepasados, que dieron a sus antiguos rituales religiosos su eficacia”.⁵²

Sabemos que sacrificios banales como el de Gatsby ocurren a diario en la vida moderna. Muertes que no trascienden del ámbito privado y que no tienen relevancia social. Sin embargo, visto de cerca, tratar un asesinato como una cuestión banal siempre es molesto. Tendemos a ver siempre grande a la muerte. Así, Fitzgerald intenta, pese a saber lo contrario, generar la noción de que el asesinato fue obra de una gran multitud:

Esta tendencia ya parece estar en funcionamiento cuando culpa de la caída de Gatsby al “polvo inmundo”, lo que sugiere un grupo de adversarios mucho más grande de lo que razonablemente podría explicarse. Incluso “todo el grupo podrido” puede parecer a algunos lectores como un término excesivamente amplio para aplicar al número realmente bastante pequeño de personajes de la novela que se han portado mal con Gatsby. El más fascinante de estos detalles, sin embargo, ocurre cuando Nick Carraway describe el asesinato de Gatsby aunque es obra de una sola persona.⁵³

Más aún, Fitzgerald se refiere a las banales muertes de Wilson y Gatsby como holocaustos. Esta

doble muerte es un asunto puramente privado que involucra a Gatsby y Wilson; también es presumiblemente un evento accidental, que nunca habría ocurrido si Wilson hubiera sabido la verdadera identidad del asesino de su esposa. La palabra “holocausto” tiene una serie de asociaciones que parecen totalmente inapropiadas para la escena que acaba de observar Nick. Un holocausto es, para empezar, un evento público planificado y altamente organizado que implica el sacrificio de algún objeto propiciatorio. Como nos recuerda la falta de ortografía de Fitzgerald —que escribe mal *holocausto*—, los holocaustos tienen connotaciones sagradas y religiosas: se hace una ofrenda a una divinidad que, se espera, corresponde con alguna bendición deseable.⁵⁴

El intento por dar relevancia a asuntos banales también se hace evidente en la rivalidad entre Gatsby y Tom Buchanan por Daisy. Una rivalidad celosa, privada, que, sin embargo, para el narcisismo de los personajes y quizás también del público lector, no es suficiente. De ahí las comparaciones con un ejemplo histórico:

la “Gran Guerra”, que se asocia en varias ocasiones con acontecimientos clave de la vida de los personajes principales. [...] brinda la ocasión que permite a los habitantes del Medio Oeste como Nick escapar de sus orígenes provincianos. Ambos ponen a Gatsby dentro del alcance de Daisy en Louisville y se lo llevan cuando reciben órdenes de enviarlo a Europa y, finalmente, a Óxford. Sin embargo, de una manera más profunda, la I Guerra Mundial sirve para recordar al lector que la rivalidad masculina no sólo conduce a luchas por la posesión de una mujer deseable. Por el contrario, si no se contiene adecuadamente mediante un ritual eficaz, puede conducir a una conflagración mundial.⁵⁵

De cualquier modo, Gatsby, en tanto chivo expiatorio, unifica, genera consenso, así sea apenas en el pequeño grupo de sus invitados:

Poco después de la escena en la que los asistentes a la fiesta se formaron en un grupo organizado y armonioso por sus “ojos de aprobación”, Gatsby desaparece en su mansión. Nick es ahora quien observa a los invitados; lo que descubre es que en ausencia de Gatsby, que hasta entonces ha sido el centro de atención del grupo —como anfitrión y como objeto de excitantes rumores—, la fiesta se convierte en un caos. Fitzgerald, apropiadamente, hace que Nick recurra a una metáfora militar que nos recuerda la guerra recientemente terminada, que ahora se está recreando en una escala menor: “Miré alrededor. La mayoría de las mujeres que quedaban ahora estaba peleando con hombres que se decía que eran sus maridos [...]. Uno de los hombres hablaba con curiosa intensidad con una joven actriz, y su esposa, después de intentar reírse de la situación de manera digna e indiferente, se derrumbó por completo y recurrió a ataques por los flancos”.⁵⁶

Sin Gatsby, sin víctima propiciatoria, comienza el caos, la lucha de todos contra todos. El protagonista de la novela, por el contrario, genera orden, pues logra que las miradas envidiosas se dirijan hacia él.

Si bien la muerte de Gatsby es, en el nivel de la trama superficial de la novela, el resultado de un error desafortunado y contingente, el patrón de sacrificio subyacente que la trama representa, la trata como una necesidad predeterminada. Gatsby debe de ser seleccionado como la víctima del sacrificio porque, a pesar de su gran riqueza y conexiones con la mafia, es esencialmente, un forastero, un hombre de un mundo completamente diferente, que carece del apoyo de asociados dispuestos a vengarse de cualquiera (Tom Buchanan, por ejemplo), por quien, de alguna manera, puede ser considerado responsable de su muerte [...].

Aparte de sus sueños románticos, Gatsby ha sido elegido para interpretar en la novela que lleva su nombre un papel preminentemente sacrificado como la figura que creará unanimidad entre los miembros del grupo que lo ha elevado y excluido. Por esta razón, no existe una diferencia esencial entre el Gatsby vivo que se para en los escalones de mármol contemplando a sus invitados reunidos y el Gatsby muerto de quien todos huyen. Gatsby no pudo hacer retroceder el reloj porque invirtió su imaginación en un sueño cuyo éxito dependía de la cooperación de otras personas: su error de juicio en cuanto a sus motivaciones y comportamiento probable se revela trágicamente en el episodio en el Plaza Hotel, donde tanto Tom como Daisy se niegan a desempeñar los roles que les ha asignado. A diferencia de Gatsby, Nick proyectó con éxito los roles de los otros personajes que interpretaron a la perfección: Gatsby le dio la satisfacción indirecta de poseer a Daisy y de casi destruir a Tom Buchanan. Del mismo modo, Tom y Daisy, aunque rechazaron la victoria final de Gatsby, se la ofrecieron a Nick al llevar, a su vez, la carga, no sólo de su propia responsabilidad moral, sino también de la suya. Finalmente, los lectores de la novela se convirtieron en cómplices del falso logro de Nick al admirar la dudosa percepción moral que infaliblemente se atribuye a sí mismo. En contraste con esto, la dimensión genuinamente moral de *El gran Gatsby* —y, por lo tanto, su perdurable grandeza y universalidad— reside en la oportunidad que nos brinda la obra maestra de Fitzgerald de experimentar, pero también de resistir, los impulsos del chivo expiatorio que forman, de alguna manera —esto es, a la vez, flagrante y subrepticia—: su “columna vertebral emocional”.⁵⁷

En la sociedad individualista, la gente prefería la cultura, la lectura, los museos, el jazz, las obras de Broadway y, claro está, las fiestas, antes que participar en política. En realidad,

el problema de la expansión [económica] de los años veinte no consistió en que tuviese un carácter filisteo o socialmente inmoral. El problema estaba en su fugacidad. Si hubiese perdurado y arrastrado consigo a las economías europeas, menos robustas pero todavía —en ese momento— dispuestas a realizar esfuerzos para salvar la situación, hubiera debido sobrevenir una transformación política de carácter global que habría contenido a las nuevas fuerzas de la compulsión totalitaria, con su ruinosa confianza en la ingeniería social, y habría creado gradualmente entre el gobierno y la empresa una relación más parecida a la que Coolidge explicó a los paladines empresarios de la ciudad de Nueva York. En 1929, Estados Unidos había conquistado en la producción total del mundo una posición de supremacía que antes nunca había sido alcanzado por un Estado en un período de prosperidad: el 34.4% del total, comparado con el 10.4% de Gran Bretaña, el 10.3% de Alemania, el 9.9% de Rusia, el 5.0% de Francia, el 4.0 de Japón, el 2.5 de Italia, el 2.2 de Canadá y el 1.7 de Polonia.⁵⁸

El Presidente Coolidge, en su último mensaje, el 4 de diciembre de 1928, dijo con gran optimismo:

Ninguno de los congresos estadounidenses reunidos hasta ahora, al examinar el estado de la Unión ha contemplado una perspectiva más grata [...]. La gran riqueza creada por nuestra iniciativa y nuestra industria y preservada por nuestra economía, se ha distribuido del modo más amplio entre los miembros de nuestro pueblo, y ha formado un flujo permanente que satisface las necesidades de la beneficencia y el comercio mundiales. Los requerimientos han superado el nivel de la necesidad para ingresar en la región del lujo. El aumento de la producción viene a satisfacer la creciente demanda interna y la expansión del comercio externo. El país puede contemplar el presente con satisfacción y el futuro, con optimismo.⁵⁹

Este optimismo era compartido por algunos de los observadores más agudos del momento:

The Rise of American Civilization de Charles Beard, obra publicada en 1927, describía un país que “pasaba de un triunfo tecnológico a otro, que superaba el agotamiento de los recursos naturales crudos y las energías, y promovía una distribución cada vez más amplia de las bendiciones de

la civilización, salud, seguridad, bienes materiales, saber, ocio y apreciación estética” [...].

El mismo año, Walter Lippmann señaló: “Las actividades más o menos inconscientes y no planeadas de los hombres de negocios son, por una vez, más novedosas, más audaces y, en cierto sentido, más revolucionarias que las teorías de los progresistas” [...].

En 1929, John Dewey pensó que el problema no era cómo prolongar la prosperidad —lo consideraba un resultado sobrentendido—, sino cómo convertir “la Gran Sociedad” en la “Gran Comunidad”.⁶⁰

Al final de su mandato, Coolidge, fiel a su personalidad y educación, a su visión antititánica, afirmó:

“Sé ahorrar. Siempre me he educado en ese sentido. El país se encuentra en una situación financiera sólida. Quizás ha llegado el momento en que deberíamos gastar. Creo que no reúno las condiciones necesarias en ese sentido”. En su opinión, Hoover era el “Gran Gastador”; no el último, sino el primero de dicho linaje. Contempló sin entusiasmo el ascenso de Hoover a la presidencia: “A lo largo de seis años, ese hombre me aportó consejos que yo no solicité, todos, errados”.⁶¹

CAPÍTULO VII

EL PÁNICO DE 1929

Valentina Méndez Rizo

El antititanismo en política doméstica de Harding y Coolidge no tuvo paralelo en materia de economía internacional. Ya en 1921, el gobierno estadounidense había adoptado una política de créditos que tenía tres objetivos: 1) mantener a flote la economía internacional, 2) apoyar a ciertos regímenes favorecidos y 3) promover las exportaciones estadounidenses. Paul Johnson desmiente la idea de que Estados Unidos funcionaba bajo una política económica aislacionista: buscaba intervenir, mediante los créditos, en los mercados internacionales. El intervencionismo que se adoptó mediante el crédito artificial no fue invención estadounidense, sino británica: “Aunque Gran Bretaña fue nominalmente un país regido por el *laissez-faire* hasta 1914 —y en grado mayor que Estados Unidos en ciertos aspectos, porque practicaba el comercio libre—, los teóricos británicos de la economía no se sentían complacidos con el ciclo comercial y creían que era posible regularlo mediante esfuerzos conscientes y combinados que permitieran estabilizar los precios”.¹

Era, en el fondo, una cooperación entre británicos y estadounidenses para dominar las monedas locales y posicionar a la libra esterlina y el dólar en paridad con el oro. Dicho proceso se llamó “estabilización”. El objetivo al interior de ambas naciones era mantener estables los precios y, por tanto, evitar una disminución en los salarios que podría detonar una agitación social. Al exterior, los préstamos fáciles propiciaban el flujo del comercio.

En contraparte, se encontraban los bancos centrales de Alemania y Francia. Ludwig von Mises y Friedrich Hayek consideraban que las políticas inflacionarias estaban irremediablemente corrompidas, mientras que los franceses las concebían como una política de dominación que buscaba someter a

otras monedas. Como escribió el gobernador del Banco de Francia, Moreau, en su diario secreto:

Reino Unido, que fue el primer país europeo que restableció una moneda estable y segura, ha usado esa ventaja para someter a Europa a un verdadero dominio financiero [...]. Las monedas se dividirán en dos clases. Las de la primera clase, el dólar y la libra esterlina, basadas en el oro, y las de la segunda, basadas en la libra y el dólar, con una parte de sus reservas retenidas por el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal de Nueva York, de manera que las monedas locales habrán perdido su independencia.²

El aparente éxito de la política intervencionista fungió como un estimulante del *katéchon* económico: aparentaba solidez, pero en el fondo era muy inestable. Al principio, pareció tener éxito, pues, durante la segunda mitad de la década, la política de crédito barato (Strong-Norman) aplicada a la economía mundial reanimó el comercio que no había logrado recuperar su nivel de preguerra.

Mas la política de inflación era un auténtico engaño del que no muchos eran conscientes —ni banqueros, ni políticos ni, por supuesto, la población en general—. Lejos de eso, incluso existía la concepción de que intervenir en la economía era lo moralmente correcto. El banquero alemán Hjalmar Schacht —después conocido como “el banquero de Hitler”— fue uno de los pocos que se manifestaron en contra de las manipulaciones del mercado que nadie más parecía notar: “reclamó un auténtico patrón oro, como el único medio de garantizar que la expansión fuese financiada por los ahorros voluntarios auténticos y no por el crédito bancario determinado por una minúscula oligarquía de dioses financieros”.³

Surge entonces la pregunta: ¿por qué se confiaba tan ciegamente en la bolsa? Una respuesta la aporta Jean-Pierre Dupuy, académico francés que ha estudiado cómo funcionan los mecanismos miméticos en sistemas económicos, sobre todo, en aquellos que funcionan con la autorregulación del mercado o lo que se conoce como “la mano invisible”. Dupuy sugiere el siguiente modelo:

Dos sujetos, A y B, se imitan recíprocamente. El objeto de su imitación mutua es, por hipótesis, indeterminado. Pero supongamos que un ruido, un rumor, haga pensar a A que B desea (busca, quiere comprar, confía en, espera, etcétera) el objeto O. A sabe, en lo sucesivo, que B desea (respectivamente: buscar, etcétera) O. A se adelanta, señala a B el objeto O y, cuando B manifiesta a su vez su interés por O, A tiene la prueba de que su

hipótesis de salida era correcta. Su representación, por implausible que fuese *a priori*, se encuentra autorrealizada. Esta emergencia de una objetividad, de una exterioridad por el cierre sobre sí mismo de un sistema de actores en el que todos se imitan, adquiere un vigor acrecentado a medida que aumenta el número de éstos. Los rumores más absurdos pueden polarizar a una muchedumbre unánime sobre el objeto más inesperado, cada uno encontrando la prueba de su valor en la mirada o la acción de los otros.⁴

De manera que la ilusión de un progreso estable generó un ambiente de confianza en torno a la bolsa de valores. Empero, realmente, fue un efecto mimético lo que detonó el descuido que acrecentó la gravedad de la crisis económica. Diversos factores contribuyeron a generar un ambiente propicio para la crisis —donde destacan las políticas inflacionarias impulsadas por los defensores de la estabilización—, pero es la mimesis la que juega el papel más importante al hablar de la especulación en la bolsa de valores.

Dupuy plantea que “la imitación generalizada tiene el poder de crear mundos perfectamente desconectados de lo real: a la vez ordenados, estables y totalmente ilusorios”,⁵ lo que, combinado con las pocas explicaciones sobre las causas y consecuencias de la crisis, se convirtió en el perfecto caldo de cultivo para ampliar la mitología relativa a la economía. De hecho, la explicación convencional de la caída fue que hubo tanta codicia entre la sociedad estadounidense que al final llegó su saludable castigo.

Aunado a esto, había otros dos asuntos: 1) nadie parecía darse cuenta de los problemas que conllevaba la inflación de la oferta del dinero y 2) existía la idea de que no intervenir en el ciclo de la economía era inmoral. En ese sentido, las políticas estabilizadoras pretendían, genuinamente, fungir como agentes del bien común. Esta idea, relata Johnson, estaba apoyada por Keynes y Hawtrey:

No debe creerse que Keynes cayó de un límpido cielo no intervencionista; en realidad, Keynes no era más que un “avance” marginal comparado con los videntes británicos ortodoxos. Ya antes de la guerra, Sir Ralph Hawtrey, que estaba a cargo de los estudios acerca de las finanzas en el Tesoro, había sostenido que, mediante la creación de crédito internacional (es decir, de inflación), los bancos centrales podían alcanzar un nivel estable de precios y, de ese modo, mejorar enormemente el panorama propio del siglo XIX, es decir, la aceptación pasiva del ciclo, una actitud, a sus ojos, inmoral. Después de 1918, las opiniones de Hawtrey se convirtieron en el saber convencional en Gran Bretaña y, a través de Versalles, pasaron a Estados Unidos.⁶

Cabe destacar que algunos de los personajes que apoyaban la intervención en la economía, eran Norman —director del Banco de Inglaterra— y Strong —discípulo de Norman y director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York—, que eran quienes, al cabo, manejaban el sistema económico internacional. En principio, su papel era el de simples guardianes, pero, en los hechos, con su noción de moralizar la economía, es decir, de intervenir en ella mediante créditos baratos, terminaron siendo verdaderos titanes. Basándose en las cifras, los defensores de la estabilización realmente creían que había funcionado: “mientras que, en 1921-1925, la tasa de crecimiento del comercio mundial, comparada con el período 1911-1914, fue en realidad de -1.42, durante los cuatro años de 1926-1929 mostró un crecimiento de 6.74, un desempeño que no se repetiría hasta fines de la década de 1950”.⁷

Para 1923, decenas de instituciones económicas de relevancia apoyaban la estabilización. Tal es el caso de la Comisión Financiera de la Liga de las Naciones, el Banco de Inglaterra y el Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Strong fue uno de los principales diseñadores de las políticas financieras estadounidenses, claramente influenciado por el inglés. Por esto, Johnson resalta que

Hoover decía con razón de Strong que era “un anexo mental de Europa”; y en verdad fue la figura decisiva de la política exterior encubierta de orientación de la economía aplicada por Estados Unidos. No es exagerado afirmar que, durante la mayor parte de los años veinte, el sistema económico internacional fue supervisado conjuntamente por Norman y Strong. Strong fue el hombre que hizo posible el retorno de Gran Bretaña al patrón oro en 1925, al facilitar líneas de crédito del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y conseguir que J. P. Morgan hiciera otro tanto; el *Banker* de Londres escribió: “No existe un amigo mejor de Inglaterra”. Después, se extendieron líneas de crédito análogas a Bélgica, Polonia, Italia y otros países que satisfacían las normas Strong-Norman de rectitud financiera⁸.

A los estabilizadores poco les preocupaba el daño que estaban generando a la economía al inyectar más y más crédito en el sistema; cada vez que se mostraban indicios de debilidad, aumentaban la dosis. Una de las ocasiones más recordadas fue en julio de 1927, cuando

Strong y Norman celebraron una reunión secreta de banqueros en las propiedades que Ogden Mills, con el subsecretario del Tesoro estadounidense y la señora Ruth Pratt, la heredera de la Standard Oil [...]. Strong

mantuvo en la ignorancia a Washington y no permitió que asistieran ni siquiera sus más encumbrados colegas. Él y Norman decidieron provocar otro acceso de inflación, sin hacer caso de las protestas de Schacht ni de Charles Rist, vicepresidente del Banco de Francia. La Reserva Federal de Nueva York rebajó su tasa otro medio%, es decir, a tres y medio. Strong le dijo a Rist: “Daré un pequeño *coup de whisky* al mercado de valores”, y desencadenó la última y definitiva oleada de especulación. Adolph Miller, miembro de la Junta de la Reserva Federal, al atestiguar ante el Senado, describió después esta decisión como “la operación más grande y más audaz ejecutada por el Sistema de la Reserva Federal y cuya consecuencia fue uno de los errores más costosos cometidos por la Reserva o por cualquier otro sistema bancario en los últimos setenta y cinco años”.⁹

Además de la inflación de la oferta del dinero, dos elementos más se sumaron a este sombrío panorama: las transacciones sobre márgenes y los *trusts* de inversión. Las primeras se refieren a las operaciones que permiten comprar más acciones de las que se pueden, de forma que es una suerte de préstamo. Los *trusts* se componen de una serie de empresas que producen los mismos productos y que acuerdan fijar los precios y controlar los paquetes de acciones para generar un monopolio.

Estos elementos abonaron a la catástrofe económica porque, como explica Johnson, los ingresos de las acciones representaban mucho menos que el interés pagado por los préstamos usados para adquirirlas. En otras palabras, se usaba dinero que, en realidad, no existía. Por otro lado, a través de inversiones fuertes, los *trusts* hacían parecer que el crecimiento era extraordinario, pero realmente estaban cimentadas sobre un fragmento muy reducido de crecimiento real. Se decidió tomar muchos riesgos sobre una base poco sólida y una distorsión del mercado. Así, entre muchos ejemplos ilustrativos, se encuentra el caso de “la Radio Corporation of America, que nunca había pagado dividendos, pero que pasó de 85 a 420 puntos en 1928. En 1929, algunas acciones se vendían por un precio que representaba cincuenta veces los ingresos. Como dijo un experto, el mercado estaba ‘descontando no sólo el futuro, sino el más allá’”.¹⁰

A finales de 1928, la inflación del crédito se agotaba y resultaba imposible continuar sosteniéndola con inyecciones de dinero. A inicios de 1929, la economía comenzó a caer. Johnson afirma que esto era saludable, pues, en el esquema de los siglos anteriores, eran necesarias las caídas en el ciclo de crecimiento; así, las crisis se resolvían por sí mismas. Ciertamente, si se hubiera permitido el desarrollo de la crisis en lugar de continuar con las inyecciones

inflacionarias, ésta se hubiera resuelto por sí sola. No obstante, el pánico se acrecentaba conforme pasaban los meses:

El 13 de noviembre, al final del pánico, el índice había descendido de 452 a 224. Eso nada tenía de malo. El pánico se limitó a eliminar el ingrediente especulativo y dejó a los valores sólidos más o menos en su valor justo en relación con los ingresos. Si se hubiera permitido que la crisis se resolviera por sí misma, como lo hubiese hecho hacia fines de 1930 de acuerdo con los antecedentes conocidos, habría retornado la confianza y la crisis mundial no hubiera estallado. En cambio, el mercado continuó descendiendo, lenta pero inexorablemente, y cesó de reflejar las realidades económicas —su verdadera función— y, en cambio, se convirtió en un factor que impulsó el desastre, arrastrando a la destrucción a la nación entera y, tras ella, a todo el mundo.¹¹

Las creencias comunes adjudican parte de la crisis a las decisiones que tomó el entonces presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover. Según aquéllas, debido a la concepción del *laissez-faire* por parte del mandatario, éste se negó a utilizar dinero del gobierno para sacar a flote la economía, por lo que agravó la crisis que aparentemente sólo pudo resolver Roosevelt con el Nuevo Trato. Desde la perspectiva de la teoría mimética, no sorprende esta concepción, pues, en los regímenes democráticos, los expresidentes tienden a ser convertidos en chivos expiatorios.

Respecto al *katéchon* democrático en Estados Unidos, hay dos aspectos que resaltar. En primer lugar, que, en esas condiciones, Hoover se fue consolidando como el chivo expiatorio ideal. No obstante, Roosevelt no era tan lejano a Hoover como se piensa. Lejos de eso, se imitaban más de lo que a ellos mismos les hubiera gustado aceptar. En segundo lugar, que, a gran escala, la solidez del *katéchon* democrático compensó la indudable fragilidad del económico.

La crisis no sucedió naturalmente. Las decisiones las tomaron personas reales. La “mano invisible”, al menos, en este caso, sí era visible: la Reserva Federal y aquellos que estaban detrás, como Strong y Norman, fueron, en gran medida, los responsables. Aunque, claramente, no fueron ellos quienes pagaron por la crisis ni tampoco fueron los señalados por ella. En realidad, al abrir la bolsa de valores al conjunto de la población —la cual comenzó a invertir descontroladamente—, ella misma fue vista como la responsable de la crisis, un discurso que, por cierto, funcionó.

7.1 La escalada mimética y el desencapsulamiento

Con las políticas de inflación y la inclusión de la población a las inversiones en la bolsa de valores, comenzó el desencapsulamiento. Cualquier persona común podía comprar acciones, invertir su dinero y hacer ganancias a corto plazo. Mas lo hacía sin una base sólida. Por el contrario, la clase empresarial, que anteriormente era la única que invertía, sabía cómo manejar la bolsa. Así, la imitación pronto comenzó a irritar a los viejos inversionistas: habían perdido aquello que los distinguía y que, a su parecer, les daba un estatus de clase. Ahora, las clases medias tenían acceso a la bolsa. La escalada mimética iba en aumento.

La mediación externa entre las clases medias y la clase empresarial cada vez se convertía más en mediación interna, es decir, que las clases se acercaban: su vínculo oscilaba de la admiración a la envidia. Esto conllevó una escalada mimética y, por ende, el conflicto. Antes, sin embargo, es necesario indagar en cómo el *katéchon* económico se debilitó.

Recordemos que, según la teoría mimética, los *katéchones* surgen como una forma provisional de pacificación en respuesta a la desestructuración del orden tradicional.¹² En el caso de la economía, la desestructuración está incentivada por “el incremento del papel de los mercados, que promueven el ascenso del individualismo, debilitando las creencias comunes, la conciencia colectiva y las normas otrora compartidas”.¹³ Al respecto, encontramos que Estados Unidos enfrentó dos retos: 1) el cambio de sistema económico del siglo XIX al crecimiento en masa del siglo XX y 2) en lo respectivo a la frágil situación económica de 1929, el desafío era que el desencapsulamiento del mercado no ocasionara la oscilación de la mediación externa positiva a la interna negativa y, por tanto, produjera una escalada violenta.

Por otro lado, cuando el *katéchon* del individualismo mercantil está bien instaurado, puede producir su propio orden. Cuando “se impone, produce abundancia, intercambios civilizados y dispersión de los deseos, todo esto atenúa y atomiza los conflictos. El egoísmo del *Homo economicus* nos convence de que es preferible tener socios que enemigos”.¹⁴

En la década de 1920, en Estados Unidos, parecía haberse instaurado un *katéchon* económico sólido. No sólo por la prosperidad económica, sino por la atomización del deseo tan común en el orden capitalista: no hace falta que se envidien las posesiones del otro, ya que se puede acceder a objetos equivalentes con facilidad. De manera que, cuando la bolsa de valores se abrió y los ciudadanos tuvieron acceso a ella, sucedió lo mismo: en un principio, se produjo abundancia y los intercambios fueron civilizados. Sin embargo, dado que el *katéchon* no estaba solidificado —puesto que la prosperidad se ba-

saba en políticas inflacionarias—, la dispersión de los deseos y la atomización de los conflictos cayó tan rápido como lo hizo la bolsa.

La mala construcción del *katéchon* económico produjo su propio desorden, el que se genera a partir de la desestructuración del orden tradicional —cuando la bolsa sólo era para algunos— y el que surge de su propio mal funcionamiento —en su condición de *katéchon* débil—. Este desorden se reconoce cuando “el individualismo mercantil conduce a una crisis, a la explosión de una burbuja financiera, al empobrecimiento de la sociedad; es decir, cuando rompe su promesa de que traerá un futuro mejor [...] se convierte en sinónimo de desesperanza”.¹⁵

El caos provocado por la desestructuración del orden financiero llevó a la crisis económica de 1929; lo que desestructuró el orden fue el mal cálculo de los titanes intervencionistas, Norman, Strong y algunos otros, y que influyó en las masas de inversionistas, que se volvieron delirantemente optimistas.

La teoría mimética muestra que el orden financiero está basado en una forma de encapsulamiento: “el encapsulamiento en el tiempo”. Éste implica que no todo el mundo necesita su dinero al mismo tiempo y, por tanto, puede ser utilizado por otros, al menos, durante cierto tiempo —desde luego, a cambio de intereses—. El principio del crédito se basa en que el dinero de los ahorradores puede ser usado por quienes lo necesitan en el presente. En principio, este mecanismo produce estabilidad, en tanto que la prosperidad gotea hacia otras capas de la población y, sobre todo, hacia sectores de la economía que, a la vez, producen más prosperidad.

La clave de este sistema es la confianza: confianza en que el dinero invertido no se perderá, sino que será bien colocado. Sin embargo, la confianza no deriva de un análisis racional. Jean Pierre Dupuy, en *El pánico*, analiza las observaciones de Keynes sobre los inversionistas en la bolsa de valores, que éste hizo en *La teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero* (1936):

La técnica de la inversión puede compararse con los concursos organizados por los periódicos en los que los participantes han de elegir las seis caras más bonitas entre un centenar de fotografías, atribuyéndose el premio a aquel cuyas preferencias se aproximen más a la selección media efectuada por el conjunto de los concursantes. Así, pues, cada concursante debe escoger no las caras que él mismo juzgue más bonitas, sino aquellas que estima más apropiadas para obtener el sufragio de los demás concursantes, donde todos examinan el problema desde el mismo ángulo [...]. Los participantes se esfuerzan en descubrir la idea que la opinión media se hará de antemano, de su propio juicio.¹⁶

Para Keynes, la especulación consiste en prever la psicología del mercado. El buen especulador es aquel que adivina mejor que la masa lo que la masa va a hacer. El problema no es que cada uno adivine las preferencias de los demás, ya que todos saben que los demás saben, a su vez, que ese no es el problema. “Resulta, así, una especularidad potencialmente ilimitada que no determina nada porque está desprovista de cualquier referencia objetiva”,¹⁷ de cualquier mentira romántica. Estamos en

una situación de incertidumbre radical, impredecible como la que prevalece en los mercados financieros cuando precisamente ya no ofrecen a los agentes una referencia común; entonces, el único comportamiento racional, según Keynes, es imitar a los demás. Una primera razón, de orden general, es que, si no sé nada sobre la situación en la que me encuentro [...], puedo pensar que hay una posibilidad de que los demás sepan algo: al imitarlos, aprovecharía su saber [...]. Al saber que nuestro propio juicio carece de valor, nos esforzamos por conformarnos con el juicio del resto de la gente, que quizá esté mejor informada.¹⁸

Especular es, entonces, copiar a los demás —espejo— en tanto que no hay información objetiva. Copiamos en el mercado de valores porque no tenemos al alcance la mejor información. Copiamos a quienes pensamos que sí poseen dicha información. Y, cuando quienes parecen sí tener la información son titanes desbordados, la imitación se vuelve ruinosa.

El sistema de crédito, de encapsulamiento en el tiempo, tiene un límite. Y, justamente, ese límite es el que desafiaron los titanes intervencionistas: ampliaron el crédito hasta un punto en que la confianza mutó en desconfianza y los inversionistas quisieron su dinero al mismo tiempo. Es decir, comenzó un desencapsulamiento que desorganizó a la sociedad, un mimetismo destructivo.¹⁹ El efecto mimético provocado por los titanes intervencionistas llevó a la imprudencia en las inversiones de la bolsa de valores. Ahora bien, en el paso del orden al desorden del *katéchon* o viceversa, siempre hay chivos expiatorios. En el caso de la economía:

son “los terceros”, es decir, aquellos con los que no competimos, aquellos que no son nuestros dobles miméticos en el consumo ni en el trabajo, ni tampoco en la bolsa de valores. Por lo general, se trata de unos terceros por los que no sentimos nada y nos son indiferentes. ¿Cuándo estos chivos expiatorios dejan de traer orden? En el momento en el cual aparecen competidores tan poderosos que pueden convertir a miles, a cientos de

miles o incluso a millones de personas, en sus víctimas sacrificadas (*i. e.* lanzadas a la pobreza), no por maldad, sino por indiferencia.²⁰

Los chivos expiatorios dejaron de traer orden cuando la crisis englobó a la mayor parte de la población. Una vez esclarecido en el apartado anterior que la crisis económica no sucedió por efecto de “la mano invisible”, sino por un mal cálculo en las políticas implementadas, podemos continuar nuestro razonamiento afirmando que la indiferencia hacia los terceros es notoria, pues quienes pagaron por la crisis no fueron Norman y Strong ni la Reserva Federal de Nueva York, sino el conjunto de la población que perdió sus bienes.

7.2 Un ganador, un culpable y unos cuantos perdedores

Ahora que ya esclarecimos cómo sucedió la crisis y quiénes la provocaron, Paul Johnson indaga sobre quiénes pagaron por ella.

Los banqueros creían, genuinamente, que la estabilización había funcionado y, por ende, que la prosperidad se podía mantener. Uno de los indicadores más importantes del desarrollo para Hoover eran los salarios, y, para 1927, presumía orgullosamente que habían alcanzado el nivel de 4 dólares diarios, o sea, 1,200 dólares anuales. Sin embargo, para mantener decentemente a una familia de cinco personas se calculaba que se necesitaba un ingreso de al menos 2,000 dólares anuales. Claro está que se trataba de un estándar sumamente exigente para la época. No obstante, dadas las crecientes expectativas, producidas por la propia expansión económica de los años veinte, por la mentalidad democrática de igualdad de condiciones y por la ideología del *American Dream*, grandes masas pensaban que podían ser muy exigentes con la economía.

Las familias no eran capaces de seguir el ritmo del rápido ascenso de los precios; cada vez era más difícil mantener la vida cotidiana al paso de semejante auge, pues el poder adquisitivo no era suficiente. Al mismo tiempo, los banqueros se esforzaban por mantener a flote la economía, aunque, como mencionamos anteriormente, el último esfuerzo significativo fue el *coup de whiskey* de Strong, que, en términos fácticos, alimentó más la especulación que la economía. Johnson explica cómo se gestó el desbalance ingresos-precios en el consumidor:

Una parte muy reducida del nuevo crédito revirtió sobre el consumidor masivo. En sí mismo, el sector comprador de la economía estadouniden-

se estaba desequilibrado. El 5% de la población, que gozaba de los ingresos más elevados, recibía la tercera parte de todo el ingreso personal: esa gente no compraba Ford ni Chevrolet. [...] El *coup de whisky* de Strong benefició únicamente a los que no eran asalariados: la última fase del auge fue esencialmente especulativa. Hasta 1928, los precios de la bolsa de valores se habían limitado a seguir la marcha del desempeño real de la industria. Desde principios de 1928, el factor de irrealidad, incluso de fantasía, comenzó a crecer. Como dijo Bagehot: “Todos los individuos son más crédulos cuando se sienten más felices”. El número de acciones que cambiaron de manos pasó de 567’990,875, en 1927, a la marca de 920’550,032.²¹

De esto se sigue que el intervencionismo que ayudaba a los ricos no nivelaba los ingresos de la población, puesto que los gastos no eran en lo absoluto proporcionales a los ingresos. Por el contrario, se vieron beneficiadas “las industrias nacionales protegidas por las barreras aduaneras, las industrias exportadoras subsidiadas por los préstamos antieconómicos y, por supuesto, los banqueros de inversión que emitían los bonos”.²² Y los banqueros, claro está, continuaron con las políticas de dinero barato. Uno de los banqueros más atacados en la década de 1930 y, además, acusado de latrocinio, fue Charles Mitchell, el entonces director del National City Bank. Empero, muchas de las prácticas que fueron declaradas ilegales por el Congreso durante 1930 eran aceptables en 1929.

La ingenuidad y el sentido titánico del control de la economía de los banqueros, economistas y hombres de negocios puso de manifiesto que no comprendían el sistema que habían pretendido modificar: “Habían intentado remplazar con sus propias medidas bienintencionadas lo que Adam Smith denominaba ‘la mano invisible del mercado’, y habían provocado el desastre. Lejos de demostrar [...] los peligros de una economía autorregulada, el derrumbe indicó lo contrario: los riesgos de la intromisión mal informada”.²³

Sin embargo, los culpables no fueron quienes pagaron las consecuencias. Al negarle a la población el acceso a los precios competitivos que se originaron en las importaciones baratas, ocasionaron que se enfrentaran a la inflación y, por ende, a que fueran los que tuvieran que pagar las consecuencias de la crisis. A la vez, los verdaderos culpables de la crisis no fueron acusados de ocasionarla; por el contrario, se encontraron otros chivos expiatorios.

7.3 Los chivos expiatorios

No todo fue negativo en 1929. Si bien el *katéchon* económico se derrumbó y la desestructuración del orden provocó la crisis, el *katéchon* democrático funcionó y, de hecho, en cierta medida, calmó la inestable situación al propiciar un nuevo y sólido chivo expiatorio: el expresidente de los Estados Unidos. Indaguemos, ahora, cómo se construyen los chivos expiatorios en las democracias.

El *katéchon* democrático es, esencialmente, un cuestionamiento de los poderes tradicionales. El orden que puede generar una democracia liberal al estar bien consolidada se refiere al “enfrentamiento de grupos por el poder, que compiten bajo una normatividad que no permite que se destrocen unos a los otros”, mientras que el caos que puede ocasionar se refiere a las situaciones donde “la democracia electoral fracasa y las elecciones dejan de legitimar al poder político o, peor aún, cuando cesa su capacidad de pacificar a los grupos organizados”.²⁴

Hasta aquí es evidente que el *katéchon* democrático en Estados Unidos estaba bien consolidado. El primer indicio de ello es que Hoover aceptó la derrota electoral en 1933. Aunque, claro está, el espejismo que se generó durante la precampaña presidencial se prolongó hasta convertir a Hoover y a Roosevelt en auténticos dobles miméticos. No obstante, el orden permitió que la relación mimética entre los competidores no escalara a un conflicto violento.

Ahora bien, en el paso del orden al desorden o viceversa, nos encontramos con la construcción de chivos expiatorios. En las democracias liberales, “dado que el poder cambia de manos, se teme a la venganza. Por otra parte, debido a que, entre las reglas básicas de la democracia liberal, está garantizar los derechos humanos, aun los de los enemigos, se inhibe el uso de la fuerza de los ganadores en contra de los perdedores”.²⁵ De manera que, en una democracia liberal sólida, los chivos expiatorios que se generan no son linchados, en parte porque las reglas institucionales lo prohíben —y, dado que es un *katéchon* bien instaurado, dichas reglas se respetan—, pero también porque, al ser una sociedad civilizada, un linchamiento violento sería mal visto por el electorado. Aunque, claro, eso no significa que no existan chivos expiatorios de otro tipo: “cada partido convierte a sus competidores en víctimas sacrificiales; cada nuevo presidente convierte a su antecesor en víctima sacrificial. Sin embargo, la violencia aquí es simbólica, mediática, propagandística; no material. No se mata a los rivales: se les desprestigia”.²⁶

Era una tarea sencilla convertir a Hoover en chivo expiatorio porque era fácil creer que, verdaderamente, era el culpable de la crisis económica, premisa que Paul Johnson desmiente a lo largo del texto.

Herbert Hoover nació en 1874. Además de ser político y presidente de Estados Unidos durante el período de la crisis económica, también fue ingeniero. Su primer contacto con el mundo de la política fue cuando se integró al equipo de Woodrow Wilson durante la I Guerra Mundial. Consolidó su gran reputación entre quienes miraban con atención las decisiones que tomaba Estados Unidos frente a Europa.

Cuando Hoover se desempeñó como secretario de comercio, contradijo las líneas de acción de los presidentes Harding y Coolidge. Además, la intensa actividad de políticas públicas que Hoover propiciaba molestaba severamente a Harding. Fue el inicio de un conflicto mimético entre ellos: “Harding [...] se sentía abrumado por la inteligencia y el prestigio de Hoover, ‘el tipo más inteligente que conozco’. Coolidge lo detestaba; pero a esa altura de los acontecimientos, Hoover ya estaba tan imbricado en la estructura del gobierno republicano que no era posible alejarlo”.²⁷

La ideología corporativista y capitalista de Hoover se contraponía al ascenso fascista que se gestaba en Europa. Y, en realidad, era el más liberal entre los políticos de su tiempo: “deseaba que la ayuda afluyera a los pueblos subdesarrollados. Lamentaba que se excluyera a los japoneses de las cuotas de inmigración de 1924. Su esposa agasajaba a las esposas de los miembros negros del Congreso. No hacía chistes antisemitas, como era el caso de Woodrow Wilson y su esposa o de Franklin Roosevelt”.²⁸

La figura pública de Hoover, su reputación a nivel mundial y su carisma, abonaron a la idea de que podía hacer milagros. Sin darse cuenta, como figura presidencial, se había convertido en una especie de monarca, cosa que, en la teoría mimética, se distingue por ser en un primer momento un dios que puede resolver cualquier problema en la sociedad, pero que, si, acto seguido, ese milagro no sucede, es el primero en ser linchado. Así, en la opinión pública, el potencial de Hoover ascendía, mientras su capacidad de continuar el auge económico descendía.

Y lo mejor que podía hacer era dejar que siguiera descendiendo: permitir que la crisis se resolviera por sí sola. Es importante resaltar que, si bien Hoover no fue el culpable de la crisis económica de 1929, sus constantes intervenciones tampoco ayudaron a que la situación mejorara. Al respecto, Johnson explica que:

Si se permitía el desarrollo de la crisis, las empresas enfermas pronto habrían ido a la quiebra y las sanas habrían sobrevivido. Los salarios hu-

bieran descendido a su nivel natural, lo cual era el nervio de la cuestión a los ojos de Hoover. Creía que los salarios elevados eran un elemento esencial de la prosperidad y que el mantenimiento de los salarios representaba el ingrediente más importante de la política destinada a contener y superar las crisis.²⁹

En este sentido, hay dos motivos por los cuales la crisis económica se agravó durante la administración de Hoover: 1) no se permitió que la crisis se desarrollara por miedo a que afectara la —falsa— prosperidad construida durante su gobierno y 2) si la crisis se desarrollaba, los salarios bajarían, y eso representaría un golpe a su política social.

Aunado a esto, los constantes ataques que Hoover hacía a la bolsa de valores causaron la depreciación de las acciones, y ni siquiera las empresas sanas lograron salvarse o tuvieron graves problemas para reestablecerse durante la siguiente década. Los bancos se debilitaron más cuando el presidente implementó créditos federales y obligó a los banqueros a promover la inflación. En su lucha contra la bolsa de valores —que él mismo señalaba como culpable de todos los males económicos—, terminó por destruir la poca confianza que quedaba entre la población y los hombres de negocios.

La crisis se agravó cuando Hoover quiso intervenir en el ciclo comercial, porque con eso promovió más inflación de crédito: “la Reserva Federal sumó casi 300 millones de dólares de crédito solamente durante la última semana de octubre de 1929”.³⁰

La creencia general de que Hoover fue el culpable de la crisis es falsa. Las políticas económicas que la provocaron ya estaban en acción una vez que asumió la presidencia, así como las de recuperación ya estaban en movimiento una vez que Roosevelt asumió el poder. Lo que sí pudo haber salvado la crisis era permitir que las tasas de interés se elevaran a su nivel natural, de manera que habrían liquidado el falso auge que se había gestado en la bolsa de valores. Mas el miedo a fallar en el papel que se le había construido en la opinión pública, el del dios que podía hacer milagros, lo impidió: continuó con la política de crédito barato y el intervencionismo, alimentando una falsa prosperidad. El desempleo fue una de las consecuencias más fuertes de la crisis: “La desocupación, que afectaba a sólo el 3.2% de la fuerza de trabajo en 1929, se elevó al 24.9% en 1933 y al 26.7% en 1934. En cierto momento se calculó que —excluyendo a las familias rurales— alrededor de 34 millones de hombres, mujeres y niños carecían absolutamente de ingresos, es decir, el 28% de la población”.³¹

Los impactos de la crisis durante el gobierno de Hoover fueron graves y se prolongaron en la década de 1930. Como ya hemos explicado, fue un

efecto del mimetismo dirigido por titanes lo que provocó la imprudencia en la bolsa de valores. Y, cuando los efectos de las políticas de crédito barato repercutieron en la economía, tenía que haber un culpable. La Reserva Federal y toda la oligarquía empresarial que controlaba los créditos internacionales —Strong, Mitchell y Norman, por ejemplo— eran, en gran medida, los responsables. Mas, como ocurre en muchas ocasiones, no se inmola a quien hizo el daño, sino a un sustituto.

Hoover se convirtió en el chivo expiatorio del momento por dos razones: en su calidad pseudomonárquica de acuerdo con la teoría mimética y por ser un expresidente en una democracia consolidada. Y, claro está, una vez linchado —simbólicamente, como vimos al inicio del apartado—, se esperaba el orden: el que traería Roosevelt con el Nuevo Trato. Por ende, la historia económica se mitificó, dividiéndose en dos momentos fundamentales: el del caos ocasionado por Hoover, “la economía de viejo mercado”, y el del porvenir, de Roosevelt, el del “bienestar social”.

Para colmo, el final del gobierno de Hoover fue un desastre. Aceptó, para 1932, la figura sacrificial que se había construido sobre él: “El propio Hoover había advertido en 1929: ‘Si recayese sobre esta nación una calamidad sin precedentes, yo sería sacrificado a la decepción irrazonable de un pueblo que ha esperado demasiado’. Ese temor —desechado confiadamente en aquel momento— se vio sobradamente justificado”.³²

Franklin D. Roosevelt nació, en 1882, en Hyde Park, Nueva York. Era un aristócrata, creció en una familia adinerada con ascendencia holandesa. Estudió en Harvard, donde desarrolló “un enfoque del mundo que, según afirma su mejor biógrafo, era una mezcla de conservadurismo político, ortodoxia económica y antimperialismo, todo impregnado de un nebuloso altruismo y una amplia ignorancia”.³³

Roosevelt, a diferencia de Hoover, no era concebido como un hombre que podía producir milagros. Al contrario, no parecía un político fuerte. Se subestimaban sus capacidades políticas y económicas. En realidad, ni la intelectualidad ni la prensa le prestaban mucha atención. Esencialmente, la política económica de Roosevelt se caracterizó por tener un plan de presupuesto equilibrado, de manera que los gastos se acrecentaron en algunos aspectos, pero en otros se redujeron. Por esto, lo que más le molestaba a Roosevelt eran las insinuaciones de que las finanzas de su gobierno no eran sólidas:

El concepto de que Roosevelt fue el primero que intencionadamente apeló al déficit para reflotar la economía es falso. Sin duda, Keynes lo exhortó a seguir este camino en una famosa carta enviada al *New York Times* a fines de 1933: “Atribuyo abrumadora importancia al aumento

del poder adquisitivo nacional que resulta de las erogaciones oficiales financiadas por préstamos”. Pero ésta no fue realmente la política de Roosevelt, salvo por casualidad. Cuando, durante el verano siguiente, los dos hombres se conocieron, no simpatizaron mucho, y no hay pruebas de que Roosevelt leyese jamás los trabajos de Keynes —“Durante todo el período en que estuve con él”, escribió Moley, quien fue secretario de Roosevelt, “nunca lo vi leer un libro serio”— o que estuviese influido en lo más mínimo por las ideas de Keynes. Sin duda, el Banco de la Reserva Federal tuvo una actitud inflacionaria durante el gobierno de Roosevelt, pero, por lo demás, ésa había sido su posición a lo largo de la década precedente.³⁴

En realidad, el repunte en la economía no era mérito de Roosevelt. Ocurrió cuando él, simplemente, estaba en el poder. Empero, ese mecanismo se había echado a andar años antes, durante el gobierno de Hoover. La idea de que sus administraciones eran radicalmente opuestas es falsa; un mito para transitar en el orden de las diferencias. Lejos de esa distinción que recurrentemente se busca entre Hoover y Roosevelt, sus políticas eran muy similares.

Acorde con la teoría mimética, los dobles miméticos surgen de una intensa competencia entre dos personas que se imitan mutuamente hasta el punto de generar un conflicto que puede escalar a la violencia. Se parte de la idea de que los competidores no son del todo conscientes de que se están imitando. En su estado de ignorancia, los interdividuos se vuelven dobles miméticos; cada uno de ellos afirma que es a él a quien se imita, lo cual vuelve más dramática la competencia.

No obstante, la rivalidad entre dos personas sin poder es, naturalmente, distinta a la de dos hombres con recursos económicos o políticos. Al respecto, “cuando los dobles miméticos tienen poder político, sus rivalidades dejan de ser meramente personales para convertirse en conflictos entre entidades de mayor tamaño”.³⁵ Mas el caso del doble mimetismo entre Hoover y Roosevelt se dio en el marco de un *katéchon* democrático, de manera que los conflictos nunca escalaron a la violencia, sólo a los linchamientos simbólicos y a la rivalidad mediática.

El auge de la relación mimética entre Hoover y Roosevelt se dio, claramente, antes de la victoria del último. Dos cosas pasaron simultáneamente: el ingeniero había reconocido su figura de víctima sacrificial, lo que no significaba que dicha situación no le enfureciera. Hoover “era la víctima impotente, como un conejo caído en la trampa. Siempre había sido un hombre agrario; ahora se convirtió poco a poco en un ‘gran depresivo’”.³⁶ Y esa impotencia sólo acentuó la rivalidad que ya existía.

Por otro lado, en la búsqueda de distinguirse de sus dobles miméticos, ambos continuaban la lucha de marcar las diferencias entre ambos regímenes. Para Hoover, la lógica era que “Roosevelt arruinará lo que la política estadounidense ha construido desde sus inicios” y, para Roosevelt, era lo opuesto: “si no implementamos un cambio, iremos a la ruina”. Sin embargo, ambas eran más de lo mismo y ninguno representaba un cambio importante.

En los discursos electorales de Hoover se pueden notar los esfuerzos por cambiar la balanza que, poco a poco, se inclinaba hacia Roosevelt: “Compatriotas, las propuestas de nuestros antagonistas representan un cambio profundo en la vida estadounidense [...]; implican distanciarse radicalmente de los fundamentos respetados durante 150 años, los mismos que nos han convertido en la nación más grande del mundo”.³⁷

Por su parte, Roosevelt exclamaba: “Esta elección no representa un mero traspaso de un partido a otro. Implica determinar la orientación que nuestro país seguirá durante el próximo siglo. Esta campaña es más que una disputa entre dos hombres. Es más que una disputa entre dos partidos. Es una lucha entre dos concepciones del gobierno”.³⁸

Mas las diferencias entre Roosevelt y Hoover estaban determinadas por algo mucho más simple: la imagen pública que se construían en torno a una serie de eventos previos a la contienda electoral.

Paul Johnson hace hincapié en la protesta de los veteranos de 1932, relativa a la ley de bonificación que les permitía acceder a préstamos. Fue un claro ejemplo de cómo los mitos sobre la represión y el manejo de la opinión pública pueden ser más determinantes que las políticas públicas propuestas —en el sentido de que el Nuevo Trato era en el fondo una continuación de las políticas de Hoover—.

Y, por más que Roosevelt quiso diferenciarse de Hoover, basta comparar las políticas implementadas para notar que no hay una diferencia significativa. En lo que concierne a cómo sacar a Estados Unidos de la crisis, ambos partidos eran intervencionistas, con la única diferencia de que Roosevelt defendía los programas sociales de apoyo directo. Las medidas económicas ejecutadas durante la administración de Roosevelt fueron, esencialmente, las mismas que había comenzado Hoover, con la diferencia de que las amplió o cambió ligeramente. Entre ellas estaban:

La Ley de Emergencia Bancaria y la Ley de Préstamos a la Industria de junio de 1934, que amplió el alcance de la RFC de Hoover. La Ley de Préstamos Internos (1932) amplió una ley análoga del año precedente. La Ley de Venta de Valores (1933), las Leyes Bancarias (1933, 1935) y la Ley de Valores y Cambio (1934), simplemente, prolongaron los intentos

de Hoover de reformar los métodos empresariales. La Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 o “Ley Wagner”, que facilitó la organización sindical y ganó al movimiento sindical para los demócratas durante una generación, no hizo más que ampliar y consolidar la Ley “Norris-La Guardia”, aprobada durante el gobierno de Hoover. La primera Ley de Ajuste Agrario (1933), en realidad, debilitó los aspectos reflacionarios de la política oficial, redujo la producción de alimentos y pagó a los agricultores con el fin de que retirasen tierras de la producción. Más aún, esta ley contrariaba francamente otras medidas oficiales destinadas a aliviar el problema de la sequía y las tormentas de polvo de 1934-1935, por ejemplo, el Servicio de Erosión del Suelo, la Ley de Erosión del Suelo (1935) y la Ley de Conservación del Suelo y Parcelación Doméstica (1936).³⁹

Aun así, al menos bajo el juicio del ojo público, Roosevelt logró diferenciarse de Hoover, echando mano de potentes recursos retóricos y discursivos durante la contienda electoral. Ambos buscaban marcar diferencias ideológicas, aunque en términos fácticos lo que los distinguía eran políticas secundarias como la de Roosevelt de intervenir en los servicios públicos. Sin embargo, como afirmó Walter Lipman, “El gobierno nacional se propuso lograr que todo el orden económico funcionase en un marco de prosperidad [...], las medidas de Roosevelt representan una evolución permanente de las medidas de Hoover”.⁴⁰

Roosevelt tenía la suerte a su favor por el hecho de representar una nueva era, que emanaba de la idea de una solución a la crisis económica. Esto fue parte de lo que contribuyó a su éxito político, que estaba cimentado en la base de su carisma más que de sus acciones políticas y que le permitió ganarse el afecto de periodistas, que

le perdonaban sus frecuentes mentiras, disimulaban el hecho de que les ganaba en las partidas de póquer —un aspecto que había menoscabado el prestigio de Harding— y acataban sus maliciosas exhortaciones a criticar a los colegas del gobierno. Había rincones oscuros en la Casa Blanca de Roosevelt: sus propias infidelidades, la apasionada adhesión de su esposa a otra mujer y el modo inescrupuloso y a veces perverso en que Roosevelt utilizaba su poder ejecutivo. Nada de todo esto fue denunciado mientras vivió ni durante mucho tiempo después.⁴¹

Es cierto que Roosevelt incentivó la inversión en la economía con el Nuevo Trato, que buscaba promover programas gubernamentales por medio del gasto público, pero también impuso regulaciones para intervenir en

la libertad del sector empresarial. Por esto se piensa que, en el fondo, era un político con un discurso antiempresarial. Sin embargo, antes de entrar en la II Guerra Mundial, Roosevelt modificó su relación con dicho sector y dio un viraje radical a ser proempresario, lo que propició la victoria de los Estados Unidos en la guerra. Realmente no fueron las medidas económicas implementadas en la administración de Roosevelt lo que sacó a Estados Unidos de la crisis económica de 1929, fue la II Guerra Mundial.

7.4 El *katéchon* económico al rescate

Como hemos visto, el *katéchon* económico debilita la “conciencia colectiva”, ya que puede alienar fácilmente a unos miembros de otros. Es el caso de una sociedad individualista donde el sujeto vale más que las partes. Sin embargo, cuando dicho *katéchon* triunfa, trae grandes beneficios: la dispersión del deseo y la atomización del conflicto.

Éste es el caso de la sociedad estadounidense, donde el *katéchon* económico fue parte fundamental del orden desde la independencia de las Trece Colonias. El aspecto individualista que se había gestado durante más de un siglo funcionó. Cuando cayeron la bolsa y el mercado, sus efectos se mantuvieron: un pueblo poco incendiario y, también, poco cohesionado. Esto se evidencia al ver las pocas protestas que hubo durante el *crack* de 1929. Si bien es cierto que el individualismo mercantil genera su propio orden —el del conflicto poco recurrente—, también tiene sus desventajas: es una sociedad que necesita de otros medios para cohesionarse.

La sociedad estadounidense es también muy nacionalista. Es un recurso utilizado constantemente por los políticos para generar una suerte de aglomeración entre el pueblo. Y, claro, el nacionalismo en sí mismo, al ser un *katéchon*, puede generar su propio orden y desorden. Realmente, cabe enfocarse en que, en la búsqueda de generar cohesión social, son recurrentes los discursos relativos a la guerra.

Como hemos relatado, el desbalance en el *katéchon* económico se vio compensado por el *katéchon* democrático, a la vez que activó un tercer mecanismo: el discurso bélico, que constantemente ha servido en Estados Unidos para canalizar la violencia; los males que se gestan al interior se proyectan al exterior.

Un ejemplo de ello fue el cambio en los discursos electorales de Herbert Hoover, que iba subiendo el tono de sus afirmaciones a medida que la derrota era más evidente. Se asocia la búsqueda de apoyo electoral con la de un pueblo cohesionado. Los discursos de guerra pretenden lograr esa conjunción:

El intervencionismo de Hoover estuvo acompañado de una incesante retórica activista. Fue tal vez el primero de lo que llegaría a convertirse en un gran ejército de estadistas democráticos que utilizaron metáforas militares en un contexto de política económica concreta: “La batalla librada con el fin de poner en movimiento nuestro mecanismo económico en esta emergencia adopta nuevas formas y, de tanto en tanto, impone nuevas tácticas. Aplicamos esas atribuciones de emergencia para ganar la guerra; podemos emplearlas para vencer la crisis” (mayo de 1932).⁴²

La figura bélica es útil en tanto que contribuye a los discursos patrióticos que mueven las pasiones del pueblo; es una manera de engrandecer a la nación frente a otras. Ahora bien, lo que sucedió durante la década de 1930 fue la mitificación del Nuevo Trato, esparciéndose la idea de que fue mediante las medidas que comprendía que se logró resolver la crisis, cuando, a lo mucho, lo que el Nuevo Trato logró fue reanimar el prestigio de la administración de Roosevelt y conquistar a las masas con sus mensajes antiliberales:

La recuperación real y el retorno de la atmósfera de auge de la década de 1920 sobrevino sólo el lunes que siguió al fin de semana del Día del Trabajo, en septiembre de 1939, cuando la noticia de la guerra en Europa sumió a la bolsa de valores de Nueva York en una gozosa confusión que al fin anuló el recuerdo de octubre de 1929. Dos años más tarde, el valor en dólares de la producción al fin superó los niveles de 1929. El propio Keynes, al dirigirse a los estadounidenses en 1940, reconoció que la guerra era fundamental para la recuperación económica: “Los preparativos que ustedes hacen para la guerra, muy lejos de exigir un sacrificio, serán un estímulo, que no podría obtenerse con la victoria o la derrota del Nuevo Trato, que influirá sobre el consumo individual y promoverá un más elevado nivel de vida”. Si el intervencionismo era eficaz, se necesitarían nueve años y una guerra mundial para comprobarlo.⁴³

CAPÍTULO VIII

EL DOBLE VÍNCULO DE HITLER Y STALIN

Jorge Federico Márquez Muñoz

El capítulo 8, “Los demonios”, comienza con una comparación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, justo en el momento en el que el mundo veía con horror el fracaso del capitalismo estadounidense: 1929. Johnson revira: el costo de los primeros cinco años de estalinismo fueron aún peores. Habían implicado ya cinco millones de campesinos muertos y diez millones de soviéticos en campos de concentración.

Paul Johnson dedica tantas páginas al ascenso y a la personalidad de Stalin como en el segundo capítulo se las dedicó a Lenin: “En 1924, cuando Lenin falleció, su autocracia era una entidad completa y Stalin, el secretario general del Partido, ya la había heredado. Sólo le faltaba eliminar a los posibles rivales que quisieran disputarle el poder exclusivo [...]. Este exseminarista y matón revolucionario era medio gángster y medio burócrata. No tenía ideales; tampoco conceptos ideológicos propios”.¹

Stalin se sentía acomplejado. Medía un metro sesenta, pero quería ser alto; tenía rigidez en el codo izquierdo y el brazo del mismo lado era notoriamente más corto que el derecho; la mano izquierda era mucho más gruesa que la derecha; tenía defectos en los dedos de los pies y tenía la cara picada de viruelas. Pese a ello, exigía a los retratistas que lo hicieran ver bien en sus cuadros —quienes no lo lograban eran fusilados—. Bujarin lo juzgó como no muy hábil intelectualmente: “Ese sufrimiento es probablemente el rasgo más humano de su persona, pero, en todo caso, lo indujo a vengarse de todos los que tenían cualidades superiores: hay algo diabólico e inhumano en esta compulsión que lo lleva a vengarse en todos de este mismo sufrimiento [...]. Es un hombre pequeño y maligno; no, no es un hombre, sino un demonio”.²

Stalin conquistó el poder mediante dos frentes: en la corte bolchevique y a nivel social.

8.1 La conquista de la corte

Tanto por razones psicológicas como prácticas, Stalin buscó acabar con sus competidores inmediatos. Comenzó haciéndoles creer a todos que no los aplastaría, pues era “moderado”, “centrista”. Eso le ganó, por algún tiempo, la buena opinión de Lenin. Mas Stalin sabía los efectos de la mediación interna negativa:

Al dominar el secretariado, que estaba ampliándose con rapidez, Stalin ya controlaba prácticamente la máquina partidaria e iba camino de formar el Comité Central con sus secuaces. En el Politburó, sin embargo, cuatro figuras importantes le impedían ejercer la autocracia: Trotski, el más famoso y feroz de los bolcheviques, que controlaba el Ejército; Zinóviev, que dirigía el Partido en Leningrado y a quien Stalin profesaba entonces y profesaría después un odio especial; Kámenev, que controlaba el Partido en Moscú; y Bujarin, el principal teórico. Los tres primeros se inclinaban hacia la izquierda; el último, hacia la derecha [...]. Stalin los dividió y usó para conseguir que se destruyesen mutuamente, para después apoderarse de sus ideas políticas.³

Stalin no los derrotó por blandos. Bujarin, de quien Lenin decía que era “blando como la cera”, el creador del “socialismo de rostro humano”, en realidad, “tenía la costumbre de denunciar a otros, el individuo que mandaba a prisión a los mejores comunistas”. Zinóviev y Kámenev, por otra parte, eran “completamente inescrupulosos”. Finalmente, Trotski

ejecutó el *Putsch* inicial de octubre de 1917 y, después, masacró con la mayor desaprensión a los enemigos del régimen [...]. Fue el primero que retuvo como rehenes a las esposas y los hijos de los oficiales zaristas, amenazándolos con fusilarlos si desacataban las órdenes soviéticas, un método que pronto se incorporó al sistema. Se mostró igualmente cruel con los miembros de su propio bando, y fusiló a los comisarios y los comandantes del Ejército Rojo que “demostraban cobardía” —es decir, que retrocedían—, un recurso que más tarde se convertiría en práctica estalinista universal; así, los soldados de fila se vieron diezmados. Trotski siempre elegía las formas más crueles. Inventó la militarización del tra-

bajo y destruyó los sindicatos independientes. Usó una brutalidad inenarrable para sofocar el alzamiento de los sencillos marineros de Kronstadt e incluso se disponía a emplear gases venenosos cuando se derrumbó la resistencia [...]. Afirmó que era justo asesinar a los hijos del zar, como él había hecho, porque ese acto era útil desde el punto de vista político.⁴

En la corte bolchevique se sentía un ambiente de incertidumbre, liminal, y se temían unos a otros. Parecía que la brutalidad llevaría a la victoria; era el reino de la envidia temible. A Trotski, su personalidad arrogante lo llevó a cometer graves errores; tenía, encima, menos apoyos que Stalin. Por lo demás, eran dobles miméticos:

Se habían diplomado en el mismo matadero y la disputa que sostenían se refería, esencialmente, a la identidad del nuevo sumo sacerdote [...].

Para Stalin fue fácil destruir a Trotski. Las luchas internas soviéticas siempre tuvieron que ver con la ambición y el miedo más que con los programas políticos. Aunque, en general, Kámenev y Zinóviev coincidían con la línea izquierdista de Trotski, Stalin formó con estos dos un triunvirato destinado a impedir que Trotski empleara el Ejército Rojo en la preparación de un *Putsch* personal. Usó a los dos izquierdistas para arrinconar a Trotski y, después, consiguió presentarlos como dos figuras que se caracterizaban por la violencia impetuosa, mientras él [Stalin] estaba al servicio de la moderación. Todos los pasos esenciales fueron dados en 1923, mientras Lenin aún estaba en coma. Stalin flexionó los músculos durante el verano y, en efecto, consiguió que la OGPU arrestase a una serie de miembros del Partido, acusados de “indisciplina”, y persuadió a sus dos aliados izquierdistas de que ratificasen el arresto de Sultán-Galiev, la primera víctima bolchevique importante —Stalin lo asesinó sólo seis años después—. Entretanto, aumentaba el número de sus partidarios en las organizaciones locales y el Comité Central.⁵

En mayo de 1924, en el decimotercer Congreso del Partido, Stalin aplicó a Trotski el calificativo leninista de “fraccionalista”. Trotski, por su parte, se negó a retirar su crítica en el sentido de que Stalin estaba adquiriendo excesivo poder.

A finales de 1924, con la ayuda de Kámenev y Zinóviev, Stalin hizo de Trotski el chivo expiatorio. Se recordaron las viejas disputas de Trotski con Lenin y se comenzó a hablar, despectivamente, de “trotskismo”. En enero de 1925, el partido aprobó, bajo la égida de Stalin, quitar a Trotski el control del Ejército. Comenzó también, en ese momento, la construcción de una ver-

sión de la revolución, según la cual el papel de Trotski había sido menor. En esa posición fue nombrado Mijaíl Frunze, a quien, en octubre de 1925, Stalin mandó asesinar. Su sucesor, Kliment Voroshílov, aprendió la lección y mostró sumisión total a Stalin. Aceptó la penetración del ejército por la OGPU.

En octubre de 1926, Trotski fue expulsado del Politburó y, al siguiente mes, del Partido. En 1928, fue enviado al exilio interno y, en 1929, al externo. Stalin mandó asesinarlo y lo logró, en México, en 1940.

Después de haber usado a Zinóviev y Kámenev para la defenestración de Trotski, Stalin comenzó la de ellos mismos. En 1925, le arrebató a Kámenev el mando del Partido en Moscú. Sobornó a Uglanov, quien era el segundo al mando. En septiembre de ese mismo, año movilizó a Bujarin y a la derecha del partido para atacar frontalmente a Zinóviev y a Kámenev. El golpe se dio en diciembre, durante el Congreso del Partido. Poco después, el implacable secuaz de Stalin, Mólotov, arrebató el Partido, en Leningrado, a Zinóviev. Lo logró con un puñado “hombres de acción”, para lo cual usaron la violencia y la intimidación.

Trotski y Zinóviev unieron fuerzas contra Stalin, pero era muy tarde: Stalin tenía ya el control. Ambos fueron expulsados del Partido. En diciembre de 1926, en el decimoquinto Congreso, Kámenev protestó inútilmente: “Convertido ahora en eco consciente de Lenin, Stalin se manifestó públicamente contra sus antiguos aliados: ‘Es suficiente, camaradas, hay que terminar con este juego [...]. El discurso de Kámenev es el más mentiroso, fariseo, perverso y canallesco de todos los discursos que la oposición ha pronunciado desde esta plataforma’”.⁶

En la eliminación de sus competidores, Stalin siguió con Bujarin y la derecha del Partido. El 10 de julio de 1928, ocurrió el choque, durante una reunión del Comité Central. Bujarin arguyó

que, si bien el kulak no representaba una amenaza —“Podemos abatirlo con las ametralladoras”, confesó—, la colectivización forzosa uniría a todos los campesinos contra el gobierno. Stalin lo interrumpió con siniestra devoción: “¡Una terrible visión, pero Dios es compasivo!”. Dios podía serlo, pero no el secretario general. Al día siguiente, el atemorizado Bujarin, que habló en representación de Rýkov, jefe nominal del gobierno, y de Tolski, el jefe de los “sindicatos”, celebró una reunión secreta con Kámenev y propuso formar un frente unido para contener a Stalin. Según dijo, ahora comprendía que Stalin no estaba interesado [...] en la política, sino únicamente en el poder: “Él nos matará. Es un intrigante sin principios que todo lo subordina a su apetito de poder.

En un momento cualquiera cambiará sus teorías para desembarazarse de alguien [...] ¡[Él es] Genghis Khan!”.⁷

Ninguno de los críticos de Stalin tuvo el apoyo numérico necesario para movilizar los órganos del Partido y superarlo. Tampoco contaban con los medios necesarios,

en la forma de hombres entrenados y armados, para dominarlo mediante la fuerza; ni la habilidad y la decisión —Stalin había demostrado abundancia de ambas cualidades— para destruirlo mediante la intriga. En 1929, todos fueron anulados: Rýkov debió abandonar la jefatura del gobierno y Tomski, la dirección de los sindicatos; ambos, además de Bujarin, se vieron obligados a confesar públicamente sus errores —Kámenev y Zinóviev ya lo habían hecho—. Ahora era posible juzgarlos y asesinarlos en el momento que pareciera más oportuno.⁸

Casi nadie se quejó cuando la oposición en el seno del Partido fue eliminada. Una de esas pocas voces que se levantó para protestar fue la de Nadezhda, la segunda esposa de Stalin, quien lo había abandonado, en 1926, y se había llevado a sus dos hijos, Vasili y Svetlana. “Stalin la convenció de que regresara, pero ordenó a la OGPU que la vigilara. Cuando Nadezhda se quejó, descubrió a los que la espían y ordenó arrestarlos. El 7 de noviembre de 1932, en presencia de testigos, ella protestó violentamente ante Stalin por el trato que infligía a los campesinos; después, volvió a su casa y se suicidó”.⁹

Stalin no confiaba en nadie. La cercanía le angustiaba. Encargó a la OGPU vigilar su propia casa y a su propia familia. Mientras logró acumular poderes, creó también una policía secreta personal dentro de la policía oficial, el Departamento Político Secreto Especial de la Seguridad del Estado.

8.2 La destrucción social

En 1929, Stalin llamaba “destructores” a sus enemigos (*stajtites*); enemigos miméticos, pues, sin duda, él era el destructor principal. Según Stalin, los *stajtites* estaban por doquier, bien financiados por el capitalismo internacional, y buscaban la destrucción de la Unión Soviética. ¡Ante tan temibles enemigos, se justificaba la violencia! Lo mismo que la grandeza del líder:

Mientras azuzaba a los cazadores de brujas y acentuaba la paranoia y la histeria, Stalin estaba preparando su propia apoteosis como heredero de

un Lenin endiosado. Ya en 1924-1925, Yuzovka, Yuzovo y Tsaritsin se convirtieron en Stalino, Stalinski y Stalingrado, respectivamente; pero los festejos de su quincuagésimo aniversario, a fines de 1929, señalaron el comienzo real, no sólo de su dominio irrestricto, sino del culto a Stalin, que asumió todos los perfiles de una pesadilla, con nombres como Stalinabad, Stalin-Aul, Stalinri, Stalinissi, Stalinogorsk, Stalinsk, Monte Stalin... difundidos en toda la extensión del imperio soviético; y con la aparición inicial de las letanías stalinistas: “El hombre de acero”, “El bolchevique de granito”, “El leninista de bronce”, “El soldado de hierro”, “El genio universal”, es decir, una forma de culto al gobernante que se remontaba a los faraones egipcios. El gobierno soviético adquirió un carácter más hierático y litúrgico en los aspectos externos y, en lo esencial, una naturaleza más terrorista. La “ciencia” soviética quedó a cargo de grupos irracionales, casi religiosos, de “pensadores importantes”, es decir, los genetistas, los teleólogos, los mecanicistas y los dialécticos — había muchos otros—, que trataban de conquistar la aprobación de Stalin en relación con sus teorías generales del progreso físico. Algunos expertos de la corte de Stalin estaban dispuestos a argüir que, ahora que “El hombre de acero” estaba al frente de las cosas, la voluntad humana podía superarlo todo y que podían considerarse suspendidas las anteriores leyes de la naturaleza y la economía. Como dijo S. G. Shumilin, uno de los economistas de Stalin: “Nuestra tarea no es estudiar la economía, sino cambiarla. No estamos subordinados a ninguna ley”.¹⁰

La ingeniería social de Stalin fue especialmente sádica con los campesinos. Se le pagó mal el hecho de que hubieran hecho posible el golpe de Estado de Lenin, pues ellos “también fueron los que, al desafiarlo, lo obligaron a la rendición que Lenin disimuló con la denominación de Nueva Política Económica. Precisamente en nombre de la continuidad del leninismo y la NEP, Stalin destruyó a la izquierda durante los años 1924-1928. Ahora había llegado el momento de tomarse una terrible venganza sobre las multitudes rurales que habían humillado al poder soviético”.¹¹ A Stalin le parecía urgente someter a los campesinos, pues, de no inhibirlos,

el poder del sistema de mercado, que expresa ciertos instintos humanos básicos de trueque y acumulación, es tal que siempre se reafirmará, y reaparecerá el capitalismo. En ese caso, el Estado socialista embrionario se derrumbará. Si el socialismo quiere avanzar, necesita impulsar el proceso de la industrialización en gran escala. Esto implica un excedente de alimentos para los obreros y un excedente de alimentos exportables con

el fin de reunir el dinero que formará el capital de inversión. [...] Los campesinos tienen que pagar el precio del progreso socialista. Y como no están dispuestos a hacerlo voluntariamente, hay que apelar cada vez más a la fuerza.¹²

La lógica sacrificial expresada llanamente. En 1927, la cosecha fue magra, los campesinos acumularon los alimentos y dejaron de aceptar papel moneda oficial, pues casi nada se podía comprar con ella. Meses después, el hambre arreció en las ciudades y, en enero de 1928, el gobierno comenzó el saqueo a los campesinos. Para ello, utilizó 30 mil milicianos armados que repitieron lo sucedido en 1918. Para no hablar de las atrocidades, en los informes oficiales se hablaba de “la competencia entre las organizaciones cerealeras colectivas”, “las lamentables infracciones a la legalidad soviética”, “la recaída en los métodos del comunismo de guerra” y los “errores administrativos”. Mólotov agrupó a todos los campesinos en la categoría de “campesinos medios” y señaló la necesidad de someterlos. Se podía saquear incluso a los campesinos pobres bajo el pretexto de que estaban sometidos a la influencia de los kulaks.

1928 fue aún peor. El saqueo llevó a los campesinos a sembrar menos y el hambre se extendió aún más. A la resistencia campesina se le llamaba terrorismo y se le reprimió con brutalidad. Ese año, se reportaron 1,400 actos terroristas. En ese momento, Stalin usó el término “liquidar” y dijo que quien creyese que esa política podía aplicarse sin episodios desagradables “no es un humanista sino un tonto”.

Stalin no usó los granos sólo para alimentar a las urbes, sino también para exportar y conseguir divisas:

Hacia el otoño de 1928, la necesidad de divisas extranjeras de Stalin era desesperada, como lo sabemos gracias a una secuencia de episodios completamente distintos, como lo fueron las ventas secretas en gran escala a Occidente de tesoros artísticos rusos. De acuerdo con la versión de Tatiana Chernavin, una de las restauradoras del Museo Hermitage de Leningrado, en noviembre de 1928, “se nos ordenó que en el más breve lapso posible reorganizáramos toda la colección del Hermitage, sobre la base de los principios de las estructuras sociológicas [...] así que nos pusimos a trabajar y destruimos una colección cuya formación había insumido más de cien años”. Los cuadros fueron a manos de millonarios del mundo [...]. El principal comprador fue Andrew Mellon, que, en 1930-1931, compró, por 6’654,053 dólares, un total de veintiún cuadros, incluidos cinco Rembrandt, un Van Eyck, dos Hals, un Rubens, cuatro Van Dyck, dos Rafael, un Velázquez, un Botticelli, un Veronese, un

Chardin, un Tiziano y un Perugino, probablemente, la mejor colección transferida jamás de golpe y a bajo precio. Todo fue a parar a la National Gallery de Washington, creada prácticamente por Mellon. Una de las muchas ironías de este período es el hecho de que, en momentos en que la intelectualidad estaba atacando a Mellon por evasión de impuestos, y comparando el fluido funcionamiento de la economía soviética planeada con el desastre estadounidense, Mellon aprovechaba secretamente las apremiantes necesidades de los líderes soviéticos para formar la base de una de las más espléndidas colecciones públicas de Estados Unidos. El valor en dólares de las compras de Mellon representó un tercio del total de exportaciones soviéticas a Estados Unidos registradas oficialmente en 1930.¹³

El “Zar Rojo”, entonces, se decidió a organizar gigantescas “fábricas de granos”. En el Cáucaso, creó la primera, de 150,000 hectáreas y con 300 tractores. El líder supremo ordenó a sus hombres que acusaran a los kulaks de instigar una campaña contra los tractores, cuando en realidad los campesinos más ricos los estaban comprando con la rapidez.

El cinismo asesino de Stalin iba acompañado de indiferencia más que de saña. Los líderes soviéticos se encapsulaban, se encerraban y se privaban de la realidad social. Como no necesitaban los votos más que de la élite del Partido, no requerían mayor contacto con la gente:

Esta situación era característica de la ignorancia de Stalin acerca de lo que sucedía en el campo ruso; una ignorancia que, por supuesto, había sido compartida por Lenin. De acuerdo con la versión de Jrúshchov, “Stalin se separaba de la gente y nunca iba a ningún sitio [...]. La última vez que visitó una aldea fue en enero de 1928”. La totalidad de la gigantesca operación de colectivización de los campesinos, que afectó a alrededor de 105 millones de personas, fue realizada desde el despacho de Stalin en el Kremlin [...]. La decisión de colectivizar mediante la fuerza fue adoptada de manera repentina, sin ningún tipo de debate público, durante las últimas semanas de 1929.¹⁴

El 27 de diciembre de 1929, Stalin, durante la festividad de San Juan, pidió a su pueblo: “¡Liquidemos a los kulaks como clase!”. Comenzaba, así, una era de exterminio ordenado desde arriba; se instauró la culpa colectiva y los miles de años de tradición axial, los dos mil de Derecho romano, se echaron por la borda.

El *katéchon* totalitario destruyó el Estado de Derecho, la justicia liberal y las garantías individuales; la rendición de cuentas del gobierno; la división de poderes y la toma de decisiones mediada por diversos cuerpos. También minó la axialidad de enormes porciones de la población. Instauró en su lugar una farsa de justicia, un sistema de vigilancia estricta, de delación generalizado, de propaganda permanente, de temor y violencia. Como escribió Girard: “antes del totalitarismo, las sociedades modernas no habían conseguido eliminar los chivos expiatorios, pero habían contenido y atenuado la violencia”.¹⁵

En lugar de la justicia liberal, de la tradición axial o del Derecho tradicional romano, surgió la justicia como arbitrariedad, es decir, una farsa de justicia:

Stalin ya había comenzado a perfeccionar la dramaturgia del terror. Aprovechando sus recuerdos del seminario, organizó reuniones partidarias que ofrecieron un bien ensayado diálogo antifonal entre él mismo y su camarilla; Stalin proponía moderación al tratar con los “enemigos” del partido y la camarilla insistía en la severidad. Así, mientras reclamaba —fingiendo mala gana— la expulsión de Trotski y Zinóviev, Stalin dijo que ya había pasado antes por eso y que había recibido las “maldiciones” de los bolcheviques “honestos” porque se había mostrado demasiado benigno. La camarilla le respondió: “Sí, y todavía te maldecimos por ello”.¹⁶

Eran escenificaciones más cercanas a un rito sacrificial que a un proceso judicial. Stalin quería convertirse, él mismo, en *katéchon*. Mas su sacrificio no evitaba más muertes; por el contrario, siempre hacían falta más víctimas. Era un sacrificio estéril. Continúa Johnson:

En mayo-julio de 1929, Stalin había montado el primero de sus espectaculares procesos contra un grupo de ingenieros de minas de Donbás, acusados de “sabotaje”. El libreto fue escrito por el oficial de la OGPU, Y. G. Yevdokimov, uno de los engendros de Stalin, e incluía al hijo de doce años de uno de los acusados, que denunció al padre y reclamó su ejecución. Menzhinski, jefe de la OGPU, se opuso a este proceso, y lo mismo hicieron algunos miembros del Politburó. Ésa fue la última vez que Stalin afrontó una oposición auténtica de la policía secreta o del aparato de seguridad. Hacia fines del año, ordenó la ejecución de Yákov Bliumkin, un alto jefe de la OGPU, el primer miembro del Partido a quien se ejecutó por un delito interno. En adelante, los procesos se reali-

zaron exactamente como Stalin los planeaba, fieles hasta el último detalle de las escenas colectivas de indignación.¹⁷

A diferencia de las religiones sacrificiales, la de Stalin estaba por completo en sus manos. Eso la volvía una falsa religión, de la misma manera como el holismo instaurado en la Unión Soviética siempre fue un falso holismo y el encapsulamiento, un encapsulamiento artificial. Siempre hizo falta una dosis de violencia muy elevada para sostener un régimen con poca legitimidad. Además, la violencia de Stalin era diferente a la de Lenin, para quien era una cuestión ideológica. Para Stalin, la violencia era simplemente una cuestión práctica y... personal: “a veces alimentaba sentimientos de venganza contra ciertos individuos durante años enteros, antes de ejecutarlos”. Aprendió la violencia a gran escala cuando era jefe del Distrito Militar en el Cáucaso Septentrional, hacia 1918,

cuando decidió proceder contra sus “especialistas militares burgueses”, en quienes —según sospechaba— había falta de entusiasmo por matar. El coronel Nosovich, jefe del Estado Mayor del distrito, atestiguó lo siguiente: “La orden de Stalin fue breve: ‘¡Fusílenlos!’ [...]. Un elevado número de oficiales [...] fue apresado por la Cheka y fusilado de inmediato sin juicio”. Por esa época, Stalin también se quejó de los tres comandantes del Ejército Rojo en el área enviados por Trotski, por lo que les guardaría rencor más tarde. Ordenó asesinarlos a todos en 1937-1939.¹⁸

En 1928, comenzó el modelo de planeación soviética. No tenía control, no estaba sujeto a ninguna auditoría, por lo cual, hasta la fecha, no es clara la magnitud del desastre, pues, además de todo, se ocultó con toneladas de propaganda:

El plan, presentado a la sociedad occidental culta como un modelo de proceso civilizado, de hecho, era una fantasía bárbara. Rusia es un país rico, con una abundancia y diversidad de materias primas [...]. El régimen soviético heredó una población en proceso de crecimiento y una base industrial que se ampliaba rápidamente. Tal como había supuesto la Alemania de Guillermo, nada podía impedir que Rusia se convirtiese en una de las principales potencias industriales y, pronto, la más grande de la tierra incluso. La política de Lenin y todavía más la de Stalin —o, más bien, la serie de medidas apresuradas que ocupaban el lugar de una política— tuvieron en definitiva el efecto de aminorar el ritmo de la expansión inevitable.¹⁹

Sin duda, había progresos que presumir, sobre todo, grandes obras de infraestructura: el canal entre el Báltico y el mar Blanco, el dique del Dniéper, la fábrica de tractores de Stalingrado, la planta siderúrgica de Magnitogorsk, las minas de la Cuenca de Kuznetsk, entre muchos otros. Mas también en este caso había un olor a sangre, pues detrás de cada monumento había un sacrificio monumental:

Fueron construidos total o parcialmente con fuerza de trabajo esclava. [...] El empleo de esclavos políticos había sido parte del régimen de Lenin —aunque, al principio, fue sólo una parte reducida— desde los primeros meses. Con [...] Stalin, el sistema se amplió [...]. En 1930, después de iniciada la colectivización forzosa, la población de los campos de concentración se elevó a 10 millones y, a partir de principios de 1933, nunca fue inferior a esa cifra, hasta bastante después de la muerte de Stalin.²⁰

En la minería, la forestación, el carbón, la agricultura, la construcción de canales, de vías férreas, aeropuertos y caminos, los soviéticos usaban gran cantidad de esclavos:

La OGPU negociaba acuerdos de empleo de la fuerza de trabajo esclava con los distintos organismos oficiales, exactamente como las SS nazis contralarían, años después, esa fuerza de trabajo con Krupps, la I. G. Farben y otras firmas alemanas. En el gran Canal Báltico-Mar Blanco, una de las obras exhibidas por Stalin, se utilizaron 300,000 esclavos. La fuerza de trabajo esclava cesó de ser marginal [...] y se convirtió en una parte importante e integral de la economía estalinista y la OGPU administró grandes extensiones de Siberia y Asia Central.²¹

En los campamentos de esclavos, el índice de mortalidad era de 10% anual. Es decir, morían alrededor de un millón de esclavos al año, según los cálculos de los alemanes. Quizás eran más, porque muchos campamentos estaban en la región ártica o subártica, lejos incluso de los informantes germanos.

Para conseguir toda esa mano de obra esclava, la destrucción del sistema judicial fue de gran utilidad. Los juicios, como ya dijimos, eran una escenificación sacrificial más que procesos judiciales. Empero, la necesidad de una cantidad tan grande de esclavos iba más allá de cualquier espectáculo. Por ello, aunque algunos juicios se publicitaban como si se tratara de ejecuciones medievales, la gran mayoría de los mismos ocurría en la oscuridad. Muchos de estos procesos se llevaban a cabo sobre categorías de personas

—i. e. miembros de cierto poblado o profesión o partido, como el juicio contra los mencheviques— y no sobre individuos específicos. Se instauró el sentido de la culpa colectiva. Peor aún, en ocasiones, no había siquiera juicios de por medio.

Además de una utilidad económica, los arrestos arbitrarios tenían una utilidad psicopolítica. Si se castigaban ciertas conductas específicas, la mayoría de la población se sentiría a salvo y, según la lógica bolchevique, tentada a conspirar. La atmósfera de terror ayudaba a la lealtad. Johnson nos da un ejemplo de la arbitrariedad: “Un viejo bolchevique relata el caso de un experto en energía que, en un período de dieciocho meses, fue arrestado, sentenciado a muerte, perdonado, enviado a un campamento, liberado, rehabilitado y finalmente premiado con una medalla, todo ello sin motivo aparente. La abrumadora mayoría de los arrestados pasaba el resto de su vida en los campos”.²²

La organización de la colectivización la llevó a cabo la OGPU. Hasta la fecha no se sabe con certeza cuál fue el costo en términos de vidas humanas, pero

Churchill dijo que, en Moscú, el año 1942, Stalin le reveló fríamente que “se había despachado a diez millones de campesinos”. De acuerdo con el cálculo de un erudito, además de estos campesinos ejecutados por la OGPU o muertos en combate, de 10 a 11 millones fueron transportados al norte de la Rusia europea, a Siberia y al Asia central; de este grupo, un tercio fue a los campos de concentración, un tercio en el exilio interno y un tercio fue ejecutado o murió en tránsito.²³

Respecto a los campesinos, comenzó un proceso de refeudalización. Éstos fueron expropiados, primero, y, después, atados a la tierra (*glebae adscripti*), como en las últimas fases del Imperio Romano o durante la época de la servidumbre feudal, atados a “las fábricas de grano”. El régimen instauró un sistema de pasaportes internos, lo cual implicaba que quien deseara moverse a otra ciudad o provincia necesitaba el permiso del gobierno. Peor aún, a los campesinos no se les otorgaban estos pasaportes. Este sistema duró hasta los años setenta.

El resultado económico de este sistema fue una caída drástica en la productividad. Los campesinos quemaron la cosecha, destruyeron los instrumentos de labranza y sacrificaron millones de animales, entre otros: “18 millones de caballos, 30 millones de vacunos —el 45% del total—, 100 millones de ovejas y cabras —dos tercios del total—. Incluso, de acuerdo con las cifras de la historia soviética oficial, en 1933, la producción de ganado en pie fue

sólo el 65% del nivel de 1913; los animales de tiro disminuyeron en más del 50% y la fuerza total de tracción, incluidos los tractores, hasta 1935 no sobrepasó el nivel de 1928”.²⁴

Entre 1929 y 1936, se registraron 10 millones de muertes no naturales en la URSS. Las prioridades de Stalin no tenían nada que ver con el bienestar de su población. Parte importante del grano que logró recolectar lo usó para exportarlo y conseguir divisas. Éstas tampoco se usaron con la finalidad de paliar el hambre, sino para comprar armamento.

En materia de desaxialización, Paul Johnson enfatiza que la brutal refeudalización del campesinado, que era el 75% del total de la población,

determinó un efecto calamitoso sobre la moral de los comunistas de base, que fueron los encargados de realizarla. Como dice Kołakowski: “El partido entero se transformó en una organización de torturadores y opresores. Nadie era inocente y todos los comunistas se convirtieron en cómplices de la coerción aplicada a la sociedad. Así, el partido adquirió una nueva forma de unidad moral, e inició un curso del que no habría regreso”.²⁵

8.3 Resentimiento en Occidente... alabanzas a la URSS

A pesar del horror soviético, en Occidente, el comunismo tenía sus admiradores. Paul Johnson resume las razones de esta extraña postura:

Algunos de estos homenajes [a la URSS y a Stalin] pueden explicarse aludiendo a la corrupción, la vanidad o la tontería lisa y llana [...]. El autoengaño fue, sin duda, el factor particular más importante en la exposición del despotismo fracasado como una utopía en formación. Empero, había también una medida de engaño consciente en estos hombres y mujeres que se consideraban idealistas y que, en ese momento, creían sinceramente que servían a un propósito humano más elevado si deformaban sistemáticamente la imagen de los hechos y mentían.²⁶

El embajador estadounidense, Joseph E. Davies, dijo sobre Stalin: “ha insistido en la liberalización de la constitución y proyectado el sufragio realmente secreto y universal”. En otra ocasión escribió: “Sus ojos castaños son sumamente atentos y gentiles”. Y más patético aún: “Un niño estaría dispuesto a sentarse sobre sus rodillas y un perro se echaría junto a él”.

Davies estaba siendo sobornado por el régimen soviético, “que le permitía comprar iconos y cálices para colección a precios inferiores a los del mercado”.²⁷ Asimismo, “la mayoría de los que viajaban a Rusia estaba formada por empresarios, ansiosos de realizar sus negocios y desprovistos del deseo de criticar”.²⁸

En la lista de quienes elogiaban a Stalin, a la OGPU y, en general, al régimen soviético, aparecían muchos nombres célebres. Entre muchos otros, el poeta chileno Pablo Neruda afirmó que Stalin era “un hombre de principios y de buen carácter”; Amabel Williams-Ellis, escritora y crítica del grupo Bloomsbury; la multimillonaria heredera y economista Beatrice Webb; el politólogo Harold Laski; o la periodista y activista estadounidense Anna Louise Strong, quien dijo de los campos de trabajo soviéticos: “son los lugares en que se ha rescatado a decenas de miles de Hombres [...]. El método soviético de recomposición de los seres humanos es tan conocido y eficaz que ahora los criminales a veces solicitan el reingreso”. En el contexto de la hambruna de 1932, el biólogo Julian Huxley, quien visitaba el país, dijo haber visto: “un nivel de salud física y general un tanto superior al que he visto en Inglaterra”. H. G. Wells dijo de Stalin que “nunca había conocido un hombre más sincero, justo y honesto [...], nadie le teme y todos confían en él”. Emil Ludwig, autor de biografías, dijo del “Zar Rojo” que “era un hombre a quien confiaría fácilmente la educación de mis hijos”.²⁹

En la carrera del absurdo está también la declaración de George Bernard Shaw: “[en la URSS] un hombre entra en la cárcel [...] como un criminal y sale como un hombre común, salvo la dificultad de inducirlo a abandonar el lugar. Por lo que he podido saber, pueden permanecer todo el tiempo que deseen”. Además,

Shaw escribió: “Stalin ha cumplido sus promesas en una medida que parecía imposible diez años atrás, y por eso me descubro ante él”. Pero Shaw y su compañera de viaje, *Lady Astor*, estaban al tanto de la existencia de presos políticos, pues ella pidió a Stalin clemencia a favor de una mujer que deseaba reunirse con su marido en Estados Unidos —Stalin se apresuró a entregarla a la OGPU—, además de preguntarle: “¿Cuánto tiempo continuará matando gente?”. Y, cuando Stalin replicó: “Tanto tiempo como sea necesario”, ella cambió de tema y pidió a Stalin que le encontrase una niñera rusa para sus hijos.³⁰

8.4 El ascenso de Hitler

El correlato de la rivalidad de Stalin-Hitler fue la rivalidad entre la URSS y la Alemania nazi. Se nota aquí también la paradoja del *double bind*: el vínculo entre estos personajes y estos sistemas políticos era una mezcla de amor-odio y envidia-admiración. Los sentimientos oscilaban fácilmente de la mediación interna a la externa y de la interna positiva a la interna negativa. Así lo dice nuestro autor:

La competencia en los esfuerzos por engañar cobró más fiereza cuando el estalinismo halló un rival mortal en la Alemania de Hitler [...].

Ciertamente, había un ingrediente de engaño en el nervio mismo de esta rivalidad entre las formas comunista y fascista de totalitarismo. Ambas estaban relacionadas orgánicamente en el proceso del desarrollo histórico. Así como la guerra había permitido que Lenin se adueñase del poder mediante la violencia y el “socialismo de guerra” alemán le había aportado una política económica, también la existencia misma del Estado leninista, con su control unipartidario de todos los aspectos de la vida pública y su relativismo moral sistematizado, proponía un modelo a todos los que odiaban a la sociedad liberal, la democracia parlamentaria y el imperio del Derecho. Promovió la imitación y originó el temor, y quienes más le temían fueron los que más tendieron a imitar sus métodos en el proceso de construcción de contramodelos defensivos propios.³¹

Paul Johnson profundiza aún más en su descripción de modelos y contramodelos y escribe una descripción que bien podría haber ocupado unas páginas de *Clausewitz en los extremos*:

Stalin era, sencillamente, “Lenin corregido y aumentado”. De todos modos, el cambio de grado fue importante a causa de la escala misma. Los arrestos, las cárceles, los campamentos, el alcance, la brutalidad y la violencia de la ingeniería social... nada semejante existía o había sido imaginado antes. De modo que el contramodelo exhibió una ambición incluso más monstruosa y el temor que dinamizó su construcción fue aún más intenso. Si el leninismo engendró el fascismo de Mussolini, el estalinismo posibilitó el leviatán nazi.³²

El contramodelo mimético es siempre, también, un modelo mimético. Y, así como Hitler lo encontró en Stalin, al interior de Alemania, lo encontró

en los propios comunistas alemanes. Sin embargo, la política doméstica germana no se separó, en ningún momento, de la sombra soviética:

Hitler salió de la cárcel de Landsberg a fines de 1924, casi exactamente en el momento en que Stalin completó la destrucción política de Trotski y aseguró su posición preeminente al frente del Estado leninista. Los dos hechos estuvieron relacionados, pues Hitler advirtió ahora que no podría tomar por asalto el Estado de Weimar y que, en cambio, necesitaría infiltrarlo mediante la creación de un partido de masas. La sombra proyectada por Stalin fue un aliado esencial de su tarea.³³

En 1929, los comunistas se impusieron en Baviera, justo donde se había gestado el núcleo del movimiento nazi. El “miedo rojo” ayudó a Hitler a sumar muchos seguidores. Más aún, logró una alianza importante allende de Baviera, en el norte industrial, con Gregor Strasser, demagogo radical, a quien Hitler y Goebbels convencieron de dar un toque antisemita y nacionalista a sus discursos anticapitalistas.

El partido que ahora organizaban Goebbels, Hitler y Strasser estaba sumamente centralizado, siguiendo el modelo leninista. El NSDAP actuaba de acuerdo con una división en treinta y cuatro *Gaue*, basados en los distritos electorales. El líder de cada uno de estos comités era un *Gauleiter* elegido por Hitler. Por si quedaba alguna duda de los planes expansionistas del *Führer*, había también siete *Gauleiter* en: Danzing, el Sarre, Austria y los Sudetes, donde había cantidades importantes de alemanes.

La toma de decisiones del Partido Nacionalsocialista estaba centralizada en el propio Hitler, pero a sus miembros se les dejaba participar de otra manera:

Su partido, como el de Lenin, estaba muy centralizado —de hecho, en el propio Hitler—, pero también era “participativo”, como lo sería su futuro régimen: de modo que había una Juventud Hitleriana, una Liga de los Escolares Nazis, una Unión de los Abogados Nazis, una Liga de Estudiantes, una Asociación de los Maestros Nazis, una Orden de las Mujeres Alemanas, una Liga de los Médicos Nazis y veintenas de diferentes sociedades [...].

El método de Hitler fue siempre negar a sus partidarios todo lo que fuese una intervención real en las decisiones, pero concediéndoles un ámbito ilimitado de furiosa actividad —incluida la violencia—.³⁴

La violencia fue en aumento en la medida en que el estalinismo lograba convertirse en la base del comunismo internacional y el partido de Rosa

Luxemburg decidió tomar las calles por la fuerza. Los comunistas, cegados por la ideología y la rivalidad mimética, buscaban polarizar la situación, pues no creían en el reformismo. Para ello, se enfocaron primero en debilitar a los socialdemócratas, a quienes llamaban “socialfascistas”.

La contraparte de los comunistas eran los camisas pardas de Röhm y los nazis de Hitler, siempre dispuestos a usar la violencia para detener el terror rojo. A diferencia de los comunistas, la violencia de la derecha parecía legal, pues se ejercía, supuestamente, para restaurar el orden. El resultado final era siempre el mismo: se debilitaba a la república de Weimar, que cada vez se quedaba con menos seguidores.

El debate político en Alemania era de bajo nivel, pues las cuestiones cruciales no solían discutirse. Era la herencia del sistema creado por Bismarck. Los socialdemócratas cometieron el error de no hacer una alianza ni con los partidos de centro ni con los de derecha. Gustav Stresemann y Konrad Adenauer, los políticos con más prestigio en la Alemania prehitleriana, en lugar de unirse, se boicotearon mutuamente. La división de sus rivales permitió a Hitler seguir avanzando.

La rivalidad entre partidos que se parecían y valoraban más o menos las mismas cosas —i. e. el orden constitucional, la república y las relaciones con Occidente—, concentró las miradas entre ellos. Invisibilizaron a los nazis. Creían que se podían permitir esto, pues los subestimaban. Todavía en 1931, cuando Hitler era ya muy popular y su ascenso político parecía inminente, Hindenburg, después de entrevistarse con él, dijo que, si bien no estaba dispuesto a designar canciller a “este cabo bohemio”, podía invitarlo a trabajar como director de correos.

En cuanto a los intelectuales, Carl Schmitt y Oswald Spengler apoyaban una tercera vía, más allá del capitalismo occidental y del estalinismo, la cual no era otra que el nazismo, en parte basada en el libro de Moeller van den Bruck, *El Tercer Reich*, publicado a finales de los años veinte:

Carl Schmitt, el principal jurista de Alemania, que ciertamente no era nazi, en una extensa serie de libros muy leídos, arguyó y sostuvo que Alemania necesitaba una constitución y un sistema de gobierno más autoritarios. Otro era Oswald Spengler, cuyo “tercer camino” incluía el *Führerprinzip* de autoridad: el *Führer* debía de ser un miembro representativo de la raza del *Volk* y tenía que caracterizarse por su liderato carismático [...].

Spengler había advertido en relación con la nueva época: “Será una era de guerras crueles en que los nuevos césares pasarán a primer plano y una élite de hombres de acero, que no buscan el beneficio ni la felicidad

personal, sino el cumplimiento de los deberes para con la comunidad, sustituirán a los demócratas y los humanitarios”.³⁵

Paul Johnson describe cómo es que los alemanes fueron prefiriendo, poco a poco, a Hitler sobre los republicanos y al nazismo sobre la democracia. Todo ello, irónicamente, desde el juego de la democracia liberal. Cabe preguntarse: ¿por qué?

En primer lugar, el contexto económico. Pese al crecimiento alcanzado a finales de los veinte e inicios de los treinta, aún no se llegaba a los niveles de la preguerra. Peor aún, el desempleo siempre se mantuvo en niveles alarmantes: en 1932, superó el 40%.

En segundo, la polarización ideológica. En las elecciones de 1928, Hitler obtuvo sólo 2.8% de los votos, pero los comunistas crecieron mucho. Y esto fue lo que realmente dio un impulso decisivo a la carrera del futuro *Führer*: el temor a los rojos se reflejó de inmediato en simpatía por el partido nazi, que, en 1929, contaba con 120,000 miembros; 300,000 en el verano de 1930; y, a principios de 1932, con 800,000. Sus entonces aliados de la SA también crecieron, hasta contar con medio millón de hombres a fines de 1932. Destacaba también el apoyo de los estudiantes, graduados y académicos: había 400,000 graduados de universidad, de los cuales 60,000 se declaraban nazis. La radicalización ideológica de estos sectores iba acompañada de sus problemas para encontrar empleo; en 1933, uno de cada tres *Akademiker* estaba desocupado.

En tercer lugar, también fallaba el sistema político. En el clima de polarización, los partidos no alcanzaban acuerdos y, después de las elecciones de 1928, tardaron más de un año en formar gobierno. En 1930, Heinrich Brüning, del Partido del Centro, intentó usar el artículo 48°, pero el Reichstag se opuso y disolvió el gobierno. En el nuevo acomodo de fuerzas, los nazis y los comunistas ocuparon el segundo y tercer lugar en el Reichstag, respectivamente, con 107 y 77 diputados. La reacción de Brüning, aterrorizado por la inflación, fue deflacionar, pero nada detenía la crisis. Los *katéches* democrático y capitalista estaban fallando.

También fallaba el *katéchon* internacional. Hacia finales de 1931, el sistema financiero se desplomó. Gran Bretaña, imitada por otros diecisiete países, abandonó el patrón oro y prácticamente todos impusieron nuevas tarifas aduaneras. Era el fin de una era de cooperación y el comienzo de una era de desconfianza, aislacionismo y proteccionismo.

La pérdida de confianza de los industriales en el sistema democrático fue también crucial para el avance de Hitler. Brüning emitió una serie de decretos y leyes que fijaron los precios y los salarios y asignaron al gobierno el control de la política bancaria y de la industria. Todo esto molestó a los más

poderosos capitalistas alemanes. El industrial Alfred Hugenberg comenzó a apoyar a Hitler. Al mismo tiempo, Röhm mantuvo conversaciones con el general Kurt von Schleicher, jefe político del Ejército.

La política comenzó a hacerse tras bambalinas; las alianzas secretas e informales sustituyeron a la política parlamentaria. Eso, sin olvidar la otra dimensión de la política: la de los combates callejeros entre comunistas y nacionalistas. Con el tiempo, estos encuentros comenzaron a ritualizarse e, incluso, las partes comenzaron, en ciertas ocasiones, a cooperar. Habían descubierto lo mucho que podían avanzar, políticamente, con estos espectáculos. Paul Johnson nos dice: “en estos encuentros había algo falso y ritual, como lo señaló Christopher Isherwood: ‘En una calle atestada de gente atacaban a un joven, lo desnudaban, lo flagelaban y lo dejaban sangrando sobre el pavimento; quince segundos después todo había terminado y los atacantes desaparecían’”.³⁶

Los enfrentamientos en las calles se trasladaron al Reichstag. Ernst Thälmann, líder de los comunistas, y Göring, el de los nazis, convertían los debates en disturbios. Mas, en lugar de un conflicto en el que se destruyeran mutuamente, lo que ambos buscaban era destruir el sistema democrático. En noviembre de 1932, la complicidad de los comunistas y los nacionalistas se hizo evidente: “durante la huelga del transporte en Berlín, los huelguistas del Frente Rojo y los camisetas pardas cooperaron para formar líneas de piquetes, golpear a los que se presentaban a trabajar y destruir los cables de los tranvías”.³⁷

Los comunistas y los nazis que protagonizaban la polarización, en realidad, tenían un objetivo común. Sin embargo, un problema internacional modificó este acuerdo y los nazis se fortalecieron tanto, que desecharon su alianza implícita con los comunistas. Los polacos comenzaron movimientos militares que hicieron pensar al Ejército alemán que buscarían apropiarse de territorios germanos. Ante esta situación, los altos mandos del Ejército consideraron que no podrían contener a los comunistas y luchar contra Polonia al mismo tiempo, por lo cual ofrecieron a los fascistas incorporarse al gobierno.

Todo esto se hizo mediante un análisis que, de nueva cuenta, subestimaba a Hitler. Los comunistas, desde el Reichstag, cooperaron con el ascenso de Adolf, a quien consideraban incapaz de formar un gobierno fuerte. Pensaron que el sistema político se autodestruiría y que eso los llevaría al poder. También los partidos de derecha apoyaron a Hitler, bajo el supuesto de que no era más que un “peso liviano”, un “ridículo demagogo”. Quienes lo encumbraron, lo hicieron pensando que podían utilizarlo.

En 1932, el derechista Brüning cayó y Schleicher puso al frente del país a Franz von Papen. Éste, para congraciarse con Hitler, legalizó a las SA y

convocó a nuevas elecciones. No obstante, el líder nazi, en lugar de gratitud, dijo que el nuevo gobierno estaba en manos de los barones y, el 17 de julio, provocó disturbios en Altona, Hamburgo. Von Papen utilizó el incidente como pretexto para arrebatar el gobierno estadual de Prusia a los socialdemócratas. Éste fue un momento clave en la construcción del “imperio de la ilegalidad”. El gobierno mismo comenzó a gobernar contrario al Estado de Derecho; en su lugar, la voluntad y la arbitrariedad se incorporaron al sistema.

En las elecciones, Hitler alcanzó el 37.2% de los votos y, sumado con los comunistas, daba a los partidos radicales más del 50% de las bancas del Reichstag. Aun así, Hindenburg se negó designar Canciller a Hitler, así es que éste:

envió a sus hombres a las calles y, el 10 de agosto, cinco hombres de las tropas de asalto mataron a golpes a un obrero comunista en presencia de su familia. Hitler escribió un artículo que justificaba el asesinato y aclaraba perfectamente cuál sería el significado de un gobierno nazi. En otra elección, celebrada en noviembre, el voto recibido por los nazis descendió al 33%. Los grandes beneficiados fueron los comunistas, que ahora tenían 100 bancas —los nazis contaban con 196— en el Reichstag, de modo que el resultado fue, de manera paradójica, acentuar el ansia de la derecha de incorporar a Hitler al gobierno.³⁸

Ahora los intentos por contener al demonio nazi se convertían en su contrario. La resistencia fortalecía a Hitler:

Schleicher sustituyó a Papen en el cargo de canciller, con la esperanza de dominar a los nazis separando el ala de Strasser —que a esta altura de las cosas carecía de importancia— del propio Hitler. El resultado fue que Papen comenzó a intrigar con Hindenburg para formar una coalición Papen-Hitler, y que se llevó al general Werner von Blomberg al cargo de ministro de defensa para reforzar la “contención”. Los detalles de esta maniobra son muy complicados [...] pero la esencia del episodio es sencilla: de un lado objetivos inestables y divididos y la incapacidad para concentrar los esfuerzos en los aspectos reales y esenciales del poder; del otro, un objetivo incommovible y una firme aprehensión de las realidades [...]. Después de dos días de negociaciones bizantinas, el 30 de enero de 1933, Hitler fue designado canciller. Había solamente tres nazis en un gabinete de doce personas y se entendía que Hitler estaba encerrado por Blomberg de un lado y por su “maestro titiritero”, Hugenberg, del

otro. Mas Hitler, Göring y Frick, los tres ministros nazis, ocupaban los tres cargos que importaban: la Cancillería, con la autorización para invocar el artículo 48^o.; el Ministerio Prusiano del Interior y el Ministerio Nacional del Interior.³⁹

A los nazis y los camisas pardas se sumaba, ahora, la poderosa policía prusiana, en manos de Göring. Al tiempo que los nacionalistas ganaban terreno a los comunistas en las calles, Von Papen traicionó al líder de la derecha moderada y llamó a nuevas elecciones. Era claro que Hitler tenía la fuerza para manipularlas y, con ello, desplazar a Hugenberg.

Así, en 1933, la democracia quedó sepultada. Primero, el Estado de Derecho y, ahora, la no rotación del poder. Goebbels lo dijo claramente: “Si tenemos el poder, jamás renunciaremos a él, salvo que nos saquen muertos de nuestros despachos”.

8.5 Hitler al poder: liminalidad prolongada

Para muchos, el ascenso de Hitler ocurrió con la esperanza de que establecería un nuevo *katéchon*. En realidad, no hizo sino prolongar la liminalidad; peor aún, la volvió más violenta en tanto que buscaba instaurar un orden completamente nuevo.⁴⁰ Una vez en la Cancillería, Hitler comenzó una frenética imitación de Lenin:

Inmediatamente, desplazó 25,000 hombres hacia el distrito berlinés de los ministerios. Esa noche hubo un gran desfile de hombres con antorchas, que atravesaron la puerta de Brandenburgo y pasaron frente a la Cancillería durante casi seis horas, mientras los agentes “especiales” de la policía hitleriana mantenían el orden de la entusiasmada muchedumbre. En una de las ventanas iluminadas, se recortaba la silueta del excitado Hitler. En otra, estaba la figura imponente de Hindenburg, el “Titán de Madera”, marcando con su bastón el ritmo militar de la banda [...].

La muchedumbre estaba contenta porque la política era impopular y porque Hitler había prometido eliminarla y sustituirla por un Estado unipartidario. El gran tema de sus discursos, durante el año precedente, había sido que “los políticos eran la causa de la ruina del Alemania”. Ahora usaría la política para hacer la guerra a los políticos, su elección estaba destinada a terminar con las elecciones y su partido era un partido para acabar con los partidos: “Yo digo a todos esos lamentables políticos: Alemania se convertirá en un solo Partido, el Partido de una nación grande y heroica”.⁴¹

El mimetismo perfecto: la política contra la política. El *katéchon* ideal: una política que contiene toda la política crea unidad y, por lo tanto, deja de ser política, desaparece la pluralidad. Justo es en ese sentido que también se actuó sobre la violencia: había que producirla en grandes cantidades para contenerla toda. Contener, claro está, en los dos sentidos del término. Tradicionalmente, la política desagradaba a la mayoría de los germanos, además de que millones estaban decepcionados de lo ocurrido durante la república de Weimar. Dice Johnson:

Wagner había presentado a la política como una actividad inmoral, antialemana. Thomas Mann había denunciado “el terrorismo de la política”. Hitler ofrecía lo que el escritor marxista Walter Benjamin denominó “la estetización de la política” [...]. Del conjunto de jefes nazis, Hitler no era el único “bohémio”, según la expresión de Hindenburg. Funk componía música; Baldur von Schirach y Hans Frank escribían poesía y Goebbels, novelas; Rosenberg era arquitecto; Dietrich Eckart, pintor. Hitler ofreció a los alemanes el costado unificador de la vida pública: el espectáculo, los desfiles, los discursos y la ceremonia; el aspecto divisionista, con sus debates, la votación, la adopción de decisiones, fue abolido del todo o protagonizado en secreto por una élite minúscula.⁴²

Y, de nuevo, en *Tiempos Modernos*, una referencia mimética: “el desfile del 30 de enero fue un anticipo del primer aspecto, una tarea que Hitler realizaba mejor que nadie y que constituyó la primera característica de su régimen imitada por Stalin”.⁴³

8.6 El entusiasmo por Hitler

Entre su ascenso en 1933 y el año 1939, es el período de mayor contacto de Hitler con las masas, donde gozaba de mayor popularidad. La TM ha explicado en tres ocasiones el estado de satisfacción hitleriano del pueblo alemán durante esos años. Las explicaciones son: 1) la paradoja democrática que lleva a la tentación panteísta; 2) la reducción de las formas de participación política a, exclusivamente, la denuncia contra los supuestos enemigos del pueblo, lo cual se vincula con la idea de sacar ventaja del sistema para satisfacer las venganzas privadas; 3) la hipnosis-contagio.

El *punto de partida para explicar la paradoja democrática* es el siguiente: a diferencia de los sistemas autoritarios, la democracia acepta el disenso. Las democracias logran introducir la dicotomía “amigos-enemigos” al interior

del Estado, sin producir violencia. Más aún, las democracias animan ciertas formas de oposición política. Lo que hace posible este tipo de relaciones antagonistas entre amigos-enemigos al interior del Estado es: 1) la estructura monopólica de la violencia legítima; 2) la naturaleza del tipo de conflictos que la democracia autoriza —donde se permiten la crítica y cierta dosis de violencia simbólica, pero no física—; y 3) la naturaleza de los grupos que se confrontan —i. e. partidos políticos no violentos—.

En este sentido, la democracia produce un orden estable, es un *katéchon* eficaz. Sin embargo, en otro sentido, la democracia también tiene un potencial desestabilizador, pues se trata de un sistema, siempre, al menos potencialmente, liminal:

la democracia institucionaliza un procedimiento que le da al proceso de resolución de disputas un medio para reelaborar sus propias reglas. En otras palabras, permite que las propias reglas se conviertan en lo que está en juego en el conflicto.

La democracia hace posible que las reglas ya acordadas para la resolución de conflictos sean desafiadas y cambiadas por el mismo proceso que resuelve los conflictos. El debate democrático es un medio para modificar normas compartidas y reglas aceptadas. [...] Son conflictos políticos porque las reglas para resolverlos, es decir, las leyes, son precisamente lo que en este caso se disputa.

De aquí se sigue la “paradoja democrática”. En una democracia, las leyes, las reglas para la resolución de conflictos, tienen que aparecer simultáneamente como neutrales, externas a los conflictos que permiten resolver y, sin embargo, también deben aparecer como algo que puede ser cambiado por la resolución de esos mismos conflictos [...].

Podríamos decir que la democracia ha domesticado, en ambos sentidos de la palabra, la oposición “amigos-enemigos”. Primero transformó esta oposición en un conflicto interno. Reintrodujo en el corazón del hogar democrático la dicotomía que el Estado clásico había empujado fuera de sus fronteras. Sin embargo, la democracia también ha domesticado a la oposición en otro sentido. La ha hecho más pacífica, menos violenta y salvaje. La democracia moderna ofrece una solución especial a la cuestión política. Es una solución frágil y paradójica porque el animal político amenaza constantemente con volver al estado salvaje. Esta paradoja y el control siempre imperfecto del antagonismo político son los que explican la fragilidad de las democracias y el hecho de que puedan autodestruirse por medios democráticos. Las “metarreglas” que autorizan la transformación de las reglas de resolución de disputas pueden cambiarse ellas mismas

a raíz de un conflicto y dejar de ser reglas democráticas. Así es como una mayoría democrática electa votó a favor de leyes que autorizaban a Hitler a amordazar a la oposición y prohibir partidos políticos distintos a los nazis.⁴⁴

De tal suerte que la paradoja democrática tiene siempre un potencial destructivo para la propia democracia. Parte de la democracia es que las reglas se pueden modificar, pero ¿qué sucede si se modifican de tal manera que traicionan, precisamente, los valores democráticos? Cuando esto ocurre, estamos frente al panteísmo democrático explicado por Wolfgang Palaver. La tentación panteísta de la democracia es una desviación de la democracia liberal, una tentación que ocurre en muchas ocasiones. En “*Vox Populi, vox Dei*”, escribió: “Alexis de Tocqueville advirtió que la democracia siempre estuvo en peligro de convertirse en un sistema *panteísta* que destruye al individuo”.

La tentación panteísta consiste en tomar a la opinión mayoritaria o a la opinión pública como infalible, como autorizada para las peores atrocidades. Palaver habla de Carl Schmitt y considera que la tentación panteísta fue la clave del ascenso del nacionalsocialismo durante la República de Weimar, pues presentaba a las multitudes una solución simple a problemas complejos: el chivo expiatorio.

En cuanto a la segunda explicación del entusiasmo de los alemanes por el nazismo, Paul Dumouchel habla de la importancia de la denuncia:

- 1) Ya que la participación política se ve limitada en el totalitarismo — que implica la supresión de la libertad de expresión y de organización al tiempo que, o bien desaparece o bien torna una farsa los procesos electorales—, la gente encuentra sólo un medio para participar sin trasgredir el orden: la denuncia de los enemigos del pueblo o el Estado.
- 2) Las denuncias a dichos enemigos, lejos de ser guiadas por cuestiones meramente ideológicas, suelen satisfacer venganzas personales. Así, aunque dichas denuncias se hacen en nombre de la “justicia”, en realidad, son para sacar provecho personal.
- 3) Hay aquí un encuentro entre lo público y lo privado; se satisfacen así dos ambiciones simultáneamente: se cumple como buen ciudadano y se sacian las revanchas personales.
- 4) Al utilizar la denuncia constantemente, se legitima el sistema de chivos expiatorios, la gente se apropia de él y no lo vive como una imposición.

5) Finalmente, quien hace la denuncia, argumenta no saber —quizás, en muchas ocasiones, esto sea pura hipocresía o autoengaño— qué pasará con aquellos a quienes acusó, de tal suerte que, además de ver satisfechos sus deseos, el denunciante lo hace sin culpa.⁴⁵

En cuanto a la tercera explicación de la TM sobre el entusiasmo por el nacionalsocialismo, en el período previo a la II Guerra Mundial, tenemos a Nidesh Lawtoo, quien retoma de Nietzsche una noción prefreudiana del inconsciente: un inconsciente basado en la mimesis prerreflexiva, no en la represión de las pulsiones.⁴⁶

El análisis de Nietzsche sobre el manejo de hipnosis-contagio de las masas de Richard Wagner va más allá de su poder teatral; implica,

también y de manera quizás más importante, una visión teórica del poder mimético de los líderes políticos para comunicar el mismo fantasma a multitudes enteras de egos. Incluso podríamos decir que el teatro wagneriano funciona como un microcosmos que permite a Nietzsche observar, analizar y diseccionar cuidadosamente el funcionamiento secreto del lenguaje de la mimesis, que es también el lenguaje de la Modernidad: el mismo lenguaje que acecha al *Grossstädte* moderno en un siglo que Nietzsche llama proféticamente “el siglo de la masa”.⁴⁷

El inconsciente prefreudiano, basado no en la hipótesis de la represión, sino en la hipótesis mimética, es llamado por Nietzsche fisiopsicológico. Se estudiaba mediante la hipnosis y provenía de la teoría del magnetismo animal de Anton Mesmer, a quien

la teoría de Nietzsche también se refiere, ya que define a Wagner como un “*magnétiseur*” [...]. Por supuesto, Nietzsche no cree en un fluido físico que fluiría de Wagner a las masas, pero, como Le Bon, Bernheim y otros prepsicólogos freudianos, sí recupera la antigua noción de magnetismo en clave psicológica. El uso que hace Nietzsche del austríaco aquí es, por tanto, más apropiado y en consonancia con esta tradición psicológica prefreudiana. Y, sin embargo, las referencias a tropos magnéticos para explicar el poder inconsciente del contagio mimético no son específicas de la psicología del siglo XIX. Ya Platón se basó en el tropo del magnetismo para explicar el poder contagioso del léxico mimético en la multitud teatral. La vieja metáfora platónica de la “piedra Heraclea” se retoma para dar cuenta de la “fuerza de voluntad” del líder sobre las masas. No obstante, esta vez, ese médico filosófico de inspiración (anti)

platónica que es Nietzsche imbuje este concepto trascendental con el lenguaje inmanente de la psicología dinámica que va del magnetismo a la hipnosis.⁴⁸

Nietzsche concebía a Wagner como un “mimomaniaco entusiasta” y un “*magnétiseur*” dotado de una voluntad de poder “hipnótica” para privar a las masas del control sobre sus egos. Quienes sufren esta influencia contagiosa pierden el control racional sobre sí mismos al tiempo que se dejan llevar por los patéticos tiranos. “Tal líder se llama *mimetes*, *meneur* o *Führer* y el patetismo que transmiten se llama *mimético*, *magnético* o *hipnótico*”.

Así como Lawtoo hace una conexión entre la figura de Wagner y la del *Führer*, también hace una conexión entre quienes estudian a ambas figuras, Nietzsche y Georges Bataille:

“Adolf Hitler fue elegido entre 75 millones de sus semejantes” [...]. Bataille [...] observa que los rituales fascistas generan “corrientes de extrema intensidad” que tienen el poder de diluir al sujeto medio (lo que Bataille llama “el hombre entre mil”) en una masa impersonal donde el individuo [...] “no cuenta más que como una molécula de agua proyectada desde el interior de una poderosa ola.”⁴⁹

En 1936, ante la ola fascista, Bataille publica un artículo en *Contre-attaque* sobre el impredecible poder de la mimesis. Escribe unas líneas dignas de Clausewitz en los extremos: “¿Cómo se puede saber si un movimiento que inicialmente se autodenomina antifascista no se volverá, más o menos rápidamente, hacia el fascismo?”. Es decir, basa su comprensión de la psicología del fascismo en un proceso de contagio afectivo el cual llama “comunicación”. Bataille utiliza el concepto comunicación para designar la transmisión de una “fuerza misteriosa”, que

se propaga contagiosamente de un sujeto a otro, en un contexto ritual que tiene las características de un espectáculo dramático [...]. A medida que Bataille especifica, además, el dinamismo responsable del proceso de contagio afectivo, deja en claro que no está pensando en los parámetros oficiales freudianos, sino que, más bien, extiende su propia investigación en un territorio dejado sin explorar por Freud. En la multitud, escribe, el individuo “ha dejado de ser él mismo para convertirse afectivamente [...] en una cosa del jefe y como parte del propio jefe. Una tropa que está en posición de firmes está en cierto sentido absorbida por la existencia del mando”.⁵⁰

El estudio de Bataille sobre el proceso mimético del fascismo, incluye el análisis de un desfile militar y sitúa este ritual mimético en el corazón de la esfera pública moderna, es decir, en las calles. Lawtoo profundiza sobre este fenómeno y recurre al libro *Blue of the Noon* (1935) de Henry Troppmann, quien narra su caminata en las calles de Fráncfort:

se topa con lo que él llama un espectáculo “obsceno” y “aterrador”: un desfile musical nazi en un estado de “trance” que presagia el despojo psíquico masivo responsable del horror de la mimesis. “Todos estos niños nazis”, dice, “parecían presa, como palos rígidos, de una exaltación cataclísmica”. “En la noche, cada explosión musical era un encantamiento que llamaba a la guerra y al asesinato”. Y, hablando del impacto del ritmo contagioso de los tambores, [...] reconoce que tiene el poder de convertir a esos niños en “entidades mecánicas” impersonales.⁵¹

Bataille retoma esta escena y expone “la desconcertante eficacia del poder de la mimesis tal como se utiliza en el corazón de la política fascista”. En esos rituales fascistas “la mente sigue a los pies”; se desencadena el poder afectivo del ritmo musical: “un hombre baila porque el baile lo hace bailar”.⁵²

Para Bataille, el movimiento físico coordinado, rítmico y sin sentido de los soldados, al igual que la comunicación entre un niño recién nacido con su madre, son un tipo de comunicación “de afecto no verbal, automática e inconsciente; y responsable de colapsar la distinción entre uno mismo y el otro, interior y exterior”. Y, específicamente, en el contexto de su relato de la psicología del fascismo, habla de “el carácter afectivo de esta unificación”, una unificación afectiva responsable de que “cada soldado considere la gloria de su líder como suya”.⁵³

8.7 El gobierno hitleriano: liminalidad y arbitrariedad

Hitler, apenas llegó al gobierno y “emitió un decreto, en el ejercicio de sus atribuciones de acuerdo con el artículo 48º., para la protección del pueblo alemán, que concedió al gobierno discreción total para prohibir reuniones públicas y periódicos”.⁵⁴

Al mismo tiempo, Göring creó la “policía auxiliar”, que contaba con 50,000 hombres, todos formados como nazis. La idea era, sencillamente, destruir las organizaciones no nazis. El propio Göring explicó así sus métodos a la nueva policía:

“Mis medidas no estarán condicionadas por los escrúpulos legales o por la burocracia. No he venido a hacer justicia. Mi tarea es aniquilar y exterminar, ¡eso es todo!”. Y dijo a su policía: “Aquel que, en el cumplimiento de su deber al servicio del Estado, aquel que obedezca mis órdenes y adopte medidas severas contra el enemigo del Estado, aquel que utilice sin piedad el revólver cuando sea atacado, puede tener la certeza de que será protegido [...]. Si alguien dice que esto es asesinato, entonces, yo soy un asesino”.⁵⁵

Esta brutalidad se legitimó a los ojos de millones de alemanes cuando el Reichstag fue incendiado, el 28 de febrero de 1933. Ese mismo día, Hitler dictó el Decreto de Emergencia para “la protección del pueblo y el Estado” y otro más “Contra la traición al pueblo alemán y las conspiraciones traidoras”. Con estos dos decretos la policía podía ignorar los tribunales. La violencia totalitaria encontró, así, legitimidad. El Decreto de Emergencia dice, a la letra:

“Los artículos 114°. -18°, 123°. -4° y 153°. de la Constitución del Reich alemán quedan momentáneamente suspendidos. Por consiguiente, los avances sobre la libertad personal, el derecho de libre expresión de la opinión, incluida la libertad de prensa, de asociación y reunión, la vigilancia de las cartas, los telegramas y las comunicaciones telefónicas, los allanamientos de los domicilios y las confiscaciones y las restricciones sobre las propiedades, en adelante quedan autorizados más allá de los límites hasta ahora establecidos por la ley”.⁵⁶

El 5 de marzo, tuvieron lugar las elecciones. Los nazis consiguieron 44% de los votos y, con ello, 288 bancas del Congreso, que en ese entonces sesionaba en la Casa de Ópera Kroll. Las sesiones se encontraban supervisadas por la SS y la SA, lo cual producía intimidación entre los diputados no nazis. En esta atmósfera de temor, Hitler propuso, el 23 de marzo, una Ley de Habilitación. Entre otras cosas, confería al Canciller el poder de legislar, de cambiar la constitución, de redactar las leyes y de aprobar tratados internacionales. Se trataba de una medida de excepción, que sólo duraría un año... pero se prorrogó hasta 1945. Con estas pocas leyes y decretos, Hitler aplastó la Constitución de Weimar, sin siquiera tomarse la molestia de redactar una nueva.

Las propuestas hitlerianas fueron aprobadas por una inmensa mayoría de los legisladores. Obviamente, los nazis las votaban, pero también una parte importante de los partidos de derecha y de centro.

Mientras todos estos cambios ocurrían con gran velocidad, la oposición era aplastada. De hecho, quedaba muy poco de ella, porque la mayoría de los alemanes, simplemente, se pasó del lado de Hitler:

La resistencia fue débil o no existió. Algunos jefes comunistas, que apenas unas semanas antes habían creído que el ascenso de Hitler al poder sería el efímero prelude de su propio triunfo, sencillamente fueron asesinados. Otros huyeron a Rusia, donde pronto corrieron la misma suerte. La gran masa de los comunistas de base se sometió humildemente, y nada más se supo de ellos. Los sindicatos se rindieron sin el más leve atisbo de lucha. El 10 de mayo, los socialdemócratas [...] permitieron que se les arrebataran sus propiedades y periódicos. Una semana después, sus diputados llegaron a votar a favor de la política exterior de Hitler, lo que permitió a Göring declarar: “El mundo ha visto que el pueblo alemán está unificado cuando se trata de su destino”.⁵⁷

¡Panteísmo al más puro estilo del *vox Populi, vox Dei!* Para reforzar la unificación, para generar una especie de mito, de consenso en torno a quién debe de ser sacrificado, en junio, se decretó la disolución de todos los partidos no nazis. También se disolvieron los grupos paramilitares no nazis. Concluye Johnson: “Hitler había necesitado menos de cinco meses para destruir a la democracia alemana, más o menos el mismo lapso que Lenin. Ni un alma se agitó. Como dijo Robert Musil: ‘Las únicas personas que suscitaron la impresión de negarse absolutamente a aceptar todo esto —aunque no dijeron nada— fueron las criadas’”.⁵⁸

Continúa Johnson:

Guiado por el modelo soviético desarrollado, Hitler organizó la estructura del terror y la maquinaria de la policía oficial con mayor rapidez que Lenin; pronto, en una escala casi tan amplia como Stalin. El agente inicial de esta empresa fue Göring, que utilizó a la policía prusiana y su Gestapo, centrada en el cuartel general berlinés de la Prinz Albrechtstraße. Göring destruyó al Partido Comunista en pocas semanas mediante una política de asesinatos. Éste dijo a sus hombres: “Una bala disparada por el cañón de una pistola policial es una bala que yo mismo he disparado”. O bien, lo hizo a través de la internación en campos de concentración que comenzó a organizar en marzo.⁵⁹

Los grupos de oposición se desvanecieron. Algunos de los opositores cedieron al miedo —se sabía de los métodos de tortura y de la implacabilidad de la policía—; otros más, a la tentación panteísta.

Acompañado a la centralización del poder, a la destrucción de las libertades y al aplastamiento de la oposición, Hitler comenzó a desorganizar a las instituciones para manejarlas a su antojo —la arbitrariedad, al cabo, acompaña siempre a los tiranos—. Las leyes mismas pronto se convirtieron en una farsa. Se gobernaba tal y como dictaba la voluntad de Hitler, quien, a la vez, gobernaba por decretos y ordenanzas.

8.8 Organizaciones para la violencia: *¡Katéches* o liminales?

Hitler sentía desconfianza por las SA. Röhm había hecho carrera al mismo tiempo que él y sus paramilitares le obedecían a él y no al *Führer*. Si bien eran aliados, también eran competidores, de manera que:

Hitler creó su propia guardia personal, las SS o unidades de seguridad. En 1929, cuando los SS de camisa negra eran 290, los confió a Heinrich Himmler, que entonces tenía 29 años, hijo de un extutor de la familia real bávara con buenas relaciones. A pesar de su atildada apariencia y sus hábitos —en sus diarios anotaba cuándo se afeitaba, se bañaba o cortaba el pelo; conservaba todos los recibos y los comprobantes—, Himmler era un rufián de los *Freikorps* y un violento antisemita, un hombre que mantenía puestos sus quevedos incluso cuando se batía en duelo. Había sido supervisor de los contrabandos secretos de armas ocultas en las zonas rurales para engañar a la Comisión Aliada de Control y sus relaciones militares y sociales le permitieron elevar el tono de las SS por sobre las SA. Algunos comandantes de unidades eran nobles y en este cuerpo había muchos universitarios. Entre sus miembros honorarios se contaban altos funcionarios oficiales e industriales. A diferencia de Röhm, Himmler no reclutaba desocupados.⁶⁰

En 1933, cuando los nazis llegaron al poder, las SS contaban ya con 52,000 miembros. Hitler tenía una guardia personal, el *Leibstandarte*, que llegaría a ser una división entera durante la guerra. Hitler siempre confió en Himmler. En parte, porque no tenía una relación personal con él, sino solamente burocrática. En ese sentido, para Hitler era un instrumento perfecto, alguien con quien era imposible tener rivalidad:

Himmler nunca fue un íntimo de Hitler. Se lo trataba como a un funcionario a quien podía infundirse la lealtad del respeto y el terror. Es extraño que Himmler, el único hombre que pudo haber destruido a Hitler,

le temió hasta el final. Hitler consideraba a la SS como un instrumento propio y le asignó tareas especiales. A partir de 1931, contó con una Oficina Racial y de Asentamientos, encargada de la aplicación práctica de la teoría racial nazi, el mantenimiento de los libros donde se anotaban los antecedentes genéticos de los miembros del Partido y la elaboración de las leyes raciales. Así, la SS se convirtió en el instrumento natural de la gigantesca política hitleriana de exterminio y colonización en el Este, cuando llegó el momento.⁶¹

Himmler, a su vez, contrató a Reinhard Heydrich, quien había sido oficial naval, a quien le encargó el *Sicherheitsdienst* (SD), cuya tarea era vigilar a las SA de Röh. Así,

cuando Hitler asumió el poder, Himmler pudo desarrollar prontamente su organización para convertirla en un sistema completo de seguridad, con sus propias unidades militares (la *Waffen SS*) y una organización denominada las *Totenkopfverbände* (Unidades de la Calavera), destinada a administrar los campos de concentración y a cumplir otras tareas esenciales. En esta última había muchos criminales, por ejemplo, Adolf Eichmann y Rudolf Heß, que ya había cumplido una sentencia por asesinato.⁶²

En marzo de 1933, Himmler, en ese entonces jefe de la policía de Múnich, creó el primer campo de concentración, el de Dachau, con la finalidad, decía el decreto correspondiente, de albergar a 5,000 detenidos y “reconfortar a todos los que tienen en cuenta a la nación y sus intereses”. Más aún,

los reglamentos de los campos, compilados por el propio Himmler, demostraron desde el comienzo mismo el carácter horriblemente total de las atribuciones de Himmler y sus hombres en el empleo irrestricto del terror: “La frase *internación en un campo de concentración* ha de ser anunciada francamente *hasta nuevo aviso* [...]. En ciertos casos, el *Reichführer SS* y el jefe de la policía alemana usarán además la flagelación [...]. Nada impide que se difunda el rumor de que se ha agravado de este modo el castigo [...] para acentuar el efecto disuasivo. Los siguientes delincuentes, considerados agitadores, serán ahorcados: los que [...] pronuncien discursos agitadores y celebren reuniones, formen grupos o se paseen con otros; los que, con el propósito de suministrar relatos de atrocidades a la propaganda de la oposición, recolecten información verdadera o falsa acerca de los campos de concentración.⁶³

Himmler buscaba distinguirse de las SA, a cuyas tropas consideraba desaharrapadas. Él, por el contrario, se mostraba muy celoso de seguir al pie de la letra las normas. Fingía ser muy honesto, pero el marco de la SS era una farsa de legalidad, siempre lista para ser torcida cuando se necesitaba. Era una normatividad tan hipócrita como la que utilizaba la OGPU en la URSS.

La desorganización hitleriana del gobierno fue especialmente dramática en materia de seguridad: “El modo en que Hitler resolvió el tema de la seguridad interna, utilizando tres sistemas competidores (la SS, la SA y la policía y la Gestapo de Göring) y dos ministerios que no funcionaban en las cuestiones importantes, fue característico. Como el Estado carecía de constitución —salvo la de Weimar, anestesiada o suspendida—, tampoco tenía un sistema de gobierno. O, más bien, tenía varios”.⁶⁴

La desorganización del gobierno permitía a Hitler usarlo arbitrariamente, titánicamente. Uno de los usos que le dio fue prevenir una conspiración en su contra. Para ello, hacía competir a los funcionarios entre sí. Algo que ocurría naturalmente al haber duplicado o triplicado las instituciones encargadas de las mismas funciones:

Estaba el sistema partidario de alrededor de cuarenta *Gauleitern*, un poderoso sistema colegiado, cuyos miembros podían ser elevados o destruidos individualmente por Hitler, pero a los que prefería no enfrentar como grupo. Florian, *Gauleiter* de Düsseldorf, afirmó que nunca había invitado a Himmler a visitar su *Gau* y había prohibido a sus hombres que cooperasen con la Gestapo. El verdadero líder del partido, en tanto que representante de Hitler, era Rudolf Heß, un místico intrascendente. Más importante era Martin Bormann, un asesino convicto y un burócrata partidario laborioso, parecido a Stalin, que libraba permanentes batallas contra los *Gauleitern*, por una parte, y contra Göring y Goebbels, por otra [...].

Hitler no se oponía a estas luchas internas; por lo contrario, las fomentaba. “Debe permitirse la fricción entre las personas”, dijo. “La fricción produce calor y el calor es energía”. Decía de esta práctica que era “darwinismo institucionalizado”. Si Hitler tropezaba con resistencias en un ministerio, creaba un duplicado.⁶⁵

Era un darwinismo salvaje, un tipo de competencia muy distinto a la competencia democrática. Aquí, perder una partida podía costar la vida. Todo estaba en manos del titánico Hitler.

Otro ejemplo del modo en que funcionaba este conflicto lo ofrecen los aparatos encargados de las relaciones exteriores. Ahí, además del Ministerio

de Asuntos Exteriores tradicional, en 1933, Hitler creó una organización rival, bajo el mando de Joachim von Ribbentrop. Este sector robaba la correspondencia del ministerio y la respondía. Algo similar ocurría con el Ministerio del Trabajo, dirigido por Franz Seldte, quien no parecía al *Führer* suficientemente obediente. Para hacer las mismas funciones nombró entonces a Fritz Sauckel, uno de sus *Gauleitern*, General de Movilización del Trabajo. También en materia económica Hitler inventó una institución llamada Plan Cuatrienal, bajo Göring.

En 1942, Hitler había creado cincuenta y ocho Juntas Supremas del Reich y muchos otros ministerios. Había hecho del gobierno, con este complejo sistema, una herramienta totalitaria:

La superposición era universal e intencionada. Convenía a Hitler que Goebbels y Ribbentrop, por ejemplo, disputasen por el control de la propaganda exterior, al extremo de que los respectivos representantes libraban enconadas batallas mediante las correspondientes emisoras. Así, ambos bandos apelaban a Hitler con el fin de que arbitrarse las diferencias.⁶⁶

Hitler no era metódico en el trabajo, odiaba los horarios y nunca daba órdenes por escrito. Trabajaba por la noche y, desde el 4 de febrero de 1938, no hizo más reuniones de gabinete; aparentemente, no daba órdenes a sus funcionarios, sino que les hacía sugerencias; las decisiones importantes las tomaba en lugares y momentos absurdos. Así fue como despidió a Hjalmar Schacht y designó a Walter Funk ministro de economía: en el intermedio de una ópera y sin advertencia previa.

Todo tendía a tres cosas: la concentración del poder sin responsabilidad, el uso arbitrario del gobierno y la competencia permanente entre los funcionarios. De cualquier modo, el *Führer* guardaba las apariencias:

Un funcionario de viejo cuño, el doctor Hans Lammers, mantenía una apariencia de orden en el despacho de la Cancillería, y él y su elenco de diez a doce *Beamten* contestaban la correspondencia de Hitler, que se elevaba a unas 600 cartas diarias. Al parecer, Hitler nunca escribió una carta ni firmó documentos oficiales. Apenas asumió el poder, hizo todo lo posible para destruir los documentos que lo mencionaban —incluso las declaraciones impositivas— y, en adelante, se mostró muy renuente a emitir directivas escritas. Casi el único documento heliógrafo que poseemos de Hitler se remonta al tiempo anterior a la I Guerra Mundial.⁶⁷

Las pugnas al interior del gabinete ocurrían no sólo por la duplicación de funciones, sino por el hecho de que los ministros no se reunían. Hitler tampoco les permitía renunciar. De modo que:

El régimen de Hitler se caracterizaba por las constantes luchas bilaterales y multilaterales entre sus componentes [...]. Göring intervenía los teléfonos de los colegas desde su “oficina de investigaciones” y se apoderaba de tesoros tan útiles como una colección de cartas de amor de Alfred Rosenberg a una hermosa judía. Bormann los espiaba a todos. Por supuesto, lo mismo hacían Himmler y Heydrich. Prácticamente todos estaban en condiciones de extorsionar a todos y, como cada uno intentaba conquistar la simpatía de Hitler revelando lo que sabía de los demás, el *Führer* siempre estaba bien informado.⁶⁸

El caos del gobierno provocaba que, en ciertas áreas, en realidad no hubiera gobierno. Los conflictos de los cortesanos sin corte —no había lugar de reunión— los mantenían absortos. No atendían a la sociedad, que, por otra parte, hasta que la guerra comenzó a hacer estragos, siguió organizada más o menos del mismo modo que siempre lo estuvo:

Un gobierno dirigido de este modo no puede aplicar una política consecuente ni cuidadosamente elaborada; por supuesto, Hitler tampoco lo logró, incluso en las cuestiones que lo afectaban más profundamente. Prometió ayudar a las pequeñas empresas, a los campesinos y al sector agrícola, reducir la magnitud de las grandes ciudades, devolver a las mujeres de las fábricas al hogar, arrancar a los capitalistas el control de la industria, la tierra a los *Junkern*, el ejército a los “*von*”, la administración a los “*Doktoren*”. No hizo nada de todo esto. Por lo contrario, las ciudades, las grandes empresas y las industrias florecieron y los campesinos continuaron afluyendo a los talleres. El Ejército, el mundo empresarial y el servicio civil conservaron más o menos las mismas características de siempre.⁶⁹

Aun en las cuestiones que le importaban a Hitler, no había orden. Así fue con la política judía. En un primer momento, muchos judíos fueron asesinados en los campos de concentración, mientras que a otros la SA los despojó. En un segundo momento, se permitió a los judíos huir e, incluso, algunos jefes nazis propusieron una política de emigración forzada. Mas no se tomaron las medidas necesarias para concretarla. En materia económica,

Hitler tampoco destruyó las grandes tiendas judías, un paso que innumerables veces había prometido dar. Schacht lo persuadió de que, si actuaba de ese modo, se perderían unos 90,000 empleos. El Ministerio de Economía se opuso a los ataques contra los judíos, principalmente, porque creía que esa actitud induciría a organizar un ataque a las grandes empresas en general, de manera que organizó una oficina especial destinada a contener la persecución nazi.⁷⁰

Las Leyes de Núremberg fueron elaboradas con premura. Hitler las anunció como “la resolución definitiva de la situación de los judíos”. Empero, hubo vacilaciones hasta 1938, cuando Alemania adoptó una política económica aislacionista. En ese momento:

El Ministerio del Interior emitió el “decreto de los nombres”, que obligaba a todos los judíos a adoptar el de Israel o el de Sara como segundo nombre. Siguió la terrible violencia de la *Kristallnacht* (“La noche de los cristales rotos”), el 9 de noviembre de 1938, un episodio incitado por Goebbels [...]. Sólo con el estallido de la guerra Hitler concentró la atención en la “solución final”: siempre la había contemplado, pero necesitó el comienzo de la guerra para hacerla posible.⁷¹

La política económica de Hitler era muy confusa. Deseaba el rearme rápido, aunque, para ello, no expropió las grandes industrias, pero sí las puso a su servicio. No permitió que los nazis intervinieran en las industrias. Johnson cuenta una historia al respecto:

Antes de la asunción del poder, Strasser le preguntó qué haría con Krupp, y recibió esta respuesta: “Por supuesto, lo dejaré en paz. ¿Cree que estoy tan loco como para tratar de destruir la economía de Alemania?”. Hitler creía que el principal error de Lenin en el área de la economía había sido ordenar a los trabajadores que asumieran la dirección de la industria y matasen o expulsaran a sus gerentes capitalistas. Estaba decidido a evitar que los camisas pardas y otros elementos partidarios metiesen las manos en las empresas, con lo cual advirtió al alcalde Walter Buch, juez del Tribunal Partidario, en 1933: “Su tarea, en la condición del juez de más elevada jerarquía en el Partido, es frenar al elemento revolucionario”. El no proceder de este modo, dijo entonces, había conducido a la destrucción de otras revoluciones.⁷²

A diferencia de lo que habían pensado los marxistas, Hitler no era manipulado por los capitalistas. Si bien dejó la economía en manos de los empresarios, dirigió sus actividades. De cualquier manera, se creía socialista y, si dejaba en su lugar a los capitalistas, era para salvar su revolución.

El tipo de relación que Hitler estableció con los empresarios no fue una de colaboración, sino de extorsión. Johnson nos ofrece un ejemplo al respecto:

la empresa química I. G. Farben, al principio caricaturizada por los nazis con el nombre de “Isidore Farben”, a causa de sus directores, ejecutivos y científicos judíos, conquistó el favor de Hitler apelando al recurso de desembarazarse de los judíos (por ejemplo, de Fritz Haber, ganador del Premio Nobel) y aceptando que el programa de Hitler orientado hacia la elaboración de productos sintéticos tuviese prioridad absoluta. Este programa era el corazón del plan de preparación para la guerra, y el acuerdo adoptó la forma de un pacto secreto firmado el 14 de diciembre de 1933. En adelante, Farben estuvo a salvo, pero a costa de su sometimiento total a Hitler. Lejos de que las grandes empresas corrompieran el socialismo de Hitler, fue a la inversa.⁷³

Que la economía no obedeciera a ninguna planificación fue una gran ventaja para la recuperación. Hitler sólo intervenía en ella en lo que concernía a sus planes militares. En septiembre de 1933, comenzó la construcción del sistema de autopistas (*Autobahn*), porque necesitaba rutas para el desplazamiento militar veloz. En cuanto a lo demás, si

Brüning había aplicado una política excesivamente deflacionaria porque sentía un miedo paranoico a la inflación, Hitler la desechó. Despidió al doctor Hans Luther, presidente del Reichsbank y lo reemplazó por Hjalmar Schacht, a quien designó también ministro de economía. Schacht fue, de lejos, el ministro de economía más sagaz que hubo en el mundo entre las dos guerras. Era partidario de la economía de mercado, pero también era un empírico que no creía en ninguna teoría y tocaba de oído en todas las situaciones [...].

Hitler detestaba las tasas de interés elevadas y el crédito sometido a condiciones severas, y no porque fuese prokeynesiano, sino porque relacionaba estas características con los judíos. Ordenó a Schacht que suministrase el dinero necesario para el rearme, y Schacht satisfizo el pedido; en el proceso infringió las normas del Reichsbank. Se evitó la inflación mediante los rigurosos controles de cambio —en sus esfuerzos

por alcanzar la autarquía, Hitler les confirió mayor rigor todavía—, los impuestos —los ingresos en concepto de impuestos se triplicaron durante el período 1933-1938— y la reducción generalizada de todos los gastos de consumo.⁷⁴

En 1938, el nivel de vida de los alemanes apenas era un poco mejor que una década antes. Al menos, había empleo. Si, en el momento en que Hitler asumió el poder había más de 8 millones de desocupados, hacia 1934, ya había escasez de mano de obra para los trabajos especializados. En 1936, se había logrado el pleno empleo y, en 1938, había, por el contrario, una demanda desesperada de mano de obra.

Alemania se recuperaba en momentos en que Estados Unidos y el Reino Unido estaban sumidas en una profunda crisis. Esto derivaba de la política liberal, antiintervencionista y, claro está, de la fuerza industrial de los germanos. Las empresas, esenciales en esta recuperación, encontraron en Alemania un clima de estabilidad y seguridad bajo el régimen nazi. En contraste,

Weimar fue un desastroso marco político para las empresas [...]. Weimar siempre tropezó con dificultades para lograr que el Reichstag aprobase sus presupuestos y, a menudo, se vio en la necesidad de ejecutar la política financiera mediante decretos de emergencia. Su inestabilidad política intrínseca se agravó en lugar de atenuarse. Después de la elección de 1928, resultó cada vez más difícil formar un gobierno estable y, hacia marzo de 1930, era evidente que el régimen no duraría y existía el riesgo de que fuese reemplazado por un sistema marxista. [...] El ascenso de Hitler al poder aportó a la industria alemana precisamente lo que ella necesitaba para desempeñarse con eficacia: estabilidad gubernamental, el fin de la política y cierto sentido de metas nacionales. Podía hacer el resto por sí misma. Hitler tuvo inteligencia suficiente como para entenderlo. Aunque permitió que el partido invadiese todas las restantes esferas del gobierno y la política oficial, lo mantuvo fuera de la industria y el Ejército, los dos sectores en los cuales necesitaba actuar con la máxima eficiencia posible y en el más breve lapso.⁷⁵

El gobierno nazi consiguió, para la mayoría de los alemanes, seguridad y empleo. Con ello, poco preocupaba a los ciudadanos, sobre todo a los pobres, la cancelación de los derechos civiles. Los campesinos, en su mayoría católicos, ofrecían una modesta resistencia: se negaban a hacer el saludo hitleriano.

8.9 Conflicto mimético y sacrificio de las SA

Hitler siempre guardaba una apariencia de moralidad. Himmler dijo que la moral nazi estaba construida de leyes de hierro. Había que ser honesto, obediente, resistente, decente, austero y bravo. El código moral hitleriano aludía a una “ley superior”. En el caso de los leninistas, esta ley implicaba la lucha de clases; en el de Hitler, la de razas:

Así como se enseñaba a los cuadros soviéticos a justificar los crímenes más repugnantes en nombre de una guerra de clases de tipo moralista, así la SS actuó en nombre de la raza, que, según insistía Hitler, era una motivación mucho más intensa y fundamental que la clase. El servicio a la raza, en oposición al proletariado marxista, era la base del puritanismo nazi, caracterizado por lo que Rudolf Heß, comandante de Auschwitz, denominó la actitud “fría” y “pétrea” del nazi ideal, que “había cesado de alentar sentimientos humanos” en el cumplimiento del deber.⁷⁶

Hacia principios de 1933, las dos naciones europeas más grandes y poderosas, la URSS y Alemania, eran gobernadas bajo el relativismo moral, el totalitarismo y el titanismo. Todo ello pretendía ser un nuevo *katéchon*, pero, dado que no economizaba, sino que desataba la violencia, producía, en realidad, liminalidad. Peor aún, estas dos naciones se azuzaban mutuamente, aprendiendo una de otra. Paul Johnson habla del dinamismo mimético al respecto:

Cada uno de estos sistemas venía a acicatear los rasgos más censurables del otro. Uno de los aspectos más inquietantes del socialismo totalitario, fuese leninista o hitleriano, era el modo en que, como movimientos que persiguen el poder o como regímenes que lo ejercen, estaban impulsados por una suerte de ley de Gresham de la moral política: el terror expulsaba a los instintos humanitarios y cada sistema corrompía al otro y lo sumía en profundidades cada vez más hondas de perversidad [...].

Hitler aprendió de Lenin y Stalin el modo de establecer un régimen de terror a gran escala. Él también tuvo mucho que enseñar. A semejanza de Lenin, ansiaba concentrar todo el poder en su propia voluntad. Como Lenin, era gnóstico y, del mismo modo que Lenin creía que sólo él era el auténtico intérprete de la Historia, en tanto que expresión del determinismo proletario, también Hitler confiaba sólo en sí mismo como expresión de la voluntad racial del pueblo alemán.⁷⁷

Las purgas a gran escala estaban ya normalizadas en la URSS cuando los nazis comenzaron una en contra de las SA, que, en 1933, contaban ya con un millón de miembros activos y 3.5 millones de reserva. El conflicto comenzó con una rivalidad personal entre Hitler y Röhm. Éste planteó que el Ejército había de ser sustituido por las SA y convertirse en un ejército radical revolucionario. El *Führer* no estuvo de acuerdo. Sobre todo, porque las SA eran una anomalía en el sistema, ya que Hitler no tenía el control sobre ellas. Además, tenía una opinión positiva del Ejército, al que consideraba capaz de llevar a cabo eficazmente el rearme. Consideraba que el Ejército era la salvaguarda en caso de que los franceses y los aliados decidieran invadir Alemania con el argumento de detener el desarme germano. Sin embargo, explica Johnson, para Hitler, lo más importante en contra del plan de Röhm era, simplemente, que “no tenía la más mínima intención de compartir el poder con él, menos aún de traspasárselo”.

En marzo de 1933, Hitler otorgó enormes poderes a Himmler con la finalidad de combatir supuestas conspiraciones. En el fondo, estaba creando un doble mimético para Röhm. Así:

A partir de octubre de 1933, Himmler fue autorizado por Hitler a acumular los cargos de jefe de policía de todos los estados alemanes, además del que correspondía a la ciudad de Múnich. Este proceso [...] exigía la ayuda activa de Hitler en todas las etapas, tanto porque resultaba ilegal [...] como porque implicaba negociaciones con los *Gauleitern*, controlados únicamente por Hitler, en cada *Gau*. El proceso fue completado el 20 de abril de 1934, cuando el SD de Heydrich reveló la existencia de una conspiración destinada a matar a Göring, que no había sido descubierta por su propia Gestapo. Entonces, Hitler ordenó que Himmler se hiciera cargo de la Gestapo oficialmente —como su representante—. La organización de la SS, en sí misma amplia, ahora controlaba toda la policía política de Alemania y estaba en condiciones de atacar incluso a la gigantesca SA armada.⁷⁸

Otro argumento en contra de las SA era que Hitler las veía como un cuerpo muy violento que desprestigiaba a su gobierno al exterior. También el Ejército desconfiaba de las SA y, “En la primavera de 1934, el anciano Hindenburg, sin duda, estaba llegando a su fin. Hitler deseaba sucederlo, unificando la presidencia y la cancillería en sí mismo. Los comandantes del Ejército y la Armada convinieron en que debía hacerlo, con la condición de que castrase a la SA”.⁷⁹

La purga en contra de las SA se llevó a cabo paralelamente con la purga de los enemigos políticos de Hitler. Incluyó acusaciones inverosímiles de

conspiración, “dignas del sistema estalinista”. Himmler y Heydrich se encargaron de los preparativos. Hicieron cómplices al ministro de defensa Von Blomberg y a su ayudante político, el general Von Reichenau. Más tarde, también se incorporó Göring. Las “pruebas” se fabricaban en la oficina de Heydrich, quien, junto con Himmler, “preparó la lista definitiva. Hitler se limitó a subrayar los nombres de los que debían ser fusilados”.⁸⁰

El proceso fue sencillo, se ejecutó con documentos que decían, simple y llanamente: “Por orden del *Führer* y Canciller del Reich, ha sido condenado al fusilamiento por alta traición”.

Para que no quedara duda de que se trataba de un problema personal, “temprano el 30 de junio de 1934, el propio Hitler despertó a Röhm en el sanatorio de la Tegernsee”. Dos días después, la policía política, a cargo de Himmler, asesinó a Röhm y a sus colaboradores.

Mientras tanto, en Berlín, los acusados de traición y conspiración fueron llevados a la Leipzigerplatz, al domicilio de Göring. Él y Himmler los identificaron y ordenaron que fuesen retirados y liquidados de inmediato:

La policía privada de Göring suministró los grupos de verdugos. Dos días después, Hitler viajó desde Múnich y llegó a Tempelhof. Himmler y Göring lo recibieron en la plataforma de desembarco [...] y los tres hombres examinaron la lista de los que habían sido fusilados y los que serían ejecutados, una escena wagneriana descrita por Hans Gisevius, oficial de la Gestapo. Se dijo a Frick, ministro del interior, que fuera a su casa: el asunto no le concernía. De acuerdo con la versión de Gisevius, Frick dijo: “Mi *Führer*, si usted no procede inmediatamente contra Himmler y su SS como hizo contra Röhm y su SA, lo único que habrá hecho es llamar a Belcebú para expulsar al demonio”. Lo cual demuestra qué mal entendía Frick a su amo.⁸¹

El demonio contenido por Belcebú! No puede expresarse de mejor manera el *katéchon*, pero ni siquiera se trataba de eso, sino de abrir la puerta a la larga liminalidad de la destrucción del Estado de Derecho y una enorme dosis de violencia:

Muchos de los que fueron asesinados nada tenían que ver con la SA. Entre ellos, estaban: Gustav von Kahr, exprimer ministro bávaro, que había rehusado intervenir en el *Putsch* de 1923; Gregor Strasser, antiguo colega de Hitler y su rival en el Partido; el sinuoso y viejo general que debía “contenerlo”, es decir, Von Schleicher, más su esposa y su íntimo asociado, el general Von Bredow; el líder católico berlinés Ernst Klau-

sener; y muchas otras personas incómodas o peligrosas, probablemente alrededor de 150.⁸²

El Ejército colaboró con armas y logística, haciendo trizas su código de honor. Otra víctima de esta purga fue la justicia, que quedó ridiculizada. El 3 de julio, se dictó una ley que autorizaba la masacre ¡ocurrida un día antes! Hitler ahora era más poderoso que nunca. Hindenburg, en su lecho de muerte, lo recibió: “el confundido anciano, que otrora lo había desechado porque no era más que “un cabo bohemio”, lo saludó con las palabras ‘Su Majestad’. El ‘Titán de Madera’ falleció el 2 de agosto, y Hitler asumió la sucesión en virtud de una ley que él mismo dictó la víspera, que lo convertía en ‘jefe y Canciller del Reich’.⁸³

Ese mismo día, el Ejército prestó su juramento al *Führer*. El nuevo orden se sometió a plebiscito: el 84.6 de los alemanes estuvieron a favor. Más aún, se convirtió en héroes a los asesinos, a los encargados de la purga, a quienes se les otorgaron dagas de honor. Las SS comenzaron, entonces, “su monstruosa carrera de asesinatos legalizados”.

8.10 Hitler-Stalin: modelo-obstáculo

Hitler salió airoso ante la opinión mundial. Lo cual animó a Stalin a comenzar sus purgas contra la élite soviética. Hasta ese momento, el carnicero de Gori había exterminado a gente común, pero la expulsión de un alto miembro del Partido resultaba muy difícil.

En 1934, Serguéi Kírov ganaba influencia en el Partido y parecía que pronto se convertiría en el sucesor de Stalin. Kírov obtuvo su prestigio, justamente, al poner un freno a los intentos de purga de Stalin adentro del partido. Salvó la vida a varios de sus camaradas y se convirtió en el competidor del Zar Rojo. No obstante, “el éxito de la purga de Röhm sugirió a Stalin la idea de eliminar de manera definitiva las restricciones partidarias internas y de hacerlo del modo más ingenioso: ordenando el asesinato de Kírov y usar el crimen como excusa para golpear a todos sus restantes enemigos”.⁸⁴

El primero de diciembre de 1934, Kírov fue asesinado por Leonid Niko- láiev, en el cuartel general del Partido en Leningrado, en el Instituto Smolni, la exescuela para niñas, un lugar con gran simbolismo, pues, desde ahí, Lenin había lanzado su golpe de Estado. Había mucha vigilancia y el asesino no pudo haber actuado sin la complicidad de los guardias. Peor aún, unos días antes, a Kírov se le había retirado su guardia personal por orden de Guénrij Yagoda, jefe del NKVD local:

Stalin reaccionó ante la noticia del asesinato con mucha violencia, pero de un modo que sugiere premeditación. Abordó el tren nocturno a Leningrado y, cuando rompía el alba, fue recibido en la estación de Moscú por Medved, jefe de la policía de Leningrado. Sin decir palabra, Stalin le asestó un fuerte golpe en la cara. Después, ocupó un piso entero del Smolni y asumió personalmente la dirección de las investigaciones. Se sentó detrás de una mesa, flanqueado por sus secuaces: Mólotov, Voroshílov, Zhdánov y otros, los funcionarios del partido de Leningrado a un costado, los hombres de la seguridad del otro. Cuando trajeron a Nikoláiev y Stalin le preguntó por qué había asesinado a Kírov, el infeliz cayó de rodillas y, señalando a los hombres de la seguridad, exclamó: “Ellos me ordenaron hacerlo”. Los acusados corrieron hacia él y lo desmayaron a culatazos; después, lo retiraron y lo revivieron con baños fríos y calientes alternados. Stalin ordenó que matasen a garrotazos a Broizov, jefe de los guardaespaldas de Kírov; Medved fue enviado a un campo de concentración y asesinado tres años después; Nikoláiev fue ejecutado, el 29 de diciembre, después de un juicio secreto. Se fusiló a más de cien presuntos “blancos”; 40,000 habitantes de Leningrado fueron a parar a los campos. Poco después, todos los que sabían algo del caso Kírov estaban muertos o se habían perdido definitivamente en el Archipiélago Gulag.⁸⁵

La muerte de Kírov fue un sacrificio y la de Nikoláiev, también. En ambos casos, se trató de “sacrificios estériles”, porque, en lugar de contener la violencia, desataron una violencia aún mayor. El mundo totalitario

resucita la violencia primitiva sin encontrar esa ignorancia que producía la relativa inocencia de esos universos impidiendo así que fueran invivibles [...].

Después de haberse ido alejando durante siglos sin romper nunca completamente con él, en el momento en que ceden a las tentaciones totalitarias [...], las sociedades modernas se asemejan de nuevo no exactamente a lo religioso primitivo, sino a su disgregación [...].

Cuanto más captemos el funcionamiento victimario de los universos primitivos, más penetraremos en la naturaleza de las relaciones humanas dentro de los universos totalitarios.⁸⁶

La purga en contra de los enemigos de Stalin entre la élite continuó dos semanas más tarde, con el arresto de Zinóviev y Kámenev. Se les llevó a juicio, en 1936, después de un largo período de malos tratos y torturas. Se confesaron culpables a cambio de que se dejara en paz a sus familias y no

se les matara. Había que convencerlos de “admitir sus culpas”, pues, como explica Girard:

La envidia y las rivalidades miméticas se reabsorben en el fenómeno del chivo expiatorio al trocarse aquéllas en positividad religiosa. Siempre y cuando, por supuesto, la operación no deje residuos; dicho con otras palabras, que la unanimidad contra el chivo expiatorio sea perfecta. Una sola excepción, una sola disonancia en el concierto que se organiza contra la víctima, y vacilaría el desenlace favorable. La virtud de la droga se disipa; la unidad del grupo se resquebraja. La menor tibieza en el odio puede sembrar la duda y comprometer los efectos catárticos sobre la moral de la comunidad. Reforzar la comunidad y reforzar la trascendencia socio-religiosa son una sola y misma cosa. Este refuerzo exige un mecanismo victimario sin fallos, un acuerdo perfectamente unánime respecto a la culpabilidad de la víctima. Mientras la víctima vive, forma parte de la comunidad; puede, por tanto, participar en la unanimidad que se constituye contra ella misma. La exigencia de unanimidad concierne a la víctima en primer lugar. No hay ninguna razón para liberarla de esa exigencia, todo lo contrario: ningún asentimiento es más precioso que el suyo.⁸⁷

Al concluir el juicio, Zinóviev y Kámenev fueron asesinados. Más aún, eran asesinatos que no traían pacificación, sino más incertidumbre. Se trata del fracaso “del proceso sacralizador”:

La mimesis estalinista tomaba cada vez un aspecto más perverso:

El modo en que Zinóviev pidió clemencia fue el tema de una grosera imitación, con acentuados matices antisemitas, ofrecida en las fiestas íntimas de Stalin por K. V. Pauker, un exvestidor teatral ascendido a jefe de la guardia NKVD personal de Stalin y el único a quien se permitía afeitarlo. Pauker representó regularmente esta comedia, hasta que también él fue fusilado bajo la acusación de que era “un espía alemán”.⁸⁸

Todo estaba teatralizado, si bien, paradójicamente, nadie sabía cuál sería el siguiente acto de la obra, pues Stalin era impredecible. La violencia era tal que los instrumentos de muerte, los *katéchones* del propio Stalin, tampoco tenían asegurada la vida. Yezhov, el principal asesino durante el Gran Terror, fue, a su vez, asesinado por el carnicero de Georgia. En 1936, el líder soviético mandó ejecutar a cinco mil miembros del Partido que ya estaban arrestados. Comenzó, así, el Gran Terror:

Poco después de este episodio, Stalin envió desde Sochi, donde pasaba sus vacaciones, el siniestro telegrama del 25 de setiembre de 1936: “Consideramos absolutamente necesario y urgente que se designe al camarada Yezhov en el cargo de comisario del pueblo de asuntos interiores. Yagoda ha demostrado claramente que es incapaz de desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista. La OGPU lleva un retraso de cuatro años en el tema” [...]. A esto siguió una purga sistemática de la policía secreta, ejecutada por equipos de doscientos a trescientos fanáticos del Partido reclutados en secreto por Yezhov.⁸⁹

No se trató de una destrucción impersonal, institucional, fría. Por el contrario, para Stalin todo era personal:

Un miembro del NKVD, que fue miembro de la guardia personal de Stalin, atestiguó que Yezhov veía casi diariamente a Stalin durante los años 1937-1939, trayendo siempre un grueso fajo de papeles; Stalin impartía las órdenes de los arrestos, el empleo de la tortura y las sentencias —ésta, antes del juicio—. Stalin practicaba personalmente algunos interrogatorios. Escribía en los documentos: “Arresten”; “Arresten a todos”; “no es necesario investigar; arresten a todos”. En el vigesimosegundo Congreso del Partido, Z. T. Serdiuk leyó una carta de Yezhov: “Camarada Stalin: Le envío para confirmación cuatro listas de personas cuyos casos se encuentran a consideración del Collegium Militar: Lista Uno, general; Lista Dos, expersonal militar; Lista Tres, expersonal del NKVD; Lista Cuatro, viudas de exenemigos del pueblo. Solicito la aprobación de la condena de primer grado (*pervaia kategoria*, es decir, fusilamiento)”. La lista tiene las palabras: “Aprobado, J. Stalin, V. Mólotov”. Entre 1937 y 1939, la firma de Stalin aparece en más de 400 listas que incluyen los nombres de 44,000 personas, altos jefes del Partido, funcionarios del gobierno, oficiales y figuras de la cultura.⁹⁰

Stalin eliminó también a su antiguo amigo de Georgia, Ordzhonikidze, “el último miembro del Politburó a quien se le permitía llamarlo por el antiguo apodo de Koba o discutir con él”.⁹¹

En 1937, Bujarin y Rýkov también fueron ejecutados. Stalin los mandó arrestar en una reunión plenaria del Comité Central. En el período 1936-1938, la purga fue a gran escala: incluía a oficiales de la policía secreta —miles de ellos—, a soplones, a algunos militares, entre muchos otros. El caso del mariscal Tujachevski muestra lo cercanos que estaban, en ese entonces, Hitler y Stalin: éste “persuadió al gobierno nazi de que fabricase pruebas falsas de

la existencia de contactos secretos entre el mariscal Tujachevski, comandante del ejército soviético, y los generales de Hitler; la tarea estuvo a cargo de la Gestapo, y las 'pruebas' fueron entregadas por uno de sus agentes, el general Skoblin, que también trabajaba para el NKVD".⁹²

Stalin también asesinó a gran cantidad de comunistas extranjeros que se habían exiliado en la URSS. Entre ellos, a Béla Kun y a gran número de militantes húngaros, polacos, yugoslavos, coreanos, indios, chinos, letones, lituanos, estonios, besárabes, iraníes, italianos, finlandeses, austríacos, franceses, rumanos, holandeses, checoslovacos, estadounidenses y brasileños. Empero, dejó vivir a otros, a quienes convirtió en sus cómplices, entre ellos a Tito y a los búlgaros Popov y Tanev. Sin embargo, Johnson continúa narrando la relación Hitler-Stalin:

Los más afectados fueron los alemanes que habían buscado refugio y que huían de Hitler. Algunos de los alemanes que sobrevivieron más tarde estarían en condiciones de exhibir las huellas de las torturas sufridas a mano de la Gestapo y el NKVD; de ese modo, se convirtieron en símbolos vivientes de los contactos furtivos que los servicios de seguridad de la Alemania nazi y la Rusia soviética mantenían a lo largo de este período. [...] Roy Medvedev, el historiador marxista soviético independiente, observó: "Es terrible la paradoja de que la mayoría de los líderes y activistas comunistas europeos que vivieron en la Unión Soviética pereció y, en cambio, la mayoría de los que estuvieron encarcelados en sus países natales durante los años 1937-1938 sobrevivió". Es indudable que Stalin intercambiaba con los nazis listas de activistas "buscados" y es posible que haya hecho lo mismo con otros regímenes dictatoriales atacados por su propaganda con ferocidad mecánica. Se interesaba mucho por la suerte de los comunistas extranjeros con quienes trataba. Por lo demás, se interesaba mucho por todos los aspectos de su propio terror. En un momento del juicio de Bujarin, su antiguo camarada y ahora su víctima, un pantallazo de luz reveló brevemente a los visitantes la cara del propio Stalin, espionando a través del vidrio oscuro de una ventanita practicada en el cielo raso del tribunal.⁹³

Stalin también personalizó la matanza de militares. El primero en ser ejecutado fue Dmitri Schmidt, quien se había burlado de él. La purga del Ejército cobró una velocidad vertiginosa; mataba a los detenidos antes de cumplirse 24 horas de haber sido arrestados. Sus objetivos eran los más antiguos jefes y quienes habían participado en la revolución. Es decir, mató a

sus “mediadores internos”, a sus posibles competidores, a quienes lo habían conocido antes de encumbrarse.

Si con el Ejército Stalin fue duro, con el Partido lo fue aún más: fueron liquidados más de un millón de sus miembros.

Los crímenes de la purga nunca fueron investigados, pues los posteriores líderes soviéticos también estuvieron implicados. Entre ellos estaban Lavrenti Beria; Gueorgui Malenkov, quien gobernó a Rusia durante los años 1953-1956; Nikita Jrúshchov, que sucedió al propio Malenkov; Zhdánov, cuyo ayudante, Alekséi Kosyguin, fue primer ministro durante los años 70; Kaganóvich ocupó altos cargos hasta los años 60; Leonid Brézhnev gobernó a Rusia desde 1964 hasta 1982.

La dimensión del Gran Terror fue monstruosa: el 10% de los habitantes de la URSS pasó por el sistema de justicia. Las torturas enfrente de la familia se convirtieron en método cotidiano para obtener información y autoincriminación; para extorsionar y mostrar lo terrible que podía ser el régimen si no se le obedecía ciegamente. Para contener a la enorme cantidad de prisioneros políticos, se rehabilitaron las antiguas cárceles zaristas al tiempo que hoteles, iglesias, balnearios y establos fueron convertidos en mazmorras y se construían docenas de prisiones nuevas: “En estos establecimientos, se empleó la tortura en una escala que, más tarde, incluso los nazis se vieron en dificultades para igualar. Se mutilaba a hombres y mujeres, se les arrancaban los ojos, se les perforaban los tímpanos, se los metía en cajas de clavos y se utilizaban otros artefactos horribles.”⁹⁴

En medio de todo ese horror, no faltaron escenas de valentía que desmitificaban la matanza; que mostraban que no era posible encontrar el consenso necesario para la sacralización de violencia. La violencia totalitaria era vulgar, intrascendente:

La esposa de Nestor Lakoba, una mujer de sorprendente belleza, prefirió morir bajo la tortura, a pesar de la presencia de su lloroso hijo de catorce años, antes que acusar a su marido. Muchos afrontaron una muerte horrible con el mismo estoicismo. El plan del NKVD de presentar un falso juicio del Movimiento Juvenil se vio frustrado porque S. V. Kovarev y otros líderes del Comité Central del Komsomol prefirieron todos morir bajo tortura antes que confesar una mentira. Un elevado número de oficiales militares murió de este modo: *in extremis*, tal vez firmaban sus propias “confesiones”, pero no implicaban a otros. De acuerdo con Medvedev, los reclutas del NKVD, que tenían dieciocho años, “eran llevados a las salas de tortura, como se hace con los estudiantes de medicina que acuden a los laboratorios a ver las disecciones”.⁹⁵

Mientras tanto, Hitler seguía aprendiendo de Stalin, y viceversa. El NKVD estaba siempre dispuesto a aprender de la Gestapo y la SS; y lo mismo a la inversa. Himmler organizó el sistema de campos de concentración alemanes copiando a los soviéticos. Se construyeron muchos de estos templos de horror en Alemania, pero siempre hubo más y con una población mayor, en la URSS:

Como [...] demostraron Solzhenitsin y otros, los campos soviéticos formaban una gran serie de importantes islas territoriales en la extensión de la Unión Soviética [...] de muchos miles de kilómetros cuadrados. A semejanza de los campos nazis [...], los campos soviéticos pertenecían a muchas clases distintas. Estaba, por ejemplo, el campo especial para las viudas, los huérfanos y otros parientes de los oficiales militares masacrados; y había cárceles-orfanatos para los hijos de los “enemigos del pueblo”, que, probablemente, también serían juzgados y sentenciados.⁹⁶

Los campos soviéticos, al igual que los alemanes, tenían una función económica. Se trataba de un sistema esclavista, que, por la crueldad con que se administraban, se convertían en “campos de la muerte”. Mientras los soviéticos colocaron en los campos de Kolyma letreros que decían “El trabajo es cuestión de honor, valor y heroísmo”, los nazis colgaron sobre la entrada de Auschwitz uno que decía: “El trabajo hace la libertad”.

La violencia del NKVD en los campos no tenía límites. Hacían ejecuciones masivas con ametralladoras. El trabajo esclavo usado en las minas de la Unión Soviética convirtió al país en la segunda industria aurífera mundial, sólo después de la sudafricana. El trabajo era agotador y mataba al 10% de la población de los campos al año. Jornadas de dieciséis horas al día, sin días de descanso. La comida era mala y magra, los dormitorios miserables eran tiendas desgarradas por donde se filtraba el inhumano frío. Hacían falta sólo veinte días en un campo de estos para convertir a un hombre sano en una ruina física. A la muerte prematura en estos lugares, se sumaban los feroces castigos que los guardias daban a los prisioneros. Los peores criminales eran reclutados como guardianes y se encargaban, justamente, de impartir la violencia. Todo esto ocurría también en los campos nazis.

Entre 1936 y 1939, se calcula que murieron cuatro y medio millones de personas en los campos soviéticos. En total, en los campos estalinistas, murieron prematuramente más de 10 millones de personas. Los fusilamientos sumarios, en estos campos, alcanzaron el medio millón. Pese a los paralelismos, Hitler fue juzgado con más severidad que Stalin:

Los crímenes de Hitler atraían más la atención, en parte porque estaban más cerca de Occidente y, en parte, porque se hacía pública vanagloria de ellos, pero, sobre todo, porque una población cada vez más numerosa de intelectuales emigrados difundía las noticias pertinentes. En su condición de enemigo autoproclamado de la civilización, contrapuesta a la *Kultur*, Hitler fue el blanco natural de los escritores del mundo libre, incluso antes de asumir el cargo de canciller; y, una vez en el poder, procedió a confirmar su imagen de enemigo mortal de la intelectualidad. La quema pública de libros comenzó en marzo de 1933 y culminó en Berlín el mes de mayo, bajo la dirección de Goebbels, que repitió las palabras de Ulrich von Hutten; “Oh, siglo, oh ciencias, ¡qué alegría estar vivo!”. En Núremberg (1935) y Múnich (1937) se realizaron exposiciones de “arte degenerado”. Se presionó a los museos con el fin de que se desprendiesen de algunos cuadros: así, en el curso de la venta realizada en Lucerna, en junio de 1939, se vendieron a precios irrisorios obras de Gauguin y Van Gogh, mientras que *El bebedor de ajeno* de Picasso no encontró comprador. Se publicaron regularmente listas de emigrados a quienes se despojaba de su ciudadanía alemana. Entre ellos estaban [...] Albert Einstein, [...] Bertold Brecht, [...] Thomas Mann y veintenas de otras figuras famosas. Éstos, junto con miles de profesores universitarios y periodistas judíos y antinazis, que no podían ganarse la vida en Alemania y de hecho estaban obligados a emigrar, engrosaron el coro de los que trataron de denunciar las condiciones existentes en el Reich de Hitler.⁹⁷

De cualquier manera, Johnson no olvida que Hitler también tenía admiradores. Entre ellos, Lloyd George y el propietario del *Daily Mail*, Lord Rothermere. Además, Benedetto Croce, Jean Cocteau, Luigi Pirandello, Giovanni Gentile, James Buroham, W. B. Yeats, T. S. Eliot y Filippo Marinetti; Charles Maurras, Luis-Ferdinand Céline, Ezra Pound, Oswald Spengler y Martin Heidegger declararon su simpatía por el *Führer*.

Sin embargo, la mayoría de los intelectuales se inclinó a la izquierda y, por ello, condenó a Hitler y no a Stalin. A mediados de los treinta, el fascismo parecía una amenaza más inminente que el comunismo. Además de en Italia y Alemania, “había regímenes casi fascistas en España, Portugal, Polonia, Hungría, Austria, Turquía, Grecia, Rumania, Japón y muchos otros Estados; así como florecientes partidos fascistas casi por doquier”.⁹⁸

Mucha gente pensó que el único que sería capaz de parar a Hitler era Stalin. Esa misma gente creyó que era conveniente callar las atrocidades de la Unión Soviética. Además,

muy pocos [intelectuales], por lo menos durante esa etapa, tenían conciencia de la verdadera naturaleza del régimen. Sobre todo, los escritores judíos sabían poco o nada del violento antisemitismo de Stalin: ignoraban que había enviado a los campos a más de 600 escritores y a muchos (incluyendo a Isaak Bábel y Ósip Mandelshtam), a la muerte; que, casi seguramente, había asesinado a Máxim Gorki; y que, como Hitler, había retirado de la circulación millones de libros para quemarlos —aunque no públicamente—. ⁹⁹

Johnson cita algunas frases de intelectuales occidentales que defendían a Stalin. En ocasiones, por considerarlo el mal menor; en otras, simplemente, por ignorancia o autoengaño. Bernard Shaw sentenció: “No podemos concedernos el lujo de darnos aires morales cuando nuestro vecino más emprendedor [...] liquida humana y juiciosamente a un puñado de explotadores y especuladores con el propósito de que el mundo sea un lugar más seguro para los hombres honestos”. ¹⁰⁰

El escritor y político André Malraux hizo este extraño razonamiento: “Así como la Inquisición no afectó la dignidad fundamental del cristianismo, los procesos de Moscú no han debilitado la dignidad fundamental del comunismo”. Y el dramaturgo Brecht escribió:

Incluso en opinión de los más acerbos enemigos de la Unión Soviética y su gobierno, los procesos han demostrado claramente la existencia de conspiraciones activas contra el régimen, un cenagal de infames crímenes, cometidos por toda la resaca, doméstica y extranjera, todas las alimañas, los criminales y los informantes profesionales [...], esa chusma [...]. Estoy convencido de que ésta es la verdad. ¹⁰¹

El escritor alemán Lion Feuchtwanger presenció el proceso de Piatakov y escribió en *Moscú 1937*: “Nada justificaba suponer que había algo preparado o artificial en los procedimientos del juicio”. Claro está, amor con amor se paga y “Stalin ordenó que se tradujese inmediatamente la obra y se publicase en Moscú (noviembre de 1937). Un ejemplar fue puesto en manos del desdichado Bujarin la víspera misma de su propio proceso, lo cual vino a acentuar su desesperación”. ¹⁰²

El NKVD usaba textos y folletos de intelectuales occidentales favorables al estalinismo, para quebrar a sus opositores. Stalin también compró a muchos corresponsales de la prensa internacional y a algunos embajadores y personal de las embajadas en la URSS.

CAPÍTULO IX

SE DESENCADENAN LOS TITANES EN EUROPA Y ASIA

Jorge Federico Márquez Muñoz

El capítulo 9 de *Tiempos Modernos*, “El momento culminante de la agresión”, describe con dramatismo el paso de los años veinte a los treinta, el de la diplomacia financiera a la “jungla”. El capítulo se divide en tres partes:

- 1) el ascenso de los militares en Japón, la instauración del totalitarismo y la invasión a China;
- 2) la invasión de Mussolini a Abisinia;
- 3) el debilitamiento de la República Española por parte de la izquierda y la Guerra Civil.

El contexto internacional de estos acontecimientos está compuesto de los siguientes elementos:

- 1) La falta de voluntad de las democracias occidentales de frenar el apetito expansionista de los totalitarismos depredadores. Francia, por una parte, estaba económicamente debilitada, al grado de que sólo recuperó los niveles de productividad de 1929 en los años cincuenta; por si fuera poco, en el terreno internacional, mostraba su decadentismo mientras construía la línea Maginot, que manifestaba aislamiento y miedo. Por otra parte, a principios de los treinta, “los estadounidenses y los británicos estaban obsesionados por la economía”. Los estadounidenses contaban con un Ejército diminuto: “[Con] 132,069

oficiales y soldados, era apenas el decimosexto del mundo, con una fuerza menor que los de Checoslovaquia, Polonia, Turquía, España y Rumania”.¹ Peor aún,

en 1930, los estadounidenses persuadieron al semipacifista gobierno laborista de la conveniencia de firmar el Tratado Naval de Londres, que redujo a la Marina Real a un estado de impotencia que no había conocido desde el siglo XVII. El secretario de relaciones exteriores, Arthur Henderson, un utopista de convicción metodista que hablaba de “movilizar una diplomacia de la democracia”, defendió la decisión de suspender el trabajo en la proyectada base de Singapur y reducir los cruceros británicos a un total de sólo cincuenta, con el argumento de que Japón “se había comprometido definitivamente a resolver sus disputas apelando a medios pacíficos”.²

2) En tanto que las potencias democráticas se eclipsaban por voluntad propia de la escena internacional, los totalitarismos comenzaron a invisibilizarlas y a mirarse entre ellas, aunque interiorizaban con modos y tiempos distintos la competencia y el mimetismo:

Italia, Japón, Rusia y Alemania jugaron conjuntamente un juego geopolítico, con el propósito general de reemplazar el Derecho y los tratados internacionales por una nueva *Realpolitik*. Ninguno de estos Estados predatorios confiaba en los restantes; cada uno apelaba al engaño siempre que podía, pero cada uno aprovechaba las depredaciones de los restantes para acrecentar su propio botín y fortalecer su posición. Había competencia en el delito: el proceso en virtud del cual un Estado totalitario corrompía internamente a otro se extendió ahora a las relaciones exteriores [...].

La Rusia de Stalin era la más bismarckiana, contentándose con aprovechar la oportunidad cuando se le ofrecía; poseía paciencia suficiente para actuar con arreglo a escalas de tiempo geológicas, pues estaba convencida de que, a final de cuentas, todo sería suyo. Alemania era la más dinámica, animada como estaba por una escatología inminente, la cual, según pensaba Hitler, debía realizarse en el curso de su propia vida. La Italia de Mussolini era el chacal, que seguía el rastro de las grandes bestias y se apoderaba de los bocados que se le ponían al alcance de sus fauces.

Japón era la potencia más inestable, a la que agobiaba la visión de una real y auténtica hambre masiva. La crisis mundial había recortado los precios de su principal exportación, la seda cruda, en un 50%, y ahora andaba escasa de divisas para comprar arroz. Pese a todo, hacia 1934, estaba gastando 937 millones de yenes de un presupuesto total de 2,112 millones, casi la mitad, en su Ejército y Armada. Todos estos regímenes totalitarios padecían también los efectos de la depredación interna [...]. Por lo menos, en Alemania, Rusia e Italia, la dictadura estaba a cargo de pistoleros. En Japón, nadie se hacía cargo de la situación.³

- 3) La habilidad de los soviéticos de maniobrar para escalar tanto en el conflicto chino-japonés como la Guerra Civil española.

En cuanto al dinamismo mimético, destacan la falta de voluntad de Francia, Reino Unido y Estados Unidos de intervenir en los conflictos internacionales, lo cual, a la vez, fortaleció las siguientes díadas miméticas:

- 1) La existente al interior de Japón, que produjo un conflicto entre nacionalistas y liberales que terminó por aplastar a los segundos y convertirlos en chivos expiatorios. Después, esta categoría se extendería a prácticamente toda la población japonesa, que sufriría por los excesos del titanismo de sus líderes totalitarios y, también, de los de sus enemigos —China, EE. UU., Reino Unido, etcétera—.

- 2) La díada Japón-URSS que Stalin logró desviar hacia el conflicto Japón-China, en la cual ninguno de los dos ejércitos fue tan débil como para convertirse en víctima propiciatoria. La población china fue la sacrificada por el mecanismo de la indiferencia y utilización de terceros.

- 3) La desaparición de la díada al interior de China, entre Máo y Jiǎng, debido a la intervención japonesa, que produjo una alianza entre comunistas y nacionalistas. La nueva díada China-Japón permitió a Máo sobrevivir y convertirse en el líder de todos los ejércitos comunistas.

- 4) La díada chino-japonesa estaba infiltrada, desde ambos lados, por los soviéticos.

- 5) La díada mimética entre republicanos moderados y republicanos radicales y, posteriormente, entre franquistas y republicanos, en España.

Detrás de este conflicto estaban las grandes potencias depredadoras de la época: Alemania-Italia, que apoyaban a los nacionalistas, y la URSS, que hacía lo propio con los republicanos. Aquí, la población en general se convirtió en la víctima inmolada, aplastada entre los pies de los titanes combatientes. Dicha población sería machacada, también, por el mecanicismo de indiferencia y utilización de los terceros.

En cuanto a las manifestaciones de la “marca de lo sagrado”, cabe mencionar que, prácticamente, todas funcionaron mal. Respecto a las potencias democráticas, el *katéchon* de las relaciones internacionales falló por la renuncia a intervenir en la escena internacional, tanto en materia diplomática como económica. El de las buenas relaciones internacionales, cooperativas y enfocadas a la paz y la prosperidad, desapareció. Esto ocurrió en la forma de apaciguamiento en Reino Unido; aislacionismo y xenofobia por la inmigración y el comercio japoneses, en Estados Unidos; y decadentismo, en Francia.

En cuanto a los totalitarismos, el *katéchon* económico fracasó, pues no lograron salir de la crisis, especialmente dramática, en Italia y Japón. Allí, al igual que en Alemania y la URSS, se minaron, deliberadamente, los *katéchones* del Estado de Derecho, la democracia liberal y la axialidad, con la finalidad de instaurar el totalitarismo que consiste en el uso arbitrario del aparato de justicia, la concentración del poder, la no renovación de quienes lo ejercen y la culpa colectiva. Japón e Italia apostaron, entonces, por resolver los problemas de legitimidad política, mal funcionamiento del gobierno y crisis económica mediante un solo *katéchon*: el del imperialismo totalitario.

El expansionismo japonés, así, se vio impulsado por dos cambios de reglas en 1930, ambos, producto de la visión racista antinipona de los estadounidenses: 1) el Tratado Naval de Londres de 1930, que relegaba la alianza entre Reino Unido y Japón y establecía una muy estrecha entre Estados Unidos y el primero; 2) la Ley Smoot-Hawley, que impuso tarifas aduaneras, las cuales, en los hechos, destruyeron el comercio de Estados Unidos con Japón.

A mediados de septiembre de 1931, “el alto mando militar japonés urdió la crisis en Manchuria, en un episodio que desembocó en invasión, contraviniendo las órdenes explícitas del gabinete civil de Tokio”. Sin embargo, el gabinete civil se rindió y “respaldó el golpe militar al mismo tiempo que creó un nuevo Estado títere, denominado Manchukuo”.⁴

Estados Unidos se quejó de la invasión japonesa a China, pero no hizo nada más. Lord Lytton, dirigente de la Liga de las Naciones, logró que se iniciara una investigación acerca de la guerra cuyos resultados criticaron la política expansiva de Japón. “La única consecuencia fue que Japón abandonó

la Liga, el 27 de marzo de 1933". Irónicamente, muchos de quienes pidieron una intervención armada, como *Lord Robert Cecil*, eran las mismas personas que habían promovido el desarme.

El primer ministro británico, Stanley Baldwin, declaró que, si se imponía un boicot contra Japón, éste se adueñaría, sin dificultad, de las posesiones británicas del Lejano Oriente —Singapur y Hong Kong—. Además, según Baldwin, en caso de enfrentarse a los japoneses, no sacaría más apoyo de los estadounidenses que “palabras, palabras grandilocuentes, pero nada más que palabras”.

Militarmente, Estados Unidos y Gran Bretaña, aún en ese momento de debilidad, poseían, de un modo combinado, suficiente fuerza para frenar a los japoneses. Mas se trataba de un planteamiento impensable, dado el aislacionismo estadounidense. El presidente Roosevelt, aún más aislacionista y racista que sus antecesores, no hizo sino catalizar el conflicto con los japoneses. Cuando

recibió el poder de manos de Hoover, agravó todavía más la situación. Hoover había contribuido a planear una conferencia económica mundial, que debía celebrarse en Londres, en junio-julio de 1933. Es posible que este encuentro hubiera permitido convencer a las potencias “pobres” de que había otros caminos, además de la guerra, para sobrevivir. El 3 de julio, Roosevelt torpedeó la conferencia. Después, no se hicieron esfuerzos reales con el fin de crear una estructura financiera estable que permitiese resolver las disputas mediante la diplomacia. Durante los años veinte, el mundo había sido dirigido por el poder del dinero. En los años treinta, se vio sometido al arbitrio de la espada.⁵

El imperialismo de Japón en China se convirtió en una larga liminalidad; la intervención italiana en Abisinia tuvo un alcance limitado y no resolvió ninguno de los problemas internos de Italia; la Guerra Civil española, por su parte, no trajo beneficios relevantes ni a la URSS ni a Alemania-Italia.

El *katéchon* internacional tendía a convertirse en una jungla, en la medida en que las potencias occidentales carecían de voluntad para resistir el avance de los autoritarismos. Francia, Reino Unido y Estados Unidos, desarmados, al tiempo que Alemania, Japón e Italia se radicalizaban. Peor aún, los totalitarismos depredadores comenzaron a imitarse entre ellos y a medir las reacciones de occidente mediante la experiencia de otros.

En 1931, Japón consideró militarmente débiles a Estados Unidos y Gran Bretaña, por lo que decidió invadir China. La reacción occidental confirmó la visión de los japoneses: quejas internacionales, actos simbólicos, nada más.

De cualquier manera, cabe anotar la responsabilidad de Roosevelt: Japón invadió China porque el presidente estadounidense cerró las puertas a los japoneses en materia comercial, migratoria y diplomático-militar. Decepcionada por la cerrazón estadounidense y el abandono de los británicos, la élite nipona se fue alejando de los modelos democráticos para acercarse al modelo nazi.

El totalitarismo se impuso en Japón de un modo distinto a lo ocurrido en Europa. En ambos casos, se trataba de gran concentración del poder, de violación de la división y segmentación de poderes, persecución de los opositores, arbitrariedad en la aplicación de la ley, responsabilidad colectiva, chivos expiatorios como sustituto a la solución real de los problemas... con un enorme contraste: mientras que en Alemania Hitler estaba a cargo, en Italia lo estaba Mussolini y en la URSS las decisiones recaían en Stalin; en cambio, en Japón el gobierno parecía un caos, donde nadie “estaba a cargo” ni tenía “responsabilidad individual”, donde se tomaban las decisiones más aventuradas sin que nadie las cuestionara. La élite nipona elegía la audacia, pero, paradójicamente, lo hacía por temor. El clima de traición y violencia impuesto en el sistema político nipón desde inicio de los años treinta no daba pie a la reflexión:

La conspiración manchuriana de 1931 demostró que los militares podían usurpar la adopción de decisiones y permanecer impunes. Los asesinatos —en 1932— del primer ministro, el ministro de finanzas y de importantes industriales, señaló el fin efectivo del gobierno parlamentario. En diciembre de 1933, el propio Tenno estuvo a un paso de ser asesinado, tras lo cual lo dominó el terror. La figura más influyente de Japón durante los años 1931-1934 fue el general Sadao Araki, ministro de guerra y feroz ideólogo del *bushido*, que encabezaba una juventud de estilo hitleriano y era uno de los principales representantes del nuevo *shintó* totalitario. En un país europeo, casi seguramente, se habría convertido en dictador y, por lo tanto, creado un foco centralizado de decisión y responsabilidad. Mas, en un país que, en teoría, estaba gobernado por un hombre-dios viviente, se reprobaba el liderato individual y se lo castigaba con el asesinato. Incluso el japonés más autoritario —en realidad, especialmente el más autoritario— se adhería al gobierno del clan o el grupo y las pequeñas oligarquías se reunían y discutían en secreto, adoptando decisiones colectivas que disimulaban la responsabilidad individual. Era un sistema que alentaba, simultáneamente, la temeridad física y la cobardía moral y que sofocaba la conciencia individual.⁶

Johnson explicita el desarrollo hacia el totalitarismo japonés:

- 1) En 1934, los libros de Tatsukichi Minobe, la figura liberal y constitucionalista más respetada en Japón, fueron quemados en público por los militares. Desde la década de 1860, británicos y estadounidenses se habían esforzado por inculcar la tradición liberal en Japón, con cierto éxito. Dicha tradición

la sostenía y personificaba el profesor Tatsukichi Minobe, autoridad en Derecho constitucional de la Universidad Imperial desde 1902 y par del Japón por designación imperial. Sus tres obras fundamentales acerca de la constitución japonesa lo convirtieron en el mentor del liberalismo parlamentario japonés, las cuales fueron blanco del odio especial de los devotos del *shintō* totalitario. Los ataques al anciano profesor, que sostenía que la Ley existía para proteger al individuo en la sociedad y que ésta era superior al Estado, fueron cada vez más duros, a medida que se agravaba la impunidad de los actos ilegales en Japón, sobre todo, cuando Hitler surgió triunfante en Alemania para gobernar al margen del Derecho constitucional y en actitud de desafío a los pactos internacionales. El 19 de diciembre de 1934, Japón denunció el Tratado Naval de Londres y siguió a Hitler por la vía del rearme irrestricto. El 16 de marzo de 1935, Hitler repudió el Tratado de Versalles. El 25 de abril, los principales miembros de las fuerzas armadas japonesas trasladaron los libros de Tatsukichi al techo del Club Militar de Tokio y los quemaron públicamente.⁷

- 2) El Ministerio de Justicia estableció un criterio preaxial donde el individuo no vale nada y el Estado lo es todo. Era una filosofía que pretendía generar unidad, pero ni siquiera la élite estatal era homogénea; por el contrario, el gobierno no hacía sino agrupar facciones en pleito, de clanes oligárquicos.

El *katéchon* del Estado de Derecho y la axialidad fue sustituido por “una tosca forma de hegelianismo, que se convirtió en doctrina oficial y fue enseñada en los servicios y las escuelas”. El Ministerio de Justicia elaboró un resumen oficial:

En la mente japonesa no ha existido una concepción del individuo contrapuesto al Estado [...]. En la base de los tipos occidentales de ideas existe un concepto individualista de la vida que considera a los individuos como entidades absolutas, independientes [...], el patrón de todos los valores y ellos mismos los valores más altos. [Sin embargo] los seres

humanos, si bien tienen vida y existencia independientes, en un sentido más profundo dependen del conjunto y viven en una situación de mutua relación unos con otros. Se originan en el Estado, éste los mantiene y ellos se educan en la historia y las tradiciones del Estado. Los individuos pueden existir únicamente como eslabones de una vasta e infinita cadena de la vida que es el Estado; son eslabones a través de los cuales se transmite a la posteridad la herencia de los antepasados [...]. Los individuos participan del más elevado y el más grande de los valores cuando sirven al Estado.⁸

Aquí regresamos al debate sobre si el Japón totalitario estableció un holismo o solamente logró implantar un falso holismo. Paul Johnson no deja lugar a dudas: se trataba de falsedad, de una

forma filosófica [que] había sido importada de Europa, además de engañosa, porque los japoneses que se adherían más enfáticamente a ella eran los primeros que desobedecían y atacaban al Estado cuando las medidas que éste adoptaba no se sometían del todo a su control. Sea como fuere, el Estado no era una entidad, sino una reunión de facciones que guerreaban entre ellas y que apelaban al asesinato como árbitro. La designación de militares en los ministerios no resolvía el problema: se los asesinaba lo mismo que a los civiles. Tampoco servía como protección la táctica de adoptar colectivamente las decisiones: los pistoleros desarrollaron la técnica del asesinato colectivo. Además, los militares estaban tan divididos como los partidos civiles.⁹

Una vez establecido el totalitarismo en Japón, comenzó el diseño de la política exterior expansionista. Al respecto, surgieron importantes diferencias entre la Armada y el Ejército e, incluso, al interior del Ejército. Había muchas dudas sobre la expansión misma, pocos planes generales; no había estrategias, solo tácticas. A la vez, muy pocos protestaban, pues cualquier duda se consideraba traición en una atmósfera de miedo. Así:

La Armada deseaba una política “hacia el Sur”, que llevara la expansión a las colonias y las islas del Lejano Oriente, las posesiones de los holandeses, los franceses y los británicos, donde abundaban las materias primas —sobre todo, petróleo, que faltaban en Japón—. El Ejército quería expandirse hacia el continente asiático, aunque también éste se hallaba dividido entre los “norteños”, que deseaban desarrollar a Manchuria y atacar a Rusia, y los “sureños”, que ansiaban apoderarse de las ciudades

chinas e internarse a lo largo de los grandes valles fluviales. Ninguno de estos hombres ni de los políticos civiles que los acompañaban extrañó las consecuencias lógicas de sus propios planes. Eran todos tácticos brillantes, pero ninguno estratega. Todos poseían notables ideas acerca del modo de desencadenar la guerra; pero, del primero al último, desde 1931 hasta la hora de la amarga derrota en 1945, ningún japonés, civil o militar, pensó con sentido realista cómo terminaría probablemente la guerra. ¿Cómo hubieran podido hacerlo? Que se llegara a saber que alguien sostenía la posibilidad de que, en ciertas circunstancias, hubiera que afrontar la derrota, equivalía a ver amenazada la propia vida. Si el debate estaba inhibido por el miedo físico, pues se modificaba la orientación política mediante la masacre, el cálculo frío —la esencia de la *Realpolitik*— era imposible. La verdad es que, a medida que avanzó la década de 1930, Japón estuvo gobernado y sus actitudes, determinadas, no por un auténtico sistema de gobierno, sino por una anarquía basada en el terror.¹⁰

El párrafo anterior nos lleva a preguntarnos si se perdió, en esta atmósfera de terror, la capacidad del desarrollo de la conciencia. Aclaremos, en primer lugar, qué entendemos por “conciencia”:

- 1) la metáfora de que existe un espacio interno en el cuerpo, donde se mueve un “Yo” imaginario o análogo en una secuencia;
- 2) lo que permite “narratizar” de manera imaginaria, colocarnos en situaciones inexistentes a través de la imaginación;
- 3) algo que hace posible observarnos, desde afuera, a nosotros mismos;
- 4) la facultad de racionalizar, calcular las consecuencias de nuestras acciones y, por lo tanto, de responsabilizarnos individualmente de ellas;
- 5) la capacidad de percatarnos de que el chivo expiatorio es solamente un mecanismo social, no la verdadera causa de nuestros problemas.

No sería extraño que una pérdida de conciencia sucediera, dado que de por sí “el cerebro automático” o “cerebro mimético” se hace cargo de nuestros actos y decisiones en gran cantidad de ocasiones. El “cerebro automático” es un término que sintetiza, en la teoría mimética, las nociones de “imitación preconscious”, “prereflexiva”, “preindividual” o “preintencional”. Paralela-

mente, todo esto tiene relación con la neurociencia y la psicología que habla del “nuevo inconsciente”, en los estudios de autores como Michael Harré, Terry Bossomaier, Allan Snyder, Tanya Chartrand, Amy Dalton, Stephen L. Macknik, Susana Martínez-Conde y Sandra Bakeslee. Para comprender el cerebro mimético o inconsciente, partamos de que

la mayor parte de nuestra vida mental y de nuestra conducta es una combinación de procesos conscientes e inconscientes que se apoyan simbióticamente. [...] La mente consciente sobre la base de estructuras preexistentes del cerebro, que eran inconscientes.

El cerebro automático realiza el 90% de todo lo que el individuo hace, sin que siquiera se percate y sin importar si se está despierto o no. Los circuitos inconscientes del cerebro pueden procesar 200,000 veces más información que la mente consciente. Ésta se limita a la corteza cerebral, una capa de 1 mm de espesor que envuelve al cerebro.

No sabemos cómo nos cepillamos los dientes ni cómo caminamos: el cerebro se encarga automáticamente. No podemos lidiar conscientemente más que con un puñado de piezas de la realidad al mismo tiempo. Suprimimos aquellas cosas a las que no les ponemos atención. No nos percatamos de que hay enormes porciones del mundo que volvemos invisibles con el mero acto de prestar atención a un objeto o una tarea particular.¹¹

El contrario del cerebro automático es la conciencia, el raciocinio que por lo regular aparece ante nuevas situaciones, que nos hace más flexibles, pero también más lentos:

El uso de la mente consciente consume mucha energía. Es por ello que el cerebro intenta, la mayor parte del tiempo, arreglárselas sin la mente consciente [...]. El cerebro automático es más rápido que nuestra conciencia y funciona bastante bien. Cuando nuestra mente se acostumbra a conducir un automóvil es menos probable que tengamos un accidente de lo que sería si condujéramos conscientemente.

Sin embargo, esto tiene un costo. Hay todo tipo de brechas en la percepción. Se trata de confabulaciones que nuestros cerebros arman para que podamos existir. Eso es más fácil que intentar formarse una representación real del mundo. La mente sólo aparece ahí donde concentramos nuestra atención en forma consciente.¹²

Según la teoría mimética, el cerebro se divide en tres partes: el primer cerebro, el de la razón; el segundo, el de las pasiones —el de la inteligencia emocional—; y el cerebro mimético o tercer cerebro:

los cerebros primero y segundo son [...] atraídos por el tercer cerebro. Según la tonalidad de la relación, entonces, según que el otro sea percibido como modelo, rival u obstáculo, la calidad de [...] la relación mimética repercute en los efectos del cerebro cortical y límbico: entrará en el armario del primer cerebro para acomodar las justificaciones y racionalizaciones económicas, políticas, morales o religiosas y, en el vestuario del segundo cerebro, para vestirse con las emociones, los sentimientos y estados de ánimo.¹³

El cerebro mimético es la base de las relaciones interindividuales. También es lo que facilita el surgimiento de la conciencia y las adaptaciones del sujeto al mundo, a los otros y a su cultura. Oughourlain resume las características del tercer cerebro, mismas que parecen acercarse a las del cerebro automático:

la imitación es el primer eslabón, el punto de partida de las relaciones interhumanas. Es por imitación que se alcanzan las relaciones con el otro y la gradual integración del recién nacido en la Humanidad.

Es la propiedad mimética de los cerebros, representada por las neuronas espejo, lo que está en el origen de la empatía, gracias al reconocimiento reflejado del otro como un como yo, mi *alter ego*. Es la empatía lo que hace posible descodificar y compartir emociones y sentimientos.

Es por medio de un mecanismo mimético innato que el cerebro humano aprende, entiende e integra todo lo que ofrece el otro, los demás y la cultura en la que está inmerso [...].

Finalmente, debemos enfatizar el hecho de que el sistema de espejos de los observadores refleja la intención de la acción que está presenciando, incluso si no se completa. Enganchado a la misma longitud de onda, por así decirlo, el cerebro del observador adivina la intención del otro, es decir, el deseo, y se modela sobre él, incluso si el gesto está inacabado o si la mano alcanza un objeto oculto (una pieza de alimento colocada detrás de una pantalla y que el sujeto no ve así cuando la mano del experimentador se sumerge detrás de la pantalla).¹⁴

Más aún, como demostró Julian Jaynes, es normal, tanto en la historia de las personas como en la de las sociedades, que, en momentos de mucho estrés, el “cerebro automático” o “cerebro mimético” tome el control de nues-

tras decisiones.¹⁵ ¿Es posible que esto le hubiera sucedido a los nipones, sobre todo, a aquellos que tomaban decisiones, en medio de un ambiente de terror?

De regreso a Paul Johnson y para poner mayor énfasis en el ambiente de terror que se vivía, recordemos que, en 1935, “la limpia” alcanzó incluso al Ejército:

El 12 de agosto de 1935, la lucha de facciones se extendió a las fuerzas armadas, cuando el general Tetsuzan Nagata, jefe del Buró de Asuntos Militares, fue muerto a sablazos por un coronel extremista llamado Saburō Aizawa, quien declaró durante su proceso: “No alcancé a despachar a Nagata con un golpe de mi espada, por lo cual, en mi carácter de instructor de esgrima, me siento amargamente avergonzado”. No se sentía avergonzado de nada más: usó su prolongado proceso para desplegar una violenta propaganda contra el régimen.¹⁶

Los golpistas fueron detenidos y, para enojo de los radicales, en las elecciones del 20 de febrero de 1936, los liberales obtuvieron importantes triunfos parlamentarios al tiempo que los “constitucionalistas” japoneses se acercaban a los estadounidenses. Cinco días después de las votaciones,

se ofreció una fiesta en la residencia del embajador estadounidense Joseph Grew. Sordo, es un aspecto característico de las dificultades del desempeño en Japón, ya que, durante las grandes audiencias que le concedía el Tenno, Grew no podía oír una sola palabra de las que el intérprete pronunciaba, pues era una ofensa imperdonable hablar más alto que un murmullo en presencia del emperador. Empero, la esposa de Grew, nieta del famoso comandante Perry, hablaba perfectamente el japonés y por su casa desfilaban todas las figuras del constitucionalismo japonés. Esa noche, entre sus invitados estaban el almirante Saitō Makoto, que era el custodio del Sello Privado, y el chambelán, almirante Kantarō Suzuki.¹⁷

Los militares radicales no pudieron esperar más y, al siguiente día, en la mañana, 1,500 hombres de la Guarnición de Tokio, guardias, regimientos de especiales de infantería y unidades de artillería, llevaron a cabo un golpe de Estado, digno de Lenin:

Ocuparon los tribunales, el edificio de la Dieta, los cuarteles generales del Ejército, la Armada y la policía; y rodearon el Palacio Imperial. Pelotones de asesinos, armados con espadas —por el honor— y con metralletas Thomson —en pro de la eficacia— fueron enviados a las residencias de

los principales miembros del gobierno. Makoto fue asesinado. La misma suerte corrieron el jefe de educación militar y el ministro de finanzas. Suzuki fue herido, pero lo salvó el heroísmo de su esposa. El primer ministro, almirante Okada, uno de los principales objetivos, porque acababa de anunciar que las elecciones implicaban el retorno al régimen constitucional, también salvó la vida gracias a su esposa, que lo encerró en un armario, mientras que el grupo de asesinos ametralló por error a su hermano. El objetivo supremo de la conspiración era asesinar y sustituir al emperador, pero también él sobrevivió. Cuatro días después, los guardias navales e imperiales obligaron a rendirse a los amotinados. Trece de los principales rebeldes fueron juzgados de prisa y ejecutados en secreto y sólo dos cometieron *hara-kiri*, aunque a todos se les ofreció la oportunidad [...].

Todos los participantes (las víctimas, sus colegas, el emperador, los altos jefes de la Armada y el Ejército, la policía, los guardaespaldas y, sobre todo, los propios asesinos) se comportaron del modo más pusilánime y cobarde. Las únicas excepciones fueron las despreciadas mujeres, las esposas y las criadas de los ministros, que demostraron un nivel extraordinario de coraje y gran fertilidad de recursos.¹⁸

¡Muertos los golpistas!, ¡muertas las figuras liberales! Avanzaban los radicales. En estos acontecimientos vemos rasgos de preaxialidad, de holismo y de pensamiento sacrificial. Sin embargo, en las últimas líneas de la cita anterior, nos vemos enfrentados a la duda: ¿se trataba de holismo o de falso holismo, de pensamiento sacrificial y preaxialidad auténticos o de simulaciones? Era un ambiente que forzaba a los hombres a ser temerarios y en apariencia lo eran, pero no parecían del todo convencidos. Detrás de la cortina de dignidad y valentía, se escondían el miedo y la cobardía. Como ha mostrado la TM, cada vez que, en el rito sacrificial se duda sobre la justicia y la necesidad de la violencia ahí ejercida, comienza la desmitificación y el ritual pierde su eficacia.

Ahora que se conocen los detalles del golpe, está claro que fue promovido desde Moscú y que Stalin se benefició de dos formas: evitó un ataque de Japón a la URSS y, con la invasión, los nacionalistas y los comunistas chinos hicieron un frente común, lo cual benefició, en mayor medida, a Máo, entonces aliado de los soviéticos. El manifiesto de los golpistas no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que se trataba de un grupo de comunistas:

“muchas personas que persiguen sobre todo amasar riquezas materiales para beneficio personal, menospreciando el bienestar general y la pros-

peridad del pueblo japonés [...]. El *Genro*, los principales estadistas, las camarillas militares, los plutócratas, los burócratas y los partidos políticos son todos traidores que están destruyendo la esencia nacional”. Los jóvenes oficiales comprometidos en el golpe estaban dispuestos a introducir en Japón una forma de comunismo, es decir, una mezcla de marxismo y *Kōdōha* (el “modo imperial”), con un emperador títere comunista.¹⁹

El agente soviético Richard Sorge, quien espiaba a los nazis, informó a Moscú lo conveniente del motín, debido a que favorecería la política soviética. Lo anterior, porque “llevaría a alejarse de la táctica *norteña* de enfrentamiento con Rusia a lo largo de la frontera de Manchukuo y promovería una ulterior penetración en China”.²⁰

Para Stalin, el golpe era una buena noticia. Una guerra total entre China y Japón hacía improbable un ataque a las vulnerables bases rusas en Oriente y, probablemente, “obligaría a Jiǎng y al Guómíndǎng a zanjar sus diferencias con los comunistas chinos y formar un Frente Popular, apresurando de ese modo el momento en que la totalidad de China se incorporaría al bloque soviético”.²¹ Eso fue justo lo que sucedió:

Los amotinados habían reclamado una política militar japonesa más activa y proponían una salida “hacia el Norte”. Después de ahorcar a los amotinados, el régimen militar japonés se apresuró a adoptar cobardemente ese activismo, pero —como Sorge lo había sospechado— le infundió un sesgo “sureño”. De todos modos, no hay pruebas de que Japón haya deseado nunca una guerra total con China. Más bien lo contrario. Su política era exhibir la apariencia de amigo oriental de China, su “protector” y “hermano”, y alcanzar sus fines mediante el comercio, la diplomacia, la presión y la propaganda. La única gran potencia interesada en una guerra chino-japonesa era la Unión Soviética; y la única entidad china que podía beneficiarse con esa guerra era el Partido Comunista Chino.²²

9.1 China: ¿vaca lechera o tumba para los nipones?

La invasión japonesa se trató de una campaña brutal, liminalidad que no era capaz de construir un nuevo orden. También fue un giro afortunado para Máo y los comunistas, cuyo ejército, en el verano de 1934, estaba a punto de ser acabado por el ejército del Guómíndǎng, gracias al buen desempeño de Jiǎng y sus asesores alemanes, Von Seeckt y Von Falkenhausen. Durante el

otoño, los señores de la guerra comunistas comenzaron “La Larga Marcha”, con la finalidad de huir del ejército de Jiǎng. Los comunistas, lejos de admitir que se trataba de una retirada, dijeron que su finalidad era combatir a los japoneses en el Norte:

Algo más relevante ocurrió, empero, durante la “Larga Marcha”: Máo tomó por primera vez el control de las más importantes fuerzas comunistas. Con esa posición, comenzó la purga de sus enemigos. Al comandante nominal de los comunistas, Zhāng Guótāo, se le acusó de la herejía de “escapismo”, porque se alejó del ejército de Máo. En adelante, “Máo podía acusar a sus competidores comunistas de inclinación a convertirse en señores de la guerra y concentrar en sí mismo todo el poder militar y político”.²³

En 1937, Máo y Jiǎng se unieron para repeler a los japoneses. La guerra comenzó en un incidente en el puente Marco Polo, en Běijīng, instigado por provocadores prosoviéticos.

A finales de 1936, cuando “La Larga Marcha” estaba llegando a su final y Máo había consolidado su poder, Stalin impulsó su política de Frente Popular, promoviendo la unidad de los comunistas y nacionalistas chinos para luchar contra Japón. Al inicio Máo se negó, pues quería a toda costa fusilar a Jiǎng, pero, por instrucciones de Stalin, cambió de parecer:

Durante una visita al frente norte, hacia fines de 1936, Jiǎng fue arrestado en el curso de un misterioso episodio denominado el “Incidente de Xi’an”; se procedió a revisar sus papeles y Zhōu Ēnlái pudo leer los diarios de Jiǎng, que demostraban la fiera de sus sentimientos anti-japoneses. Así, Máo se dejó convencer y, el 1 de marzo de 1937, había regresado a su anterior nacionalismo, declarando a su visitante, Agnes Smedley: “Los comunistas de ningún modo atan sus puntos de vista a los intereses de una sola clase en un momento dado y sí, en cambio, se preocupan apasionadamente por el destino de la nación china”.²⁴

Máo sabía muy bien que la cohesión política depende de tener a un enemigo temible, alguien que asuste a los tuyos, que los atemorice y produzca odio al punto de convencerlos de que obedecer ciegamente es lo mejor. El líder comunista comprendió —de la mano de Stalin— que los invasores extranjeros cumplían ese papel mejor que los nacionalistas de Jiǎng:

El 5 de julio de 1937, los comunistas chinos y el KMT firmaron un acuerdo práctico. Dos días después, la noche del 7 de julio, sobrevino el primer “incidente” entre el KMT y las fuerzas japonesas en el puente Marco Polo, a las afueras de Běijīng, donde los primeros disparos pro-

vinieron del lado chino. El desarrollo paulatino de este episodio llevó a la guerra total. Es significativo que los comandantes enfrentados, Sòng Zhéyuán, comandante en jefe del KMT en China del Norte, y el general Gun Hashimoto, comandante en jefe japonés, mantuvieran relaciones amistosas e hicieran todo lo posible para echar tierra al asunto. Mas los repetidos e inexplicables actos de violencia demostraron claramente que alguien estaba provocando de manera intencionada un conflicto en gran escala. El general Hé Yingqīn, ministro de guerra del Guómíndǎng en 1937, se mostró siempre firmemente convencido de que el incidente había sido obra de los extremistas militares japoneses, el mismo grupo que había provocado el motín de Tokio el año precedente. Sin embargo, los oficiales japoneses que presenciaron el incidente del puente afirmaron por entonces que la violencia había sido obra de elementos subversivos en las fuerzas chinas y, después del triunfo de Máo en la posguerra, dijeron estar convencidos de que los agentes comunistas chinos, que actuaban siguiendo las instrucciones soviéticas, habían provocado la guerra.²⁵

La URSS, en constante tensión con China y Japón, fue la mayor beneficiaria de la guerra chino-japonesa. De hecho, el Ejército japonés quedó tan expuesto que, cuando Zhúkov lo enfrentó en la batalla del lago Jasán, también conocido como Incidente de Changkufeng (1939), el soviético le propinó su primera derrota de los tiempos modernos.

En 1937, Máo había establecido ya un imperio militar de campesinos al norte de China, usando la guerra de guerrillas. Sobre el beneficio de la invasión japonesa para los comunistas chinos, el propio Máo fue muy claro. En el otoño, cuando la guerra ya era incontrolable, dijo a sus generales:

El conflicto chino-japonés nos ofrece a los comunistas chinos una excelente oportunidad de expansión. Nuestra política es dedicar el 70% de nuestro esfuerzo a ese propósito, el 20% a enfrentar al gobierno y el 10% a combatir a los japoneses. Esta política debe aplicarse en tres etapas. Durante la primera etapa debemos trabajar con el KMT para asegurar nuestra existencia y nuestro crecimiento. Durante la segunda etapa debemos alcanzar la paridad de fuerza con el KMT. Durante la tercera penetraremos profundamente en regiones de China para organizar bases que permitan contratacar al KMT.²⁶

Si bien los comunistas y los nacionalistas usaban la bandera del patriotismo para encender a los chinos en contra de los invasores nipones, en realidad, tanto Máo como Jiāng huían de la guerra. Mientras los japoneses llevaban a

cabo la destrucción, la matanza y el saqueo en gran escala, Jiǎng se refugió, con su ejército, en la China profunda, en Chóngqìng. Máo permaneció en el noroeste para evitar los encuentros a gran escala con los japoneses. Con su guerra de guerrillas estableció un imperio militar y político entre los campesinos.

La invasión a China provocó el repudio verbal de Estados Unidos, pero nada más. El *katéchon* de las relaciones internacionales fallaba, lo cual contribuía a la liminalidad en China. Que no había límites a la violencia quedó en claro durante “la violación de Nánjīng”, entonces capital de China.

Mientras los radicales japoneses se regodeaban haciendo matanzas, abusando, saqueando, torturando y destruyendo China, en Japón, crecía la represión interna, se imponía la ley marcial y la economía de guerra, es decir, el hambre.

La capital de China, Nánjīng, cayó en diciembre de 1937. El comandante japonés, Iwane Marsui, parecía querer instaurar un *katéchon*. Dijo, al entrar a la ciudad: “Marcho al frente no a combatir a un enemigo, sino en el estado de ánimo de quien se propone pacificar a su hermano”. En realidad, en cuanto

el Ejército [nipón] entró en Nánjīng, los oficiales extremistas se adueñaron del control. A lo largo de cuatro semanas, las calles de la ciudad presenciaron una de las más sangrientas masacres de la historia. De acuerdo con el relato de un testigo ocular, los hombres, mujeres y niños “fueron cazados como conejos. Se disparaba a todo lo que se movía”. Unos 20,000 civiles chinos en edad militar fueron llevados fuera de la ciudad y asesinados a bayonetazos o con ametralladoras [...]. Incluso un informe oficial de la embajada nazi describía las escenas como “la obra de una máquina bestial”. Las atrocidades merecieron la atención amplia de los diarios del mundo entero.²⁷

La brutalidad en China tenía su correlato en la represión en Japón. El Estado-Monstruo crecía en sus facetas clásicas: centralización del poder para controlar la economía, para la toma de decisiones y para la represión.

En cuanto al primer punto, a principios de 1937, se había ya impuesto una “economía de guerra total”, que incluía el control gubernamental del trabajo, los precios, los salarios y las decisiones industriales:

De hecho, muchas firmas estaban a cargo de comités oficiales, a menudo dirigidos por militares. Mientras el Ejército ocupaba las grandes ciudades chinas y remontaba el curso de los ríos, adueñándose rápidamente de

todos los centros industriales, se formó una junta, constituida principalmente por oficiales militares, que asumió la dirección de la economía china. No obstante, estos hombres no sabían cómo ganar la guerra ni terminarla, o incluso para qué guerreaban. ¿Se trataba de promover la prosperidad de Japón? Se obtuvo el resultado contrario. Hugh Byas, corresponsal del *The New York Times* en Tokio, informó, el 31 de julio de 1938: “Japón ha llegado al punto en que una cerilla y la piel de una rata representan factores económicos importantes para la continuación de la guerra contra China” [...]. Se curtían las pieles de rata con el fin de obtener un reemplazo del cuero. Artículos importantes como el algodón crudo, el lienzo, los productos químicos, el cuero, los metales, el petróleo, la lana y el acero habían desaparecido del mercado. Era imposible comprar pasta dentífrica, chocolate, goma de mascar, pelotas de golf y sartenes. Todo lo que contenía hierro era “más escaso que el oro”.²⁸

En cuanto a la centralización de la toma de decisiones, en marzo de 1938, la Dieta abdicó al aprobar una ley que depositaba “todo el poder en manos de los generales y los almirantes”. Respecto a la represión a la oposición, ésta fue tan eficaz que, de hecho, dejó de existir o, al menos, no se manifestó más.

9.2 Mussolini imita y avanza

Como hemos visto, el *Duce* se inspiró en Lenin para llevar a cabo su *Putsch*. A la vez, el italiano inspiró a Hitler, quien tenía en su Casa Parda de Múnich un gran busto de Mussolini. En un folleto de 1935, de hecho, Goebbels “reconocía detalladamente la deuda contraída por los nazis con el fascismo italiano”. El mimetismo, en este caso, Paul Johnson lo describe como “proceso de corrupción mutua”.

Tiempos Modernos nos recuerda que, al inicio, Mussolini despreciaba a Hitler. El líder ítalo se consideraba a sí mismo un hombre culto y civilizado y veía al austríaco como un “vagabundo vulgar y un pistolero peligroso”. Más aún, el *Duce* advirtió a las potencias occidentales el peligro que significaba el nazismo. Le desagradaba el antisemitismo, pues en Italia había

una comunidad judía pequeña, bien integrada y muy respetada. Mussolini debía mucho a los judíos, especialmente a una de sus mentores socialistas, Angélica Balabánova; a Enrico Rocca, fundador del fascismo romano; y a Gino Arias, teórico del corporativismo italiano. De ahí que el racismo de Hitler al principio repugnase a Mussolini. Por otra parte,

percibió los posibles peligros del nazismo antes incluso que los franceses y mucho antes que los británicos. En 1934, afirmó que el nazismo era “ciento por ciento racismo. Contra todo y contra todos: ayer, contra la civilización cristiana; hoy, contra la civilización latina; mañana, quién sabe, contra toda la civilización humana”. Creía que el régimen nazi estaba “borracho de una obstinada belicosidad”. Italia siempre había temido una invasión proveniente del norte teutónico. Su enemigo hereditario era Austria y la política hitleriana del *Anschluss* debía implicar el apoyo alemán a los intentos austríacos de recuperar lo que Italia había conseguido en Versalles. Italia podía perder tanto como otro país cualquiera si se anulaba el Tratado de Versalles; y, cuando el 16 de marzo de 1935, Hitler repudió el Tratado de Versalles, Mussolini aceptó reunirse con Gran Bretaña y Francia en Stresa (11-14 de abril) para formar un “frente” contra la agresión nazi.²⁹

Sin embargo, los malos sentimientos que Mussolini tenía por Hitler pasaron por un doble vínculo: de la envidia a la admiración. Se sentía impresionado por los logros de Hitler: la purga de Röhm y el supuesto aumento de la natalidad del pueblo alemán. También veía con agrado cómo los japoneses trasgredían el Tratado Naval de Londres de 1930 y se armaban frenéticamente, sin represalias internacionales. El monstruo de Emilia-Romaña observaba con atención la impunidad con que actuaban Alemania y Japón. Consideraba

inconcebible que Gran Bretaña pudiese mantener un poderío naval y aéreo adecuado en el territorio metropolitano para contener a Alemania, en Lejano Oriente para contener a Japón y también en el Mediterráneo. Opinaba que Gran Bretaña y Francia debían de estar dispuestas a pagar cierto precio para recompensar la permanente amistad italiana. De acuerdo con el espíritu de la *Realpolitik* totalitaria, deseaba tener las manos libres para tratar con Abisinia, que había protagonizado incidentes en las fronteras de las colonias italianas de Somalilandia y Eritrea, el 5 de diciembre de 1934. Dos meses antes de la formación del Frente de Stresa, Mussolini había desplazado tropas. Tenía argumentos.³⁰

En 1935, el Ejército italiano conquistó Abisinia, que era un imperio de fronteras variables, gobernado con la fuerza del terror. La invasión mostró lo ridículo de la Liga de la Naciones, pues el brutal régimen etíope era miembro del acuerdo. Apeló ruidosamente al Derecho internacional

cuando Italia la atacó, el 3 de octubre de 1935. Cinco días después, la Liga declaró agresor a Italia y, el 19 de octubre, le impuso “sanciones” [...]. El modo de tratar la crisis de Abisinia, en un proceso dirigido *de facto* por Gran Bretaña, constituye un ejemplo sorprendente de un método que permitió ensayar las peores soluciones posibles. Abisinia era una monarquía africana primitiva que practicaba la esclavitud; no exhibía ninguno de los rasgos de un Estado moderno. Hubiera sido necesario impedirle que perteneciese a la Liga. El concepto de que la Liga debía garantizar sus fronteras era una excelente ilustración del absurdo del pacto, el factor que indujo al senador Lodge y a sus amigos a rechazarlo. Habría sido necesario desechar a la Liga después del fiasco de Manchuria, en 1931. De todos modos, se creyó que valía la pena preservarla y, si la integridad de Abisinia era la piedra de toque, Gran Bretaña y Francia debieron de mostrarse dispuestas a declarar la guerra, en cuyo caso Italia habría retrocedido. Las dos potencias occidentales habrían perdido su amistad e incluso provocado su irritación, pero la Liga habría demostrado que podía actuar y que quería hacerlo, con efectos que se habrían manifestado en otras áreas, sobre todo, en Europa central. Mas imponer sanciones era absurdo. Las sanciones rara vez son eficaces: perjudican, irritan y amargan, pero no disuaden ni frustran un acto agresivo. En este caso, carecían de sentido, porque Francia no estaba dispuesta a declarar el embargo del petróleo (la única sanción que tenía probabilidades de influir sobre los acontecimientos) y Estados Unidos, el principal productor mundial de petróleo, no estaba dispuesto a imponer ningún tipo de sanciones. Gran Bretaña no aceptó clausurar el Canal de Suez ni imponer una cuarentena naval: Chalfield, Primer Lord del Mar, informó que sólo se disponía de siete acorazados.³¹

Más aún, en junio de 1936, el ministro británico de hacienda, Neville Chamberlain, afirmó que la política de sanciones era una locura, y, una semana después, el gabinete las suspendió.

La invasión a China fue seguida de la invasión a Etiopía. Las hostilidades mostraban cómo el *katéchon* de las relaciones internacionales se desmoronaba para convertirse en liminalidad. Hitler dio el siguiente paso, el 7 de marzo de 1936, cuando remilitarizó la Renania. Llegaron a su fin los tratados de Versalles y Locarno.

Si las sanciones no tuvieron ningún efecto sobre la economía de Italia, sí lo tuvieron sobre la psique de Mussolini. Lo alemanes comenzaron a cortearlo y él comenzó a concebir a las democracias occidentales como sus enemigos. El 1 de noviembre de 1936, el *Duce* habló del Eje Roma-Berlín.

El perdedor de todo esto fue Gran Bretaña, que ahora tenía cuatro posibles frentes navales: “en las aguas metropolitanas, el Mediterráneo, el teatro del Pacífico y el Océano Índico. Existía también la posibilidad de que sus enemigos actuasen en forma coordinada”.³²

Y, mientras las democracias se convertían en meras observadoras de cómo se desplomaba el orden internacional, los totalitarismos avanzaban. A finales de noviembre de 1936, Japón y Alemania firmaron el pacto *Anticomintern*, “que apuntaba a Rusia, pero señalaba la posibilidad de que los grupos de potencias totalitarias actuasen como manadas de bestias depredadoras”.³³

En 1937, Hitler y Mussolini ya profesaban una admiración mutua. El 27 de septiembre, el italiano visitó Berlín:

Le pareció que la admiración de Hitler era irresistible. Hitler afirmó que “Mussolini era el principal estadista del mundo, un hombre con quien nadie podía compararse ni siquiera remotamente”. No satisfecho con la absorción de Abisinia, comenzó a imitar a Hitler y a buscar objetivos para su expansión, urdiendo reclamos referidos a Niza, Córcega, Túnez y Albania. Modificó su anterior oposición a la política racial y, en noviembre de 1938, presentó su propia versión de las Leyes de Núremberg de los nazis. Ya se había unido al Pacto *Anticomintern* [...] y abandonado la Liga (11 de diciembre). En abril de 1939, inició un proceso de agresiones en Europa, con la invasión y anexión de Albania, y el fenómeno de la corrupción culminó durante el mes siguiente (22 de mayo) cuando firmó el “Pacto de Acero” con el hombre a quien había considerado un posible “enemigo de la civilización” apenas cinco años antes.³⁴

En 1937, Mussolini y Hitler habían comenzado ya su colaboración “en la primera de las guerras ideológicas a través de personeros”. Aquí las palabras de Paul Johnson se acercan mucho a la TM: “El antagonista de ambos en este cínico rito fue Stalin. El escenario elegido para esa destructiva actuación fue España, que se había mantenido prácticamente fuera del sistema europeo de poder desde principios del siglo XIX”.³⁵

Era un ritual sacrificial, pero un ritual cínico, que no estaba recubierto por la pátina de lo sagrado y, por lo tanto, no tenía legitimidad. Si la Guerra Civil Española fue un rito para los totalitarismos depredadores, en realidad, anunciaba que la violencia ya no podría circunscribirse más, que se desataría y los alcanzarían a ellos mismos.

9.3 La Guerra Civil Española como guerra internacional

España, previo a la Guerra Civil, era un país prácticamente aislado, que se había mantenido al margen de las ideologías totalitarias del siglo XX, de la moral relativa y de la ingeniería social moderna. En los años veinte, los socialistas españoles eran reformistas y prácticos. El líder sindicalista Francisco Largo Caballero era su figura más importante. Admiraba a los fabianos británicos y consideraba que el hecho más importante del socialismo internacional era la formación del primer gobierno laborista británico, formado en 1924. En ese entonces, era un moderado, que incluso “colaboró, en una relación de toma y daca, con la somnolienta y pedestre dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Largo Caballero afirmaba que las dictaduras van y vienen, pero la meta del socialismo era mejorar las condiciones morales y materiales de los trabajadores en el marco del capitalismo”.³⁶

Más aún, la moderación de los socialistas les permitió “liquidar la dictadura sin derramamiento de sangre y, al año siguiente, promover la transición pacífica de la monarquía a la república”. Caballero servía bien a la República. Decía que “la violencia o la ilegalidad de la izquierda provocaría al Ejército y llevaría a otra dictadura militar”. Por ello, impidió que los izquierdistas incendiaran la casa del general Mola, quien era un baluarte de la derecha. El orgullo de Caballero era “la construcción de escuelas. Mientras durante el período 1908-1930 se habían construido un promedio de sólo 505, durante el primer año de la República se construyeron más de 7,000”. Todo radicalismo le parecía contraproducente: “insistió en que las huelgas políticas incitadas por los anarquistas y el pequeño Partido Comunista, así como el violento descontento rural, fuesen sofocados, de ser necesario mediante el empleo de la artillería”. También se aprobó “una modesta ley de reforma agraria y hubo un breve momento de esperanza, en el que parecía que España podía alcanzar la estabilidad republicana sobre una firme base de modernización gradual y humana”.³⁷

Hemos visto que, en Alemania, la Unión Soviética, Italia y Japón, el radicalismo se imitaba. En España, vemos que lo digno de ser imitado era la moderación: “de ahí que un golpe militar de la derecha (agosto de 1932) fuese un fiasco”.

Sin embargo, el PSOE y los sindicatos comenzaron a ser penetrados furtivamente por la ultraizquierda organizada. Caballero “perdió el control de la principal federación sindical (la UGT), y comenzó a desplazarse hacia la izquierda para recuperarlo”. El otrora líder moderado comenzó a radicalizarse para no perder su base. En julio de 1933, Largo Caballero declaró que “los socialistas se adueñarían del poder antes que aceptar el fascismo. A principios

de 1934, el canciller católico austríaco Dollfuß aplastó al Partido Socialista local bombardeando con artillería de campaña su baluarte, la Karl Marx-Hof. Se realizaron comparaciones con España. Las advertencias formuladas por socialistas de Europa central como Otto Bauer y Julius Deutsch saturaban la prensa socialista española”.³⁸

La Juventud Socialista protagonizó turbas violentas callejeras al tiempo que halagaba a Caballero, a quien llamaban “el Lenin español”. El narcisista y viejo líder se sentía rejuvenecido y estaba encantado con que se hablara del “caballerismo” como una nueva tendencia política. Los militantes radicales tomaban posiciones estratégicas del PSOE.

Ante el avance del radicalismo comenzó una crisis general: en el campo, por razones económicas y demográficas —en 1933, 100,000 campesinos que residían en las ciudades tuvieron que regresar—, la caída de los precios y “la controversia acerca de la reforma agraria, que, a juicio de los terratenientes, era revolucionaria y, para los anarquistas, constituía un fraude; además de que, en todo caso, no pudo aplicarse”. En las regiones rurales, la miseria enloquecía a los pobres y el miedo, a los ricos. “El lema que los terratenientes arrojaban a la cara de los hambrientos era: ‘¡Comed República!’. Los guardias civiles aplicaban lo que solía denominarse “brutalidad preventiva” para aplastar los alzamientos campesinos encabezados por los anarquistas”.³⁹

En 1933, los socialistas perdieron las elecciones y salieron del gobierno. En lugar de comportarse como demócratas y prepararse para la siguiente votación, pasaron a la “acción directa”, es decir, a las huelgas, el sabotaje, la amenaza y la violencia. El *katéchon* democrático dejó de funcionar y el movimiento de los socialistas terminó por destruir a la República. En 1934, Largo Caballero llamó a la huelga a los trabajadores agrícolas. Fracaso, pero el gobierno de centro-derecha de Diego Martínez Barrio también iba en el rumbo de la radicalización. Castigó a los huelguistas campesinos: “el Ministerio del Interior deportó a millares de campesinos encañonados por los fusiles y los bajó de los camiones a centenares de kilómetros de sus hogares”. En octubre, Largo Caballero continuó la escalada mimética. “En Madrid, hubo una huelga general no demasiado entusiasta. En Barcelona, una República Catalana Independiente duró exactamente diez horas. En Asturias, un Comité Obrero con respaldo socialista sobrevivió una quincena y los mineros resistieron fieramente con dinamita”.⁴⁰

El gobierno respondió a los intentos de desestabilización de los socialistas. La represión “estuvo a cargo del general Francisco Franco, el más capaz de España, que utilizó cuatro columnas de tropas coloniales y regulares”.⁴¹ Franco había sido también un moderado que se había radicalizado en los últimos años. No quería instaurar un totalitarismo, sino mantener a España

aislada, lejos de las locuras del siglo XX. Creía que su país estaba amenazado por plagas extranjeras: “el socialismo, el comunismo y las restantes fórmulas que atacan a la civilización para remplazarla por la barbarie”. El punto culminante de su radicalización ocurrió en 1935, cuando “descubrió que el 25% de los conscriptos militares pertenecía a los partidos de izquierda y que organizarlos y distribuirles materiales era la tarea principal de los cuadros de la izquierda”.⁴²

De cualquier manera, Franco era prudente. Incluso tras de la victoria del Frente Popular, el 16 de febrero de 1936, “consideró que, si carecía de un respaldo civil respetable, el Ejército ‘no poseería la unidad moral necesaria para emprender la tarea’”, es decir, para dar un golpe de Estado que evitara el ascenso de los comunistas. Sin embargo, en unos cuantos meses, el radicalismo del gobierno de izquierda molestó a enormes capas de la población y, con ello, Franco se encontró con la legitimidad necesaria para una intervención militar, de la que hablaba meses antes.

Como ya mencionamos, tras la derrota electoral de 1933, los socialistas abandonaron la democracia y optaron por la “acción directa”, sobre todo, dirigida en contra de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la agrupación de la derecha democrática. El CEDA era dirigido por Gil Robles, un republicano odiado por los socialistas, los monárquicos y los fascistas. El de Robles “era un movimiento de masas de la derecha que no necesitaba usar la fuerza para conseguir lo que era posible conseguir por medio de la urna, es decir, seguridad”. Mas este movimiento también se vio infectado por la corrupción totalitaria, que se manifestaba en su “movimiento juvenil, las Juventudes de Acción Popular (JAP)”. Era un grupo con rivalidad mimética colectiva contra las organizaciones juveniles izquierdistas. Al igual que éstas, las JAP eran violentas y fanáticas:

Saludaban al propio Robles con gritos de “¡Jefe, Jefe, Jefe!” y el lema: “El Jefe siempre tiene razón”. Afirmaban que la izquierda era la anti-España. Proclamaban: “O Acción Popular aplasta al marxismo o el marxismo destruirá a España. ¡Con el Jefe o contra el Jefe! No puede haber diálogo con la anti-España. Nosotros y no Ellos. ¡Aniquilemos el marxismo, la francmasonería y el separatismo, de modo que España pueda continuar recorriendo su camino inmortal!”. Algunos partidarios de Robles actuaron en la elección de 1936 sobre la base de un programa signado por el pánico: la victoria de la izquierda significaba “el armamento de la chusma; la quema de los domicilios privados y los bancos; la distribución de las tierras y los bienes privados; el saqueo desenfrenado y la propiedad común de las mujeres”.⁴³

El conflicto fue escalando y, en 1936, cuando el Frente Popular ganó nuevamente las elecciones, comenzó su gobierno con acciones extremas. Lo anterior, pese a que habían conseguido menos del 50% de los votos. En lugar de esperar la segunda vuelta electoral, la izquierda formó gobierno al día siguiente de la elección y, esa misma noche, los comunistas comenzaron a quemar iglesias y conventos y a abrir las puertas de las cárceles. Desde el parlamento, los socialistas comenzaron un proceso para evitar que los diputados de la CEDA tomaran posesión de sus escaños por supuestas irregularidades en la elección. Convirtieron en chivo expiatorio al respetado jurista y aún presidente Niceto Alcalá-Zamora.

“La Pasionaria”, Dolores Ibárruri, entusiasta estalinista de quien se decía que había degollado a un sacerdote con los dientes, era uno de los diecisiete comunistas que ganaron una diputación en la elección de 1936. De todos modos, eran solo una minoría, pero actuaron con astucia y sorprendieron incluso a sus propios aliados del Frente Popular:

Gracias a los esfuerzos de un hábil agente de la Comintern, Vittorio Codovilla, y a la traición de Santiago Carrillo, líder de la Juventud Socialista —que ya había estado asistiendo a reuniones del Comité Central del Partido Comunista—, los movimientos socialista y comunista de la juventud se unieron, lo que significó que 40,000 militantes fueron absorbidos por los comunistas. Diez días después, se anunció un programa completo del Frente Popular, que no hacía concesiones a lo limitado de la victoria electoral o a la división bastante pareja del país. Cuando se enteró de los términos del programa, Robles advirtió a las Cortes: “La mitad de la nación no se resignará a morir. Si no puede defenderse de un modo, lo hará de otro [...]. Provocan la guerra civil los que buscan la conquista revolucionaria del poder [...], las armas están siendo cargadas [...] por un gobierno que no ha sido capaz de cumplir su deber hacia los grupos que se atuvieron a la más estricta legalidad”.⁴⁴

La división del Frente Popular comenzó desde arriba: Indalecio Prieto, líder de los moderados, tenía una profunda rivalidad mimética con Largo Caballero. Pese a haber ganado la elección, la izquierda se mostraba incapaz de formar un gobierno estable. Los radicales no querían eso, sino dar un golpe leninista. Prieto llamó a la cordura, pidió un alto a la violencia de los comunistas porque provocaría una respuesta muy violenta de los militares. Su propia coalición lo acusó de sufrir “ataques menopausícos”. Se sumaron, entonces, “los peores aspectos de dos situaciones: una combinación de gobierno débil y retórica fuerte, suministrada principalmente por Caballero”.

El movimiento juvenil de izquierda y los anarquistas encendían los fuegos de la envidia y provocaban liminalidad. El gobierno no tenía fuerza para instaurar un orden, ni siquiera uno totalitario como el que deseaban los comunistas. Era un golpe tras otro en contra de las clases medias y artesanales, de los católicos y los opositores, de los policías y los oficiales del Ejército. En las ciudades, el recién formado POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y los Sindicatos Libres tomaron la iniciativa de la violencia, y las pandillas fascistas que estaban formándose respondieron con entusiasmo.

En éste y otros lugares, la narración de Paul Johnson no deja lugar a dudas: el mimetismo afectó a ambos bandos, independientemente de que alguno de ellos tomara la iniciativa de escalar la violencia en algún momento; de hecho, todas las partes estaban envueltas en el ciclo de violencia. Johnson no siente simpatía por los socialistas ni por los nacionalistas. Su historia de la Guerra Civil Española nos relata las coyunturas que encienden los fuegos de la envidia, a los pirómanos que los extienden y, finalmente, por qué unos y no otros lograron instaurar el *katéchon*. Aquí, un símil con el Shakespeare de Girard:

El proceso teatral que describo choca con todas las interpretaciones políticas de Julio César. Los interrogantes políticos son siempre del mismo tipo: ¿De qué lado se inclina Shakespeare en la guerra civil, del lado de los republicanos o del lado de los monárquicos? ¿Cuál de los dos caudillos, César o Bruto, goza de su preferencia? ¿Qué clase social cuenta con sus favores y a cuál de ellas desprecia, la aristocracia o la plebe? Mi impresión es que Shakespeare simpatiza humanamente con todos sus personajes y que sólo siente antipatía por el proceso que los convierte a todos ellos en dobles equivalentes.⁴⁵

Los izquierdistas destruían lo que les parecía burgués, como había ocurrido años atrás en Alemania, Europa Central y Europa Oriental. Tomaron las fábricas en algunas ciudades y las tierras en Andalucía y Extremadura: “Las bandas juveniles del Frente Popular engendraron, sin duda, asesinos sádicos, que después se convirtieron en los peores agentes del terror estalinista durante la Guerra Civil”. El gobierno tomó partido: “La Guardia Civil fue confinada a sus cuarteles. La mayor parte del Ejército recibió licencia. La nueva policía republicana antidisturbios, los Guardias de Asalto, a veces se unían a los actos de violencia o permanecían mirando pasivamente mientras ardían las cosechas”.⁴⁶

9.4 La Guerra Civil hace arder los fuegos de la envidia

En junio de 1936, la violencia alcanzó niveles inimaginables. Gil Robles denunció el caos. Los moderados del Frente Popular, que habían ganado estrechamente la elección, perdieron el control del gobierno y del territorio:

El 16 de junio, Robles, en una última advertencia, leyó ante las Cortes una lista de ultrajes y atrocidades: 160 iglesias incendiadas, 269 asesinatos —principalmente políticos—, 1,287 casos de agresión, 69 oficinas políticas destruidas, 113 “huelgas generales”, 228 huelgas parciales, 10 redacciones de periódicos asaltadas. Y concluyó: “Un país puede vivir bajo una monarquía o una república, con un sistema parlamentario o un sistema presidencial, bajo el comunismo o el fascismo, pero no puede vivir en la anarquía”. La incapacidad del gobierno para responder a este alegato suministró a los jefes conservadores del Ejército “el respaldo civil respetable” que, según ellos entendían, era la condición previa de la toma del poder. La gota que colmó el vaso fue el 11 de julio, cuando se descubrió el cadáver del parlamentario derechista Calvo Sotelo, asesinado por Guardias de Asalto como represalia por el asesinato de dos camaradas a manos de una pandilla de la derecha. Dos días después, Robles acusó públicamente al gobierno de responsabilidad en el asunto.⁴⁷

El asesinato de Calvo Sotelo fue un sacrificio estéril. No pacificó ni produjo unidad; por el contrario, fue la chispa que comenzó la guerra, el 17 de junio. Como explica René Girard a propósito de la guerra civil tras del asesinato de Julio César: “La República se hunde en las violencias múltiples y destructoras de una guerra civil. Ningún fundamento permanece; se requiere una nueva unanimidad que sólo podrá conseguirse al precio de desórdenes exorbitantes”.⁴⁸

Gil Robles no estuvo dispuesto a ser parte de un golpe de Estado apoyado por los militares, y huyó a Francia.

La elección de 1936, en lugar de pacificar al país, lo polarizó. El *katéchon* democrático se desvaneció ante la voluntad de la izquierda de adueñarse de un poder que no había conquistado en las urnas. Para colmo, una vez que estalló la guerra, la intervención extranjera la prolongó y amplificó. Los generales rebeldes tomaron el Sur y el Oeste del país, pero no lograron tomar Madrid, desde donde el gobierno socialista controló el Norte, hasta 1938.

La mimesis conflictiva provocaba terribles atrocidades —muchas veces, imaginarias—, “detrás de las líneas establecidas”. La demonización de los enemigos fue la norma. Los republicanos trataron con crueldad a la Iglesia

Católica, que realmente no era fascista, sino antiliberal y antisocialista; estaba formada por monárquicos, que, a estas alturas eran ya inofensivos:

Pedro Segura, arzobispo de Toledo y cardenal primado, era antifascista, además de probritánico. Es cierto que había un número excesivo de clérigos: 20,000 monjes, 60,000 monjas y 35,000 sacerdotes en una población de 24.5 millones. Mas el clero había perdido sus tierras, en 1837, a cambio de compensaciones en efectivo; y, aunque se suponía que la Iglesia era rica, el cura de parroquia, ciertamente, no lo era. Resultaba un hecho desusado que los campesinos matasen a su propio cura, pero podían ayudar a matar al cura de otra parroquia. Eran anticlericales en general, no en particular, del mismo modo que la intelectualidad de izquierda de las ciudades era humanitaria en general, pero no en particular. El arzobispo de Valladolid dijo de los campesinos: “Esta gente estaría dispuesta a morir por su Virgen local, pero, a la más mínima provocación, quemaría la de sus vecinos”.⁴⁹

En este caso, vemos un fenómeno diferente al de los totalitarismos, donde los ciudadanos aprovechaban el clima de purga para saciar sus venganzas personales. Aquí, por el contrario, los socialistas no querían matar al cura de su pueblo. Se trataba de una violencia anónima, donde se atacaba a quien no se conocía y se demonizaba por propaganda. Sin embargo, en el fondo hay una unidad innegable: en ambos tipos de violencia se trataba de linchar chivos expiatorios bajo la ilusión de producir un sacrificio útil, aunque, en realidad, sólo se lograra un sacrificio estéril. Los perpetradores buscaban convertirse en los “verdugos del sacrificio político”, es decir, en los instauradores del orden, aunque no eran más que simples matones en un mundo de violencia criminal recubierta de ideología.

Johnson abunda en que las atrocidades detrás de las líneas, es decir, las más alevosas y terribles, las cometieron los dos bandos, en una escala similar:

La mayoría de las atrocidades republicanas fue cometida por grupos de asesinos, formados por militantes sindicales, jóvenes y cuadros políticos; se autodenominaban los “Linces de la República”, los “Leones Rojos”, las “Furias”, “Espartaco”, “Fuerza y Libertad”, etcétera. Afirmaban que los insurgentes habían disparado desde los campanarios de las iglesias; pero eso era falso, con excepción de la iglesia carmelita de la calle Lauria de Barcelona. En realidad, la Iglesia no participó en el alzamiento y la ayuda que algunos clérigos aportaron después a los nacionalistas fue el resultado, no la causa, de las atrocidades. Fueron asesinados once obispos,

una quinta parte del total, así como el 12% de los monjes y el 13% de los sacerdotes [...]. Fueron muertas unas 283 monjas; unas pocas fueron violadas antes de la ejecución, aunque los ataques a mujeres resultaron cosa desusada en la España republicana. En la provincia de Ciudad Real, la madre de dos jesuitas fue asesinada metiéndole un crucifijo en la garganta. El cura párroco de Torrijos fue azotado, coronado de espinas, obligado a beber vinagre y a llevar una viga de madera sujeta a la espalda, sólo para que, después, en vez de crucificarlo, lo fusilaran. El obispo de Jaén fue asesinado, lo mismo que su hermana, en presencia de 2,000 personas, y el verdugo fue una feroz miliciana llamada “La Pecosa”. Algunos sacerdotes fueron quemados; otros, enterrados vivos; y a algunos les cortaron las orejas [...].

Los republicanos también asesinaron a los laicos nacionalistas y, sobre todo, a los de la Falange. En Ronda, 512 personas fueron arrojadas a la garganta que divide dramáticamente la ciudad.⁵⁰

Estos grupos de asesinos tomaban a Lenin por ídolo, autodenominándose “checas”, aunque usaban la jerga de los gánsters de Hollywood. Cuando secuestraban a alguien para eliminarlo, le decían “vamos a dar un paseo”. Estos matones fueron entrenados por la policía secreta de Barcelona, impuesta por los soviéticos. En Madrid, había docenas de estas agrupaciones. García Attadel dirigía el más agresivo, la “Patrulla del Alba”. Este asesino era todo un personaje: “vivía en un palacio, acumuló grandes cantidades de botín y trató de huir a América Latina, pero fue capturado y ejecutado con el garrote vil en la cárcel de Sevilla, después de ser recibido nuevamente en el seno de la Madre Iglesia”.⁵¹

En cuanto a sus atrocidades detrás de las líneas, los nacionalistas no fueron más amables. Así los describe Paul Johnson:

Los asesinatos cometidos por los nacionalistas detrás de las líneas tuvieron un carácter análogo, pero la mayor parte de los crímenes estuvo a cargo de unidades militares. El método era leninista: destruir a la izquierda como fuerza política organizada masacrando a todos sus activistas y provocar en sus partidarios un miedo abyecto. Como confesó el propio general Mola en Pamplona (19 de julio de 1936): “Es necesario difundir una atmósfera de terror. Necesitamos suscitar esta impresión de dominio [...]. Todos los que sean franca o secretamente partidarios de la República tienen que ser liquidados”. Se practicaban los arrestos durante la noche y se fusilaba en la oscuridad, a veces, después de torturar al prisionero. La Iglesia insistió en que todos los que debían de ser eje-

cutados se confesaran primero —el 10% lo rechazó—, lo cual determinó que las ejecuciones secretas fuesen más difíciles. Se cometieron atrocidades blasfemas: a un hombre se lo extendió en la forma de una cruz y le cortaron los brazos y las piernas en presencia de la esposa, por lo que ella enloqueció. Los sacerdotes que pretendían intervenir también eran asesinados [...].

La víctima más famosa de los crímenes nacionalistas fue el poeta García Lorca, cuyo cuñado era alcalde socialista de Granada. Lo fusilaron alrededor del 18 de agosto de 1936, pero nunca pudo hallarse su tumba. Ese mismo mes, alrededor de 571 personas fueron eliminadas en la ciudad”.⁵²

En los números, la estrategia y el criterio en el ejercicio de la violencia, es evidente la geometría, la escalada mimética entre republicanos y nacionalistas:

La izquierda asesinó a unos 55,000 civiles —el Santuario Nacional de Valladolid enumera un total de 54,594—, incluidas unas 4,000 mujeres y varios centenares de niños [...].

Un cálculo moderno autorizado de los crímenes cometidos por los nacionalistas señala que fueron ultimadas unas 8,000 personas en la provincia de Granada, 7 a 8,000 en Navarra, 9,000 en Sevilla, 9,000 en Valladolid, 2,000 en Zaragoza, 3,000 en las Baleares. Durante los seis primeros meses de la guerra, los nacionalistas mataron a seis generales y un almirante, prácticamente a todos los diputados del Frente Popular a los que capturaron, a gobernadores, médicos y maestros de escuela: un total aproximado de 50,000 personas. De modo que las matanzas de ambos bandos se equiparan y las dos tuvieron carácter totalitario, es decir, se castigó sobre la base de la clase, la jerarquía y la profesión, no de la culpa individual.⁵³

El correlato internacional de esta geometría siniestra ocurrió en la intervención extranjera. Ambos bandos recibieron apoyo de las potencias: los republicanos, de la Unión Soviética y Francia, y los nacionalistas, de Italia y Alemania. Este apoyo alargó la guerra y la volvió más destructiva.

Los nacionalistas comenzaron la guerra con enormes desventajas, mismas que resolvieron con la intervención de Mussolini y Hitler:

El levantamiento fracasó en cinco de las seis ciudades más importantes. El gobierno tenía una considerable superioridad numérica en tierra,

acrecentada poco después por las milicias políticas. La Armada ejecutó a sus oficiales: sus dos cruceros y dos destructores impidieron que el Ejército de África cruzara el estrecho por mar. Los nacionalistas tuvieron superioridad aérea al principio, pero muy pocos aviones para transportar más de 200 hombres diarios a territorio continental. El general Mola, que mandaba el levantamiento desde Burgos, tenía muy poca munición, y contempló seriamente la posibilidad de renunciar al intento y huir. El primer acto de Franco, cuando llegó a Tetuán desde las Canarias, el domingo 19 de julio de 1936, fue pedir a Roma una docena de bombarderos; tres días después, solicitó transportes aéreos a los alemanes. Los aviones alemanes llegaron a Tetuán el 28 de julio y los italianos, dos días después.⁵⁴

Muy pronto, la correlación de fuerzas cambió. A principios de agosto, Franco envió 600,000 balas a Mola y, en un día, pasó 3,000 tropas por el estrecho de Gibraltar. De tal suerte que “los ejércitos del Norte y el Sur se unieron el 11 de agosto y, el mes siguiente, Franco, que había obtenido un notable éxito de propaganda al levantar el sitio de la academia militar del Alcázar de Toledo, fue designado jefe de Estado y generalísimo, ‘con todos los poderes del nuevo Estado’”.⁵⁵

De nueva cuenta, la intervención extranjera cambió las cosas: llegaron aviones franceses y rusos que dieron al gobierno “el control aéreo en la mayor parte del frente [...] y la aparición de tanques rusos en Madrid evitó la capitulación”.⁵⁶ La ayuda extranjera impidió una decisión rápida a favor de cualquiera de los dos bandos.

Es importante notar que, aquí también, la rivalidad mimética fue simétrica: la intervención extranjera ayudó a ambos grupos y no decidió el resultado final:

Los alemanes alcanzaron un nivel máximo de 10,000 hombres, incluyendo 5,000 de la Legión Cóndor, una unidad experimental de tanques y aviación, y tuvieron 300 muertos. También suministraron instructores, que prestaron valiosos servicios en el entrenamiento rápido de oficiales militares y pilotos, además de 200 tanques, 600 aviones y los soberbios cañones antiaéreos de 88 mm, que neutralizaron la superioridad aérea de los republicanos a principios de 1937. La contribución italiana fue mucho mayor: 40 a 50,000 hombres (de los cuales 4,000 murieron), 150 tanques, 660 aviones, 800 piezas de artillería —algunas de muy elevada calidad— y grandes cantidades de ametralladoras, rifles y otros suministros. Afirmaron haber derribado 903 aviones y hundido 62,800 toneladas

de embarcaciones republicanas. Los nacionalistas también contaron con la ayuda de varios miles de portugueses, de 600 irlandeses al mando del general O'Duffy y de unos pocos franceses, rusos blancos, británicos, estadounidenses y latinoamericanos, además, por supuesto, de 75,000 soldados moros, pretendidamente “voluntarios”.⁵⁷

Los republicanos recibieron apoyo de los soviéticos, que les suministraron “1,000 aviones, 900 tanques, 300 carros blindados, 1,550 piezas de artillería y gran cantidad de equipo militar de toda clase”, así como “1,000 pilotos y 2,000 especialistas de diferentes clases, pero no trasladaron unidades numerosas”. Por otra parte, los franceses “contribuyeron con 300 aviones”. En total:

Alrededor de 40,000 extranjeros combatieron por la República; de ellos, 35,000 en las brigadas internacionales, aunque nunca más de 18,000 simultáneamente. Además, hubo 10,000 médicos, enfermeras y especialistas civiles. El contingente más nutrido, alrededor de 10,000 personas, provino de Francia. Llegaron también 5,000 alemanes y austríacos, 3,350 italianos, alrededor de 2,500 de Gran Bretaña y otros tantos de Estados Unidos, 1,500 de Checoslovaquia y una cifra igual de Yugoslavia y Canadá; los países escandinavos y Hungría aportaron cada uno un contingente de 1,000 hombres. Hubo contingentes más pequeños de unos cuarenta países. Las bajas fueron muy elevadas.⁵⁸

Sin embargo, en cuanto a la calidad y el uso del apoyo, sí hubo diferencias importantes:

Los tanques rusos eran más pesados, estaban mejor armados, eran más veloces y en todos los aspectos resultaban superiores a los modelos alemanes e italianos —como los japoneses lo comprobarían, en 1939, y Hitler, en 1941-1942—, pero no se los aprovechó bien y se los abandonaba fácilmente: hacia el final de la guerra, los nacionalistas tenían un regimiento entero equipado con blindados rusos.⁵⁹

En Teoría mimética, el *mito político* es aquel que convierte al verdugo en el instaurador del orden, en héroe. El criterio de su heroísmo no tiene que ver con su santidad ni su pureza. Por el contrario, es tan violento como sus enemigos. El criterio de su heroísmo es su capacidad de instaurar un *katéchon*.

Paul Johnson enumera los motivos de la victoria de los nacionalistas: en primer lugar, la personalidad y forma de concebir la guerra de Franco, quien

usaba criterios militares y no políticos durante la guerra; tomaba decisiones independientemente de sus aliados, a diferencia de los republicanos, que solían subordinarse a los soviéticos; los nacionalistas tenían un mejor manejo de sus finanzas y no tenía que pagar el elevado precio político y económico que Stalin cobraba a sus aliados.

En cuanto a la personalidad del Generalísimo, cabe mencionar que “la frialdad de sus sentimientos estaba acompañada por una cabeza fría, una gran inteligencia y formidables reservas de coraje y voluntad”.⁶⁰ Esto, como vimos en *Anatomía de la teoría mimética*, ofrece la ventaja de que es uno quien puede elegir sus modelos a imitar, así como el momento en el cual imitarlos. Franco aprendió cómo resistir los modelos negativos: “Su padre fue un oficial naval alcohólico y su hermano menor, un piloto que había batido muchas marcas y tenía un carácter desordenado; en Franco se resumía toda la autodisciplina de la familia. No le interesaban las mujeres, la bebida ni los juegos. En cambio, le apasionaban los mapas. A los veintidós años, era el capitán más joven del Ejército; a los treintatrés, el general europeo más joven”.⁶¹

Se endureció en el Ejército y, sobre todo, en Marruecos, durante la guerra del Rif, en los años veinte. En 1925, dirigió un enorme desembarco anfibio. Además, era un estudioso de la guerra y sus “conceptos militares eran muy avanzados para la época; como De Gaulle, creía en la guerra de movimientos; en 1928, reorganizó la academia militar española y la convirtió en lo que André Maginot, ministro de guerra francés, denominó ‘el centro más moderno de su tipo en el mundo [...]’. La última palabra de la técnica y la instrucción militar”.⁶²

Sin embargo, para Franco, la guerra era “una actividad odiosa, de la cual la crueldad más grosera era inseparable; pero a veces resultaba necesaria para promover la civilización”. En términos militares, se decía heredero de “los romanos, los cruzados, los conquistadores, los tercios de Parma. En África, sus legionarios extranjeros mutilaban los cuerpos de sus enemigos y los decapitaban, pero estaban sometidos a disciplina rigurosa”. Sus tropas lo consideraban un comandante “duro, pero justo y, por lo tanto, popular”. Consideraba que la cultura española cristiana era superior y le parecía incomprensible que los marroquíes se resistieran a la civilización. Cuando reprimió la rebelión de los mineros en Asturias, le asombró que “careciesen de ese respeto por el patriotismo y la jerarquía que era necesario en los hombres decentes”. Describía su motivación diciendo que era “el deber, el amor al país”.

En términos de la teoría mimética, Franco tenía valores axiales y veía el sacrificio como un mal necesario. A diferencia de Stalin, Hitler o Mussolini, no era un sádico ni disfrutaba del dolor de sus enemigos.

Franco consideraba el Ejército la única institución que quedaba de la pureza española. Lo veía como una corporación “auténticamente nacional, antigua, sin clases, no regional, apolítica, incorrupta y desinteresada. Si la oprimían, se amotinaba, como había hecho desde el siglo XVI y aún en 1917; de lo contrario, prestaba su servicio”. Era católico, pero la Iglesia le parecía blanda y rechazaba los consejos de los religiosos que no fueran propios del terreno espiritual. Odiaba también las ideologías políticas: a los conservadores los veía como terratenientes egoístas y reaccionarios, a los liberales los veía como empresarios corruptos y, también, egoístas. Los socialistas eran para él personas que se engañaban a sí mismas o que incluso hacían cosas peores.

Franco encabezó y amalgamó a los falangistas y a los carlistas, pero sólo los utilizó; jamás atendió sus criterios ideológicos. No era fascista ni tampoco creía en ninguna utopía. Decía: “Los españoles están cansados de la política y los políticos”. Y también: “Sólo los que viven de la política necesitan temer a nuestro movimiento”. Bajo estas premisas, está claro de qué modo Franco tomaba decisiones militares al margen de criterios políticos; también resulta claro por qué no se dejaba presionar por sus aliados. Respecto al hecho de que los republicanos tomaban decisiones con criterios políticos, Johnson se refiere a un ejemplo suministrado por George Orwell, quien, durante la Guerra Civil Española, se desencantó del comunismo. El escritor afirmó que

todas las facciones de la izquierda estaban obsesionadas por la necesidad de ocupar una posición militar sólida después de la derrota de Franco y permitían que esta idea afectase su táctica y su actitud en la guerra. Para mantener el número, evitaban las bajas y los comunistas, a menudo, negaban intencionadamente el apoyo aéreo o de artillería, a fin de facilitar la destrucción de las unidades del POUM o de otras corrientes a las que deseaban debilitar. Después de la destrucción del POUM, la moral republicana decayó constantemente.⁶³

En cuanto a las finanzas, cabe mencionar que Franco y sus consejeros las manejaron hábilmente. Mantuvo estable el valor de su papel moneda, una proeza si se considera que no tenía “el beneficio de las reservas de oro de la nación” ni un “sistema bancario central”. En concreto, “la peseta nacionalista se mantuvo estable, en una relación de 70 a 80 con la libra esterlina. En cambio, la peseta republicana cayó de 36, en junio de 1936, a 226, en diciembre de 1937 y, después, se derrumbó”. El Generalísimo hizo esfuerzos eficaces “para mantener las exportaciones. Así, pudo estabilizar el circulante, obtener préstamos en España y, lo que es más importante, conseguir a crédito prácti-

camente todas las armas extranjeras”. Fue así que tanto Alemania como Italia tenían enorme interés “en asegurar la victoria de Franco, con el fin de que sobreviviera para pagarles, lo que en efecto hizo”. En cambio,

los republicanos manejaron sus finanzas del modo más absurdo. Iniciaron la guerra con una de las más cuantiosas reservas de oro del mundo [...]. En lugar de utilizar este caudal para obtener préstamos o para realizar pagos directos en los mercados de armas de los países capitalistas de Occidente, al mismo tiempo que se conseguían armas rusas a crédito, entregaron a Stalin más de dos terceras partes de su oro. A cambio de armas de diferente calidad, que por lo demás Stalin podría haber suministrado a crédito o a cambio de papel, Stalin engulló 500 millones de dólares en oro, más otros 100 millones obtenidos mediante las exportaciones; y, cuando todo terminó, dijo que aún se le debían 50 millones. A fines de 1938, manifestó tranquilamente al negociador de la República que su crédito estaba “agotado”. No hubo momento en que se debieran grandes sumas a Stalin y, por lo tanto, nunca tuvo un interés creado en asegurar que la República sobreviviera para pagarle.⁶⁴

Por si esto fuera poco, Stalin cobraba un elevado precio político por la venta de armas, que implicó a los soviéticos en el Frente Popular y que terminó por dividir a los republicanos:

Tan pronto comenzó la lucha y la necesidad de armas llegó a ser desesperada, la influencia del Partido Comunista creció de manera dramática. Esta cuestión podría no haber importado tanto si la organización hubiese llevado una existencia independiente. De hecho, estaba controlada, a través de la embajada rusa, por unidades del NKVD y la OGPU, al mando de Aleksandr Orlov —quien, a su vez, estaba mortalmente aterrorizado por Yezhov— y por figuras de la Comintern como el cazador de brujas francés André Marty.⁶⁵

En *Tiempos Modernos*, encontramos páginas desgarradoras sobre la división de los republicanos, provocada por la intromisión soviética. Caballero intentó, en septiembre de 1936, que los estalinistas se hicieran del control del Partido Socialista, como lo habían hecho de las Juventudes. En enero de 1937, el embajador soviético, Marcel Rosenberg, le entregó una carta amenazadora de parte de Stalin. Caballero lo corrió de su despacho a gritos: “Dijo que España podía ser pobre, pero no toleraría que un embajador extranjero intentase imponer su voluntad al jefe del gobierno español”. Fue un acto

de dignidad, pero fue el último acto de Caballero. También Rosenberg fue mandado asesinar por Stalin.

El golpe contra Caballero fue organizado por Marty y Orlov y secundado por los atemorizados líderes del Partido Comunista español. Sólo el secretario general del partido, José Díaz, y el ministro de educación, Jesús Hernández, votaron contra el golpe.

Los estalinistas colocaron, en el lugar de Caballero, la Presidencia del Consejo de Ministros, a Juan Negrín. Fue elegido directamente por Artur Stashevski, agente de Stalin. Era un profesor de clase media alta, “sin partidarios sindicales ni obreros, sin relaciones con los comunistas y, por lo tanto, *respectable* a los ojos de la prensa extranjera; además, era un hombre de groseras costumbres personales, blanco fácil de extorsión”. El títere ideal; también el chivo expiatorio ideal, un ser baladí, a quien se recuerda por sus conquistas románticas en pleno conflicto, por recorrer Francia en un veloz auto deportivo y por su gula —algunas noches cenaba tres veces—.

Una vez que Negrín llegó al poder, los comunistas se hicieron de los cargos clave del gobierno y comenzó la purga al estilo de Stalin. Todo era un ajuste de cuentas entre miembros de la izquierda:

La purga coincidió con la masacre que realizó Stalin en su propio partido en Rusia y exhibió todos los rasgos distintivos de sus métodos. La policía de Madrid, controlada por el Partido Comunista, obligó a dos falangistas capturados a preparar un falso plan de levantamiento en Madrid por la tan pregonada “Quinta Columna” de Franco. Al dorso de este plan falsificaron una carta a Franco de Andrés Nin, el líder del POUM. Una gran masa de documentos falsificados, que hacían cómplice al POUM de una traición fascista, fue depositada en una maleta abandonada en Gerona, después “descubierta” por la policía. El 14 de junio, Orlov, jefe del NKVD español, ordenó el arresto de todos los líderes del POUM. Se adoptó esa medida a pesar de las protestas de los miembros comunistas del gabinete —los no comunistas y, sobre todo, Negrín, no fueron informados—. El comandante de la 29 división del POUM fue llamado del frente para “consultas” y arrestado también. Los detenidos fueron llevados directamente a centros de interrogatorios cuidadosamente preparados y a cámaras de torturas, la mayoría clandestinos, entre ellos el ex-convento de Santa Úrsula de Barcelona, el llamado “Dachau de la España republicana”. Los esfuerzos del gabinete con el fin de obtener la liberación de Nin no tuvieron fruto. Mas los planes de Stalin enderezados a convertirlo en el centro de un falso proceso español se vieron frustrados, pues Nin, el modelo del héroe Goldstein —de *1984* de Orwell— prefirió

morir bajo la tortura antes que confesar. Finalmente, fue asesinado por Orlov en el parque de El Pardo, más tarde el palacio de Franco.⁶⁶

La purga duró hasta bien entrado 1938. Miles de miembros del POUM y de otros movimientos de izquierda fueron encarcelados sin juicio. Muchos de ellos fueron ejecutados o torturados hasta la muerte. En estas cárceles comunistas murieron algunos extranjeros. Entre ellos estaban Erwin Wolff, exsecretario de Trotski; el británico “Bob” Smilie y Jospe Robles, quien había sido profesor de la Johns Hopkins. Y, “entre los que consiguieron escapar, estaban Orwell y Willy Brandt, el futuro canciller alemán”.⁶⁷

La purga tenía poco que ver con la guerra civil misma. Obedecía a la lógica de lo que sucedía en la URSS: el gran terror de Stalin. Por ejemplo:

Robles fue ejecutado porque, en su carácter de intérprete del general Jan Antonovich Berzin, jefe de la misión militar rusa en España, sabía demasiado del llamado y liquidación de Berzin como parte de la purga militar practicada por Stalin. En 1937-1938, Stalin estaba liquidando a sus principales agentes en el mundo entero. Y, lo mismo que en Rusia, prácticamente, todos los que le ayudaron a imponerse a la izquierda en España y, después, a aterrorizarla, fueron liquidados a su vez. El jefe del departamento extranjero del NKVD fue acorralado en su propio despacho de París, en febrero de 1938, y obligado a tomar cianuro. De los que organizaron los suministros de armas a España, Yevhen Konovalts fue muerto en Róterdam, en mayo de 1938; Rudolf Klement fue descubierto decapitado en el Sena; y Váter Krivitski, jefe de la inteligencia militar soviética en Europa occidental, fue perseguido tres años por los asesinos de Stalin, hasta que lo atraparon en Washington, el 10 de febrero de 1941. Además del general Berzin, Stalin asesinó a Mijaíl Koltsov, famoso corresponsal español del *Pravda*; a Artur Stashevski, jefe de la misión económica en España; y a Vladímir Antónov-Ovséienko, cónsul general en Barcelona, a quien se le dijo que lo llamaban a Moscú para nombrarlo ministro de justicia, una broma característica del siniestro humor de Stalin. El único que escapó a Stalin fue el propio archiasesino Orlov, que defecionó, escribió un relato de todo lo que sabía, e informó a Stalin que había preparado la publicación inmediata del material si él moría violentamente; por lo tanto, lo dejaron tranquilo, de manera que publicó su relato después de la muerte de Stalin.⁶⁸

A pesar de este catálogo de atrocidades de los republicanos españoles y de Stalin; a pesar de la responsabilidad en el origen de la guerra civil por parte

de los socialistas, comunistas y anarquistas; la maquinaria propagandística de la izquierda buscó culpar de todos los males de España a los nacionalistas. Paul Johnson ofrece algunos ejemplos al respecto. Las atrocidades en contra de la izquierda en Barcelona fueron perpetradas por la propia izquierda. Sin embargo, de esto se habló poco, porque los comunistas consiguieron que la atención se enfocara en Guernica, algo a lo que contribuyó Pablo Picasso:

Un factor fue la suerte. El 26 de abril de 1937, al día siguiente del asesinato de Cortada, en Barcelona, que fue el detonante de la crisis interna, cuarenta y tres aviones de la Legión Cóndor bombardearon la histórica ciudad vasca de Guernica, cuyo famoso roble había sido el lugar de cita del primer parlamento vasco. Unas 1,000 personas resultaron muertas y el 70% de los edificios quedó destruido. No era el primer bombardeo de una ciudad por cualquiera de los dos bandos y Guernica era un blanco legítimo, aunque el objetivo de la incursión fue aterrorizar. Lo decidió el coronel Wolfgang von Richthofen, comandante de la Legión, en consulta con el coronel Juan Vigón, jefe de Estado Mayor de Mola. No hay pruebas de que Mola estuviera enterado. En todo caso, Franco no lo sabía; y los alemanes desconocían el significado histórico de la población. Para los propagandistas de la Comintern —los mejores del mundo— fue un golpe de suerte, y lo convirtieron en el episodio más famoso de toda la guerra. Picasso, a quien ya se había pedido que pintase un gran cuadro para el pabellón español de la Feria Mundial de París, utilizó el tema, y el resultado fue llevado después al Metropolitan de Nueva York. Guernica contribuyó a inclinar hacia el bando republicano a un segmento entero de la opinión occidental, incluidas las revistas *Time* y *Newsweek* [...]. La masacre masiva de Barcelona quedó acallada.⁶⁹

La propaganda del Comintern para silenciar la destrucción del POUM estuvo a cargo de “dos talentosos mentirosos profesionales, Willi Münzenberg y Otto Katz, quienes fueron asesinados después por orden de Stalin”. Los intelectuales occidentales de izquierda, en otro acto de ingenuidad, hipocresía, corrupción y quizás autoengaño, contribuyeron a esta campaña. André Malraux visitó España en plena guerra y publicó una novela de propaganda, *La esperanza* (1938):

Hemingway también estuvo en España, “investigando” en busca de material para *Por quién doblan las campanas*. “Papá Hemingway”, que se creía un hombre duro y acostumbrado al cinismo de la guerra, fue engañado fácilmente. Cuando su amigo John Dos Passos se inquietó

ante la desaparición de Robles, a quien conocía bien —en realidad, ya lo habían matado—, Hemingway fue tranquilizado por su “amigo” del contraespionaje, el siniestro Pepe Quintanilla, que le aseguró que Robles era espía, y Hemingway dio por sentado que Robles era culpable. Atribuyó la permanente confianza de Dos Passos “en la lealtad de Robles a la bondadosa ingenuidad de una típica actitud liberal estadounidense”, pero, por supuesto, el ingenuo era Hemingway.

Para conquistar la buena voluntad de los intelectuales, los maestros de ceremonias de la Comintern organizaban reuniones internacionales con todos los gastos pagados. En 1937, se realizó en Bruselas la Campaña Internacional por la Paz, bajo la dirección de Marcel Cachin, líder del Partido Comunista, que inventó un Día de la Paz, una Feria de la Paz, un Penique por la Paz y un Juramento de la Paz.

El mismo año, se llevó a cabo el Congreso de Escritores de Madrid. Stephen Spender recordó que él y otros invitados fueron “tratados como príncipes o ministros [...]. Viajamos en Rolls-Royce, asistimos a fiestas y banquetes y a conciertos de canto y danza”, aunque la culminación del episodio fue un maligno ataque a André Gide, que acababa de publicar un libro en que criticaba a Rusia, *Retorno de la URSS*, y a quien ahora se vilipendiaba públicamente como a un “monstruo fascista”.⁷⁰

Luego de que Orwell escapara de las garras de los comunistas, trató de publicar un relato sobre escándalo del POUM para “destapar la olla española”, mas el director del *The New Statesman*, Kingsley Martin, se negó a publicarlo con el argumento de que perjudicaría el apoyo de Occidente a los republicanos. Es más,

Cuando la denuncia de Orwell apareció en *The New English Weekly*, no llamó demasiado la atención. Los intelectuales de la izquierda no deseaban conocer la verdad objetiva; los comunistas controlaban el acceso a la España republicana. Por ejemplo, el escritor británico que deseaba viajar a ese país necesitaba una carta de Harry Pollitt, secretario del Partido Comunista de Gran Bretaña y que trabajaba en estrecha colaboración con Victor Gollancz, el principal editor de izquierda, cuyo Club del Libro de Izquierda dominaba el mercado.⁷¹

Durante el duro invierno de 1937-1938, ante la división de los republicanos, “Franco optó por una guerra de desgaste y, en abril, dividió en dos a la España republicana [...]; Franco no quiso correr riesgos e insistió siempre en contar con una superioridad abrumadora”.⁷²

Sin embargo, el golpe de gracia a los republicanos lo dio Stalin, en el otoño de 1938, cuando los abandonó. El “Zar Rojo” “se había cansado de la guerra, le había exprimido el último gramo que podía tener como valor de propaganda, había completado sus purgas y ya estaba pensando en un nuevo acuerdo, con las democracias occidentales o, más probablemente, con Hitler”. Por si fuera poco, también “se había apoderado de todo el oro republicano. De modo que cortó la ayuda, y Franco pudo desencadenar la última ofensiva en Cataluña, poco antes de Navidad, con la confianza de que el fin de la guerra estaba próximo. Barcelona cayó, el 28 de enero de 1939, y Madrid, el 28 de marzo. Franco había hecho la guerra sin pasión y, cuando supo que había concluido, ni siquiera levantó la mirada de su escritorio”.⁷³

Una semana antes de la caída de Madrid, Hitler había ocupado Checoslovaquia y, el mismo día de la rendición, desconoció el tratado de 1934 con Polonia. La reacción de Franco, ya en el poder, fue aislar a España de lo que consideraba la locura europea. No por ello renunció a la ingeniería social. Simplemente, la hizo al estilo español:

España tenía una antigua tradición de tosca ingeniería social y de cruzadas internas. Durante los siglos XV y XVI, había expulsado sucesivamente a un elevado número de moros, judíos y protestantes. Gracias a esa macrop persecución, había evitado la Reforma y los horrores de las guerras de religión. La incapacidad para adoptar métodos análogos de eliminación drástica había permitido la entrada de la Revolución Francesa, con lo que habían crucificado al país durante quince años de guerra civil, un episodio que se reflejó elocuentemente en los grabados de Goya.⁷⁴

Las tristes cifras de la guerra fortalecían la idea de Franco de aislar a España:

del lado nacionalista, 90,000 hombres habían muerto en acción; 110,000 soldados republicanos habían perecido; había un millón de inválidos; 10,000 habían muerto como consecuencia de las incursiones aéreas y 25,000, a consecuencia de la desnutrición; 130,000 fueron asesinados o fusilados detrás de las líneas; y, ahora, 500,000 se habían exiliado, de los cuales la mitad jamás regresaría. La destrucción de tesoros había sido inmensa, desde la famosa biblioteca de la catedral de Cuenca a los primeros cuadros de Goya en su lugar de nacimiento, Fuendetodos.⁷⁵

Franco quiso terminar con “el proceso de corrupción” amputando el colectivismo español. Comenzó una larga campaña de “descomunización”, purgas sumarias que no implicaron masacres, sino encarcelamientos. Más aún, la Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939 “estableció la responsabilidad de los delitos sobre una base individual —la única excepción fueron los francmasones del grado dieciocho o mayor—. En rigor, no se aplicaba la pena de muerte a los delitos políticos propiamente dichos”. Sin embargo, el final de la guerra civil no implicó la instauración inmediata del Estado de Derecho, sino de un orden aún basado en la arbitrariedad, en la ley del más fuerte, del vencedor:

Empero, los conquistadores estaban frenéticos de cólera —Suñer, ministro del interior, quería vengarse por sus hermanos, fusilados en las cárceles republicanas, y su actitud era típica de la que adoptaban muchos otros— y no era difícil atribuir delitos capitales a los funcionarios republicanos, cualquiera que fuese su categoría. Ciano, cuñado de Mussolini, informó desde España en julio: “Los juicios se celebran todos los días con una rapidez que yo denominaría sumaria [...]. Todavía hay gran número de fusilamientos. Sólo en Madrid, de 200 a 250 diarios; en Barcelona, 150; en Sevilla, 80”. De ese modo masacraron a decenas de miles.⁷⁶

Más tarde, se instauró un orden tolerable para casi todos, pero discriminatorio e injusto. Se impuso un indignante encapsulamiento artificial que, si bien ofrecía orden, mantenía atemorizadas y molestas a enormes capas de la población:

Franco aclaró, el 31 de diciembre de 1939, que muchas sentencias que implicaban penas prolongadas —era usual condenar a 15 años— tendrían que ser cumplidas: “Es necesario liquidar el odio y las pasiones creados por la guerra pasada. Mas esta liquidación no ha de realizarse de un modo liberal, con enormes y desastrosas amnistías, que son un engaño más que un gesto de perdón. Debe ser una actitud cristiana, alcanzada mediante la redención a través del trabajo, acompañado por el arrepentimiento y la penitencia”. En 1941, la población de las cárceles alcanzaba todavía la cifra de 233,375 personas; veintenas de miles de los que habían actuado en la República murieron en la prisión o el exilio. A otros se los excluyó de una amplísima gama de profesiones privadas o públicas por un decreto del 25 de agosto de 1939, que asignó a los objetivos de la purga más importancia que a la eficacia de la estructura administrativa gubernamental o a los intereses de la economía nacional.⁷⁷

CAPÍTULO X

CUANDO ESTAS COSAS COMENZARON... HITLER AVANZÓ

Jorge Federico Márquez Muñoz

El capítulo décimo de *Tiempos Modernos*, “El fin de la vieja Europa”, nos lleva a Alemania poco antes de la guerra y concluye con el inicio del apoyo de Estados Unidos al Reino Unido, en 1940. El recorrido es el siguiente:

1) El pueblo alemán aprobaba lo planes de Hitler, pero no los conocía del todo, pues se mantenían semiocultos.

2) El programa hitleriano de gobierno era muy ambicioso: expansión acompañada con purificación de la raza, es decir, exterminio de las “razas inferiores” y sometimiento de las potencias enemigas.

3) Pese a que eran evidentes los preparativos de los alemanes para comenzar la agresión —por ejemplo, al firmar sus alianzas con Italia y Japón—, Reino Unido, Francia, Estados Unidos y la URSS se mantuvieron pasivos.

4) Para los británicos, era difícil salir del decadentismo cultural que había dominado desde el final de la I Guerra Mundial; los franceses no estaban en mejor posición; los estadounidenses tenían dudas sobre si debían o no intervenir en conflictos europeos; los soviéticos consideraban ambigua la amenaza, pues no estaba claro si convenía ser aliado o enemigo de los alemanes. En todo caso, Stalin creía que debía esperar a que la guerra avanzara para entrar en ella solo al final y, así, sacar provecho.

5) En 1938, Alemania comenzó a invadir a sus vecinos más débiles. Sin embargo, las potencias democráticas se mantuvieron pasivas; los soviéticos, por el contrario, firmaron un pacto con los nazis y se repartieron Polonia con ellos.

6) El imperio alemán creció muy aprisa y, en 1939, por fin despertaron británicos y franceses, pero en desventaja militar y logística frente a Alemania.

7) La verdadera resistencia sería contra los germanos la comenzó Reino Unido, en parte por ser una isla, en parte por su aviación.

8) El Reino Unido, refugio de los aliados derrotados en Europa, estaba empobrecido. Alemania, por el contrario, tenía poderosos aliados y gran cantidad de nuevas colonias.

9) La balanza en Europa parecía inclinarse en favor de Alemania-Italia-URSS, en ese entonces, aliados. Contaban con sus riquezas propias, más las de sus nuevas conquistas.

10) Las cosas comenzaron a cambiar cuando Estados Unidos decidió apoyar a los británicos, a cambio, entre otras cosas, de que, después de la guerra, abandonaran sus colonias.

10.1 Los planes del titán sin límites

Los planes de Hitler se habían construido sobre dos rivalidades miméticas: con las grandes potencias y con las razas inferiores —sobre todo, los judíos—.¹ La finalidad de todo esto era construir un *katéchon* totalitario y colonial, es decir, un imperio hacia adentro y hacia afuera. La paz se alcanzaría cuando el mundo entero fuera sometido y cuando las razas inferiores fueran eliminadas, o bien, esclavizadas. Todos estos planes tenían como extraño basamento la noción de que los alemanes eran víctimas tanto de los judíos como de las potencias liberales.² Hitler siempre planteaba sus ataques como una forma de “dar respuesta” a los agravios de sus enemigos; planteaba la guerra, que él mismo había comenzado, como una defensa.³ Para ello, había que construir una teoría de la conspiración:

El concepto de la contaminación ubicua atraía intensamente al mismo tipo de personas que aceptaba las teorías de la conspiración para explicar

el mecanismo de los acontecimientos públicos. Creían que la contaminación racial estaba difundiéndose velozmente, que el desastre total era inminente y que se necesitaría mucho tiempo para modificar la situación, incluso si se adoptaban sin tardanza las medidas apropiadas. Hitler calculaba que se necesitarían unos cien años para lograr que su régimen eliminase la contaminación racial en Alemania; por otra parte, si Alemania se convertía en la primera raza-nación que realizaba eficazmente su propósito, era inevitable que se convirtiese en la “dueña de la tierra” (*Mein Kampf*) [...].

Lo que distinguía a la teoría racial hitleriana era, en primer lugar, esta profunda convicción de que la “depuración” debía convertir a Alemania en la primera superpotencia auténtica y, en definitiva, en la primera potencia suprema del mundo; y, en segundo lugar, su convicción absoluta de que la “contaminación racial judía” y el bolchevismo eran uno y el mismo fenómeno. En 1928, cuando Hitler publicó su segundo libro, no apreció que el bolchevismo “judío” de viejo cuño había dejado de existir y que la Rusia de Stalin en los aspectos esenciales resultaba tan antisemita como lo había sido el zarismo. Por el contrario, creía que la Unión Soviética era un fenómeno cultural judío. Por lo tanto, el propósito de su política era combatir “una inundación de bacilos patógenos que en este momento tienen su caldo de cultivo en Rusia”.⁴

La dimensión del programa hitleriano, más allá de sus costos, es delirante. Desde la TM, Fornari lo interpreta así:

La biografía de Hitler documenta el hecho de que el jefe totalitario es una víctima que escapó de sus perseguidores y logró apoderarse del sistema persecutorio, no para olvidar haber sido víctima alguna vez o, simplemente, para vengarse, sino para convertirse en el principio mismo de la venganza. El líder es la encarnación suprema de la víctima y del sistema persecutorio que produce víctimas, un verdadero Cristo despojado de su naturaleza divina y transformado en una imagen viva y operativa de Satanás [...].

El exorcismo que intentó contra Hitler el Papa Pío XII antes de la II Guerra Mundial no tuvo ningún efecto; de hecho, rebotó en el propio pontífice, quien fue acusado por muchas personas de no haber condenado el Holocausto durante la guerra. Lo que está bastante claro, más allá de cualquier objeción razonable, es que las imágenes demoníacas por sí solas dan una idea adecuada de cómo eran realmente los regíme-

nes totalitarios, no por medio de metáforas literarias o teológicas, sino porque estos regímenes dieron sustancia a estas imágenes de manera tan innegable como cualquier hecho consumado. Presumo que el error de Pío XII no radica en la idea del exorcismo en sí [...], sino en subestimar los poderes demoníacos que enfrentó.⁵

El programa de Hitler era, simplemente, demencial. Comenzaba por obtener el control de Alemania y, de ahí, emprender la depuración. En segundo lugar, se trataba de

destruir el acuerdo de Versalles y afirmar la posición de Alemania como potencia dominante en Europa central. Todo eso podía realizarse sin necesidad de guerra. Tercero, sobre esa base de poder, destruir a la Unión Soviética —con la guerra— para eliminar el “foco” del “bacilo” y, mediante la colonización, crear una sólida base de poder económico y estratégico que permitiese organizar un imperio continental, en el cual Francia e Italia serían meros satélites. En la cuarta etapa, Alemania conquistaría un dilatado imperio colonial en África, construiría una gran marina oceánica, de modo que sería una de las cuatro superpotencias, además de Gran Bretaña, Japón y Estados Unidos. Finalmente, en la generación que siguiese a su muerte, Hitler concebía una lucha decisiva entre Alemania y Estados Unidos por el dominio del mundo.⁶

10.2 Miedo, indiferencia y decadencia

Mientras Hitler avanzaba en sus planes, Franklin D. Roosevelt estaba decidido a no intervenir en cuestiones europeas. En 1935, el Congreso dominado por los demócratas aprobó la Ley de Neutralidad y el presidente hablaba del “capitalismo en un solo país”. Un reflejo mimético del viejo lema estalinista de “socialismo en un solo país” —extraño lema para semejante imperio depredador—.

Paul Johnson cuestiona una y otra vez a Roosevelt. Como ya dijimos en el capítulo 7, Johnson afirmó que la política del mandatario estadounidense nada tuvo que ver con la recuperación económica de Estados Unidos; también, que, en realidad, sus políticas eran muy parecidas a las de Hoover. En el presente capítulo, nuestro autor desnuda otro aspecto del presidente:

Hasta su muerte, sobrevenida en 1945, hubo un ingrediente de incorregible frivolidad en el manejo de la política exterior por parte de Roose-

velt. Era característico que una de sus principales fuentes de información acerca la Gran Bretaña y, en general, de los acontecimientos europeos, a fines de los años treinta, fuese *The Week*, el boletín de ultraizquierda basado en la teoría de la conspiración y publicado por Claud Cockburn, periodista del *Daily Worker*. Algunas de las designaciones de embajadores realizadas por Roosevelt fueron excepcionalmente erróneas. Envío a Londres a Joseph Kennedy, un hombre violentamente antibritánico, y al corrupto y crédulo Joseph Davies, a Moscú. La última decisión resulta sobremedida descriptiva, porque la embajada estadounidense en Moscú tenía un buen personal y una información soberbia y estaba respaldada por una división altamente profesional de asuntos de Europa Oriental en el Departamento de Estado. Maksim Litvínov, ministro soviético de relaciones exteriores, reconoció que esa división tenía mejores archivos acerca de la política exterior soviética que el propio gobierno soviético.

Cinco meses después de que Davies fuera designado embajador, en 1936, con instrucciones de conquistar a toda costa la amistad de Stalin, la división fue disuelta, se dispersó la biblioteca y se destruyeron los archivos. [...] Ese episodio [...] reflejaba una ardua lucha por el poder entre el secretario de Estado, Cordell Hull, y el subsecretario, el sombrío homosexual Sumner Welles. Los dos hombres eran antibritánicos y Hull creía que el nuevo sistema de preferencias imperiales de Gran Bretaña, a su vez respuesta a la avalancha de restricciones comerciales desencadenada por la ley aduanera Smoot-Hawley, representaba para la paz mundial una amenaza más grave que cualquiera de los dictadores.⁷

El líder nazi notó esto y se convenció de que Roosevelt no intervendría militarmente en Europa. En lugar de apoyar a las democracias, el frívolo mandatario se mostraba antifrancés. Los galos, por su parte, habían comenzado su propia versión del apaciguamiento después de Poincaré. Desde 1929, ya no estuvieron en posición de amenazar a los germanos. El presidente socialista León Blum también era un apaciguador. Y la derecha gala tampoco ayudaba, pues, de hecho, era antisemita y hitleriana: decía preferir a Hitler que a Blum. La rivalidad mimética enfocada al interior en lugar de al exterior, en ese momento, produjo una democracia disfuncional que no hizo sino fortalecer a Hitler. El desastre era tal que los polacos prefirieron firmar un acuerdo de no agresión con Alemania antes que firmar la alianza ofrecida por el gobierno francés. Además de apaciguadores, los británicos se mostraban más antifranceses que antialemanes:

Sir John Simon, secretario de relaciones exteriores, dijo a los Comunes, el 13 de mayo de 1932, que el factor que tenía más probabilidades de provocar una futura guerra era una Francia bien armada frente a una Alemania desarmada. Incluso después de que Hitler asumiera el poder, la política británica insistió en presionar sobre Francia para conseguir que redujese su Ejército. La misma tarde que la Ley de Atribuciones de Hitler fue aprobada por el Reichstag, Anthony Eden declaró, en nombre del gobierno, que la política británica era conseguir que el Ejército francés descendiese de 694,000 a 400,000 hombres, refutando a Churchill, que protestaba contra esas medidas.⁸

Las señales no podían ser más claras para Hitler. Los laboristas en el poder —bajo Clement Attlee— estaban contra el rearme del Reino Unido al tiempo que pedían que a los nazis no se les juzgara, sino que se les comprendiera. Esas líneas se mantuvieron hasta el momento en que comenzó la guerra. Y, aunque el Reino Unido no era mayoritariamente antisemita, personajes como Lord Lothian, uno de los principales enemigos del rearme en la derecha “blanda”, dijo que “el asesinato de judíos era ‘sobre todo el reflejo de la persecución externa a la que los alemanes se han visto sometidos desde la guerra’ [...]. Existía una tendencia general —como con las atrocidades de Stalin— a ignorar la prueba real de la perversidad de Hitler, que era muy abundante, y a desechar los feroces enunciados de Hitler como mera ‘retórica’, la cual estaba ‘destinada al consumo interno’ (*The Times*, 10 de julio de 1934)”.⁹

Detrás de las justificaciones británicas a los nazis, no sólo había comprensión histórica, sino temor, en específico, a la posibilidad del bombardeo masivo:

Hasta la aparición del radar, a fines de los años treinta, incluso los expertos aceptaban las opiniones de Giulio Douhet en *The Command of the Air* (1921), en el sentido de que los aviones de caza poco podían hacer para impedir el bombardeo masivo. Churchill advirtió al parlamento, el 28 de noviembre de 1934, que hasta 40,000 londinenses morirían o sufrirían heridas durante la primera semana de la guerra. Baldwin opinaba que el “hombre de la calle” debía de “entender que no existe poder sobre la tierra que pueda protegerlo del bombardeo” [...]. El brillante filme de H. G. Wells, *Things to Come* (1936), ofrecía una terrorífica escena de devastación total. El mismo Bertrand Russell —en ese momento, pacifista— arguyó en *Which Way to Peace?* que cincuenta bombarderos portadores del gas denominado *lewisite* (un vesicante incoloro), podían envenenar a Londres entero. El general Fuller, otro experto autorizado, pronosticó

que Londres se convertiría en un “vasto y terrorífico Bedlam” y que el gobierno sería “barrido en una avalancha de terror”.¹⁰

Dominaba una atmósfera de temor y cobardía que invitaba a la ambigüedad, a no condenar a Hitler y, sobre todo, a no plantear con claridad el debate sobre el rearme. El tiempo mostraría que intentar usar el *katéchon* de la autocontención para detener a los nazis era un grave error. De cualquier manera, justo esto es lo que se planteaba en influyentes círculos británicos. El reverendo metodista, Donald Soper, manifestó: “El pacifismo contiene una fuerza espiritual tan intensa que puede rechazar a un invasor”. De hecho,

El ala pacifista del clero, dirigida por Sheppard, fundó una Unión de Compromiso por la Paz, con el fin de recolectar firmas y atemorizar a Hitler: entre los que la patrocinaron estaban Aldous Huxley, Rose Macaulay, Storm Jameson, Vera Brittain, Siegfried Sassoon, Middleton Murry y otras luminarias literarias. Cuando sintió el helado viento de la competencia que venía de la izquierda, Cecil organizó, en 1934-1935, una “Velación de la Paz” de alcance nacional, que obtuvo el 87% de aprobación (más de 10 millones de votos) con respecto a la posición de la Liga, lo que parecía refutar tanto a los pacifistas como a los *tories* favorables al rearme del tipo de Churchill, pero que en realidad jamás formuló la pregunta acerca de la posibilidad de que Gran Bretaña se rearmase si las dictaduras lo hacían primero, por lo que confundió todavía más el debate. De hecho, la opinión pública tenía un carácter sumamente inestable. En 1933-1934, East Fulham fue una de las seis elecciones complementarias debatidas en parte en relación con el problema de la paz y en las cuales se registraron enormes desplazamientos contra el gobierno (hasta el 50%, en octubre de 1934), que fueron interpretados como signos del rechazo público del rearme.¹¹

Mientras tanto, el Partido Comunista Británico, que había tenido importantes votaciones de los trabajadores en los años veinte, estaba dominado, en los treinta, por intelectuales de la clase media, quienes dirigieron la organización a los brazos de Stalin. Para ellos, la verdadera amenaza no era Hitler, sino el capitalismo británico. Estaban influidos por los pensadores izquierdistas británicos, quienes realizaban análisis con todo el rigor propio del marxismo, es decir, construyendo chivos expiatorios e ignorando las evidencias: “pensadores políticos como G. D. H. Cole y Harold Laski y científicos como Joseph Needham, J. B. S. Haldane y J. D. Bernal aceptaron sin crítica alguna el razonamiento tosco y totalmente equivocado de que la *Gran*

Bretaña capitalista y la *Alemania fascista* estaban gobernadas por los mismos intereses internacionales y que el rearme estaba destinado, sencillamente, a perpetuar el imperialismo y destruir el socialismo”.¹² Peor aún, en los años treinta, la influencia de Bloomsbury abarcaba a casi toda la política nacional:

En el ámbito de la intelectualidad de izquierda, el patriotismo que Strachey había intentado con tanto éxito destruir, se veía remplazado por una fidelidad básica a Stalin. Durante los años treinta, los Apóstoles dejaron de ser un centro de escepticismo político y se convirtieron en un activo campo de reclutamiento del espionaje soviético. Mientras se alentaba a ciertos apóstoles como Anthony Blunt, Guy Burgess y Leo Long a infiltrar los organismos británicos para transmitir información a Moscú, la izquierda en general, dirigida por los comunistas, trató de mantener desarmada a Gran Bretaña, política que Stalin mantuvo hasta que Hitler lo atacó efectivamente, en junio de 1941.¹³

10.3 El titán británico, en espera

Los llamados a la paz, el desarme, el apaciguamiento, el miedo, la cobardía... que dominaban a la intelectualidad y a la mayor parte de la clase política en Reino Unido, alentaron a Hitler. Surgió, entonces, un titán inglés, capaz de escalar en los extremos la lucha, con la voluntad de hacerle frente a los nazis: Winston Churchill.

Hasta este momento, Paul Johnson había hecho algunas referencias críticas al titán inglés, desde el desastre de Gallipoli hasta sus erróneas políticas económicas. Sin embargo, aquí todo cambia. Churchill era patriótico e imperialista, lo cual, si bien en otros momentos podría haber sido un defecto, ahora le proporcionaba una visión geopolítica más clara que la mayoría de sus colegas políticos:

Churchill, que amaba a India, temía que la débil política británica la llevase a una repetición de la tragedia de China: la desintegración y el desmembramiento, con la muerte de innumerables millones, con las veintenas de millones de “intocables” como primeras víctimas. “Los apetitos codiciosos”, observó el 18 de marzo de 1931, ya estaban “excitados” y “muchos dedos inquietos se alargaban y trataban de comenzar el gran saqueo de un imperio en ruinas”. Gran Bretaña sería una de las perdedoras [...].

Churchill creía que el mundo estaba “ingresando en un período en que la lucha por la autopreservación se manifestará con perfiles muy claros a los países industriales densamente poblados”. Gran Bretaña pronto estaría “luchando por su vida”, por lo que sería esencial conservar a India (mayo de 1933).¹⁴

En 1935, aún dominaba una atmósfera contraria a estas ideas. Ese año, enfocó su campaña en una política exterior fuerte. En el caso de la India, veía como una aberración el proyecto de otorgarle de inmediato la independencia:

“un monumento monstruoso de vergüenza construido por pigmeos” [...], una forma que beneficiaba principalmente a los políticos brahmanes profesionales y que en la práctica resultó inaplicable. A pesar de sus titánicos esfuerzos, no pudo obtener un apoyo público masivo en la Gran Bretaña. Más aun, ni siquiera pudo excitar los ánimos de la comunidad británica en India: sus miembros ya habían desechado al Imperio. La bancada conservadora se mostró apática y resignada a un retiro británico gradual. Churchill nunca pudo persuadir a más de ochenta y nueve de ellos de la necesidad de votar contra el proyecto, que fue aprobado por la enorme mayoría de 264. La verdad es que, si bien el Imperio Británico aún ocupaba una cuarta parte de la superficie terrestre, en 1935, el imperialismo estaba muerto en Gran Bretaña y sólo esperaba las exequias.¹⁵

10.4 Comienza la agresión

Una vez en el poder, Hitler actuó con gran rapidez en el terreno internacional. Con ello, desconcertó a sus rivales y comenzó un juego en el que llevaba mucha ventaja. Nadie quería engancharse en una rivalidad mimética con el líder nazi; nadie quería provocarlo. Y esto, lejos de calmarlo, lo envalentonó:

La dirección de la política exterior y militar por parte de Hitler, entre su ascenso al poder y fines de 1938, fue brillante y vigorosa y, dada una total ausencia de respeto a un sistema legal y moral, puede considerársela impecable. En esta etapa, su escatología compulsiva fue una virtud: su necesidad de actuar velozmente imprimió a sus movimientos un ritmo que descolocó en forma constante a sus antagonistas y los dejó desconcertados. Los años 1933 y 1934 fueron consagrados, básicamente, a la consolidación y el rearme internos. La acción comenzó el 13 de enero

de 1935, cuando Hitler ganó el plebiscito del Sarre; once días después del retorno del Sarre a Alemania, el 7 de marzo, Hitler repudió las cláusulas de Versalles referidas al desarme y, el 18 de junio —pese al Frente de Stresa—, los británicos aceptaron cobardemente el hecho consumado de una Alemania rearmada, pues firmaron el Tratado Naval Angloalemán. Esta inexplicable rendición no sólo otorgó a Alemania el derecho a tener el 35% de la fuerza británica de buques de superficie, sino que le concedió paridad en el rubro de los submarinos. Esta concesión irritó a los franceses y contribuyó a la quiebra de la política anglofrancesa señalada por la crisis de Abisinia.¹⁶

Los británicos habían condenado la invasión italiana a Etiopía, en tanto que los franceses consideraron que, por razones geopolíticas, esto no era conveniente; después de todo, Mussolini no era Hitler, no poseía la fuerza de Alemania y era un ser corrupto antes que perverso, que aún no había roto por completo con los modales de la civilización. Ante lo que Anthony Eden consideraba una falta de solidaridad inaceptable de los galos, amenazó con no colaborar con ellos en caso de que Alemania invadiera Renania. Esta ruptura fue aprovechada por Hitler, quien no vaciló en militarizar el Rin.

Las rivalidades miméticas entre Francia y Reino Unido, al igual que aquellas que se presentaban al interior de ambos países, colocaron en segundo plano la amenaza alemana. De cualquier manera, ambos países nunca dejaron de pensarse mutuamente como peligrosos, lo cual, de cierta forma, implicaba un obstáculo adicional, un elemento más que tomar en cuenta cuando se evaluaba si enfrentar o no a Hitler. Así lo plantea Girard:

el momento en que Alemania remilitarizó Renania en 1936, el jefe de gabinete, Albert Sarraut, un radical socialista, comprendió muy bien de qué se trataba. Si él hubiese entrado en ese mismo momento a Alemania, Francia habría obtenido la victoria en cuestión de un instante, porque los alemanes volvían a caballo. ¡Algunos ni siquiera tenían fusil! Habrían dado media vuelta en su marcha si Francia hubiese pasado a Renania. En otros términos: Hitler se jugó el todo por el todo en la remilitarización de la región. Apostaba a que los franceses no entrarían; y no entraron. Sarraut habló por teléfono con el Reino Unido y éste, con los Estados Unidos. La respuesta fue, evidentemente, no, un no muy firme [...].

Si Francia hubiese entrado en Alemania [...] No habría habido Hitler alguno; pero nadie lo habría sabido [...]. Sarraut captó, sin embargo, que los anglosajones, de los que Francia no podía prescindir, nunca le habrían perdonado una acción de ese tipo. Hay que recordar que, por

ese entonces, los capitalistas invertían mucho en Alemania. Para el mundo entero, Francia habría sido aquella que no habría querido terminar de una vez por todas con la guerra. Sarraut [...] tenía más miedo del futuro y comprendía perfectamente que allí estaba en juego el futuro [...]. Hitler hubiese perdido en 1936, todo su perdido se habría desintegrado. Ese es un caso de peculiar interés: un solo hombre, Albert Sarraut, podría haber intervenido de modo decisivo. Y se lo impidieron.¹⁷

El problema es que Alemania se armaba con gran rapidez. Las turbulencias de 1936-1937, es decir, el conflicto chino-japonés y la Guerra Civil Española, le ayudaron, asimismo, a seguirse rearmando, pues “los guardianes de la legitimidad” tenían demasiados frentes para ocuparse de Alemania. Hitler, mientras tanto, seguía con el rearme y forjando alianzas:

El Eje Roma-Berlín del 1 de noviembre de 1936, seguido, más avanzado el mes, por el Pacto Anticomintern con Japón, alteró las ecuaciones navales y aéreas tan radicalmente como los aviones que salían de las nuevas fábricas de Hitler. En 1937, Alemania tenía 800 bombarderos contra cuarenta y ocho de Gran Bretaña. En mayo del mismo año, se calculaba que las fuerzas aéreas alemana e italiana podían descargar 600 toneladas de bombas diarias. La obsesión del terror a las incursiones aéreas, acentuada por la propaganda soviética acerca de Guernica después de julio de 1937, fue el factor que paralizó a la diplomacia de los Aliados.¹⁸

El 5 de noviembre de 1937, Hitler subió un peldaño hacia el titanismo. Von Blomberg, ministro de guerra, y Von Fritsch, comandante del Ejército, protestaron por los planes expansionistas del *Führer*, quien planificó, entonces, la caída de ambos y hacerse con el control directo de las fuerzas armadas:

El 26 de enero de 1938, Blomberg fue despedido: los archivos policiales demostraban que su nueva esposa había sido prostituta y modelo de material pornográfico. Nueve días después, Fritsch fue despedido, acusado de homosexualidad sobre la base de un archivo de Himmler. Por menos que eso Stalin los habría asesinado —al cabo, había matado a 200 generales en 1937-1938— o incluso lo habría hecho sin causa alguna. Otros dieciséis generales alemanes pasaron a retiro y cuarenta y cuatro fueron trasladados. Hitler asumió el cargo de ministro de guerra y jefe de las fuerzas armadas; el débil Von Brauchitsch fue designado jefe del Ejército y Wilhelm Keitel, un dócil general nazi, recibió la misión de crear un nuevo alto mando operativo. Así, el último bastión del antiguo orden

cajó frente a Hitler sin un murmullo de nadie. Expulsó simultáneamente a Schacht del Ministerio de Economía y a Von Neurath del Ministerio de Relaciones Exteriores. En adelante, los nazis ejercerían el control total y toda la estructura quedaba en pie de guerra.¹⁹

A mediados de febrero de 1938, Hitler convocó Kurt von Schuschnigg a su villa montañesa de Berchtesgaden. El canciller austríaco fue tratado con brutalidad y firmó diversas concesiones, incluso la designación de un nazi en el cargo de ministro del interior: “Durante el viaje de regreso a Salzburgo con Papan, éste comentó: ‘Sí, el *Führer* puede ser así. Ahora, usted lo ha comprobado personalmente. La próxima vez que se reúna con él lo hallará mucho más llevadero. El *Führer* puede ser realmente encantador’. Para Schuschnigg, la próxima vez fue el envío a Dachau. Las tropas de Hitler entraron en Austria treinta días después de la reunión”.²⁰

En Austria, los nazis obligaron a los profesores universitarios a limpiar las calles con las manos, al tiempo que saqueaban la ciudad. En el apartamento de Freud en Viena, “la esposa depositó sobre la mesa el dinero para los gastos diarios: “¿Los caballeros desean servirse?”. Fue necesaria la intervención de Roosevelt y Mussolini —más un rescate de 250,000 *Schillinge* austríacos— para lograr que se autorizara la salida del anciano. Las cuatro hermanas ancianas de Freud, que decidieron permanecer en Viena, morirían todas en las cámaras de gas”.²¹

En abril de 1938, Hitler concibió la invasión de Checoslovaquia y, en agosto, afirmó a sus generales que, mientras Chamberlain y Daladier gobernasen, Alemania podría seguir tranquilamente expandiéndose. En el caso del primer ministro británico, afirmaban no tener en claro, en esta etapa, “si Hitler era o no una amenaza total; pero estaba completamente seguro de que Stalin lo era”. El presidente galo tenía una opinión similar: “Los cosacos gobernarán a Europa”. Así es que, según ellos, al guardar silencio frente a Hitler, habían elegido el mal menor.

El 29 de septiembre de 1938, se llevó a cabo la Conferencia de Múnich, donde Francia y Gran Bretaña aceptaron el nuevo trazado de las fronteras checas, hecho por Hitler, según criterios tanto

militares como raciales. No se celebró un plebiscito. Unos 800,000 checos pasaron al poder de Alemania y 250,000 alemanes permanecieron en territorio checo para representar el papel de una quinta columna. Las complicadas defensas de la frontera checa, construidas con la ayuda de los franceses, fueron ocupadas por los alemanes. Ahora no existía la más mínima posibilidad de que los checos opusieran resistencia armada a una invasión

directa. Esta situación implicaba un cambio enorme del equilibrio estratégico. Churchill, que percibió mejor que nadie el significado militar de la capitulación, señaló durante el debate acerca de Múnich (5 de octubre de 1938) que la anexión de Austria había dado a Hitler doce divisiones suplementarias. Ahora, el desmantelamiento del poder militar checo liberó treinta divisiones más, que podrían ser empleadas en otros lugares.²²

Con la invasión de Checoslovaquia, Hitler tenía ahora un Ejército del mismo tamaño que el francés. De hecho, fue el fin de la influencia francesa sobre Europa del Este, con lo que se produjo el derrumbe moral del Danubio, cuyos pequeños países quedaron desprotegidos por las potencias democráticas. Ante ese escenario, algunos de ellos se unieron “como chacales al festín. Polonia pudo apoderarse de Teschen, un territorio que había codiciado desde 1919. También Hungría recibió un pedazo del cadáver checo. A través de Europa centrooriental y los Balcanes, ahora los gobiernos buscaban ansiosamente la amistad y el favor de los nazis, mientras crecía la influencia y el orgullo de los partidos fascistas. El comercio alemán se imponía por doquier. La economía alemana florecía”.²³

Los germanos, afuera y adentro de Alemania, aprobaron la política de Hitler. Celebraron la invasión de los Sudetes y aplaudieron el *Anschluss*:

Mas no hay pruebas en el sentido de que en algún momento desearan absorber grandes poblaciones no alemanas. Existen sobrados indicios de que la mayoría de los alemanes no quería la guerra. El 27 de setiembre de 1938, cuando Hitler ordenó intencionadamente a la 2ª. división motorizada que atravesara Berlín en camino hacia la frontera con Checoslovaquia, menos de doscientas personas salieron a mirarlo mientras revisaba las tropas desde la Reichskanzlerplatz. Disgustado, Hitler volvió a entrar en el edificio. En adelante, sus movimientos brutales sobre el tablero europeo, por eficaces o incluso triunfales que fuesen, no suscitaron el aplauso espontáneo del público alemán. Se advirtió una ausencia total de regocijo cuando las tropas alemanas entraron en Praga.²⁴

Hitler comenzó a actuar en las sombras, sin buscar más la aprobación de la gente, sino su obediencia. Las masas se enfriaron, ya no acudían las multitudes a lanzar vítores, ni siquiera cuando las tropas volvían triunfantes. Hitler ya no era más el orador que encantaba a las masas, sino un militarista que trabajaba oculto en los cuarteles y hacía pactos secretos, gangsteriles. En esto, cada vez se parecía más a Stalin. El *katéchon* totalitario en su máxima expresión: ya no hacía falta el apoyo, sino el miedo del pueblo.

10.5 Corazones acorazados: comienza la reacción de la Civilización

En 1938, los británicos comenzaron a ver con horror a Alemania. Cada vez llegaban más noticias del trato a los judíos, y esto comenzó a modificar el clima político. En marzo de 1939, cuando Alemania ocupó Praga, el apaciguamiento era ya cosa del pasado. La opinión pública consideraba que la guerra contra los germanos era inevitable. Ahora sólo había que esperar el siguiente movimiento de Hitler para considerarlo inaceptable y declarar la guerra. Y el *Führer*, obviamente, hizo el siguiente movimiento:

Menos de una quincena después de la ocupación de Praga, el 28 de marzo, Hitler denunció su pacto de 1934 con Polonia y comenzó a preparar su desmembramiento. A los ojos de Hitler, Polonia era una lamentable anomalía geográfica. Incluía nutridas poblaciones alemanas y territorios que, según pensaba Hitler, le pertenecían. Más importante aún, era el hecho de que se interponía en su ruta de invasión a Rusia y, por lo tanto, estorbaba sus planes de ataque al foco del “bacilo”. Tenía que someterse o ser destruida. No veía razones que justificaran la oposición de los británicos y los franceses a sus planes. Si no estaban dispuestos a luchar por Checoslovaquia, que para ellos tenía cierto valor militar, ¿por qué habrían de luchar por Polonia, que de nada les servía? De todos modos, ¿por qué esos países capitalistas no saludaban con alegría la decisión de avanzar hacia el Este, en definitiva, contra el corazón del bolchevismo? [...] En cambio, apenas tres días después, los británicos garantizaron a Polonia que, si “se emprendían acciones que visiblemente amenazaban la independencia de Polonia, de manera que Polonia se sintiese inclinada a resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad inmediatamente le prestaría todo el apoyo de que pudiera disponer”. Chamberlain adoptó esta actitud sin consultar al gobierno francés, si bien éste, hasta cierto punto, no tenía más remedio que respaldarlo. *The Times*, instruido por Chamberlain, se apresuró a insistir en que esa promesa, fraseada desaprensivamente —y una de las más irreflexivas de la historia británica—, sólo garantizaba la “independencia” de Polonia, no su “integridad” —lo cual dejaba espacio para la modificación de las fronteras de Versalles a favor de Alemania—. Ésa fue la interpretación de Hitler. Imaginó que la garantía induciría a Gran Bretaña a presionar sobre los polacos, como otrora había hecho con los checos, para obligarlos a satisfacer las exigencias que él formulaba, incluso la apertura de rutas de invasión a Rusia.²⁵

Fue una interpretación errónea. De hecho, Hitler había dicho al gran almirante Erich Raeder que debía de evitarse la guerra contra Gran Bretaña hasta el momento en que Alemania contara con una flota considerable, a mediados de los años cuarenta. Hitler deseaba evitar una guerra general e ilimitada de desgaste y agotamiento, como la de 1914–1918. Por el contrario, buscaba guerras breves y limitadas, pero políticamente decisivas, como las de Bismarck:

La *Blitzkrieg*, para la cual estaba equipando y entrenando a su Ejército, constituía una parte integral de toda su filosofía expansionista. A su juicio, ni la economía ni el pueblo alemán podían soportar más que campañas breves y duras, de potencia e intensidad abrumadoras, pero de duración muy limitada. La última de estas guerras relámpago sería la decisiva contra Rusia; después, ya en condiciones de explotar un dilatado imperio eurasiático, Alemania podía acrecentar su fuerza para mantener un conflicto prolongado y global. Pero hasta que tal cosa sucediera, tenía que tratar de lidiar con un solo enemigo a la vez y, sobre todo, evitar las campañas prolongadas en dos o más frentes importantes.²⁶

Stalin temía la guerra contra Alemania y, ya el 19 de enero de 1925, en la sesión plenaria del Comité Central, delineó la política soviética en el caso de una guerra entre capitalistas:

“Si [dicha] guerra comenzara [...] tendríamos que intervenir, pero seríamos los últimos en hacerlo, de manera que podamos inclinar decisivamente la balanza, y nos convirtamos en el factor determinante”. Desde mayo de 1935, al mismo tiempo que realizaba públicamente una política de Frente Popular contra el “fascismo internacional”, privadamente, realizaba tanteos periódicos con el fin de persuadir a los nazis de que renunciaran a su cruzada antisoviética y aceptaran una fraternidad totalitaria de respeto mutuo y división del botín. La evidente decisión de Alemania, en marzo, en el sentido de arrancar pedazos a Polonia, suministró una ocasión promisorio de iniciar una relación nueva de ese carácter, mientras que la perspectiva de que las democracias combatieran por Polonia fue una razón más para concertar un acuerdo con Hitler y mantenerse fuera de la guerra... por el momento. El 3 de mayo, Stalin despidió al judío Litvinov y lo reemplazó por Mólotov en el cargo de ministro de relaciones exteriores, allanando el terreno para las conversaciones con Hitler. Ocho días después, el comienzo de los combates a gran escala con fuerzas japo-

neas en Lejano Oriente aportó a Stalin otro incentivo para concertar un acuerdo, pues, al igual que Hitler, no deseaba una guerra en dos frentes.²⁷

El Pacto de Acero entre Hitler y Mussolini tuvo lugar el 22 de mayo de 1939. El italiano aprendió de la invasión a Praga que se podía actuar brutalmente sin consecuencias internacionales, y aprovechó para invadir Albania. El pacto era un reconocimiento de que el orden internacional se había desmoronado y de que ahora reinaba la fuerza. Cada día era un momento liminal, sin guías, rutinas ni rituales. Los acontecimientos superaban toda planificación:

En julio de 1939, llegó a Hitler la noticia de la llegada a Moscú de la misión militar anglofrancesa, le forzó la mano, pues incluso la posibilidad de un acuerdo de los Aliados con Moscú debía trastornar su calendario polaco. Decidió adelantárseles y, el 20 de agosto, envió un telegrama a “Herr J. V. Stalin, Moscú”, para pedirle que recibiera a Ribbentrop tres días más tarde. La respuesta llegó dentro de veinticuatro horas, prueba evidente de la ansiedad de Stalin. Al día siguiente, 22 de agosto, Hitler habló a los miembros del Alto Mando en el Obersalzberg. De acuerdo con anotaciones realizadas por algunos de los presentes, afirmó que la operación polaca podía seguir adelante. Nada tenían que temer de Occidente: “Nuestros antagonistas son gusanos. Los vi en Múnich”. Y concluyó: “Yo suministraré el pretexto propagandístico para desencadenar la guerra, que, para el caso, poco importa si es verosímil. Al vencedor no se le pregunta después si ha dicho la verdad. Cuando se comienza y se hace la guerra, lo que importa no es la virtud, sino la victoria. Acoracen sus corazones contra la compasión. Actúen brutalmente. Ochenta millones de personas deben conseguir aquello a lo cual tienen derecho. Es necesario garantizar su existencia. El más fuerte tiene la razón. Suprema dureza”.²⁸

“¡Acoracen sus corazones!”. La TM tiene una explicación extensa al respecto. Dice Girard en *Veo a Satán caer como el relámpago*:

El objetivo espiritual del hitlerismo era —en mi opinión— erradicar primero de Alemania y a continuación de Europa esa vocación asignada por su tradición religiosa: la preocupación por las víctimas. Por razones tácticas evidentes, durante la guerra, el nazismo intentó ocultar el genocidio. De haber triunfado, creo que lo habría hecho público, para demostrar que, gracias a él, la preocupación por las víctimas no consti-

tuía ya el sentido irrevocable que había representado en nuestra historia. Suponer, como supongo, que los nazis habrían descubierto con toda claridad que la inquietud por las víctimas constituye el valor dominante de nuestro mundo, ¿no será acaso sobreestimar su perspicacia en el orden espiritual? No lo creo. Se apoyaban para ello en el pensador que descubre la vocación victimaria del cristianismo en el plano antropológico: Friedrich Nietzsche.

Nietzsche fue el primer filósofo que comprendió que la violencia colectiva de los mitos y los ritos (todo lo que él llamaba “Dioniso”) es del mismo tipo que la violencia de la Pasión. La diferencia, según él, no estriba en los hechos, que son los mismos en ambos casos, sino en su interpretación [...]. Los relatos de la Pasión cuentan el mismo tipo de drama que los mitos. Lo diferente es el sentido. Mientras Dioniso aprueba y organiza el linchamiento de la víctima única, Jesús y los Evangelios lo desaprueban [...]. Los mitos se basan en una persecución unánime. El judaísmo y el cristianismo destruyen esa unanimidad para defender a las víctimas injustamente condenadas, para condenar a los verdugos legitimados contra toda justicia.²⁹

Sin embargo, Nietzsche no ve que esa unanimidad de los mitos descansa en contagios miméticos, “pasivamente sufridos y desconocidos, mientras que, al contrario, ese mimetismo violento es conocido y denunciado en los Evangelios, tras serlo también en la historia de José y otros grandes textos veterotestamentarios [...]. Para desacreditar lo judeocristiano, Nietzsche se esfuerza en demostrar que su toma de posición en favor de las víctimas tiene sus raíces en un mezquino resentimiento”.³⁰ Y, para defender su posición, Nietzsche no duda en defender el sacrificio humano; con ello,

sobrepasa el peor darwinismo social. So pena de degenerar, afirma, las sociedades tienen que librarse de los desechos humanos que les estorban: “la especie sólo sobrevive mediante los sacrificios humanos [...]. La verdadera filantropía exige el sacrificio por el bien de la especie; la verdadera filantropía es dura, se obliga al dominio de sí misma, porque necesita del sacrificio humano. ¡Y esta pseudohumanidad llamada cristianismo quiere imponernos precisamente que no se sacrifique a nadie!”.³¹

De regreso a los nazis, Girard nos recuerda justamente el séptimo *kátchon*: el titanismo, que, cuando ocurre en la cabeza de un filósofo o en una plática de café, no tiene otra consecuencia que una insignificante catarsis,

pero, cuando ocurre en la cabeza de un líder, tiene consecuencias monstruosas:

Enterrar la moderna preocupación por las víctimas bajo innumerables cadáveres era la manera nacionalsocialista de ser nietzscheana. Una interpretación, se dirá, que habría horrorizado al infortunado Nietzsche. Es probable. Compartía con muchos intelectuales, de su tiempo y del nuestro, la pasión por las exageraciones irresponsables. Para su desgracia, los filósofos no están solos en el mundo. Los rodean auténticos orates que a veces les juegan la peor de todas las pasadas: los creen a pie juntillas.³²

El 23 de agosto de 1939, se firmó el pacto nazi-soviético. En cierta forma, fue un acuerdo natural:

Fue la culminación de una serie de contactos entre los gobiernos soviético y alemán, establecidos durante las semanas que siguieron al *Putsch* de Lenin. Habían estado a cargo, según las necesidades, de expertos militares, policías secretos, diplomáticos o intermediarios que formaban la periferia del mundo del delito. Habían sido más estrechos en unos períodos que en otros, pero nunca fueron interrumpidos del todo y se caracterizaron siempre por un desprecio total a los principios ideológicos que cada parte profesaba ostensiblemente —de hecho, por el desprecio a todas las consideraciones que no fuesen el más brutal interés mutuo— por la necesidad de cada régimen de armarse, de arrestar y matar a sus antagonistas y oprimir a sus vecinos. Durante dos décadas, este perverso flujo de intercambios había tenido una existencia subterránea. Ahora, al fin, se manifestaba en la superficie.³³

La mediación interna positiva no podía ser más evidente que esa noche que daba paso del 23 al 24 de agosto, cuando

hubo un grosero jolgorio en el Kremlin. Ribbentrop informó: “Me sentí como si hubiera estado entre viejos camaradas del partido”. Agregó que en el Kremlin se sentía tan cómodo “como entre mis antiguos amigos nazis”. Stalin brindó por Hitler y dijo que “sabía cuánto amaba a su *Führer* el pueblo alemán”. No faltaron las bromas brutales acerca del Pacto Anticomintern, ahora muerto, que, según ambas partes convinieron, había estado destinado sencillamente a impresionar a la City de Londres y a “los tenderos británicos”. Se descubrió de pronto una comunidad de objetivos, métodos, estilos y, sobre todo, de moral.³⁴

Era tan sacrificial la mentalidad soviética como la *Kultur* alemana; aspiraban ambas a construir unanimidad, pese a que eso es prácticamente imposible en las sociedades complejas. ¡Más falso holismo!, ¡más encapsulamiento artificial!: el orden mediante el miedo y la fuerza, sin legitimidad.

El pacto nazi-soviético se llamó “Pacto de no agresión”, aunque en realidad implicaba la agresión contra Polonia. Más tarde, el 28 de septiembre 1939, se formalizó el Tratado Germano-Soviético de Fronteras y Amistad, que dotaba a ambos depredadores de porciones territoriales de Polonia y, a Stalin, de autorización para intervenir en Finlandia, Rumania, Lituania, Letonia y Estonia. Estas tres últimas repúblicas fueron invadidas en septiembre y octubre; Finlandia se resistió, así es que comenzó, el 30 de noviembre, la guerra.

A Stalin le encantó contar con sus nuevos aliados. Dio la orden de modificar la línea de todos los partidos comunistas en el mundo e intentaron sabotear, en las democracias, todo intento por intervenir en la guerra para beneficiar a Alemania y a él mismo. Todo ello, claro está, ¡en nombre del pacifismo! Incluso, patética escena, Maurice Thorez, líder el partido comunista francés, pedía a las tropas por radio no resistir la invasión nazi:

Stalin puso a disposición de Hitler los inmensos recursos naturales de la Unión Soviética. Este aspecto fue vital para Hitler. En setiembre de 1939, Alemania necesitaba importar el 80% del caucho, el 65% del estaño, el 70% del cobre, la mitad del plomo y la cuarta parte del zinc. Suecia, al precio de verse a salvo de la invasión —y de obtener el carbón alemán a una tercera parte del precio vendido por Suiza—, suministró a Hitler su mineral de hierro y le concedió una suerte de facilidades de tránsito y vuelo. Stalin llenó otros huecos importantes en los suministros de guerra de Hitler: un millón de toneladas de granos, 900,000 toneladas de petróleo —incluso 100,000 toneladas de combustible para aviones—, más mineral de hierro, manganeso y algodón. A su vez, Rusia recibió motores aéreos, planos navales, torpedos y minas.³⁵

Más aún, los acuerdos nazi-soviéticos acercaron a Hitler y Stalin. Éste afirmó que el primero era un hombre genial que, al igual que él, se había elevado de la nada. También Hitler admiraba a Stalin, sobre todo, por el modo en que se había desecho ¡de sus propios extremistas! Más aún, “Hitler afirmaba que Stalin había originado ‘una suerte de nacionalismo eslavo-moscovita’, despojando al bolchevismo de su internacionalismo judío. Mussolini abrazó la idea de que el bolchevismo ahora estaba muerto: Stalin lo había remplazado por ‘una especie de fascismo eslavo’”.³⁶

Mas este pacto no hizo sino ampliar la liminalidad. Recordemos que los británicos y los franceses calcularon que lo mejor sería pactar con los soviéticos para evitar que Alemania siguiera expandiéndose. El resultado fue que los nazis se apresuraron a firmar su propio acuerdo y, con ello, envalentonaron a Stalin, dando luz verde a los nuevos socios para invadir Polonia. Es decir, el intento anglofrancés tuvo el efecto inverso y extendió el conflicto. Empero, el pacto nazi-soviético, que buscaba disuadir a las potencias democráticas de entrar al conflicto, generó también el efecto contrario. Hitler, además de que vio trastocado su plan original, que tenía por objetivo más a la Unión Soviética que a Francia y al Reino Unido, comprometió a Alemania en una guerra larga y general, justo lo que había intentado evitar. Por su parte, Stalin, que pensó haber comprado seguridad con el pacto Mólotov-Ribbentrop, no calculó que, para Hitler, Polonia era, de hecho, la plataforma para invadir Rusia.

La pérdida de control sobre los acontecimientos aumentó la brutalidad del *Führer*, quien dio órdenes no vistas en las ocupaciones anteriores durante la invasión en Polonia. El 1º de septiembre,

Hitler cesó de ofrecer la imagen de hombre razonable, tanto en Alemania como en el exterior, y aclaró bien a todos que alcanzaría sus objetivos mediante el ejercicio implacable de la fuerza y el terror. El mismo día en que invadió a Polonia, ordenó la muerte de los enfermos incurables internados en los hospitales alemanes. No intentó llegar a un acuerdo con los polacos. Se limitó a tratar al país como a un territorio ocupado a ser explotado. La victoria sobre Polonia no era un fin; se trataba nada más que de un comienzo. Esta actitud era precisamente la inversa del estado general de ánimo de los alemanes. Después del derrumbe polaco, el general Wilhelm von Leeb observó en su diario, el 3 de octubre de 1939: “Baja moral de la población: no hay entusiasmo ni banderas flameando sobre las casas. Todos esperan la paz. La gente percibe lo innecesario de la guerra” [...]. Hitler, el 23 de noviembre de 1939, expresó a sus generales: “Toda esperanza de compromiso es infantil. Victoria o derrota. He llevado al pueblo alemán a una posición muy elevada, aunque ahora el mundo nos odia. Me arriesgo a librar esta guerra. Tengo que elegir entre la victoria y la destrucción. No está en juego un solo problema, sino el ser o no ser de la nación”.³⁷

A medida que el conflicto escalaba, Hitler concentraba más y más poder en sí mismo. Después de la invasión a Polonia, creó la OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas), que duplicaba al antiguo Estado Mayor General, así como anteriormente había duplicado los ministerios civiles, para ejercer mayor control sobre ellos.

10.6 La impotente Francia

Francia no cumplió su compromiso de defender a Polonia. Gran Bretaña protestó en solitario. La pasividad de los galos motivó a Hitler a invadir Noruega y, unos meses después, en mayo y junio de 1940, a destruir el poder militar de Francia. El *Führer* pensó, entonces, que “podía avanzar hacia sus objetivos finales mediante una serie de rápidos golpes bismarckianos”. La campaña en Francia

mostró todos los rasgos distintivos de su abrumadora confianza en sí mismo al momento de atacar y del ingenio que revelaba en la invención detallada [...]. Hitler concibió la idea de equipar con sirenas a los bombarderos en picada Stuka, uno de los golpes psicológicos magistrales de la *Blitzkrieg*. Hubo muchos otros ejemplos de su inventiva militar durante esta etapa, entre las que cabe mencionar el alargamiento de los cañones de los tanques. Así como antes había desconcertado a las democracias por la rapidez con que creaba y aprovechaba las oportunidades diplomáticas, ahora no dio a los comandantes franceses la posibilidad de recuperarse de la sorpresa inicial.³⁸

Frente al titán germano, seguro de sí mismo, del lado francés estaba el general Gamelin, quien padecía sífilis y a quien se le describía, en ese entonces, como incapaz de tomar decisiones, falto de concentración, con pérdida de memoria acompañada de manías de grandeza. Paul Johnson afirma, adicionalmente, que había una “parálisis general de los altos mandos”. ¡Producto de un contagio mimético! En la campaña murieron 27 mil alemanes y 135 mil franceses.

El ataque a Francia comenzó el 10 de mayo. El 22 de junio, los galos firmaron el armisticio. Dos días después, Mussolini hizo firmar a los franceses también un armisticio con ellos. Y Stalin aprovechó el momento para invadir Rumania, Besarabia y Bucovina. Poco antes, había arrebatado a Finlandia el istmo de Carelia.

El armisticio francogermano fue firmado por el mariscal Henri Philippe Pétain. Recibió el poder del parlamento de lo que quedaba de la Tercera República. Pétain tenía 84 años y era muy popular, un héroe de la I Guerra Mundial. Era tan responsable de la pasividad de los franceses, del ascenso de Hitler y de la derrota gala, como muchos otros generales, pero “sus hombres creían que bajo su mando tenían menos posibilidades de morir”. En realidad, era un hombre que se había aprovechado de su poder, mujeriego y frívolo. Firmaba libros que escribían sus subordinados, pero siempre se mostraba digno y

Le Petit Journal realizó una encuesta en 1935 para descubrir cuál era el dictador preferido por los franceses. Pétain se impuso al resto. Ocupó el segundo lugar Pierre Laval, exsocialista del tipo de Mussolini, y éste fue el hombre a quien ahora Pétain designó primer ministro.

Pétain se convirtió muy pronto en el gobernante francés más popular desde Napoleón. Encarnaba el antirromanticismo, el ansia de rehuir las obligaciones históricas y globales, el anhelo de una vida tranquila y segura que ahora prevalecía en Francia [...]. Los campesinos se alineaban a los costados de la vía cuando pasaba el tren que lo llevaba; las mujeres le ofrecían a sus hijos para que los tocara.³⁹

Era un hombre cansado, que parecía una figura de la I Guerra Mundial. ¡Pero qué importaba! El *Führer*, en cierto modo, también lo era: “las señales de impaciencia de Hitler bajo la Torre Eiffel demuestran que únicamente intentaba derrotar a Francia, que fundamentalmente era un hombre de 1914”.⁴⁰

Pétain hacía poca política y su popularidad derivaba, en buena medida, de que Francia parecía, así fuera al costo de la sumisión, haberse salvado de los horrores de la guerra. La virtud del mariscal era no hacer nada, pero guardando las apariencias:

Un informe oficial observa que, en Tolosa, en noviembre de 1940, una mujer se arrojó al paso de su automóvil para tener la oportunidad de tocarle la mano. El prefecto se volvió hacia Pétain con el propósito de disculparse, pero descubrió al mariscal pacíficamente dormido —tenía ochenta y cinco años—, “sin perder”, dice el informe, “su dignidad o su apostura soberana” [...].

En sus primeros tiempos, el régimen de Vichy, formado por soldados y funcionarios civiles, con exclusión de los políticos, originó auténtica euforia en Francia, como había sucedido con Hitler en Alemania durante el año 1933.⁴¹

El 3 de julio de 1940, los británicos hundieron la flota francesa en Orán y en otros puertos de África del Norte. Dos días más tarde, Pétain rompió con el Reino Unido y Vichy se movió “hacia el bando nazi, donde se la trató implacablemente como a una vaca lechera. Alrededor del 40% de la producción industrial de Francia, 1'500,000 obreros y la mitad de la renta pública fueron incorporados a la economía de guerra alemana”.⁴²

Después, Hitler buscó la alianza con Franco, pero fracasó, y España se declaró neutral. El Generalísimo había manifestado su simpatía por el Eje, así como sus ambiciones: Orán, la totalidad de Marruecos, territorios en África

occidental, suministros y equipos bélicos para atacar a Gibraltar y defender las Canarias. De hecho,

Cuando se reunió con Hitler en Hendaya, el 23 de octubre de 1940, no sólo aumentó esos reclamos, sino que saludó a su benefactor alemán con una frialdad que rozaba el menosprecio. Como él mismo era un soldado profesional y Hitler un aficionado —ni siquiera un caballero, ¡nada más que cabo!— trató el acostumbrado *tour d'horizon* militar de Hitler con mal disimulado desprecio. Hablaron [...] uno frente al otro hasta las dos de la mañana, pero no consiguieron llegar a ningún acuerdo. Más tarde, Hitler dijo a Mussolini que prefería que le arrancaran dos o tres dientes antes de pasar nuevamente por lo mismo.⁴³

Se trató de una escena de rivalidad mimética. Sentados “uno frente al otro”, una cortesía excesiva, un conflicto latente y, finalmente, la violencia sobre uno mismo cuando no puede ejercerse sobre el otro. Lo curioso es que, aquí, el fuerte fue Franco y el débil, el autosacrificado, Hitler. El titán alemán, que parecía no tener límites, aceptó humildemente la autocontención ante su homólogo español. Sin embargo, para Franco había otra razón de fondo que le impedía aliarse con Hitler: consideraba que los británicos no se quedarían con los brazos cruzados y que tenían capacidad de producir gran daño a España.

10.7 Gran Bretaña despierta

En 1934, Charles de Gaulle, coronel bajo el mando de Pétain, discutió con su jefe, pues se negó a escribirle un libro. En 1940, De Gaulle era subsecretario de guerra y se negó a firmar el armisticio. El 5 de agosto, Gran Bretaña firmó un acuerdo con el movimiento degaullista de los Franceses Libres, quienes se organizaban para resistir la ocupación alemana.

Con la invasión a Francia, Hitler buscaba impresionar a los británicos y obligarlos a “firmar una paz razonable” que le dejara las manos libres para comenzar su “verdadera misión”, es decir, comenzar la guerra contra el bolchevismo. Mas esto no ocurrió. Los británicos no se dejaron impresionar, pues la *Blitzkrieg* había producido “profunda hostilidad” en Gran Bretaña. Hitler encontró en Churchill, al fin, un doble mimético, un titán dispuesto a hacerle frente. Esto desconcertó al *Führer*, quien siguió “aferrándose a la ilusión de que Gran Bretaña podía aceptar un compromiso hasta fines del otoño. ‘Es evidente que el *Führer* está deprimido’, señaló un observador, el 4

de noviembre. ‘Parece que en este momento no sabe cómo debe continuar la guerra’. Esperaba una señal de Londres que nunca llegó”.⁴⁴

Conforme avanzaba el año de 1940, Gran Bretaña adoptó una actitud más belicosa. “Si Francia eligió a Pétain y el quietismo, Gran Bretaña eligió a Churchill y el heroísmo”. Había razones económicas y militares, producto de decisiones políticas, que daban la confianza suficiente a los británicos para enfrentar a los alemanes. Desde mediados de los años treinta, los gobiernos de Baldwin y Chamberlain habían comenzado a tomar las decisiones correctas en materia económica, con lo que se vivía una época de recuperación:

Durante casi toda la década de 1930, la industria de la construcción estuvo desarrollándose y produjo más de 3 millones de casas nuevas, con lo cual la existencia total se incrementó en un 29% e incluyó un tope de 400,000 unidades en un período de doce meses (1936-1937). La declinación del poder sindical después del fracaso de la Huelga General de 1926 y la ulterior legislación antiobrera permitió, una vez que pasó lo peor de la crisis, que Gran Bretaña adoptase nuevas tecnologías con una rapidez imposible durante los años veinte. Ciertamente, en el caso de Gran Bretaña, el período entre las dos guerras culminó en una fase de expansión innovadora. El número de personas empleadas en la nueva industria eléctrico-electrónica pasó de 192,000, en 1930, a 248,000, en 1936; y Gran Bretaña fue el primer país que creó una red nacional. La industria química y petroquímica se desarrolló rápidamente y las exportaciones aumentaron el 18% durante el período 1930-1938. El empleo en la industria aeronáutica había pasado de 21,000 personas, en 1930, a 35,000, en 1935, incluso antes de que se iniciara el rearme. El número de automóviles se duplicó holgadamente, de 237,000, en 1930, a 508,000, en 1937. Todos estos progresos guardaban relación directa con la capacidad para la producción bélica.⁴⁵

Gran Bretaña tenía ventaja en la producción de armamento, sobre todo, en áreas esenciales como motores aéreos y radares. Comenzó, ahora sí, una carrera mimético-frenética con los alemanes: “El rearme fue acelerado, en 1939, y, hacia mediados de 1940, Gran Bretaña estaba produciendo más aviones y entrenando más tripulaciones aéreas que Alemania”.⁴⁶

En el plano de los titanes, se echó a andar la escalada en los extremos. En el caso británico, el 7 de mayo, Churchill logró concentrar los cargos de primer ministro y ministro de defensa. “Su decisión, energía y oratoria —utilizó este último don con sorprendente efecto en el momento mismo en que Hitler, su principal rival en ese aspecto, renunciaba voluntariamente

a él— fueron un complemento. En el verano de 1940, era por lo menos tan popular en Gran Bretaña como Pétain en Francia y más popular que Hitler en tales circunstancias en Alemania”.⁴⁷ Y lo más importante, Churchill era más realista que Hitler. A diferencia del germano, cuyo pensamiento geopolítico se nublabo por sus prejuicios raciales, el británico sabía que “incluso con la ayuda de la Comunidad Británica, Gran Bretaña no podía derrotar a Alemania. Suponía que, más tarde o más temprano, Estados Unidos se vería obligado a intervenir”.⁴⁸

Hitler había querido asustar a los británicos con la invasión de Francia y forzarlos a una “paz razonable”. El efecto fue el inverso. El 4 de julio, Churchill fue ovacionado en el Parlamento al anunciar que atacaría a la flota francesa en Orán. Meses más tarde, falleció de cáncer Chamberlain, su único rival peligroso. El 9 de octubre, Churchill fue elegido líder de los conservadores.

Al ascenso del belicoso Churchill, Hitler respondió, en julio de 1940, bombardeando Inglaterra. Intentó “destruir los aeródromos de la RAF en el sudeste de Inglaterra, un paso preliminar indispensable si se quería invadir a Gran Bretaña”. La Luftwaffe de Göring fracasó, en parte por las cadenas de radares británicos; en parte, por la eficacia de los cazas británicos.

Churchill, con visión geoestratégica, dedicó tanto esfuerzo en defender a la propia isla como en mantener abierto el Mediterráneo, esencial para su cadena de suministros. El ataque de la aviación británica del 11 de noviembre contra de la flota italiana en Tarento fue clave para lograr una ventaja continua. Esto permitió a los ingleses mantener el “control general del Mediterráneo. A principios de 1941, Gran Bretaña inició operaciones ofensivas contra los italianos en Libia y procedió a dismantelar la totalidad del precario imperio de Mussolini en el noroeste de África”.⁴⁹

Sin embargo, todo esto no era más que una táctica defensiva. Para derrotar a Alemania en su propio territorio, haría falta mucho más. Y, de momento, lo único que parecía al alcance de los británicos para ese fin eran los ataques aéreos. Dado que no era posible “suministrar escoltas de cazas a los bombarderos diurnos y que los bombarderos nocturnos no podían garantizar que descargarían sus bombas en un radio de 15 km de los blancos, la única opción agresiva que se ofrecía a Churchill era el bombardeo prácticamente indiscriminado de las ciudades”.⁵⁰

Para Paul Johnson, ésa fue una de las decisiones clave del siglo XX, pues implicó la decadencia moral de las democracias. Se rebasó, por razones militares, todo umbral de moralidad:

Es discutible quiénes fueron los primeros, si los británicos o los alemanes, que comenzaron el bombardeo sistemático de blancos civiles [...].

Mucho antes de fines de 1940, aunque con el pretexto de atacar “objetivos estratégicos”, se utilizaron bombarderos británicos en escala cada vez más amplia para matar y asustar a la población civil alemana en sus hogares. Como dicen las actas del gabinete correspondientes al 30 de octubre, “la población civil que está alrededor de los blancos tiene que sentir el peso de la guerra”. Esta política, promovida por Churchill, aprobada por el gabinete, respaldada por el parlamento y, hasta donde puede apreciarse, sostenida entusiastamente por la masa del pueblo británico —de manera que se cumplieron todas las condiciones del proceso de consentimiento en una democracia de Derecho— señaló una etapa crítica en el proceso de derrumbe moral de la Humanidad en la época contemporánea.⁵¹

No obstante, los bombardeos indiscriminados también indicaban otra cosa: la desesperación. La guerra estaba secando el Tesoro de Gran Bretaña. Durante 1940, los británicos no recibieron más que palabras de ayuda de los estadounidenses. El secretario de Estado, Cordell Hull, opinó sobre la petición de préstamos del gobierno británico: “son una serie de invocaciones extraordinarias, casi históricas”. El embajador Joseph Kennedy —importante donador a la campaña de Roosevelt— dijo: “Desde el principio, les dije que no podían esperar ayuda alguna”.

En 1941, las cosas comenzaron a cambiar. Estados Unidos prestó dinero a los británicos a cambio de importantes concesiones, entre ellas, la de comenzar el desmantelamiento de su Imperio. El Reino Unido, entonces,

entregó a Estados Unidos los restos de su comercio de exportación y —según el convenio general ulterior, del 23 de febrero de 1942— aceptó abandonar el sistema de preferencias imperiales después de la guerra [...]. El Préstamo y Arriendo fue importante para Churchill, sencillamente, porque él creyó que podía tentar a Hitler a iniciar un conflicto con Estados Unidos. Ciertamente, a principios de 1941, Churchill reconoció que el antiguo sistema europeo de legitimidad había desaparecido y que la única esperanza de restablecer un sistema de Derecho estaba en los errores de cálculo del propio Hitler.⁵²

NOTAS

INTRODUCCIÓN

- 1 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires: Katz, 2010, p. 76.
- 2 ANTONELLO, Pierpaolo, “*The Origins of Cultural Order, the Default Mechanisms of Survival, and the Pedagogy of the Sacrificial Victim*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & PAUL GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, pp. 26-29.
- 3 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, Cambridge: Cambridge University Press 2015, pp. 5 & 22.
- 4 FARNETI, Roberto, *Mimetic Politics. Dyadic Patterns in Global Politics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, p. 4.
- 5 *Vid.* GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, Westport: Greenwood Press, 1998; & DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, trad. Juan Gutiérrez & Carlos Alberto Martins, Barcelona: Gedisa, 1998.
- 6 *Cfr.* GONZÁLEZ, Pablo, MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge & IGLESIAS, Alma, *Sociedad, poder y violencia I*, Ciudad de México: UNAM-SITESA, 2011, cap. 4.
- 7 *Cfr.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, Ciudad de México, Lamoyi editor, 2008, pp. 17, 81, 186 & 291.
- 8 *Cfr. Ibid.*, pp. 25, 130, 19 & 200.

- 9 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Anatomía de la Teoría mimética. Aportaciones a la filosofía política*, Ciudad de México, UNAM-Aliosventos, 2020, pp. 18, 19 & 53.
- 10 Vid. SHEIDEL, Walter, *The Great Leveler, Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2017, caps.s II-V.
- 11 ANTONELLO, Pierpaolo, *Op. cit.*, p. 38.
- 12 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, p. 24.
- 13 Cfr. *Ibid.*, p. 25.
- 14 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 47.
- 15 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, p. 23.
- 16 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 63.
- 17 Vid. *Ibid.*, cap. 2.2.
- 18 Vid. GONZÁLEZ, Pablo, MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge & IGLESIAS, Alma, *Op. cit.*, pp. 32 & 38-42.
- 19 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, pp. 48 & 49.
- 20 Cfr. *Ibid.*, pp. 41-48.
- 21 Cfr. *Ibid.*, pp. 49-50; & DORANTES, Gerardo, *Internet, sociedad y poder*, Ciudad de México, UNAM, 2016, pp. 79 & 80.
- 22 ANTONELLO, Pierpaolo, *Op. cit.*, pp. 41 & 42.
- 23 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, pp. 93, 94, 102 & 106.
- 24 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, pp. 30-32.
- 25 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, UNAM-SITESA, 2013, pp. 178 & 191; & MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, pp. 26, 62-67.
- 26 Cfr. DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, trad. Mary Baker, East Lansing: Michigan State University, 2011, pp. xx, xxxii & 172.
- 27 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, p. 22.
- 28 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, pp. 31 & 32
- 29 Vid. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, cap. 2.9.

- 30 BURLEIGH, Michael, *Causas sagradas. Religión y política en Europa. De la I Guerra Mundial al terrorismo islamista*, trad. José Manuel Álvarez Flórez, Ciudad de México, Taurus, 2007, 2007, p. 15.
- 31 *Vid.* CAMPBELL, John C., “Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties by Paul Johnson”, en: *Foreign Affairs* LXII/1 (otoño 1983), p. 211.
- 32 Stengel, Richard, “Entrevista a Paul Johnson”, en: Christopher Silvester [ed.], *Las grandes entrevistas de la historia (1859-1992)*, trad. Herminia Bevia & Antonio Resines, Madrid: Santillana, 1997, p. 622.

CAPÍTULO I

- 1 Cfr. GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, Ed. cit., pp. 10, 24 & 31.
- 2 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 94
- 3 GIRARD, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica: diálogos con Jean-Michel Oughourlian y Guy Lefort*, trad. Alfonso Ortiz, Salamanca: Sígueme, 1982, p. 47.
- 4 *Ibid.*, p. 325.
- 5 Cfr. ORLÉAN, André, *The Empire of Value. A New Foundation for Economics*, trad. M. B. DeBevoise, Cambridge: MIT Press, 2014, pp. 14ss.
- 6 Vid. GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, Ed. cit., cap. 1.
- 7 Cfr. BANDERA, Cesáreo, *El Juego sagrado. Lo sagrado y el origen de la literatura moderna de ficción*, trad. Esther Hernández de Álvaro, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1997, pp. 46, 211ss.
- 8 Citado por: ID., *Op. cit.*, p. 212.
- 9 Cfr. HAMERTON-KELLY, Robert [ed.], *Politics & Apocalypse*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2007, pp. 3-16.
- 10 Cfr. *Ibid.*, pp. 18-22.
- 11 BANDERA, Cesáreo, *Op. cit.*, p. 46.
- 12 Citado por: *Ibid.*, p. 272.
- 13 *Ibid.*, p. 212.
- 14 Citado por: *Ibid.*, p. 213.
- 15 *Ibid.*, p. 214.
- 16 *Ibid.* p. 215.
- 17 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*, trad. Aníbal Leal, Barcelona: Vergara, 2000, p. 16.
- 18 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Op. cit.*, p. 42.
- 19 Cfr. DUPUY, Jean-Pierre, *The Mark of the Sacred*, Stanford: Stanford University Press, 2013, pp. 71 & 85.

- 20 Cfr. BANDERA, Cesáreo, *Op. cit.*, pp. 34, 140, 171, 202-206.
- 21 GIRARD, René & VATTIMO, Gianni, *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre cristianismo y relativismo*, trad. Rosa Rius Gatell, Barcelona: Paidós, 2011, pp. 69 & 70.
- 22 GIRARD, René, *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*, trad. Ángel Barahona, Madrid: Ediciones Encuentro, 1996, p. 146.
- 23 *Id.*, *Mentira romántica y verdad novelesca*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona: Anagrama, 1985, p. 21.
- 24 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Más allá del Homo œconomicus*, Ciudad de México, Galma, 2006, p. 111.
- 25 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 22.
- 26 DUMOUCHEL, Paul, *Op. cit.*, cap. 2.
- 27 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 22.
- 28 Citado por: GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, *Ed. cit.*, p. 94.
- 29 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 20 & 21.
- 30 *Ibid.*, pp. 22 & 23.
- 31 *Ibid.*, p. 19.
- 32 Citado en: *Ibid.*, p. 20.
- 33 *Id.*
- 34 Citado en: *Ibid.*, p. 19.
- 35 *Ibid.*, p. 20.
- 36 *Ibid.*, p. 18.
- 37 *Ibid.*, p. 27.
- 38 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires: Katz, 2010, p. 46.
- 39 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 24.
- 40 PALAVER, Wolfgang, "Mimesis and Nemesis: The Economy as a Theological Problem", en: *Telos* 117 (1999), pp. 80.
- 41 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 24.
- 42 *Ibid.*, p. 25.

- 43 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, p. 141.
- 44 OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *Psychopolitics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2010, p. 33.
- 45 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 43.
- 46 *Id.*
- 47 *Ibid.*, pp. 45 & 46.
- 48 *Ibid.*, p. 46.
- 49 *Ibid.*, p. 47.
- 50 *Ibid.*, p. 33.
- 51 Citado en: *Ibid.*, p. 27.
- 52 *Id.*
- 53 *Id.*
- 54 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 37.
- 55 DUMOUCHEL, Paul, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, East Lansing, MI: Michigan State University, 2014, pp. 42 & 52-60.
- 56 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, p. 44.
- 57 DUMONT, Louis, *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva sobre la ideología moderna*, trad. traducción R. Tusón Calatayud, Madrid: Alianza, 1987, p. 159.
- 58 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 33.
- 59 *Ibid.*, p. 37.
- 60 FERGUSON Níall, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Nueva York, Perseus Book Group, 2006, pp. 46 & 47.
- 61 Cfr. DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, pp. 53ss.
- 62 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 72.
- 63 Cfr. *Ibid.*, p. 76.
- 64 *Vid.* KISSINGER, Henry, *Diplomacy*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994, cap. 7.

- 65 Cfr. DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *L'enfer des choses. René Girard et la logique de la l'économie*, París, Éditions du Seuil, 1979, p. 187.
- 66 *Ibid.*, p. 113.
- 67 FOSTER, George, *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*, trad. Porfirio Martínez, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 125.
- 68 Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005, p. 148.
- 69 *Ibid.*, p. 149.
- 70 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 39.
- 71 *Ibid.*, pp. 26 & 27.
- 72 *Ibid.*, p. 55.
- 73 *Id.*
- 74 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 108.
- 75 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 58.
- 76 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, Cambridge: Cambridge University Press, 2015, pp. 4-6 & 22.
- 77 MOZINA, Andrew, *Joseph Conrad and the Art of Sacrifice. The Evolution of the Scapegoat Theme in Joseph Conrad's Fiction*, Nueva York: Routledge, 2001, pp. xvii-xxii.
- 78 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 59.
- 79 *Ibid.*, pp. 65 & 66.

CAPÍTULO II

- 1 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007, p. 62.
- 2 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 72.
- 3 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 65.
- 4 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 73.
- 5 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 67.
- 6 *Ibid.*, p. 67.
- 7 *Ibid.*, p. 63.
- 8 *Ibid.*, p. 66.
- 9 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 76.
- 10 *Ibid.*, p. 74.
- 11 *Ibid.*, p. 75.
- 12 GIRARD, René, *Resurrection from the Underground. Feodor Dostoevski*, trad. James Williams, East Lansing: Michigan State University Press, 2012, p. 88.
- 13 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 26.
- 14 *Ibid.*, p. 67.
- 15 *Ibid.*, p. 66.
- 16 *Ibid.*, p. 67.
- 17 *Ibid.*, p. 70.
- 18 Citado en: *Ibid.*, p. 126.
- 19 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 136.
- 20 Citado en: JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 23.
- 21 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 53.
- 22 *Ibid.*, p. 135.
- 23 Citado por: *Ibid.*, p. 54.
- 24 *Ibid.*, p. 136.

- 25 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 80.
- 26 *Ibid.*, p. 23.
- 27 Citado en *Ibid.*, p. 28.
- 28 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 138.
- 29 *Vid.* FIGES, Orlando, *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, Nueva York, Allen Lane, 2007.
- 30 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 82.
- 31 *Ibid.* 2015, p. 136.
- 32 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 35.
- 33 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 47.
- 34 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, p. 153.
- 35 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 71.
- 36 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, p. 74
- 37 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, p. 25.
- 38 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 26.
- 39 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, p. 73
- 40 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 138.
- 41 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 81.
- 42 *Ibid.*, p. 82.
- 43 *Ibid.*, p. 77.
- 44 *Ibid.*, p. 78.
- 45 *Ibid.*, p. 77.
- 46 *Ibid.*, p. 80.
- 47 *Ibid.*, p. 81.
- 48 *Ibid.*, p. 82.
- 49 *Ibid.*, p. 78.

- 50 ARON, Raymond, *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*, Barcelona: Argos Vergara, 1977, p. 79.
- 51 Lenin citado por: *Ibid.*, p. 41.
- 52 *Ibid.*, p. 45.
- 53 *Ibid.*, p. 46.
- 54 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 75.
- 55 *Ibid.*, p. 83.
- 56 *Ibid.*, p. 85.
- 57 *Id.*
- 58 *Id.*
- 59 *Ibid.*, p. 84.
- 60 *Ibid.*, p. 86.
- 61 *Id.*
- 62 *Id.*
- 63 *Ibid.*, p. 87.
- 64 *Id.*
- 65 *Cfr. Id.*
- 66 *Ibid.*, p. 88.
- 67 *Id.*
- 68 *Ibid.*, p. 89.
- 69 *Ibid.*, p. 90.
- 70 *Id.*
- 71 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 80.
- 72 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 90.
- 73 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 78.
- 74 *Ibid.*, p. 124.
- 75 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 104.

- 76 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 95.
- 77 *Ibid.*, p. 94.
- 78 *Ibid.*, p. 93.
- 79 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 126
- 80 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 96.
- 81 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 107.
- 82 *Cfr.* JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 95 & 96.
- 83 *Ibid.*, p. 94.
- 84 Citado en: *Ibid.*, p. 97.
- 85 *Ibid.*, pp. 97 & 98.
- 86 WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, *Ed. cit.*, p. 58.
- 87 *Cfr.* JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 126.
- 88 *Ibid.*, p. 100.
- 89 *Ibid.*, p. 101.
- 90 GIRARD, René, *eo a Satán caer como el relámpago*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 2002, 2006, pp. 206, 209-212.
- 91 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 101.
- 92 *Ibid.*, p. 104.
- 93 *Id.*
- 94 FORNARI, Giuseppe, “*Figures of Antichrist The Apocalypse and Its Restraints in Contemporary Political Thought*”, en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* XVII (2010), p. 68.
- 95 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 105.
- 96 *Ibid.*, p. 106.
- 97 *Id.*
- 98 *Id.*
- 99 FORNARI, Giuseppe, *Op. cit.*, p. 68.
- 100 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 107.

- 101 *Ibid.*, p. 106.
- 102 *Ibid.*, p. 108.
- 103 *Id.*
- 104 *Id.*
- 105 *Ibid.*, p. 109.
- 106 *Id.*
- 107 *Ibid.*, p. 110.
- 108 *Ibid.*, p. 111.
- 109 *Ibid.*, p. 112.
- 110 *Ibid.*, pp. 112 & 113.

CAPÍTULO III

- 1 *Ibid.*, p. 117.
- 2 *Ibid.*, p. 118.
- 3 *Ibid.*, p. 119.
- 4 *Id.*
- 5 *Ibid.*, pp. 118 & 119.
- 6 *Ibid.*, p. 120.
- 7 FORNARI, Giuseppe, *Op. cit.*, p. 66.
- 8 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 122.
- 9 *Ibid.*, pp. 123 & 124.
- 10 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, p. 43.
- 11 GIRARD, René, *La violencia y lo sagrado*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1983, pp. 282 & 283.
- 12 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 127.
- 13 *Cfr.* PALAVER, Wolfgang, *René Girard's Mimetic Theory*, trad. Gabriel Borrud, East Lansing: Michigan State University Press, 2013, p. 289; DUMOUCHEL, Paul, "Misrecognition of Misrecognition", *Ed. cit.*, p. xii; & GOTOH, Reiko & DUMOUCHEL, Paul, *Social Bonds as Freedom. Revisiting The Dichotomy of the Universal and the Particular*, Nueva York: Berghahan, 2015, p. 155.
- 14 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 127 & 128.
- 15 *Cfr.* PALAVER, Wolfgang, "Monotheism and the Abrahamic Revolution: Moving Out of the Archaic Sacred", en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017, pp. 103-110; & AVERY, Vanessa, "From the Sacred to the Holy in the World's Religions: Judaism, Christianity, Islam, Hinduism, Buddhism", en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017, pp. 257-268.
- 16 *Vid.* GIFFORD, Paul, "Homo Religious in Mimetic Perspective. An Evolutionary Dialogue", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD, *How We Became Human. Mimetic Theory and the Science of Evolutionary Origins*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015; PALAVER, Wolfgang, "From Closed Societies to the Open Society: Parochial Altruism and Christian Universalism", en: Pierpaolo AN-

- TONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015; & DUMOUCHEL, Paul, “*Misrecognition of Misrecognition*”, *Ed. cit.*, cap. 5.
- 17 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, trad. Marcela Reynoso, Lexington, s/e, 2012, pp. 39-41.
- 18 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 129.
- 19 *Ibid.*, p. 129.
- 20 *Ibid.*, p. 130.
- 21 *Ibid.*, p. 133.
- 22 *Id.*
- 23 *Id.*
- 24 *Ibid.*, p. 134.
- 25 *Ibid.*, p. 135.
- 26 PALAVER, Wolfgang, “*Vox populi, vox Dei: The Pantheistic Temptation of Democracy*”, en: Vern Neufeld REDEKOP & Thomas RYBA [eds.], *René Girard and Creative Mimesis*, Lanham: Lexington Books, 2014, p. 143.
- 27 *Ibid.*, p. 146.
- 28 *Ibid.*, p. 147.
- 29 *Ibid.*, p. 148.
- 30 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 139.
- 31 *Ibid.*, p. 141.
- 32 *Ibid.*, p. 142.
- 33 Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 28
- 34 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, trad. Marcela Reynoso, Lexington, s/e, 2012, pp. 20-22.

CAPÍTULO IV

- 1 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 146 & 147.
- 2 *Ibid.*, p. 149.
- 3 *Ibid.*, p. 148.
- 4 *Id.*
- 5 *Ibid.*, p. 149.
- 6 *Ibid.*, pp. 149 & 150.
- 7 *Ibid.*, p. 151.
- 8 *Id.*
- 9 *Id.*
- 10 *Id.*
- 11 *Id.*
- 12 *Id.*
- 13 *Ibid.*, p. 152.
- 14 *Id.*
- 15 *Id.*
- 16 *Ibid.*, p. 153.
- 17 *Ibid.*, p. 154.
- 18 *Id.*
- 19 *Ibid.*, p. 155.
- 20 *Id.*
- 21 *Ibid.*, p. 156.
- 22 *Id.*
- 23 *Ibid.*, p. 157.
- 24 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, *Ed. cit.*, pp. 255 & 256.
- 25 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 159.

- 26 *Id.*
- 27 *Id.*
- 28 *Ibid.*, p. 160.
- 29 *Ibid.*, p. 161.
- 30 *Ibid.*, pp. 161 & 162.
- 31 *Ibid.*, p. 162.
- 32 *Ibid.*, p. 164.
- 33 *Ibid.*, p. 169.
- 34 *Ibid.*, p. 165.
- 35 *Id.*
- 36 *Ibid.*, p. 163.
- 37 *Id.*
- 38 *Ibid.*, p. 164.
- 39 *Ibid.*, p. 166.
- 40 *Ibid.*, p. 164.
- 41 *Ibid.*, p. 165.
- 42 *Id.*
- 43 *Ibid.*, p. 166.
- 44 *Id.*
- 45 *Ibid.*, p. 166.
- 46 *Ibid.*, p. 167.
- 47 *Id.*
- 48 *Id.*
- 49 *Ibid.*, p. 168.
- 50 *Id.*
- 51 *Ibid.*, pp. 168 & 169.

- 52 *Ibid.*, p. 169.
- 53 *Cfr.* KAPUŚCIŃSKI, Ryszard, *Ébano*, trad. Agata Orzeszek, Barcelona: Anagrama, 2001, p. 58; & MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, *Ed. cit.*, pp. 91-92, 263-264.
- 54 *Cfr.* GONZÁLEZ, Pablo, MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge & IGLESIAS, Alma, *Op. cit.*, p. 145
- 55 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, p. xiii.
- 56 *Cfr.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, pp. 100 & 102.
- 57 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, pp. xxvi & xxvii.
- 58 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, pp. 100 & 102.
- 59 *Ibid.*, p. 102.
- 60 *Ibid.*, p. 101.
- 61 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, pp. xxi, xxii & 83.
- 62 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 101.
- 63 *Ibid.*, p. 103.
- 64 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, p. 111.
- 65 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 171.
- 66 *Id.*
- 67 *Ibid.*, p. 172.
- 68 *Ibid.*, p. 175.
- 69 *Id.*
- 70 *Id.*
- 71 *Id.*
- 72 *Ibid.*, p. 170.
- 73 *Ibid.*, p. 173.
- 74 *Ibid.*, pp. 173 & 174.
- 75 *Ibid.*, p. 174.

- 76 *Id.*
- 77 *Id.*
- 78 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 77.
- 79 *Cfr.* DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *Ed. cit.*, pp. 115ss.
- 80 *Cfr.* GARDNER, Stephen L., “*The Axial Moment and Its Critics: Jaspers, Bellah, and Voegelin*”, en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017, pp. 95ss.
- 81 *Vid.* PALAVER, Wolfgang, *René Girard’s Mimetic Theory*, *Ed. cit.*, cap. 6.
- 82 DUMOUCHEL, Paul, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, *Ed. cit.*, pp. 97-107.
- 83 *Vid.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, *Ed. cit.*, caps. VIII & X.
- 84 *Cfr.* GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, *Ed. cit.*, p. 21.
- 85 GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, *Ed. cit.*, pp. ix & x.
- 86 MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, trad. Amelia Valcárcel, Barcelona: Crítica, 1987, p. 27.
- 87 *Ibid.*, p. 34.
- 88 *Ibid.*, p. 37.
- 89 *Ibid.*, p. 99.
- 90 *Ibid.*, p. 165.
- 91 *Ibid.*, p. 147.
- 92 *Ibid.*, p. 151.
- 93 *Vid.* GIRARD, René, *Veo a Satán caer como el relámpago*, trad. Francisco Díez del Corral, Barcelona: Anagrama, 2002, cap. XIV.
- 94 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 175 & 176.
- 95 *Ibid.*, p. 177.
- 96 *Id.*
- 97 *Ibid.*, pp. 177 & 178.

- 98 *Ibid.*, p. 176.
- 99 *Id.*
- 100 *Ibid.*, p. 178.
- 101 *Id.*
- 102 *Ibid.*, p. 177.
- 103 *Ibid.*, p. 178.
- 104 *Id.*
- 105 *Ibid.*, pp. 178 & 179.
- 106 *Ibid.*, p. 180.
- 107 *Id.*
- 108 *Ibid.*, p. 181.
- 109 *Id.*
- 110 *Id.*
- 111 *Ibid.*, p. 182.
- 112 *Id.*
- 113 *Id.*
- 114 *Ibid.*, p. 183.

CAPÍTULO V

- 1 *Ibid.*, p. 184.
- 2 PLUTSCHOW, Herbert, “*Tragic Victims in Japanese Religion, Politics, and the Arts*”, en: *Anthropoetics VI/2* (invierno 2000), p. 1.
- 3 *Ibid.*, pp. 3 & 11.
- 4 *Ibid.*, p. 3.
- 5 BERMAN, MORRIS, *Belleza neurótica: Un extranjero observa Japón*, trad. Pablo Duarte, Ciudad de México, Sexto Piso, 2017, pp. 37 & 61.
- 6 Cfr. GREENFELD, Liah, *The Spirit of Capitalism. Nationalism and Economic Growth*, Cambridge: Harvard University Press, 2001, pp. 273, 277, 280, 282-284, 299, 338, 342 & 344.
- 7 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 184.
- 8 *Id.*
- 9 ASSMAN, Jan, “*Cultural Memory and the Myth of Axial Age*”, en: Robert BELLAH & Hans JOAS [eds.], *The Axial Age and its Consequences*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2012, pp. 375, 398 & 400.
- 10 Cfr. GIRARD, René, *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*, *Ed. cit.*, pp. 14, 15, 50 & 106.
- 11 GIRARD, René, *Los orígenes de la cultura. Conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha*, trad. José Luis San Miguel de Pablos, Madrid: Trotta, 2006, pp. 39 & 40.
- 12 GIRARD, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica: diálogos con Jean-Michel Oughourlian y Guy Lefort*, *Ed. cit.*, pp. 161 & 162.
- 13 SHINNICK, Julia W., “*Hinduism and Mimetic Theory: A Response*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture XXV* (2018), p. 144.
- 14 Vid. BERMAN, MORRIS, *Belleza neurótica: Un extranjero observa Japón*, trad. Pablo Duarte, Ciudad de México, Sexto Piso, 2017, Anexo III.
- 15 IVES, Christopher, “*Dharma and Destruction: Buddhist Institutions and Violence*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture IX* (primavera 2002), p. 151.
- 16 *Ibid.*, pp. 156-158.
- 17 *Ibid.*, pp. 166 & 167.

- 18 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 185.
- 19 pp. 185 & 186.
- 20 *Ibid.*, p. 187.
- 21 *Ibid.*, p. 188.
- 22 p. 188.
- 23 p. 188.
- 24 p. 188.
- 25 *Ibid.*, p. 189.
- 26 *Ibid.*, pp. 190 & 191.
- 27 *Ibid.*, p. 191.
- 28 *Id.*
- 29 *Ibid.*, p. 192.
- 30 *Id.*
- 31 *Ibid.*, pp. 192-193.
- 32 *Ibid.*, p. 188.
- 33 *Ibid.*, p. 193.
- 34 *Id.*
- 35 *Ibid.*, p. 194.
- 36 *Ibid.*, p. 195.
- 37 *Id.*
- 38 *Ibid.*, p. 197.
- 39 *Vid.* PLUTSCHOW, Herbert, "Archaic Chinese Sacrificial Practices in the Light of Generative Anthropology", en: *Anthropoetics I 2* (1995), cap. 2.
- 40 *Vid.* PLUTSCHOW, Herbert, "Xunzi and the Ancient Chinese Philosophical Debate on Human Nature", en: *Anthropoetics VIII/1* (primavera 2002), cap. 2.
- 41 BADIE, Badie & Guy HERMET, *Política comparada*, trad. Mercedes Córdoba, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 159.
- 42 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 198.

- 43 *Id.*
- 44 *Ibid.*, p. 199.
- 45 *Id.*
- 46 *Id.*
- 47 *Ibid.*, p. 200.
- 48 *Id.*
- 49 *Id.*
- 50 *Ibid.*, pp. 200-201.
- 51 *Ibid.*, p. 201.
- 52 *Id.*
- 53 *Id.*
- 54 *Ibid.*, p. 202.
- 55 *Ibid.*, p. 203.
- 56 *Ibid.*, p. 251.
- 57 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II, Ed. cit.*, p. 255.
- 58 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 247-248.
- 59 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II, Ed. cit.*, p. 295.
- 60 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 249.
- 61 *Ibid.*, p. 250.
- 62 *Vid.* DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice, Ed. cit.*, cap. 4.
- 63 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 248 & 249.
- 64 *Ibid.*, p. 248.
- 65 *Ibid.*, p. 249.
- 66 *Ibid.*, p. 252.
- 67 *Ibid.*, p. 253.
- 68 *Id.*

CAPÍTULO VI

- 1 *Ibid.*, pp. 210-211.
- 2 Citado en: *Id.*
- 3 Citado en: *Id.*
- 4 *Ibid.*, p. 212.
- 5 *Ibid.*, p. 211.
- 6 *Ibid.*, p. 213.
- 7 *Id.*
- 8 *Id.*
- 9 *Ibid.*, p. 214.
- 10 *Id.*
- 11 *Id.*
- 12 *Id.*
- 13 *Ibid.*, p. 215.
- 14 *Id.*
- 15 *Id.*
- 16 *Ibid.*, p. 216.
- 17 *Id.*
- 18 *Ibid.*, p. 218.
- 19 *Ibid.*, pp. 217 & 218.
- 20 Citado en: *Ibid.*, p. 218.
- 21 *Ibid.*, pp. 219 & 220.
- 22 *Cfr.* PAHL, John & WELLMAN, James, “*Empire of Sacrifice*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, pp. 71ss.
- 23 COLDWELL, Scott, *René Girard and Secular Modernity. Christ, Culture and Crisis*, South Bend: University of Notre Dame Press, 2013, p. 119.

- 24 Cfr. DUPUY, Jean-Pierre, *The Mark of the Sacred*, *Ed. cit.*, pp. 215ss.
- 25 Cfr. WYDRA, Harald, “*The Liminal Origins of Democracy*”, en: *International Political Anthropology* II/1 (2009), pp. 91ss; & *vid.* WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, cap. 4.
- 26 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 220 & 221.
- 27 *Ibid.*, p. 221.
- 28 *Ibid.*, pp. 221-223.
- 29 *Ibid.*, p. 223.
- 30 *Id.*
- 31 *Ibid.*, pp. 224 & 225.
- 32 *Ibid.*, p. 226.
- 33 *Ibid.*, p. 227.
- 34 *Id.*
- 35 *Ibid.*, p. 228.
- 36 Citado en: *Ibid.*, p. 228.
- 37 *Ibid.*, p. 229.
- 38 *Ibid.*, p. 234.
- 39 Cfr. DUPUY, Jean-Pierre, “Rodeo y sacrificio: Illich y Girard”, trad. Jorge Márquez Muñoz, en: Jorge MÁRQUEZ MUÑOZ [comp.], *El otro titán: Iván Illich*, Ciudad de México, Editorial Tomo, 2003, pp. 164 & 165.
- 40 DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *Op. cit.*, p. 113.
- 41 VON BUSCH, Otto, “*Mimesis, Clothed in Violence*”, en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* XXV (2018), pp. 79-94, pp. 80 & 81.
- 42 Cfr. *Ibid.*, p. 84.
- 43 GARDNER, Stephen L., “*Democracy and Desire in The Great Gatsby*”, en: Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005, p. 290.
- 44 *Ibid.*, p. 290.
- 45 *Ibid.*, p. 292.

- 46 *Id.*
- 47 *Ibid.*, p. 293.
- 48 *Ibid.*, p. 294.
- 49 COUSINEAU, Thomas J., "The Great Gatsby: *Romance or Holocaust?*" en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* VIII (2001), p. 27.
- 50 *Ibid.*, p. 33.
- 51 *Id.*
- 52 *Ibid.*, p. 34.
- 53 *Id.*
- 54 *Id.*
- 55 *Ibid.*, p. 35.
- 56 *Ibid.*, p. 36.
- 57 *Id.*
- 58 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 235.
- 59 Citado en: *Ibid.*, p. 235.
- 60 *Ibid.*, p. 236.
- 61 *Id.*

CAPÍTULO VII

- 1 *Ibid.*, p. 295.
- 2 *Ibid.*, p. 297.
- 3 *Id.*
- 4 DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, trad. Juan Gutiérrez & Carlos Alberto Martins, Barcelona: Gedisa, 1998, p. 287.
- 5 *Ibid.*, p. 288.
- 6 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 295.
- 7 *Ibid.*,
- 8 *Ibid.*, pp. 295 & 296.
- 9 *Ibid.*, p. 297.
- 10 *Ibid.*, p. 300.
- 11 *Ibid.*, p. 302.
- 12 *Cfr.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 76.
- 13 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice, Ed. cit.*, cap. 5.
- 14 DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social, Ed. cit.*, pp. 333 & 334.
- 15 DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *Op. cit.*, pp. 113, 140, 156-164 & 239.
- 16 DUPUY, Jean-Pierre. *El pánico*, trad. Marta Bris Marino & Ramón Ardell Argilés, Barcelona: Gedisa, 1999, p. 102.
- 17 *Id.*
- 18 *Ibid.*, p. 104.
- 19 *Cfr.* AGLIETTA, Michel & ORLÉAN, André, *La violencia de la moneda*, trad. Ángel de la Vega Navarro, Ciudad de México: Siglo XXI, 1990, pp. 109 & 110.
- 20 DUMOUCHEL, Paul, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays, Ed. cit.*, pp. 97-108.
- 21 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 299.

- 22 *Ibid.*, p. 294.
- 23 *Ibid.*, p. 301.
- 24 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, pp. 103 & 104.
- 25 *Ibid.*, p. 108.
- 26 *Id.*
- 27 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 250.
- 28 *Ibid.*, p. 305.
- 29 *Ibid.*, p. 306.
- 30 *Ibid.*, p. 306.
- 31 *Ibid.*, p. 309.
- 32 *Ibid.*, p. 312.
- 33 *Ibid.*, p. 315.
- 34 *Ibid.*, p. 319.
- 35 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, p. 28.
- 36 p. 312.
- 37 Citado en: JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 316.
- 38 Citado en: *Id.*
- 39 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 319 & 320.
- 40 *Ibid.*, p. 321.
- 41 *Ibid.*, p. 322.
- 42 *Ibid.*, p. 307.
- 43 *Ibid.*, p. 321.

CAPÍTULO VIII

- 1 *Ibid.*, p. 269.
- 2 *Ibid.*, p. 270.
- 3 p. 271.
- 4 *Id.*
- 5 *Ibid.*, p. 272.
- 6 *Ibid.*, p. 273.
- 7 *Ibid.*, p. 280.
- 8 *Id.*
- 9 *Id.*
- 10 *Ibid.*, p. 275.
- 11 p. 275.
- 12 Citado en: *Ibid.*, p. 276.
- 13 *Ibid.*, p. 277.
- 14 *Ibid.*, p. 278.
- 15 GIRARD, René, *La ruta antigua de los Hombres perversos*, trad. Francisco Díez del Corral, Barcelona: Anagrama, 1989, p. 141.
- 16 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 274.
- 17 *Id.*
- 18 *Ibid.*, p. 270.
- 19 *Ibid.*, p. 281.
- 20 *Id.*
- 21 *Id.*
- 22 *Ibid.*, p. 278.
- 23 *Ibid.*, p. 279.
- 24 *Ibid.*, p. 280.

- 25 *Id.*
- 26 *Ibid.*, p. 285.
- 27 *Id.*
- 28 *Ibid.*, p. 282.
- 29 Citado en: *Ibid.*, p. 283.
- 30 *Ibid.*, p. 283.
- 31 *Ibid.*, pp. 284 & 285.
- 32 *Ibid.*, p. 285.
- 33 *Id.*
- 34 *Ibid.*, p. 286.
- 35 *Id.*
- 36 *Ibid.*, p. 289.
- 37 *Id.*
- 38 *Ibid.*, p. 290.
- 39 *Id.*
- 40 *Cfr.* FORNARI, Giuseppe, *Op. cit.*, pp. 65 & 66.
- 41 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 291.
- 42 *Id.*
- 43 *Id.*
- 44 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice, Ed. cit.*, p. 74.
- 45 DUMOUCHEL, Paul, *Op. Cit.*, pp. 29 & 30.
- 46 *Vid.* LAWTOO, Nidesh, *The Phantom of the Ego. Modernism and Mimetic Unconscious*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2013, p. 3.
- 47 *Ibid.*, p. 78.
- 48 *Ibid.*, pp. 80 & 81.
- 49 *Ibid.*, p. 231.
- 50 *Ibid.*, p. 251.

- 51 *Ibid.*, p. 253.
- 52 *Ibid.*, p. 252.
- 53 *Ibid.*, p. 254.
- 54 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 291.
- 55 *Ibid.*, p. 292.
- 56 Citado en: *Id.*
- 57 *Ibid.*, p. 293.
- 58 *Id.*
- 59 *Id.*
- 60 *Ibid.*, p. 294.
- 61 *Id.*
- 62 *Ibid.*, pp. 294 & 295.
- 63 *Ibid.*, p. 295.
- 64 *Ibid.*, p. 297.
- 65 *Ibid.*, pp. 297 & 298.
- 66 *Id.*
- 67 *Ibid.*, p. 297.
- 68 *Ibid.*, p. 299.
- 69 *Id.*
- 70 *Ibid.*, p. 300.
- 71 *Id.*
- 72 *Id.*
- 73 *Ibid.*, p. 301.
- 74 *Ibid.*, pp. 300 & 301.
- 75 *Ibid.*, p. 302.
- 76 *Ibid.*, p. 303.

- 77 *Id.*
- 78 *Ibid.*, p. 304.
- 79 *Id.*
- 80 *Ibid.*, p. 305.
- 81 *Id.*
- 82 *Id.*
- 83 *Ibid.*, p. 306.
- 84 *Id.*
- 85 *Ibid.*, p. 307.
- 86 GIRARD, René, *La ruta antigua de los Hombres perversos*, *Ed. cit.*, p. 145.
- 87 *Ibid.*, p. 134.
- 88 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 307.
- 89 *Ibid.*, p. 306.
- 90 *Ibid.*, p. 309.
- 91 *Ibid.*, p. 307.
- 92 *Ibid.*, p. 308.
- 93 *Ibid.*, p. 309.
- 94 *Ibid.*, p. 310.
- 95 *Id.*
- 96 *Ibid.*, p. 311.
- 97 *Ibid.*, p. 312.
- 98 *Ibid.*, p. 313.
- 99 *Id.*
- 100 Citado en: *Id.*
- 101 Citado en: *Id.*
- 102 *Id.*

CAPÍTULO IX

- 1 *Ibid.*, p. 316.
- 2 *Ibid.*, p. 317.
- 3 *Ibid.*, p. 318.
- 4 *Ibid.*, p. 317.
- 5 *Id.*
- 6 *Id.*
- 7 *Ibid.*, p. 319.
- 8 Citado en: *Ibid.*, p. 320.
- 9 *Ibid.*, p. 321.
- 10 *Ibid.*, p. 322.
- 11 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, *Op. cit.*, pp. 24 & 25.
- 12 *Ibid.*, pp. 26 & 27.
- 13 OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *The Mimetic Brain*, trad. Trevor Cribben Merrill, East Lansing: Michigan State University, 2016, pp. 93 & 59.
- 14 *Id.*
- 15 *Cfr.* JAYNES, Julian, *El Origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, trad. Agustín Bárcena, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 127-129, 238 300-302.
- 16 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 320.
- 17 *Ibid.*, p. 321.
- 18 *Ibid.*, pp. 321 & 322.
- 19 *Ibid.*, p. 323.
- 20 *Ibid.*, p. 322.
- 21 *Id.*
- 22 *Id.*
- 23 *Ibid.*, p. 323.

- 24 *Id.*
- 25 *Id.*
- 26 *Ibid.*, p. 324.
- 27 *Ibid.*, pp. 323 & 324.
- 28 *Ibid.*, p. 325.
- 29 *Ibid.*, p. 326.
- 30 *Id.*
- 31 *Ibid.*, p. 327.
- 32 *Id.*
- 33 *Id.*
- 34 *Ibid.*, p. 328.
- 35 *Id.*
- 36 *Ibid.*, p. 329.
- 37 *Id.*
- 38 *Id.*
- 39 *Ibid.*, p. 330.
- 40 *Id.*
- 41 *Id.*
- 42 *Id.*
- 43 *Ibid.*, p. 331.
- 44 *Id.*
- 45 GIRARD, René, *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1995, p. 252.
- 46 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 332.
- 47 *Ibid.*, p. 332.
- 48 GIRARD, René, *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*, *Ed. cit.*, p. 281.
- 49 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 333.
- 50 *Ibid.*, p. 333 & 334.

- 51 *Ibid.*, p. 334.
- 52 *Id.*
- 53 *Ibid.*, pp. 334 & 335.
- 54 *Ibid.*, p. 335.
- 55 *Id.*
- 56 *Id.*
- 57 *Ibid.*, p. 336.
- 58 *Id.*
- 59 *Id.*
- 60 *Id.*
- 61 *Ibid.*, p. 337.
- 62 *Id.*
- 63 *Ibid.*, p. 343.
- 64 *Ibid.*, pp. 338 & 339.
- 65 *Ibid.*, p. 339.
- 66 *Ibid.*, pp. 340 & 341.
- 67 *Ibid.*, p. 341.
- 68 *Id.*
- 69 *Ibid.*, p. 342.
- 70 *Ibid.*, pp. 343 & 344.
- 71 *Ibid.*, pp. 342 & 343.
- 72 *Ibid.*, p. 344.
- 73 *Ibid.*, pp. 349.
- 74 *Ibid.*, p. 345.
- 75 *Id.*
- 76 *Id.*
- 77 *Ibid.*, pp. 346.

CAPÍTULO X

- 1 Cfr. FARNETI, Roberto, *Mimetic Politics. Dyadic Patterns in Global Politics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, p. 125.
- 2 Cfr. WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, *Ed. cit.*, p. 205.
- 3 Cfr. GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, pp. 44 & 45.
- 4 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 349.
- 5 FORNARI, Giuseppe, *Op. cit.*, pp. 76 & 78.
- 6 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 349.
- 7 *Ibid.*, p. 351.
- 8 *Ibid.*, p. 352.
- 9 *Ibid.*, p. 355.
- 10 *Id.*
- 11 *Ibid.*, p. 356.
- 12 *Ibid.*, p. 352.
- 13 *Ibid.*, pp. 353.
- 14 *Ibid.*, p. 352 & 353.
- 15 *Ibid.*, pp. 352 & 353.
- 16 *Ibid.*, p. 357.
- 17 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, pp. 201-203.
- 18 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 358.
- 19 *Id.*
- 20 *Ibid.*, p. 359.
- 21 *Id.*
- 22 *Ibid.*, p. 361.
- 23 *Id.*
- 24 *Ibid.*, p. 362.
- 25 *Ibid.*, p. 363.

- 26 *Ibid.*, p. 364.
- 27 *Ibid.*, p. 365.
- 28 *Id.*
- 29 GIRARD, René, *Veo a Satán caer como el relámpago*, *Ed. cit.*, pp. 222 & 223.
- 30 *Ibid.*, p. 224.
- 31 *Ibid.*, p. 226.
- 32 *Ibid.*, p. 227.
- 33 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 366.
- 34 *Id.*
- 35 *Ibid.*, p. 367.
- 36 *Ibid.*, p. 365.
- 37 *Ibid.*, p. 368.
- 38 *Ibid.*, p. 369.
- 39 *Ibid.*, p. 370.
- 40 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, *Ed. cit.*, p. 256.
- 41 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 370 & 371.
- 42 *Ibid.*, p. 371.
- 43 *Ibid.*, p. 372.
- 44 *Id.*
- 45 *Ibid.*, p. 373.
- 46 *Id.*
- 47 *Id.*
- 48 *Id.*
- 49 *Ibid.*, p. 375.
- 50 *Id.*
- 51 *Ibid.*, p. 376.
- 52 *Ibid.*, p. 377.

BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, Michel & ORLÉAN, André, *La violencia de la moneda*, trad. Ángel de la Vega Navarro, Ciudad de México: Siglo XXI, 1990.
- ANTONELLO, Pierpaolo, “*The Origins of Cultural Order, the Default Mechanisms of Survival, and the Pedagogy of the Sacrificial Victim*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- ARON, Raymond, *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*, Barcelona: Argos Vergara, 1977.
- ASSMAN, Jan, “*Cultural Memory and the Myth of Axial Age*”, en: Robert BELLAH & Hans JOAS [eds.], *The Axial Age and its Consequences*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2012.
- AVERY, Vanessa, “*From the Sacred to the Holy in the World’s Religions: Judaism, Christianity, Islam, Hinduism, Buddhism*”, en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.
- BADIE, Badie & Guy HERMET, *Política comparada*, trad. Mercedes Córdoba, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BANDERA, Cesáreo, *El Juego sagrado. Lo sagrado y el origen de la literatura moderna de ficción*, trad. Esther Hernández de Álvaro, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1997.
- BARON, T., “*Understanding Political Conversion and Mimetic Rivalry*”, en: *Totalitarian Movements and Political Religions*, X/3 (2019), pp. 241-264.
- BARSH, David, “*The Three R’s: Retaliation, Revenge and (Especially) Redirected Agression*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *How We Became Human. Mimetic Theory and the Science of Evolutionary Origins*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.

- BERMAN, MORRIS, *Belleza neurótica: Un extranjero observa Japón*, trad. Pablo Duarte, Ciudad de México, Sexto Piso, 2017.
- BRAUN, CARLOS. *Panfleto Liberales II: Reflexiones de un economista audaz. Roosevelt y Keynes*. Córdoba: Editorial Almuzara, 2005.
- BOENIG-LIPTSIN, MARGO. “The Intermediary Case”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- BUBBIO, PAOLO DIEGO, *Intellectual Sacrifice and Other Mimetic Paradoxes*, East Lansing: Michigan State University Press, 2018.
- BURLEIGH, MICHAEL, *Causas sagradas. Religión y política en Europa. De la I Guerra Mundial al terrorismo islamista*, trad. José Manuel Álvarez Flórez, Ciudad de México, Taurus, 2007.
- VON BUSCH, OTTO, “Mimesis, Clothed in Violence”, en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture XXV* (2018), pp. 79-94.
- CALASSO, ROBERTO, *La ruina de Kasch*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 2001.
- CAMPBELL, JOHN C., “Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties by Paul Johnson”, en: *Foreign Affairs LXII/1* (otoño 1983), p. 211.
- DE CASTRO Y ROCHA, JOÃO CEZAR, *¿Culturas shakespearianas? Teoría mimética y América Latina*, Guadalajara, Cátedra Eusebio Francisco Kino, SJ-ITESO, 2017.
- COLDWELL, SCOTT, *René Girard and Secular Modernity. Christ, Culture and Crisis*, South Bend: University of Notre Dame Press, 2013.
- COLLINS, BRIAN, *The Head Beneath the Altar. Hindu Mythology and the Critique Sacrifice*, East Lansing: Michigan State University, 2014.
- COUSINEAU, THOMAS J., “The Great Gatsby: Romance or Holocaust?” en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture VIII* (2001).
- DANDEKAR, V. M. & RATH, NILAKANTHA, “Poverty in India I: Dimensions and Trends”, en: *Economic and Political Weekly VI/1* (1971), pp.25-25, 29-48.
- DORANTES, GERARDO, *Internet, sociedad y poder*, Ciudad de México, UNAM, 2016.
- DUMONT, LOUIS, *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva sobre la ideología moderna*, trad. traducción R. Tusón Calatayud, Madrid: Alianza, 1987.
- DUMOUCHEL, PAUL, “Misrecognition of Misrecognition”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- DUMOUCHEL, PAUL, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, East Lansing, MI: Michigan State University, 2014.
- DUMOUCHEL, PAUL, *The Barren Sacrifice*, trad. Mary Baker, East Lansing: Michigan State University, 2011.

- DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *L'enfer des choses. René Girard et la logique de la l'économie*, París, Éditions du Seuil, 1979.
- DUPUY, Jean-Pierre, *Economy and the Future. A Crisis of Faith*, trad. M. B. DeBevoise, East Lansing: Michigan State University Press, 2014.
- DUPUY, Jean-Pierre. *El pánico*, trad. Marta Bris Marino & Ramón Ardell Argilés, Barcelona: Gedisa, 1999.
- DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, trad. Juan Gutiérrez & Carlos Alberto Martins, Barcelona: Gedisa, 1998.
- DUPUY, Jean-Pierre, "Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- DUPUY, Jean Pierre, "Panic and the Paradoxes of the Social Order", en: Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- DUPUY, Jean-Pierre, "Rodeo y sacrificio: Illich y Girard", trad. Jorge Márquez Muñoz, en: Jorge MÁRQUEZ MUÑOZ [comp.], *El otro titán: Iván Illich*, Ciudad de México, Editorial Tomo, 2003.
- DUPUY, Jean-Pierre, *The Mark of the Sacred*, Stanford: Stanford University Press, 2013.
- FARNETI, Roberto, *Mimetic Politics. Dyadic Patterns in Global Politics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- FERGUSON Niall, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Nueva York, Perseus Book Group, 2006.
- FERGUSON, Niall, *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, trad. Francisco J. Ramos, Barcelona: Debate, 2007.
- FIGES, Orlando, *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, Nueva York, Allen Lane, 2007.
- FORNARI, Giuseppe, "Figures of Antichrist The Apocalypse and Its Restraints in Contemporary Political Thought", en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* XVII (2010).
- FOSTER, George, *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*, trad. Porfirio Martínez, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- GARDNER, Stephen L., "Democracy and Desire in The Great Gatsby", en: Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, Westport: Greenwood Press, 1998.
- GARDNER, Stephen L., "The Axial Moment and Its Critics: Jaspers, Bellah, and Voegelin", en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.

- GARDNER, Stephen L., “*The Cult of Violence Revisited*”, en: *Springer Science + Business Media* (07/08/2007).
- GIFFORD, Paul, “*Homo Religious in Mimetic Perspective. An Evolutionary Dialogue*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD, *How We Became Human. Mimetic Theory and the Science of Evolutionary Origins*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- GIRARD, René, *Aquél por el que llega el escándalo*, trad. Ángel Barahona, Barcelona: Caparrós, 2006.
- GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires: Katz, 2010.
- GIRARD, René, *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*, trad. Ángel Barahona, Madrid: Ediciones Encuentro, 1996.
- GIRARD, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica: diálogos con Jean-Michel Oughourlian y Guy Lefort*, trad. Alfonso Ortiz, Salamanca: Sígueme, 1982.
- GIRARD, René, *La violencia y lo sagrado*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1983.
- GIRARD, René, *La ruta antigua de los Hombres perversos*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 1989.
- GIRARD, René, *Los orígenes de la cultura. Conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha*, trad. José Luis San Miguel de Pablos, Madrid: Trotta, 2006.
- GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona: Anagrama, 1985.
- GIRARD, René, *Resurrection from the Underground. Feodor Dostoevski*, trad. James Williams, East Lansing: Michigan State University Press, 2012.
- GIRARD, René, *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1995.
- GIRARD, René, *Veo a Satán caer como el relámpago*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 2002.
- GIRARD, René & VATTIMO, Gianni, *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre cristianismo y relativismo*, trad. Rosa Rius Gatell, Barcelona: Paidós, 2011.
- GOLSAN, Richard J., *René Girard and Myth. An Introduction*, Nueva York: Garland Publishing Inc., 1993.
- GONZÁLEZ, Pablo, MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge & IGLESIAS, Alma, *Sociedad, poder y violencia I*, Ciudad de México: UNAM-SITESA, 2011.
- GOTOH, Reiko & DUMOUCHEL, Paul, *Social Bonds as Freedom. Revisiting The Dichotomy of the Universal and the Particular*, Nueva York: Berghahan, 2015.

- GREENFELD, Liah, *The Spirit of Capitalism. Nationalism and Economic Growth*, Cambridge: Harvard University Press, 2001.
- HAMERTON-KELLY, Robert [ed.], *Politics & Apocalypse*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2007.
- IGNATIEFF, Michael, "Which way are we going", en: *The New York Review of Books* (06/04/2017).
- ISALOO, Sharif, "Liminality and Experience: The 1979 Revolution in Iran and Shia Religious Symbols", en: *The Journal of the Irish Society for the Academic Study of Religions* 6 (2018).
- IVES, Christopher, "Dharma and Destruction: Buddhist Institutions and Violence", en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture* IX (primavera 2002).
- JAYNES, Julian, *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, trad. Agustín Bárcena, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- JOHNSON, Paul, *Intelectuales*, trad. Clotilde Rezzano, Buenos Aires: Vergara, 1990.
- JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*, trad. Aníbal Leal, Barcelona: Vergara, 2000.
- JUERGENSMEYER, Mark, *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*, trad. Mónica Rubio Fernández, Madrid: Siglo XXI, 2001.
- Kapuściński, Ryszard, *Ébano*, trad. Agata Orzeszek, Barcelona: Anagrama, 2001.
- KIRWAN, Michael & ACHTAR, Ahmad [eds.], *Mimetic Theory and Islam. The Wound Where Light Enters*, Londres: Palgrave-Macmillan, 2019
- KISSINGER, Henry, *Diplomacy*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994.
- KONNER, Mel, "Girardian Reflections on Israel and Palestine", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- LAWTOO, Nidesh, *The Phantom of the Ego. Modernism and Mimetic Unconscious*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2013.
- LOCKARD, Craig A., "Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties by Paul Johnson", en: *The History Teacher* XVII/4 (1984).
- MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, trad. Amelia Valcárcel, Barcelona: Crítica, 1987.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, Ciudad de México, Lamoyi editor, 2008.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Más allá del Homo economicus*, Ciudad de México, Galma, 2006.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, UNAM-SITESA, 2013.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, trad. Marcela Reynoso, Lexington, s/e, 2012.

- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Anatomía de la Teoría mimética. Aportaciones a la filosofía política*, Ciudad de México, UNAM-Alios-ventos, 2020.
- MISHRA, Pankaj, *The Geopolitics of Mimicry*, 2017, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=gu_Ld_BNQS0&t=1723s
- MOZINA, Andrew, *Joseph Conrad and the Art of Sacrifice. The Evolution of the Scapegoat Theme in Joseph Conrad's Fiction*, Nueva York: Routledge, 2001.
- ORLÉAN, André, *The Empire of Value. A New Foundation for Economics*, trad. M. B. DeBevoise, Cambridge: MIT Press, 2014.
- OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *Psychopolitics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2010.
- OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *The Mimetic Brain*, trad. Trevor Cribben Merrill, East Lansing: Michigan State University, 2016.
- PAHL, John & WELLMAN, James, "Empire of Sacrifice", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- PALAUER, Wolfgang, "Carl Schmitt's Apocalyptic Resistance against Global Civil War", en: HAMERTON-KELLY, Robert [ed.], *Politics & Apocalypse*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2007.
- PALAUER, Wolfgang "Envy or Emulation: A Christian Understanding of Economic Passions", en: Wolfgang PALAUER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- PALAUER, Wolfgang, "From Closed Societies to the Open Society: Parochial Altruism and Christian Universalism", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- PALAUER, Wolfgang, "Hobbes and Katéchon. The Secularization of Sacrificial Christianity", en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* II (1995), pp. 57-74.
- PALAUER, Wolfgang, "Mimesis and Nemesis: The Economy as a Theological Problem", en: *Telos* 117 (1999), pp. 79-112.
- PALAUER, Wolfgang, "Monotheism and the Abrahamic Revolution: Moving Out of the Archaic Sacred", en: James ALISON & Wolfgang PALAUER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.
- PALAUER, Wolfgang, *René Girard's Mimetic Theory*, trad. Gabriel Borrud, East Lansing: Michigan State University Press, 2013.
- PALAUER, Wolfgang, *Transforming the Sacred into Saintliness. Reflecting on Violence and Religion with René Girard Wolfgang*, Nueva York: Cambridge University Press, 2020.

- PALAUER, Wolfgang, “*Vox populi, vox Dei: The Pantheistic Temptation of Democracy*”, en: Vern Neufeld REDEKOP & Thomas RYBA [eds.], *René Girard and Creative Mimesis*, Lanham: Lexington Books, 2014.
- PIETT, Adam, *The Literary Cold War. 1945 to Vietnam*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2009.
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Archaic Chinese Sacrificial Practices in the Light of Generative Anthropology*”, en: *Anthropoetics I 2* (1995); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0102/china/>
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Tragic Victims in Japanese Religion, Politics, and the Arts*”, en: *Anthropoetics VI/2* (invierno 2000); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0602/japan/>
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Xunzi and the Ancient Chinese Philosophical Debate on Human Nature*”, en: *Anthropoetics VIII/1* (primavera 2002); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0801/xunzi/>
- SACHS, Jeffrey, *Economía para un planeta abarrotado*, trad. Ricardo García Pérez, Bogatá, Random House Mondadori, 2008.
- SHEIDEL, Walter, *The Great Leveler, Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2017.
- SHINNICK, Julia W., “*Hinduism and Mimetic Theory: A Response*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture XXV* (2018), pp. 140–145.
- STENDEL, Richard, “Entrevista a Paul Johnson”, en: Christopher SILVESTER [ed.], *Las grandes entrevistas de la historia (1859-1992)*, trad. Herminia Bevia & Antonio Resines, Madrid: Santillana, 1997.
- World Data Lab, *World Poverty Clock*, 2021. Disponible en: <https://worldpoverty.io/map>
- WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007.
- WYDRA, Harald, “*Human Nature and Politics: A Mimetic Reading of Crisis and Conflict in the Work of Machiavelli*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Religion VII* (2000).
- WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, Cambridge: Cambridge University Press, 2015.
- WYDRA, Harald, “*The Liminal Origins of Democracy*”, en: *International Political Anthropology II/1* (2009).

POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU

LA PRIMERA EDICIÓN DE

TIEMPOS MIMÉTICOS

DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX AL INICIO DE LA II GUERRA MUNDIAL,

DE JORGE FEDERICO MÁRQUEZ MUÑOZ,

SE TERMINÓ DE PREPARAR PARA IMPRESIÓN BAJO DEMANDA EN SEPTIEMBRE 2022.

EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON FUENTES

DE LAS FAMILIAS AKTIVE GROTESQUE Y CARDO.

El siglo XX fue al mismo tiempo violento y creador de los más sofisticados mecanismos para controlar la violencia: vio el advenimiento y el desarrollo de los regímenes más opresivos que el ser humano haya inventado jamás, pero también fue testigo de la propagación sin precedentes de las democracias y el reconocimiento de viejas y nuevas libertades. El historiador británico Paul Johnson (Mánchester, 1929-) intentó captar su complejidad política en una obra ya clásica, **Tiempos Modernos**, pero lo hizo sin un andamiaje teórico explícito ni claro. Es la narración genial de un biógrafo e historiador, no la de un analista de las ciencias sociales.

Este libro, en dos volúmenes, llena ese vacío. Los autores de **Tiempos Miméticos** eligieron el marco conceptual de la teoría mimética porque se enfoca en el conflicto, así como en los métodos de resolución y contención de la violencia, el sacrificio, las pasiones humanas, la envidia y la admiración. En cierta forma, esta obra es la continuación del único texto que René Girard escribió de historia política, **Clausewitz en los extremos**. Se trata, a la vez, de una original lectura girardiana del siglo XX y de una glosa mimética de la monumental obra de Johnson.

Jorge Federico Márquez Muñoz (CDMX, 1973-) es licenciado en Relaciones Internacionales, maestro en estudios políticos y sociales y doctor en ciencia política. Ha sido autor, coautor o coordinador de, entre otros, los libros: *Anatomía de la Teoría Mimética* (UNAM-Aliosventos, 2020), *Más allá del Homo Oeconomicus* (Galma, 2006), *Envidia y política*, (Lamoyi, 2008) y los tres volúmenes de *Sociedad, poder y violencia* (UNAM-SITESA, 2013).

